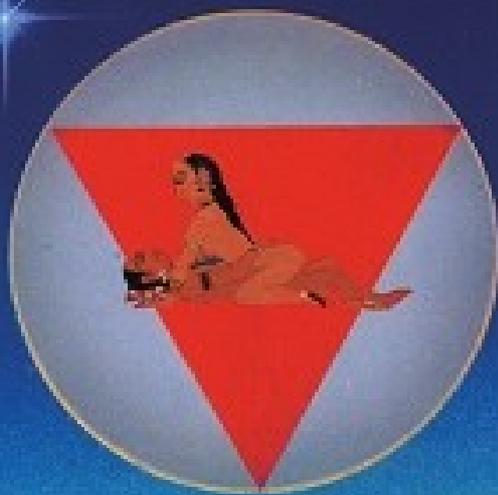


TANTRA

el culto
de lo Femenino



André Van Lysebeth

URANO

André Van Lysebeth

Tantra

El culto de lo Femenino

A mi madre...
... y a todas aquellas, innumerables,
que la han precedido,
que han perpetuado la Vida
desde los orígenes
y han velado por ella con amor.

No lineal...

...Así es este libro, que cada uno aborda a su gusto,
por medio, por el final, ¡incluso por... el principio!

Puede leerse, pues, como ha sido escrito,
es decir, según la inspiración del momento:

cada capítulo se basta a sí mismo.

De ahí algunas repeticiones, no siempre premeditadas,
que sin embargo no he querido expurgar.

Es cierto que el índice
pone aquí orden y una lógica. También es cierto
que un glosario compasivo ayuda a no tropezar
con uno u otro término técnico o sánscrito.

Por otra parte, a riesgo de disgustar a Pascal,
que consideraba que el yo es aborrecible,
en tanto individuo, incluso individualista,
me dirijo a cada lector en persona,
de ahí el empleo deliberado del «yo» y del «mí»,
en lugar del impersonal «nosotros» de modestia.

Por último, cuando veo a un «amo» paseando a su perro,
¡me pregunto a veces quién pasea a quién!

Y ahora que este libro existe me interrogo:

¿soy yo quien lo ha hecho, o es él quien me ha formado
estimulando mi investigación, mi reflexión, pero sobre todo
mi práctica durante estos años de maduración?

¿Y por qué no ambas cosas?

Escritura y pronunciación

Para transcribir las palabras sánscritas he renunciado al sistema internacional, concebido en 1894, que sólo es válido si se pronuncia en inglés.

En este libro, las vocales *a, i, o, u*, de las palabras sánscritas se pronuncian como en castellano. Ejemplos: *Ayurveda* y *Kundalini* (ortografía usual) se pronuncian tal como se lee. Lo mismo pasa en la palabra *gurú*.

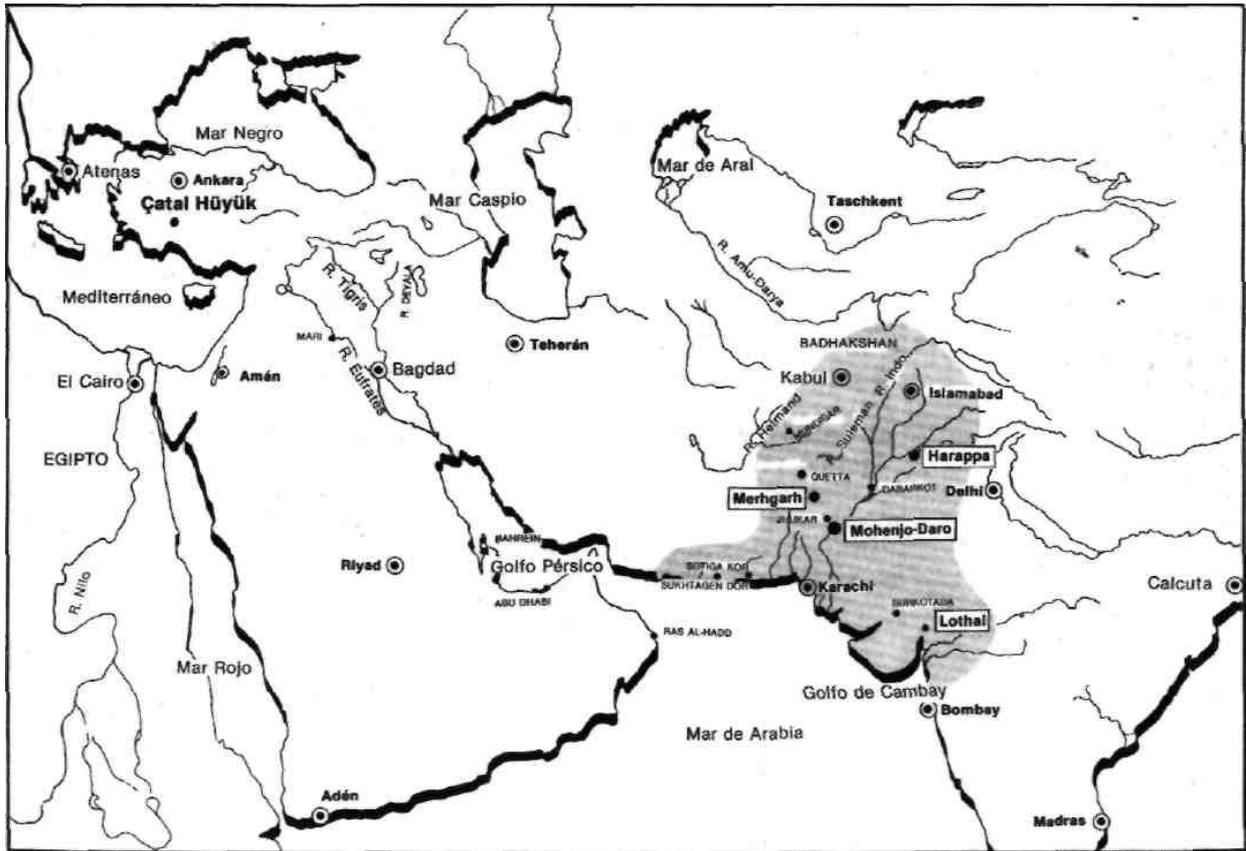
Se pronuncian todas las letras, aun cuando formen diptongos. A propósito de las del plural, inútil en sánscrito, su uso consiste en añadirla (ejemplo *asanas*) sin pronunciarla.

Las consonantes son como en castellano, salvo que la *j* se convierte en *dj*, y la *ch* da *tch* (ejemplo: *chakra* = *tchakra*); *sh* se pronuncia como en inglés.

La complejidad fonética del sánscrito hace ilusoria una equivalencia exacta en castellano. Sin embargo, pronunciando de este modo, la aproximación es tan buena como con el sistema internacional.

1

De la India a Europa



La civilización del Indo, en su contexto geográfico, abarca desde el Mediterráneo hasta el Asia Menor y la India. Esta zona ha visto nacer las grandes civilizaciones prearias que fueron destruidas por los nómadas bárbaros.

Viaje imaginario

Invito al lector a un viaje imaginario por la India del año 2000... antes de nuestra era, a bordo de uno de esos carros de bueyes que traquetean por la ruta de Harappa, la primera de las grandes ciudades del imperio del Indo que surgió del olvido gracias a la pala prudente de los arqueólogos del siglo XX.

El confort es relativo porque no tiene suspensión. ¡Ensamblaje asombroso, por otra parte, el de este carro, construido sin una pieza de metal y cuyas ruedas —de madera, macizas y sin radios— están fijadas al eje por correas de cuero! El tiro es pesado, lento, pero hay tiempo. Es el vehículo general y, en las ruinas de Harappa, los arqueólogos han exhumado centenares de reproducciones, en forma de juguetes de barro cocido. Los carros de bueyes de la India moderna son una copia exacta, y hasta la distancia entre las ruedas se ha conservado igual, como lo prueban las huellas descubiertas en Harappa y en Mohenjo-Daro.

Vamos, pues, traqueteando en nuestro carro por la ruta que bordea el Indo. El paso pesado de los bueyes levanta una nube de fino polvo que no hace el viaje más placentero. Felizmente un techo de junco trenzado nos protege del sol, que pega fuerte. La ruta no está desierta, ¡al contrario! Nos cruzamos con convoyes de carros bamboleándose en fila india, cargados de gavillas de trigo: vuelven de la cosecha. En los campos circundantes, la otra variedad de trigo cultivada por los habitantes de Harappa, más alta y más tardía, ondula al viento y termina de madurar. La llanura aluvional, muy fértil, bordea las dos orillas del río casi durante ciento cincuenta kilómetros y produce cosechas excelentes.

Desde una colina dominamos el paisaje.

Después de un alto para que nuestros bueyes descansen a la sombra de una higuera, partimos otra vez. La ruta sinuosa nos vuelve a llevar a la llanura. A la entrada de un Doblado, en la era de tierra apisonada, unos búfalos giran en redondo guiados por un muchachito. Pisan el trigo maduro que ha sido recogido por las mujeres, vestidas con un ligero taparrabo de algodón. Son drávidas:¹ pequeñas, de piel muy oscura y cabellos lacios. Muy cerca, en el estanque, un campesino desnudo, con el agua hasta la cintura, limpia a uno de sus búfalos mientras los otros se acomodan en el agua cenagosa: sólo sobresalen el hocico y los cuernos. ¡Estas escenas familiares todavía las verán los turistas del siglo XX!

Y aquí están los elefantes, plácidos, potentes, siempre impresionantes. En su gran cabeza brillan unos pequeños ojos maliciosos mientras el cornac, acunado por los movimientos lentos de su animal, medio se adormece. ¡Qué gracioso! Un elefantito sigue a su mamá sosteniéndole la cola con su trompa.

Esclavos de la ruta, los borricos de grandes orejas móviles penan, resignados, bajo cargas enormes. Son más simpáticos que los camellos de ojo semicerrado y belfo colgante que, desde lo alto de su largo cuello, miran con aire ausente, despectivo. ¿Con qué sueñan mientras balancean su carga?

Aquí, la estación de servicio para carros de bueyes: el taller del carretero, personaje importante. Repara una lanza rota. Bajo un cobertizo se seca la madera destinada a construir los carros, algunos de los cuales ya están siendo montados.

Nos acercamos a Mohenjo-Daro. La ruta se ensancha y sigue siempre el curso del río, domesticado por los diques. Ahora está tranquilo, pero en el pasado sus crecidas destructoras han dejado huellas que los arqueólogos encontrarán. Los ingenieros del imperio construyeron represas en los afluentes del Indo para dominar sus cambios de humor, conservar el agua de la época de los monzones y regar los campos. Las primeras presas, demasiado débiles, cedieron a las crecidas

¹ Pueblo de la India que pertenece al tronco mediterráneo. Agrícolas y sedentarios, se enfrentaron a los invasores arios, esencialmente nómadas. (ÍN. del E.)

excepcionales; la actual aguanta bien, pero es tanto una bendición como una amenaza. En efecto, los guerreros arios desencadenarán la potencia devastadora de las aguas dejándolas entrar en el valle.

Pero no nos anticipemos. Todavía hay paz. Una paz secular gracias a un poder central fuerte, pero no despótico, que asegura la unidad y organiza el imperio. Un último viraje y luego la visita esperada: Mohenjo-Daro se perfila en el horizonte. Una ciudad impresionante: ¡cuarenta mil habitantes cuatro mil años antes de la era atómica!

Desde aquí, a algunos kilómetros de la ciudad, se ve bien su acrópolis, construida sobre un altozano que se recorta por encima del horizonte y tiene aspecto de fortaleza. Por eso el Rig-Veda sitúa las fortalezas enemigas por encima de la Tierra, mitológicamente en el Cielo.

Entramos en los arrabales de la ciudad. Las casas se apiñan. Atravesamos el barrio de los artesanos. Los tornos y los hornos de los alfareros se suceden, relegados a las afueras de la ciudad a causa de la contaminación: ¡Ya entonces!

La calle principal, de diez metros de ancho, no está pavimentada. Los carros de bueyes, los transeúntes y los animales levantan un polvo impalpable que flota por todas partes: por eso todas las casas, excepto los comercios, dan la espalda a la calle.

Demos un paseo a pie por esta calle lateral, mucho más estrecha. Cada ciudad del Indo dispone de un sistema de desagüe perfeccionado, mientras que Oxford recién tendrá el suyo ¡en 1888! Un obrero limpia una gran cuba de barro cocido, sin fondo, enterrada en el suelo, donde se decantan las materias densas que él carga en dos tinajas adosadas a los flancos de su mulo. Las aguas residuales corren libremente, pues la pendiente, bien calculada, evita su retorno. No hay estancamiento ni olor; una higiene perfecta. ¡Y estamos en la prehistoria! De colector en colector los conductos se ensanchan hasta unirse con el colector principal, de 1,20 metros de ancho, que es una medida considerable.

La casa típica de Mohenjo-Daro, como las de otras ciudades del imperio, está separada de la calle por una pared que preserva su intimidad. El pasillo de entrada lleva a un corralillo, o bien al patio en torno al cual se articulan las habitaciones de la casa. Hace un fresco agradable. También allí están los pozos. Cada casa tiene una sala de aguas donde cada uno hace sus abluciones varias veces por día: ¡cuántas casas hay en el Occidente moderno todavía sin cuarto de baño!

En un nicho, un busto de barro cocido que no despreciarían los escultores de la época clásica. En una esquina, sobre un cojín, un instrumento musical de cuerda: ¿el antepasado de la cítara moderna? Los habitantes de las ciudades del Indo viven bien y gustan de las artes: la danza (numerosas estatuillas de bailarinas), la música, el teatro, la escultura. El decorado bicolor de las cerámicas en todo el imperio es de un gusto muy firme. Este pueblo industrioso, organizado, que ha descubierto la estandarización, merece ser llamado moderno. Hay orden y paz. Su ejército, que luchó ferozmente contra los invasores arios, protege al imperio de las incursiones de las tribus no integradas que viven en las montañas, descendientes de los verdaderos aborígenes, pero no hay largas guerras mortíferas. Algunas tribus harán alianzas con los nómadas arios y contribuirán a su victoria. Gracias a ello sus miembros serán llamados «monos», y su rey, Hannuman, convertido en el rey de los monos, será divinizado...

A juzgar por la diferencia de las moradas, existen desigualdades sociales, pero no son desproporcionadas. El racismo es desconocido: en las tumbas encontramos, unos junto a otros, esqueletos de razas diferentes, señal de que había matrimonios mixtos.

La prosperidad del imperio se ve asegurada también por un comercio activo con las grandes civilizaciones de la época, sobre todo por mar. Todas las casas tienen un piso con balcón, y su techo plano sirve de terraza donde, por la tarde, es agradable tomar el fresco. Los habitantes de Harappa están mejor alojados que la mayoría de los hindúes del siglo XX...

Vayamos ahora a la ciudad alta, que habíamos percibido desde lejos cuando llegábamos a Mohenjo-Daro. De camino se pasa delante de una enorme construcción (80 metros de largo) con muros de dos metros de espesor, sin duda el palacio de algún dignatario del imperio. La acrópolis que domina la ciudad, de unos 12 metros, está construida sobre una terraza de dimensiones impresionantes: 370 m (más de lo que mide de altura la torre Eiffel) por 180 m, sostenida por gruesos muros de ladrillos cocidos, y coronada por torres rectangulares de 10 x 7 m.

Cerca de la acrópolis hay un enorme silo para trigo, subdividido en veintisiete bloques, donde son almacenadas millares de toneladas de cereales al abrigo de las inundaciones. Sobre la terraza, pavimentada con ladrillos cocidos, está el gran estanque.

Para sostener esta hipótesis podría preguntarse por qué este estanque-piscina está totalmente rodeado de construcciones de ladrillo, semejantes a cabinas, injustificadas si se tratara de un simple depósito.

Con un poco de imaginación, se adivina que estas cabinas pueden servir de abrigo contra el sol o el viento, para desvestirse, o incluso para hacer masajes u otras de las terapias que suelen realizarse en balnearios. En efecto, el ritual del baño ocupaba un lugar importante en la vida de los habitantes del Indo: testimonio de ello es el cuarto de baño individual, presente en todas las casas. ¿Sería sorprendente entonces que gustaran de encontrarse en sociedad en torno al gran baño, bien situado en la acrópolis que domina la ciudad? ¡Más bien debería asombrarnos lo contrario! Pero esto no impediría que, en caso de sequía prolongada, el agua del gran estanque se utilizara como última reserva.

Lothal, puerto internacional

Dejemos Mohenjo-Daro y vayamos a hacer un poco de turismo a Lothal, el gran puerto fluvial y marítimo donde se realiza gran parte del comercio internacional, esencial para la prosperidad del imperio.

Por la ruta, en lugar de los habituales campos de trigo vemos por primera vez arrozales donde hombres y mujeres repican el arroz, que se cultiva aquí desde la protohistoria y de cuyas huellas dará testimonio hasta el siglo XX toda la red de riego. Luego, siempre en carro de bueyes, atravesamos una región muy boscosa, donde predominan la acacia, el tamarindo y sobre todo la teca, cuya madera dura, densa e imputrescible es muy apreciada, especialmente para la construcción naval, pues Lothal dispone de astilleros.

A medida que nos acercamos a la costa bordeamos marismas llenas de altas hierbas tiernas on las que se regalan los rinocerontes, mientras los rebaños de elefantes salvajes se mantienen en las colinas. Por fin tenemos antes los ojos el puerto, uno de los más grandes de la época, es decir, 2.500 años antes de Cristo. Desde aquí vemos ya los altos muros de ladrillos cocidos al horno que rodean la ciudad, no para defenderla contra un improbable ataque enemigo, pues la región es pacífica, sino para protegerla de las crecidas del río y de las grandes mareas. El río y el mar serán a la vez su fortuna y su perdición...

Pero, antes de visitar la ciudad, evoquemos el pasado. La región ha estado habitada desde la más lejana prehistoria. A la llegada de los indosianos, Lothal ya es un poblado próspero, favorablemente situado en la orilla izquierda del río, sobre un cerro bajo, protegido por un dique de tierra y cerca del brazo de mar que se adentra bastante en el país. Sus habitantes autóctonos, cuyas afinidades raciales no se han determinado, ya eran culturalmente muy adelantados. Dominaban la metalurgia del cobre, y sus alfareros torneaban vasijas y cuencos de cerámica delgada, de gran calidad, con el decorado en mica característico, cuyos motivos decorativos inspirarán más tarde el estilo del resto del imperio. Vivían de la pesca, de la cría de ganado y de la agricultura y, además, tenían una especialidad: la confección de brazaletes de conchillas, y sobre todo la fabricación de cuentas con piedras semipreciosas que constituirán un motivo de atracción para los habitantes de Harappa.

Los navios mercantes del imperio que, de camino hacia el sur, hacían escala en Lothal, instalaron allí una pequeña colonia. Los recién llegados trajeron nuevas formas de alfarería, como las sartenes con mango, utensilios más perfeccionados y ornamentos que los habitantes locales adoptaron con entusiasmo. Así, sin violencia, sin guerra de conquista, sin esclavizar a las poblaciones residentes, los indosianos poco a poco se mezclaron con ellos, y con la unión de sus fuerzas y de sus inteligencias Lothal se desarrolló rápidamente. Pronto sus ingenieros, artistas y artesanos accedieron al nivel más alto de la época. En poco tiempo también asimilaron las técnicas del comercio internacional.

Desde antes de la llegada de los indosianos, como vimos antes, la especialidad local era la confección de objetos de adorno. Ante la demanda de los habitantes de Harappa, fabricaron cuentas de todos los tamaños, de todas las formas, de todos los colores, de muy variados materiales, como esteatita, porcelana, piedras semipreciosas, cobre e incluso oro. Pero, en la medida en que Lothal desarrollaba su industria y se convertía en un centro de intercambio comercial cada vez más activo, el número de los navios de comercio anclados a lo largo de las orillas del río, convertidas en muelles, aumentaba en proporción.

Primer drama: en el año 2350 antes de Cristo una crecida catastrófica del río barrió la instalación y arrastró todos los barcos amarrados al muelle. Sin embargo, en materia de inundaciones los habitantes de Lothal tenían experiencia y sabían cómo defenderse. Su valor y su habilidad técnica transformaron la desgracia en bendición: construyeron una nueva ciudad con un gran estanque artificial, capaz de acoger simultáneamente 30 barcos de 20 toneladas. Para la época era gigantesco, único.

Ahora, demos un paseo de incógnito, vestidos a la moda de Lothal, por sus calles y avenidas, muy limpias y tan anchas como en Mohenjo-Daro, con la misma red de desagües enterrados. Los hombres usan una sencilla túnica de algodón, en tanto que las mujeres no desentonarían en una de nuestras playas actuales: su minifalda les llega a la mitad del muslo y llevan los pechos al descubierto. Coquetas, usan toda clase de joyas: collares, colgantes, brazaletes en las muñecas y en los tobillos, anillos, pendientes, horquillas en los cabellos, un cinturón ancho con incrustaciones de piedras y no sé cuántas cosas más. Su peinado es elaborado (tienen espejos de cobre, como en Mohenjo-Daro), utilizan carmín para los labios, y sobre su piel morena los collares de marfil o de oro son una publicidad viviente para los artesanos de la ciudad... Más tarde los arqueólogos encontrarán, en un escondite, un tesoro de joyas de oro que haría palidecer de envidia a una occidental rica de nuestra época.



Esta foto muestra un pozo de Mohenjo-Daro tal como fue exhumado en 1923, y la de abajo en su estado actual.

Hay que salvar a Mohenjo-Daro de una segunda muerte, esta vez definitiva



Las fotos y los dibujos de este capítulo y del siguiente pertenecen al hermoso catálogo de la exposición «Salvar a Mohenjo-Daro».

En las calles también nos cruzamos con comerciantes extranjeros, pues Lothal comercia con Mesopotamia, Siria, Chipre, Sumer y Egipto para no citar más que los principales países. Vienen a elegir mercancías en los grandes almacenes de ladrillo.

Nos falta tiempo para verlo todo, pero observemos el urbanismo meticuloso de la ciudad, dividida en barrios. La acrópolis domina Lothal; después vemos la ciudad baja, con sus comercios, su bazar animado y sus viviendas, al menos tan bellas y amplias como las de Harappa y las de Mohenjo-Daro. No hay segregación social, no hay castas rígidas: las casas pobres están cerca de las casas de los comerciantes ricos. Además está el barrio industrial, con un verdadero taller para fabricar cuentas donde trabajan decenas de artesanos, instalados en torno a un amplio patio. Allí fabrican también pesos cúbicos según las medidas del Imperio, así como pesos esféricos, conforme al sistema babilónico. Las industrias contaminantes son relegadas a las afueras de la ciudad y orientadas de tal modo que los vientos dominantes no envíen los humos de los hornos hacia la ciudad.

A propósito de la industria, recordemos que los habitantes de Lothal inventaron la sierra circular de bronce, las brocas helicoidales, semejantes a las que se utilizan en los taladros modernos, y las muelas rotativas para el cereal, que exigen mucho menos trabajo para moler el grano, y que, además, ya utilizaban la técnica del vaciado en cera, etc. Para la época eran técnicas de vanguardia.

Caminemos ahora por los muelles de la gran dársena; vale la pena detenerse en ella pues los ingenieros y los maestros de obras de Lothal han creado, por primera vez en la historia de la humanidad, una dársena tan amplia y han resuelto problemas hidráulicos tan complejos. Cavar un estanque artificial de 230 x 36 m con una profundidad de más de 3 m no es cosa fácil e implica extraer y desplazar decenas de millares de toneladas de tierra. Luego, hubo que levantar los muros de ladrillo, de casi 2 m de base y 5 m de altura, rigurosamente verticales para permitir que los navíos lanzaran el ancla contra los muelles.

Pero los problemas técnicos más graves provenían de la acción combinada de las crecidas del río y el juego de las mareas. Por primera vez también un estanque artificial fue dotado de un sistema de esclusas perfeccionado. Cuando hay marea alta el nivel del agua sube a 3 m y, por una puerta de esclusa de 10 m de ancho, los navíos que vienen de alta mar entran sin dificultad al estanque. Cuando el mar baja se cierra la esclusa y los barcos quedan a flote. Un canal de desagüe impide que el nivel del agua suba excesivamente en el estanque.

Sin embargo, el problema crucial para todos los puertos del mundo es la acumulación de arena. Ahora bien, en la época moderna se dispone de medios técnicos para luchar contra este fenómeno. Medios de los que Lothal evidentemente carecía, es decir, dragas potentes. Los ingenieros, pues,

en Harappa, pero el Mediterráneo y el Cercano Oriente no son lo mismo que la isla de Pascua...

La religión en Lothal y en el Imperio

La ausencia señalable —¡y señalada!— de grandes edificios religiosos y de palacios suntuosos como en Egipto, por ejemplo, hace suponer que la sociedad del valle del Indo no estaba gobernada por un rey-dios como el faraón, ni por un sumo sacerdote, sino más bien por un poder secular centralizado, capaz de insuflar una disciplina cívica en una extensión tan considerable tanto en el tiempo como en el espacio. ¿Debemos concluir entonces que no eran religiosos? Seguramente no, y es en esta civilización, nacida del genio autóctono y de los inmigrantes alpino-mediterráneos, donde se encuentra el origen del culto tántrico. En efecto, existe acuerdo en admitir que el culto de la diosa madre, del lingam, de las serpientes y de Shiva es anterior a la invasión aria. Esto implica que proviene de aquellos que habitaban la India cuando los arios llegaron, es decir, de la civilización dravídica del Indo.

El culto estaba difundido por toda la ciudad y no centralizado en los grandes templos. La mayoría de las casas tenían su altar especialmente reservado para un ritual del fuego, seguramente muy diferente al sacrificio védico. Encontramos en estas casas (como en Çatal Hüyük por lo demás) pequeños altares: una plataforma baja de adobes en la que se encuentran cenizas. Manifiestamente no eran hornos, pues carecen de una abertura para introducir el combustible, y no eran susceptibles de contener recipientes de cocina de las dimensiones conocidas. Entonces, ¿para qué podían utilizarse sino para un culto cuyo ritual ignoraremos siempre? Por otra parte, los ritos funerarios elaborados, atestiguados por la manera de enterrar a los muertos, constituyen un testimonio de su vida espiritual. Practicaban también sacrificios cruentos de animales.

S. R. Rao, autor del excelente libro titulado *Lothal and the Indus Civilization*, del cual he extraído buena parte de los datos contenidos en esta parte dedicada a Lothal, escribe: «En conclusión, se puede afirmar que los habitantes del valle del Indo observaban prácticas religiosas muy divergentes, que iban desde conceptos filosóficos y éticos muy elevados, hasta conceptos rayanos con un animismo grosero». En efecto, ¿es absurdo pensar que pueblos tan inteligentes en el plano técnico hayan podido desarrollar una filosofía elaborada?

El mismo S. R. Rao añade: «Numerosas figuritas provenientes del imperio del Indo evocan posturas de yoga. Aparentemente practicaban el yoga y habían desarrollado la ciencia de la disciplina mental y física hasta un grado muy elevado. Incluso sus dioses están representados en actitud meditativa. Una de las mayores contribuciones de la civilización del Indo es la de la ciencia del yoga». Y yo preciso: del tantra, del cual el yoga es una rama.

Pero las civilizaciones van y vienen. Durante siglos y gracias a sus imponentes diques, Lothal vivió al abrigo de las inundaciones, y con el correr de los siglos se relajó la vigilancia. Entonces un diluvio de una amplitud increíble se abatió sobre la región y arrasó todo a su paso; al bajar las aguas, la ciudad y su puerto quedaron enterrados bajo metros de restos aluvionales.

Para Lothal fue la muerte. Los pocos habitantes que no huyeron, no tuvieron ya el coraje de sus antepasados, que cada vez volvían a reconstruir la ciudad. Los otros emigraron a regiones menos amenazadas. Pero las causas que acarrearón la desaparición de la civilización del Indo actuaron igualmente sobre Lothal, y hablo de ello en el capítulo siguiente.

Una Atlántida olvidada...

En la extraordinaria civilización del Indo todo es un misterio: su origen, su lengua, su escritura y hasta su fin. Ciertamente, como todo lo que vive, una cultura nace, evoluciona, alcanza su apogeo, luego declina y finalmente muere. Sin embargo, ¿no es pasmoso que un imperio de más de un millón de kilómetros cuadrados, o sea Francia, Gran Bretaña y Alemania Federal juntas, con centenares de ciudades, algunas pobladas por decenas de miles de habitantes, haya podido desvanecerse bajo

tierra hasta el punto de que se perdiera su huella y su recuerdo durante más de tres milenios?

Ante este enigma los arqueólogos se quedan perplejos y ninguna explicación encuentra consenso. ¿Hay que acusar a la guerra de conquista aria? Esta explicación sólo puede ser parcial, pues ni Mohenjo-Daro, ni Harappa, ni ninguna otra ciudad parecen haber sido tomadas por asalto, incendiadas, y sus habitantes masacrados. Algunos esqueletos que se encontraron amontonados podrían provenir de un crimen cometido por ladrones. Los combates sin duda se libraron en campo abierto, terreno ideal de maniobra para los carros ligeros y rápidos de los invasores arios, bien equipados para esa clase de guerra.

Sin duda los arios aceleraron una decadencia en curso, desorganizaron el poder y empujaron hacia el sur a una gran parte de los drávidas antes de asestar el golpe de gracia y esclavizar a los que no habían huido.

Entre las hipótesis planteadas está la del cambio progresivo del clima, que se volvió ciertamente demasiado seco, demasiado cálido, por tanto menos favorable para los cultivos. Otras, por el contrario, hablan de inundaciones catastróficas: en efecto, las excavaciones muestran que ciudades como Mohenjo-Daro fueron constantemente reconstruidas al correr de los siglos, a causa de las crecidas del Indo y los depósitos de sedimentos. Se supone así que los ingenieros del valle del Indo no pudieron dominar totalmente al río y una o varias presas cedieron: pensemos en el Rig-Veda y en el combate mítico entre el «demonio» Vittra, *el que retiene las aguas*, y el «dios» ario Indra, *el que suelta las aguas*. Destruyendo una presa (hablo de ello en otra parte), quemando las cosechas, los invasores incrementaron decisivamente una desertización muy avanzada a su llegada, e hicieron huir a los pobladores del valle del Indo.

Los geólogos piensan que movimientos tectónicos podrían haber desviado el Indo, incluso obstruido su curso, anegando toda la llanura: el continente indio se mueve, es verdad, y el Himalaya se encontraba, en las épocas geológicas, en el fondo del océano.

¿Y si emitimos otra hipótesis y la civilización del Indo hubiera sucumbido a su propio éxito? La bioarqueología nos enseña que hace 8.000 años, cuando los primeros esbozos de una civilización autóctona, la región estaba cubierta de espesos bosques, con abundante caza. Pero en nuestros días es una región desértica. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Capricho de la naturaleza o hecho humano? En mi opinión la desertización fue precedida por la deforestación.

En esta deforestación intervinieron dos factores. En primer lugar el desarrollo urbano. Ciertamente las ciudades prosperaban gracias al comercio, especialmente con todo el Oriente Próximo y Medio, pero la agricultura local era la que debía alimentarlas y responder, además, a la expansión demográfica del imperio. De allí una necesidad creciente de tierras vírgenes, conquistadas al bosque.

El segundo factor es más específicamente urbano. Lo que asombra, en todas las ciudades del valle del Indo exhumadas, es la profusión de obras de albañilería: ladrillos, ladrillos y más ladrillos. Ladrillos de formato estándar, lo cual era único en la época; ¡y de una calidad tal que están intactos después de más de treinta y cinco siglos! Pensemos en los 160 km de balasto de la vía férrea que iba de Multan a Lahore, hechos con millones de ladrillos de Mohenjo-Daro, cuyo nombre significa «colina de los muertos». Además está la cerámica: se han extraído decenas de miles de cántaros, de ánforas, de platos, etc. de barro cocido, el plástico de la época...

Esos millares de ladrillos habrán tenido que cocerlos con leña, acabando así con los bosques. Además, en la decadencia del imperio, los ladrillos sólo están medio cocidos, índice elocuente de una grave escasez de leña, que servía también para otros usos, como la cocina, por ejemplo. Pero deforestación y desertización van juntas: lo demuestran los ejemplos actuales. Las montañas de Etiopía, todavía boscosas hace cien años, ahora están peladas y el desierto avanza. Hace treinta años las laderas del Himalaya estaban cubiertas de bosques, pero, al paso que los van cortando salvajemente, pronto estarán desnudas...

A la desertización y a la escasez de alimentos que de ella se sigue añadamos la guerra y el resultado será el éxodo hacia el sur, el debilitamiento del poder central y el desmembramiento del imperio. En la fase decadente aparece una especie de tugurios en pleno centro de lo que, en su época de esplendor, eran las bellas y anchas avenidas de Mohenjo-Daro.

El cadáver en el armario

No hagamos racismo al revés: no imputemos exclusivamente a los arios toda la culpa en la muerte de la cultura del Indo. Por el contrario, su erradicación, su hundimiento bajo el suelo indio y su olvido total durante treinta y cinco siglos son, sin discusión, el resultado de una voluntad deliberada. Sin la ocupación inglesa, sin la invención del ferrocarril y sin el azar, el cadáver estaría todavía en el armario y la versión oficial según la cual los arios védicos, habrían conquistado y luego «civilizado» un país habitado por salvajes incultos seguiría en pie.

Para imponer primero y para justificar después su estatuto de *Herrenvolk* o autoproclamación como raza de señores, era necesario que los invasores, después de haber esclavizado a los vencidos, borrarán toda huella de la deslumbrante civilización de sus ancestros, para poder rebajarlos a la categoría de esclavos privados de todos sus derechos, excepto el de servir humildemente a sus amos.

Así, durante siglos, fue el «agujero negro», el desierto cultural en la India, hasta que el brahmanismo vencedor, utilizando la mano de obra barata de los sudras, hiciera construir los palacios de los maharajás.

Semejante aniquilamiento sistemático, programado y logrado de una civilización y de un imperio tan vasto es, sin duda, único en la historia. Se busca en vano la Atlántida bajo las aguas: ¿no es al menos el imperio del Indo una Atlántida sumergida bajo un manto de tierra?

Para quienes piensen que exagero tachando a los indoarios de *Herrenvolk*, cito a un «*connaisseur*» en la materia: Adolf Hitler. Los arios, hitlerianos antes de tiempo, aplicaron al pie de la letra sus consejos cínicos: «Si se dividiera la humanidad en tres clases: los fundadores, los conservadores y los destructores de culturas, en la primera categoría sólo entrarían los arios» (*Mein Kampf* [Mi lucha], p. 318). «Todo lo que nuestros ojos ven hoy como cultura humana, todas las realizaciones del arte, de la ciencia y de la técnica se deben casi exclusivamente a la creatividad de los arios. Esta comprobación obliga a concluir que sólo el ario es el fundador de una humanidad superior y, al mismo tiempo, es el prototipo (*Urtyp*) de lo que llamamos "el hombre"» (p. 321).

«Así, para el desenvolvimiento de una cultura superior, la presencia de hombres inferiores constituye un dato previo, pues sólo ellos pueden compensar la ausencia de medios técnicos, sin los cuales un desarrollo superior es impensable.

»Sólo después de haber reducido las razas inferiores a la esclavitud (*Versklavund*) le tocó la misma suerte al animal. Pues lo primero que se unce al arado es el vencido, y sólo más tardíamente el caballo...

»Imponiendo así a los vencidos una labor dura pero útil, el ario les perdonó la vida y hasta mejoró su suerte, comparada con su supuesta "libertad". Y en tanto mantenga despiadadamente (*rücksichtslos*) su rango de señor, sigue siendo el amo, el guardián de la cultura y el artesano del progreso» (pp. 323-324).

«Siempre y en todas partes se ha repetido el proceso siguiente: tribus arias —con mucha frecuencia en número ridículamente reducido— someten a pueblos extranjeros. Luego, estimulados por las condiciones de vida de los nuevos territorios conquistados (fertilidad, clima, etc.) y gracias a la abundante mano de obra suministrada por los hombres inferiores, los arios han podido desarrollar su talento organizador y su genio creador latentes» (p. 319).

Para «justificar» lo que precede, o sea para poder considerarse «civilizadores», *hay que borrar toda huella y hasta el recuerdo de la civilización existente.*

«Las mezclas sanguíneas conducen al rebajamiento del nivel racial y constituyen la única causa de la decadencia de todas las culturas. Los hombres no desaparecen por culpa de las guerras perdidas, sino más bien por el debilitamiento de su capacidad de resistencia, que sólo viene de la sangre pura» (p. 324).

La segunda agonía de una Atlántida

Los arqueólogos, los historiadores y el público son injustos con la civilización del Indo, sin duda a causa de la ausencia de realizaciones espectaculares como las pirámides y los templos colosales del antiguo Egipto.

Ahora bien, precisamente en 1922, en el Valle de los Reyes, Howard Cáster y su mecenas, el conde de Carnarvon, penetraron codo con codo en la tumba intacta de Tutankamón, llena de tesoros fabulosos. Fue la sensación del año y dejó en la sombra otro descubrimiento capital. En efecto, por una extraña coincidencia, en otro valle, el del Indo, a 400 km al norte de Karachi, se exhumaba una de las más antiguas metrópolis del mundo, Mohenjo-Daro.

La organización urbana, geométrica y racional de esta ciudad de casi cien hectáreas, los pictogramas, las joyas, los tejidos y otros testimonios arqueológicos demostraban la vitalidad de esta civilización protohistórica. Sir John Marshall, su descubridor, escribía entonces en el *Illustrated London News*: «Es rarísimo que un arqueólogo descubra una civilización desaparecida hace muchísimo tiempo, como lo hicieron Schliemann en el Egeo y Stein en el desierto de Turkestán. Pero creo que estamos en la víspera de semejante descubrimiento».

Y tenía razón: decenas, centenas de emplazamientos arqueológicos fueron exhumados y explorados.

Esta Atlántida olvidada, ¿perecerá de nuevo, definitivamente esta vez? Mohenjo-Daro, momificada durante más de treinta y cinco siglos bajo su manto de tierra, está agonizando. Las sales minerales, producto de la ascensión de las napas subterráneas, corroen sus ladrillos milenarios, mientras que las crecidas del Indo y las lluvias torrenciales socavan sus cimientos.

Sólo una ayuda urgente e internacional puede todavía salvar este sitio, uno de los más importantes del patrimonio humano. Su salvación está en curso, gracias a la Unesco y a la Misión Alemana en Mehrgahr, con el doctor Michael Jansen y el profesor Urban, pero también gracias a la Misión Francesa, con el doctor J. F. Jarrige. Bajo el patrocinio de París y de la Universidad de Aix-la-Chapelle (Aquisgrán), se ha organizado una exposición dedicada a Mohenjo-Daro. Yo la he visitado. Es notable: allí uno se pasea literalmente por la Mohenjo-Daro de hace treinta y cinco siglos. Durante tres años esta exposición se desplazará por las grandes ciudades de Europa. Si el lector puede hacerlo, no debe dejar de visitarla: no lo lamentará y ayudará a salvar Mohenjo-Daro, a beneficio de la cual está organizada la exposición.

Y esto corrige una injusticia. Que esta civilización no tenga arquitectura monumental no justifica que se la descuide. Nada de palacios suntuosos, nada de construcciones administrativas importantes. Todo indica la ausencia de un despotismo central: el poder debía pertenecer a la ciudad misma. Por ello no hay ninguna huella de grandes templos que denotarían un régimen teocrático poderoso.

Como monumento casi no hay más que el célebre «gran baño» de Mohenjo-Daro, cuyas dimensiones honrarían a un hotel moderno de clase internacional. En una tórrida jornada de verano, los ciudadanos podían gozar allí de la sombra y de la brisa, pues está implantado en la cima de la acrópolis que domina la ciudad. Desde allí, los habitantes de Mohenjo-Daro podía contemplar el panorama de su bella ciudad, del río y de los campos de trigo maduro de la campiña circundante, cuyo producto era almacenado en el enorme silo construido también sobre la acrópolis, al abrigo de las crecidas del Indo.

Así, más que construir monumentos impresionantes, todo estaba hecho para una vida feliz, apacible y confortable, en una sociedad, tal vez no igualitaria, pero al menos sin diferencias desproporcionadas entre las clases: nada de suntuosas villas de un lado y chabolas del otro. También se protegía el medio ambiente: las industrias contaminantes (fábricas de ladrillos, talleres de alfarería, etc.) quedaban relegadas fuera de la ciudad, y por otra parte fue uno de los primeros síntomas de decadencia encontrarlas dentro de ella.

¿Era la civilización del Indo una *verdadera* democracia? Sea como fuere, era el centro cultural más importante de la época y, brillando en todo el Medio Oriente y la cuenca mediterránea, influyó sobre nuestra propia cultura arcaica.



El «gran baño» de Mohenjo-Daro

La fábula del «buen ario»

Antes del descubrimiento absolutamente fortuito de la cultura del Indo, la versión oficial, que nadie ponía en duda, era que a su entrada en la India los arios habían encontrado allí un país poblado por aborígenes salvajes e incultos que ellos habrían civilizado. El hecho de que todavía subsistan, en algunos bosques o regiones montañosas poco accesibles de la India actual, algunas tribus aborígenes primitivas, acreditaba esta versión de los hechos, halagadora para los invasores. ¡Sin embargo, lo contrario es lo verdadero! Los arios, nómadas bárbaros y ladrones, encontraron en la India una civilización urbana refinada que destruyeron (¿o acabaron de destruir?) Si hay, en este sentido, un testimonio por definición poco sospechoso de parcialidad en favor de los drávidas es el de Hermann Lommel, autor alemán de la época nazi, que escribe en una de sus obras, de la que encontré en el mercado de libros viejos un ejemplar en francés, *Les Anciens Aryens*, editado por Gallimard en 1943:

«Antaño se creía que los arios, portadores de la civilización, habían llegado a un país habitado por pobres salvajes sin cultura, donde entonces habrían creado una elevada civilización gracias a la superioridad intelectual y moral. Sin embargo no fue ciertamente así. Los arios actuaron como vencedores, como conquistadores, que no llegan a un país para llevar la civilización, sino sobre todo para apoderarse de él y de sus riquezas y para reducir a sus habitantes a la esclavitud; aportan ciertamente su mentalidad, que está vinculada a la potencia militar, pero no necesariamente a una

alta cultura. Su espíritu evoluciona gracias al contacto con la civilización hallada, pues al apoderarse de sus riquezas materiales, no pueden evitar adoptar también sus riquezas espirituales. Sería, pues, un prejuicio creer que Rudra-Shiva, porque es un gran dios y lleva en sí un alma profunda, a pesar del terror que inspira, debe necesariamente haber pertenecido a los arios en lugar de ser el dios de los habitantes autóctonos pretendidamente tan pobres de espíritu» (p. 209).

Y un poco más adelante encontré esta grave condena: «Al invadir la India, los arios, conquistadores poderosos, violaron la cultura que allí había y privaron a una parte de la humanidad de su propia evolución».

Los impetuosos guerreros arios, fuertemente armados, luchadores aguerridos, habituados a enfrentarse a los ocupantes de los territorios que atravesaban, disponían de un arma decisiva: ¡el carro de asalto, en el sentido literal! La invención de la rueda con radios, ligera y a la vez sólida, les permitió construir esos carros de guerra para dos guerreros, carros rápidos que aterrorizaban al adversario sobre el que se lanzaban. Imaginemos el martilleo de los cascos de los caballos al galope, el polvo que levantaban las ruedas, los gritos de guerra, los golpes de espada y la nube de flechas abatiéndose sobre el enemigo, que podía igualmente ser otra tribu aria cuyo ganado quería robar, deporte favorito de los arios védicos, tanto en sus mitos como en la realidad. Para ellos, «poseedores de vacas», el ganado era la verdadera riqueza, y el «deseo de poseer bueyes» solía ser el motivo tanto de la rapiña como de la guerra. El toro simbolizaba la virilidad original; la vaca y su ternero, la maternidad y la solicitud nutricia.

Georges Thomson, citado por Battacharya (*Andent Indian Rituals*, p. 27), escribe:

«La caza es precedera y fugitiva, la tierra es inamovible; el ganado es una riqueza duradera, fácil de robar o de intercambiar. Nómadas por necesidad, las tribus de pastores se van enriqueciendo rápidamente por medio de incursiones y de guerras con el fin de robar animales. [...] Desplazándose sin cesar, las hordas turbulentas saquean un distrito tras otro. Matan a los varones apresados, y a las mujeres se las llevan como esclavas».

Estas mujeres, consideradas botín de guerra, convertidas en esclavas, no por ello eran menos mujeres, con ellas los arios engendraban hijos. Esto agrandaba la tribu, pero también le aportaba sangre extranjera. *No importa que esto suceda en la India o en cualquier otra parte; el mito de una «raza aria pura» es una estafa, y proclamarla «superior» es una impostura pura y simple, cuyas consecuencias todavía hoy está pagando el mundo...*

Pero volvamos a nuestros corderos, o mejor a nuestros ganados y a sus propietarios, los arios nómadas. La guerra, implica un mando único: la tribu se organiza en jerarquía militar con un jefe a la cabeza, que prefigura al rey. Cuando hay que repartirse el botín los guerreros se disputan la parte del león, es decir, las mujeres más bellas y las mejores cabezas de ganado; de aquí las desigualdades de la tribu, comenzando por la cima. Nuestras sociedades patriarcales modernas están siempre construidas sobre esta misma estructura piramidal, y el jefe del Estado, ya sea el rey o el presidente, es siempre jefe de las fuerzas armadas.

Si bien los clanes luchaban entre sí con frecuencia, cuando se trataba de la conquista de nuevos territorios —la «operación Indo», por ejemplo— la solidaridad étnica dominaba. Entre los jefes famosos por su valentía y su habilidad estratégica encontramos a Indra y Vishnu. Stuart Piggot, en *Prehistoric India to 1000 B.C.*, escribe: «En el Rig-Veda, Indra es la apoteosis del jefe tribal ario: armado hasta los dientes, colosal, barbudo, panzudo a fuerza de beber, maneja el relámpago en sus momentos más divinos; desde su carro de combate lanza flechas mortales... Glotón, engulle increíbles raciones de carne de buey, papilla de cereales (*porridge*) y pasteles que deglute con enormes tragos de soma embriagador...» (véase también el capítulo consagrado a los dioses hindúes).

El Rig-Veda (1,53) alaba a Indra porque «ha derrotado dos veces diez reyes de hombres», y «destruido fortalezas» de los no arios, calificados de paso como *anasa*, sin nariz, y descritos como gente de tez oscura que farfullaba un lenguaje ininteligible. Indra es el patán en estado puro, pero

para los arios se trata de un patán simpático, siempre presto a ayudar en el peligro.

A medida que se suceden los himnos, Indra es divinizado y se transforma en dios solar, sin perder nada de su tendencia inmoderada por el soma. A Breughel le hubiera gustado pintar este personaje tan colorido, turbulento, truculento y temible.

En el Rig-Veda los enemigos de Indra son los *dāsa*, del sánscrito *dās*, herir, hacer daño. *Dāsa* es al mismo tiempo enemigo, demonio, salvaje, bárbaro, esclavo, siervo, pecador. En el plano mitológico, los *dāsa* se convierten en demonios atmosféricos. En 11,20,7, se alaba a Indra porque destruye una «fortaleza de hombres de piel negra» (*krishnayoni*). Malati Shedge observa que si, en el Rig-Veda, los *dāsa* son humanos, ¿por qué Indra tenía que ser un dios?: «El velo de una supuesta mitología cubre los hechos reales. Los himnos del Rig-Veda conciernen a los humanos y sus actos, especialmente la guerra entre arios y no arios. Más tarde, cuando los arios los convierten en objeto de culto, en tanto conquistadores se arrogarán el Bien, serán los dioses, y los no arios serán el Mal, fuerzas demoníacas del universo».

Sobre el terreno, a pesar del valor de Indra, los *dāsa* les dan mucho trabajo. Desde su carro de asalto fuertemente armado, choca contra una áspera resistencia que no podrá quebrar sólo con las armas. No hay cuartel: ¡hay que inundar, quemar, hacer padecer hambre al enemigo! Su agricultura estaba muy desarrollada; sin ello las ciudades no hubieran podido crecer ni subsistir. Habían levantado presas para domesticar las cataratas del monzón y alimentar la amplia red de riego: el Rig-Veda cita estas «barreras artificiales» (II, 15,8c).

Pero estas presas estaban protegidas por guerreros dravídicos, bajo las órdenes de Vritra, que el Rig-Veda transforma en serpiente, el monstruo. Indra lo ataca, lo mata y luego rompe la presa, soltando así un diluvio en el valle, ahogando y arruinando todo su paso

Indra se convierte en El-que-suelta-las-aguas. Mitológicamente, el duelo Indra-Vritra, convertido oficialmente en la lucha eterna entre el Bien y el Mal, es el elemento central del rito védico del sacrificio.

Pero además del agua, Indra llama al fuego en su ayuda para cortar la retirada a los guerreros, exterminarlos, quemar sus cosechas, incendiar los poblados, sembrar el pánico. El papel decisivo del fuego (*Agni*) le vale ser glorificado por más de doscientos himnos del Rig-Veda: «Oh Agni, quema a todos estos hombres de piel negra, sé tú el guardián del sacrificio», y remito nuevamente al lector al capítulo consagrado a los dioses hindúes para conocer más detalles.

Los asesinos se convierten en señores

Comparado con el racismo furioso de los arios en la India, el *apartheid* de África del Sur es una broma, y mido mis palabras. Sin embargo, no hagamos racismo al revés en contra de los arios e intentemos comprender su situación en la India después de su victoria sobre los drávidas.

En efecto, numéricamente minoritarios frente a las poblaciones vencidas, pero siempre hostiles, su posición podía eventualmente ser precaria. Las hostilidades no cesaron de un día para otro tras una capitulación o rendición de los vencidos. El fin de los combates se pareció más a la extinción de un fuego de monte: el siniestro es dominado, pero el incendio se incuba aún bajo las cenizas, listo para surgir a la menor falta de vigilancia.

Como vencedores, los arios debían enfrentarse a dos peligros:

- el más inmediato, el de una revuelta de los vencidos;
- el segundo, más insidioso, su absorción progresiva y finalmente su extinción en cuanto etnia por el mestizaje con los autóctonos.

Estos dos peligros acarrearón la instalación de su sistema de clases y de castas, de una lógica implacable, a fin de garantizar su supervivencia étnica y su dominación absoluta y definitiva sobre los pueblos conquistados.

Para afrontar el primer peligro era necesario:

1º Borrar toda huella de organización militar y social de los vencidos, arrasas sus ciudades, hacerlas desaparecer bajo tierra, desmembrar su imperio, extirpar hasta el recuerdo de su civilización y su resistencia, deshumanizar a los vencidos. Estos objetivos, fueron alcanzados, pero de manera totalmente fortuita, gracias a los ingleses, los vestigios de su civilización fueron exhumados y explorados por los arqueólogos, sin lo cual hubiéramos ignorado siempre la existencia de esta cultura.

2º Reducir a los vencidos a la esclavitud, privarlos de todo derecho y posesión, permitirles sólo sobrevivir como siervos, a cambio de una sumisión total.

3º Mantener entre los vencedores el recuerdo de la lucha y el odio transformando esta guerra en un culto, la religión védica.

Para evitar la asimilación y luego la extinción por mestizaje, era necesario:

1º Autoproclamarse raza de señores (*Herrenvolk*) y luego, como corolario, rebajar a los vencidos al rango de siervos, y rechazar a los insumisos y convertirlos en intocables.

2º Proscribir con rigor todo casamiento mixto; por tanto, dividir la sociedad en clases (impropiamente llamadas «castas»), y prever sanciones disuasivas para los contraventores.

3º Por último, secuestrar a la mujer aria (la «contaminación» racial pasa por la madre...), someterla al macho ario, reprimir su sexualidad.

Esta lógica silogística será aplicada al pie de la letra, con un rigor implacable. Lo que precede aclara la estructura, aparentemente tan compleja, de la sociedad aria.

Si el primer peligro, el más evidente, fue percibido de inmediato, el segundo lo fue sólo más tarde. Seamos objetivos: sólo progresivamente los vencedores se convertirán en racistas furiosos. Durante los primeros siglos príncipes no arios de piel oscura, que tal vez se habían aliado a los invasores, fueron arianizados. Igualmente los ricos comerciantes dravídicos, por medio de una retribución «correcta» a algún brahmán comprensivo y alguna purificación, fueron, ellos también, debidamente arianizados.

Pero cuando vieron el peligro de absorción como etnia, ¡entonces no hicieron las cosas a medias! Sin duda es aceptable que un pueblo quiera preservar su identidad étnica por medio de cierta disciplina en la procreación para evitar un mestizaje ilimitado que lo haga desaparecer. Al límite, sería una «legítima defensa» étnica, incluso aunque los invasores arios nómadas tampoco fuesen una raza pura, como ya he indicado. La endogamia fue el medio para salvaguardar su identidad étnica; pero lo que es inaceptable, es instaurar una discriminación racial envilecedora acompañada de la explotación desvergonzada de los vencidos durante tres milenios.

La impostura aria

Las imposturas tienen una larga vida, sobre todo la que amalgama lo «indoeuropeo» y lo «ario». Este hecho —que no es único— parece tan poco discutido que el diccionario postula todavía la existencia de una raza o de un conjunto racial ario-indoeuropeo. (Entre paréntesis, más allá del Rin se escribe naturalmente *Indo-Germanen*, término que sugiere más de un matiz...) Pero los verdaderos indoeuropeos son nuestros ancestros alpino-mediterráneos y no los nómadas nórdicos de la estepa euroasiática, usurpadores de ese título.

Ahora bien, en el fondo, ¿qué interés tiene saber si los indoeuropeos son los indogermanos o los alpino-mediterráneos? Habiéndome planteado la cuestión, he tomado conciencia de que si encontramos nuestras verdaderas raíces culturales, la visión tántrica deja de ser exótica, ya que subsiste en nuestro inconsciente colectivo, donde ha sido reprimida por un sistema patriarcal extranjero, venido del frío.

Vayamos a los hechos. Si existe una ciencia que parezca anodina y que concierna sólo a los eruditos, es la filología comparada. Esta ciencia nació en 1786 cuando Sir William Jones, después de haber comprobado la semejanza entre el sánscrito, el griego, el latín, el alemán y el celta, les atribuyó un origen común. Luego se han ido añadiendo todas las lenguas europeas, excepto el vasco, el finlandés y el húngaro.

Todo esto no adquiere el aspecto de una mezcla explosiva sino hasta que en 1861 Max Müller, el célebre sanscritista, profesor de la Universidad de Oxford, «inventa» la raza aria. No se imaginaba el uso que se haría de ello durante el siglo siguiente en su tierra natal...

Max Müller utilizó ese giro fatal en su conferencia *Lee tures on the Science of Language*. En lugar de referirse prudentemente a una *lengua madre* aria común, evocó en primer lugar la gran *familia* aria y luego la *raza* aria. Con todo el encanto de su estilo y el peso de su erudición describió románticamente el tiempo en que «los primeros ancestros de los indios, los persas, los griegos, los romanos, los eslavos, los celtas y los germanos vivían juntos en la misma tierra, incluso bajo el mismo techo».

Isaac P. Taylor no se equivocaba cuando, en *The Origin of the Aryans*, en 1889, escribía: «Pocas veces un erudito habrá acumulado tantas palabras perniciosas en tan pocas líneas». En realidad Max Müller habría debido reservar el adjetivo «ario» para los idiomas indo-iranés, pues, según A. L. Basham, de la Universidad Nacional de Australia, *arya* viene del antiguo persa *Airiya*, que se encuentra en el moderno *Irán* y que designaba un poderoso grupo indo-iraní. Etimológicamente no significa, pues, como se ha pretendido, «noble» o «de buena cepa». Sin embargo, como la palabra es corta y suena bien, todo el mundo ha seguido la corriente a Max Müller y la ha adoptado: los ingleses, los franceses y los alemanes.

Fue, pues, un error fatal concluir apresuradamente, y sin ninguna prueba, que existió una raza primitiva única, proclamada pura sin dilación. Un pasito más y ya la tenemos «superior»: *Herrenvolk*. Ese paso Hitler lo dio sin titubear. Pero es absurdo basar la antropología en la lingüística, pues la lengua es una cosa y la raza es otra: en los Estados Unidos, blancos, negros, amarillos y rojos hablan todos una lengua aria, el inglés.

Entonces, ¿quiénes son los *verdaderos* indoeuropeos, sino los alpino-mediterráneos? Es lo que propongo considerar juntos y, como no escribo un tratado de antropología comparada, en aras de la claridad me autorizo a ser ultraesquemático, por tanto impreciso.

Sin remontarnos hasta los orígenes lejanos, y probablemente africanos, de la humanidad, partamos de nuestra Europa y pensemos en esos hombres del paleolítico que durante veinte mil años (¡desde el año 30.000 al 10.000 antes de nuestra era!) la han poblado, desde España hasta Ucrania. A su cultura arcaica debemos Lascaux, Altamira y otros santuarios de iniciación religiosa. Los animales pintados en esas grutas —A. Leroi-Gourhan lo ha demostrado— están dispuestos simétricamente y simbólicamente en dos mitades, una «femenina» con el uro y el bisonte, y una «masculina» con el reno y el caballo, más los órganos genitales de los dos sexos esquematizados.

En esa época los hielos cubrían aún Escandinavia y Escocia. Las manadas de renos y de bisontes se alimentaban con la magra vegetación de la tundra. El hombre subsistía por la recolección y la caza, e incluso se enfrentaba con el mamut. Vivía en simbiosis casi mística con su entorno, como lo atestiguan sus pinturas rupestres. Sin embargo, hacia el año 10.000 antes de nuestra era, el clima se suavizó, las manadas de renos emigraron hacia el norte y estos hombres no supieron adaptarse, con lo cual desapareció la civilización magdalenense.

Hacia esta misma época y favorecido por este cambio de clima, un acontecimiento tan capital como la conquista del fuego transformaría la vida humana. Fue la revolución neolítica, que vio al hombre liberarse poco a poco de los caprichos del medio al empezar a *producir* sus alimentos. El cazador y recolector se convierte en agricultor y criador de ganado y por tanto en sedentario. (De hecho, fue la mujer la que inventó la agricultura.)

Así, la agricultura se inicia hacia el año 8.000 antes de nuestra era, en la zona egea y en la célebre «Media Luna fértil», para propagarse hacia Palestina, Anatolia y el Kurdistán, hasta el oeste de la cadena del Zagros y hasta las puertas del Irán, y en dirección a la India. En suma, originada en el Oriente Próximo, la «agriculturización» ganó simétricamente el Oriente Medio y la Europa del sudeste donde, hace nueve mil años, se expandía la «*Old European Civilisation*» de Marija Gimbutas, que será destruida hacia el año 5.000 antes de nuestra era por una primera ola de invasores kurganos, llegados desde las estepas heladas del Norte.

Cráneos redondos contra cráneos alargados

Para determinar la raza, más que la estatura y el esqueleto, lo importante es la forma del cráneo, y por eso la craneología es la herramienta favorita del antropólogo. Primera comprobación: cuanto más se baja hacia el sur, más se alargan los cráneos y se oscurece la piel, mientras que a medida que se va hacia el norte y hacia Asia, los cráneos se redondean y las pieles son cada vez más claras.

Se comprueba —he prevenido al lector que sería ultraesquemático— que los agricultores europeos del neolítico tenían el cráneo alargado y los miembros delgados, eran achaparrados y morenos, tenían el pelo oscuro y los ojos negros. Africano-mediterráneos, fueron subiendo hacia el norte tanto por tierra como por mar.

Rendían culto a los antepasados y enterraban a sus muertos, primero en las cavernas y luego en esas grutas artificiales que son los túmulos, alargados como sus cráneos, con cámaras funerarias unidas por largos corredores. Algunos de estos túmulos superan los cien metros de largo por quince de ancho, y la mayoría de los cráneos descubiertos provienen de ellos. Los hombres del neolítico construyeron esas «catedrales a cielo abierto» que son los grandes conjuntos megalíticos como Stonehenge y Carnac.

Se encuentran estos mismos cráneos alargados y los mismos túmulos alargados en Argelia, España, Francia, Bélgica y Gran Bretaña que, en su origen, debía estar poblada por una sola raza de hombres hasta Irlanda. Este mismo tipo mediterráneo habita y cultiva evidentemente todo el contorno del Mediterráneo, así como el espacio alpino, agrandado hacia el norte, incluyendo grandes partes de Alemania. Por comodidad los llamaré «alpino-mediterráneos».

Desde la India hasta Europa, el mismo guión, el mismo drama se ha repetido en todas partes...



Un hecho capital: apegados al suelo, los agricultores son extraordinariamente estables, hasta el punto de que nuestros campesinos actuales pueden ser considerados como los descendientes directos de los agricultores del neolítico. ¡Incluso su existencia ha cambiado mucho menos de lo que se cree! Hace menos de un siglo, en nuestras regiones, muchos de ellos vivían todavía en chozas con paredes de arcilla y suelo de tierra apisonada y, aunque las guadañas de piedra han sido reemplazadas por las de metal, eso cambia poca cosa en su manera de vivir.

¿Qué pasaba mientras tanto en el norte, en esa estepa desmesurada que abarca desde Rusia hasta Manchuria? A medida que los hielos retrocedían, las tribus de cazadores de cráneo redondo habían perseguido la caza —sobre todo el reno y el caballo salvaje— hacia el norte. A pesar del recalentamiento relativo, el clima era tan rudo como los hombres.

De alta estatura, estos cazadores eran robustos, valerosos y aguerridos. Nómadas por necesidad, habitaban en chozas de ramas, redondas como sus cráneos, y enterraban a sus muertos en túmulos, también redondos, antes de incinerarlos. Durante los largos inviernos nórdicos sus chozas redondas estaban semienterradas. Musculosos, enérgicos, dotados de una gran vitalidad, vestidos con pieles de animales, velludos y barbudos, inspiraban temor, si no terror, con su solo aspecto.

Perfeccionaron las armas (la jabalina, el arco) y mejoraron su táctica de caza, que exigía una acción concertada y disciplinada para cercar la presa, abatirla o tenderle una emboscada. De ahí la necesidad de un jefe de clan que se convertiría en jefe de la guerra. Para sobrevivir, se convirtieron en depredadores temibles, en cazadores.

Pero ellos también hicieron *su* revolución neolítica, paralela a la de los agricultores, al producir también sus alimentos. Como la caza escaseaba, comenzaron a domesticar los grandes mamíferos, entre ellos el caballo. Se convirtieron así en pastores y criadores nómadas, pero sin abandonar la caza. Adquirieron gran movilidad por medio de la rueda y el carro, y conquistaron nuevos territorios.

Así su ganado se convirtió en su única riqueza, lo cual se refleja en los himnos del Rig-Veda. Como la cría de animales era menos aleatoria que la caza, disponían de abundante alimento, lo cual favoreció su expansión demográfica, lo mismo que en los agricultores sedentarios. Pero para alimentar esos grandes rebaños se necesitaba mucho espacio; su modo de vida se parecía al de los tártaros actuales: una sola familia-tribu tiene necesidad de trescientas vacas para vivir, y un territorio de estepa tan grande como Francia sólo alcanzaría para alimentar a 50.000 pastores nómadas.

Un rasgo característico de esas razas nómadas era su actitud ante las mujeres de la tribu —por lo demás, compartidas—. Evoco aquí otro elemento, que proviene del nomadismo pastoril y que a primera vista parece sin relación con la mujer y su papel social. Durante su trashumancia, entraban en conflicto con otras tribus cuyos territorios atravesaban. Como por definición el cazador mata, se convierte fácilmente en guerrero: las mismas armas matan tanto un reno como a un hombre y, con un poco de costumbre, se olvida la diferencia... Todavía en nuestros días los soldados de élite son con frecuencia «cazadores»: cazadores alpinos, de las Ardenas, a caballo, etc., o incluso los temibles *Fallschirmjäger* o *Gebirgsjäger* de la antigua Wehrmacht...

Con frecuencia el botín de la batalla era el ganado del enemigo. En el combate se «liquidaba» a los hombres pero se perdonaba la vida a las mujeres y a veces a los niños: una mujer es menos peligrosa y siempre puede servir. Convertidas en esclavas, no permanecían «desempleadas» y la tribu se enriquecía con «bastardos» que se integraban en el clan, o sea que ni hablar de raza pura, ¡suponiendo que hubiera existido al principio! A fin de cuentas, los nómadas se mestizan casi más rápido que los sedentarios.

Sin embargo, estos nómadas «arios» que habían ido hacia el norte para seguir la caza, volvieron hacia el sur para buscar pastos para sus grandes rebaños. Y así estos cazadores guerreros de cráneo redondo y mandíbula poderosa hicieron irrupción en los territorios de los sedentarios de cráneo alargado, a quienes esclavizaron. Invadieron Inglaterra, Escocia e Irlanda, pero sobre todo Europa central y oriental, cerca de Ucrania. La primera ola se desencadenó hacia el año 5.000 antes de nuestra era, y hacia el este no sobrepasó el Volga.

CIVILIZACIONES NEOLÍTICAS



Tipo racial: Cráneo alargado, rostro oval, talla pequeña, miembros delgados, piel morena, ojos negros.

Territorio: Rama «oeste» = espacio mediterráneo y norteafricano. España, Francia, Bélgica, Inglaterra, Irlanda y hasta Dinamarca.

Rama «este» = contorno del Mediterráneo (y sus grandes islas), Italia, Suiza, sur y oeste de Alemania, Rumania, grandes llanuras fértiles del este europeo, el Oriente Medio más la «Media Luna Fértil», etc. hasta el sur de la India.

Economía: Agricultura, pequeña cría (cerdo, cordero, cabra, aves). No hay caballos. Gracias al sedentarismo los poblados se convierten en pueblos, en ciudades, etc. Gran estabilidad étnica y geográfica de las poblaciones. Creación de civilizaciones brillantes y felices.

Estructura social: Igualitaria, matrilineal, no piramidal. La mujer no esclaviza al hombre, tiene un *status* social elevado (la tribu aumenta gracias a su fecundidad y a la agricultura que ella ha inventado).

Ideología y religión: Culto de la diosamadre, la Gran antepasada, y de los valores femeninos: paz, amor, arte, protección de la naturaleza. La mujer es sacerdotisa, sexualmente alerta y libre. No hay antinomia entre la espiritualidad y la sexualidad. No hay guerras de conquista: el progreso se hace lentamente, por la emigración y la ocupación de nuevos territorios desbrozados.

NÓMADAS DE LAS ESTEPAS



Tipo racial: Cráneo redondo, rostro cuadrado, mandíbula potente, estatura elevada, tez clara, cabellos rubios o rojos, ojos claros.

Territorio: Siguen primero la caza hacia el norte —las grandes estepas eurasiáticas— hasta el final de la última glaciación. Primero cazadores depredadores nómadas; al escasear la caza domesticar los bovinos, el perro y el caballo, y se convierten en pastores y criadores. Descienden hacia el sur, hacia nuevos pastos, por oleadas sucesivas. Conquista de Europa (este y sur), incluidas Italia, Grecia y las islas mediterráneas, del Medio Oriente, el Irán y la India. Son destructores de civilizaciones.

Economía: Pequeñas aldeas temporales constituidas por chozas redondas, semienterradas durante el invierno. No hay ciudades ni civilización urbana. Única riqueza: el ganado. Cultura sobre todo verbal: relatos, epopeyas, mitos...

Estructura social: Patriarcado con estructura jerárquica piramidal (en la cima el jefe del clan, luego sus guerreros, los bardos, etc.); organización militar, disciplina. La mujer está sometida al hombre; su *status* es inferior, aunque no sea una esclava.

Ideología y religión: Dios masculino, culto del héroe y de la guerra de conquista, afirmación de la superioridad racial del más fuerte. Los asesinos se convierten en señores; explotación de los siervos, mano de obra gratuita. Cuando ya no hay más territorio que conquistar, hay que colonizar la Luna y el espacio.

Una observación a propósito de Irlanda, donde McFircis, en su *Books of Genealogies*, distingue dos capas: una, los Fir-Bolg, de pelo oscuro y ojos negros, de talla pequeña, que constituían la clase servil, despreciada por la otra, de cabellera roja o rubia, piel blanca y ojos grises o de un azul grisáceo. ¿Tendrá relación con la situación actual del país? En Escocia, el mismo McFircis opone los Fraser de las Islas Occidentales, pequeños y oscuros, a los MacGregor y los Cameron, de altura imponente, fuertes, con frecuencia pelirrojos, cuya tez resplandeciente se pigmenta naturalmente con manchas de rubor.

Volvamos a consideraciones más generales. Cuando se observa y se reflexiona, se advierte un hecho notable por su constancia, es decir que en todas partes, todo el tiempo, se ha desarrollado el mismo guión desastroso: provenientes de las estepas, los nómadas agreden a los pueblos de agricultores sedentarios, pacíficos, destruyen su civilización y esclavizan a los supervivientes. Esto comenzó con los kurganos —citados anteriormente— y la destrucción de la *Old European Civilisation*», que continúa hasta la época moderna.

Después del neolítico, estos pueblos sedentarios crearon todo un rosario de civilizaciones, mucho antes de la irrupción de los nómadas nórdicos. Pensemos en las Cicladas, con esas maravillas de la civilización egea que son Chipre y Rodas; pensemos en el Cercano Oriente, en Anatolia, en Mesopotamia y, más lejos, en la civilización del Indo.

También por todas partes los invasores imponen su estructura social, su ideología patriarcal, y cuando, después de un «agujero negro» cultural de varios siglos, emerge una nueva civilización, los arios imponen la misma leyenda, según la cual, a su llegada, los países conquistados eran pueblos bárbaros e incultos que ellos habrían civilizado. Pero, siempre y en todas partes, se ha producido *exactamente lo contrario*.

Además, la antropometría demuestra que todas esas culturas prearias, arcaicas pero refinadas, han sido la obra, si no de una raza única, al menos de etnias de origen alpino-mediterráneo que se extendieron, progresiva y pacíficamente, hasta el sur de la India.

Para resumir y aclarar todo esto he redactado el cuadro comparativo de la página de enfrente, sobre el que vale la pena reflexionar.

¿Son los drávidas alpino-mediterráneos?

Aunque la India cuenta con numerosas etnias, es posible dividir su población, esquemáticamente, en tres grupos principales, ninguno de los cuales es, por cierto, de raza pura. En primer lugar, citamos el grueso de la masa popular india, que es de origen dravídico; luego, muy inferior en número, los supuestos «arios» de las tres clases superiores; por último, una minoría de indios de las tribus que forman la casi totalidad de los Intocables.

Pero, si se exceptúan los arios, venidos más tarde, se vuelve a encontrar esta proporción racial desde la civilización del Indo: en Mohenjo-Daro, sobre 18 esqueletos exhumados, por otra parte mezclados entre sí en la misma sepultura, 10 cráneos son de tipo mediterráneo puro, 4 son alpino-mediterráneos, ¡o sea casi 8 sobre 10! Si bien es demasiado poco para tener valor estadístico, sin embargo es significativo. De los 4 cráneos restantes, 3 son de tipo australoide, como los de no pocas tribus de la jungla consideradas como pre-dravídicas. El último cráneo es mongoloide.

En este mismo contexto, cito a B. Narasimhaiah en su *Neolithic and Megalithic Cultures in Tamil Nadu* (el Tamil Nadu era la parte más dravídica del sur de la India): «El elemento racial predominante, identificado gracias a los esqueletos humanos provenientes de diversas excavaciones arqueológicas, es mediterráneo; el otro comprende los protoaustraloides autóctonos, y los dos se encuentran mezclados. Así, queda claro que en el neolítico la población se componía de protoaustraloides autóctonos y de mediterráneos, ampliamente mayoritarios.

»Este mismo elemento racial mediterráneo, muy cercano a la población moderna, se encuentra entre los restos de esqueletos calcolíticos de Nevasa, Lothal, Harappa y Mohenjo-Daro, por una

parte, y de los esqueletos megalíticos (sur de la India) de Adichchan-nulallur, Brahmagiri y Yelleswaram, por otra.

«Alchin prefiere llamar *dravídica* a la raza mediterránea, con todas sus connotaciones lingüísticas» (pg. 87)

A propósito de los megalitos, estos testigos impresionantes de la cultura neolítica, con frecuencia se lo considera específicos de nuestra vieja Europa, aunque una importante cultura megalítica, en todos sus aspectos semejante, con menhires, dólmenes y alineamientos de piedra levantadas, existía (y aún existe) en el sur de la India.

Ahora bien, nuestros megalitos europeos son obra de alpino-mediterráneos gráciles, de cráneos alargados, y son otros alpino-mediterráneos los que han levantado los de la India meridional. Según Banerjee, citado por el mismo B. Narasimhaiah: «Los drávidas que introdujeron el "megalitismo" no eran autóctonos del sur de la India... Por otra parte, no eran arios, pues el culto megalítico no tiene lugar en su religión. Todo indica que los constructores dravídicos de los megalitos vinieron del noroeste de la India, antes o en la época del Rig-Veda, y que fueron rechazados hacia el sur, donde hallaron refugio» (p. 195). Yo añado «provisionalmente», pues con el correr de los siglos la ola aria terminó por llegar al sur de la India, aunque considerablemente debilitada.

En la misma obra se dice: «Estas pruebas muestran que no había ningún conflicto entre los dos pueblos (pre-dravídico y alpino-mediterráneo). Al contrario, todo muestra una coexistencia y una asimilación progresivas» (p. 192).

Resumiendo, se sabe así que los drávidas del sur de la India, como los de la civilización del Indo, eran en su mayoría inmigrantes alpino-mediterráneos que habían coexistido y habían sido asimilados por una minoría de pre-dravídicos autóctonos, muy negros de piel y más pequeños que ellos.

Dicho esto, cuidémonos de hacer racismo al revés lanzando una mirada sospechosa y acusadora sobre todos los «grandes de cráneo redondo», entre nosotros o en otras partes: no es (o ya no es más) una cuestión de *raza*, ni de *personas*, sino de *valores*.

Por el contrario, hay que denunciar con vigor la impostura de las pretendidas pureza y superioridad raciales de los arios, así como la fábula de los buenos arios, que sólo habrían esclavizado a los bárbaros incultos para civilizarlos...

La continuidad de los alpino-mediterráneos

Independientemente de las pruebas antropológicas —que son las más convincentes—, muchos otros elementos apoyan mi tesis según la cual los alpino-mediterráneos son los verdaderos indoeuropeos, y no los invasores nómadas, muy minoritarios.

Evoco ahora pruebas «agronómicas». Es notable que, partiendo de un centro —el espacio egeo, la «Media Luna fértil» y Anatolia—, el cultivo del trigo y del sorgo se haya difundido simétricamente, por un lado hacia Europa, por el otro hacia el Oriente Medio hasta la India. El trigo y el sorgo han constituido así el alimento de base de nuestros granjeros europeos, como lo fue de los ciudadanos del imperio del Indo.

La mayor parte de las plantas alimenticias de la India dravídica, incluso actuales, no son propias del país, provienen del Oriente Próximo, empezando por otros dos cereales, el sésamo (se lo ha encontrado en Chanhu Daro, en el Indo) y el mijo.

Las semillas oleaginosas utilizadas eran, y son todavía, la de lino y la de mostaza. En cuanto al algodón (proveniente de Etiopía) era cultivado por su semilla

antes de que los pobladores del valle del Indo lo tejieran y de que constituyera, en el siglo XIX, la fortuna de las hilanderías inglesas, ¡contra las cuales luchaba Gandhi con su rueca! En la antigüedad ese algodón indio era famoso en Babilonia, donde lo llamaban *shindu*, como en todo el Oriente Próximo: los griegos lo llamaban *sinon*, los árabes *satín* y los hebreos *sadin*. La otra planta oleaginosa, el ricino, también les había llegado desde África, a través del Oriente Medio.

Las féculas (guisantes, *dhal* y otras), que tienen un papel importante en la cocina india, también vienen del oeste. Típicas plantas del Mediterráneo, el ajo y la cebolla hacen las delicias de la cocina dravídica, y en cambio los arios ortodoxos los aborrecen, pues dicen «que quien come ajo o cebolla debe ser expulsado fuera de los muros de la ciudad».

Todo esto demuestra la existencia de un movimiento continuo de oeste a este, del Mediterráneo hasta la India, movimiento confirmado por la lingüística. Sé que contradigo mi observación inicial según la cual la lengua es una cosa y la raza otra; sin embargo, este parentesco se añade a los argumentos anteriores. Cito a MacAlpin, que comprueba que el parentesco lingüístico entre las antiguas lenguas del Oriente Medio y el dravídico demuestra que los drávidas no son autóctonos de la India y que llegaron del oeste como inmigrantes.

Por último citaré al doctor Boulnois, de quien hablo detalladamente en el capítulo siguiente: «En definitiva, el dravídico se nos presenta como un compromiso entre un elemento blanco, preponderantemente mediterráneo, mestizado con un elemento negro preponderantemente melanesio, australiano y negroide».

Así, tomar conciencia de que los ancestros de la inmensa mayoría de los europeos actuales son alpino-mediterráneos y no los nómadas de la estepa, es redescubrir nuestros valores, reencontrar nuestras raíces.

Nuestra civilización, basada en esos falsos valores del patriarcado, está en plena crisis, incluso en el plano material. Para evitar la autodestrucción, hay que volver a despertar el culto de la feminidad, que es el único culto que permite el pleno desarrollo tanto del hombre como de la mujer.

Cuando Hitler afirmaba que los invasores arios eran «con frecuencia de número ridículamente reducido» sabía lo que decía y Pizarro demostró que sólo con ciento sesenta conquistadores se podía desestabilizar un imperio y arruinar una civilización.

¡Pizarro! ¿Ha dicho usted «Pizarro»?

El drama empezó el 15 de noviembre de 1532, a 3.000 metros de altitud, en el corazón del imperio inca, desgarrado por la rivalidad de dos hermanos que se disputaban el poder. El escenario es Cajamarca, una triste llanura. De un lado está Pizarro y del otro el Inca. ¡El Inca, hijo del Sol, sin armas y sin temor, fuerte en medio de las decenas de miles de sus guerreros que rodean a los conquistadores, a razón de doscientos contra uno!

Una señal, un grito: «¡Santiago y a ellos!» Y es la carnicería. Después de haber capturado al Inca, los hombres de Pizarro, presos de una locura asesina, matan a los indígenas por millares. Por este acto de audacia inaudita, Pizarro se convierte en el amo del impresionante imperio inca, comparable en extensión y en población al de los faraones. Otra locura se apodera de estos aventureros ávidos: el oro. El oro del Perú existe y hay más en la realidad que en sus sueños más desenfundados. Saquean el campamento del Inca, su prisionero, arramblan con el tesoro imperial, se apoderan de todos los tesoros incas: las máscaras de las divinidades, las joyas, los ornamentos reales, obras maestras de una belleza incomparable, nada se les escapa. Además, saquean los palacios y los templos de muros cubiertos de placas de oro, que también arrancan. Uno de los capitanes de Pizarro escribe a Carlos V: «No es posible creer que manos humanas hayan podido crear estos objetos de sueño», o según sus propias palabras: «Son cosas de sueño».

Estos tesoros inapreciables, herencia de siglos de civilización, fruto del trabajo de decenas de

miles de artistas anónimos, patrimonio de toda la humanidad... ¿qué será de ellos? ¿Irán a España? Sí, pero después de pasar por la fundición. La razón es que los lingotes facilitan el reparto del botín y su transporte. El pretexto: hay que destruir esos falsos dioses, esos objetos de cultos idólatras.

Así, desde todas partes, largas caravanas de llamas, cargadas de lingotes de oro, descienden por las laderas de los Andes hacia el mar, donde esperan los galeones antes de zarpar hacia España llevando en sus flancos toneladas de un botín fantástico.

En cuanto al Inca, siempre prisionero de los conquistadores, lastimosamente ingenuo, les propuso, a cambio de su libertad, llenar de oro, hasta la altura de su mano levantada, su prisión de cuarenta metros cuadrados. Ingenuo porque, una vez reunido el fabuloso tesoro, el equivalente de cincuenta años de producción europea, después de haber extremado su amabilidad hasta bautizarlo, los españoles literalmente estrangularon al Hijo del Sol: ¡Un cristiano más en el Paraíso! Era el 29 de agosto de 1533, menos de un año después de su captura.

Un pequeño número de piezas notables llegaron sin embargo intactas hasta la corte de Carlos V, donde fueron expuestas durante un tiempo antes de ser fundidas también y unirse a la parte de botín que correspondía al emperador: el 20%.

Sin embargo, el pueblo inca se guardó bien de informar a Pizarro de que otros tesoros —las ofrendas funerarias— dormían en el fondo de sepulturas secretas ancestrales. Estas escaparon así al saqueo. En el siglo XX, excavadores clandestinos de tumbas exhumarán estos tesoros y los venderán a aficionados ricos. Algunos objetos incas llegarán sin embargo al museo de Lima. ¿Representan una millonésima parte de lo que existía antes de Pizarro? Quién sabe.

De este modo, bastó un «número ridículamente pequeño» de aventureros ávidos para aniquilar para siempre una civilización secular. ¿Y con qué fue reemplazada? ¿Qué le sucedió al pueblo inca?

Por último, ¿puede creerse que esos otros conquistadores, llegados del norte antes de nuestra era, hayan tenido el corazón más compasivo que aquellos, cristianizados, del siglo XVI? En otras épocas, en otros lugares, en todo el espacio mediterráneo y hasta en la India, en todas partes y siempre, los bárbaros de las estepas han saqueado y destruido. Otro ejemplo histórico: los mongoles de Gengis Khan, que destruyeron el imperio chino, las obras de arte de sus ciudades y una civilización refinada. El nómada desprecia al sedentario, al civilizado.

De la India a Europa

Habiendo partido del espacio alpino-mediterráneo para llegar al sur de la India, recorramos ahora el camino en sentido inverso. Pero antes quiero aclarar que no soy un sanscritista y que me alegro de ello. No es que tenga animosidad alguna respecto de mis amigos sanscritistas; al contrario, y tampoco desestimo el sánscrito, lengua fuerte y sonora que permite expresar las sutilezas de la filosofía y de la ciencia tanto como la emoción del poeta. Si no he estudiado el sánscrito es porque su acceso es arduo: su dominio significa el trabajo de toda una vida, sobre todo si se quiere estudiar y traducir las Escrituras.

Y si me alegro de no ser sanscritista es porque si lo fuera estaría sin duda enredado en el sistema sánscrito-brahmánico, en el cual por lo demás he «girado» durante unos veinte años: en la India, en tanto occidental, sólo tenía contacto con hindúes que hablaban inglés, por tanto educados, por tanto de buena «casta», por tanto en el sistema.

Yo me libré del sistema gracias a un personaje fuera de lo común, Nataraja Gurú, a quien evoco al final del libro y que me hizo conocer, comprender y amar la *otra* India, la India dravídica del sur, donde me siento tan bien, donde me siento como en mi casa. Fue Nataraja Gurú quien me reveló el antagonismo profundo entre las dos Indias, que casi no aparece en la superficie, y me reveló aspectos esenciales del tantra. De ese modo, sin renegar de mis adquisiciones pasadas, me abrí a toda la riqueza de la India meridional, que nos toca tan de cerca sin que lo sepamos.

Recorriendo el país dravídico, al sur de Madrás y hasta el extremo de la India, quedé sorprendido al ver hasta qué punto los *nāgakkāls*, esos caduceos dravídicos esculpidos en piedra y colocados bajo grandes árboles, son la copia exacta del caduceo mediterráneo.

En esta semejanza veía más que una coincidencia. Es verdad que la serpiente siempre ha fascinado al hombre por su poder mortal y su vida misteriosa. Imagen arquetípica y símbolo fálico, sobre todo cuando está erguido, el reptil forma parte de las imágenes simbólicas de muchos pueblos. ¡Pensemos en la Biblia y en la serpiente tentadora!

Sin embargo, lo que asombra, tanto en el *nāgakkāl* como en el caduceo es que muestran *dos serpientes enlazadas* y, sobre todo, *erguidas sobre la cola*, lo que es antinatural: una cobra erguida conserva al menos un tercio de su cuerpo enroscado y apoyado en el suelo. Para resolver la dificultad, el indio las esculpe en piedra, mientras en el Mediterráneo enrollan la serpiente en torno al bastón de Hermes, dios que adoptaron los griegos pero que era extranjero: venía de Tracia o de Lidia.

Los brahmanes nos dicen que las dos serpientes simbolizan los conductos de energía que corren a lo largo de la columna vertebral, mientras que el *nāgakkāl* es un símbolo sexual tántrico, con el mismo derecho que el *lingam*. En la India todos saben que se trata de cobras *copulando*, pues las serpientes copulan erguidas y enlazadas. Ahora bien, la cobra es el reptil indio por excelencia y es el más común y el más temido, sobre todo en celo: ni al señor ni a la señora cobra les gusta ser molestados, y sin embargo su acoplamiento es el único coito animal descrito en la India. Cuando, a propósito del caduceo mediterráneo, nos cuentan que, al ver dos serpientes luchando, Hermes las separó con su vara, se trata de una explicación amable para quien se la quiera tragar...

Entre paréntesis, y a propósito de «copia», en el sur de la India quedé también asombrado por las norias, que son la copia exacta de las egipcias expuestas, en miniatura, en el Museo Británico. Las mismas grandes ruedas de madera, los mismos cangilones de barro cocido bajando perpetuamente a un pozo, el mismo mecanismo para ponerla en movimiento, los mismos bueyes que giran en redondo para moverla. ¿Quién copió a quién? Poco importa, lo que es asombroso es su igualdad total a tal distancia.

Sabiendo esto, el lector comprenderá que ya no me haya separado desde que lo encontré en una librería de viejo, del libro del doctor Boulnois, editado en 1919, cuyo título es todo un programa: *El caduceo y el simbolismo dravídico indo-mediterráneo del árbol, la piedra, la serpiente y la diosa madre*. (¿Ha podido leerlo de una sola tirada, sin retomar aliento?)

Dejo al doctor Boulnois que se presente, así como a su libro: «Este estudio sobre la India está al margen de "la Escuela" (es decir del "sistema"). No es culpa mía: mi carrera de médico colonial no me ha permitido seguir los cursos (de sánscrito) de la Sorbona [...] Me llevó por las instituciones francesas de la India, de Pondichery a Karikal, durante tres años.

»Me asombró comprobar hasta qué punto la India que yo había observado con toda independencia —a decir verdad con toda la ignorancia inicial— era diferente de la que nos mostraban los libros. Me asombró sobre todo el escamoteo, pues ésa es la palabra, del estudio de toda una parte de la India llamada dravídica.

»Estudié sobre el terreno, desde 1932 a 1935, a esos drávidas, que luego volví a encontrar por todas partes en la India prehistórica y en el amplio dominio indo-egeo, desde el neolítico hasta alrededor del tercer milenio antes de Cristo.

»Debo mucho al señor Autran, que ha demostrado que la civilización egea era la de los tramilas, es decir, los drávidas que existen todavía hoy en el sur de la India.»

Si el doctor Boulnois hubiera estudiado el sánscrito, sin duda también él hubiera sufrido el hipnotismo del «arianismo». Porque era virgen de todo prejuicio «ario», pudo «con total ignorancia» descubrir la India dravídica, la India profunda.

En este sentido, G. Jouveau-Dubreuil, en su introducción al libro del doctor Boulnois, apoya mi

posición escribiendo: «Aproximadamente hasta 1925 todos los libros de historia de la India comenzaban de la misma forma, con un cuadro de la civilización de los arios. Era cansador volver a leer, en cada nuevo libro, lo que había sido dicho en los anteriores. Desafortunadamente, estudiando mejor esos textos, uno se daba cuenta de que todo era incierto y que, cuanto más se quería conocer de cerca la época del Rig-Veda, más esta civilización aria desaparecía como por milagro. (Mi comentario: ¡y con razón, pues sobre todo han sido los enterradores de una civilización!)

»Y luego, de pronto, hacia 1925, las excavaciones en Mohenjo-Daro y en Harappa revelaron la existencia de una civilización brillante que había precedido en más de mil años la llegada de los arios.

»Una sorpresa todavía más grande nos estaba reservada: la civilización prearia existe todavía en el sur de la India, donde la ola extranjera, después de haber hundido el resto de la India, había llegado con una energía disminuida. La influencia aria cubrió como un simple barniz las viejas creencias y las viejas costumbres. Basta con raspar el sedimento para encontrar la tierra antigua...

»El doctor Boulnois ha descrito a estos prearios tomados del natural... pero el estudio de su cultura revelaba tales semejanzas con otras civilizaciones prehistóricas (Mesopotamia, Judea, Egipto, la cuenca mediterránea, China, Indochina) que de la comparación surgió una idea de importancia mundial: *la India prearia era un centro de cultura que se había extendido sobre una gran parte del universo.*»

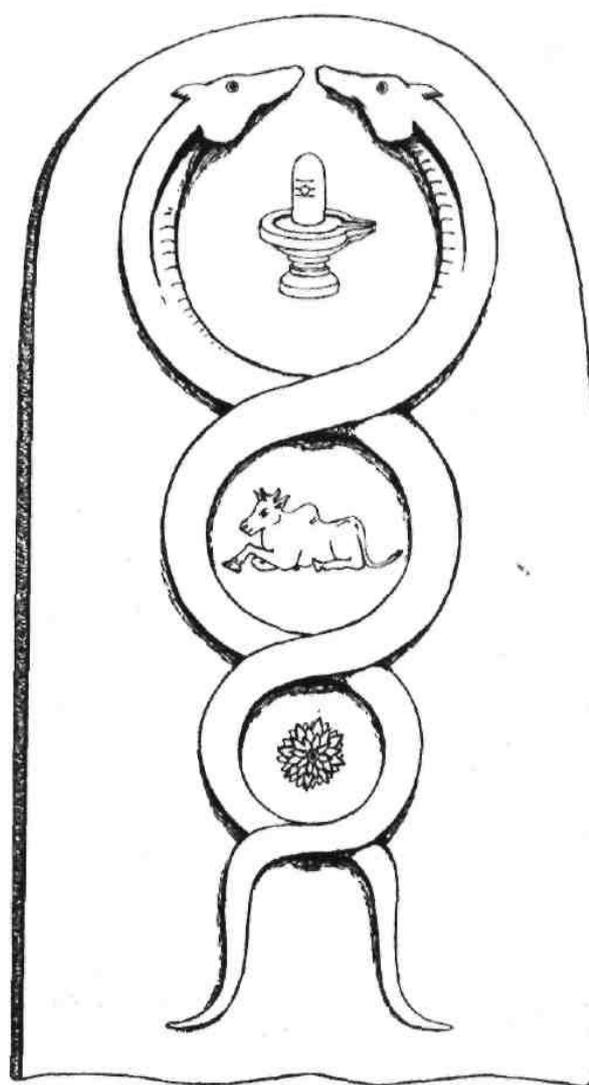
Por sí solo este último párrafo justifica los capítulos en los que describo, muy brevemente según mi criterio, esta civilización dravídica y su difusión por todo el espacio alpino-mediterráneo.

En cuanto al libro del doctor Boulnois, molesto para los partidarios del «sistema», no ha tenido casi eco, hasta el punto de que, antes de descubrirlo por casualidad, nunca había oído hablar de él, ni por otra parte tampoco después. ¿Y el lector? ¿Tal vez el libro apareció antes de tiempo?

Volvamos a los *nāgakkāls* y a su simbolismo sexual tántrico. El doctor Boulnois señala que siempre están colocados al pie de lo que el viajero no iniciado toma por un solo árbol. En realidad se trata de dos árboles encastrados, simbólicamente «casados». Uno es macho, *Arasu*, la higuera de los templos o *Ficus religiosa*, el *pippal* de los sellos del Indo, el árbol sagrado de Shiva. El otro es *Vepu*, el árbol hembra, el de la Shakti, la *Azadiracbta indica oriunda* de la India, cuyo nombre inglés es *neem tree*. No conozco el equivalente en francés.



Se encuentran con frecuencia varios nāgakkāls bajo el árbol sagrado.



Este dibujo reproduce un nāgakkāl con los principales símbolos tántricos: arriba el lingam, luego Nandin, la montura de Shiva, y debajo el Loto, símbolo de agua pero también del yoni. Algunas estelas son más elaboradas, hasta con siete anillos, pero todas son claramente caduceos

El conjunto (el *nāgakkāl* más los dos árboles casados) está tan cargado de sexualidad que las mujeres estériles le hacen ofrendas y se frotan contra la piedra para tener niños. En cuanto a la higuera, ¿es macho porque secreta un látex que se parece al esperma? En todo caso es el único árbol que jamás se mutila en la India. Sus semillas son, al parecer, afrodisíacas: ¡sin garantía, no lo he probado!

El *nāgakkāl* revela también su origen tántrico por el hecho de que, visto de espaldas, tiene la forma de un *lingam* y también por los motivos que con frecuencia se esculpen en los anillos formados por las cobras copulando. En el de arriba, se esculpen el *lingam-yoni* tradicional, en el anillo central *Nandin*, el toro sagrado, el vehículo de Shiva cuyo culto se encuentra en toda el área mediterránea (hablaré de ello más adelante), por último en el inferior la flor de loto, símbolo del *yoni*. La parte de abajo está siempre vacía. Se ha encontrado un caduceo de seis anillos en Sumer, de comienzos del tercer milenio, sobre un cubilete de Gudea.

Cuando hay representada una sola cobra, se enrosca de abajo arriba en torno a una varilla. A veces policéfala, sus cabezas son siempre de número impar: 3, 5, 7 ó 9, todos números sagrados. En la India la cobra está siempre asociada a Shiva, pero pensemos también en el Pschent de los faraones y en el Calathos de la diosa de Cnossos.

La asociación entre la serpiente, la piedra y el árbol es típica en el espacio alpino-mediterráneo, que incluye la mayor parte de Europa. ¡La serpiente tiente a Eva a partir del árbol sagrado! He evocado la época megalítica india y la europea. En las excavaciones arqueológicas en la India se han encontrado, especialmente en Salem, escondidas bajo los dólmenes dravídicos, hachas de piedra y otras herramientas prehistóricas, recuerdo de los ancestros. Y, sobre esto, citemos a Le Rouzic, quien informa, en el *Corpus de Monuments Mégalithiques du Morbihan* que los bretones, en determinadas épocas lunares, alrededor del menhir de Manion, hacen exactamente los mismos gestos con la esperanza de la posteridad. Cerca de ese menhir, Le Rouzic descubrió una escultura que representaba cinco serpientes *erguidas sobare su colas*, ...junto a cinco hachas neolíticas de piedra! Extraño —y revelador— a más de 8.000 km de distancia...

Confirmando el simbolismo sexual del caduceo alpino-mediterráneo, según una leyenda griega, Rea se había convertido en dragona y Zeus se convirtió en dragón para unirse a ella, y la vara de Hermes es el símbolo de esta unión. En el *Scolium*, al margen del Parisinus 2, el cristiano Atenágoras escribe, escandalizado: «El caduceo, en el cual las serpientes estaban representadas frente a frente, con sus rostros encontrados, constituye el memorial de ese acoplamiento vergonzoso».

Todos estos símbolos son extraños para los falsos indoeuropeos, es decir, para los arios. En el Rig-Veda, el *lingam*, el árbol, la divinidad del árbol y el toro de Shiva son despreciados y rechazados como parte del culto de los Dauys, los enemigos dravídicos del dios ario Indra.

Çatal Hüyük, ¿primera ciudad tántrica?

El lector puede pronunciar «Hüyük» como quiera, pues de todas formas nunca se sabrá cómo se llamaba entonces la primera ciudad del mundo alpino-mediterránea y tántrica.

Pues era una verdadera ciudad de 10.000 habitantes, de 9000 mil años de antigüedad, la que en 1958 exhumó en Anatolia el arqueólogo inglés James Mellaart. Dos años antes, su descubrimiento de Hacilar, en la región de Burdur, había causado sensación, pero Çatal Hüyük era una bomba: antes de esto se creía que Anatolia, rica en historia, carecía de prehistoria. Lo que era sensacional —y lo es todavía— es que Çatal Hüyük estaba casi intacta, como si la hubieran abandonado ayer. Fantástico: por primera vez se veía cómo vivía en el año de gracia 7.500 a. de C. el ciudadano prehistórico, se visitaban sus casas con sus frescos, sus esculturas, se conocían sus armas, sus utensilios, sus esqueletos, sus vestimentas...

Entonces, con un poco de imaginación, podemos meternos en la piel del habitante de Çatal Hüyük, reconstruir su modo de vida e incluso su espiritualidad, gracias a las claves que suministra el tantra.

Sigámoslo hasta su casa. Sus antepasados habían elegido bien el sitio: al bajar de la montaña, habían avistado esta llanura fértil, regada por el río Carsamba, como se lo llama hoy. Podían allí cultivar mejor que en las alturas los cereales ya domesticados. Es primavera; nuestro hombre camina a buen paso entre los campos de sorgo y de trigo, del que se cultivaban tres especies. Su mirada satisfecha acaricia el tapiz de retoños verde claro prometedores de una buena cosecha. Se dirige hacia la ciudad, su hermosa ciudad, con sus casas de ladrillos crudos y techo plano, que se extienden sobre la colina y se confunden casi con el paisaje. Sin duda los primeros huertos de almendros, de manzanos y de pistachos ya florecían; se han encontrado sus frutos.

Y aquí lo tenemos a las puertas de la ciudad. «Puertas» y «ciudad» es una manera de hablar.

Mejor habría que decir «al pie de la colmena horizontal», pues las casas son otros tantos alvéolos rectangulares pegados unos a otros, sin puertas ni ventanas: el único orificio en la terraza sirve de entrada, de ventana y de chimenea, y se baja a la casa por una escalera. No hay calles: se circula de terraza en terraza, y siempre con ayuda de escaleras se pasa de un nivel a otro de la ciudad. Rodeada de una muralla de casas ciegas que la hacen inexpugnable, siempre se «sube» a la ciudad por, una escalera.

Inexpugnable, pues si los eventuales agresores tuvieran un acceso fácil a los techos en forma de terraza, bastaría a los agredidos con retirar las escaleras para impedir el acceso a sus casas. Y pobre del atacante imprudente que hubiera saltado dentro de la casa por el orificio, pues sólo podía hacerse de a uno por vez. Al caer desde una altura de 2,50 a 3 metros, antes de poder ponerse de pie, el atacante sería ya atravesado por las lanzas o los puñales de los defensores, intrépidos cazadores que no temían ni al oso, ni al león, ni al lobo, ni al jabalí ni al leopardo. Y para tomar la ciudad, hubiera sido necesario conquistar uno a uno cada alvéolo de la laberíntica colmena. De modo que, según parece, Çatal Hüyük nunca fue tomada.

Las casas eran, además, antisísmicas: construidas de adobe, de una sola planta, el techo-terraza tenía una ligera armazón de madera y el cielo raso estaba hecho con cañas y barro. Y esto era muy necesario: en una pared se ve un fresco de la ciudad y, en el horizonte, el volcán Hasan Dag en erupción. Pero el emplazamiento de Çatal Hüyük había sido bien elegido: la ausencia de cenizas volcánicas prueba que la ciudad jamás fue destruida por una erupción, aunque hubiera experimentado fuertes temblores más de una vez.

Echemos ahora una mirada a la ilustración, reproducida según los dibujos y fotos de James Mellaart, que nos permite imaginar la vida cotidiana de nuestro hombre. La habitación principal, la «sala de estar», mide 4×6 m, con una altura de casi 3 metros, todo lo cual le da un buen volumen. A lo largo de las paredes unas banquetas sirven de asientos y de camas para el hombre y los niños. El lecho, reservado a la mujer, mucho más grande, levantado en un extremo, ocupa el lugar de honor al pie de la escalera y cerca del hogar.

Se sabe que la cama grande estaba reservada para la dueña de la casa gracias a la costumbre de la «inhumación diferida»: los muertos eran llevados a las montañas y abandonados a los buitres. Una vez descarnados, los esqueletos eran llevados a las casas y, vestidos con sus ropas (las mujeres llevaban vestidos de lana con franjas), eran enterrados... bajo sus camas, con los objetos de su propiedad. Estos esqueletos nos enseñan también que en Çatal Hüyük coexistían varios tipos raciales: mediterráneos primitivos, mediterráneos modernos y alpinos anatolios, idénticos a los actuales. Esto justifica el título de «Çatal Hüyük, ciudad alpino-mediterránea». Queda por justificar el adjetivo «tántrica»...

El suelo de tierra apisonada estaba cubierto de esteras y tapices, pero además, al igual que las paredes, cada año era enjalbegado con yeso coloreado. Con frecuencia las paredes estaban decoradas con frescos, como el del toro rojo, ¡de 5 m por 1,80 m! Además del horno para pan, había un mortero para hacer harina de trigo o de sorgo. El régimen alimenticio del habitante de Çatal Hüyük era muy correcto. Además de pan, también se preparaba una papilla de avena. La carne provenía en primer lugar de la caza (jabalí, ciervo, gamo, corzo, cabra montesa, gacela...) y después de la cría (cordero, cabra, cerdo y animales domésticos). Añádanse los guisantes, las lentejas, las frutas y, sin duda, algunas verduras frescas. Alegres y jaraneros, los hombres cultivaban el enebro y los frutos del *Celtis Australis* para fabricar vino y cerveza.

Disponían de vajilla, compuesta de fuentes, vasos, platos, cucharas de madera... ¡e incluso tenedores! Los vasos eran de piedra y usaban cajas de madera con tapas decoradas. Todos estos objetos sorprenden por la calidad de su acabado. La mujer era reverenciada, y según parece muy coqueta: cajas de afeites, espejos de obsidiana pulida, collares y anillos nos lo demuestran. Si se considera todo lo que precede —y sólo he considerado lo esencial— nos encontramos con un modo de vida bastante aceptable, en mi opinión.

¿Un culto tántrico?

¿Era tántrica Çatal Hüyük? Reemplazo el signo de interrogación por uno de admiración sin dudar, pues los grandes temas del tantra, como el Quito de la Femenidad, están presentes en ella. Incidentalmente, veo en la ciudad de Çatal Hüyük la prefiguración de Mohenjo-Daro y de Harappa. En primer lugar, las casas están construidas con adobes de dimensiones estándar, pero su estado de conservación muestra que cocerlos hubiera sido inútil al no haber riesgo de inundación como en el valle del Indo.

Como las ciudades del Indo, Çatal Hüyük muestra una urbanización, rudimentaria tal vez, pero planificada y pensada. Como en el Indo también, hay una notable ausencia de construcciones monumentales. Nada de grandes palacios, lo que sugiere que el poder pertenecía a la ciudad misma. Igual que en Mohenjo-Daro y Harappa, tampoco hay templos monumentales: nada parecido a los templos dominados por gigantescos zigurats como en Caldea o Babilonia. Por el contrario, el elevado número de santuarios descubiertos testimonia una intensa vida espiritual. ¡De 140 casas exhumadas, más de 40 son santuarios! ¡Y qué santuarios!

El Culto de la Femenidad está presente en todas partes en Çatal Hüyük, que era indudablemente matriarcal: la mujer ocupaba allí un lugar de honor tanto en la vida profana como en la religión, centrada en torno a la Diosa-madre. La figura femenina domina los santuarios. Con los brazos abiertos, las piernas separadas, se ofrece a la adoración y todo se articula a su alrededor, especialmente las cabezas de los toros. En otros santuarios innumerables manos se tienden hacia muros tapizados con pechos de mujer. Diosa-madre, símbolo imponente de la fecundidad, ella reina, sola, en un trono con brazos en forma de leopardo o, siempre sola, lleva dos pequeños leopardos. La mujer es omnipresente en las estatuas: matronas gruesas, mujeres delgadas y juveniles, una madre y su hija en un solo cuerpo, o incluso una vieja escoltada por amenazantes aves rapaces.

En cuanto al dios masculino, aparentemente su esposo, desempeña un papel subalterno. Barbudo y cabalgando en un toro, veo en él a un precursor de Shiva: en la India, el toro Nandi es su vehículo. Los hombres, raramente representados, tienen sin embargo el aspecto de alegres barbudos, astutos y barbudos.

Un culto simbólico

Çatal Hüyük ignoraba la escritura, pero la ausencia de escritos se ve ampliamente compensada por el uso generalizado del lenguaje más rico, más universal: el símbolo inmortal. Todos los santuarios vibran con una intensidad simbólica extraordinaria. Para percibirlo, «entremos» en los dibujos e imaginemos una ceremonia de culto, en el templo, por la noche. En el santuario, débilmente alumbrado por la luz vacilante de las lámparas de aceite o de grasa, los adoradores contemplan los símbolos. En primer lugar la Diosa, que les abre sus brazos, mientras que sus piernas separadas sugieren la puerta de la Vida: ella simboliza así todos los misterios y todas las potencias de la Vida encarnadas en la Mujer, origen de toda fecundidad, de toda fertilidad, tanto de los seres humanos como de los animales y las plantas. Las enormes cabezas de toros simbolizan sin duda la potencia sexual masculina; pero, colocadas debajo de la Diosa, muestran que esta potencia estaba subordinada a ella.

¿De qué ritos misteriosos estos santuarios, impresionantes a pesar (o a causa) de sus dimensiones reducidas, fueron testigos en el curso de esos milenios? Nunca lo sabremos.

Esos hombres y esas mujeres, ¿compartieron ritual-mente el pan, la carne y el vino como en el rito tántrico? ¿Practicaban la magia sexual? Nada lo prueba, pero nada nos impide pensarlo, pues en todas las civilizaciones agrarias los ritos de la fertilidad comportaban prácticas sexuales: véase el capítulo «La ascesis de dieciséis», la Chakra Puja. Sea como fuere, todo gurú tántrico aceptaría sin reservas esos santuarios para celebrar en ellos los ritos del tantra.

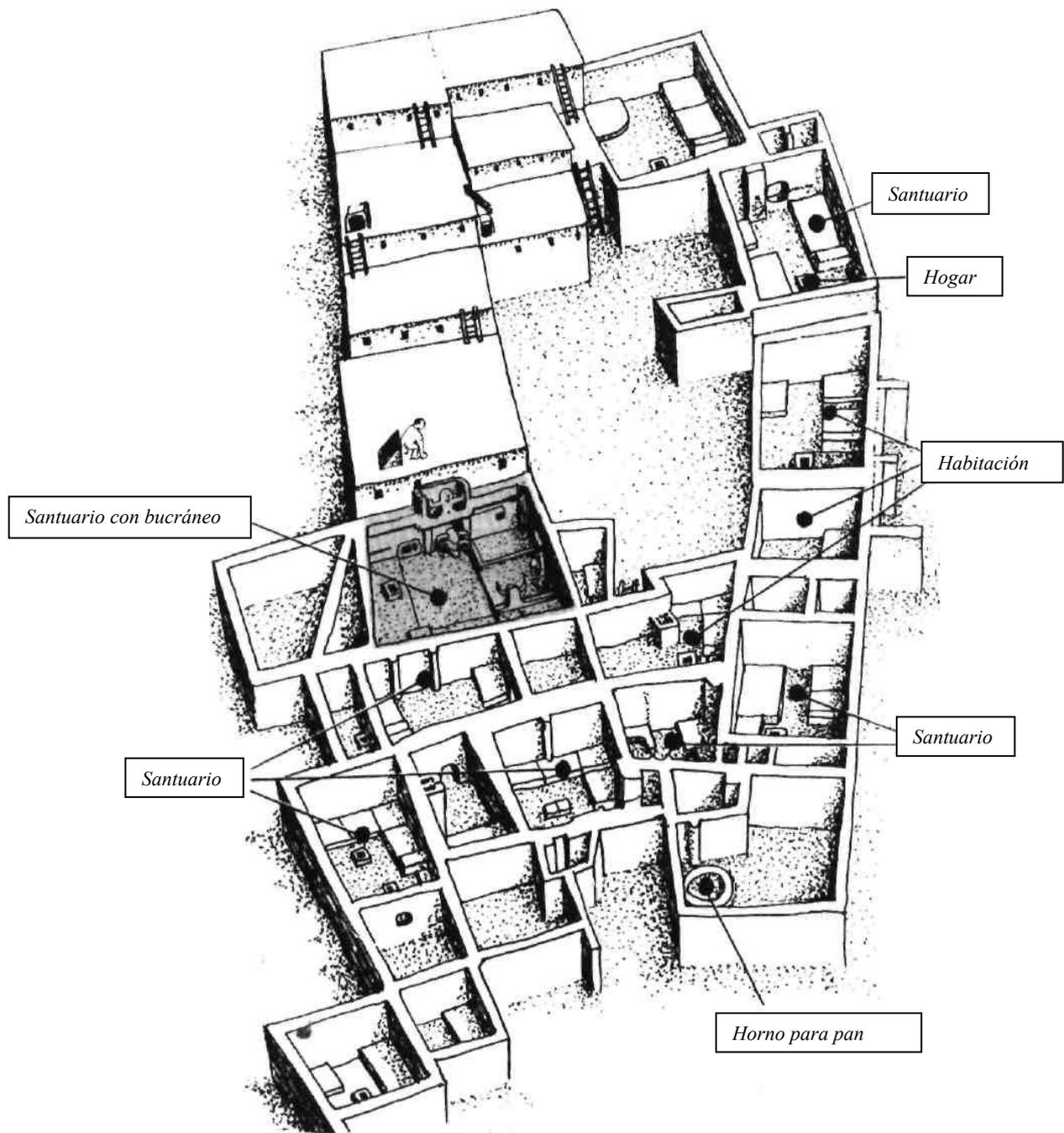
Sé que nuestra educación puritana nos lleva a rechazar esta idea, pero sería muy sorprendente que

en esos santuarios no se hayan practicado ritos sexuales. Estoy tanto más persuadido de ello cuanto que en Çatal Hüyük se practicaba el culto de la Muerte. Las aves de rapiña que planeaban en torno a una pobre vieja y las que aparecen pintadas en los frescos simbolizan claramente la muerte, puesto que a estas aves se abandonaban los cadáveres antes de inhumarlos en su casa, bajo sus camas, donde el esqueleto mantenía, junto con el recuerdo del difunto, el recuerdo de la mortalidad humana. Por último, ¿creían en una vida después de la muerte? Misterio.

Como la Muerte y el Sexo son inseparables, y el segundo exorciza a la primera, ésta es una razón de más para creer en los ritos sexuales en sus santuarios. Sin embargo, incluso en ausencia de ritos sexuales, todo en Çatal Hüyük es puro tantra.

Si yo pudiera, reconstruiría, en tierra apisonada, uno de los santuarios de Çatal Hüyük para hacer allí meditaciones tántricas, pero sin duda sería poca cosa comparado con los santuarios auténticos... ¡No soñemos!

Otro punto común entre Çatal Hüyük y el tantra es el uso generalizado de dibujos geométricos y de colores, dicho de otra forma, de Yantras: véase ese capítulo.

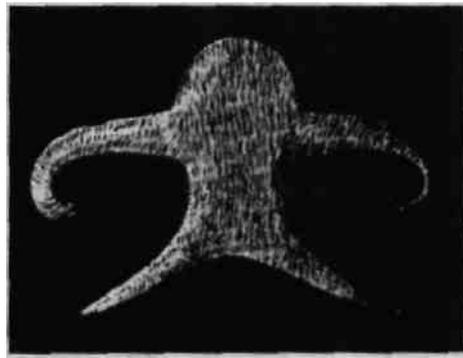


El fin de Çatal Hüyük

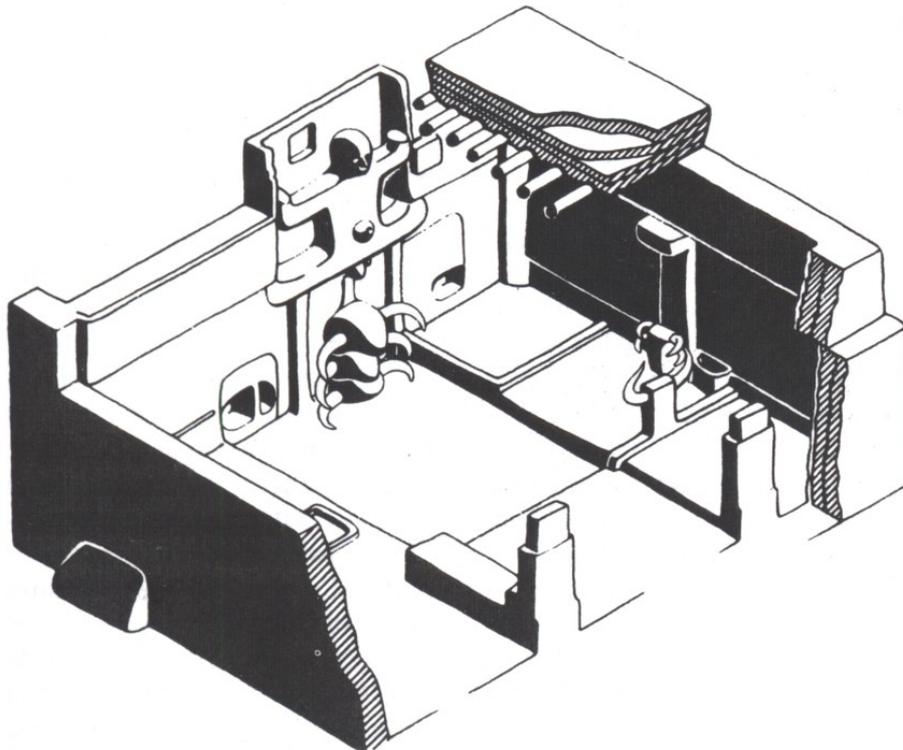
Es todavía más misterioso que el de la civilización del Indo. ¿Fue aniquilada, o, habiendo degenerado, pereció? ¿Tuvo un final súbito o una lenta agonía? No hay ninguna huella de fin violento, por ejemplo de matanzas. De lo único que las excavaciones y la datación con carbono 14 nos informan con certeza es de que después del año 3500 antes de nuestra era las casas estaban mal construidas y mal conservadas, y la corriente espiritual había cesado: ya no se construían santuarios. La industria de la obsidiana y la caza declinaban, ¡igual que en Harappa!

¿Qué sucedió entonces con sus habitantes? ¿Es impensable que, bajo la presión de las circunstancias, emigraran hacia otros territorios, hacia Oriente, desde donde viene la luz, hacia esa India todavía virgen? No creo que sea coincidencia que algunos siglos más tarde cráneos alpino-

mediterráneos semejantes a los de Çatal Hüyük se encuentren hasta en el extremo sur de la India. Y si no emigraron, su civilización, la más brillante de su época, ¿no influyó sobre la del Indo? No lo sabremos nunca y tal vez sea mejor así. Sin embargo, sería muy sorprendente que esta brillante civilización haya permanecido estrictamente localizada en ese pequeño rincón de Anatolia, sobre todo cuando, cada vez más, se comprueba que desde la prehistoria los intercambios comerciales y culturales estaban mucho más desarrollados de lo que nos imaginábamos hasta hace algunos decenios. Un hecho cierto: los campesinos del pequeño poblado turco de Küçük Koy no son los descendientes de los alpino-mediterráneos de Çatal Hüyük. La Diosa-madre ha muerto, reemplazada por Alá; la mujer queda sometida al hombre, y el impetuoso Dios-Toro se ha convertido en el buey doméstico plácido y resignado que los chiquillos agujonean para que apresure un poco el paso. Así va la vida, así gira la rueda.



La imagen de la diosa es comparable a esta placa de cobre encontrada en Harapa.



El santuario del bucráneo (reconstruido por Mellaart), dominado por una diosa de brazos y piernas abiertos, impide pensar que allí se llevaran a cabo ritos sexuales?

Las castas, una mezcla explosiva

Desde siempre los tántricos han rechazado las castas. Por lo demás, los hindúes evitan hablar de este tema inquietante con los extranjeros y, cada vez que yo lo evocaba, eludían hábilmente la verdadera cuestión.

Así, para esa joven india, muy guapa con su sari de colores y que estudia en Occidente, las castas son «sencillamente una cuestión de pureza». No le pregunte el lector de qué tipo de pureza podría tratarse, pues para ella es evidente: todos esos intocables de piel oscura que se arrastran harapientos por el polvo de la India, son «impuros» comparados con ella, tan graciosa, educada y cuidada. No se da cuenta de que, desde hace miles de años, la decadencia de esos intocables es querida, programada por el sistema del que ella se beneficia.

Si he citado en primer lugar su respuesta es porque me lleva a la palabra «casta». En efecto, los rudos marinos portugueses que llegaron a la India en el siglo XVI habían observado que la división social india dependía de la *casta*, es decir, en portugués, de la pureza. Pero al contrario de la joven india, no se equivocaron viendo en ello la pureza de la sangre o de la raza. Por lo demás, el término sánscrito *jāti*, que designa lo que nosotros llamamos casta, significa, ni más ni menos, «raza». Más claro, imposible.

Sin embargo, si hago la misma pregunta a ese buen *swami* hindú que va de gira por Occidente, con suavidad esquivará el problema y jamás denunciará la iniquidad del sistema que, según él, descansa sobre el *dharma*, el deber de estado, la profesión. Por supuesto, evitará con cuidado añadir el menor asomo de racismo. Amante de las comparaciones, añadirá que un coche tiene ruedas, motor, volante, frenos, etc. y que igualmente en la sociedad cada uno debe cumplir su *dharma*, su papel, para que todo funcione bien. Precizará, con razón por lo demás, que gracias a ello desde la infancia cada uno está preparado para el papel que tendrá más tarde en la vida. Por último, argumento supremo, dirá que el sistema funciona desde hace miles de años, *por tanto* que ha pasado sus pruebas, *por tanto* que es bueno. Omitirá también precisar que sólo se mantiene por coerción.

A propósito de esta división social según la profesión, dirá que se parece a nuestros gremios, que protegían los intereses de sus miembros y *les* aseguraban una formación sólida, garantía de un trabajo de calidad. Añadirá que para transmitir los secretos y las habilidades manuales de un oficio no hay nada mejor que la transmisión de padres a hijos, justificando así el carácter hereditario de las castas.

Una tercera excusa será decir que en 1954 el Código Civil de la India las suprimió. Es verdad, pero en la práctica muy poco ha cambiado. De modo que un occidental no habituado a la situación de la India admitirá estas tres respuestas. ¡Abracadabra!

¿Y por qué traer a colación un problema sobre el que, de todos modos, no tenemos ninguna influencia? Por cierto que, especialmente gracias a Gandhi, sabemos que el problema de los intocables, a quienes él llamaba *harijans*, hijos de Dios, existe y suponemos, erróneamente, que Gandhi quería eliminar las castas. De hecho, sólo apuntaba a rehabilitar a esos condenados en la Tierra, lo cual es muy laudable.

Entre las razones que tenemos para asomarnos a esta cuestión, aparte de su aspecto humanitario, es que, a causa del sistema de castas y de sus abusos, se desarrolla poco a poco, sordamente, una situación explosiva en la India cuya desestabilización tendría consecuencias imprevisibles a escala mundial.

Por último, conociendo los excesos del racismo brahmánico y su corolario, el patriarcado rabioso, el lector sabrá *por qué* el tantra ha sido rechazado en la India y también por qué este libro no gustará nada a los partidarios del sistema y fundamentalmente a los buenos *swamis* indios, que no dejarán de impugnarlo.

Una confusión mantenida cuidadosamente

En realidad, el sistema llamado «de castas» es el resultado de dos modos de división, de naturaleza tan diferente que valdría más renunciar a la palabra *casta*, pues metiendo a los dos en el mismo saco se mezcla todo, lo cual no es para disgustar a quienes prefieren continuar con la confusión...

El primer criterio de discriminación, puramente racial, es *varna*, palabra sánscrita que significa color (evidentemente de la piel). En el futuro utilizaré pues *varna*, *jāti* o *clase* para distinguir las cuatro divisiones basadas en la raza y que son intangibles. Por un lado están los arios, los «rostros pálidos», divididos en primer lugar en dos clases principales, dominantes por la influencia aunque ampliamente minoritarias por su número: los brahmanes (sacerdotes) y los kshatrīyas (guerreros y príncipes). Luego vienen los vaishyas, los cultivadores, los artesanos, los comerciantes, los usureros, etc., que forman el grueso de la tercera clase de los «nacidos dos veces» del sistema védico, admitidos en la puerta del «cordón sagrado» y en la región védica, de la cual todos los demás están excluidos.

Luego vienen los no arios, los sudras, los siervos descendientes de los vencidos, incorporados por la fuerza al sistema ario en tanto que cuarta clase, y que forman una masa de mano de obra servil, maleable y dominable a gusto de los amos. Por último, últimos entre los últimos, los fuera-de-casta, excluidos del sistema, indignos incluso hasta de ser esclavos, los intocables, los descendientes de las tribus aborígenes insumisas.

Esta es la quintuple división del sistema, basada en la raza, donde sólo se entra por el nacimiento.

El segundo «común denominador» es el profesional, como se vio antes. Mientras que las jātis son intangibles, cada una se divide en otros tantos compartimientos de oficios, profesiones. Por eso son innúmeros y siempre se crean nuevos, mientras que las jātis han sido y seguirán siendo siempre cuatro, ni una sola más. Si no se distinguen estos dos modos de división, se mezcla todo:

En cuanto al origen del sistema es muy probable que justamente lo hayan inventado sus víctimas, los no arios, aun antes de la irrupción de los invasores. Después de la conquista, los arios sin duda encontraron una sociedad dravídica organizada en corporaciones profesionales, tal vez ya entonces hereditarias, estructura que adoptaron y luego adaptaron en su provecho añadiéndole el criterio *varna*, color de la piel, raza.

Cuando comenzaba a escribir este capítulo, donde me propongo desmenuzar el sistema, iba a comenzar «lógicamente» por los brahmanes, enlazar luego con los kshatrīyas y así sucesivamente, cuando me di cuenta de que así yo mismo entraba en su sistema dando la prioridad a los brahmanes, como lo hace Manú, el codificador mítico de la sociedad brahmánica. Habiendo, pues, reflexionado, comenzaré por los últimos entre los últimos, los intocables. .

¡Ay de los vencidos!

Perder una guerra es siempre un error: desde hace más de 3.500 años los drávidas y otros pueblos no arios de la India pagan muy cara su derrota en una guerra de invasión que evidentemente no desearon y que aún no ha terminado. Pero, de todos ellos, los intocables son los que pagan el tributo más pesado. Intocable, qué palabra horrorosa: ¿cómo puede concebirse que Dios, o aun simplemente la naturaleza, haya creado a seres humanos abyectos e impuros hasta el punto de que su sombra «contamine» todo lo que toca? Y lo más horroroso es que a fuerza de haberlo leído y escuchado, ya no nos estremece, ¡cuando su suerte es mucho peor que la palabra! Esta clase de seres humanos agrupa todo lo que los arios han expulsado de su sistema, todos los insumisos, todos aquellos que habitaban selvas demasiado impenetrables, sobre todo los autóctonos predravídicos. De todos los parias es a los bastardos de los arios a quienes más hay que compadecer, a los nacidos de una unión «impura», de una madre aria y de un padre sudra, por ejemplo. Estos bastardos son excomulgados, desterrados para siempre de la sociedad aria, lo mismo que su descendencia: una

repulsa tan draconiana resulta disuasiva para tales uniones.

¿Cuántos son hoy en la India los intocables? ¿Cien, ciento cincuenta millones? Quién sabe. Pero son igualmente intocables *todas* las demás personas del mundo. Nosotros, los occidentales, somos «descastados» y lo seguiremos siendo, hagamos lo que hagamos. Si no nos tratan de la misma forma que a los intocables autóctonos, es gracias al color de nuestra piel, más blanca que la del brahmán más claro, y gracias a nuestro poder económico o militar.

Entre los intocables, para los arios, los chandālas son los más abominables, los más inabordables. ¿Su crimen? Descender de una tribu tan feroz en su lucha contra los invasores que, después del combate, los arios arrancaban los dientes a *los* chandālas exterminados para hacerse collares... (*Agni Purāna*, II, 1217). Más tarde, por extensión, *este* nombre designó a todos los fuera-de-casta.

Mientras que con el correr de los siglos ciertas leyes de Manú respecto de los sudras *se* han vuelto más tolerantes, las referentes a los chandālas siempre se han aplicado con rigor. Así, el libro X, 50 promulga: «Que estos hombres instalen sus moradas al pie de los grandes árboles consagrados, cerca de los lugares de cremación, en la montaña y en los bosques, que sean conocidos por todos y vivan de su trabajo.

»La vivienda de los chandālas y de los swapākas debe estar fuera del pueblo; no pueden tener vasos enteros, ni poseer otra propiedad que perros y asnos;

»Que por toda vestimenta lleven los ropajes de los muertos; por fuentes, ollas rotas; por adornos, hierro; que vayan sin cesar de un lugar a otro.

»Que ningún hombre, fiel a sus deberes, tenga relación con ellos; sólo deben tratarse entre ellos y casarse solamente con sus semejantes.

»Que el alimento que reciben de otros les sea dado sólo en pedazos de vasija por intermedio de un siervo, y que no circulen por las noches en los poblados y en las ciudades.

»Que vengan a la ciudad durante el día para hacer su tarea, diferenciados por medio de los signos prescritos por el rey, y que estén encargados de transportar los cadáveres de los que mueren sin tener padres vivos: tal es el reglamento.

»Que ejecuten, según la orden del rey, a los criminales condenados a muerte por una sentencia legal, y que tomen para sí las ropas, lechos y adornos de aquellos a quienes dan muerte» (Manú, V.51 a 54).

¿No es vergonzoso promulgar y aplicar semejantes «leyes»? ¿No es escandaloso que, desde hace treinta y cinco siglos, seres humanos soporten una represión tan sistemática como feroz, destinada a rebajarlos a un rango inferior a los animales? Y las leyes modernas no han cambiado casi su suerte, excepto tal vez en las ciudades y en muy débil medida.

Retomo textualmente el testimonio de C. Thomas: «Los panchāmas (la quinta clase, todos los intocables pues) tienen prohibido alojarse en los poblados de las otras castas. No pueden acercarse a los pozos ni a los templos, ni tampoco a determinadas rutas que toman los brahmanes. Les *está* prohibido construir casas de madera o de piedra. La entrada de sus casas debe ser tan baja que se vean obligados a agacharse para entrar... Les *está* prohibido usar vestimentas propias o poseer el menor trozo de tierra, a fin de que dependan totalmente de las otras castas.

»La aplicación despiadada de estas leyes ha transformado, eficaz y efectivamente, en el curso de milenios, a estos, hombres y mujeres en un pueblo degradado, desprovisto del menor respeto por sí mismo y sin ninguna posibilidad de mejorar su posición. Deliberadamente destinados a la miseria, privados incluso del derecho a protestar y de los medios para hacerlo, su decadencia es total. Se alimentan de carroña y de los alimentos más repugnantes, beben de las aguas más contaminadas. Si enferman, ningún médico aceptará curarlos. Los brahmanes han creado hospitales para animales y para pájaros, pero ningún médico cuidará de sus hermanos humanos fuera-de-casta. Para ellos, la muerte de un panchāma no tiene importancia, menos que la de un perro o un gato. Se da el caso de

panchāmas que han recibido la muerte por haber cometido el crimen de entrar en las calles que les estaban prohibidas, o por haberse acercado inadvertidamente a los pozos públicos. La menor infracción es castigada con la flagelación o la mutilación» (En *Hindú Religión, Customs and Manners*, p. 20).

En Poona, una ley prohibía el acceso de los parias a la ciudad después de las tres de la tarde. ¿La razón? Muy sencilla: ¡más tarde, el sol poniente alargaría sus sombras y éstas lo contaminarían todo a su paso!

Si no fuera tan escandaloso daría risa. Otro ejemplo: entre los innumerables ritos y ceremonias que marcan cada instante de la vida de un ario, está la *shrāddha*, el rito funerario celebrado por un familiar difunto, destinado a mantener el vínculo entre los vivos y el muerto, lo cual, en sí mismo, es digno de alabanza. En esta ocasión se ofrece un pastel funerario, el *pinda*, a las tres generaciones descendientes del difunto y la partición tiene lugar en secreto, al abrigo de todas las miradas, para evitar que sea *vista* por un eunuco, un fuera-de-casta, un hereje o... una mujer encinta, aunque sea aria, ¡en cuyo caso la ofrenda así mancillada sería rechazada por el difunto!

Víctimas de las leyes de Manú, los panchāmas viven, o mejor dicho sobreviven, en el linde del bosque, alimentándose de lagartos y de raíces que desentierran arañando el suelo. Semejante ausencia de piedad parece increíble y sin embargo es verdadera, y no crea el lector que en la época actual se haya modificado la cuestión.

Sin embargo, los indios cultos dirán que, actualmente, tienen plazas reservadas para intocables en las universidades indias y que incluso pueden llegar a ser ricos. Es verdad, pero una golondrina no hace verano y, en todo caso, incluso un brahmán poco afortunado despreciará siempre a un intocable, aunque éste sea millonario. Por ejemplo, una amiga me contó que en una recepción en la Embajada de la India, en una capital que no nombraré, ella había observado, sentados y apartados en un sillón, a dos hombres correctamente vestidos pero desdeñados por los otros invitados. Sorprendida, preguntó discretamente por qué nadie les hablaba. La respuesta: «Son intocables...»

Algunos podrán decir que todo esto pertenece al pasado y que yo cargo las tintas por haber tomado partido. Entonces, mejor que informar de casos que he visto personalmente en la India, prefiero citar *L'Express* del 15 de abril de 1988: «En medio de un campo de trigo en ciernes, un círculo de unos diez metros de diámetro, sin cultivar. AHÍ ocho intocables y otros tres miembros de las castas bajas fueron matados a sangre fría el 27 de mayo de 1977 por los kurmis, una comunidad de pequeños propietarios agrícolas. ¿Por qué esta matanza? Once años después todavía no lo sabemos». Y yo agrego: ni se sabrá sin duda jamás y el crimen quedará impune. Ahora bien, esto sucedió en Belchi, un pueblo de 400 habitantes donde, a pesar de estar a sólo sesenta kilómetros de Patna, la capital del estado de Bihar, todavía se vive como hace dos mil años.

¿Y la policía? Ante todo, está corrompida y forma parte del «sistema». Además, es impotente; 20 policías, sin coche ni teléfono, ¿cómo pueden abarcar un radio de 20 kilómetros? Se podría minimizar el hecho y decir que esa matanza es algo excepcional. En realidad lo que es excepcional es que se haya *sabido*: la violencia es permanente y, en relación a los doscientos muertos «oficiales», ¿cuántos hay no registrados?

A decir verdad los kurmis son una clase desfavorecida de pequeños propietarios. El kurmi posee como máximo dos hectáreas y cosecha, según el año, una tonelada de cereales, trigo y maíz, algunas legumbres y un poco de forraje para su búfalo. El mismo depende de los grandes propietarios, contra los que debe defenderse. Sin embargo, podrá alimentar a su mujer y a sus seis hijos, economizar algunas rupias para enviar a su hijo mayor a la escuela, comprar una bicicleta y dar una dote a su hija.

El pulgar que esclaviza

El kurmi explota a los intocables sin piedad ni vergüenza. Sigo citando *L'Express*: «Los intocables se alquilan a los kurmis por un kilo (!) de cereal por día, arrancado a la tierra que trabajan. Nunca dinero en efectivo: el billete de 2 rupias (20 pesetas) que representa con frecuencia el magro salario cotidiano del trabajador agrícola, no tiene curso aquí. Cuando, a pesar de todo, se tiene necesidad de un préstamo —de 100 rupias, por ejemplo— para el médico y las medicinas, la huella del pulgar en un trozo de papel como firma, y como no se puede devolver, el deudor se convierte en esclavo. De por vida.»

La revista hubiera podido precisar que el salario mínimo legal es de 12 rupias, es decir alrededor del precio de un litro de gasolina en la India. Estos intocables reciben así la sexta parte del salario mínimo indio...

Otra historia de «pulgar». La India, se dice, es la mayor democracia del mundo. Es verdad, *si* nos atenemos a la Constitución y a las elecciones que se organizan regularmente. En este caso «regularmente» quiere decir «a intervalos regulares». Si por «regularmente» se entendiera que las elecciones se realizan según las reglas, entonces sería un poco diferente... Según *L'Express*: «En algunos poblados, los habitantes no han visto ningún funcionario desde hace años. Y cuando van a la oficina electoral los días de elecciones, los persuaden de que ya han votado. Incluso cuando la ausencia de tinta en su pulgar derecho —prueba del voto, grabada por el sello del escrutador— demuestra lo contrario. Si se rebelan y quieren hacer valer sus derechos de ciudadano, la policía, con un golpe de *lathi* (bastón largo) bien dado, pronto impone silencio a los revoltosos». Pero asegúrenos de que esos votos no se hayan perdido para todo el mundo...

A falta de administración y sobre todo de una policía eficaz, ¿cómo proteger los bienes? Agrupándose. Entonces cada clase, cada comunidad religiosa, cada organización crea su propia milicia privada, llamada *sena*. Pues bien, los kurmis deben defenderse contra los abusos de los grandes propietarios, omnipotentes desde hace mucho tiempo, pero también contra los naxalitas. Y esto es lo que resulta explosivo. Durante milenios, los intocables han padecido su suerte poco envidiable sin poder reaccionar ni defenderse. Pero, en la Bengala vecina, hacia los años setenta, los activistas marxistas han hecho causa común con estos «condenados de la tierra». Una vez más cito *L'Express*: «Practicando acciones sorprendidas del tipo Robín Hood, con lo cual se ganan el reconocimiento de los desposeídos, el movimiento naxalita profesa el marxismo-leninismo. Su poderío es tal que, en numerosos poblados, aprovechando la pasividad del poder político y la corrupción de la administración y la policía, los naxalitas han instalado una verdadera administración paralela, con su policía y su justicia, frecuentemente brutales y expeditivas».

No hay naxalitas en toda la India; pero, ¿qué pasaría si el movimiento se propagara? Seguro que la policía haría todo lo posible para reprimirlos, pero... Existe, pues, una situación conflictiva permanente entre todos esos grupos; de ahí el título de este capítulo: «Las castas, una mezcla explosiva».

La suerte de los sudras

Después de los intocables, veamos lo que Manú tiene reservado para los siervos, los sudras: «El Amo soberano no asigna al sudra más que un solo oficio, el de servir a las clases anteriores, sin despreciar sus méritos» (1,91).

«El nombre de un brahmán, por la primera de las palabras de que está compuesto, expresa el favor propicio; el de un kshatrīyas, la potencia; el de un vaishya, la riqueza; el de un sudra, la *abyección*» (11,31). ^"«'Abyecto», clara, nítida, cínicamente, y el vedismo es sin duda la única religión del mundo que haya institucionalizado, como código moral, un racismo tan ultrajante. Y el sistema no es blando con los siervos; lo demuestra la severidad de los castigos previstos para ellos, ante los cuales el famoso «ojo por ojo, diente por diente» palidece:

«El miembro utilizado por un hombre de bajo nacimiento para golpear a un superior, debe ser mutilado; tal es la orden de Manú» (VIII, 279).

«Si sólo ha levantado la mano o un palo ante un superior, la mano debe ser cortada; si en un movimiento de cólera le ha dado un golpe con el pie, que el pie sea cortado» (VIII, 280).

«Si un hombre de clase baja decide colocarse junto a un hombre perteneciente a una clase más elevada, que sea marcado por debajo de la cadera y desterrado, o que el rey ordene que le hagan un tajo en las nalgas» (VIII, 281).

«El sudra no está autorizado a leer los Vedas, el más sagrado de los libros religiosos. Si transgrede esta ley, que su lengua sea cortada, que le viertan plomo fundido en las orejas. Si ataca a un brahmán, que sea colgado. Por el contrario, si un brahmán mata a un sudra, este crimen es equivalente al de matar un gato, el pájaro *chasha*, una rana, un perro, un lagarto, una lechuza o un cuervo.»

Observe el lector que los animales citados son todos de mal augurio, incluso los gatos, que los hindúes aborrecen porque «se alimentan con carne sanguinolenta» (Manú XII, 59).

Sin embargo, ritualmente, los sudras están sometidos a muchos menos tabúes que los arios, los *dwijas*, los dos veces nacidos. Pueden comer lo que quieren, desplazarse como les parezca (dentro de ciertos límites, sin embargo), siempre que no molesten a los miembros de las otras varnas.

Es verdad que, con ayuda del tiempo, en algunas regiones más tolerantes, los sudras fueron tratados algo menos duramente, y tuvieron incluso acceso a la propiedad, aunque esto, por lo demás, fue «corregido» por la institución altamente respetable del oficio de usurero, uno de los privilegios de los vaishyas, la tercera *varna* aria. Estos usureros se aprovechan de que el casamiento, incluso en la India de hoy, es una ceremonia ruinosa para los padres de la novia. Además de la pesada dote, el padre debe ofrecer regalos a toda la familia del yerno, sin hablar del coste de la boda, que dura varios días, durante los cuales centenares de invitados, más o menos de la familia, están de juerga.

Es raro que la familia, incluso limpiando los fondos de los cajones, tenga dinero suficiente para hacer frente a estos gastos. No importa, el usurero se los prestará, pero a tasas tan altas (20, 30 ó 40%) que serán necesarios muchos años para pagar la deuda. Más de un indio paga todavía hoy, penosamente, las deudas contraídas por el casamiento de su... ¡abuela!

Nayar y nambudiri

Las relaciones entre los sudras, que son en general de origen dravídico, y los miembros de las otras jātis son complejas y varían de una región a otra. A título de ejemplo, propongo interesarnos por las relaciones entre los nambudiri y los nayar, descendientes de las poblaciones dravídicas que huyeron hacia el sur ante el avance ario y que se refugiaron en Malabar, en la costa entre Goa y el Cabo Comorin, donde siguen vivas sus antiguas tradiciones.

Después de consolidarse en el noroeste de la India, la arianización ganó poco a poco el sur, donde todavía prosigue en nuestros días encontrando siempre resistencia. La prueba: una ley reciente ha prohibido oficialmente el matriarcado en toda la India, pero una bailarina india originaria del Kerala me dijo que allí esa ley se ignoraba, que las costumbres milenarias eran demasiado fuertes.

Los nayar fueron esclavizados por los nambudiri, que dicen ser de raza aria pura. P. Thomas, que vivió mucho tiempo en la región, describe la situación local, que resume todo el problema de las relaciones entre los sudras y las otras clases.

La vida, dice, se organiza allí de una manera asombrosa, pero lógica desde el punto de vista racista ario, para el cual el colmo del escándalo es la *Rassenschande*, la «contaminación» racial. Como esta contaminación sólo puede entrar por el vientre de la mujer, hay que prevenir todo contacto entre una aria y un no ario. El método es eficaz: «Las mujeres nambudiri son guardadas

muy celosamente. Les está prohibido salir solas o hablar con ningún hombre excepto su marido. En la pubertad una jovencita no tiene ni siquiera el derecho de hablar con su padre o sus hermanos. Dentro de lo posible, la mujer nambudiri permanece encerrada en casa».

Como no es posible secuestrarlas en vida, cuando salen debe ser en grupo y precedidas por una escolta de mujeres nayar. Cada mujer nambudiri lleva una enorme sombrilla de hojas de palma que, girada hacia un lado, la oculta desde las rodillas hasta la cabeza. Las mujeres nayar van adelante y apartan a todos los hombres que avanzan en sentido inverso, increpando incluso a los indecisos. J. Thomas ha observado, a respetuosa distancia, «esas procesiones de jóvenes nambudiri, desnudas hasta la cintura, balanceando su sombrilla con destreza de un lado a otro y girando su cuello elástico cargado de joyas de oro, para echar de paso una rápida mirada al maravilloso mundo exterior y a los hombres, más maravillosos todavía, que las observan desde lejos».

Se toman todas las precauciones para que quede excluida una relación sexual con cualquier otro hombre que no sea el marido.

¡Pero la situación inversa no se produce! La costumbre quiere que sólo el hijo mayor tenga derecho a casarse y por tanto a tener hijos de una mujer nambudiri. Está claro que ellas deben compartir estos hijos mayores, por lo que hay un verdadero tráfico de matrimonios. El hijo mayor reúne mucho dinero: se casa con un respetable número de muchachas de su raza, recibiendo cada vez una confortable dote. ¿Desdichados los menores? De ningún modo. Si bien les está prohibido casarse, o incluso acostarse con una mujer de su raza, tienen agradables compensaciones. En efecto, mientras que las nambudiri enclaustradas son apagadas y aburridas, las nayar, como todas las dravídicas, son libres, están llenas de encanto y de vivacidad, y por tanto son atractivas. Si bien los hijos menores nambudiri no tienen derecho a casarse con ellas, pueden acostarse con tantas muchachas nayar como les venga en gana. Y así tienen todas las ventajas de su sexo sin los inconvenientes, es decir, la carga y la preocupación de criar una numerosa familia.

Después de haber pasado la noche con una nayar, vuelven alegres a casa de sus padres. Como purificación basta un baño. ¿Y los hijos? No hay problema: mamá nayar cuidará de ellos. No heredarán ni el nombre, ni los bienes, ni la clase del padre; serán su-dras, como mamá, ¡y su padre nambudiri los tratará como siervos!

Las relaciones entre los varones de ambas clases son muy diferentes y características de la situación de los sudras en general. Así, un nayar, cuando se dirige a un nambudiri, se queda a una distancia respetuosa, se quita la parte superior de la vestimenta y la sostiene bajo el brazo. Hablando de su propia choza, dirá «mi casucha», mientras que la del nambudiri será siempre «el palacio». El nayar debe taparse la boca cuando habla con un brahmán nambudiri, pues si lo tocara con una partícula de saliva, el brahmán debería purificarse mediante el ayuno. Trata al brahmán como a un dios viviente y él mismo se califica de esclavo. Esta costumbre es respetada aún hoy por los nayar que están al servicio de un brahmán. Sin embargo, bajo la influencia de la modernidad, especialmente fuerte en esta región, otros se muestran, por el contrario, muy arrogantes con los brahmanes.

¡Pero esto no es todo! En este mismo territorio viven también fuera-de-casta, los ulladahs, a quienes los nayar desprecian porque son intocables...

«Un ulladah no es "mirable" para un nambudiri, es "inabordable" para todos los demás, tampoco puede entrar en los poblados... Todo ario nambudiri que se desplaza va siempre precedido de un servidor nayar que grita desaforadamente "ha-ha" para apartar a los intocables. Cuando éstos levantan cercados o trabajan en el poblado, deben señalar obligatoriamente su presencia "contaminante" colocando, de uno y otro lado, a sesenta pasos, una señal construida por lo general con unas ramas verdes sostenidas por una piedra.»

Los defensores inesperados del sistema

La lógica hubiera sido que los oprimidos saludaran con entusiasmo la abolición oficial del sistema de las varnas, pero no fue así, y la causa es la doctrina de la reencarnación y del karma, que todos los indios admiten. Poco importa saber si los drávidas y los autóctonos creían en la reencarnación antes de la invasión, aria; lo esencial es la explotación genial que los arios hicieron de esa doctrina para que las propias víctimas aceptaran e incluso defendieran su sistema.

El sistema funciona en dos tiempos. Primero, se hace que los sudras acepten que si son siervos en esta vida es a causa de un mal karma, es decir que expían en esta vida faltas cometidas en una vida anterior. Luego —y aquí está el toque de genio— se les promete que si cumplen bien su dharma servil actual, en su vida futura renacerán en una clase superior. Entonces la supresión de las varnas los frustra: ¡después de haber expiado la mitad o más de sus culpas, ahora se les impide renacer como kshatrīyas o brahmanes!

En resumen, es como si los *afrikaaners* hubieran hecho que los negros aceptaran que están expiando faltas pasadas y que en su próxima vida renacerán como blancos. Entre paréntesis, hay otro error que el sistema ario no ha cometido. En efecto, los blancos del África del Sur han reunido a los negros en inmensas ciudades-campamento que favorecen la emergencia de un fuerte psiquismo colectivo y que escapan fácilmente al control, permitiendo que los negros se organicen. El brahmanismo, por el contrario, ha fraccionado a las poblaciones serviles en multitud de subcastas que se desprecian mutuamente y, precaución suplementaria, en pequeñas comunidades que es mucho más fácil controlar y dominar, mediante lo cual el sistema se mantiene desde hace 3.500 años.

Mucho menos numerosos que los sudras, que junto con los intocables forman la masa del pueblo indio, los vaishyas son, sin embargo, la parte numéricamente más fuerte de las tres varnas «superiores», es decir, arias.

La explotación total

Respecto de los vaishyas, Manú es muy claro:

«Cuando el Señor de todas las criaturas creó los animales, los confió al vaishya» (IX, 324).

«El vaishya cría el ganado, ofrece dones y sacrificios, estudia los Vedas, comercia, presta dinero y cultiva la tierra» (1,92).

«Debe saber cómo sembrar el grano, evaluar las buenas o malas cualidades de las tierras y conocer perfectamente todas las medidas y los pesos» (IX.330).

«Sabrá evaluar correctamente los valores respectivos de las piedras preciosas, las perlas, el coral, los metales, los tejidos, los perfumes y las especias» (IX, 329).

Cuando algunos autores pretenden que los vaishyas cultivan la tierra se trata como máximo de una figura estilística. De hecho, *poseen* la tierra y *hacen* que sus siervos la cultiven; estaría por debajo de su dignidad ensuciarse las manos en la gleba. Pero, si la India explota un día, ellos serán la causa más directa y, sin duda, las primeras víctimas.

Cuando escribo «grandes» propietarios terratenientes, es en los dos sentidos: ricos y panzones. Explotan sin ningún escrúpulo la mano de obra servil haciendo trabajar duramente tanto a las mujeres como a los hombres, bajo un sol de plomo, pagándoles sólo la cuarta o la quinta parte del salario mínimo legal. Saben que ningún siervo protestará, en primer lugar porque son analfabetos e ignoran sus derechos, y luego porque quien se atreviera a hacerlo sería despedido inmediatamente, sin ninguna esperanza de encontrar trabajo en otra parte, pues todos los propietarios están en connivencia. No trabajar es morir de hambre. No hay seguridad social, no hay subsidio de paro ni primas por los hijos; casi lo contrario, pues se quiere limitar los nacimientos. Entonces, ¿hay que

quejarse a la policía? Ni soñarlo. El siervo sabe que se encontraría ante otro ario, y que, por ese solo hecho, su queja no tendría ninguna posibilidad de ser escuchada. La única alternativa es aguantar para sobrevivir.

Todo inicio de revuelta sería inmediatamente aplastado. Cada propietario tiene sus guardaespaldas privados y armados; si un dirigente se pusiera en evidencia, al día siguiente recibiría una paliza. Si recomenzara, sería golpeado hasta la muerte.

Increíble: aún hay en la India millones de esclavos, los halvas, atados de por vida a sus amos, que les dan lo justo para que no mueran de hambre. Aquí, literalmente, el hombre explota al hombre y más que si se tratara de un animal. A propósito de atrocidades, tengo copias en vídeo de entrevistas a grandes propietarios indios, hechas por la BBC, que lo dicen implícitamente. Así, a la pregunta del periodista: «¿Hay atrocidades?», el propietario interrogado respondió cándidamente: «No, no aquí». A la pregunta: «Cuando sale usted a inspeccionar los campos, ¿va armado?», contestó: «No, yo no tengo necesidad»...

Pero las cosas cambian y se estropean. Además de los naxalitas citados anteriormente, los oprimidos toman conciencia de su fuerza y comienzan a servirse de ella. Un hecho nuevo: la prensa relata expediciones punitivas contra propietarios o contra un poblado de brahmanes, junto con matanzas que antes sólo se producían en el sentido inverso. Así la tensión aumenta peligrosamente.

Pero el vaishya practica también la usura, actividad reconocida y honorable, cuyo papel social es importante como medio de servidumbre comprobado. Los intereses aumentan a medida que se desciende en la escala social: allí donde el brahmán paga el 15%, el siervo pagará el 40% o más.

En cuanto a los comerciantes, que se llaman banias o chettiars, son todos vaishyas. El bania llega a su negocio a las 8 de la mañana y no lo abandona hasta las 9 de la noche. ¿Horario de forzado? Juzgue el lector: el bania pasa todo ese tiempo recostado en cojines que sólo deja para hacer sus necesidades. El resto del tiempo conversa, secándose de cuando en cuando la frente cuando hace demasiado calor, y bebe muchas tazas de chai (té muy azucarado). Por ello se vuelve obeso, lo que es muy respetable, hasta el punto de ser incapaz de andar a pie.

Otros vaishyas se convierten en riquísimos industriales y son ellos los que mueven la industria pesada india. Generosos (sólo con los brahmanes, se entiende), también son ellos, en su mayor parte banias, los que hacen construir y mantener los templos, con lo cual tendrán la bendición de los brahmanes y un lugar asegurado en el paraíso indio, o una reencarnación más favorable todavía.

Por supuesto que todo esto es muy esquemático, casi caricaturesco, pero a veces una buena caricatura es más fiel que un buen retrato... Ni siquiera un gran volumen podría explicar verdaderamente la realidad de las castas en el conjunto del inmenso sub-continente indio. No, no todos los vaishyas son sin excepción grandes propietarios terratenientes. Incluso hay regiones de la India donde los vaishyas tienen un *status* social cercano al de los siervos y viceversa, y los brahmanes locales les discuten con frecuencia el derecho a llevar el cordón sagrado de los «dos veces nacidos». Sin embargo, la situación descrita anteriormente es real, actual y casi general.

Se dirá también que los grandes propietarios terratenientes de los países de América del Sur hacen lo mismo, aunque sin sistema de castas. Pero, ¿quiénes son esos explotadores, sino los descendientes de los conquistadores que, al igual que en la India, aniquilaron las civilizaciones existentes para esclavizar a la población local? Allí también se cometieron iniquidades y atrocidades que provienen de la misma filosofía del robo que caracteriza el sistema patriarcal. Allí también la tensión crece y los riesgos de explosión son bien reales.

He aquí el botín

La India de los maharajás, la clase de los guerreros, se basa en el robo institucionalizado. Los guerreros védicos oraban así a los dioses: «Que con nuestro arco podamos conquistar el ganado del enemigo, que podamos salir victoriosos de la batalla» (Rig-Veda VI,75). En esto seguían la lógica

de los pastores nómadas, para quienes en ganado era la única riqueza, hasta el punto de ser su unidad monetaria. Entonces, para enriquecerse rápido, la receta es sencilla: robar los animales de otro. Seguramente los agredidos se defienden, y hay que librar la «batalla del ganado», después de lo cual los vencedores añaden el ganado de los vencidos a su propio ganado y aumentan así su capital. Por otra parte, aquí la etimología nos da apoyo: *cheptel* (ganado) y capital derivan los dos del latín *caput*, cabeza. ¡Literalmente, su ganado (*cheptel*) era su capital ambulante!

Ernest Borneman, en su excelente obra *Le Patriarcat*, p. 181, escribe: «A partir del robo de los animales, estos pueblos se acostumbraron a la idea del robo de otras riquezas. El patriarcado no es, pues, solamente un sistema de descendencia... es también una ideología del robo, una legitimación del saqueo disfrazado de moral, una glorificación del ataque armado y del acaparamiento de los bienes del prójimo. Si se quiere comprender el patriarcado, no hay que olvidar jamás que tiene sus raíces en el robo».

En el Rig-Veda, Manú codifica ese pillaje disfrazado de moral: «Los carros y sus caballos, los elefantes, la plata, el trigo, el ganado, las mujeres y todas las demás mercancías comerciables, así como los metales comunes, pertenecen a quien se los ha quitado a su propietario» (VII, 97).

«El Veda dice que los guerreros darán una parte selecta del botín al rey; lo que no ha sido conquistado (individualmente) debe ser distribuido por el rey y repartido entre todos los guerreros» (VII, 98).

Observemos, de paso, que las mujeres formaban parte del botín al mismo nivel que las mercancías comerciables, y que Manú lleva su «galantería» hasta el punto de ponerlas después de los carros, de los caballos ¡e incluso del ganado! Esta misma ideología es la que ha guiado y continúa guiando a todos los regímenes patriarcales conquistadores: el colonialismo ha sido su expresión moderna, y el saqueo sin escrúpulos de la naturaleza es otra de sus facetas.

Manú confirma: «Así queda proclamada la ley primordial e irreprochable de los guerreros: un kshatrīya no debe desistir cuando golpea a su enemigo en la batalla.

»Con su ejército, que él (el rey) se esfuerce por conquistar lo que todavía no ha ganado; lo que ha ganado, que lo conserve cuidadosamente; que se ocupe luego de acrecentar lo que ha conservado, y lo que así ha acrecentado que lo utilice para gratificar a los que son dignos de ello» (VII,98,99). Los más dignos eran, sin duda, los brahmanes...

Con esta clave se comprenden todas las guerras de conquista en todo el mundo, incluso los conflictos feudales en la India, cuyo objetivo, confesado o no, es el saqueo y el acaparamiento ilimitado de bienes materiales, sobre todo del prójimo. Manú proclama también un código de caballería muy estricto. El combate debe ser *fair play* y se perdona a un enemigo que suplica, no se remata a un herido y el guerrero no retrocede jamás: «Los reyes que, para matarse mutuamente, se baten con un esfuerzo extremo y no retroceden, irán al cielo» (VII,89).

En la evolución hacia el sistema de castas en la India, los rajás y los brahmanes tienen en común la pretensión de ser de sangre azul, por tanto los únicos verdaderos y puros arios de raza, lo cual es falso. En primer lugar (véase el capítulo «La impostura aria») la supuesta raza aria pura es un mito y, en todo caso, nada permite proclamarla superior. No eran pues «raza pura» cuando entraron en la India y luego, después de las guerras de conquista, los reyezuelos locales no arios, que se habían aliado a los conquistadores, fueron debidamente arianizados por medio de una ofrenda conveniente a cualquier brahmán complaciente y una «purificación» para cumplir.

Siempre a propósito de raza, los guerreros rajputas, que se cuentan entre los más salvajes y temibles de la India, se proclaman de la más pura sangre azul y afirman descender en línea directa de los más antiguos clanes reales. Esta pretensión es una impostura suplementaria. De hecho, descenden de los hunos, de los Gurjara y de otras tribus del Asia central, que penetraron en la India por su frontera noroeste, hacia los siglos V y VI de nuestra era. Después de haberse apoderado con sus armas de los reinos de la India central, y de haberse instalado en ellos, se casaron con mujeres

hindúes, y, por medio del poder, no tuvieron ninguna dificultad para «convencer» a los brahmanes obsequiosos para que los arianizaran. Estos brahmanes «les fabricaron a su medida genealogías que se remontaban a los tiempos heroicos, así como Virgilio relacionó el linaje de los fundadores del imperio romano con los héroes de la guerra de Troya... Otros clanes rajputas, como los chandees, descienden de tribus indígenas gondas. Cuando se hicieron poderosos, fueron ennotablecidos e integrados en el hinduismo» (P. Thomas).

Los rajas no sólo explotaron desvergonzadamente el trabajo forzado de las clases inferiores, que les construyeron los palacios suntuosos donde reunían sus fastuosas cortes, sino que además las despreciaban. Y esto sucedió en todas partes donde afluyeron las hordas de bárbaros de las estepas: «Los pueblos de pastores nómadas, convertidos en saqueadores de ciudades, siempre y en todas partes han experimentado el más profundo desprecio por el trabajo manual... El griego de la clase dominante concebía que su misión sobre la tierra era la dominación de los seres inferiores, que naturalmente eran privados de libertad, en otras palabras: las mujeres, los esclavos y los no griegos» (Borneman, p. 225).

Pero las guerras feudales incesantes que libraron entre ellos los desangraron y debilitaron, y los invasores mongoles los vencieron sin demasiadas dificultades. Después, los brahmanes afirmaron que la raza de los kshatrīyas había desaparecido y que ellos eran ahora los únicos «verdaderos» arios, frente a los intocables y los sudras (rebajaron a los vaishyas también al rango de sudras).

Los tesoros de Golconda

Mucho mente quien viene de lejos, se podría pensar leyendo los relatos de *los viajeros europeos* que describen los fastos de los maharajás. Pero es verdad, esta India fabulosa de los maharajás ha existido y hasta muy recientemente, es decir, todavía después de la Independencia. Estos rajas, inmensamente ricos, eran los descendientes de aquellos que he llamado «saqueadores convertidos en señores», los descendientes de los rudos conquistadores de la India.

Una de las raras ventajas del sistema de clases y castas es fijar desde el nacimiento el provenir del recién nacido. Desde la cuna el futuro príncipe o guerrero era preparado física y psíquicamente para su oficio de kshatrīya, de dominador. Sólo ellos tenían el derecho de poseer y manejar las armas; al igual que los nobles de nuestros países, también descendientes de saqueadores convertidos en señores, prohibían la caza a los siervos y a los villanos.

Viajando por la India, impresionantes fuertes dan todavía testimonio de las incesantes guerras que mantenían el alto nivel combativo de los kshatrīyas. Bajo la ocupación inglesa, como no podían guerrear, se dedicaba a la caza mayor. Así, en Udaipur, me alojé en un pabellón de caza del ex maharajá local, transformado en hotel. El comedor, por lo demás siniestro, estaba tapizado con las pieles de seis enormes tigres y, en una foto amarillenta, se veía al último maharajá posando para el fotógrafo, con el fusil en la mano y la bota sobre la cabeza de una de esas magníficas bestias.

Entre paréntesis, yo acompañaba a la princesa Ana-Luisa de Arenberg, gran dama y excelente amiga, de camino hacia el *ashram* del *swami* Sivananda de Rishikesh, al pie del Himalaya, a donde íbamos juntos. Sus confidencias me enseñaron que la vida de príncipe o de princesa no es el cuento de hadas que el pueblo se imagina: desde la infancia, los jóvenes nobles occidentales son, ellos también, sometidos a una crianza estricta. Hasta los niños deben reprimir sus emociones: prohibido temblar ante el relámpago inesperado o el trueno, llorar cuando se hacen daño, recoger una manzana caída, etc.

Para ver, casi ante nuestra vista, cómo un aventurero brutal y sin escrúpulos se convierte en «noble» y funda una dinastía real, volvamos hacia el siglo XVI.

En esta época, los invasores mogoles bajaron arrolladoramente desde las estepas de Asia, después de haber vencido a los reyes hindúes, y fundaron el imperio mogol musulmán, que se mantendría hasta el siglo XIX. A la muerte de Aurangzeb, el último gran rey mogol, el imperio se dividió y

Asaf Jah, aventurero turcomano cruel y astuto se convirtió, a punta de espada, en el primer *nizam* de Hyderabad, en Andhra Pradesh, provincia agrícola, hindú en un 80%. Ahora bien, en la proximidad se levanta el fuerte de Golconda, con las célebres minas de diamante de donde fue extraído el legendario Koh-I-Noor, cuyo nombre significa *Montaña de Luz*. Con sus 765 quilates iniciales, sufrió, con el correr de los años, «curas de adelgazamiento» sucesivas que lo redujeron a «sólo» 106 quilates cuando fue ofrecido a la reina Victoria.

Para enriquecerse sin medida, los *nizams* explotaron, como siempre sin piedad y sin escrúpulos, la mano de obra servil local. En el siglo XVII, Jean-Baptiste Tavernier, un aventurero francés a la par que joyero, informaba de que 60.000 mineros, hombres y mujeres, desnutridos, trabajaban en las peores condiciones en las minas de Golconda, que habían producido doce millones (!) de quilates de diamante de calidad superior en el mercado mundial. Mientras su pueblo se arrastraba en la miseria, el *nizam* llenaba sus cajas fuertes con diamantes de la mejor agua, y se convertía en el hombre más rico del mundo. Se comportaba exactamente igual que sus predecesores, los maharajás, cuyo puño de hierro caía con fuerza sobre los sudras y los intocables.

Aunque explotaba despiadadamente a sus subditos, que veían en él a un semidiós, el *nizam* era sin embargo un perfecto *gentleman*, educado a la inglesa, que recibía suntuosamente a los grandes de este mundo en su palacio de Falaknuma en Hyderabad, cuyo lujo desafiaba toda imaginación.

¿Quién se sorprendería de que el sexto *nizam* fuera apasionado de los diamantes? Sin embargo, incluso un *nizam* tiene que dejar un día esta vida y abandonar sus queridos diamantes. En el otro mundo, seguramente debe echar de menos su fantástico brillante de 162 quilates que después de sus funerales se buscó en vano. Adivine el lector dónde, años más tarde, su hijo lo encontró fortuitamente: envuelto en un trozo de tela manchado de tinta. ¡Metido en el extremo... de una pantufla de su padre! engastado en un pie de oro, macizo evidentemente, fue dedicado al uso al que estaba verdaderamente destinado: servir de pisapapeles. Convertido en dinero, ese pisapapeles hubiera podido alimentar decenas de aldeas indias durante decenas de años.

Después de la Independencia, los últimas maharajás vieron consumirse sus fortunas bajo el efecto combinado de dos fuerzas adversas, incapturables pero concretas, contra las que eran impotentes: los impuestos y la burocracia. Sin duda lamentaron que las leyes de Manú (VII, 129,130) no les fueran aplicadas: «Así como la sanguijuela (sic), el ternero y la abeja toman poco a poco su alimento, así el rey recaudará impuestos moderados en su dominio. Tomará una quincuagésima parte del ganado y del oro, así como la octava, la sexta y la doceava parte de las cosechas» (nota: por supuesto esto sólo se refería a los subditos arios). Entonces, en lugar de que el Estado les *tome* del 2 al 15%, es lo que les *deja*: la India aprende rápido...

Sin embargo, el empobrecimiento (relativo por lo demás) de los señores no ha enriquecido a las masas desfavorecidas... Los maharajás se dedican ahora, por ejemplo, a la industria o a los negocios, y más de un palacio se ha convertido en un hotel de lujo para turistas occidentales, o en un museo.

A este respecto, y anecdóticamente, en uno de los palacios del maharajá de Jaipur, convertido en museo, el guía nos había prometido que nos mostraría el dormitorio del maharajá. Asociando mentalmente la India fabulosa con los maharajás y el Kamasutra, me imaginaba un lugar de todas las delicias, con todos los lujos, con una profusión de cojines de seda, como en las novelas o en las películas.

Llegados al extremo de un corredor sombrío, el guía nos abrió la puerta, bastante estrecha, del dormitorio real. Éramos tres los visitantes a quienes el guía hizo pasar a la habitación oscura. Cerró la puerta y henos allí, en el negro absoluto, en medio del dormitorio. Entonces el guía encendió una vela y, sorpresa total, nos encontramos bajo el cielo titilante de miles de estrellas. Cuando, dos minutos más tarde, conectó la única bombilla eléctrica suspendida en la bóveda, vimos que la habitación, muy pequeña, era una cúpula de 3 m de diámetro, «tapizada» en toda su superficie por centenares de espejos convexos de la forma y el tamaño de un cuenco y tocándose. Entonces la

débil luz temblorosa de la vela, al reflejarse y multiplicarse hasta el infinito, de espejo en espejo, ¡convertía la habitación en una bóveda celeste! Allí, pues, se retiraba el poderoso maharajá de Jaipur, la ciudad rosa de los siete palacios, a esta habitación sin aire, donde, una vez cerrada la pesada puerta, podía dormir seguro, sin temer que lo apuñalaran durante su sueño: no reinaba la confianza...

Los brahmanes

La India arianizada se encuentra bajo la férula de los brahmanes racistas, autosuficientes, imbuidos de su superioridad sobre todos los otros seres humanos, incluso sobre toda la creación. Son un puro producto de la India védica. Cuando los arios eran todavía pastores nómadas, en los altos, por la noche, se reunían en torno al fuego del campamento y, para obtener la protección de los dioses, les ofrecían sacrificios, lo que explica el papel central del fuego en el culto védico. Con el tiempo estos ritos se fueron complicando, y fue necesaria una «especialización», cuyo producto son los brahmanes, los sacerdotes.

Manú decreta: «Para la conservación de toda la creación, el Ser soberanamente glorioso asignó ocupaciones diferentes a aquellos que él había producido en su boca, su brazo, su cadera y su pie.

»Dio en el reparto a los brahmanes el estudio y la enseñanza de las vedas, la realización del sacrificio, la dirección de los sacrificios ofrecidos por otros, el derecho de dar y el de recibir;

»El brahmán, al venir al mundo, es colocado en el primer rango de la Tierra; soberano, señor de todos los seres, debe velar por la conservación del tesoro de las leyes civiles y religiosas.

»Todo lo que este mundo encierra es de algún modo propiedad del brahmán; por su primogenitura y por su nacimiento eminente, tiene derecho a todo lo que existe».

¡Ya estamos informados! Y los brahmanes toman todo esto en serio, al pie de la letra.

Manú, basando así su sistema en el nacimiento, fijaba no sólo racialmente, sino también jerárquicamente la sociedad aria, prohibiendo los casamientos exogámicos, para lograr un estricto cierre del sistema.

Colocando a los brahmanes a la cabeza, Manú —¿brahmán él mismo?— quería evitar que los príncipes y los guerreros se hicieran con el poder. A fin de que el brahmán pudiera consagrarse por entero a su misión, Manú lo liberó de todo otro trabajo que no fuera el estudio y el culto, asegurando su autonomía económica; de ahí el horror de los brahmanes por todo trabajo manual, que consideran deshonroso. ¿Había previsto Manú todos los abusos que se derivarían de esto?

En la práctica el brahmán vive a costa de la sociedad; pero, ¿hay que envidiarlo acaso?

En absoluto, pues en contrapartida, cada instante de su vida está sometido a innumerables tabúes y a estrictas prescripciones, de las cuales algunas son más bien pintorescas. Juzgue el lector: Manú (IV, 37 y ss) le prohíbe mirar el Sol, pasar por encima de una cuerda a la que esté atado un ternero, correr cuando llueve, mirar su imagen en el agua, acercarse a su mujer durante las reglas, mirarla cuando ella coma, estornude, bostece o esté sentada indolentemente.

Manú lo ha previsto todo, lo ha reglamentado todo: cuándo está autorizado el brahmán a viajar o no, lo que debe comer o no (se le permite la carne si la ha bendecido). Le está prohibido bailar, cantar, tocar instrumentos musicales, excepto cuando está prescrito por las Escrituras, hacer rechinar los dientes, alborotar cuando está enfadado. No debe jugar a los dados, ni llevar los zapatos en la mano, ni comer acostado, etc.

Manú ha ritualizado un montón de supersticiones que nos hacen sonreír pero que se toman muy en serio. Si el lector desea una receta para la longevidad, Manú se la da: «Que quien quiera vivir hasta viejo no camine encima de cabellos, ni de ceniza, ni de huesos ni de pedazos de vasija, ni sobre semillas de algodón, ni sobre briznas de paja» (IV,78).

¡Manú también está obsesionado por las necesidades naturales del brahmán!

Tanto peor si me repito: no me ensaño con ningún brahmán personalmente, pero el racismo a ultranza de los brahmanes me escandaliza. Para defender su sistema han dicho «esto funciona desde hace miles de años, *por tanto* es bueno»; ese *»por tanto»* está de más. La invasión aria ha sido un desastre para la India, como por lo demás para todos los pueblos alpino-mediterráneos invadidos por los nómadas de las estepas. Imaginemos que los hunos nos hubieran vencido, que hubieran destruido nuestra civilización y que hoy todavía fuéramos sus esclavos, lo mismo que nuestros descendientes, durante miles de años por venir, y comprenderemos el drama de la civilización del Indo vencida.

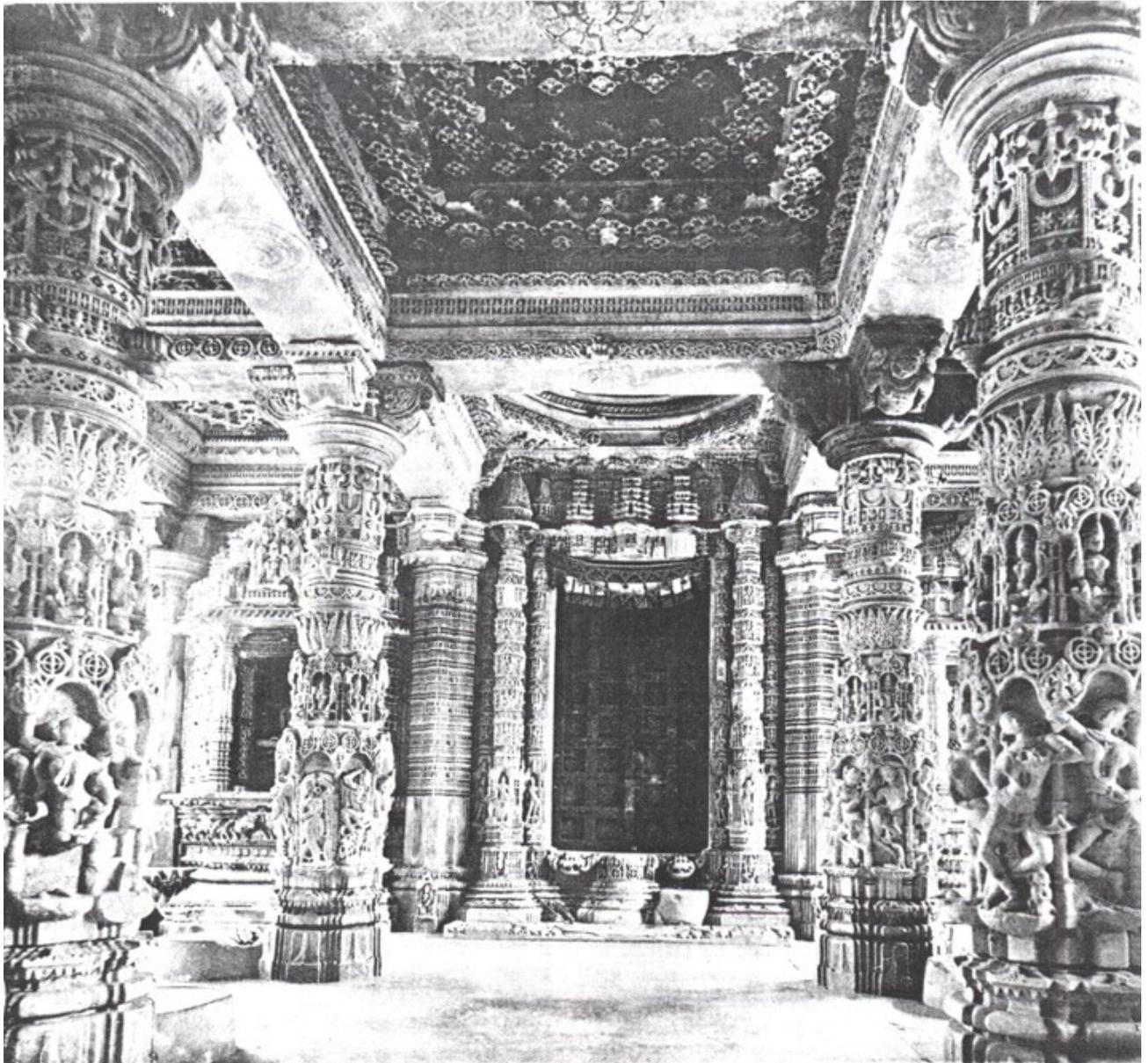
Uno de los elementos del drama, el sistema de castas, conduce por lo demás a una paradoja. Efectivamente, si la suerte de los sudras, y peor aún, la de los fuera-de-casta es lamentable, la de los brahmanes no es tampoco muy envidiable. ¡A fuerza de prohibiciones y de tabúes ellos mismos se han vuelto casi intocables! Serían casi las víctimas de su propio sistema, obsesionados como están por la «pureza», que además no es sinónimo de nuestra higiene. Basada en primer lugar en el color de la piel (recuerde el lector que en sánscrito *varna*, color, designa también las clases), la «impureza» racial de los demás se ha convertido en impureza física a secas, y para preservar su pureza se han enredado en un lío de ritos que obstaculizan toda su vida cotidiana.

En la India, por ignorancia, un occidental puede cometer muchos errores. Por ejemplo, tocar con la mano izquierda, incluso por descuido, un objeto cualquiera perteneciente a un brahmán, se considera causa de desgracia. Un brahmán ortodoxo jamás invita a un occidental a su mesa: su sombra contaminaría su comida, y tendría que tirarla. Respecto de las costumbres en la mesa, si acaso un hindú que no sea brahmán invita al lector a comer, felicitar a la dueña de casa por la comida sería una afrenta. Por el contrario, la buena educación requiere eructar ostensible y ruidosamente, signo de que uno ya está lleno. ¡Entonces, en la duda, lo mejor es hablar y moverse lo menos posible!

En verdad, somos más bien afortunados de no ser ni «castados» ni castrados, y de no haber «merecido» nacer brahmanes.

A propósito, es verdad que denunciar los perjuicios del patriarcado ario en la India y la iniquidad de las castas me ganarán el odio de los brahmanes -y de los partidarios del sistema, pero ésa no es una razón para callarse. Repito que mi crítica apunta a un *sistema*, no a *personas*: tengo muchos amigos brahmanes, para los cuales conservo toda mi amistad. Pero todavía es necesario deshacer otra superchería, por la cual el brahmanismo se atribuye todos los méritos y los logros de la maravillosa civilización india, lo cual es falso. Es verdad que los arios han legado al mundo ese monumento que es el sánscrito y toda su literatura; por el contrario, los que crearon la civilización india fueron los indo-alpino-mediterráneos. De todas esas maravillas que uno admira en la India, ya sean los templos de Ajanta, cavados y esculpidos en la misma roca del acantilado, los palacios de Jaipur, el Taj-Mahal, los templos de Mahabalipuram, los de Dilwara, el Monte Abu (mis preferidos), y todos los grandes templos del sur de la India, nada ha salido de manos arias, pues para el ario, sea brahmán o kshatrīya, todo trabajo manual es deshonoroso, y por tanto está reservado a los siervos y a los fuera-de-casta. En consecuencia, son estos últimos los que han creado esas obras de arte.

Cito una vez más a Ernest Borneman: «Los pueblos de pastores nómadas, "saqueadores de ciudades", siempre y en todas partes han experimentado el más profundo desprecio por el trabajo manual [...] El esfuerzo físico estaba reservado a los esclavos, librarse a él voluntariamente era la decadencia.



Este templo de Monte Abu es una maravilla: un encaje de piedra. Se podrían pasar semanas enteras contemplándolo.

»El hombre libre se ganaba la libertad con la punta de la espada; el manejo de las armas era el único trabajo que debía realizar» (p. 225).

Y prosigue: «Una de las razones por las cuales los griegos[^] tenían al principio tan poco respeto por sus artistas, es que el arte griego era esencialmente producto de los esclavos asiáticos. Todos los que pintaban los vasos eran esclavos o libertos. Incluso los primeros escultores de cepa griega no hubieran tenido derecho ni a la décima parte de consideración que el patriarcado atribuía a sus dramaturgos o escritores de epopeyas, pues estos últimos no "trabajaban", eran "pensadores", mientras que los escultores que trabajaban con el sudor de su frente, con el cincel y el martillo, y manipulaban enormes bloques de piedra, eran considerados por los patriarcas como desdichados locos que habían escogido voluntariamente la suerte de los esclavos» (p. 238). Lo mismo en la India, excepto que allí jamás hubo ningún escultor brahmán o kshatrīya...

Los brahmanes se la tomarán conmigo, pero la *intelligentsia* moderna india me comprenderá. Ciertamente que por patriotismo no llegarán a darme su bendición, pero saben muy bien qué rémora representa el brahmán para el desarrollo de la India. Eran bien conscientes de ello el pandit

Jawāharlāl Nehru y sus colaboradores, cuando, después de la Independencia, establecieron y proclamaron la nueva Constitución india que, entre otras cosas, suprimía las castas, las costumbres de la dote, emancipaba a la mujer india, autorizaba el divorcio y el nuevo casamiento de las viudas... Pero, en la práctica, todo ha quedado en letra muerta a causa de la inercia de las tradiciones seculares. Para comprenderlo, pensemos que hace ya más de treinta años que el general De Gaulle suprimió los antiguos francos, ¡y sólo se trataba de mover una coma! En cuanto a cambiar comportamientos milenarios, como en la India...

¿Quiere esto decir que el brahmanismo y las castas seguirán vivos durante mucho tiempo todavía? ¿Quién puede afirmarlo? Sin embargo, se está produciendo una toma de conciencia en las grandes masas oprimidas, incluidas las mujeres, incluso las de raza aria, y aumentan las tensiones. La India, pensamos nosotros, está lejos, pero en realidad, está muy cerca, pues en nuestro mundo moderno todo es inter-dependiente. La India pesa ya y pesará cada vez más en el futuro del planeta. Esta India, con la red ferroviaria más extensa del mundo, pero donde los carros de bueyes, idénticos a los de la civilización del Indo, transportan todavía más mercancías que todos los trenes juntos. Esta India, que ya es la cuarta potencia militar del mundo, después de la Unión Soviética, los Estados Unidos y la China. Esta India, qué lanza satélites, domina la física nuclear y la bomba atómica, y cuyos matemáticos e informáticos igualan a los mejores del mundo. Esta India, por último, cuya población superará en el siglo XXI, según los demógrafos, a la de la China. El porvenir pertenece a Asia.

Al final de este texto consagrado a los brahmanes, y a propósito de nuestra impureza, en tanto que occidentales, es divertido leer a Alexandra David-Neel. En Trichinopoly, a la entrada de un templo, y sabiendo que le sería prohibido entrar, sólo dio un paso y adelantó la cabeza para mirar en el interior: «El brahmán, guardián del lugar, levantó los dos brazos para impedirme que avanzara más. Su gesto no me sorprendió, me lo esperaba, pero el guardián no se detuvo allí. Cuando me disponía a irme, se levantó rápidamente, rodeó su mesa y se puso delante de mí, con la mano tendida.

»*Bakhchich!* —dijo, utilizando la expresión común a todo el Oriente para pedir una propina.

»¡Cómo! —le replico—. Me impides entrar y quieres que por eso te dé dinero.

»—Los extranjeros no deben entrar, pero pueden dar un *bakchich* —respondió cándidamente el buen hombre.

»La sencillez de la idea que guiaba semejante respuesta era desarmante y todavía habría más.

»—Toma —le dije al guardián, y sacando de mi bolso algunos bombones, se los ofrecí. Sólo quería divertirme, sabiendo que los rechazaría.

»—No -dijo retrocediendo—, no puedo comer eso.

»—¿Por qué?

»—Es impuro.

»—¡Ah! —me comí un bombón, puse los otros en mi bolso y saqué dos rupias. El rostro del guardián se iluminó al verlas y se acercó otra vez con la mano tendida.

»—¿Las tomarías? —le pregunté—. Pero si el chocolate es impuro, y yo no puedo, a causa de mi impureza, entrar en el templo, seguramente el dinero que yo he tocado es igualmente impuro y no debes aceptarlo.

»—El dinero jamás es impuro —declaró mi brahmán con el tono de una seria y profunda convicción.

»Me recordó la frase atribuida al emperador Vespasiano: "El dinero no tiene olor". Me quedé petrificada de admiración: tal ingenuidad cínica lindaba con lo sublime.

»Luego, en Benarés, en Calcuta y en todas partes, escuché más de una vez variaciones de esta

concepción: "Nos está prohibido aceptar alimentos de un extranjero, pero nuestra religión no nos prohíbe en absoluto aceptar su dinero. El dinero no contamina"».

Venalidad, hipocresía y pereza son los rasgos característicos de los arios, empezando por los brahmanes. Demasiado holgazanes para cultivar ellos mismos sus campos, hacen trabajar a los sudras y a los intocables. Teóricamente, estos alimentos tocados por la sombra, y peor aún, por las manos de gente impura deberían ser también impuros. Entonces, para conciliar la pereza con la pureza, existe el truco siguiente: preparado por un brahmán, todo alimento se purifica. Pero, si después de la preparación, lo tocara la sombra de un intocable, ¡inmediatamente volvería a ser impuro y no se podría consumir! Por eso los cocineros en los restaurantes para indios son brahmanes...

La sexta casta: la mujer aria

Manú, al someter a la mujer aria al hombre, la rebajó al rango de sudra. De hecho, ella forma una sexta casta poco envidiable, y una de las causas de la oposición brahmánica al tantra viene de que éste reprueba la esclavización de la mujer, incluso la aria, mientras que el machismo ario exige su sumisión total. Querer liberarla minaría el sistema, lo cual es intolerable. Todo lo demás son pretextos.

De modo que desde hace milenios, Manú hace marcar el paso a la mujer aria, *¡manu... militari!* Ahora bien, Manú, quien en su *Mānava Dharma-Shatra* promulga, por «derecho divino», esa supremacía absoluta del varón sobre la mujer aria, pretende haber recibido su código ¡del mismo Creador! El Rig-Veda (IX, 92,5) lo convierte en una especie de Adán desprovisto de esposa, y saca su progenie de una de sus costillas (*parsbu*), y coloca oficialmente a la mujer aria en el rango de los siervos: «Durante su infancia, la mujer debe depender de su padre; durante su juventud, de su marido; si su marido muere, de sus hijos; si no tiene hijos, de los parientes de su marido... Una mujer jamás debe gobernarse a su guisa» (V, 148).

En el *Bhagavad Gita*, la biblia hindú, el dios Krishna dice: «Los que se refugian en mí, aunque sean nacidos de un vientre pecador, *incluso mujer*, o vaishyas, o sudras, ellos también llegarán al fin supremo» (Canto 9,32). Nota: sabemos que si una aria ha «pecado» con un hombre inferior por su clase, su «vientre pecador» alumbrará parias, intocables, desterrados del sistema.

Es inútil educar a la mujer, puesto que, desde su casamiento, su función será parir hijos y cuidarlos. Ningún brahmán, aunque se considere «progresista», hace estudiar a sus hijas más allá del nivel elemental. En las grandes ciudades, menos de una hija de brahmán por cada cien mujeres estudia en la universidad. Estos hindúes, muy occidentalizados y educados, que hablan un inglés sin acento y manejan importantes negocios, se sienten a gusto con una mujer casi analfabeta, siempre que produzca hijos y le sea totalmente sumisa.

Que los occidentales, que con frecuencia tienen una visión idílica de la India, sepan que esto se aplica al pie de la letra. Pocos extranjeros saben cómo se organiza *verdaderamente* la vida de una familia ortodoxa, pues todo pasa entre cuatro paredes. Para nosotros la familia es el hogar, con papá, mamá y los niños. En la India, es la «*joint family*», la familia conjunta, una tribu que cuenta con casi cien personas. Es cierto que en las grandes ciudades esta familia evoluciona lentamente hacia el tipo occidental, pero sin cambiar gran cosa en la relación hombre-mujer. Y de todos modos, eso sólo concierne a una parte infinitesimal de la población india, que vive en su mayoría, no lo olvidemos, en las 560.000 aldeas que tiene la India.

En la cima reina un jefe absoluto: el viejo, el patriarca. Es un ogro casi inabordable, temido por todos, incluso por los niños, que no lo ven ni se le acercan sino raras veces. Lujo supremo en la casa superpoblada, es el único que tiene su propia habitación. En ella sólo recibe a los varones y únicamente para hablar de asuntos prácticos. El cemento de la *joint family* es el miedo, la estricta disciplina más que el afecto. El patriarca, en general un viejo tacaño, no tolera ninguna familiaridad.

¿La suerte de las mujeres? Para asegurar la disciplina en el *zenana*, la parte de la casa destinada a las mujeres, donde el viejo ni se digna entrar, reina un caporal, su mujer: la suegra india es tiránica, mezquina, malvada. Ajada, agria, se venga en sus nueras de las vejaciones que ella misma ha padecido. Duerme poco, y desde que se levanta, mucho antes del canto del gallo, su voz de chicharra, a guisa de quiquiriquí, despertador, atruena con plegarias. Desde que se levanta hasta que se acuesta, hace trabajar a todo el mundo: va y viene por la casa sin cesar, refunfuñando, echando la bronca a todo el mundo, sobre todo a sus nueras, sus cenicientas, que son mayoritarias, pues sus propias hijas, casadas desde muy jóvenes, sufren la misma suerte en su nueva familia... El extranjero no sospecha lo que ocultan las lágrimas de la mujer india cuando deja su hogar: *sabe* muy bien lo que le espera porque lo ha visto en su propia casa. Sabe que la vieja la azuzará, sin darle siquiera tiempo para su arreglo personal, y que la menor coquetería hará que la traten de puta. Es significativo que en la India, para marcar el colmo de la hipocresía, no se habla de «lágrimas de cocodrilo», sino de «lágrimas de nuera llorando por la suegra». La mujer casada no espera ninguna indulgencia, ningún apoyo por parte del marido, que sólo se reúne con ella por la noche y que nunca la protegerá.

La arpía, por el contrario, es toda miel y hojuelas para con sus propias hijas cuando, algunos días al año, vuelven «con permiso» a casa. Las mimas, cuida de que no les falte nada y sobre todo de que no trabajen; al servir las, las nueras piensan suspirando en sus propias vacaciones, único oasis en esa vida austera.

El matrimonio hindú no está basado en el amor como se lo concibe en Occidente. Siempre es concertado y constituye un asunto de mucho dinero. Si el lector abre cualquier periódico indio verá que está lleno de anuncios matrimoniales donde los padres ponen literalmente a su hija en venta, alaban su elevada casta, su piel blanca, etc. Después del anuncio y del intercambio de fotos, las familias entablan sórdidas transacciones, de las que quedan excluidos los principales interesados, los futuros esposos. Ellos no se verán antes del matrimonio, excepto en medios muy liberales, donde se les permitirá entreverse unos instantes bajo una estricta vigilancia, y no se les consultará en absoluto acerca de la elección que se ha hecho para ellos. Los criterios esenciales son la compatibilidad de casta, por tanto el nivel racial, y el dinero.

A propósito de la dote —¡que sin embargo la Constitución ha abolido lo mismo que las castas!— *L'Express* nos informa de que, en febrero de 1988, en la primera plana de todos los diarios indios salió la foto de tres hermanas, Aiaka, de 18 años, Mamta, de 20 años, y Poonam, de 23 años, colgadas de las paletas de un ventilador, por la única razón de que su padre, pequeño funcionario, no tenía los medios para darles una dote suficiente para encontrar un buen marido.

Otra cuestión: la costumbre de la dote, ¿tendrá algo que ver con el hecho de que los bebés nacidos muertos son en su gran mayoría, de sexo femenino? ¿O el azar será misógino? La ciencia moderna facilita por lo demás ciertas cosas... En efecto, para limitar el exceso de población, el aborto no sólo es permitido, sino alentado. Gracias a la ecografía puede saberse por adelantado el sexo del bebé, con lo que no hace falta esperar que nazca muerto si es de sexo femenino.

El objetivo del matrimonio hindú no es el amor, ni la armonía, sino engendrar hijos. En la India se usa corrientemente la expresión «bendecido con hijos»; la bendición de tener hijos y el nacimiento del primer retoño varón da lugar a grandes regocijos, pues si el hindú muere sin tener hijos... ¿quién heredará su autoridad y sus bienes? ¿quién encenderá la hoguera funeraria después de haberle partido el cráneo para liberar su alma? Una hindú es considerada estéril, aunque haya tenido hijas, en tanto no haya «dado» al menos un hijo varón a su marido, y para borrar esa tara está dispuesta a todos los sacrificios.

La obsesión del hijo condiciona hasta su comportamiento sexual. El *Kama Sutra* haría suponer que la alcoba conyugal india es el lugar de todas las voluptuosidades. ¡Error! El ario cree que si su mujer lo domina sexualmente engendrará hijas. Entonces, la mujer hindú sufre pasivamente el coito

marital y se cuida bien de participar en él activamente, y menos aún de gozar. Su marido, si quiere tener hijos varones, ¡debe guardarse bien de hacerla gozar! El sexo conyugal es el deber y el aburrimiento. Los placeres del sexo él los busca en otra parte. Totalmente sumisa, la esposa aria no tiene derecho a ser celosa. Si se entera de que su marido la engaña —lo cual es la regla— no protestará, pues es un privilegio del varón: no es cuestión de importunar a su señor y amo por un asunto tan trivial. Manú (V, 154) escribe: «Cualquiera que sea la conducta de su esposo, aunque éste se entregue a otros amores y esté desprovisto de buenas cualidades, la mujer virtuosa debe constantemente reverenciarlo como a un dios». Lo cual no le impide reñir con su dios, no sólo a propósito de sus calaveradas, sino por sórdidas cuestiones materiales.

Encinta, y aunque su función sea sobre todo parir hijos, no sólo la mujer aria no goza de un trato especial, sino que, además, está sometida a una gran cantidad de prescripciones y tabúes. Dará a luz en la habitación más pequeña, la más sórdida, donde residirá con frecuencia, pues casada muy joven, a los treinta años ya habrá dado a luz siete u ocho críos, lo que no favorece ni su salud, ni su línea.

El varón hindú es el macho absoluto, condicionado desde la infancia a someter totalmente a la mujer, a convertirla literalmente en una esclava. Según el diccionario, es esclava «toda persona que está bajo la férula absoluta de un amo que la ha capturado o comprado; privada de personalidad jurídica, de posesiones, de derechos, no puede ni liberarse ni desplazarse a su voluntad, ni actuar según sus deseos». Y éste es exactamente el estatuto de la esposa aria, a quien el marido, déspota absoluto, ¡ni siquiera ha comprado!

Cuando los ingleses prohibieron las prostitutas sagradas, las *devadāsis*, en los templos hindúes, donde los hombres podían apaciguar sus impulsos sexuales, los brahmanes protestaron con vigor so pretexto de que entonces habría burdeles por todas partes. Por supuesto que protestaban por las ganancias que dejarían de percibir a causa de esa prohibición, pero no estaban totalmente equivocados. En efecto, el varón hindú es un obseso sexual hasta el punto de que una de las razones para casar a una muchacha no bien llega a la pubertad es que corre el riesgo de ser forzada al incesto por su padre o sus hermanos. No soy yo quien lo dice, sino Akhileshwar Jha: como indio sabe de lo que habla. Para evitarlo, la madre inculca a sus hijas, desde que entran en la adolescencia, que su padre ya no puede verlas desnudas, ni apoyadas contra una pared, ni tendidas en una cama: ¡sería demasiado provocativo, demasiado arriesgado! Siempre es preferible que eviten su presencia, pero si es imposible, deben permanecer a distancia, bajar la cabeza, no reír ni bostezar y no hablar demasiado rápido ni demasiado alto.

En cuanto a los hermanos, la situación no es mejor. Incluso si ella es la mayor, la niña no tiene ninguna autoridad sobre ellos. Pasados los diez años, ya no juega con ellos y mantiene las distancias. Al acercarse a la pubertad ya no se sentará cerca de ellos, *ni siquiera en público*, y sería impensable dejarla sola en una habitación con uno de sus hermanos.

Delante de un varón sentado, aunque sea su marido, la mujer india permanece de pie y en silencio. La *Sāti-Gīta* de Muktananda dice de la esposa modelo (10,3): «Ella come con gran placer los alimentos que su esposo ha dejado; reverencia sin cesar las comidas, las frutas y todo lo que ofrece a su marido». Ve poco a los hombres de la familia, porque no están por lo general en casa. Mientras que algunos (pocos) animosos trabajan, los demás pasean o juegan a los dados con sus amigos en la plaza del pueblo, bajo la sombra del gran *banian*, propalando los chismes del día. Según Manú, el trabajo es para los siervos y las mujeres, y por lo tanto no dar golpe no es deshonoroso, al contrario. Si la *joint family* garantiza la seguridad de todos sus miembros, por otra parte engendra la pereza y la irresponsabilidad: ¿por qué fatigarse si todos los ingresos van a la caja común?

Para la mujer, la gran salida es ir de compras con el marido. ¿Con? No, detrás. Deferente, sigue a su dios a algunos metros de distancia. Al volver del bazar, el Señor, digno y despreocupado, camina delante con las manos libres, excepto la sombrilla que lo protege del sol. Su mujer lo sigue con los brazos cargados de paquetes y además lleva un crío en la cadera. En el autobús, el Señor se sienta,

la Señora va de pie.

En las familias ortodoxas, los varones adultos alientan a los muchachos jóvenes a desobedecer a las mujeres, incluso a su madre, para afirmar su «virilidad»... De ahí su actitud de desprecio hacia sus madres y sus tías. Sin embargo, no son malcriados por el padre. Manú ha promulgado (IV,64): «Él (el ario) no levanta jamás su bastón sobre otro por cólera, ni golpea a nadie...» Hermoso precepto, en verdad, pero enseguida sigue: «A excepción de su hijo o de su alumno, al que puede castigar para su instrucción». ¡Y no se priva de hacerlo!

Los ingleses dicen: «*Spare the rod and spoil the child*». Literalmente: Si no se usa el palo, se malcría al niño. Que corresponde a nuestro «Quien bien te quiere te hará llorar». Esto en la India se sigue al pie de la letra. En la escuela reina la palmeta (como también en Inglaterra, donde siempre se usa el látigo), aunque los maestros actuales son menos feroces que los de antaño, y los padres siempre alientan el castigo. Pegado en la casa, golpeado en la escuela, más de un chaval se escapa: cuando yo estaba en Rishikesh, el *ashram* de *swami* Sivananda había adoptado a un muchacho de unos diez años que había huido de su familia...

Pero volvamos a la mujer aria. Aparte de no tener hijos varones, la peor calamidad que puede sucederle es la muerte de su esposo, es decir, del hijo de su suegra, lo cual esta última no le perdonará jamás. La viuda no tiene ningún lugar en la sociedad aria, salvo junto a su marido en la pira funeraria. La *Sāti-Gīta* prescribe (Libro IV,5,6): «La *satī* se quemará en la pira de su esposo: si retrocede, se la considerará venida a menos, y, como el héroe que huye del campo de batalla, traerá la vergüenza a su familia».

Esta costumbre, de una abominable barbarie, no fue prohibida hasta 1829 y se mantuvo en secreto mucho tiempo después. Entonces ¿por qué seguir hablando de ella? Porque el sistema que la ha instituido subsiste todavía.

¿La prueba? En 1923 —y era ayer— un hindú, por otra parte muy occidentalizado, Ananda Coomaraswami, en su libro *La danza de Shiva*, que a pesar de su título no tiene nada de tántrico, escribía: «Esa devoción más allá de la tumba, más de un crítico occidental nos la ha reprochado. Nosotros no tenemos esa opinión. No nos quejamos de nuestras *satīs*, las comprendemos, las veneramos, las admiramos» (p. 169). «Vemos claramente que el sacrificio ciego e inútil de la *satī* y del patriota tiene un alto alcance espiritual. [...] Toda crítica de la posición de la mujer india basada en las reivindicaciones feministas nos deja indiferentes. [...] Se han imaginado que la institución de la *satī* es un invento masculino impuesto a las mujeres por los hombres, por sus intereses, que pertenece a la servidumbre femenina y que es propia de la India. Veremos que estas afirmaciones son históricamente falsas. Es verdad que en los círculos aristocráticos el sacrificio de la *satī* se había convertido, hasta cierto punto, en una convención social y que allí se podía *obligar* a las recalcitrantes, así como actualmente nuestros conscriptos son obligados a sufrir o a morir por las ideas del prójimo» (p. 170).

¡Qué conmovedor es todo esto! Pero, de hecho, sólo se trata de las viudas: ¿por qué los *viudos* no se queman también en la pira de su esposa bienamada? Sólo queremos admirarlos a ellos también... Sin embargo, sobre los fuegos, Manú ha previsto lo siguiente para los viudos: «Después de haber llevado a cabo así, con los fuegos consagrados, la ceremonia de los funerales de una mujer muerta antes que él, que contraiga un nuevo matrimonio y encienda por segunda vez un fuego nupcial» (V,168).

Esta práctica fue prohibida en 1829 y, sin embargo, en 1987, en un pueblo pequeño de Rajasthan, Roop Kanwar, de 18 años, se inmoló voluntariamente en la pira de su marido, delante de su familia y de *miles de personas* que habían venido a presenciar el «espectáculo» y que no levantaron ni un dedo para impedirlo. Hoy en día el lugar ennegrecido de su inmolación es un lugar de peregrinaje y su foto está colgada en las casas...

Todavía en nuestros días, ni siquiera se espera la muerte del marido: cada año millares de mujeres hindúes (9.000 casos *conocidos* al menos) cuya familia no puede o no quiere pagar la ampliación de

la dote exigida, son quemadas vivas no sobre la pira sino en sus cocinas. Hay que saber que, cuando el prometido es de casta alta, la dote —iba a escribir el rescate— puede alcanzar sumas enormes, el equivalente a varios años de trabajo. Entonces, *si* el dinero no viene, con esos hornos de kerosene tan inestables, y con esos saris de nailon tan inflamables, más un poco de gasolina, no es difícil que tarde o temprano ocurra un accidente...



Este grabado, que representa a la satī, muestra que una cortina le ocultaba la hoguera antes de su asalto heroico». Pero ¿ha saltado verdaderamente? Los dos hombres que están de pie detrás de ella, ¿no la habrán empujado? Su actitud es bastante sospechosa.

La India brahmánica, obsesionada por el sexo

Esta India brahmánica que acusa, y acusará siempre, al tantra de las peores torpezas sexuales, ¿es tan virtuosa? Nosotros la creíamos no violenta, vegetariana y gazmoña. ¡Pamplinas!

Es verdad que sin usar la violencia Gandhi expulsó a los ingleses del país, pero la India ha pasado sin transición de los fuegos de artificio de la Independencia a las masacres generalizadas con millones de muertos. Hindúes y musulmanes han exterminado recíprocamente trenes enteros repletos de refugiados. Todo el mundo caía: desde el maquinista al lamparero, de los viejos a los recién nacidos.

Es verdad que en la India la vaca es sagrada y los hindúes no la comen. Tampoco cerdo, que es un animal impuro. Pero la mayoría de los indios comen aves (su pollo *tanduri* es famoso), pescado de mar o de río, cordero o cabrito, y si comen poco de estos últimos es porque la carne es cara.

Es verdad que la mujer india se baña con el sari puesto y que en el cine indio el beso en la boca está prohibido (aunque ya comienza a hacerse). Y entonces, ¿qué hacen en este cuadro de virtudes los famosos templos sobrecargados de esculturas escabrosas que contradicen el puritanismo oficial? Que no quede por eso, el brahmanismo siempre cae de pie y nunca carece de imaginación: parece que esas esculturas obscenas son —¡adivinen qué!— ¡pararrayos! Y no bromeo: citando la *Brihat-Samhita*, Urmila Agarwal concluye así su libro sobre Khajurāho: «Estas esculturas protegen los templos del rayo, del huracán y de otras calamidades naturales regidas por los dioses Indra y Varuna. Mientras que, por una parte, el templo en sí mismo atrae a esos dioses, por otra, esas esculturas obscenas las rechazan». ¡Uf! ¡Y qué oportunidad para los templos! Sin duda moderadamente convencida ella misma, Urmila Agarwal propone otra «explicación»: «Estas esculturas sirven también para comprobar la sinceridad de los devotos. Si permanecen imperturbables e imperturbados, entrarán en el templo y adquirirán un control total de los sentidos.

Los débiles (*feeble-minded* en el texto) se sentirán turbados, no entrarán en el templo y duplicarán sus esfuerzos para dominarse».

Ahora bien, los célebres templos de Khajurāho, de Konarak y de Bhubaneshwar, son supervivencias, casi reliquias. En efecto, cuando las hordas musulmanas invadieron la India, centenares de templos de Khajurāho, diseminados por todo el país, fueron saqueados en nombre del puritanismo fanático del Islam. Los 80 templos del vasto complejo de Khajurāho sólo deben su salvación a la exuberancia de la jungla tropical: literalmente desaparecieron bajo una vegetación impenetrable. Después de varios siglos de un olvido total, fueron fortuitamente redescubiertos y despejados por esos mismos ingleses que estuvieron a punto de causar su ruina importando la gazmoñería victoriana a la India.

En efecto, cuando la independencia era inminente, los políticos nacionalistas, juzgando que esas estatuas perjudicaban el buen nombre de la joven república, propusieron un remedio radical: ¡taparlas con hormigón! Y fue Occidente el que las salvó. El proyecto abortó, primero a causa del clamor que esta «operación hormigón» hubiera levantado en el mundo, y en segundo lugar por la perspectiva de las cohortes de turistas desembarcando en charters completos. Turismo = *money* = argumento decisivo: el hormigón destinado a las esculturas sirvió para construir aparcamientos para los turistas...

Sin embargo —una vez no es costumbre— soy de la misma opinión que los puritanos indios: estas estatuas son pornográficas y no son tántricas. Si una u otra pareja extática expresa un «erotismo divinizado», ¿qué decir de las demás? Efectivamente, esos grupos humanos desenfundados, en *cunnilingus*, en *fellatio*, sodomizándose, etc., son pornografía pesada. Sin lanzar gritos de doncella amedrentada, confesemos que eso cambia la perspectiva.

A. Menen, en su admirable libro *Inde*, ha visto bien el problema: «A primera vista esas estatuas parecen desprovistas de objetivos comerciales. Sin embargo de eso se trata, como voy a demostrar». Volvamos a plantear la pregunta: ¿por qué? La explicación es sencilla, indiscutible. El templo indio no era ni una iglesia ni una catedral. ¿Un lugar de culto? Tal vez. Hace menos de un siglo era un lugar de encuentros sociales, sin duda, ¡pero especialmente un burdel!

Fue el puritanismo inglés el que prohibió que hubiera bailarinas en los templos, las *devadāsis*. (*Deva* = dios, *dāsi* = servidoras) ¿Servidoras del dios? De hecho estas seductoras bayaderas, en su mayor parte cultas, que sabían bailar, cantar, mimar, eran sobre todo expertas en las artes amoratorias. Cito a Devangana Desai en su *Erotic Sculpture of India*: «La institución de las *devadāsis*, cuyo origen se remonta a los cultos de la fertilidad, se convirtió en un medio de goce bajo la cubierta de una forma de culto. En la época medieval, el número de *devadāsis* aumentó en los templos, porque las escrituras sagradas recomendaban ofrecer las hijas al templo. La *Bhavisya Purana* (1,98,67) prescribe comprar muchachas hermosas y después ofrecerlas al templo para alcanzar el *Sūryaloka*. Los príncipes, al igual que los sacerdotes medievales, exigían que se mantuviera a las *devadāsis* en los templos». Cito una de sus frases sin traducirla (p. 168): «*It became a place for men to gratify their sexual urges*». Es claro: los hombres venían al templo para satisfacer sus imperiosas necesidades sexuales, por medio de un pago a la caja, por supuesto. El templo era un gran burdel constituido frecuentemente de centenares de prostitutas —el de Tanjore tenía cuatrocientas—, por lo demás honradas del mismo modo que en Grecia lo eran las hetairas...

Desde el recinto del templo, se entraba en la *natya-mandapa*, donde las danzas eróticas de las *devadāsis* «condicionaban» al cliente antes de hacerlo pasar a la *bhoga-mandapa*, el área del goce. Claro, ¿no? Este comercio funcionó hasta muy recientemente: convenía a todo el mundo, al menos a los varones. Efectivamente, en la India brahmánica medieval, tres instituciones complementarias vivían en perfecta simbiosis: el matrimonio hindú, el harén y el templo-burdel.

La falta de intimidad de las casas indias era poco propicia para los encuentros amorosos, y gracias al templo y a las sabias *devadāsis* el hombre podía satisfacer sus «*sexual urges*»... ¡por medio del *grisbi*! Los brahmanes se embolsaban la pasta, sirviéndose al mismo tiempo de las

devadāsis para sus pequeños placeres. El maharajá, por su parte, también salía beneficiado gracias a los impuestos: ¡el templo-burdel también estaba sujeto a impuestos! Un día, tal vez, un partido político propondrá esta forma indolora de recaudación: ¡hay ideas más tontas que ésta!

¿Y cómo encaja el harén en esta trilogía? El *standing* del maharajá era proporcional al número de mujeres y de eunucos que poseía, y por cierto tenían centenares. ¿Hay que envidiarles? Si hubiera estado obligado a «honrarlas» a todas, tal vez habría que compadecerlo. Pero se «contentaba» por lo general con una docena de favoritas, lo que no está tan mal. Además y sobre todo, el harén sustraía todas estas mujeres a la procreación, y aseguraba una forma original y sutil de anticoncepción: en buena parte gracias a los harenes la población india ha permanecido bastante estable con el correr de los siglos. La superpoblación galopante es un fenómeno reciente, en el que también la medicina tiene su papel. Por último, rasgo genial, el harén hacía escasear la «mercancía» disponible en el mercado, y los hombres eran prácticamente canalizados hacia el templo, gracias a lo cual sus «ofrendas» alimentaban el tesoro real y permitían al maharajá mantener su harén, su palacio y su ejército. Además de los impuestos, el templo y sus excitantes bailarinas procuraban otras satisfacciones al maharajá: invitaba a las más hermosas a su corte para dar recitales de danza lasciva que lo alegraban. Bailad primero, a la cama después...

Tampoco los ingleses desdeñaban a las *nautch-girls*, es decir, las *devadāsis* o bayaderas. Para ganarse los favores de un digno funcionario de su Muy Puritana Majestad la Reina Victoria, se le destinaba una *nautch* para excitarlo en privado. Así, la señora Kindersley, esposa de un funcionario inglés, escribía, en una carta fechada en 1754: «Cuando un negro (*black man*, ¡sic!) quiere agradecer a un europeo, le envía una *nautch*». La señora añade, y es todo un programa: «Son sus miradas lánguidas, sus sonrisas provocativas, sus movimientos y actitudes tan poco compatibles con la decencia lo que suscita tanta admiración». ¡Qué manera elegante de describirlas!

Sabemos que serán los mismos ingleses los que prohibirán las *devadāsis*. Aunque dictada por el puritanismo, esa prohibición tuvo consecuencias sanitarias felices. En efecto, los marinos y los soldados ingleses habían distribuido entre las *nautch-girls* sus gonococos y treponemas pálidos, y los templos se habían convertido en centros de difusión de la sífilis y la blenorragia entre los hindúes, que luego las compartían con sus castas esposas encerradas en el hogar.

Entre paréntesis, las *devadāsis*, expulsadas de los templos, fueron reemplazadas por prostitutas de clase baja, esas mujeres enjauladas en las calles de burdeles de Bombay, por ejemplo. La prohibición de esta venerable institución tan bien asentada levantó una ola de protestas. Sólo los ingenuos se asombraron de que los más vehementes fueran los brahmanes, que son el ave de rapiña india más corriente. Cito a Aubrey Menen: «Los brahmanes han establecido leyes para cada acto de la vida, por medio de una "ofrenda" al brahmán oficiante. Este hacía su agosto con los sacrificios cotidianos (por nacimientos, fiestas, muertes, casamientos, viajes lejanos, construcción, compra o venta de una casa, etc.), a falta de los cuales toda clase de catástrofes se abatirían sobre el hogar. Sólo una cosa escapaba a sus garras: el sexo. Después de haber pagado su casamiento, el hombre podía acostarse con su mujer gratis...» ¡Qué laguna y qué inaceptable falta de ganancias!

Pero no hay que ser presa del pánico: «La solución brahmánica fue simple: acaparar, organizar y luego explotar la prostitución con un cinismo y una eficacia dignas de la Cosa Nostra. Se explicaba a los creyentes que una relación sexual en el templo con una *devadāsi* era un acto piadoso, siempre y cuando, por supuesto, se hiciera un pago conveniente a «*madame*», es decir al sacerdote...

»En los templos consagrados a este culto, el estilo era de rigor. Nada de habitaciones sórdidas, como podría pensarse. Las muchachas tenían su apartamento personal, sabían bailar, cantar y divertirse como las geishas».

Y he aquí, por fin desvelada, la verdadera razón de esas esculturas pornográficas: «Esas esculturas, en el exterior del templo, eran una especie de anuncio mostrando todo lo que se hacía en el interior. [...] Todo, salvo el brahmán embolsándose el dinero». Ventaja: mientras que los anuncios de nuestros cines porno tienen que renovarse cada semana, las esculturas vencen el paso del

tiempo... Un detalle: en la época de su máximo esplendor esos «anuncios» de los templos-burdeles eran en tecnicolor: las esculturas y estatuas estaban pintadas, para hacerlas más realistas.

¿Y qué tiene que ver el tantra con todo esto? Es simple: no tiene nada en común con esas esculturas obscenas y es significativo que, en las regiones en las que el tantrismo está más vivo — Orissa, Assam, Bengala, el noroeste de la India— los templos carecen de ellas. La *chakra pūjā* tántrica, la ascesis de dieciséis (véase el capítulo correspondiente) tan aborrecida por los brahmanes, no es un desenfreno, sino una supervivencia ritual de los antiguos cultos de la fertilidad. La *chakra pūjā* no tiene ninguna relación, ni siquiera lejana, con las escenas escabrosas representadas en esos templos. Incluso las posiciones coitales de esos templos, algunas más bien acrobáticas, no son — salvo excepción— *āsanas* de *maīthuna* convenientes a los ritos mágicos sexuales del tantra.

Sin embargo, el tantrismo se encuentra indirectamente en el origen de los templos-burdeles. Pues, en realidad, ¿por qué había sexo en los templos? Nosotros, los occidentales, para quienes lo espiritual excluye lo sexual, no comprendemos que para el tantra el sexo sea sagrado. De modo que los primeros templos eran el lugar privilegiado de las *pūjās* tántricas. Esto suscita una pregunta: ¿no era ya una forma de prostitución? No, pues es totalmente diferente la actitud ante la mujer, ante la feminidad. Para el tantra, la mujer y los valores que ella encarna son sagrados, y por tanto respetados. Un culto centrado en la Diosa, la Shakti, excluye *ipso facto* la explotación comercial de la sexualidad femenina por parte del hombre. El proxeneta es un subproducto del sistema patriarcal, dentro del cual la mujer, sometida al hombre, es explotable y explotada. Como en el origen el templo y sus recursos pertenecían a las sacerdotisas, éstas no eran explotadas. Todavía se celebraban *pūjās* tántricas en el siglo V, como lo demuestra una inscripción en Gangdhar, en la India central. Esta inscripción cita explícitamente el tantra en relación con los ritos sexuales asociados a los *Dākinīs* (compañeros del rito tántrico) y realizados en el templo de la Madre Divina, y sería asombroso que ese templo, virgen de toda escultura erótica, haya sido el único...

Si el brahmanismo se ha nutrido ampliamente del tantrismo, del cual ha tomado en préstamo muchas prácticas mágicas y procedimientos sexuales, sin embargo son los brahmanes y no los tántricos los que han comercializado el sexo en el templo.

Calificar al macho ario de conejo caliente sería un eufemismo. Para él toda mujer es una presa ofrecida a sus impulsos sexuales, cuya intensidad raya con la bestialidad, como se ve en el relato de una escena vivida en Madurai por Alexandra David-Neel: «Esa noche unas cuarenta *devadāsis* bailaban sobre un gran estrado antes de ir a adorar a la diosa Meenakshi. Qué representaba esta danza, no lo sé. Siempre eran las mismas contorsiones de los brazos, de los dedos de las manos y de los pies, los mismos movimientos de las caderas, el vientre y los pechos proyectados hacia adelante, ofreciéndose... Las muchachas no me parecían ni demasiado bellas ni demasiado graciosas. Lo que llamaba la atención era el círculo de hombres, un buen centenar, amontonados en torno al estrado, con los ojos dilatados y un rostro ferozmente bestial.

»Los místicos hindúes hablan de *samadhi*, el éxtasis, en el cual el espíritu ya no es consciente más que de un único objeto, todas las demás cosas no existen para él. Estos hombres, hipnotizados en torno a ese estrado, habían alcanzado una especie de éxtasis perfecto: el *samādhi* del cielo.

»Las *devadāsis* descendieron del estrado y se metieron apresuradamente en los corredores sombríos que conducían al santuario de la diosa. Fue una debacle. La horda de hombres enloquecidos las seguía, vagamente retenidos por los gestos de una vieja, la guardiana de las bailarinas, sin duda una bayadera retirada. El terror que se leía en el rostro de las muchachas —que sin embargo eran prostitutas— apretujadas en el tropel, empujándose para llegar más rápido al santuario protector, era tan turbador como la avidez inmunda de sus perseguidores.

»Me oculté entre las patas de un caballo de piedra gigante que sobresalía de la muralla, para dejar pasar la ola infernal, y luego llegué a la salida. Acababa de descubrir un nuevo aspecto íntimo de la morada de los dioses.» (*L'Inde où j'ai vécu*, p. 54.)

Esta escena es la antípoda del tantra, pues el adepto tántrico respeta a toda mujer en tanto

encarnación de la Shakti cósmica, y no la trata como una presa de caza. Advierto por lo demás a toda mujer occidental que viaje sola por la India: la menor imprudencia puede colocarla en una situación delicada, para no decir más. En grupo —felizmente— es diferente.

Cuando la dominación aria se extendió a estas regiones, los brahmanes que se habían apoderado de los templos comprendieron pronto el provecho que podían sacar. El proceso está ilustrado por un caso similar, sin relación con el sexo, que existe todavía en Calcuta. En efecto, en el célebre templo de Kālī (Calcuta viene de Kālī-Ghat), para apaciguar a la diosa que reclama un río de sangre, cada día se sacrifican ritualmente centenares de cabras. Los brahmanes, que han echado mano sobre este templo, explotan este culto, que se remonta a la época prearia y que se han cuidado muy bien de suprimir, y así se han hecho inmensamente ricos.

2

La visión tántrica

Definir el tantra

Los pensadores indios tienen la excelente costumbre de comenzar por definir las palabras que utilizan. Hacer esto con la palabra *tantra* es tan indispensable como difícil, vista la variedad de sentidos posibles, cada uno de los cuales aporta una precisión. Según el contexto, *tantra* significa lanzadera, trama (del tejido), continuidad, sucesión, descendencia o también proceso continuo, desarrollo de una ceremonia, sistema, teoría, doctrina, obra científica, sección de una obra. Por último, *tantra* designa una doctrina mística y mágica o una obra que se inspire en ella.

Para S. N. Desgupta, *tan* proviene de *tantri*, explicar, exponer, y *tantra* designa también entonces un tratado que abarca un tema determinado; por eso con frecuencia *tantra* figura en el título de un libro que no tiene relación con el tantrismo, o viceversa.

Para la masa india actual, *tantra* significa toda doctrina *no védica*, lo que demuestra la antinomia, incluso el antagonismo fundamental entre el sistema ariano-védico-brahmánico y el tantra.

En este libro, *tantra* designará un cuerpo de doctrinas, pero sobre todo de prácticas multimilenarias; algunos refutan este último término diciendo que la palabra no apareció hasta el siglo VI, lo cual no es falso. Sin embargo, hacer coincidir el origen del tan-trismo con la aparición del nombre es más bien engañoso: la palabra «sexo» (del latín *sexus*, raíz *sectus* = separación, distinción) no apareció hasta el siglo XII, pero todo hace pensar que la «cosa» existía antes...

Tantra significa también «oficio de tejer, tejido», y esto parece no tener relación alguna con una doctrina. Pero el tantra percibe el universo como un tejido donde todo se imbrica, todo se sostiene, todo actúa sobre todo.

Uniendo el radical *tan* (estirar, extender) y el sufijo *tra* (que indica la instrumentalidad), tenemos *tantra*, literalmente, instrumento de expansión del campo de la conciencia ordinaria, a fin de acceder a lo supraconsciente, raíz del ser y receptáculo de poderes desconocidos que el tantra quiere despertar y utilizar.

Todo lo que está aquí, esta en otra parte; lo que no está aquí no está en ninguna parte

Aunque no lo parezca, las palabras del título, extraídas del *Vishvasāra Tantra*, encierran la esencia del tantra. Sin advertirlo, sus implicaciones vertiginosas disuelven las fronteras del mundo sensorial tranquilizador y nos conducen al corazón mismo de lo Real más real.

Comencemos por lo más fácil, la materia, cuya homogeneidad proclama esta frase, entendiendo «materia» en el sentido moderno de energía condensada. Para el tantra, todas las formas de energía del universo, cualesquiera que sean —gravedad, cohesión nuclear, electromagnetismo—, están presentes en todas partes del cosmos, por tanto aquí mismo donde estoy sentado. Los humanos que pertenecemos a la era post-einsteiniana, aceptamos esto sin dificultad, aunque en general esta identidad entre materia y energía pensamos que sólo se refiere a la física nuclear.

No advertimos tampoco que en el paso se ha «perdido» la materia compacta, reducida a energía cósmica pura, única a pesar de la multitud de objetos percibidos. Científicamente el universo es un gigantesco *continuum* que se extiende desde lo infra-atómico a lo astronómico. Los tántricos perciben esta unidad desde hace por lo menos treinta y cinco siglos: no está mal para seres que sólo utilizan sus sentidos, su inteligencia y sobre todo su intuición... Sin embargo, en la vida cotidiana ese saber no cambia para nada nuestra relación con los objetos; para nuestros sentidos, un grano de arena sigue siendo un grano de arena, y una galaxia, una cantidad de estrellas.

Cuando se aborda la vida, la frase *todo lo que está aquí está en otra parte* trastorna nuestros conceptos usuales al afirmar, ni más ni menos, que la vida está presente en *todo* el cosmos, mejor aún (¿o peor?) que el universo mismo es algo vivo. Fantástico... ¡Basta de vivir como si sólo nuestro planeta tuviera el monopolio de la vida! Por supuesto, muchos astrónomos piensan que entre los millares de galaxias, cada una con millares de estrellas —hay más soles en el universo *conocido* que granos de arena en todas las playas de la Tierra—, deben existir otros sistemas planetarios, otros mundos habitados. ¿No se han descubierto materias orgánicas en algunos meteoritos? Interesante, cierto, pero esta posibilidad nos deja más bien fríos, pues no tenemos ninguna esperanza de contactar con esos seres, seguramente muy extraños, que pueblan planetas a millares de años luz de la Tierra...

Según los astrónomos norteamericanos del Kit Peak National Observatory, nuestra galaxia podría tener muchos más planetas habitables de los que se cree. Se han estudiado 123 estrellas de una clase térmica semejante a la de nuestro Sol, y las variaciones orbitales comprobadas implican la existencia de planetas. Como hay cientos de miles de millones en nuestra galaxia, aun cuando sólo una estrella de diez tuviera planetas, sería una cantidad enorme. Sin hablar de los millones de galaxias observables.

Fuera de esos eventuales, rarísimos y minúsculos islotes poblados, nosotros, occidentales, concebimos el universo como una enorme máquina helada, muerta.

Para el tantra, al contrario, el universo vive, cada estrella tiene vida, en el sentido total del término, por tanto está habitada por una forma de conciencia, lo mismo que cada partícula infinitesimal nuclear. Estrellas, átomos conscientes: es duro de tragar; ¡es de vértigo! Y esta vida universal, única, se subdivide en innumerables planos de existencia y de conciencia! Para el tantra, llena hasta la vida interestelar... ¿Impensable? Tal vez... ¡pero la inmensidad del universo *es* impensable! Incluso para el astrónomo que hace malabarismos con los cientos de millares de años luz, estas distancias enormes son inimaginables, ¡y sin embargo son bien reales! En sánscrito, este gigantesco Ser cósmico es *Mahat*, el grande. (*Mahat* es un concepto tántrico adaptado y luego adoptado por una filosofía india clásica, no tántrica, el *samkhya*).

Para el tantra, la vida es un proceso continuo en el espacio y el tiempo, sin hiatos ni tabiques entre todas las formas de vida, desde los virus a Mahat.

De ese modo, como parte del Todo, yo participo en el Todo. Al *continuum* de la energía cósmica corresponde el de la vida, siendo los dos, además, indi-sociables.

Para el tantra el universo es Conciencia y Energía asociadas. En la práctica, esto lleva al respeto total de toda vida, sea animal, vegetal o bacteriana. Cuando alguien perjudica cualquier forma de vida perjudica su propia vida: la ecología se vuelve cósmica.

Pero esto lleva también a contradicciones, al menos en apariencia. Por un lado, cada brizna de

hierba es tan importante como un ser humano, pero si un cataclismo nuclear aniquilara toda vida sobre el planeta, o lo hiciera estallar, la explosión apenas arañaría el universo, pero lo contrario también es cierto y en este sentido cito al astrónomo y físico inglés Eddington: «el electrón que vibra sacude el universo».

Demos un paso más: «Vida» implica «conciencia». Entre nuestras pocas certezas está la de la conciencia individual: *cogito, ergo sum*. En ese célebre »pienso, luego existo«, la palabra «pienso» me incomoda. En efecto, es posible negar a los microbios el pensamiento, es decir, la reflexión estructurada, y reservarlo al ser humano, mientras que no se les puede negar la percepción de su propia existencia y de su medio, lo que nos daría otras tantas entidades conscientes. La prueba está en que es posible condicionar a los organismos unicelulares, por ejemplo a las amebas. Entonces, partamos del único hecho realmente innegable, la conciencia, aun cuando su origen y su naturaleza sean para nosotros un misterio, y veamos adonde nos lleva eso...

Supongamos por un instante que en ninguna parte del universo, en ningún nivel, nada ni nadie sea consciente: ¿dejaría el universo de existir?

Pero, como individuo, tengo la impresión, primero, de que mi conciencia personal está aislada de los otros psiquismos —humanos y animales—; segundo, de que está localizada en el cerebro, y tercero, de que es independiente del resto del cuerpo, supuestamente inconsciente. Ahora bien, el tantra considera que cada célula es un ser viviente, consciente por sí mismo, dotado de un psiquismo, de emociones, de memoria, es decir, no de una vaga percepción crepuscular, sino de una conciencia tan lúcida como la cortical. Desprovista de sistema nervioso, de cerebro, la célula (o el microbio) se fabrica una visión del mundo sin ninguna relación con la que produce el córtex; pero, con su nivel y sus medios, es cien por ciento consciente de su entorno y también de sí misma y de sus emociones. De modo que puede ser serena o ansiosa, etc.

Todo mi cuerpo es consciente

El cerebro pierde la exclusividad de la conciencia, que se convierte en una propiedad de todo el cuerpo. Si la conciencia y/o el espíritu existen en mi cerebro —*todo lo que está aquí está en todas partes*—, ellos impregnan también todo el organismo. El cuerpo ya no es la carcasa, el harapo, el obstáculo a la vida espiritual o —en el mejor de los casos— el «buen servidor»: la espiritualidad existe en todos los niveles corporales.

Vertiginoso pensamiento *saberse* hecho de millares de miles de millones de individuos celulares, todos vivientes y conscientes, todos en comunicación. No existe un tabique impermeable entre mi conciencia cerebral y la de mis células, sino más bien una sucesión jerarquizada de planos de conciencia que reaccionan unos sobre los otros. Si, en el nivel cerebral, soy optimista, distendido, sereno, ese clima impregnará todo mi cuerpo, ¡hasta la última célula del dedo pequeño del pie! Y viceversa, asegurar unas buenas condiciones de vida a las células las hace felices, optimistas, serenas: en el nivel cerebral, experimentaré un bienestar, un dinamismo, cuya fuente profunda ignoro. Si, por el contrario, la acumulación de errores en la vida me ha enfermado, me será necesario sanar cada célula para poder curarme verdaderamente. Sin embargo, para recuperar la salud, puedo contar con la Sabiduría superior del cuerpo, inherente a cada célula, como con la devoción sin fisuras de cada individuo de la república celular, siempre que cree las condiciones materiales que le permitan manifestarse. El hecho de poder «hablar» con mis células me permitirá, en caso de enfermedad y por medio de las imágenes mentales adecuadas, aumentar la combatividad de los comandos celulares, los glóbulos blancos, y así estimular las defensas inmunitarias.

Para el tántrico, el cuerpo es un templo viviente: lea o relea el capítulo «Mi cuerpo, un universo desconocido». Durante siglos, el drama de Occidente ha sido oponer la carne al espíritu, pero el tantra no ve frontera alguna entre los dos, ni siquiera una diferencia de naturaleza intrínseca. La salud, lejos de ser un lujo o el fruto del azar, se convierte en un deber. El primero de nuestros deberes. Un jefe de Estado que no se ocupe de la felicidad y la salud de su pueblo deja incumplido su primer deber. Y para «mí», potentado que reina sobre miles de millones de individuos celulares,

el primer deber es asegurar la integridad, la salud y la felicidad de la república celular en general, de cada célula en particular. Es lógico que el *hatha yoga*, que nos da los medios para ellos, provenga del tantra.

¡Todavía un paso más! *Todo lo que está aquí está en otra parte, lo que no está aquí no está en ninguna parte*: una fuerza desconocida, incognoscible para mi pequeño yo, suscita y engendra el universo permanentemente. Para el tantra, la creación no es un acto único que se produjo de golpe en el comienzo de los tiempos, sino un proceso permanente (igual que para el cabalista). *La creación actúa aquí y ahora*. La energía creadora que suscita el universo está *realmente presente en todo el cosmos*, por tanto en mi cuerpo, en mi cerebro, en mis células. Las fuerzas cósmicas que hacen evolucionar la vida según las circunstancias locales cambiantes están presentes aquí mismo y yo no soy distinto de ellas. A cada instante de mi vida una fuerza misteriosa crea mi propio cuerpo y es la misma que crea el universo: es también la Kundalini.

Un paréntesis: por fortuna, el tantra no es una religión; por lo tanto, su visión del mundo no se opone a las diversas religiones: ¡se puede ser monoteísta y tántrico a la vez! (véase el capítulo consagrado a los dioses hindúes). Sin embargo, mi religión, si la tengo, adquiere otra dimensión gracias a la visión tántrica. Si Dios existe, está presente aquí, *¿o que no está aquí, no está en ninguna parte*, y si Él no está aquí, no está en ninguna parte. ¿Puede un creyente concebir que haya en el universo un agujero del que Dios esté ausente? Así, el creyente tántrico no relega a Dios a parte alguna del cielo, vive «en» Dios, percibe su presencia aquí y ahora. El tántrico no creyente, por su parte, adquiere una visión extraordinariamente rica del mundo.

Para Pascal, el hombre, caña pensante, es una mota de polvo íntima, suspendida entre dos abismos angustiosos, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. ¡Es parecido para el tántrico, salvo que éste se siente vinculado a los dos infinitos, y esto constituye la diferencia!

La visión tántrica hace estallar las fronteras, o mejor dicho las disuelve, pues sólo existen en la mente. Desde el estricto punto de vista material, salvo para mis sentidos, no hay frontera abrupta entre los objetos que me rodean. Para el físico, la materia es sobre todo vacío, en el que, de cuando en cuando, se arremolinan nubes de electrones en torno de un núcleo atómico. ¡Un vacío que, si se comprimiera la Tierra hasta que se tocaran todos los átomos, cabría, al parecer, en un dedal! Inconcebible, pero sin embargo real: a cada segundo soy bombardeado por partículas de alta energía venidas de las profundidades abisales del cosmos, que me atraviesan de lado a lado, sin tocar el menor núcleo atómico. ¡Soy peor que un colador! Si un hipotético astronauta cabalgara en una de esas partículas, no observaría ninguna frontera entre yo y mi silla; sólo atravesaría dos nubes de energía, dos campos de fuerza en contacto uno con el otro.

Pretender que la conciencia es una dimensión del cosmos, presente en todas partes, ¿significa que el radiador, por ejemplo, es consciente en tanto radiador? ¿Piensa que se aburre, en la habitación solo? ¿Está o no contento? ¡Sería como mínimo sorprendente! ¿En qué se convierte entonces la visión tántrica? Veamos. Cuando la física dice que el universo es energía, eso ya es la mitad del concepto del tantra, para quien cosmos es lo mismo que conciencia y energía asociadas. Desde esta óptica, toda unidad organizada comporta un nivel de conciencia, incluidos el átomo o el electrón. Algunos científicos, como Jean Charron, flirtean con esta noción sin aceptarla del todo. Para el tantra, cada *átomo* del radiador va aparejado a un campo de conciencia, pero el *radiador-objeto*, simple agregado molecular sin unidad orgánica, no tiene conciencia unitaria integradora del todo.

La física moderna frisa con esta unidad conciencia-energía, aun cuando sus leyes, como la de Boyle-Mariotte, que predice con precisión el comportamiento de un gas, hace pensar que la materia es una mecánica ciega. En realidad estas leyes no tienen más que una precisión *estadística*, y sólo son válidas en presencia de un gran número de átomos: un modesto centímetro cúbico de aire, por ejemplo, tiene miles de millones. Por el contrario, el comportamiento de una partícula subatómica aislada es indeterminado, «como si» estuviera guiada por una inteligencia. Suprimimos el «como si» y llegamos al concepto cosmos-conciencia-energía, simbolizado por la pareja Shiva-Shakti...

Cuando escribo que la conciencia es una *dimensión* del universo, ¿qué quiero decir? Una dimensión, en este contexto, debe comprenderse como un componente del universo cuya desaparición acarrearía, al mismo tiempo, la del cosmos. ¡Precisemos! Al medir una viga, puedo «olvidar» la altura y decir que la parte superior es un plano de, pongamos, 170 x 4 cm. Esta abstracción es posible sólo en mi intelecto. En la realidad es imposible: eliminar una dimensión suprimiría inmediatamente las otras dos. ¡Si para suprimir la altura quisiera reducirla a un espesor cero, con el último golpe de garlopa borraría, al mismo tiempo que la altura, el largo y el ancho! ¡La viga también habría desaparecido! A las cuatro dimensiones del espacio-tiempo, el tantra añade una quinta, la conciencia, cuya supresión total haría desaparecer el universo. En este contexto, en lugar de la palabra «dimensión» hubiera podido utilizar el término «componente», sin cambiar nada en el pensamiento tántrico profundo. Pero «componente» evoca una pieza si no separada, al menos separable, mientras que «dimensión» es algo abstracto y concreto al mismo tiempo.

Observemos que esto no es un dogma ni un presupuesto para la *práctica* del tantra. Por el contrario, esta visión sobreviene como subproducto de esta misma práctica cuando ella me hace descubrir que «yo» soy conciencia y energía estructuradas, organizadas.

No es un dogma

El tantra no aporta ningún dogma —felizmente—, pero eso no implica que un adepto tántrico deba rechazar los suyos, si los tiene. Si su religión se los propone, perfecto, pero el tantra en sí no se los proporcionará. El tantra, que entre otras cosas es una búsqueda de lo Real, no está, pues, en conflicto ni con la ciencia, ni con la religión: nada nos obliga a aceptar la idea de una conciencia que impregna todo el universo material. Observe el lector, sin embargo, que para el tantra la conciencia no es un principio metafísico, sobrenatural, sino una *propiedad fundamental* del universo material, en el sentido más amplio del término.

El tántrico no se concibe separado del resto de los vivientes, perdido en un minúsculo planeta, ínfima nota de polvo cósmico impulsada en el infinito del espacio helado interestelar. Se sabe parte integrante de la vida desde sus orígenes, bajo todas sus formas, y sabe que esta vida es un proceso continuo y consciente que engloba todo el universo. Preciso también que esto no es el equivalente de la noción de «Dios», mucho más amplia.

La idea de que la vida es cierta forma de conciencia existente en el nivel subatómico emerge esporádicamente en Occidente, incluso entre los científicos puros: ha sido expresada en la muy seria revista científica inglesa *Nature*. En abril de 1964 el profesor D. F. Lawden sugería en esta publicación que, para un observador exterior, las características eléctricas y gravitacionales de una partícula son el reflejo de sus cualidades mentales. Lawden demuestra que la vida y la muerte son relativas: ¿cómo saber si un virus o un cadáver están muertos o vivos? Considera, pero sin aceptar la idea de una fuerza vital trascendente, que el científico «materialista» debe sin embargo admitir la continuidad de la vida y de la conciencia, en cierta forma, hasta el nivel de las partículas elementales. En esa época la idea escandalizó a los medios científicos, pero sin embargo no ha sido refutada...

En cuanto a Prigogine, premio Nobel, dice: «Este es el corazón mismo de mi mensaje... La materia no es inerte. Es viviente y activa. La vida cambia perpetuamente para adaptarse a las condiciones de no equilibrio. Con la desaparición de la idea de un universo destinado al determinismo, podemos sentirnos amos de nuestro destino tanto para lo mejor como para lo peor».

Esto implica, para Prigogine, primero, que la materia no se limita a nuestro minúsculo planeta y que es el universo total lo que es «viviente y activo», y segundo, que la vida, en perpetua evolución, es inconcebible sin conciencia. Todo esto coincide con el tantra...

Cito también al físico suizo Wolfgang Pauli, quien tampoco tiene nada de dulce soñador. Descubrió particularmente que los electrones gravitan en torno del núcleo atómico, se colocan cada uno a cierto nivel de energía y ninguno puede dejar de instalarse en él; de ahí el «principio de exclusión» de Pauli, que en 1945 le valió el premio Nobel. Aplicado a los cristales, su principio

explica el funcionamiento de los transistores. Hasta aquí nada de especial, al menos en lo que se refiere a nuestro tema. Para Pauli, el misterio surge con la pregunta: ¿cómo sabe el electrón que ese nivel está ocupado? ¡En efecto, los electrones no son bolas de billar que chocan entre sí o caen en un agujero! ¡Su nivel de energía no tiene un pestillo para bloquear la puerta y hacer aparecer el rótulo «ocupado», como en el lavabo! Ningún modelo mecánico, ningún esquema mecanicista lo explica y todo sucede como si los electrones estuvieran informados de ello —tomen nota— sin pasar por el tiempo y el espacio. Para Pauli, que colaboró con otro suizo, C. G. Jung, los fenómenos de la magia, la alquimia y la parapsicología no son menos extraños que el comportamiento de las partículas elementales de la «materia», por tanto de la energía.

Confirmando que la visión tántrica no invoca la intervención de ningún principio trascendente. La vida, la conciencia y la mente son, según el tantra, diversos aspectos de la energía cósmica, más o menos sutiles, pero tan concretos y materiales como la gravitación o el electromagnetismo.

En *Der Kreuzelschreier*, el autor vienes Ludwig Anzengruber, ya citado, escribía hacia finales del siglo XIX en alemán popular: «*Es kann dir nichts geschehen. Du gehörst zu dem allem und dös alies gehörst zu dir! Es kann dir nichts geschehen!*», que se traduce: Nada puede sucederte. Tú perteneces al todo y todo te pertenece. Nada puede sucederte.

Esta certeza, que proporciona una serenidad total, se adquiere por medio de la meditación. El adepto percibe también que él mismo encierra potencialidades infinitas, de las de las fuerzas cósmicas creadoras que actúan en todo el universo.

En el fondo, el pensamiento tántrico es muy natural, hasta evidente. Son nuestros prejuicios, nuestros clichés, nuestros sentidos (¡el velo de Maya, la ilusión!) los que lo ocultan. Un poeta visionario occidental inesperado, pues sólo se le conoce como cineasta, tántrico sin saberlo, es Abel Gance.

En 1955 escribió esta carta a su hermana:

«En el preciso instante en que los hombres tomaron las huellas digitales del átomo, las estrellas se fundieron en lágrimas.

»El Hombre acababa de descubrir sus secretos. No hay arriba. No hay abajo. No hay nada grande. No hay nada pequeño. Los ojos se han engañado desde que se entreabrieron subiendo desde las profundidades marinas. Las orejas se engañaron. Hay que recomenzar todo *de manera diferente*. Me lo enseñan las lágrimas de las estrellas. ¿Cómo lo sé? Es una historia muy inesperada que trataré de narrar un día si las palabras claves de las traducciones de lo invisible quieren obedecerme.

»A mi querida Nelly, la *única* que puede comprenderme».



Abel Gance:
traductor de lo invisible

C'est à l'instant précis où les
hommes firent les empreintes digitales
de l'atome que les étoiles fondirent
en larmes.

L'Homme venait de découvrir
leurs secrets. Il n'y a pas d'en
haut. il n'y a pas d'en bas. Il n'y a
rien de grand. Il n'y a rien de petit.
des yeux se sont trompés depuis qu'ils
se sont entrouverts en remuant des
profondeurs marines. les oreilles se
sont trompées. Il faut tout recommencer
autrement. Ce sont les larmes et étoiles
qui me l'effrayent. Comment le saisir?
C'est une histoire bien inattendue que
j'essaierai de raconter quelques jours.
si les mots clés des traducteurs de
l'indivisible veulent bien m'obéir.

Abel Gance

1915

A ma chère Kellygan. seule, peut
comprendre

Este texto es cósmico y tántrico. ¿Lágrimas de estrellas? Ridículo para el basto sentido común cotidiano que se alza de hombros; en el mejor de los casos una fantasía literaria. Pero si el universo está habitado por la conciencia hasta el corazón mismo de las estrellas, esto se convierte en una realidad. Abel Gance tenía sin duda razón al escribir que *sólo* su hermana Nelly podía comprenderle, si consideraba al occidental corriente. Pero el tantra nos da la clave secreta que permite descifrar su texto, más denso y profundo que muchos pomposos tratados filosóficos. Lo he releído y he meditado sobre él con frecuencia. Emocionado, pues cada palabra pesa. Sobre todo cuando escribe que es necesario que recomencemos *de manera diferente*.

Estas ideas, tolerables en un artista o un poeta, parecen situarse en las antípodas de la visión realista y objetiva del científico. Provisionalmente. Pues hay corrientes de pensamiento que surgen del seno mismo del bastión de la ciencia que anuncian un cambio.

Por ejemplo, el astrofísico, matemático y biólogo inglés Fred Hoyle ha escrito un libro sólidamente fundamentado, cuyo título *The Intelligent Universe*, asombra a la visión occidental corriente, que considera al universo como materia, y *por tanto* cree que no puede ser inteligente ni consciente...

Afirmar que la conciencia podría existir en *el* nivel interestelar choca frontalmente con mi buen sentido común, lo mismo que con el espíritu racionalista obtuso...

Occidente considera que para que haya conciencia es necesario un sistema nervioso y un cerebro, es decir, un sistema cerrado. Muy bien. Pero mi cerebro, ¿qué es? Respuesta evidente: un conjunto de miles de millones de células nerviosas, ellas mismas hechas de moléculas materiales, compuestas de miles de millones de átomos. Intentaré representarme la materialidad de mi cerebro en el nivel atómico y ver lo que eso da. Entre paréntesis, opto por la visión de Niels Bohr, donde lo infinitamente pequeño reproduce lo infinitamente grande, donde cada átomo es un sistema solar en miniatura y los electrones gravitan en torno al núcleo como otros tantos planetas. Sé que la física moderna hace mucho tiempo que ha abandonado ese modelo de átomo, pero como el que nos da hoy no es «visualizable», para mi razonamiento la imagen del átomo como un minúsculo sistema solar que nos propone Niels Bohr es útil.

Sí, con la imaginación, aumento mi cerebro hasta las dimensiones de nuestra galaxia, habría tanta distancia, o sea tanto vacío, entre los diversos átomos como entre los cientos de miles de millones de estrellas de nuestra Vía Láctea. Imaginemos un hipotético viajero cósmico liliputiense que atravesara este cuerpo-firmamento a caballo de un neutrino: no creería que esta galaxia pudiera pensar con todos sus átomos-estrellas... Sin embargo es lo que sucede, aquí y ahora, en mi cabeza: pienso con la ayuda de mis innumerables miles de millones de constelaciones moleculares. Y esta galaxia atómica no es estática, pues las constelaciones subatómicas cambian y se intercambian todo el tiempo... Entonces, puesto que yo soy capaz de pensar con mis galaxias cósmicas, ¿por qué Mahat, el grande, no puede pensar con ayuda de las estrellas? Una cosa no es menos absurda que la otra...

¿Es consciente el árbol?

Para el tántrico el árbol es mucho más que un producto de madera, es un ser viviente. No se siente separado del árbol ni del bosque. El occidental «normal» admite que el árbol vive —lo que es difícilmente discutible—, pero no ve en el pino un ser consciente, al contrario de algunas tribus africanas en las que los hombres se dirigen al *espíritu del árbol* antes de derribarlo. Danzan alrededor del árbol diciéndole que tienen absoluta necesidad de él para hacer una piragua y le prometen hacer buen uso de su tronco. Es seguro que, con una sonrisa condescendiente, algunos dirán que se trata de una práctica animista como mucho digna de «salvajes» incultos. Por supuesto que nadie pretende ni supone que el árbol razona; pero, sin embargo, para el tantra está habitado por una forma de conciencia, aunque ésta no sea concebible para nuestro intelecto. Los vegetales parecen tener una rica vida emotiva, como lo prueban diversas experiencias; los miembros de la comunidad de Find-horn hablan directamente con las plantas, les dan amor ¡y éstas crecen

infinitamente mejor! Esto no sucede ni en la India ni en un pasado lejano y legendario, sino en la Escocia actual.

No se trata de un acto de fe previo a la práctica del tantra que (véase más arriba) ignora los dogmas. Sin embargo, si evoco estas cosas es para mostrar hasta dónde nos lleva la pequeña frase anodina del principio...

«*Todo lo que está aquí está en todas partes, lo que no está aquí no está en ninguna parte*»: esta frase tiene implicaciones bien directas. En efecto, todos los secretos de la vida y de la muerte, de la creación y la disolución de los universos, están presentes, aquí mismo, en mi cuerpo. (Observe el lector que no escribo: «limitados a mi cuerpo...») Entonces, ¿para qué recorrer el amplio mundo, viajar al Himalaya o a otra parte para alcanzar y descubrir la verdad, lo real, si puedo encontrarlo aquí mismo? No hay ninguna necesidad de microscopio ni de telescopio para descubrir la esencia oculta del mundo. En alguna parte, en las profundidades de mis células, «yo» manipulo energías y partículas subatómicas, como lo han hecho nuestros antepasados, millones de años antes de que el hombre moderno tomara las huellas digitales de las estrellas, para retomar las palabras de Abel Gance.

Giordano Bruno

Esto sucede en Roma, el 17 de febrero de 1600, en el Campo dei Fiori, la Plaza de las Flores...

Una humareda-indolente, gris como el cielo antes de la primavera, sube desde las brasas que acaban de consumir a Giordano Bruno, monje dominico que había abandonado la orden, asombroso visionario. Tântrico sin saberlo, le hubiera bastado confesar sus «errores» para escapar a la hoguera: prefirió ser quemado *vivo* antes que retractarse. En su prisión romanaba la que había sido llevado siete años antes, con grilletes en los pies, por exigencia del papa Clemente VIII, estrellas y átomos giraban en su cabeza. Aunque no descubrió ni inventó nada, su genial intuición se adelantó cinco siglos a su tiempo, lo cual era el más imperdonable de los errores...

Los textos que transcribo a continuación resumen su concepción y son puro tantra:

«Todo el mundo vive... La mesa, en tanto mesa, no está animada, ni el vestido, pero en tanto cosas naturales y compuestas, comportan la materia y la forma. Una cosa, por pequeña, mínima que sea, incluye la sustancia espiritual [...] pues el espíritu está en todas las cosas y no hay corpúsculo, por ínfimo que sea, que no contenga su parte y que no esté animado por ese espíritu.

»Es manifiesto que cada espíritu tiene una determinada continuidad con el espíritu del universo...

»El nacimiento es la expansión del centro, la vida es la plenitud, la muerte es la contracción hacia el centro.

»Todo lo que existe es Uno. Conocer esta unidad es el objetivo y el fin de toda filosofía y de la contemplación de la naturaleza. Quien haya encontrado al Uno, quiero decir la razón de esta unidad, ha encontrado la clave sin la cual no se puede entrar en la verdadera contemplación de la naturaleza.»

- Giordano Bruno proclamaba el valor permanente de las leyes naturales, entregando el universo a una investigación científica despojada de todo dogma, pero también proclamaba la insuficiencia de los sentidos para captar lo real.
- Concebía las estrellas como otros tantos soles que podían ser el centro de sistemas planetarios semejantes al nuestro y habitados. Para él, la Tierra no es el centro del universo y se mueve, ideas opuestas a la cosmogonía de Aristóteles, vigente en su época.
- Veía en el átomo una réplica del sistema solar, como Niels Bohr 350 años más tarde...
- Creía en la pluralidad de los mundos.

Pero, sobre todo, proclamaba la existencia de un psiquismo difuso hasta en los elementos más humildes, coincidiendo así con ese otro visionario, Teilhard de Chardin, que escribió: «De la biosfera a la especie, todo no es otra cosa que una inmensa ramificación de psíquismos buscándose a través de las formas».

Una meditación tántrica: contemplemos a nuestra madre, la mar

Meditación, sí, pero ¿por qué tántrica? Es sencillo. Si bien la actividad de meditar es bastante semejante en apariencia, los fines y los temas de la meditación en general y de la tántrica expresan visiones del mundo a veces opuestas.

Veamos los puntos comunes. Primero, la elección de una postura inmóvil, estable y cómoda, que permita aislarse del mundo exterior, es decir, interiorizarse. Segundo, la contemplación, a la inversa del proceso discursivo, racional, es un proceso destinado a trascender el intelecto y la conciencia en vela, para acceder a los resortes secretos del ser y, eventualmente, del universo. Por eso *contemplar* es preferible a *meditar*, cuya connotación es netamente reflexiva.

Pero todo diverge en el nivel de los objetivos, es decir, los temas. En la India, variarán según que el adepto esté en la «órbita» —como se dice hoy— del vedanta, el budismo o el tantra, que son las tres principales corrientes.

Para el vedanta, el universo concreto, manifiesto, es irreal, ilusorio (Maya). La única realidad es Brahma, la Causa absoluta, no causada. En la meditación según el vedanta, el adepto es incitado a despegar su conciencia del cuerpo y del mundo manifiesto para advertir su carácter ilusorio, y luego, indiferente a los nombres (*nama*) y a las formas (*rupa*) se perderá en el Absoluto como la espuma en el océano. El cuerpo es un obstáculo. Debe ser olvidado, casi negado. Puesto que forma parte del mundo de los fenómenos, también él es irreal. Los temas de meditación corresponden evidentemente a esta visión del mundo. Esto explica el desdén ostentoso de los adeptos al vedanta por su cuerpo, y su salud con frecuencia deteriorada. También con frecuencia mueren jóvenes, como Ramana Maharshi (cáncer), y Ramakrishna (cáncer) y Vivekananda (diabetes). No hay que confundirlos con los yoguis, especialmente los tántricos, para quienes el cuerpo es sagrado, divino.

En el budismo —que casi ha desaparecido en la India, su tierra natal, por haberse atrevido a rechazar el panteón y oponerse a la casta de los brahmanes— la contemplación constituye casi lo esencial del culto. El meditador quiere obtener el estado de vacuidad (nirvana) que paradójicamente es una plenitud que lo libera a la vez de su karma y de la ronda infernal de las reencarnaciones.

Para el tantra, al contrario del vedanta, el universo con sus miles de millones de galaxias es bien real. Emerge permanentemente de la unión de los dos principios cósmicos últimos y polares, simbolizados por Shiva y Shakti. «*Todo lo que está aquí está en todas partes, lo que no está aquí no está en ninguna parte.*»

Lejos de negar el universo concreto, o huir de él, el tántrico se integra en él para percibir su realidad profunda, ya sea espiritualizando la sexualidad, concebida como pulsión creadora última, ya sea por otras vías, como la contemplación de la Madre cósmica o del mar de los orígenes descrito a continuación. Con y en su cuerpo-universo el tántrico se unirá *concretamente* a esos principios cósmicos para sentir la divinidad de la carne consciente e inteligente.

Una contemplación neutra

La contemplación propuesta es neutra porque es universal: el creyente, cualquiera que sea su religión, puede practicarla, lo mismo que el ateo.

La *āsana* de meditación usual es una posición sentada, pero esta vez se requiere la actitud fetal: el dibujo que vemos al pie no necesita comentarios, excepto para precisar que la columna vertebral en media luna repite aquí la forma que tenía en el útero materno. Es esencial, pues en alguna parte la

memoria corporal asocia esta forma de la columna con el estado fetal y con su riqueza, que se trata de recuperar.

El tema: un paisaje nocturno. Imagino una playa desierta hace algunos miles de años. Ante mí se extiende la inmensidad del océano de los orígenes. Además de «esa sombría claridad que cae de las estrellas», añado al firmamento una delgada luna en cuarto creciente. Todo se refleja en el agua. Contemplo este espectáculo eterno y dejo lentamente que el cuarto creciente se convierta en luna llena, lo que me extrae del tiempo lineal y me inserta en el tiempo cíclico.



El aire es suave, la noche tan tibia como el agua. El océano respira: una ola suave se deshace sobre la playa, se estira, deja su espuma un instante y luego refluye hacia el mar. La siguiente vuelve a subir a la arena, deja su espuma y refluye, y así sucesivamente. El lector lo ha adivinado: la respiración acompaña cada ola. La ola sube y yo inspiro, la ola deja la espuma y yo retengo el aliento, la ola refluye y yo vacío mis pulmones, espero uno o dos segundos y luego reinspiro con la ola siguiente... El OM imaginado acompaña la inspiración y la espiración. Así, acunado por las olas, me integro a la *vida marina* hasta percibir que el océano es un gigantesco organismo viviente, cuna de toda vida y símbolo de lo Indiferenciado. *¿Tiempo que dura esta contemplación?* El que quiera mientras me sienta bien...

Luego, en el horizonte, poco a poco el cielo palidece, después enrojece. Por último, con la majestuosa lentitud que tiene en la realidad, el Sol emerge y se eleva, glorioso, en el cielo sereno, limpio de nubes.

Contemplo su disco anaranjado encima del horizonte, y se vuelve esférico. Su dulce calor penetra el aire, el agua, la arena, envuelve mi cuerpo. ¡Qué felicidad este sol matutino! Sin embargo no olvido las olas, que marcan siempre el ritmo de mi respiración y el OM. Me impregno a la vez de vitalidad y de serenidad. Cuando mi mente se aparte por sí misma del sol y del mar, detendrá mi contemplación interior, abriré los ojos y volveré a vestirme, sin prisas, por supuesto.

Si esta contemplación se hace al atardecer, el guión es al revés: el Sol se hunde en el océano, el cielo crepuscular se oscurece, la noche calmada y serena apacigua mi mente. La Luna llena decrece, se vuelve cuarto menguante y luego desaparece. En el firmamento las estrellas y los planetas brillan con toda su luz y animan el agua con sus reflejos. En el océano maternal y protector la vida se duerme. ¡Esta contemplación es insuperable para preparar un sueño feliz!

Sin embargo esta inversión no es obligatoria. Si este «descenso en la noche» no resulta conveniente, incluso por la tarde no hay ninguna objeción en que se conserve el primer guión. Por último, esta contemplación puede hacerse perfectamente en la cama antes de dormirse. En ese caso, la haré de costado sobre un flanco (el izquierdo preferentemente) bajo las mantas: se está todavía más cerca de la posición fetal que en el *āsana* del dibujo. Sería, pues, siempre preferible si no fuera muy incómoda fuera de la cama.

Observe el lector que además es muy probable que me quede dormido antes del fin de la contemplación, lo cual, dicho sea de paso, no representa ningún inconveniente.

Aunque la contemplación no tenga ninguna relación con la especulación cerebral, es interesante evocar su riqueza simbólica.

Una gran riqueza evocadora

Como el elemento central es la inmensidad oceánica, en alguna parte, algo en mí, distinto de mi inteligencia, *sabe* que la vida ha nacido en el océano, que la mar es mi madre, ¡la Madre de todos! Si trazara la genealogía de las madres, remontaría toda la evolución humana y prehumana hasta llegar a fin de cuentas a los primeros organismos unicelulares en el océano original... Entre las escasas certezas indiscutibles existe el hecho de que, sin ninguna interrupción, la vida que palpita aquí y ahora en mis células es transmitida sin hiato desde su primera manifestación terrestre. Llevo en mí esta vida eterna y ella me lleva. En el límite, ¿no soy yo mismo esta vida universal y eterna?

Además, mamífero terrestre, tengo la ilusión de que el aire es mi elemento vital porque inmerso en el agua, privado de aire, me ahogaría. Cuando el comandante Cousteau dice que «somos agua de mar organizada», es literalmente verdad: mi medio vital, donde viven mis centenas de miles de millones de células —ellas mismas formadas por un 95% de agua—, es el agua de mar con la concentración salina de los mares tropicales donde nació la vida. Soy un acuario ambulante y *¡mis células lo saben!* (señalemos nuevamente que el tántrico medita o contempla tanto con todo su cuerpo como con su cerebro).

Y lo que es más, he vivido mis nueve primeros meses sumergido en el líquido amniótico, en la cálida noche uterina. En el útero, mamá respiraba por mí y el ritmo de su respiración reemplazaba el de las olas del mar que contemplo. La armonía con la Madre se establece, en la contemplación propuesta, uniendo en una misma imagen tres elementos esenciales: el agua tibia del océano, la respiración que acompaña las olas y la posición fetal. Incluso si mi yo consciente lo ignora, mi inconsciente no se engaña y, poco a poco, el ambiente de esa época crucial de mi vida se recrea, allí, en el útero materno donde yo existía sin ego, sin nombre, sin nacionalidad, sin posesiones, pero rico con todas mis virtualidades y plenamente consciente. Ciudadano del mundo, sin pertenecer todavía al siglo XX, no tenía edad, y mi madre era todavía la Madre...

A la luz de la Luna

Por lo que conozco, pocas personas y especialmente pocos científicos se han hecho la pregunta: «¿Qué hubiera pasado con la Tierra y la vida terrestre sin la Luna?», y esto sin duda porque tienen mejores cosas que hacer que responder a una pregunta tan fútil como inútil. Y también porque, para nosotros, la Luna «es evidente». Ahora bien, es un puro capricho astronómico que tengamos un satélite semejante. Hubiéramos podido también tener varios... o no tener ninguno, lo que hubiera sido una pena para nuestras canciones románticas a la luz de la Luna y para el amigo Pierrot.²

Pero, hagamos de todos modos esta pregunta y recordemos en primer lugar que, para el tantra, el elemento «agua», que engloba todos los líquidos, capta también todos los ritmos cósmicos. Así, desde hace miles de millones de años, la Luna rige y marca el ritmo, los flujos y reflujos, de las enormes masas de agua del océano, esculpiendo poco a poco las orillas marinas, pero sobre todo acunando la vida, lo cual no ha dejado de influir sobre todos nuestros ritmos vitales. Seguramente que el Sol también actúa, pero se pasea a 8 minutos de luz, mientras que la Luna sólo está a un segundo de luz, es decir, 480 veces menos lejos. Así, a pesar de la enormidad de la masa solar, su acción gravitacional llega apenas a la tercera parte de la de la minúscula Luna.

Pues bien, la materia viva, impregnada de agua, es muy sensible a los ritmos cósmicos: ¡hay diminutas mareas en mi sangre e incluso en mis células! Por ejemplo, las ostras abren sus valvas en momentos bien precisos, en correspondencia con la acción de la Luna, por tanto de las mareas. En los Estados Unidos, el horario de «apertura» de las ostras de la costa Atlántica difiere del de sus hermanas del Pacífico. A título experimental, biólogos norteamericanos colocaron ostras de la costa este en una cuba llena de agua de mar, a medio camino entre los dos océanos. Para eliminar la influencia de la luz, la cuba estaba en una cueva y en *la oscuridad más absoluta*. Imperturbables, todos los moluscos adaptaron su horario en función de la marea si la costa hubiera estado en ese si-

² Referencia a la canción popular francesa que empieza: »*Au clair de la lurtre, mon ami Pierrot...*» * (N. de la T.)

tio: prueba de que la materia viviente percibe la acción de la Luna, que actúa sobre nuestros ritmos vitales. En alguna parte, en las profundidades secretas de nuestros tejidos, «algo» percibe esta acción y, al correr de los milenios, estos ritmos lunares han modelado seguramente nuestros ritmos biológicos...

Por ejemplo, se conoce la influencia de las fases de la Luna en los oxiuros y en el sueño. La Luna rige también la vida vegetal, por su acción sobre la subida de la savia y por su luz, que es polarizada, y por tanto, organizada. Los campesinos de antaño, que lo sabían bien, tenían en cuenta las fases de la Luna para sembrar, cosechar, etc. Incluso en nuestros días, los arboricultores saben que hay que injertar los árboles en cuarto creciente porque entonces la luz es cicatrizante y estimulante.

El Sol se cita con la Luna

Pero la Vida obtiene su energía del Sol. En nuestro planeta, la unión del océano y el Sol hizo que se manifestara la vida, pero sin engendrarla. Pues, según el tantra, Vida y Conciencia —entidades indisociables— son propiedades universales, dimensiones del cosmos, es decir, preexistentes... Con la Vida sucede lo mismo que con la electricidad: no fue *creada* con la primera pila del conde Volta; esta última sólo la *manifestó*. La Vida se manifestó gracias al Sol, y de su luz y su energía extrae su fuerza vital. Para vivir debemos «degradar» la energía solar. También esto «algo» en mí lo sabe...

Así, reunir el océano, el Sol y la Luna en una sola imagen concentra un simbolismo muy potente al que se añade el de la posición fetal, de la que «algo» en mí se acuerda muy bien. Más allá del intelecto, en las profundidades abisales del inconsciente, esta contemplación puede verdaderamente reunimos con nuestra Madre cósmica.

Los ingredientes de esta contemplación son fascinantes, hasta el punto de que, en verano, contra toda lógica, millones de personas en vacaciones, -aglutinadas a la orilla del mar, se asan estoicamente sobre la arena ardiente de las playas. Y esto parece tan natural que no se advierte hasta qué grado es absurdo. En efecto, racionalmente, ¿qué puede haber menos interesante que la arena, una masa de agua y el Sol? En buena lógica, la diversidad del campo —o de la montaña— es en cambio interesante y atractivo. Para que la trilogía mar-arena-sol fascine hasta tal punto, ¿no se tratará más bien de una peregrinación hasta las fuentes mismas de la vida? Y uno no se cansa de mirar, al atardecer, el Sol hundiéndose en el mar, ni, al caer la noche, sentados sobre la arena, de contemplar en silencio la Luna que se eleva y hace brillar las crestas de las olas.

Me detengo aquí, aunque habría tanto que decir acerca de esta contemplación... Pero, cuando el lector la haga —lo cual espero— olvide todo este camelo, cuyo único fin era «vendérsela»...

Meditación sobre la vida

Ésta es una segunda meditación, más corta, que retoma parte de la anterior pero que sin embargo constituye un todo completo.

La vida y la conciencia —inseparables— están presentes, con pleno derecho, incluso en los seres más primitivos que pueblan nuestro planeta. En este contexto, una meditación entre las más simples y más fecundas del tantra tiene como tema la Vida misma. La propongo ahora al lector.

Sentado en mi posición de meditación ordinaria —una *āsana* yóguica— o en una silla, siempre que mi columna esté bien vertical y equilibrada (¡no rectilínea), relajo primero la mayor cantidad posible de músculos, sin olvidar los del rostro. Detrás de mis párpados, cerrados o ligeramente entreabiertos, fijo los ojos hacia la punta de la nariz, sin bizquear demasiado porque eso crearía tensiones. Luego observo mi respiración durante algunos instantes, y percibo entonces la corriente de aire fresco que me entra por los orificios de la nariz, el aire caliente que sale. Luego me pongo a escuchar el cuerpo; dicho de otra manera, mi pensamiento interiorizado capta todas las sensaciones

corporales que puede. Comienzo por la planta de los pies, subo por las piernas, el tronco, la nuca, la cabeza, luego mi pensamiento parte de las palmas, recorre los brazos, atraviesa los hombros, llega por segunda vez a la nuca y al interior de la cabeza.

Estos preliminares tienen como objetivo calmar mi mente, y ya mis pensamientos se apaciguan. Siempre consciente de la respiración que va y viene, me maravillo de encontrarme con vida, aquí y ahora, en un cuerpo humano. Que formidable es simplemente estar con vida. Luego, tomo conciencia de que esta vida me ha llegado a través de mi madre, que la recibió de la suya, mi abuela, y así sucesivamente. Trato de recuperar el recuerdo feliz más antiguo de mi madre y, si hay conflicto —es más frecuente de lo que se cree—, sin tardar paso a la generación precedente. Trato también de volver a ver a mi abuela, si la conocía, para que todo sea bien concreto. Luego, tomo conciencia del linaje ininterrumpido y anónimo de las madres y, con amor, les agradezco haber transmitido así la llama de la vida hasta mí. No un agradecimiento de boquilla, sino una ola de amor: la meditación no excluye el sentimiento, muy al contrario, éste es el motor mismo de la meditación.

¿Adonde seré llevado al remontar el linaje de las madres? ¿A la primera mujer? Mucho más allá, pues ella misma se inscribe en la corriente de toda la evolución de la vida terrestre.

Si pudiera recorrer así mi genealogía desconocida e incognoscible pero *real*, llegaría al origen de la vida sobre nuestra Tierra. Y esta vida de los orígenes se ha transmitido, a través de todas las formas de la evolución, desde los organismos unicelulares primitivos de los océanos originales, hasta mí, sin una milésima de segundo de interrupción. En otros términos, la vida que palpita en mí es tan antigua y tan nueva como en el primer día de la creación. *Yo soy esta vida* que ha atravesado los miles de millones de años. Cuando llego a advertir verdaderamente este *hecho irrecusable*, mi pequeño yo se borra y me convierto en la Vida. Inserto en ese proceso extraordinario y misterioso, me siento unido a todo el pasado de la vida del mismo modo que a todas las formas actuales del planeta. Remontando la corriente de la evolución, en un momento dado pasaré por el estado de pez, de larva, me convertiré en el infusorio de los orígenes, que encerraba en sí todo el dinamismo de donde emergieron todas las formas subsiguientes.

Por otra parte, ¿no revivo de manera abreviada, en el vientre de mi madre, como embrión y luego feto, toda esta evolución? Toda la potencia, toda la inteligencia de la vida están presentes en mí, aquí y ahora. Todas las experiencias de la vida están incluidas en mis genes, en mi vida. Mi vida individual se vuelve extraordinaria y, al mismo tiempo, desdeñable. Qué cantidad increíble de azares fue necesaria para que yo esté presente aquí y ahora. Si el azar hubiera hecho que mi madre encontrara otro hombre en vez de mi padre, o si, entre los quinientos millones de espermatozoides del esperma paterno, otro hubiera sido absorbido por el óvulo materno, hubiera existido tal vez otro niño del mismo sexo, nacido en la misma fecha, quizá con el mismo nombre, pero no hubiera sido «yo». Hubiera podido ser muy diferente a mí, como los falsos gemelos, que pueden ser muy distintos aunque provienen de la misma eyaculación. En lo que me concierne personalmente, debo la vida... a la guerra del 14-18, por lo tanto, al kaiser Guillermo II. Si éste no hubiera desencadenado la guerra, mi madre no hubiera abandonado sus Ardenas natales para ir a Bruselas, y no hubiera conocido a mi padre, desmovilizado después del armisticio. ¡Por tanto, nada de «yo»! Esto lo digo para que se pueda ver la cantidad de hechos fortuitos que fueron necesarios para que tanto usted como yo viniéramos al mundo. Y este «azar», esta posibilidad, se repite con mi abuela y mi abuelo, que hubieran podido no conocerse, etc., etc.

Por supuesto no se trata de hacerse a sí mismo grandes discursos filosóficos, sino de tomar conciencia de esa cosa maravillosa que es la Vida, y de sentirse llevado por ella, sentirse parte indisoluble de toda vida sobre el planeta. El árbol es mi hermano, pero también lo es el mosquito... Desde esta perspectiva nuestras preocupaciones, grandes o pequeñas, se desdibujan. Conectado a esta fuerza invisible, nada puede sucederme, y el dinamismo y la inteligencia increíble de la vida están ahí, presentes en mí.

¿Durante cuánto tiempo hay que sumergirse así en la Vida? No se fija ningún límite inferior ni

superior. Un minuto, cinco, treinta, el tiempo durante el cual uno se sienta bien.

Esta meditación nos conecta realmente con fuerzas extraordinarias, sin contradecir a ninguna religión, e incluso el ateo puede no ver en ella objeción alguna. Puede hacerse también en la cama por la noche, y gracias a ella, dormirse en el seno de la Madre cósmica de los orígenes: ¡es el mejor de los somníferos! ¡Sueño profundo y sereno garantizado!

Tiempo profano, tiempo sagrado

¿Era sádico o cínico ese médico bávaro que ponía en la sala de espera, a la vista de sus pacientes', un cartel que decía: «*Es más tarde de lo que usted cree*»? En todo caso, resumía el drama del tiempo «ordinario» lineal.

Decir, en Occidente, que hay que liberarse del tiempo lineal, el de los relojes y los calendarios, es encontrar las objeciones siguientes: «Pero el tiempo es objetivo, único, evidente. Mi reloj lo mide, por tanto existe, ¡qué diablos! ¿Y qué se ganaría ampliándolo? ¿Cuáles son sus inconvenientes? ¿Es posible modificar su naturaleza?».

El tiempo lineal

Sin abordar de entrada y de frente estas preguntas, desmenuemos primero el concepto usual de tiempo, que se estima evidente y autosuficiente.

Este concepto de tiempo es *lineal* porque se percibe como una línea recta, infinita o casi, sobre la que uno se sitúa, o más bien sobre la cual todo se desplaza: «Estamos en el 15 de mayo de 19-, a las 11 h 33 m de la mañana, hora de Greenwich». Eso nos basta, pero los científicos querían precisar: «El 15 de mayo del año 15.223.967.492 a partir del *big bang*, y la entropía extinguirá el universo en el año 48.793.538.193.»

Sobre esta recta infinita, el «presente», punto infinitesimal, progresa en sentido único —¡no es cuestión de retroceder!— a velocidad constante, soberbiamente indiferente a los acontecimientos. Es tan evidente para el sentido común que ni siquiera se considera que el hombre arcaico haya podido tener otra concepción del tiempo.

El dictado del cronómetro hace olvidar que este tiempo lineal es:

- a) una abstracción,
- b) reciente,
- c) insidiosamente venenosa.

Newton, el otro aficionado a las manzanas después de Adán, tenía todavía una visión cíclica del tiempo, como el hombre natural, pero para nosotros, el tiempo corre uniformemente, como los granos del reloj de arena: el vaso superior es el porvenir, en el inferior el pasado se acumula y el cuello entre los dos, donde se desliza la arena coloreada, es el presente evanescente. El reloj de arena representa la vida: en el momento del nacimiento el vaso superior está lleno y luego, inexorablemente, se vacía hasta el final... ¿Cuánta arena me queda?

El tiempo cayó en lo lineal en el siglo XVII, cuando en la noche del 10 de noviembre de 1619 el joven Descartes vio el universo como una inmensa máquina, donde todo se explicaba y se engranaba a la perfección. ¡En resumen, un reloj cósmico! Desarrolló la idea mecanicista hasta el punto de trasladarla al plano humano y escribir, en su *Tratado del hombre*: «Todas estas funciones se producen naturalmente en esta máquina por la sola disposición de sus órganos, no menos que los movimientos de un reloj». Y, también en el siglo XVII, cuando el astrónomo holandés Christian Huyghens inventó el péndulo, exacto y de movimiento continuo, con sus engranajes, materializó el concepto cartesiano del universo-máquina y «midió objetivamente» el tiempo que pasa. Así, los

relojes, tan baratos hoy que cualquiera puede tener uno, mientras que en el siglo pasado todavía eran un objeto raro, reservado a los ciudadanos ricos, son lo que crea esta ilusión del tiempo lineal.

Hay otro accesorio doméstico que contribuye a «linealizar» el tiempo: el calendario. Por una parte, ordena y materializa el pasado —«Era el 15 de marzo pasado...»—; por otra parte, anticipa el porvenir, que adquiere así apariencia de existencia; ¡Impresa en la agenda, la Navidad parece tan «real» como si uno se preparara ya para las fiestas!

El quid de la historia es que el reloj, de pulsera o de arena, nos come la vida: ¿de qué se muere si no de tiempo? «Contamos los minutos que nos quedan de vida, y sacudimos nuestro reloj de arena para adelantarlo», escribía. De Vigny, y pensamos otra vez en el galeno bávaro con su cínico «*Es más tarde de lo que usted cree*». El cronómetro implacable materializa el tiempo que, como una rata, roe mi vida sin cesar.

Reacción «lógica»: huir hacia adelante. ¿Es limitado el tiempo? Llenémoslo al máximo. Para ello, hay que producir más, gozar más, adquirirlo todo, inmediatamente, y apresurarse más y más.

Reloj y calendario se convierten en importantes factores de estrés: este trabajo *debe* estar terminado antes de... Para vivir más, se vive más rápido, se corre más rápido, se rueda más rápido, se vuela más rápido. Sufrimos de «recorditis» aguda. Resultado: se muere también más rápido, porque la prisa nos presiona, nos enloquece y desarregla nuestros ritmos biológicos en relación con los del universo.

El tiempo lineal, con la impresión de que la vida se nos desliza entre los dedos, nos vuelve «*time-sick*», enfermos del tiempo, según los doctores Friedman y Roseman. Las personas ansiosas sufren del síndrome del tiempo: fabrican adrenalina, insulina e hidrocortisona en exceso, su estómago segrega demasiado ácido, respiran demasiado rápido, tienen contracturas musculares y una alta tasa de colesterol. La prisa hace morir más pronto, de infarto, por ejemplo.

El corolario del tiempo lineal es el mito del progreso lineal continuo, irresistible. Ciertamente que el ordenador es un «progreso» en relación con la calculadora mecánica. De acuerdo, los productos nuevos son un «progreso» en relación con los antiguos: hoy se lava más blanco que ayer (pero menos blanco que mañana...). Los coches del año son un «progreso» en relación con los modelos del año pasado, etc. La ciencia no deja de «progresar». Para nosotros, todo lo nuevo es necesariamente mejor. Todo cambia, todo se mueve, *por lo tanto* todo progresa y mejora. Esta noción de progreso, en tanto valor absoluto, es tan perniciosa y abstracta como el tiempo lineal. Y un factor suplementario de estrés.

Consideramos retrógrados todos los modos de vida fijos, como una aldea india, por ejemplo. Sin embargo, este inmovilismo —que nos produce horror— borra el tiempo lineal y casi el tiempo a secas. El viejo que se pasea por su poblado revive allí su infancia. El pozo no ha cambiado desde que era pequeño y es el mismo que conocieron su padre y su abuelo. Las mujeres llevan los mismos saris, los mismos cántaros de cobre sobre la cabeza; los niños juegan a los mismos juegos. Las casas son idénticas, igual que los campos. Hoy es como ayer y semejante a mañana. (Obsérvese que la India ya está contaminada por nuestro tiempo de los relojes y nuestra ilusión del progreso lineal.)

Sin embargo, cuando nosotros, occidentales, volvemos al pueblo de nuestra infancia, encontramos allí sin duda la iglesia sin modificar, pero todo el resto está trastocado, derribado, «modernizado». Nos queda la nostalgia. Las únicas huellas de nuestra juventud las encontramos en algún objeto familiar olvidado en un cajón, en un álbum de fotos envejecidas... (Paréntesis: no estoy furiosamente en contra del «progreso», sólo mido su relatividad.)

¿Existe el «progreso» en la naturaleza y en la vida? ¿Progresa físicamente la humanidad porque cada año se batan récords deportivos que parecían imbatibles?

La vida evoluciona, ciertamente, ¿pero está en progreso perpetuo? ¿Es lineal la evolución? ¿La encina de hoy, ha progresado en relación con la de hace un millón de años? ¿Las especies de hoy han progresado en relación con las de las épocas geológicas? Se han adaptado al medio cambiante,

eso es todo. ¿Es un progreso el conejo en relación con el dinosaurio, la hormiga en relación con el elefante?

El hombre moderno no es necesariamente, ni en todos los sentidos, superior al hombre arcaico. Frente a los pigmeos, condenados por lo demás a desaparecer con el bosque ecuatorial superexplotado, el ciudadano moderno no ha progresado ni desde el punto de vista de la fuerza y de la salud, ni desde el punto de vista de la alegría de vivir, a pesar de su modo de vida «primitivo». En todo caso, para el pigmeo, la noción «siglo XX» no existe, como tampoco para el resto de la naturaleza —pero tal vez debería utilizar el imperfecto...

El tiempo cíclico

Objeción: ¿qué cambiaría viendo el tiempo de otra forma? De todos modos, debemos morir, nuestro tiempo está contado y cada día pasado reduce nuestro crédito en tiempo...

Antes de ver «lo» que cambiaría, tomemos conciencia de que el tiempo lineal de los humanos es una pura abstracción utilitaria. ¿Sabe el perro que vive en el siglo XX y que hoy es 15 de mayo? Una fecha no significa estrictamente nada para él, le es totalmente incomprensible, incomunicable. ¿Y el gato, o los pájaros, sin hablar de los árboles? Se dirá: los animales tal vez, pero los humanos, es otra cosa. No, el hombre arcaico no vivía en el tiempo lineal. No intentaba saber si vivía en el año 12.322, por ejemplo, porque su concepto del tiempo era *cíclico*, sin principio, pero también sin final.

Un ciclo se cierra perpetuamente sobre sí mismo. La rueda gira. Incluso hoy, en el ancho mundo, muchos humanos viven todavía en el tiempo cíclico. Ven cómo el Sol sale, recorre el cielo, se pone y vuelve a salir el día siguiente. La Luna crece, se hace llena, luego desaparece, pero siempre vuelve". Después del invierno viene la primavera, luego el verano, seguidamente el otoño, y después un nuevo invierno recomienza el ciclo. Esto lo saben también los animales.

Para el hombre arcaico, la naturaleza es un perpetuo recomenzar cuyos ciclos rigen su vida. El lenguaje de los indios hopi no tiene ninguna palabra para expresar el tiempo lineal y sus verbos no se conjugan. El hopi no se refiere ni al pasado ni al futuro. Vive en un eterno presente que incluye todo aquello que llamamos «pasado». Aunque le demos un reloj continúa viviendo en el tiempo cíclico. Sin embargo, sin referencia explícita al pasado, al presente ni al futuro, la vida de los hopis se organiza muy eficazmente, para nuestra sorpresa.

Es verdad que el hombre inventó hace mucho tiempo el cuadrante solar, que no se llama, por otra parte, *reloj* solar. La sombra permite seguir y delimitar el ciclo solar. Los relojes modernos tienen también un ritmo, el de las vibraciones del cristal de cuarzo, pero para nosotros está oculto: sólo las cifras y las agujas se mueven.

Dicho sea de paso, el tiempo lineal, en tanto entidad absoluta, no goza del favor de los físicos. Mejor aún —o peor—, nadie puede definir exactamente esas nociones «evidentes» que son el tiempo, el presente, el pasado y el porvenir. Tema de reflexión: si mañana por la mañana todo el universo marchara dos veces más rápido —o más lento—, ¿quién lo advertiría? De hecho, nada cambiaría. Lo mismo para el espacio: si mañana por la mañana todo en el universo se hubiera reducido a la mitad, nadie se daría cuenta. Es posible, pues, en un sistema cerrado (nuestro universo) comparar el desarrollo de un fenómeno con otro (evaluar su tiempo) o las dimensiones de un objeto en relación con otro (la Tierra comparada con el Sol, y éste con la galaxia, etc.), pero no determinar si nuestro universo es fundamentalmente grande o pequeño. Para ello habría que compararlo con otro universo, lo que daría un nuevo sistema, del cual no sabríamos si es grande o pequeño, etc. ¡La relatividad es eso también!

El tiempo sagrado

Por fin ya podemos dejar de lado estas sutilezas y abordar el tiempo sagrado. Una precisión: *sagrado* no es sinónimo de *religioso*, a pesar de que tengan algunos puntos en común. Además, estas nociones de tiempo lineal, cíclico o sagrado no están explicitadas, ni siquiera citadas, en el tantra, en la India. Es sencillo: el tiempo lineal es una abstracción occidental, moderna, y la ignoran. Por otro lado, gracias al rito tántrico, los adeptos indios entran sin ninguna dificultad en el tiempo sagrado: es incluso uno de los objetivos del tantra. Pero por ser —y seguir siendo— un occidental confrontado al tiempo lineal, del que he debido liberarme, he creído conveniente hablar de él.

En cuanto al tiempo sagrado, esto es lo que dice de él Mircea Eliade en *El mito del eterno retorno*: «Todos los sacrificios son efectuados en el mismo momento mítico que en el origen: por la paradoja del rito, el tiempo profano y la duración quedan suspendidos.

»[...] Cuando un acto (o un objeto) adquiere cierta realidad por la repetición de determinados gestos paradigmáticos —realidad que sólo obtiene de este modo—, hay abolición implícita del tiempo profano, de la duración, de la historia...» De paso, subrayo la palabra clave: *repetición, gestos y de este modo*.

Para el tantra, sólo el tiempo sagrado es «real» y es este tiempo el que —paradoja— suprime las otras formas del tiempo. En efecto, el pasado, porque es el pasado, no existe más. El porvenir, porque es *por venir*, no existe todavía. En cuanto al presente, ¿es un año, un día, un segundo, una millonésima de segundo? Imposible definirlo en el tiempo lineal o incluso cíclico. (¡Ay, mi cabeza!)

Vayamos más lejos. Para el tantra, la creación no es un acontecimiento único que se produjo hace *x* miles de millones de años, sino un **proceso continuo**. ¡La creación actúa *aquí y ahora*! El universo manifiesto emerge permanentemente de lo no manifiesto, fuera del tiempo, que es una categoría mental. Sólo subsiste un eterno *ahora*. (He preferido decir *ahora* más que *presente*, que se sitúa inconscientemente entre el pasado y el porvenir.)

La expresión «al fin del tiempo» debe tomarse al pie de la letra. Cuando se produzca la reabsorción del universo en el seno de la Causa primera, cuando se produzca lo que llamamos fin del mundo, también el espacio-tiempo desaparecerá y será la «noche de Brahma», a la que seguirá un nuevo día, es decir, un nuevo universo, y así sucesivamente en una ronda infinita de universos sucediéndose los unos a los otros...

Desembocamos así en un concepto esencial, el de «proceso». Para los sentidos y la razón, un roble es un conjunto autónomo, distinto de los demás, situado en el espacio-tiempo. Se sabe cuándo fue planteado, se lo podría sacar del bosque y replantarlo, solo, en medio de un prado. Pero tal cual, aquí y ahora, contiene todo su «pasado». Cada primavera, cada aguacero, están inscritos en ella. Su presente es pasado condensado, su presente condiciona el futuro, pero sólo el presente existe. El tántrico percibe el roble globalmente, en tanto proceso, desde la bellota hasta el huracán que la abatirá e incluso más allá. Pues este roble no comenzó con la bellota, simple eslabón en el proceso global «Roble» que, mientras tanto, produce otras bellotas, etc. El roble real es el proceso «Roble» integral, desde el primero al último de la especie, y es inseparable —salvo artificial o intelectualmente— del bosque, él mismo un proceso complejo, continuo, englobado en el proceso total de la vida en el planeta. Incluso derribado, el roble forma parte siempre del proceso «roble-bosque-vida», que por lo demás lo recupera inmediatamente.

Pasemos del roble al ser humano, a esa seductora jovencita. El tántrico siente la incidencia de su belleza, para él ella encarna la Feminidad cósmica, pero, simultáneamente, la percibe en tanto proceso. El tántrico visualiza, como en sobreimpresión, el bebé que ella fue y la viejecita arrugada que será. La ve también acoplada a un hombre, apoderándose de su esperma y perpetuando así el proceso. Infecunda, eso no cambiaría gran cosa, pues, pase lo que pase, ella forma parte del proceso llamado «humanidad», él mismo incluido en el proceso eterno de la vida planetaria y cósmica. Lo mismo pasa ante esa mujer vieja e impotente que el tántrico visualiza joven y bella, pero que también se representa como embrión, incluso óvulo fecundado en el útero materno. En tanto proceso, su vida no ha comenzado en la concepción y se sobrevivirá a sí misma en el proceso.

Cada ser viviente es así un proceso, englobado en otro, más amplio, y así sucesivamente hasta el cosmos. ¿No nos encontramos con el universo-reloj de Descartes? Ni del todo ni en absoluto. Cada individuo-proceso encierra su propio dinamismo evolutivo, no es un engranaje en un mecanismo y eso lo cambia todo.

¡El universo es algo viviente y consciente!

Esta visión del tiempo-fuera-del-tiempo se aplica también al *maithuna* tántrico, la unión sexual ritual, que deja de ser profana por la toma de conciencia de que la creación se perpetúa aquí y ahora. El *maithuna* reproduce en tiempo real el primer acoplamiento humano, él mismo réplica del acto creador último donde el principio femenino cósmico (Shakti), unido a su homólogo masculino (Shiva), suscita el universo y lo engendra permanentemente. Así, el *maithuna* reproduce concretamente, en tiempo sagrado, por tanto real, el acto creador original situado no en un pasado inexistente, sino en lo inmediato, que es lo único que existe.

Desde que *realizo*, en el sentido más amplio del término,³ que estoy englobado en y llevado por el proceso «humanidad», inmediatamente estoy libre del tiempo de los relojes en primer lugar, y del tiempo a secas a continuación. Esta experiencia liberadora disuelve toda tensión interior, aporta seguridad y serenidad. Percibo también que la desaparición de mi ego no altera el proceso del que soy parte y que proseguirá indefinidamente: la calma de una ola no altera el océano, pues la ola *es* océano.

Así, el ritual tántrico *traslada la conciencia del adepto a otro plano de existencia* donde capta y vive concretamente estas verdades últimas. Accede entonces a lo divino, al tiempo sagrado que suprime a la vez el tiempo cíclico y el tiempo lineal.

Es verdaderamente una experiencia liberadora, aunque no traducible en palabras, acceder al tiempo sagrado que suprime el tiempo profano, el que roe nuestra vida. Entonces ya nada nos presiona *verdaderamente* en la vida, e incluso si es preciso apresurarse, será sin angustia, sin estrés. Que algo se haga hoy, o dentro de diez años, o no se haga, ¿es verdaderamente importante? Como parte del proceso, no, nada puede sucederme.

El acceso al proceso, al tiempo sagrado, más allá del tiempo cíclico, no implica tirar el reloj a la basura: yo conservo el mío. Me dice además que es tarde y que es hora de ir a dormir. Mañana, el Sol saldrá de nuevo, aunque esté oculto por las nubes. No he tirado mi agenda: mañana también tengo citas. Pero lo relativizo. Ya no me dejo atrapar por el juego.

Tiempo lineal, tiempo cíclico, tiempo sagrado. Repito, tomar conciencia de que soy un proceso continuo, que no ha comenzado con la concepción y que no terminará con la muerte del yo, estructura utilitaria, me permite superar mi ego. Si, en un relámpago psíquico, percibo el universo mismo en tanto proceso continuo —y del que formo parte— en estado de emergencia perpetua, el tiempo se borra, sea cíclico o lineal. Entro así en lo intemporal. Por esta experiencia exultante, todo se vuelve simple, luminoso, y yo me siento liberado. El reloj no corroe ya mi vida a cada segundo que pasa...

El Overmind

En el tantra, la noción de *overmind* es esencial y, aunque soy alérgico a los superlativos, me gustaría encontrar uno para, calificar el *overmind*: ni «vertiginosa» ni «fantástica» me convencen. A propósito, ¿por qué una palabra inglesa? ¿Es tan pobre el francés? Lamentablemente, en el opulento vocabulario francés no encuentro ningún término que exprese la idea incluida en «*overmind*», ni siquiera «supramente», que sin embargo se le acerca. «Supramente» implica, es verdad, la idea de una mente más allá de la mente ordinaria, pero es un significado insuficiente. «*Over*», además de

³ En francés **réaliser* es «darse cuenta de» v también «hacer» (N. de la T.)

superación, implica la idea, esencial aquí, de recubrir, de englobar el *mind*, la mente, mientras que el prefijo *supra* indica solamente un «por encima»: *Overmind* designará, pues, *un nivel mental autónomo, más vasto, que recubre, supera y engloba varias «submentes» individuales*. Se trata de una perspectiva más que vertiginosa.

En este estadio, no espere el lector una definición más precisa de la palabra «*overmind*»: se irá deduciendo del texto...

Desmenucemos en primer lugar el término «*mind*», del que sería equivalente nuestra palabra «mente», con escasas diferencias, siempre que se respete la raíz latina *mens, mentís*, espíritu, que no es sólo el intelecto como en la expresión «cálculo mental», por ejemplo.

A propósito del pensamiento, el famoso *cogito ergo sum* de Descartes suscita más preguntas que respuestas aporta. «Pienso, luego existo» es tan evidente como insuficiente. «Yo pienso», muy bien; pero, ¿quién es este «yo»? ¿Y qué es el «pensamiento»? Estas preguntas plantean otro problema, tan espinoso como fundamental, el del psiquismo, no resuelto en Occidente. Partir del griego *psykhé* «alma», disgusta a mi amigo el racionalista y alimenta su disputa con mi otro amigo, el espiritualista, que sólo concuerdan en oponer irreductiblemente la materia al espíritu.

El tantra completa el «pienso, luego existo» con un corolario: «existo, luego pienso», dando por supuesto que «pensar» significa ante todo ser consciente y no necesariamente reflexionar. *Psiquismo y conciencia*, bases empíricas de la existencia, son indisolubles. Retengamos esto para más adelante y sigamos.

El tantra reconcilia al espiritualista y al racionalista diciendo que el psiquismo, por tanto la conciencia, es una dimensión, una propiedad fundamental del cosmos: este axioma tántrico es de un alcance incalculable. (Sobre este tema, véase el capítulo «Todo lo que está aquí».)

Para medir su alcance, partamos del concepto usual referente al pensamiento. En este contexto, evocar una entidad psíquica inmaterial o sobrenatural, un alma en una palabra, repugna al racionalista, para quien el pensamiento, igual que el cálculo del ordenador, es el resultado de la actividad del cerebro y no existe fuera de él. Además, hasta para el espiritualista convencido, pensar, ser consciente, implica un espacio cerrado —la caja craneana— y una estructura material unificada, en este caso el cerebro. De este cerebro un humorista norteamericano dice que es el ordenador más eficaz, más sofisticado y más miniaturizado, fabricado en gran escala, con pocos gastos, por personas sin formación especial y con el mayor entusiasmo... Efectivamente, comparar el cerebro con un ordenador es bastante acertado. Sus miles de millones de neuronas serían otros tantos chips, otros tantos microprocesadores vivientes, unidos entre ellos por los hilos de las dendritas, y la corriente sería la energía nerviosa.

La originalidad del tantra reside en su visión de que cada psiquismo (incluido el de la célula que se considera dotada de una conciencia autónoma con pleno derecho) es un *campo de fuerzas*, un sistema energético sutil, por lo tanto material, en el sentido más amplio del término, que no está limitado por moléculas definidas o partículas atómicas. Mi campo de fuerzas psíquico tiene bajo su jurisdicción y envuelve todas mis neuronas, se sirve de ellas, reacciona con cada una de ellas y viceversa. Yo pienso *con* mi cerebro, *gracias* a mi cerebro, sin que por ello mi psiquismo esté limitado a él ni se identifique totalmente con él. Más aún: mi cerebro está *en* mi psiquismo y no mi psiquismo en mi cerebro. Mi psiquismo individual es así el *overmind* del conjunto de mis neuronas, en realidad de todas las células del cuerpo.

Para precisar este concepto hagamos una comparación: mi psiquismo es a mi cerebro lo que el campo magnético es al imán. Los átomos de hierro son «materiales», puedo pesarlos y observar su estructura en el microscopio electrónico. Cada átomo de hierro es él mismo un imán en miniatura englobado en el campo magnético, total del imán. Ahora bien, este campo magnético invisible, sutil, imponderable, es tan «material» como el hierro del imán, del cual es indisoluble. Además, el campo magnético se extiende más allá de los límites del imán mismo.

En lo que concierne al cerebro, para el físico, las neuronas están formadas por moléculas materiales, ellas mismas constituidas por átomos, a su vez hechos de partículas subatómicas. ¡Hasta aquí no hay angustia metafísica! Muy bien, pero mi cerebro, como toda materia, es sobre todo vacío. Retomo una idea ya expresada en este libro: según nuestra física, si yo prensara la materia hasta suprimir los vacíos que hay entre los átomos, por tanto si los núcleos y los electrones se tocaran, la Tierra tendría el tamaño de un dedal. Qué decir entonces del cerebro: compactado, no tendría ni el tamaño de una mota de polvo. Dicho de otra forma, mi cerebro es sobre todo vacío dinámico, un campo de fuerzas, parsimoniosamente constelado de granos de energía infinitesimales, las partículas atómicas. Científicamente, mi «cerebro - campo de fuerzas», al contrario de la estructura cerrada y compacta que mis sentidos me presentan, es una nube de energía en perpetua relación de intercambio con su medio, ¡pero sobre todo de vacío que piensa!

Una pregunta molesta. Imaginemos que me convierto en un microscópico liliputiense hasta el punto de poder instalarme en el centro mismo de semejante «cerebro - campo de fuerzas», y que observe el interior de esa nube de energía pensante; en ninguna parte vería las imágenes que aparecen en la mente de su propietario. Estas **imágenes**, que constituyen el único contenido de la conciencia de vigilia o del sueño, nadie sabe ni **dónde** ni **cómo** nacen. Para el tantra es simple, eso sucede en la mente, en el campo de fuerzas sutil que engloba el conjunto del cerebro desbordando sus límites, igual que el campo magnético desborda al imán.

Más allá del individuo, el tantra traslada ese pensamiento al conjunto del universo, que con sus miles de millones de galaxias forma, él también, un campo de fuerzas sobre todo formado por vacío (la inmensidad inimaginable de los espacios interestelares). Para el tantra, «algo» piensa con ayuda de las estrellas, así como yo pienso con ayuda de mis átomos. Volvemos a encontrar así al universo viviente y consciente.

Para Pascal, sólo el hombre es una «caña pensante», la más débil de la naturaleza. Para el tantra, por el contrario, el universo mismo es consciente con el mismo derecho que cada individuo y que cada una de sus células. De lo cósmico a lo infra-atómico, el psiquismo universal se estratifica en una infinidad de subniveles de conciencia o de planos de conciencia, autónomos, distintos y sin embargo interdependientes.

La estructura psíquica corresponde así a la estructura de la materia-energía, de la que es inseparable. La materia-energía de Einstein es una desde el grano de arena (o desde la más ínfima partícula) hasta la galaxia, el conjunto de galaxias y el universo en su conjunto. Y cada individuo en sí mismo está compuesto por una infinidad de planos de conciencia, que van de lo celular a lo global, y más allá.

Contemplar un cerebro pensante en actividad es tan extraordinario como contemplar el cielo estrellado pensando que «algo» —¿alguien?— piensa con esas miríadas de estrellas: entre lo individual y lo universal sólo existe una cuestión de escala.

Todo eso se deriva de ese concepto fundamental del esoterismo tántrico, incansablemente hallado y repetido, según el cual el universo es viviente y pensante en todos los niveles, y el psiquismo es una de sus dimensiones, cuya supresión lo aniquilaría, lo mismo que borrar la altura de un objeto lo suprimiría. Esta idea de un universo inteligente y consciente se ha abierto camino hasta en Occidente: léase la obra del astrónomo, físico y genetista inglés Fred Hoyle, cuyo título por sí solo ya es todo un programa: *The Intelligent Universe*.

Fred Hoyle se separa en esta obra del concepto clásico occidental según el cual la conciencia y el pensamiento sólo pueden nacer en una estructura (evidentemente el cerebro) que ha alcanzado un determinado estadio de complejidad, concepto que hace que en Occidente se rechace la idea, sin embargo fundamental, de que cada célula es viviente y *por lo tanto* consciente. El razonamiento clásico corriente es: una célula no tiene cerebro, no tiene sistema nervioso, *por lo tanto* no tiene conciencia organizada. ¡Ese *por lo tanto* está de más!

De lo uno a lo múltiple

Volvamos a pensar en la extraordinaria maratón de esos quinientos millones de espermatozoides —¡en una sola eyaculación!—, todos destinados a perecer, salvo uno, que nadan con todas sus fuerzas hacia el objetivo, el óvulo y la supervivencia. «Mi» suerte estaba echada cuando, en la tibia oscuridad del útero materno, el óvulo se cerró sobre ese único vencedor: en ese momento «yo» ya existía, aunque sin ego. Y era UNO, por primera y también única vez en mi vida, bajo la forma de esa minúscula gota gelatinosa de un décimo de milímetro apenas que es el óvulo fecundado. Para el tantra —lo que está aquí está en otra parte, lo que no está aquí no está en ninguna parte— todo ya estaba presente, todo lo que he llegado a ser y todo lo que hubiera podido ser, así como todo el pasado de la especie humana, más el de la vida desde su origen sobre la Tierra.

Y además, con una conciencia. Pues la primera célula comporta ya una conciencia unida al formidable dinamismo organizador que se pone en marcha desde el primer segundo. Para el tantra, ese dinamismo evolutivo no es ciego, robotizado, sino más bien un poder organizador consciente, aunque estrictamente planificado según un proceso experimentado porque ha sido repetido millones de veces en el transcurso de millones de años. Si yo hubiera sido un bebé-probeta, bajo el objetivo de un microscopio, el observador sólo hubiera visto una minúscula esfera gelatinosa con algunos pequeños filamentos flotando, los cromosomas con los genes. La biología postula que esta única célula, sin sistema nervioso y sin cerebro, no tiene conciencia. El tantra está persuadido de lo contrario y esta misma biología aporta agua a su molino. En efecto, en tanto unicelular, yo sería semejante a una ameba, unicelular también. Ahora bien, la ameba manifiesta sus deseos, sus preferencias, una voluntad, una memoria: incluso es posible condicionarla, en el sentido pavloviano del término. Aunque desprovista de sistema nervioso y de cerebro, sabe sin embargo que esos otros organismos unicelulares, las acinetas, una vez adultas, tienen tentáculos venenosos, pero que no los tienen al nacer. Astuta, la ameba acecha con solapada paciencia a las jóvenes acinetas saliendo del ovario materno y se da un banquete. Entonces, ¿es consciente o inconsciente la ameba? Y esto me recuerda otra pregunta molesta: ¿qué o quién le ha enseñado todo eso? Seguramente se puede evitar el problema diciendo que es el instinto, lo cual en verdad no explica nada.

¡Pero casi no gozaré de mi espléndida unidad de organismo unicelular! Pronto me dividiré en dos, luego en cuatro células idénticas y así sucesivamente. Aquí se plantea una cuestión verdaderamente crucial: dividiéndome, ¿me he vuelto sucesivamente doble, cuádruple, óctuple, o sigo siendo *uno*? La respuesta: yo era a la vez *uno* y *múltiple* y lo seguiré siendo hasta el fin. De esas cuatro, ocho, dieciséis células, todas conscientes, cada una con su psiquismo individual, emerge inmediatamente un psiquismo colectivo unificador, un *overmind* autónomo, distinto de sus psi-quismos individuales y que se les superpone.

Luego, a medida que evoluciono, que mis células se especializan y se agrupan en tejidos, en órganos, se constituyen, en cada nivel, *sub-overminds* autónomos, conscientes, además del psiquismo global, formando así una doble estructura *piramidal* y *estrictamente Jerarquizada*, orgánica y psíquica. Este concepto tántrico de *overminds* orgánicos es menos ajeno a Occidente de lo que se cree. Así, Jan-Baptist Van Helmont, médico y químico célebre, nacido en Bruselas en el año 1577, las llamaba *arjés*.⁴ Distinguía el *arjeus faber*, el principio principal que determina, fabrica y conserva la forma general del cuerpo, preserva su armonía y ordena y dirige la actividad de los diversos órganos. El director de orquesta, en resumen. Todo eso se corresponde bastante bien con la visión tántrica, que, al *arjeus faber* y a los *arjés* de los órganos, agrega *arjés* (u *overminds*) más vastos, uno para el sistema digestivo, otro para el sistema nervioso, uno suplementario para el sistema muscular, etc.

Para el esoterismo tántrico, cada arjé o psiquismo colectivo está en un nivel de conciencia distinto con su memoria y su emotividad propias, y sobre ellos puede actuar el *overmind* central, con ayuda de imágenes mentales apropiadas, para darles órdenes, animarlos, etc. ¡Y funciona! Así, por medio de esos *arjés*, las emociones negativas (ansiedad, cólera, envidia, etc.) pueden perturbar las funciones orgánicas y provocar las enfermedades llamadas psicósomáticas. Si yo estoy deprimido,

⁴ «Principio» en griego. (N. de la T.)

terminaré por desmoralizar a todas mis células; recíprocamente, células mal alimentadas, mal oxigenadas, pueden hacerme depresivo.

A propósito de Van Helmont, no era un soñador: antes de que su propio *arjeus faber* se desintegrara en 1644, descubrió el gas carbónico y el jugo gástrico, inventó el termómetro y le debemos incluso la palabra «gas».

El espíritu de la colmena

Encontramos algo parecido a esos *arjés* o psiquismos orgánicos entre los esquimales. Cuando un órgano está enfermo, ¡ellos dicen que «su espíritu ha partido»! Entonces llaman al chamán, que hará un viaje al más allá para tratar de devolver el «espíritu» al órgano, lo que restablecería su funcionamiento normal. Esto nos parece ingenuo, incluso absurdo, pero tal vez tenga más sabiduría de la que creemos...

Volvamos al *overmind* tántrico. Aceptemos la idea de que mis células son otras tantas entidades conscientes, con un psiquismo individual, una memoria y emociones, y que mi psiquismo individual es el *overmind*, el supraconsciente colectivo de mi república celular. Por el contrario, la idea de un *overmind* que engloba muchos individuos aislados —y es uno de los pivotes del esoterismo tántrico— es más bien indigesta. Antes de aplicar este principio al ser humano, demos una ojeada a los insectos que viven en sociedad, por ejemplo, las abejas.

Admitir que una colmena constituye una entidad precisa no plantea ningún problema. En cuanto a atribuirle un psiquismo, un *overmind* independiente, que supera e integra a todos los individuos, a todas las abejas, ya es menos fácil. Sin embargo, ese paso lo franqueo tanto más alegremente cuanto que ninguna otra hipótesis explica los hechos bien establecidos planteados más adelante. Maurice Maeterlinck, en su famoso libro *La vida de las abejas*, llama a este *overmind* «el espíritu de la colmena» y lo cito (los subrayados son míos): «La abeja es ante todo, y más aún que la hormiga, un ser de masas... En la colmena el individuo no es nada, sólo tiene una existencia condicional, sólo es un momento indiferente, un órgano alado de la especie. Toda su vida es un sacrificio total al ser innúmero y perpetuo del que forma parte» p. 27). Y lo mismo puede decirse de cada una de estas células. En los párrafos siguientes, que ya me gustaría haber escrito, hablando de la abeja reina, en primavera, añade: «No es la reina en el sentido en que nosotros lo entenderíamos entre los hombres. No da órdenes, sino que está sometida, como el último de sus súbditos, a *esa potencia enmascarada y soberanamente sabia* que llamaremos, esperando descubrir dónde reside, *el espíritu de la colmena*» (p. 32).

«Entonces, ¿dónde está *el espíritu de la colmena*?, ¿en quién se encarna? No es semejante al instinto particular del ave que sabe construir su nido con habilidad y buscar otros cielos cuando llega el día de emigrar. No es tampoco una especie de hábito maquinal de la especie, que ciegamente sólo exige vivir y topa con todos los ángulos del azar en cuanto una circunstancia imprevista desordena la serie de fenómenos acostumbrados... Dispone implacablemente, pero con discreción, y como sometido a un gran deber, de las riquezas, la felicidad, la libertad y la vida de todo un pueblo alado. Rige día a día el número de nacimientos y lo pone estrictamente en relación con el número de flores que iluminan el campo. Anuncia a la reina su decadencia o la necesidad de su partida, la obliga a dar a luz a sus rivales, cría a éstas regiamente, las protege contra el odio político de su madre, permite o prohíbe, según la generosidad de los cálices multicolores, la edad de la primavera y los peligros probables del vuelo nupcial, que la primera en nacer de las princesas vírgenes mate en la cuna a sus jóvenes hermanas que cantan el canto de la primavera...» (p. 33).

«Este espíritu es prudente y ahorrativo, pero no avaro. Conoce aparentemente las leyes fastuosas y un poco locas de la naturaleza en todo lo que respecta al amor. Así, durante los días abundantes del verano, tolera —pues entre ellos la reina elegirá a su amante— la presencia molesta de trescientos o cuatrocientos machos aturdidos, inhábiles, inútilmente atareados, total y escandalosamente ociosos, ruidosos, glotones, groseros, desaseados, insaciables, enormes. Pero

fecundada la reina, cuando las flores se abren más tarde y se cierran más temprano, decreta su manzanza general y simultánea» (p. 34).

«Por último, es el *espíritu de la colmena* el que fija la hora del gran sacrificio anual al *genio de la especie* —quiero decir el enjambre—, cuando un pueblo entero, llegado a su prosperidad y su potencia, abandona súbitamente a la generación futura todas sus riquezas, sus palacios, sus moradas y el fruto de sus trabajos, para irse a buscar lejos la incertidumbre y la indigencia de una patria nueva» (p. 35).

«Ahora bien, en el día prescrito por el *espíritu de la colmena*, una parte del pueblo, estrictamente determinada según leyes inmutables y seguras, cede el lugar a sus esperanzas, todavía informes. Se deja en la ciudad dormida a los machos entre los cuales será elegido el amante real, abejas muy jóvenes que cuidan los huevos y algunos millares de obreras, que continuarán libando, guardarán el tesoro acumulado y mantendrán las tradiciones morales de la colmena. Pues *cada colmena tiene su moral*. Las hay muy virtuosas y las hay muy pervertidas, y el apicultor imprudente puede corromper un pueblo, hacerle perder el respeto a la propiedad ajena, incitarlo al pillaje, darle hábitos de conquista o de ociosidad que lo tornarán temible para las pequeñas repúblicas del entorno» (p. 39).

El lector me perdonará esta larga cita, pero el texto es bello y el tema fundamental. Siempre a propósito del *overmind* de la colmena, un amigo apicultor me decía, hablando de este enigma y del «espíritu de la colmena», que cuando un apicultor muere, su sucesor debe presentarse ante cada colmena y, midiendo mucho las palabras, decir en voz alta: «Soy yo, el nuevo amo de la colmena», sin lo cual no será aceptado. ¿Es el espíritu de la colmena el que oye y percibe lo que el hombre piensa? La pregunta queda abierta; los hechos están ahí. También me contó que en el entierro de un apicultor que amaba y cuidaba particularmente a sus abejas, un enjambre sobrevoló su tumba en el cementerio. Sin asombrarse, los campesinos dijeron: «Aquí están las abejas de don Tomás que vienen a decirle adiós». Salvo que supongamos que mi amigo haya mentido (pero, ¿por qué?), seguimos soñando.

No dejemos las abejas sin evocar la sexualidad de la reina, verdadero órgano genital de la colmena. ¿Debemos compadecer a esta cautiva de por vida en su apartamento real, que tal vez no verá jamás el día, a la que un vientre enorme y fecundo condena a una casi inmovilidad, que está obligada a poner unos tres mil huevos diarios, o sea, a otras tantas fecundaciones? Ahora bien, su único acto sexual tiene lugar durante el vuelo nupcial, boda trágica en la que ella arranca en un instante a su desdichado amante —que muere inmediatamente, con el vientre desgarrado— casi veinticinco millones de espermatozoides. Estos nadarán hasta el fin de su vida en el líquido seminal encerrado en una glándula —un verdadero banco de esperma— situada justo bajo sus ovarios. Disponiendo en su interior de un macho inagotable, gracias a los numerosos músculos, poderosos y complicados, que rigen la entrada a su vagina, la reina «se inyacula», a medida que lo necesita, los gametos convenientes. Una vez más Maeterlinck:

«Es probable que esta madre esclava que tenemos tendencia a compadecer, pero que tal vez sea una gran amorosa, una gran voluptuosa, experimente *en la unión de los principios macho y hembra* que se opera en su seno cierto goce, y una especie de gusto *a posteriori* de la ebriedad del único vuelo nupcial de su vida» (p. 141).

Unión de los principios macho y hembra, Shiva y Shakti, esto haría saltar a un tántrico... Y —¿quién sabe?— tal vez también tiene tres mil orgasmos por día. ¿Por qué no?

El «espíritu de la colmena» emana de las abejas individuales, sin las cuales nada sería, y sin embargo las supera en el tiempo, pues las obreras viven menos de dos meses. Este espíritu exige y obtiene de cada una de ellas una devoción total a la comunidad. En la emigración, se desdobra, acompaña a la reina emigrante y constituye un nuevo «espíritu de la colmena» entre las abejas que quedan en la ciudad abandonada. Finalmente, el conjunto de las colmenas tiene también su *overmind*, el «genio de la especie», para retomar los términos de Maeterlinck, que guía y sigue su evolución desde hace millones de años, que es el depositario de todo un pasado y la garantía de su

futuro. ¿Por qué no habría de suceder lo mismo con la humanidad?

Antes de dejar los insectos, veamos lo que ha observado el profesor James S. Coleman, de la John Hopkins University: «Un día, sentado al borde de un acantilado, observaba el vuelo de unos mosquitos que daban vueltas frente a mí. Espectáculo asombroso: cada mosquito volaba a toda velocidad y sin embargo el enjambre permanecía inmóvil. Cada insecto recorría con rapidez una elipse del diámetro del enjambre que, por su vuelo frenético, permanecía inmóvil. De súbito, como una flecha, todo el enjambre se marchó rápidamente para inmovilizarse de nuevo un poco más lejos. Después se infló y sus límites se hicieron difusos, para contraerse luego en un nudo cerrado, siempre compuesto de los mismos insectos volando en elipse. Luego volvió a partir y desapareció...

»Semejante fenómeno plantea enormes problemas intelectuales. ¿Quién o qué guía el vuelo de cada mosquito cuando la dirección de su vuelo no tiene prácticamente ninguna relación con la dirección del enjambre? ¿Cómo mantiene indefinidamente ese vuelo elíptico? ¿Y cómo cambia cuando de repente todo el enjambre se desplaza? ¿Cuál es la estructura y cuáles son las señales por las cuales se transmite el control del vuelo?»

Esta cita está tomada de *The Great Evolution Mystery* (p. 228). El autor de este libro, Gordon Rattray Taylor, la comenta: «He observado un comportamiento prácticamente idéntico en las bandadas de pájaros y me inclino a pensar que existen procesos de comunicación subyacentes a estos comportamientos de los cuales hasta ahora no tenemos la menor idea. En lo que respecta a los pájaros [...] tienen un cerebro muy eficiente, que pesa varios gramos, mientras que el cerebro microscópico de un mosquito sólo tiene algunos cientos de neuronas. El profesor Coleman no propone ninguna respuesta, y yo tampoco.»l tantra respondería que se trata del *overmind* del enjambre de mosquitos, de la bandada de pájaros, del rebaño de renos o del banco de peces, pues se observan en todos los casos comportamientos semejantes. Entonces, ¿simple hipótesis? Tal vez: pero científicamente, uno siempre tiene derecho a emitir una. ¡Que propongan otra mejor!

Dejemos los insectos para ver lo que pasa con otros animales. El psiquismo colectivo se manifiesta notablemente entre los grandes rebaños de renos, donde todos los animales cambian rigurosamente de dirección en el mismo instante. Un cardumen de peces se comporta como un solo individuo, mientras que las gallinas de un gallinero forman una sociedad jerarquizada con un sólido psiquismo de grupo.

Por ejemplo, tenemos dos gallinas hermanas que no forman parte de un determinado gallinero. Introduzcamos en él una de estas dos gallinas: la extranjera inmediatamente es atacada a picotazos por todas las otras. Con el tiempo, poco a poco, se integra al grupo y a su psiquismo colectivo. Cuando, más tarde, hagamos entrar a la otra, ésta sufrirá un destino idéntico a la primera e incluso será agredida por su propia hermana gemela: es el fenómeno del rechazo. Después de algún tiempo, ella también se integrará. Reflexionando, esto podría hacernos encarar el problema del rechazo de órganos trasplantados desde una nueva óptica. Cada órgano tiene su propio psiquismo de grupo — su *arjé*, para retomar la expresión de Van Helmont—, él mismo integrado en el *overmind* de todo el organismo. Todos esos *overminds* forman de algún modo un clan. Injertar un órgano es introducir un psiquismo extraño que se hace atacar como una gallina nueva, o como una abeja extranjera en una colmena, rechazo tanto más radical cuanto más alejados estén uno de otro el donante y el receptor. En el caso de los gemelos, habrá pocos problemas, pues sus psiquismos están muy próximos y en armonía. El riesgo del rechazo será mayor cuando se trate de un órgano que toca miéy de cerca la afectividad y la emotividad. El corazón reacciona a toda emoción y la comunica al resto del cuerpo. Si toca a rebato, para utilizar la expresión consagrada, el pánico se apoderará de toda la república celular. Sin duda por eso el injerto de piel prende tan fácilmente, mientras que el de corazón plantea tantos problemas... Esta extrapolación a los trasplantes de órganos es una hipótesis personal que sólo me compromete a mí y no al tantra, pero ya que explicaría muchas cosas, ¿por qué no hablar de ello?

En el caso del ser humano, hay menos diferencia de la que se podría pensar entre un individuo aislado, compacto, yo por ejemplo, y una colmena, un hormiguero, un termitero, un rebaño de

renos, un banco de peces, etc. La colmena es fija, son sus partes (las abejas) lo que se desplaza. Para «mí» lo que se mueve es toda la república celular: ¡yo soy una colmena ambulante!

Todo esto introduce un concepto tántrico muy inquietante: en tanto individuo, ¡soy una célula englobada en diversos *overminds* que me superan!

Esto me lleva a hablar de la psicología de las masas.

La psicología de las masas

Cuando en 1895 Gustave Le Bon publicó su libro *La psicología de las masas*, sus ideas fueron ignoradas. Luego se volvieron clásicas y el libro fue traducido al menos a quince lenguas. Desde el prefacio entra en el núcleo del tema: «Cuando un determinado número de hombres se reúnen, la observación demuestra que su conjunto constituye un alma colectiva potente pero momentánea.

»Las masas siempre han tenido en la historia un papel importante, pero nunca tan importante como hoy. La acción inconsciente de las masas, que sustituye a la actividad consciente de los individuos, representa una de las características de la época actual».

Ahora bien, en la tradición india, la era de Kālī, la edad de Hierro en la que vivimos, se caracteriza especialmente por el desencadenamiento de masas humanas; de ahí la importancia creciente de la psicología de las masas. Pero, en realidad, ¿qué es una «masa»? ¿Una gran cantidad de personas reunidas? No necesariamente. Para Le Bon, algunos individuos reunidos forman una multitud, igual como si fueran cientos o miles. Escuchémosle: «Los amos del mundo, los fundadores de religiones o de imperios, los apóstoles de todas las creencias, los eminentes hombres de Estado, y, en una esfera más modesta, los simples jefes de pequeñas comunidades humanas, siempre han sido psicólogos -inconscientes, con un conocimiento instintivo del alma de las masas, con frecuencia muy certero. Por conocerlas, se hicieron sus amos con facilidad.»

Le Bon cita entonces —¿quién se asombraría?— a Napoleón: «Nunca, tal vez, desde Alejandro y César un gran hombre comprendió mejor cómo se ha de impresionar el alma de la masa. Su preocupación constante era impresionarla. Pensaba en ello en sus victorias, en sus arengas, en sus discursos, en todos sus actos. Todavía lo pensaba en su lecho de muerte» (p. 47).

Si Le Bon viviera todavía citaría al menos otro nombre, dramáticamente célebre, que es superfluo precisar...

Pero, ¿cómo nace en realidad una masa? «En determinadas circunstancias dadas, y sólo en esas circunstancias, una aglomeración de hombres posee caracteres nuevos muy diferentes de cada individuo que la compone. La personalidad consciente se desvanece, los sentimientos y las ideas de todas las unidades se orientan en una misma dirección. Se forma un alma colectiva, transitoria sin duda, pero con caracteres muy definidos.»

El alma colectiva, el *overmind*, «[...] forma un solo ser y se encuentra sometida a la *ley de la unidad mental de las masas*» (p. 19). Sin embargo: «Mil individuos reunidos al azar en una plaza pública, sin ningún objetivo determinado, no constituyen en absoluto una masa psicológica» (p. 20).

¿Cuáles son las características de una masa psicológica? «A los individuos que la componen, sean o no semejantes su género de vida, sus ocupaciones, su carácter o su inteligencia, el solo hecho de haberse transformado en una masa los dota de una especie de alma colectiva. Esta alma les hace sentir, pensar y actuar de un modo totalmente diferente al modo de sentir, pensar y actuar de cada uno de ellos por separado... En el agregado que constituye una masa, no hay en absoluto una suma ni un promedio de los elementos, sino combinación y creación de nuevos elementos» (p. 21).

El individuo pierde allí, de algún modo, su personalidad y parece sumergido, en el seno de la masa actuante, en un estado particular, muy cercano a la hipnosis. Este es un caso real: En 1937 una joven alsaciana va a visitar a unas primas lejanas del otro lado de Rin, a las que no ha visto desde hace años. Sorprendida y conmovida al verlas alistadas en las juventudes hitlerianas y convertidas

en fervientes nacionalsocialistas, les dice lo que piensa de Hitler y de los nazis en Francia. Ellas le responden: «Tú no sabes lo que dices. Ven con nosotras a Nuremberg, a las Jornadas del Partido. Allí comprenderás». Curiosa, acepta. Le prestan un uniforme y las acompaña, llena de prejuicios en contra. Ahora está en Nuremberg. Todo el mundo ha visto esos reportajes cinematográficos donde se muestra un inmenso estadio, con cientos de miles de hombres y mujeres de uniforme, disciplinados, organizados. Multitud de banderas con la cruz gamada flotan al viento. Música militar. Desfile de las tropas. Suelo martillado bajo el paso cadencioso de las pesadas botas. Brazos extendidos. *Sieg Heil* estallando en centenares de miles de pechos. Luego el momento esperado: sobre el podio aparece una silueta con uniforme kaki en el que se adivina el brazalete con la cruz gamada, silueta que la distancia torna minúscula. ¡El Führer! Silencio. Luego, la voz ronca, desmesuradamente amplificadas por los altavoces, ahoga a la ferviente multitud en su arenga. Así lo relata la alsaciana: «Después de algunos minutos yo estaba segura de encontrarme ante el salvador del mundo. Como todo el mundo, aplaudí y extendí el brazo, grité *Sieg Heil*. Después mis primas, encantadas de haberme convencido, me dijeron: «¿Has visto?» En efecto, había visto. De regreso en Alsacia, desembriagada, deshipnotizada, no comprendía nada de lo que me había sucedido allí, ni cómo yo, la francesa, me había vuelto, por un momento, nazi convencida».

Se comprende mejor a Le Bon: «Aislado, este hombre era tal vez un individuo culto; en una masa es un instintivo, en consecuencia un bárbaro. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también el entusiasmo y el heroísmo de los seres primitivos. Se les acerca todavía más por su facilidad para dejarse impresionar por las palabras y las imágenes y para dejarse llevar a actos que lesionan sus intereses más evidentes» (p. 24).

Entonces, después de todo esto, ¿en qué se distingue la arenga de un tribuno del discurso de un académico? Este último dice cosas inteligentes, bien estructuradas: se dirige al intelecto, a la razón de los oyentes, no a sus pasiones. El público aplaude educadamente pero permanece frío. El tribuno, por su discurso apasionado y su carisma, interpela al *overmind*, que no es lógico ni intelectual, aunque el auditorio está formado por personas instruidas y sensibles. La! masa sólo reacciona ante sentimientos primitivos, arcaicos, tribales. ¡Por eso el tema nacionalista, entre otros, siempre sirve! Si leo fríamente el texto de la arenga del tribuno, me rascaré la cabeza y me asombraré de que personas inteligentes hayan podido escuchar aquello y «marchar». Y sin embargo es lo que sucede. Si hubiera dicho cosas inteligentes, lógicas, el tribuno no hubiera conmovido el alma de la multitud, no hubiera cristalizado el *overmind*.

En el plano nacional se llega al *overmind* que Le Bon bautiza —en forma abusiva, dicho sea de paso— como «el espíritu de la raza». Mejor sería «el espíritu de la nación», porque una verdadera nación se forma incluso con etnias muy diferentes, a condición de que la geografía y la historia las hayan mantenido unidas durante un tiempo suficientemente largo. Las diversas naciones de Europa son cada una un agregado de etnias diferentes.

Este «espíritu de la nación» explica el racismo, que es sobre todo una xenofobia exacerbada por las diferencias étnicas, religiosas y otras. Esto explica cómo un hombre inteligente, sensible, sin una pizca de racismo, puede volverse racista.

En el *overmind* se sitúa el verdadero problema de los inmigrantes. El proceso es de una temible fatalidad. Es muy normal que los magrebíes que desembarcan en un país extranjero se aglutinen, por ejemplo en Marsella, en los barrios donde ya viven compatriotas suyos. Es normal también que allí reconstruyan el propio modo de vida. Así agrupados, pronto forman un *overmind* distinto del de los franceses, y como un órgano extraño injertado, suscita una reacción de rechazo. Esta reacción será tanto más violenta cuanto mayor sea el desnivel étnico y de modo de vida en relación con el medio. Por el contrario, si estos mismos inmigrantes se hubieran dispersado por todo el país, a razón de una o dos familias por aldea, no se volvería a crear un *overmind* capaz de suscitar su rechazo. Después de algún tiempo, esos inmigrantes aislados aprenderían la lengua, adoptarían el modo de vida local y serían primero aceptados y luego integrados en el *overmind* circundante, dicho de otra forma, asimilados. Por el contrario, en comunidades numerosas y cerradas, en los guetos de

todo el mundo, la reacción de rechazo es y será siempre el verdadero problema. Tarde o temprano un tribuno, un líder, se levantará y sus discursos apasionados cristalizarán el antagonismo latente: eso sucede siempre. Si por casualidad el hombre sin una pizca de racismo del que he hablado antes asiste a un mitin donde habla ese tribuno —que no es más que un instrumento—, preso en el *overmind* de la multitud, gritará con los lobos. Los motivos racionales invocados, como la criminalidad o la vagancia de los inmigrantes, servirán como causa de las demás quejas, justificadas o no, puesto que son sólo pretextos, racionalizaciones, como dirían los psicólogos. El problema se sitúa en otra parte, en lo irracional.

¿El remedio? Lamentablemente no lo hay. Sería necesario, de entrada, para evitar la formación de *overminds* potentes, impedir que los recién llegados se aglutinen. Pero eso supondría —y no es el caso— que las autoridades locales conocen el fenómeno y tienen en cuenta los gérmenes conflictivos que encierra. Lo mismo sucede con la minoría blanca en África del Sur, que terminará también, fatalmente, por ser rechazada: la fuerza armada apenas puede retardarlo. El hecho del *apartheid*, incluso sin discriminación económica, crea *overminds* muy estructurados, por tanto conflictivos. A menos que oponiendo hábilmente los *overminds* de las diversas etnias negras, los *afrikaanders* las hagan matarse entre sí...

Un psiquismo colectivo puede darse entre dos individuos, como por ejemplo en las parejas y los hermanos gemelos.

Entre los verdaderos gemelos se crea un psiquismo colectivo tal que se puede hablar de una mente única que abarca los dos cuerpos. Un caso extremo, instructivo sin ser envidiable, es el de las hermanas Greta y Freda Chaplin, de York (Reino Unido).

A los 37 años, jamás se han separado, se visten de manera rigurosamente idéntica, caminan al mismo paso, comen los mismos platos al mismo ritmo, levantan simultáneamente su tenedor o su cuchara, terminan su comida al mismo tiempo.

Este sincronismo total, muy raro incluso entre gemelos, adquiere en ellas un relieve particular. Estas gemelas no soportan estar separadas, ni siquiera por unos instantes, y cuando eso sucede, gimen y lloran conjuntamente. Son muy emotivas e impresionables. Los niños del pueblo —¡esa edad es despiadada!— lo saben bien y se divierten asustándolas: ¡entonces se les mojan las bragas al mismo tiempo!

Pero lo más impresionante es cuando hablan (¡ya veces dicen palabrotas!) al mismo tiempo. Sus frases son idénticas casi palabra por palabra, y sincronizadas como si hablaran en estéreo. Este perfecto sincronismo es inimitable, aun cuando dos personas decidieran recitar juntas un texto aprendido de memoria, lo que está excluido en el caso de las hermanas Chaplin, en las que eso sucede cuando están enfadadas o muy excitadas. A veces riñen: entonces se golpean ligeramente entre sí con sus bolsos (idénticos, por supuesto), luego se sientan y lloran a coro una en brazos de la otra... Sólo la hipótesis de un psiquismo único que engloba dos cerebros y utiliza dos cuerpos puede explicar todo esto.

A propósito de gemelos, David Lykken de la Universidad de Minnesota, ha realizado estudios sistemáticos en trescientos casos de verdaderos gemelos, con registros encefalográficos que muestran ondas cerebrales perfectamente idénticas como respuesta a estímulos semejantes. Esto corrobora la hipótesis frecuentemente emitida de que los gemelos se encuentran en comunicación telepática, inconsciente tal vez, pero permanente.

Objeción: «De acuerdo con lo de la psicología de las masas, de acuerdo con lo de una especie de hipnosis colectiva que coloca a los individuos presentes bajo el poder de una personalidad magnética. Pero aceptar la idea de una *entidad consciente autónoma* suprapersonal, con todas las características de un psiquismo (conciencia, memoria, sentimientos), como lo afirma el tantra, es algo completamente distinto...».

¡Una familia extraña!

Muy bien, pero entonces, en lugar de escuchar a un tántrico, escuchemos a un occidental, a uno de los grandes del psicoanálisis, el suizo Carl-Gustav Jung (1875-1961).

¡Familia rara los Jung! El joven Carl-Gustav pasó su infancia y su juventud en un presbiterio de campo, pues su padre, Paul-Achille, era pastor protestante. Su madre era fea, obesa, autoritaria y altanera, al contrario de la madre de Freud, que era joven y bella. Sin duda por eso Jung encontraba absurda la afirmación de Freud según la cual cada niño está enamorado de su madre. Sin embargo esto no impedirá que Jung escriba: «Todo lo que hay de original en el niño está por así decirlo indisolublemente confundido en la imagen de la madre... Es el acontecimiento absoluto de la serie de los ancestros, una verdad orgánica como la relación de los sexos entre sí» (Jung, p. 37).

Su abuelo materno, Samuel Preiswerk, teólogo hebraísta, se casó en segundas nupcias con Augusta Faber, a la que hizo trece (!) hijos. Este abuelo estaba, o creía estar, en relación con los espíritus de los difuntos: así, en su gabinete de trabajo, un asiento vacío estaba exclusivamente reservado al espíritu de su primera mujer que, según él, lo visitaba cada semana, lo que apenas mucho a su segunda esposa, que le había dado trece hijos, mientras que la primera sólo le había dado uno. En cuanto a su abuelo paterno, que se llamaba también Carl-Gustav, era una figura legendaria en Basilea: fue uno de los médicos de moda, rector de la universidad y Gran Maestro de la Masonería suiza. Aunque nunca lo conoció, con él se identificó el joven Carl-Gustav, que se hizo médico y no pastor como su padre. En esta extraña familia, su prima Hélène Preiswerk era médium espiritista. Jung hizo experiencias con ella hasta el punto de convertirla en el tema de su tesis de medicina. Confesemos que el conjunto forma un cóctel bastante sorprendente...

Esta digresión biográfica es instructiva antes de abordar uno de los conceptos junguianos más conocidos, pero tal vez el menos comprendido, el del inconsciente colectivo. Entre nosotros, habría hecho mejor en llamarlo «supraconsciente colectivo», como lo veremos, reflexionando acerca de los siguientes extractos de sus obras. Subrayo aquí —es importante— que Jung era racionalista, pragmático, lo cual, sobre todo en este terreno, es una cualidad preciosa... Decía: «No puedo creer en lo que no conozco, y no tengo necesidad de creer en lo que conozco». O bien: «Sabéis que no soy un filósofo, sino un empírico. De modo que mi noción del inconsciente colectivo no es un concepto filosófico, sino empírico» (Jung, p. 32).

Ahora bien, su inconsciente colectivo y el *overmind* del tantra ¡se parecen como dos gotas de agua!

«El inconsciente colectivo se me presenta como un *continuurn* omnipresente, un# presencia universal sin extensión. [...] Encierra uno al lado del otro, de manera paradójica, los elementos más heteróclitos, disponiendo además de una masa indeterminable de percepciones subliminales, estratificaciones depositadas en el curso de la vida de los ancestros que, por su sola existencia, ha contribuido a la diferenciación de la especie» (Jung, p. 6).

«Si el inconsciente pudiera ser personificado, tomaría los rasgos de un ser humano colectivo viviente al margen de la especificación de los sexos, de la juventud y de la vejez, del nacimiento y de la muerte, compuesto por la experiencia humana casi inmortal de uno o dos millones de años. Este ser planearía sin duda por encima de las vicisitudes de los tiempos. El presente tendría tanto significado para él como un año cualquiera del centésimo milenio antes de Cristo; sería un soñador de sueños seculares y, gracias a su experiencia desmesurada, un oráculo de pronósticos incomparables. Porque habría vivido la vida del individuo, de la familia, de las tribus, de los pueblos un número considerable de veces y conocería —como un sentimiento viviente— el ritmo del devenir, de la expansión y de la decadencia.

»[...] Este ser colectivo no parece una persona, sino más bien una especie de onda infinita, un océano de imágenes y de formas que emergen a la conciencia en ocasión de los sueños o de estados mentales anormales.

»Sería equivocado querer tratar de ilusorio este sistema inmenso de experiencias de la psique inconsciente; nuestro cuerpo visible y tangible es también un sistema de experiencias totalmente

comparable que oculta todavía las huellas de los desarrollos datados en las primeras edades...» (Jung, p. 6).

El tantra personifica *este* ser bajo la forma de Shiva-Shakti y se corresponde, en general, con el Animus-Anima de Jung.

Y sigamos con un texto admirable: «No puedo sino llenarme del más profundo asombro y de la mayor veneración cuando me mantengo en silencio ante los abismos y las alturas de la naturaleza psíquica, mundo sin espacio y que oculta una abundancia inconmensurable de imágenes amontonadas y condensadas orgánicamente durante los millones de años que hace que dura la evolución viviente. [...] Y estas imágenes no son sombras laxas, son condiciones psíquicas cuya acción es poderosa, que desconocemos, pero a las que no podemos privar de su potencia por mucho que las neguemos» (Jung, p. 10).

O todavía:

«El inconsciente supranatural que está repartido en toda la estructura del encéfalo es una especie de espíritu omnisciente y omnipresente que se expande por todas partes. Conoce al hombre tal como ha sido siempre y no como es actualmente. Lo conoce como un mito. Por esta razón, la conexión con el inconsciente suprapersonal o colectivo significa una extensión del nombre más allá de sí mismo; esto significa la muerte de su ser personal y su renacimiento en una nueva dimensión, como era exactamente representado por algunos misterios antiguos» (Jung, p. 59).

Para el tantra, lo importante no es saber que el su-praconsciente colectivo existe, sino abreviar directamente en esa fuente de creatividad, de verdadero saber, de potencia. Por otra parte, Jung conocía el tantra, que le hizo comprender toda la riqueza iniciática de los símbolos tántricos y le hizo descubrir el *mándala* y los arquetipos, otro concepto central de la psicología junguiana.

El impacto de Oriente

Jung presintió también el impacto del Oriente en nuestro mundo moderno: «La intrusión del Oriente es más bien un hecho psicológico preparado históricamente desde hace mucho tiempo, pero no se trata en absoluto del Oriente real, sino del hecho del inconsciente colectivo, que es omnipresente.

»[...] Las verdades del inconsciente nunca se inventan, sino que se alcanzan siguiendo un recorrido que todas las culturas anteriores, remontándose hasta las más primitivas, han descrito como el camino de la iniciación» (Jung, p. 7).

Así el *overmind* no es exclusivo del tantra, aunque sea uno de sus ejes. El *overmind* nos da acceso a ciertas nociones, poco comprensibles de otra forma. La Iglesia católica no lo ignora. En el catecismo, cuando el vicario de la parroquia, cuya sotana olía a tabaco, nos hablaba al pasar del «cuerpo místico de Cristo», nos decía que cada católico, cada miembro de la Iglesia, es una célula viviente en este cuerpo místico. Luego no lo mencionaba más. ¿Tal vez suponía con alguna razón, sin duda, que los niños no podríamos captar de qué se trataba realmente?

¿Pero había comprendido él mismo esta noción esencial? En efecto, todos los católicos, desde el origen de la Iglesia hasta nuestros días y por todo el tiempo que haya creyentes, están englobados en ese supraconsciente colectivo extraordinario, donde se zambullen y se fortifican cada vez que asisten a un oficio religioso; de ahí la importancia otorgada —justamente— a la *presencia física* de los fieles en la misa dominical. Ese cuerpo místico se habría constituido *incluso* si Jesús no hubiera existido, *incluso* si hubiera sido «inventado» totalmente. Por otra parte, ¿sabemos *quién* era realmente? ¿Y acaso tiene importancia?

Otra vez Jung:

«Muy pronto, el verdadero Jesús, el hombre, desapareció detrás de las emociones y proyecciones que se arremolinaban en torno a él, venidas de todas partes; de inmediato y prácticamente sin dejar

huellas, fue absorbido por los sistemas religiosos circundantes y modelado como su intérprete arquetípico. Se convirtió en la figura colectiva que el inconsciente de sus contemporáneos quería ver aparecer y, por esa razón, no nos interesa saber quién fue *realmente*» (Jung, p. 57).

Con el correr de los siglos, ese cuerpo místico, ese *overmind*, se impregnó con el ritual de los oficios, pues tiene una memoria que encabalga los siglos. Entonces, ¿ha tenido razón la Iglesia al renunciar abruptamente al canto gregoriano que ha resonado durante tantos siglos bajo las bóvedas de las catedrales y en las almas de los fieles y que impregna todavía la memoria de ese gigantesco *overmind*? Eso explica también la inercia, debida a los siglos, de la Iglesia frente a ciertos problemas modernos. No se cambia fácilmente, ni impunemente, un *overmind* tan formidable...

¿Qué relación hay entre todo lo que precede y el tantra que no sea en teoría? Dejo que se exprese la pareja tántrica formada por Arvind y Shanta Kale:

«De esa fuente oscura el poeta saca su inspiración, el jugador su instinto, y la telepatía su extraño contacto con otros *minds*, otras mentes». Parece que todos los humanos están telepáticamente conectados y, en este nivel, la relación es tan cercana como la que existe entre las células que forman el cuerpo.

»Según el esoterismo tántrico, ese *overmind* es el depositario y el receptáculo de toda la memoria de la humanidad, y quien llegue a contactar con ese *overmind* conocerá la totalidad de la experiencia y del saber humanos, así como de los sentidos, los pensamientos y las capacidades de todo hombre y toda mujer que vive hoy y que ha vivido en el pasado.

»Porque este *overmind* es racial, no es individual. Forma un único *Nosotros* que incluye al Macho y a la Hembra cósmica de los orígenes. El tantra dice que durante esos instantes en que el *ego* se disuelve, justo antes del orgasmo, los *minds*, las mentes de la pareja entran en contacto fugaz con ese *overmind*. Entonces, todo hombre se convierte en el Macho no inhibido de los orígenes, y la mujer en la Hembra de los orígenes. Los dos se funden en un éxtasis que se autoperpetúa y, en ese momento, su *ego* se pierde en el gran Todo, lo cual es el objetivo de todas las grandes religiones.

»Por eso el tantra se sirve del encantamiento sexual para atravesar la cascara protectora del *ego*, disolver las inhibiciones y beber en la fuente de los poderes oscuros de ese *Overmind* omnipresente.»

Más allá de la experiencia de la pareja, la *chakra pūjā*, la adoración en círculo, crea un potente *overmind* en los dieciséis participantes que disuelve más certeramente la cubierta impenetrable del *ego* despertando al mismo tiempo las potencias extraordinarias de la Kundalinī.

Mi cuerpo, un universo desconocido

El cuerpo es la piedra angular de la catedral tántrica. Para el tantra, no es el humilde servidor, ni la «temblorosa carcasa» a la que Turenne se dirigía durante la batalla, ni la antítesis de lo espiritual, sede de apetitos groseros, miseria a la que habría que someter y mortificar para salvar el alma.

Para el tantra, el cuerpo es mucho más que un maravilloso instrumento de manifestación, o un admirable mecanismo biológico, es divino. ¿Divino mi cuerpo? Como mucho, de acuerdo con «divinizar» el cerebro, sede de la conciencia, pero las tripas: ¡no exageremos! Y sin embargo...

Para captar la clave del tantra, hay que comprender que:

- mi cuerpo real es, de hecho, un universo de una complejidad extraordinaria, cuya vida secreta desconozco;
- mi cuerpo vivido es una simple imagen, un esquema, una construcción mental, y es el único aspecto que conozco;
- mi cuerpo es producido y animado por una Inteligencia creadora, la misma que suscita y

preserva el universo, desde la más ínfima partícula subatómica a la más gigantesca de las innumerables galaxias;

•mi cuerpo guarda, en sus profundidades ocultas, potencialidades insospechadas, energías extraordinarias, que en su mayoría quedan sin cultivar en el hombre común, pero que la práctica tántrica despierta y desarrolla.

Objeción: ¿Desconocido, ese cuerpo que siento vivir y palpitar, del que sé si tiene hambre o sed, si sufre o goza? ¿Cómo puede pretender el tantra que no lo conozco?

Respuesta: el cuerpo vivido, percibido, es una simple representación mental que no tiene mucho que ver con la grandiosidad del cuerpo real.

Razonemos. Me quito mi reloj de pulsera y lo pongo sobre la mesa. Sin dudar, estoy en presencia de dos relojes: el reloj-objeto (exterior) y el reloj-imagen (interior) que observo en mi mente. El reloj-objeto, el de los físicos, el verdadero, se compone de átomos que se resuelven en ínfimos granos de energía. Desde Einstein se sabe que la materia, que nos parece tan tangible y concreta, es energía, pero sobre todo vacío, pues, como escribí anteriormente, suprimiendo el espacio que hay entre las partículas atómicas, nuestro planeta cabría, parece ser, en un dedal, manteniendo la misma masa. Mi reloj-objeto *real*, por lo tanto es vacío, un campo de fuerzas turbulentas que mi intelecto renuncia a representarse. Aun sabiendo todo eso experimentalmente, el físico nuclear no es un privilegiado: sólo «ve», igual que yo, su reloj-imagen interior, tranquilizador, compacto, que sólo existe en su cerebro, o mejor dicho en su mente, según el pensamiento indio. El reloj-imagen oculta tras un velo el reloj-objeto, y ese velo es la *maya* del vedanta.

Y llego a un punto crucial concerniente a mi cuerpo, ¡pues yo también tengo dos cuerpos! Un *cuerpo-objeto* (desconocido) y un *cuerpo-imagen* (vivido) y los confundo a los dos. O más bien, ignoro completamente el primero. Es menos difícil captar esta sutileza —perdón, esta verdad fundamental— observando a otra persona. Entonces, lector, obsérveme a mí contemplando mi reloj de pulsera, que he dejado sobre la mesa. ¿Cómo se opera la percepción? Es simple, al menos en apariencia: la luz rebota sobre el objeto y golpea en mi retina, que envía el mensaje, bajo la forma de impulsos eléctricos, a través del nervio óptico, hasta la corteza cerebral. Así surge el reloj-imagen que yo miro, en alguna parte de mi cabeza, desde mi mente. Pasmosa comprobación: toda mi vida contemplo las *imágenes* del mundo exterior en mi mente creyendo que veo el mundo exterior; es sorprendente y sin embargo cierto. Se objetará que esto no constituye diferencia alguna porque creemos que uno es el reflejo exacto del otro, así como la imagen del paisaje reflejado en el espejo es idéntica al paisaje real. Y se supone que lo mismo sucede con las imágenes del mundo exterior que surgen en mi mente. Es un tremendo error. En efecto, estas imágenes se corresponden tan poco —o tanto— con la realidad exterior como el plano de una ciudad con la ciudad misma y sus habitantes: es un simple esquema utilitario.

¡Ahora hay que prestar atención! Doy un paso más y me coloco el reloj en la muñeca. ¿Qué sucede? Nada ha cambiado: sigue siendo una imagen en mi mente. Pero, ¿y la muñeca? Aquí también he de hacer una distinción entre mi muñeca-objeto, material, compuesta de energía y de vacío, y mi muñeca-imagen, la que está en mi mente. En este estadio del razonamiento, muchas personas se inquietan, y las comprendo, pues yo he necesitado meses para poder distinguir verdaderamente los *objetos* exteriores de su *imagen* interior, para comprender que se trata de dos fenómenos totalmente distintos aunque imbricados.

¡Y aquí reside la dificultad! De acuerdo, pensamos, el reloj-objeto real, exterior, es una cosa, el reloj-imagen interior es otra, y en realidad, la única que «conozco». Para la vida práctica me basta: no hay necesidad de sutiles distinciones entre reloj-objeto y reloj-imagen, puesto que eso no me impide mirar la hora. En cuanto a mi cuerpo, es diferente: lo *siento*, por tanto soy «yo», ¿no? Eso es lo que se piensa habitualmente, pues es normal y natural extraer, en cierto modo, el cuerpo del mundo exterior: por una parte, están mi mente y mi «yo» asociados al cuerpo, y por otra, «afuera», todo el resto, la multitud de seres y de cosas. En el pensamiento, artificialmente, aíslalo así mi cuerpo

del resto del mundo, cuando no es más que un agregado de átomos tan materiales y comunes como los de todos los objetos del mundo exterior con los que estoy en continua relación de intercambio: día y noche, absorbo moléculas de aire y de alimento y expulso otras tantas. Mi cuerpo es un edificio que conserva su forma a la par que, sin cesar, va reemplazando los ladrillos. Es una evidencia mal conocida: mi cuerpo forma parte del mundo material, del que es indisoluble, es un engranaje en la inmensidad cósmica. Por supuesto, mi relación con la materia de mi cuerpo es particular. Mi cuerpo, aunque material, es ese lugar privilegiado del espacio donde el «yo» estructura la materia, donde el «yo» construye ese cuerpo humano. «Yo» entre comillas, pues, hay que decirlo, no se trata de mi pequeño propio yo, sino más bien de la Inteligencia superior del cuerpo que lo suscita y lo mantiene. Sin embargo, soy «yo mismo» y no algún agente externo o metafísico quien lo hace. Independientemente de toda religión o filosofía, es innegable que mis planos de existencia, cualesquiera que sean, se integran en mi cuerpo, aunque mi fe me lo haga considerar como algo más que simple carne mortal. Ese cuerpo *real*, lo repito, es un universo desconocido, gigantesco a escala celular, que sobre todo no hay que confundir con el cuerpo-imagen de la mente. Seguramente, al principio, es difícil digerir esto, pues parece contradecir la experiencia de todos los días. El plano de la ciudad, simple esquema, tiene cierta relación con la ciudad —el plano de París no es el de Londres—, ¡pero nadie confunde una ciudad con su plano! Sin embargo es lo que se hace en el nivel de la imagen del cuerpo en la mente. Mi cuerpo vivido es un plano, un esquema, muy pertinentemente llamado «esquema corporal», distinto del cuerpo-objeto real.

¡Demos un paso más! Torpe: en lugar de dar en la cabeza del clavo, me doy con el martillo en el dedo. ¡Ay! No me diga ahora que este dolor sólo es una imagen en mi mente y que un martillo hecho de vacío me ha golpeado el dedo, también vacío. ¡Sin embargo es así! En realidad, siento dolor en la imagen de mi dedo dentro de la imagen de mi cuerpo, ¡en alguna parte de mi mente! Pues, fisiológicamente, mi dedo «real» no experimenta ningún dolor. Los nervios tocados envían el mensaje hacia el cerebro, que lo traduce en dolor. Así, en alguna parte de mi mente —y sólo allí— nace la imagen del dolor dentro de la imagen del dedo, en la imagen de mi cuerpo. Nueva objeción: ¡pero a mí me duele! Cierto. ¡Sin embargo, algunas sectas —y conozco adeptos— enseñan técnicas que permiten transformar el mensaje «dolor» en goce! Se clavan ganchos en el cuerpo con deleite... (Preste atención, *eso* no es el tantra.) Bajo hipnosis, es elemental invertir las percepciones del sujeto, por ejemplo insensibilizarle totalmente un brazo y clavarle agujas sin que el hipnotizado experimente ningún dolor. Que el dolor nos parezca un hecho de experiencia ineluctable no impide que sea un *hecho mental puro*, lo que no es sinónimo de irreal en absoluto.

En la Biblia (*Gen.*, III, 16) Dios maldijo a la mujer: «Multiplicaré tus sufrimientos, sobre todo los del embarazo, y parirás con dolor». Los dolores del parto tienen la reputación de estar en el límite de lo soportable. Y sin embargo, un obstetra inglés, el doctor Carold Reed, llega a reducirlos y hasta a suprimirlos pidiendo a la mujer —paradójicamente— que se concentre en las contracciones uterinas. Durante todo el tiempo que la mujer hace abstracción de las ideas socialmente implantadas de sufrimiento asociado al parto, no experimenta un dolor verdadero. Si, por el contrario, pensara en el dolor, para resistir se contraería y sufriría. Capaz, gracias a los ejercicios prenatales, de sentir las contracciones del útero como contracciones musculares normales, las acepta, se abandona a ellas y no sufre realmente. La Shakti tántrica va aún más lejos. Vive intensamente su embarazo, participa conscientemente en el desarrollo de la nueva vida dentro de su vientre, sabiendo que en el momento del parto, confiando y dejando actuar a la Inteligencia superior del cuerpo, escapará a la maldición bíblica.

Esto nos lleva a esa Sabiduría suprema del cuerpo. Hombre o mujer, debo tomar conciencia de que mi cuerpo es *un agregado de miles de millones de células*, todas vivas, todas conscientes, todas inteligentes, cuya vida profunda, secreta, siempre ignoraré...

Vuelve, pues, la pregunta. "¿por qué preocuparse entonces puesto que la cosa funciona? (¿Es que siempre marcha tan bien?) ¿Por qué preocuparme de ese *cuerpo real* diferente del *cuerpo vivido*? ¿Y si dejáramos todo esto a los filósofos? Sería una pena, pues ese cuerpo real desconocido es un mosaico extraordinario de poderes inexplorados, ¡y esto desemboca directamente en la práctica

tántrica!

La sabiduría del cuerpo

¿Qué es, pues, esta Inteligencia superior, esta Sabiduría suprema que habita mi cuerpo real, que ES mi cuerpo real? No es una abstracción intelectual, no es una fría especulación filosófica, sino más bien una realidad viviente. Para acercarnos a ella concretamente, propongo al lector dos experiencias impresionantes.

La primera es enfocar un telescopio, incluso de aficionado, en una noche tibia de verano, en el cielo sembrado de miríadas de estrellas, y tomar conciencia de que cada punto luminoso es un Sol, un Sol cuya luz ha viajado durante miles o millones de años luz antes de llegar a nosotros.

En resumen, esta imagen del cielo es más antigua que la raza humana sobre nuestro planeta, ínfimo polvo cósmico que gravita alrededor del Sol, estrella más bien modesta. Tal vez centenares, incluso miles de planetas desconocidos gravitan alrededor de otros soles. Tal vez están poblados por especies vivientes que siempre nos serán desconocidas, y viceversa. Si nuestro Sol ahora explotara —cataclismo ridículo a escala cósmica— pasarían milenios antes de que la información alcanzara a algún otro planeta desconocido que está girando alrededor de una estrella lejana. Por lo demás, algunas estrellas que vemos hoy han dejado de existir hace mucho tiempo y lo ignoramos. Así, nuestro «presente» está hecho de innumerables «pasados»...

La segunda experiencia, aunque más cercana a nosotros, no es menos fantástica: observar una gotita de esperma —el propio, preferentemente— con el microscopio. Pídale prestado a su hijo ese pequeño microscopio que usted le ha regalado, ponga la gotita sobre una lámina de vidrio, ilumine, pegue el ojo al ocular y... sorpréndase. Sorpréndase ante el espectáculo de millares de renacuajos genéticos que se agitan frenéticamente a la búsqueda de un óvulo inhallable. El esperma, tan simple de aspecto, es en verdad un fluido mágico: piense que *cada «renacuajo» lleva en sí toda la herencia del lector*, toda su historia y la de *todos* sus antepasados, sin duda incluso la de la vida desde sus orígenes. Piense también el lector que cada espermatozoide podría fecundar un óvulo y engendrar un bebé. Por último, piense que, además de ese pasado immemorial, cada minúsculo renacuajo lleva en potencia el porvenir de la humanidad, la suerte de las generaciones futuras. Y ahora, ¿encuentra el lector palabras para calificar esta grandiosa realidad? Si algún día, un superhombre emerge del hombre actual, tan diferente de nosotros como nosotros lo somos respecto de nuestro antepasado de Cro-Magnon, evolucionará forzosamente a partir del potencial genético actual, incluido en cada espermatozoide.

Insisto: el «cada» es esencial. Ahora, tomemos uno de esos gametos, luego convoquemos a todos los premios Nobel del planeta, démosles crédito ilimitado, construyamos para ellos un laboratorio complejísimo y desafíémosles a fabricar *un solo* espermatozoide idéntico al que hemos extraído. ¿Podrían hacerlo? En el estado actual de la ciencia y de la tecnología la respuesta es *no*, y dudo que suceda otra cosa en el futuro. Pero, durante decenas de años, dos modestos órganos, de mal aspecto, los testículos, producen noche y día a razón de treinta mil o *mis por segundo*: ¡una eyaculación libera hasta quinientos millones! ¡Sí, quinientas veces un millón! ¡Como para inseminar artificialmente a millones de mujeres! Fantástica carrera de la vida, increíble maratón donde el único vencedor, absorbido por el óvulo, inmortaliza a su vez a todos los demás y a la república celular de donde ha salido...

Pero aquí están, ante su vista, estos espermatozoides. Advierta el lector que su, perdón, nuestra historia personal ha comenzado por el encuentro de uno de esos microscópicos renacuajos con un óvulo de una décima de milímetro de diámetro, en el útero materno... Ahora bien, los testículos no son robots, son órganos vivientes cuyo trabajo inteligente supera tanto el entendimiento como la imaginación. Es ella, la Inteligencia suprema del cuerpo, del cuerpo desconocido, quien trabaja en silencio, sin jactarse, sin laboratorio, a la temperatura del cuerpo, a presión atmosférica normal. Tan discreta que hasta muy recientemente el hombre, el macho, ha ignorado su función exacta en la

procreación mientras que el cuerpo la conocía desde siempre, pues si no estaríamos aquí. ¡Y todo eso sucede tanto en los testículos del idiota del pueblo como en los de Einstein, tanto en los del criminal como en los del santo!

Ahora habría que evocar el trabajo sumamente complejo de cada órgano. Me limitaré a los increíbles logros bioquímicos de cada célula hepática, que realiza simultáneamente centenares de operaciones de química orgánica ultracomplejas, sin que nos demos cuenta en el nivel consciente. He evocado la espermatogénesis porque en ella la Inteligencia cósmica actúa en el nivel más creador, puesto que se trata de la procreación. Esta energía colosal, con sede en el polo de la especie, es sexual: es la Kundalinī, o al menos una parte de ese concepto central común al tantrismo y al yoga.

¡Podemos ver así la magnitud del abismo que separa la conciencia cerebral discursiva, empírica, la misma que realiza todos estos hermosos razonamientos, de la Sabiduría última del cuerpo, infalible, cuya ciencia infusa ignora sin embargo la menor fórmula química!

Tomemos a un biólogo, especializado en el páncreas. A pesar de sus largas y pacientes investigaciones, a pesar de sus estudios, en su espíritu muchas preguntas quedan sin respuesta. Ahora bien, durante ese tiempo, la Inteligencia de su propio páncreas cumple todas las funciones, infaliblemente, como quien juega.

Uno de los objetivos del tantra consiste en poner al yo empírico en contacto consciente y confiado con la Inteligencia superior del cuerpo. Es una clave secreta del *hatha yoga*.

El cuerpo-universo es sagrado

Nueva paradoja: para acercarme más a esta Sabiduría última del cuerpo real, debo desarrollar mi cuerpo vivido, enriquecer mi esquema corporal. Al comparar a este último con el plano de una ciudad, hubiera debido precisar que, mientras que el plano es estático, existe una *relación dinámica recíproca* entre el esquema corporal y el cuerpo real. Yo manipulo mi cuerpo-objeto a partir del cuerpo-imagen, y viceversa. ¿Cómo desarrollar esta relación? Es muy simple: durante las *āsanas*, por ejemplo, basta con interiorizarse, estar a la escucha del cuerpo, recoger un máximo de sensaciones para volverse cada vez más consciente de ellas. Así armonizo mi yo consciente con el trabajo genial de la Inteligencia superior del cuerpo, que es cósmica y divina. Para el tántrico, el cuerpo está habitado por Shakti, la Energía personificada, la Inteligencia cósmica suprema. Incluso en sus más humildes necesidades fisiológicas el tántrico percibe su obra; no goza por sí mismo, por su ego; siente y sabe que Shakti goza a través de él, se encarna en él, aunque él sea un hombre. Al proponer el esperma a la observación del lector, parece que favoreciera a los gametos masculinos... He sugerido el esperma en primer lugar porque es mucho más fácil que tomar un óvulo, y en segundo lugar porque ver hormiguesear un charco de renacuajos es mucho más espectacular que observar un solo óvulo...

En el ritual tántrico, la primera etapa consiste en meditar sobre la «divinidad» corporal de mi pareja y de mí mismo. En el *maithuna*, cuando los sexos se unen, esa relación es vivida como un acontecimiento prodigioso, sagrado, que implica al conjunto de las dos repúblicas celulares con sus innumerables millones de sujetos. Cuando más se prolonga y se intensifica la unión, más profunda es la participación de cada célula en el acontecimiento. El *maithuna* tántrico integra los dos conjuntos celulares en uno solo, reconstituyendo así el andrógino primitivo, el Adán bíblico, macho y hembra a la vez.

Mejorar la relación entre la Inteligencia superior del cuerpo y el yo consciente desarrolla mi confianza en ella, y adquiero así poco a poco una intuición certera que me guía en la vida. Esto se admite sin demasiadas reticencias.

Por el contrario, ¿cuál es la utilidad de comprender que el cuerpo-objeto real forma parte del mundo exterior, que es un vasto conglomerado de energía, un universo desconocido distinto del

cuerpo-imagen? Retrocedamos un poco: admito, en rigor, que no «conozco» de mi cuerpo más que su imagen en mi mente; pero, ¿no hay una última correspondencia entre el cuerpo-imagen y el cuerpo-objeto? Cuando levanto mi brazo «mental», ¿mi brazo «real» no hace lo mismo? ¿Qué interés tiene distinguirlos?

Este interés es enorme. Evidentemente el movimiento imaginado, vivido, y el movimiento real del cuerpo concuerdan. Sé también que un acto tan simple como levantar un objeto implica una coordinación neuromuscular muy compleja, pero puesto que «la cosa funciona», ¿para qué romperse la cabeza con el tema?

Para comprender mejor esta utilidad, retomo mi razonamiento y vuelvo a partir del mundo exterior mirando a mi alrededor. En la habitación donde escribo este texto, los diversos objetos — escritorio, silla, teléfono, libros, carpetas, etc.— son para mí otras tantas entidades distintas, estáticas, pero sobre todo las sitúo «fuera» de mí. En realidad, «yo» veo en alguna parte de mi cerebro, o más bien en mi mente, la imagen de esta habitación y de su contenido y proyecto ahí, además, la imagen de mi cuerpo.

Pero afuera, verdaderamente «afuera», ¿qué hay? Veamos en primer lugar lo que no hay. Afuera, no hay ni luz, ni colores, ni sonidos, ni olores, ni calor, ni frío. No es fácil de admitir, de acuerdo, y en este punto del razonamiento se objeta con frecuencia que «puesto que todo el mundo ve lo mismo, por tanto se trata del mundo exterior concreto». ¿Seguro? Ciertamente es muy probable que todos los seres humanos creen en su mente, a partir de los mismos objetos exteriores, imágenes bastante semejantes. Pero, ¿en qué se convierte ese mismo universo exterior, visto «a través» de un organismo dotado de órganos de los sentidos diferentes, por ejemplo a través de un perro, un gato o una abeja? ¿En qué se convierte esta taza en la mente de una abeja, cuyos ojos, de cientos de facetas, perciben el ultravioleta? Nadie lo sabrá jamás, a menos que se convierta en abeja. Por supuesto, fuera, hay muchos fotones, granos de luz guiados por ondas, pero la claridad, los colores, *son fenómenos interiores, mentales*. Afuera, el aire vibra, pero los sonidos sólo nacen y existen en la mente. Afuera hay sustancias odoríferas, pero el perfume es mental. A esto suele replicarse: «Sin embargo, cada uno huele el mismo aroma de la sopa que bulle en la marmita y a cada uno se le hace la boca agua. ¿Cómo creer entonces que sólo existe en la mente?»

Lo he comprendido particularmente observando, en la India, los buitres de cuello descarnado desmenuzando una carroña con su pico ganchudo. Para nosotros eso es un asco. ¿Pero pasa lo mismo en la mente del buitre? Ciertamente no. Para él, la carroña emite un aroma delicioso y debe asombrarse de esos extraños bípedos que se apartan de ella con horror en lugar de deleitarse. Por tanto, las mismas moléculas exteriores, bien reales, se convierten en mal olor en la mente humana, y en delicioso aroma en las aves carroñeras. ¡Lo mismo pasa con el gusto! Al tragarse un bocado de carroña, sin duda el buitre considera, como nosotros de un queso, que está en su punto. El mismo razonamiento vale para todos los otros sentidos.

Un extraño universo viviente

La idea de que el mundo exterior, aunque bien real, está desprovisto de colores, es silencioso y no tiene aromas al principio desconcierta, es verdad. Resulta extraño pensar que, afuera, no reina ni siquiera la oscuridad sino la ausencia de luz, eso es todo. Además, desde que se comprende *realmente* que el menor objeto real exterior es de una formidable complejidad, que es un potente campo de fuerzas (liberada, la energía atómica incluida en un grano de arena equivaldría a la explosión de una carga de plástico), de golpe la visión del mundo y la relación con él se tambalean, *lis fronteras entre los seres y los objetos se disuelven*, se convierten en nubes de energía, campos de fuerza. Advierto entonces que este libro, lejos de ser un objeto inerte, es en realidad un proceso dinámico en relación permanente con el entorno, con el cosmos. Esta visión es crucial. Todo objeto material es dinámico, todo evoluciona, todo está relacionado con todo, todo influye en todo.

¡Qué decir entonces de los seres vivos! Mi cuerpo también, detrás de una aparente inmutabilidad

relativa, encierra un proceso, un acontecimiento importante. Parcela del cosmos en movimiento, cambia a cada instante. Su esencia es un dinamismo inteligente vinculado con el todo. El mundo de los objetos y de los seres no está hecho de unidades aisladas, sino más bien de procesos dinámicos en perpetuo cambio unitario. El árbol es un campo de fuerzas que entra inmediatamente en relación de intercambio conmigo, otro cambio de fuerzas. Un paseo por el bosque se convierte en una experiencia nueva, pues siento que mi cuerpo forma parte del bosque.

Dentro de esta perspectiva, el acto sexual tántrico es vivido de manera muy diferente al ordinario, el profano. En el tantra, no es el hombre el que «hace» el amor —más o menos bien— con la mujer, sino que dos repúblicas celulares, dos universos, se unen. El hombre y la mujer están conectados entre sí, los intercambios se hacen en todos los planos. Gozar es entonces un subproducto no esencial. En lugar de estar centrado en su placer egoísta, cada uno se abre al universo corporal del otro como al suyo propio. El orgasmo no se rechaza, pero no tiene importancia real, ni para Shakti, ni para Shiva. El *maithuna* tántrico, ritualizado, sacralizado, crea así una relación muy diferente al contacto profano, gracias a esta actitud contemplativa del otro y del acontecimiento que constituye la unión.

Entre los occidentales, Alan Watts ha captado bien esta actitud alternativa. Traduzco los extractos siguientes de su *Nature, Man and Woman* (p. 165) en lugar de citar la edición francesa, *Amour et connais-sanee*, que no corresponde al original:

«Vivido en total apertura de espíritu y de sentidos, el amor sexual se convierte en una revelación. Mucho tiempo antes de que se produzca el orgasmo masculino, la pulsión sexual se convierte en lo que podría describirse, psicológicamente, como una cálida fusión de la pareja: él y ella parecen fundirse verdaderamente uno dentro del otro. [...] Nada se hace para que las cosas se produzcan. Sólo hay un hombre y una mujer que exploran sus sensaciones espontáneas, sin idea preconcebida en cuanto a lo que debería pasar, pues la contemplación no concierne a lo que *debería* suceder sino a lo que *es*. En nuestro universo de relojes y de horarios, el único elemento técnico verdaderamente importante es tener tiempo. No se trata tanto de "tiempo de relojes" como de "duración psicológica", es decir, una actitud donde se deja que las cosas se produzcan a su tiempo. Se trata de establecer una corriente de intercambios entre los sentidos y su objeto, sin prisa, sin ningún deseo de posesión. En nuestra cultura, donde falta esta actitud, el contacto es breve, el orgasmo femenino raro, el del hombre demasiado precoz, "forzado" por movimientos prematuros.

»La relación contemplativa inmóvil prolonga los intercambios casi indefinidamente, frena el orgasmo masculino sin molestias, no obliga al hombre a apartar forzosamente su atención del acto. Además, una vez habituado a este enfoque, se podrá ser muy activo, durante mucho tiempo, gratificando así a la mujer con un máximo de estimulación.»

Aunque esto no sea el tantra, donde este intercambio contemplativo es un simple preliminar, su mérito esencial es otorgar tiempo a la experiencia, lo que resulta indispensable para la participación total de cada célula. ¡Implicar a cada fibra del cuerpo de cada uno de los miembros de la pareja lleva más de cinco o diez minutos! Según el sexólogo Kinsey, el coito de la pareja norteamericana mecha dura menos de 10 minutos en el 74 % de los casos, y menos de 20 minutos en el 91 % de los casos. ¡Más bien pobre para una fusión cósmica! ¿Es mejor en Europa? Me permito dudar.

Durante ese contacto prolongado, la relación sexual evoluciona en tres planos:

- el mental empírico, que participa en el juego y experimenta placer;
- el habitualmente inconsciente, de las profundidades del cuerpo, que toda experiencia lograda marca con un sello indeleble;
- el plano psíquico, donde la contemplación establece una fusión íntima en las profundidades del inconsciente (*manomaya kosha*).

¿La diferencia? Para juzgarla, hay que comparar la unión tántrica con la unión profana, ese galope hacia el orgasmo obligatorio, hacia la eyaculación, espasmo reflejo sin interés tántrico. Qué

poco interesante resulta ese breve «estornudo de los riñones», comparado con la extática contemplación sacralizada, palabras que utilizo con reticencia porque hoy están teñidas de resabios místicos. Ahora bien, todo éxtasis místico es sexual, incluso los de santa Teresa de Ávila. Es significativo que, con mucha frecuencia, el místico describa su éxtasis en términos eróticos, lo que es incongruente dentro de nuestro contexto cultural, obsesionado por la antinomia (ficticia) entre el sexo y el espíritu. Molestos, nos explican que ese lenguaje es simbólico. Sonrisa de entendimiento de los tántricos...

Sin embargo, algunas visiones místicas son verdaderamente simbólicas. Cuando santa Teresa dice: «Un ángel de gran belleza, con su lanza de punta inflamada, me ha atravesado hasta el corazón», ¡es innecesario llamar a Freud en nuestra ayuda para descifrarlo!

Reflexionando, es injusto dar por sentado que Alan Watts no es verdaderamente tántrico. Es relativamente cierto, porque excluye todo ritual tántrico, pero, tal cual, su enfoque es cósmico. Leamos este otro extracto de su misma obra: «Sin pretender dar reglas para el más libre de todos los contactos humanos, vale más abordarlos en un espíritu de no actuar.

Cuando la pareja se ha acercado lo suficiente como para que los sexos se toquen, basta con permanecer tranquilo, excluir toda prisa, a fin de que en el momento deseado la mujer absorba al hombre en ella sin ser activamente penetrada.

»En este estadio, la simple espera aporta su más bella recompensa. Cuando no se trata de provocar el orgasmo por medio de los movimientos del cuerpo, los centros sexuales imbricados se convierten en un canal de intercambios psíquicos muy ricos. Ni el hombre ni la mujer hacen nada para producir las cosas, se abandonan a todo lo que el proceso trae por sí mismo. La identificación con el otro se hace más intensa, pero todo sucede como si una nueva entidad emanara de la pareja, dotada de una vida propia. Esta vida —que uno podría llamar Tao— los eleva por encima de sí mismos y los lleva unidos en un flujo de vitalidad cósmica donde ya no funcionan el "tú" y el "yo". El hombre, que no hace nada para retener su clímax, puede conseguir este intercambio durante una hora o más. Mientras tanto, el orgasmo femenino puede producirse varias veces en respuesta a una estimulación activa mínima, lo cual depende de la receptividad de la mujer a la experiencia en tanto proceso que se apodera de ella. [...] Cuando la experiencia estalla en toda su amplitud, explota en un haz de chispas que llega hasta las estrellas».

Aquí verdaderamente Alan Watts alcanza lo cósmico, y esta última frase no es una simple elevación lírica, una figura estilística. El tantra la toma en el sentido literal, pues *no percibe ninguna frontera* entre el psiquismo humano y el psiquismo cósmico que engloba las estrellas. Alan Watts evoca también el hecho de que la pareja se convierte en una entidad nueva, distinta de cada uno de sus miembros (véase el capítulo dedicado al *overmind*).

Esta percepción de los demás como otros tantos campos de fuerzas prodigiosos no está limitada a la relación sexual evocada en tanto relación privilegiada, sino que se extiende a todo contacto, por trivial que pueda parecer. Los otros seres vivos, humanos o animales, no son fantasmas, robots con una vaga conciencia, sino procesos arraigados en el infinito cuyas dimensiones superan su individualidad. El ser no está limitado al presente: se inserta en un proceso eterno. El tántrico es muy consciente de esta noción de proceso. En presencia de un ser humano, cualquiera que sea, el tántrico percibe todas las dimensiones, especialmente su pasado vertiginoso. Así como cada primavera está inscrita y presente en el árbol, «yo» soy todo mi pasado desde mi nacimiento, desde la concepción e incluso desde antes. El espermatozoide —¡otra vez!— que me ha engendrado es la culminación de un proceso inconmensurable, lo hemos visto (aquí habría que leer o releer el capítulo dedicado al tiempo sagrado).

La vida que me sostiene es frágil, móvil y sin embargo permanente, indestructible. No me canso de repetir que la Vida, de la que «yo» soy una expresión limitada pero integral, la Vida que me sostiene y me impregna, me ha sido transmitida por mi madre, que la recibió evidentemente de la suya, y así sucesivamente. Remontando el linaje ininterrumpido de las generaciones, llego hasta la

Eva de los orígenes, y, más allá de ella, sin ninguna interrupción ni siquiera breve, atravieso toda la evolución hasta las primeras células vivientes en el océano tibio en que nació la vida. Mi vida es tan antigua y tan nueva como en el instante de su creación. La Vida es un gigantesco proceso continuo que evoluciona desde hace miles de millones de años y proseguirá durante otros tantos miles de millones. Es verdad para todos los seres: virus, plantas, insectos, animales... Los nombres y las formas (*nama* y *rupa*) difieren y cambian, la esencia única está fuera del tiempo. La Vida terrestre es un proceso unitario que se autodevora y se autonutre permanentemente, en el que todo actúa sobre todo. El tantra percibe la Tierra con su biosfera como un organismo viviente único, dotado de un psiquismo colectivo autónomo, inseparable del cosmos total. ¡Volvemos a encontrar así el mito griego de Gaia, que algunos científicos están redescubriendo! ¡Los cambios de humor del Sol no se contentan con perturbar las radiocomunicaciones, influyen también en toda la vida terrestre!

La noción de proceso, cuando se la aplica a todo nuestro entorno, es muy fecunda: cada objeto-acontecimiento adquiere entonces una dimensión cósmica. Me permito retomar aquí, para completarlo, el ejemplo del Ganges en Benarés, con sus enormes escaleras, *las ghats*, que descienden hacia el río, *ghats* atestadas de hindúes que hacen sus abluciones rituales en el agua sagrada de la Madre Ganga —jorqué «el» Ganges en la India es femenino...—.

El río sagrado

De pie en el río, rodeado de esa multitud abigarrada 'y recogida, en mis palmas que forman una copa ofrezco al Sol naciente el agua que he cogido y que corre entre mis dedos. Ella regresa así a Ganga, que yo percibo en su totalidad, en tanto proceso. Ganga, más allá de aquí y ahora, más allá de las *ghats* y de la multitud, se funde en la inmensidad del tiempo y del espacio. Ganga es una unidad cambiante: río arriba hasta sus fuentes, a dos mil kilómetros de aquí, en el Himalaya helado, río abajo hasta su desembocadura, en Calcuta, donde Ganga se une al océano. Océano del cual proviene, donde el agua se evapora, se hace nube, nieve o lluvia de monzón, para alimentar algún otro río antes de retornar sin cesar en un ciclo eterno. Ganga existe a la vez aquí y ahora, ayer y mañana: sus riberas han visto nacer y morir muchas generaciones. En sus orillas ha visto fundarse los primeros pueblos; ha dado de beber sin discriminación a los caballos de todos los invasores: bárbaros, arios, crueles mongoles, ingleses y otros. Los conquistadores vienen y se van, pero ella está y estará siempre ahí, Madre Ganga, la eterna, siempre semejante pero nunca idéntica: no nos bañamos dos veces en el mismo río, los griegos ya lo decían. Majestuosa y serena, nada ni nadie podrá detener su curso indolente. Ganga es así, y lo mismo sucede con todo objeto, con todo ser. Cada hombre es en sí mismo un río desde su concepción hasta su muerte, y sin embargo no es más que una gota, un instante fugaz, en el inmenso río humano de hoy, de ayer y de mañana. Pero lleva en él todo el cosmos, pues «no existe nada en este universo que no esté en el cuerpo humano [...]; "lo que está aquí está en todas partes y lo que no está aquí no está en ninguna parte" dice el *Vishvasāra Tantra*. Y también: "En el cuerpo residen Shiva y Shakti, que penetran y animan todas las cosas. En el cuerpo está Prakriti-Shakti y todos sus productos. El cuerpo es un inmenso depósito de poderes (Shakti). El objetivo del rito tántrico es llevarlos a su plena expresión"» (Woodroffe, *The Serpent Power*, p. 49).

La muerte es la vida

*Todo es viviente;
lo que llamamos «muerte»
es una abstracción.*

David Böhm.

Apenas cumplidos los diez años ya conocía la idea de la muerte a causa de un amigo de la familia, profesor de «ciencias naturales», como se decía entonces. Para el chico que yo era, este hombre tenía la apariencia y el prestigio del sabio. Entomólogo por pasión, geólogo a veces, paleontólogo y prehistoriador por *hobby*, no dejaba de explorar la región. Entre otras cosas, así había descubierto en un valle boscoso, cerca de un arroyo, un «taller neolítico» de donde exhumaba decenas de útiles de piedra tallada.

Como éramos vecinos, yo iba con frecuencia a su casa y mi curiosidad lo divertía. Con el tiempo se había construido un pequeño museo privado que me fascinaba, sobre todo su colección de mariposas de todos los tamaños y colores, pinchadas y bien ordenadas en marcos. Favor supremo, a veces me abría su vitrina de tesoros, la de los útiles de piedra tallada, y además tres cráneos humanos no demasiado antiguos, de color marrón oscuro, como si hubieran sido encerados. Un día sacó uno de esos cráneos anónimos y, dándole golpecitos en la frente, me dijo: «Mira, *alguien* ha vivido y pensado aquí dentro...». De repente, ese vulgar pedazo de hueso adquirió una dimensión humana extraña; me quedé pensativo, imaginaba que un día un desconocido podría sostener mi propio cráneo y decir: «Alguien ha vivido y pensado ahí dentro...». Eso no me asustó, sino que me hizo reflexionar y sin duda me hizo comprar un pisapapeles en forma de cráneo que siempre descansaba sobre mi escritorio de estudiante. Es uno de los raros objetos que todavía poseo; con el tiempo, se ha ido manchando y generaciones de moscas han dejado sobre su superficie multitud de puntos negros sin ninguna clase de miramientos...

También desde esa época, y sin relación con el tan-tra, cuya existencia evidentemente ignoraba, el misterio de la muerte ha alimentado mis reflexiones, pues la guerra me puso, como a otros tantos millones de hombres, más de una vez y bien concretamente en su presencia.

Para cambiar de registro, introducir y justificar el título, voy a explicar la historia de dos amigos que se encuentran. El primero dice: «¿Sabes que Fulano ha muerto?» El otro responde, alzándose de hombros: «Qué quieres, amigo, es la vida...» ¡Y sí! Para el tantra la muerte es un tema... vital que subyace en toda nuestra visión del mundo. El adepto tántrico vive, no obsesionado por la muerte, sino en una intimidad constante con ella. En Occidente, la muerte significa el fin o la *ausencia* de vida, mientras que para el tan-tra morir es lo *contrario* de nacer.

Estas pocas palabras concretan el abismo que separa el pensamiento oriental y el occidental ante la muerte, que hasta una época reciente era un tema casi tan tabú como el sexo. Además, en la India, la muerte está vinculada con la reencarnación, tema complejo que no abordaré aquí. Me limitaré a iluminar el misterio de la muerte desde la óptica del tantra, para captar su sentido profundo.

Ahora bien, paradójicamente, el tantra es ante todo el culto de la vida bajo sus formas; acepta todas sus implicaciones, sus servidumbres, sus alegrías, sus penas. La vida es una experiencia, todos sus aspectos deben ser asumidos, desde los más humildes hasta los más sublimes. El tantra sabe que no se puede ni comprender ni incluso gozar verdaderamente de la vida, a menos que se haya vencido a la muerte. Vencer a la muerte no es negar su existencia, ni evitar mirarla cara a cara, ni querer escapar de ella, lo cual es evidentemente imposible, sino quitarle su «aguijón».

En efecto, en la raíz de todo sufrimiento, de todo temor, se encuentra la muerte, sea la propia, sea la de los seres queridos. Cuando era niño fue muy perturbador para mí comprender por primera vez que mi madre no era inmortal, y la idea de que algún día no estaría más conmigo me trastocaba. Su primer cabello gris me entristeció porque significaba que la vejez se había apoderado de ella también, y me negaba a que envejeciera o muriera. Para consolarme, de un tirón se arrancó su primer cabello gris, con una breve risa que sonaba un poco falsa...

A veces pensamos que sin la enfermedad y la muerte la vida sería muy bella. Pero, ¿es cierto?

En primer lugar, morir siempre les sucede a los demás: cuando me llegue mi turno, ya no podré hablar de ello. Luego, la muerte sólo es temida por el individuo, cuya desaparición significa, mientras que para la especie es una bendición indispensable.

Las religiones nos consuelan, nos tranquilizan, nos hablan de la vida inmortal después de la muerte, o incluso de reencarnación. ¿Están equivocadas? ¿Tienen razón? ¿Quién sabe? Cada cual tiene su opinión sobre este tema y por eso este capítulo se limitará a lo estrictamente biológico.

La muerte, motor de la vida

En pocas palabras, para el tantra la muerte es el motor mismo de la vida, que sin ella perdería todo encanto, todo sentido.

Veamos esto más de cerca. Si *yo* («yo» es cada uno de nosotros) sigo con vida, es... porque «otros» están muertos, si no los dinosaurios todavía poblarían el planeta. ¿Qué digo? Ni siquiera habría dinosaurios, pues los mares del globo estarían superpoblados por los organismos unicelulares del comienzo de la vida, prácticamente inmortales: como se multiplican por división, esto da dos células rigurosamente idénticas, de las que no puede decirse que una sea la madre y otra la hija, sino que son hermanas gemelas y... ¡huérfanas de nacimiento! La «verdadera» muerte apareció con los organismos complejos, los pluricelulares, que permitieron el nacimiento y la evolución de una infinidad de especies. Pero la Vida otorga una prioridad absoluta a las especies que son (relativamente) inmortales en relación con los individuos, ante los cuales por una parte cada especie actúa de una manera particular. En efecto, por otra parte, implanta un instinto feroz de supervivencia; por otra parte, programa su desaparición. Y es lógico: compuesta de individuos inmortales, la especie no podría evolucionar. Gracias a la muerte, cada especie proporciona a cada una de sus generaciones su posibilidad de evolucionar. *Suprimase la muerte y de súbito todas las especies quedarían fijadas*. Lo mismo pasa con las especies que con los automóviles. Si los primeros Ford hubieran sido inmortales, indestructibles, llenarían siempre nuestras carreteras. Los fabricantes de automóviles programan, ellos también, la «muerte» de los coches: la duración está deliberadamente limitada, al igual que su kilometraje máximo, lo cual permite fabricar nuevos coches, más perfeccionados (¡o al menos se supone que lo son!). La vida hace lo mismo. Reemplazar a los individuos asegura a cada especie la capacidad indispensable para sobrevivir ante la competencia de las otras formas de vida y el desafío de un medio en perpetuo cambio. Así, para la especie, reemplazar a los individuos es una necesidad ineluctable.

Razonemos por el método del absurdo y supongamos que la vida haya decretado inmortalidad para todos: ¿cuál sería la situación? Es simple: la vida quedaría bloqueada irremediablemente. Sin la muerte, no habría niños, ni viejos, sino exclusivamente adultos, inmutablemente iguales a sí mismos. En efecto, la muerte es un proceso permanente. Cada día, miles de millones de células mueren —empezando por las de la piel, que se renuevan constantemente a lo largo de toda mi existencia— excepto, se dice, las células nerviosas. ¡Mi inmortalidad en tanto individuo implicaría también la de mis células y yo permanecería idéntico a mí mismo!

Otro corolario de la inmortalidad: sin bebés, no tiene por qué haber sexos. Sin muerte (la ruina de las pompas fúnebres) imaginemos este mundo de adultos inamovibles, incambiables y asexuados... ¡Ni siquiera unisex, porque no habría ni órganos genitales femeninos ni masculinos! Siendo las flores el sexo de las plantas, en un universo donde todo fuera inmortal, las plantas no necesitarían semillas, y por lo tanto las flores no tendrían corolas ni pistilos.

El aburrimiento nació un día de inmortalidad

Si fuéramos inmortales, después de haber pasado algunos millones de años en un mundo inmutable, estaríamos verdaderamente aburridos. ¡Una idea! Para llenar nuestros ocios, hagamos el

amor. ¡Lástima, no hay sexo! No importa, preparemos unos buenos platos. ¡Tampoco! Los inmortales no tienen ninguna necesidad de comer, y además las ensaladas serían, ellas también, inmortales, como los conejos, los pollos, los bueyes, los peces, etc. Nada de bistecs ni de nada. Ni siquiera habría con qué hacerse una tortilla. Tampoco queso: para obtenerlo hay que disponer de leche, pero las vacas inmortales no tendrían terneros para amamantar. Y puesto que no se comería, nada de tubo digestivo. Ni sexo, ni estómago, ni intestino. Ventajas: tampoco indigestiones ni estreñimiento...

Estaríamos todos juntos, inamovibles e inmutables, durante innumerables millones de años: ¡insoportable! ¡Y sólo sería el comienzo!

La hipótesis absurda de un mundo poblado por inmortales obliga también como corolario a otorgarles la invulnerabilidad. Si fuéramos inmortales pero vulnerables, con el correr de los siglos, inevitablemente, coleccionaríamos heridas y cicatrices, incluso amputaciones. ¿En qué estado nos encontraríamos después de algunos miles de años «solamente»?

Si fuéramos invulnerables, nos sería posible permitirnos todas las fantasías; por ejemplo, precipitarnos, para pasar el tiempo, desde lo alto de un acantilado, sobre las piedras, sin lastimarse. Seguir con este razonamiento nos llevaría a una catarata de absurdos.

Admitir que la muerte es el motor de la vida, que sin ella la Vida sería impensable y absurda, y estaría desprovista de sus principales encantos, que la inmortalidad física sería insoportable, está muy bien, pero, en cuanto a nuestra propia muerte, ¿por qué preocuparnos por ella antes del momento de la gran despedida? ¿No es mejor olvidarlo, preocuparnos sólo de vivir? ¿Por qué dejar que la nube negra de la muerte ensombrezca el cielo de nuestra vida?

Aparte de toda consideración religiosa, ¿por qué el culto de la vida tiene que ser incompatible con el pensamiento de nuestra muerte? Tratemos de comprender por qué los tántricos combinan el culto de la vida y la intimidad constante con la muerte. La anécdota siguiente aclara mi afirmación.

Un día, una llamada telefónica nos avisó de que una pareja de amigos acababa de tener un accidente de coche: ella tenía la pelvis fracturada, él una conmoción cerebral. Al día siguiente, al llegar al hospital para visitarlos, pensábamos encontrarlos en un estado de *shock*, pero —¡sorpresa!— los encontramos con una moral de acero y una sonrisa increíble. Mientras nuestra amiga, sentada en la cama, se comía una manzana, el marido nos contó el accidente y nos dijo cómo, justo antes del choque, se había dado perfecta cuenta de lo que le podía pasar. Luego el «agujero negro» antes de despertar en el hospital. Ella nos dijo: «¡La vida es formidable! No lo sabía. Comer una manzana, qué maravilla». Y él: «En el fondo, morir es fácil. Pero además, ayer tenía muchas preocupaciones y el accidente las ha borrado todas. Hoy todo es nuevo y sé lo que importa *verdaderamente*».

Este caso no es único y sin duda el lector habrá conocido otros. La lección es clara: después de un cara a cara con la muerte, la vida toma un relieve cautivador. Otro ejemplo. Entre los innumerables dramas de la última guerra, estaban los arrestos, los juicios arbitrarios, las condenas a muerte. Miles de hombres han vivido así en la inminencia de la muerte. De manera casi general, en sus celdas, estos condenados tenían una visión lúcida y valerosa y demostraron un coraje formidable. Veían la vida de otra forma. Muchos de los que se libraron —¡y *a posteriori*, por supuesto!— proclaman esta experiencia enriquecedora.

Pues bien, los tántricos no esperan verse enfrentados al azar, accidentalmente, con la muerte, para comprender el verdadero sentido de la vida: veremos cómo.

Como la muerte existe, hay que adecuarse a ella. *Estar muerto* no es temible: el drama es que antes hay que... ¡morir! La idea de no haber vivido en el tiempo de Napoleón me resulta indiferente y —humor negro— me deja frío saber que dentro de cien años estaré muerto.

Entonces miremos el problema de frente. Comprobamos que en cada individuo la especie ha implantado el instinto de supervivencia, que hace que cada uno se esfuerce, por todos los medios, por escapar a la muerte y vivir el mayor tiempo posible. En el caso del suicidio, observamos que lo

que impide a mucha gente poner fin a sus días es precisamente ese «pasaje». Nos agarramos a la vida como la manzana al árbol, incluso durante la tempestad. Sin embargo, cuando sopla el viento de octubre y las hojas amarillean, la manzana madura se separa sola de la rama, sin pena, sin resistencia: esa «muerte» simple y fácil podría ser lo que la vida ha previsto normalmente en nuestros genes. La Inteligencia superior del cuerpo lucha hasta el fin para sobrevivir, pero si el desfallecimiento ineluctable de un órgano hace el fin ineludible, esta misma Inteligencia del cuerpo pone en marcha el «proceso de muerte», previsto y programado. Pues este proceso es más bien complejo y lento. En efecto, *no se muere de golpe*, ni siquiera bajo la guillotina, se empieza a morir. La cuchilla, al seccionar la cabeza del condenado, no hace más que poner en marcha el proceso de la muerte. En primer lugar muere el cerebro. Primero simplemente aturdido por el golpe, pronto sufre lesiones irreversibles: privadas de oxígeno, las células cerebrales mueren en pocos minutos. Por el contrario, la barba —que merecería el premio a la obstinación porque las innumerables afeitadas no han logrado desalentarla— se toma su desquite; «sobrevivirá» y crecerá todavía durante varios días, así como las uñas y el pelo. Por tanto, es imposible precisar la hora exacta de la muerte. En las plantas el proceso es aún más lento e impreciso. Un jardinero plantó en nuestro jardín árboles sostenidos por tutores. Dos de esos árboles no prendieron pero, en cambio, lo hicieron los tutores. Dieron retoños, echaron ramas y raíces y ahora son árboles vigorosos. Plantarlos en la tierra invirtió el proceso; si no, hubieran sido leña para el fuego. ¿A partir de qué momento hubieran estado verdaderamente «muertos»? Pregunta sin respuesta...

Paralelamente al cuerpo denso, el cuerpo sutil, psíquico —materia también en la concepción tántrica—, se desintegra lentamente, sin duda durante semanas. Por eso los tántricos indios son enterrados, para dejar que el proceso se desarrolle normalmente, y no incinerados, según la costumbre aria. Otra pregunta: ¿la muerte es un fin? De todos modos, el ser humano sobrevive en sus hijos, sus nietos y, más allá de ellos, en sus genes eternos. Y si no tiene hijos, sobrevive en el proceso que es la humanidad.

La dulce muerte natural

Mi segundo encuentro con el hecho de la muerte, siempre hacia la edad de diez años, me reveló que la verdadera muerte, la muerte natural, la que debería ser la norma, no es temible ni penosa. En mi infancia, el jardín contiguo al de mis padres (vivíamos en el límite entre la ciudad y el campo) pertenecía a un albañil retirado, que tenía la pasión de la jardinería. Sus canteros eran impecables, bien alineados, sin malas hierbas. Cuando le parecía que todo estaba en orden, se sentaba en un banco de madera que él mismo había construido para contemplar su modesto dominio y admirar sus lechugas y sus rábanos. Un día que se había instalado en su banco, con las manos callosas apoyadas en las piernas, calentándose al sol de mayo, a través del cercado yo le hacía un montón de preguntas sobre «los buenos tiempos de antes», cuando él era joven. Cada tanto, manteníamos ese tipo de conversación. Aquel día lo escuchaba ávidamente evocar a su padre y la vida de entonces, acontecimientos de hacía más de medio siglo, lo cual, para un niño como yo, equivalía al diluvio... Ese viejo taciturno me contó detalladamente cómo su padre, que se levantaba con la aurora, iba a pie, en zuecos, con su almuerzo y su cantimplora de café en el morral, a trabajar a la cantera, a ocho kilómetros de allí. Durante diez a doce horas diarias, según la estación, cortaba la piedra con un martillo de 12 kg (sí, doce), hiciera el tiempo que hiciera, bajo un delgado techo de cañas. Por la noche, ya en casa, cuidaba sus animales o cultivaba el jardín. Nunca tenía vacaciones; sólo descansaba los domingos y las fiestas religiosas, y evidentemente desconocía hasta la palabra *weekend*. Una noche, el padre, que tenía entonces más de 90 años, dijo: «Estoy fatigado». Y subió a acostarse. Al día siguiente, lo encontraron muerto en la cama. ¿Había percibido el «pasaje»? Por lo demás ésa fue la única vez que mi vecino oyó a su padre —al que nunca había visto enfermo— pronunciar esas palabras. ¿No es ésta la muerte natural, la que viene a su hora, cuando el organismo ha cumplido su ciclo, sin sufrimiento, como el sueño, su hermano? Pero raramente es así, incluso en la naturaleza, donde la muerte violenta con frecuencia es la regla, y sin embargo, incluso en ese caso, parece que morir, lejos de ser una experiencia aterrorizadora, sea, por el contrario, casi

exultante, interesante, luminosa. ¿Cómo saberlo, puesto que nadie regresa del más allá para contárnoslo? Sin embargo, ahora, gracias a las técnicas de reanimación, personas clínicamente muertas «resucitan» y disponemos hoy de miles de relatos de moribundos «devueltos» a la vida, que describen la experiencia de la premuerte como extática. También con frecuencia estos recuperados están furiosos por haber sido devueltos a la vida y muy decepcionados de encontrarse en una cama de hospital, con tubos por todas partes. Por tanto, hay buenas razones para pensar que el instante de la muerte, tan temido, es en realidad el punto final luminoso de la vida.

Mi tercer encuentro con la muerte, esta vez hecho accidental, se produjo también en la misma época, cuando yo tenía diez o doce años aproximadamente. Mi padre, veterano de la primera guerra mundial, a pesar de mis preguntas, no hablaba nunca de su vida en las trincheras, pero uno de sus amigos, por el contrario, lo hacía con todo detalle.

La muerte accidental

Este amigo de mi padre me contó que estaba refugiado en una trinchera durante una salva de artillería, cuando un obús explotó cerca de él y lo dejó enterrado. Me describió cómo, cada vez que vaciaba sus pulmones, la tierra blanda se hundía, le comprimía, le hacía imposible la inspiración. Sin poder respirar ni moverse, iba a morir asfixiado y a convertirse en un bello cadáver intacto, pues no estaba herido. A la ansiedad loca del comienzo sucedió una calma extraña y — hecho clásico pero que yo entonces ignoraba— revivió trozos enteros de su vida y, entre otras cosas, volvió a ver a su madre, muerta desde hacía tiempo, volviendo de la fuente con dos cántaros de agua.

Durante ese tiempo, sus compañeros de armas se dieron prisa para liberarlo y lo salvaron *in extremis* de una muerte que parecía horrorosa. Esta experiencia lo marcó intensamente y su relato me conmovió hasta el punto que todavía hoy lo recuerdo muy bien. Tengo así la convicción de que la vida es caritativa con los que mueren...

Comparo éste con otro relato, esta vez en el marco de la segunda guerra mundial. Es el de un «fusilado» que me contó la historia auténtica de su ejecución, pero para no herir susceptibilidades, como hechos semejantes se producen en todas las guerras, callaré el lugar y las circunstancias. Lo habían tomado como rehén y lo habían encerrado con otros en un granero. Durante toda la noche, los soldados que los vigilaban les repetían, golpeando la culata de sus metralletas: «Mañana por la mañana, pum... pum...». Al alba los llevaron a un prado donde los obligaron a cavar una trinchera. Luego, los alinearon detrás de su futura fosa común, apuntándolos con sus armas. Chasquidos, señal del comandante, ráfaga de metralletas e inmediatamente, para nuestro «fusilado», fue el agujero negro; son sus propias palabras. Perdió el conocimiento y, cuando volvió en sí, algunos instantes más tarde, estaba acostado en la tierra, bajo otros «muertos» que también se despertaban: los soldados habían tirado justo por encima de sus cabezas y se reían de la «broma». Después, liberaron a los rehenes, estimando sin duda que esa «lección» bastaría... Conclusión: si hubieran sido *realmente* abatidos, la vida les hubiera hecho la caridad de ahorrarles las angustias de esa muerte absurda.

Volvamos a los tántricos, para quienes la muerte es el gurú supremo. Para ellos, el flirteo regular con el hecho de la muerte y su significado apunta a varios objetivos:

- revelar el verdadero sentido de la vida, lo cual condiciona entonces la actitud correcta ante uno mismo, los otros y los valores humanos;
- descubrir el secreto último del ser;
- prepararse, eventualmente, a vivir conscientemente la propia muerte;
- superar todo temor, por tanto vencer el miedo a la muerte, sustrato de todos los demás miedos.

No se trata de una actitud obsesiva, mórbida, sino de una toma de conciencia permanente del

carácter transitorio, precario, de la vida. Aceptar esto permite escapar a toda angustia, pero lo esencial es sacar enseñanzas prácticas para conducirse correctamente en la vida, y también preparar la muerte propia.

La mejor manera de prepararse para morir —y no es una fanfarronada— es hacer todo para... vivir el mayor tiempo posible- ¿No es el único medio de acercarse a esa muerte natural?

La *shava sadhana*

No se trata de proponer la experiencia temible descrita a continuación: hablo de ella para mostrar que el tantra llega hasta el final.

Cuando la tradición dice que el adepto debe vivir cerca de los crematorios, es tal vez simbólico, pero con frecuencia concreto: no nos inquietemos, ni nos turbemos, veamos más bien qué significa. Recordemos: después de la derrota de la India, los vencidos que se sometieron fueron convertidos en siervos (su-dras), mientras que los insumisos, desterrados del sistema, se convirtieron en los «intocables». Los tántri-cos, opuestos al racismo brahmánico y a su sistema ultrapatriarcal, entregados al culto de la feminidad, forman parte de la resistencia milenaria al invasor que está latente todavía hoy. Por ello cierto tántricos forman parte de esas tribus de Chandalas de quienes dicen las leyes de Manú:

«Que esos hombres construyan sus moradas al pie de los grandes árboles, cerca de los lugares donde se queman los muertos, cerca de las montañas y de los bosques, que todo el mundo los conozca (como "intocables") y que vivan de su trabajo» (libro X, 50).

Cuando se conoce el horror brahmánico al trabajo, considerado vergonzoso, y a los cadáveres, se mide el grado de abyección al que deliberadamente se somete a estos hombres. Muchos tántricos han vivido así cerca de los lugares de cremación. Confrontados desde hace milenios a la muerte y a los cadáveres, han hecho de ello una experiencia espiritual, la *shava sadhana* descrita en *Tantra, its Mystic and Scientific Basis*, de Lalan Prasad Singh, p. 148:

«Esta *sadhana* se practica para unir *Kundalinī* y *Param Shiva*. Se realiza con un cadáver humano a medianoche, con luna nueva. Esta práctica espiritual se cuenta entre las más difíciles. Está prescrito un ritual detallado para esta *sadhana*, cuyos principios esotéricos debe respetar muy estrictamente el *sadhaka*. Violar las reglas rituales produce resultados desastrosos.

»Este es uno de los aspectos más secretos de la mística tántrica, muy mal comprendido a causa de su carácter no ario. El cadáver debe ser fresco, intacto, sin mutilaciones ni deformidades. Ningún miembro puede estar torcido. Incluso si le falta un dedo, o es tuerto, no conviene para la *sadhana*. Sería contrario a los principios tántricos».

Luego el adepto es abandonado, solo en la noche oscura, sentado frente al cadáver o incluso encima de él. Medita entonces sobre lo que lo diferencia, a él, ser vivo, de este otro humano que ayer todavía estaba con vida. En su imaginación, se identifica con este cadáver, vive la descomposición del cuerpo para descubrir en él mismo el «principio viviente». Es una prueba temible que no conviene practicar sin guía, ni siquiera con la imaginación.

En otro ritual, la *kāpālīka sadhana*, un cráneo humano reemplaza al cadáver. En el ritual de las «5 M» se bebe vino, ya sea en un verdadero cráneo (¡preferentemente el de un brahmán!), ya sea en una copa que lo simboliza. Algunos tántricos viven y meditan en chozas literalmente tapizadas de cráneos humanos. A veces se practican ritos sexuales en los cementerios, entre los cadáveres, para percibir la comple-mentariedad entre la muerte y su antídoto, el sexo.

Ya que es imposible practicar esos ritos y meditaciones, a fin de comprenderlos hay que saber que el tantra no tiene sólo aspectos amables y tratar de entender el origen de esta intimidad con la muerte.

Entonces, ¿qué se puede practicar de todo esto en Occidente? Poca cosa, salvo reflexionar con

frecuencia sobre el sentido de la vida desde la óptica de la muerte, ver la presencia de la muerte en el propio entorno y comprender que, para la Vida, eso no es un drama. De este modo, siguiendo, por ejemplo, el vuelo fulgurante de una golondrina, pensar que cada «picado» marca la muerte de un insecto. ¿Estamos turbados por ello? ¿O tristes? Sin embargo, si nos ponemos en el lugar del mosquito es diferente... Para el insecto-individuo es el fin del mundo, pero para la especie «mosquito» carece de importancia, porque está previsto y su respuesta a la muerte es un formidable potencial reproductor. Se regaña al gato que se come a un petirrojo; pero, ¿quién piensa en las angustias del gusano que el mirlo se traga como si fuera un fideo?

La muerte es una abstracción

Pronto surge la percepción tántrica de que *la muerte es una abstracción y sólo la vida existe*. Ciertamente hay cadáveres, por lo demás inmediatamente recuperados por la vida, pero sin embargo —repitémoslo— sólo la vida tiene una existencia, y separarse de ella es fácil cuando se está «maduro» para la gran partida: pensemos nuevamente en la manzana. Mientras tanto, ¿por qué no medir nuestros valores con el patrón muerte en lugar de con el patrón oro? Si este occidental hiperambicioso, desbordante de actividad, se preguntara cada mañana si quiere *verdaderamente* convertirse en el hombre más rico del cementerio, tal vez cambiaría su óptica. Conocí un hombre de negocios —y no es un ejemplar único— que trabajaba como un galeote, montando negocio tras negocio, por lo demás con éxito. Era muy rico; tenía un soberbio castillo al que iba raramente, y cuando lo hacía, pasaba su tiempo con la nariz metida en sus legajos. El único que aprovechaba verdaderamente el parque era el jardinero. Murió (el hombre de negocios, no el jardinero) hace dos años y seguramente es el cadáver más rico del cementerio. En el más allá, ¿goza realmente con sus posesiones?

Sin embargo, la verdadera respuesta al enigma de la muerte se encuentra en la definición tántrica: la muerte es la vida, y es también lo contrario de nacer. Pero debo ir más lejos, sentir que mi vida no comienza el día en que nací, ni siquiera en el momento en que el espermatozoide paterno penetró en el óvulo materno, sino que la vida *es un proceso continuo* y que *yo soy ese proceso*.

El capítulo «Tiempo profano, tiempo sagrado» aclara esta noción de proceso que me libera inmediatamente de la muerte.

La inminencia de la muerte puede a veces desembocar en una experiencia espiritual de alto nivel. Así, una mañana un amigo me telefoneó, trastornado, para decirme que tenía leucemia y que le daban seis meses más de vida, como mucho. ¿Qué esperaba de mí? ¿Un consejo? ¿Un consuelo? No lo sé. Confieso mi embarazo. ¿Qué decir en semejante situación? Luego, pasaron los meses sin tener noticias de él. Un año más tarde, me llamó por teléfono. Evidentemente no le dije: «¡Vaya todavía estás ahí!». Esperé, pues, su explicación, que resumo: «Al principio, estaba muy trastornado. Luego, después de algún tiempo, me puse a vivir intensamente cada minuto, a aprovechar cada rayo de sol... Todo adquiría un realce cautivante. Una sencilla flor, que antes apenas me dignaba mirar, se convertía en una maravilla. Jugar con mi nieto era extraordinario, me sentía vivir en él, como en mis hijos. Así hice prolongadas meditaciones, y una buena mañana acepté sin reservas la salida fatal anunciada. Desde entonces, he percibido que formaba parte y que siempre formaría parte del universo que me rodea. Mi vida ha cambiado. Soy feliz. Ahora sé lo que importa y lo que es fútil. ¿Mi leucemia? Era un error de diagnóstico: debería agradecerérselo al doctor... ¡Sin ironía!

¡Bueno! Pero, en realidad, todos padecemos una «enfermedad» fatal 100%: ¡la vida! ¿Hay que esperar una amenaza tan directa y un diagnóstico médico para vivir plenamente, a pesar de (o gracias a) la sombra de la muerte?

Hay un aspecto del problema de la muerte que pareciera que eludo: los sufrimientos que frecuentemente la preceden, es decir, los males de la senilidad, las angustias de la enfermedad. Esas pruebas son, lamentablemente, bien reales, y nadie piensa negarlas; pero, ¿son realmente inevitables, exigidas por la naturaleza? Por supuesto, el único medio de vivir mucho tiempo es

envejecer, pero la senilidad no es fatal ni premeditada por la naturaleza. Ninguna enfermedad, ni siquiera el cáncer, es ineluctable. A primera vista, la vida es un banquete que comienza por el postre, la infancia feliz, y termina con un castigo, la enfermedad, el sufrimiento, la decrepitud senil... En realidad nada de eso es querido por la naturaleza. La vida ha previsto la muerte natural, como la de ese hombre que se deslizó al más allá durante el sueño, sin saberlo, sin haber estado enfermo jamás.

Para los yoguis, la senilidad y la enfermedad son caída evitables: durante toda su vida, los «civilizados» firman cheques sin fondos para el futuro. Viven mal, se alimentan mal, respiran mal, no se mueven, dejan que su organismo se atasque y en consecuencia se ponen enfermos y se vuelven seniles. Muchas veces he evocado la asombrosa jovialidad de los maestros y adeptos del tantra. Es bien real, pero entonces hay que vivir correctamente, practicar el yoga, y aquí le recomiendo mis libros: ¿se asombra?

Así es cómo, para el tantra, la muerte es el gurú supremo...

El comportamiento del tránsito

Seguramente el tema de la muerte y del tránsito merecería todo un libro. Sin embargo, para la conducta concreta en la vida, de lo que antecede podemos, usted y yo, retener desde ya: que «yo» soy una emanación del proceso «Vida» y que mi vida no ha comenzado ni con mi nacimiento ni en mi concepción. Independientemente de mi fe religiosa, si la tengo, el tantra me enseña que la muerte no es un fin porque el proceso de la vida prosigue más allá de la disolución de mi ego.

Así, como proceso continuo, yo evoluciono en el interior de otros procesos, infinitamente más vastos, los de la vida, los del cosmos. Átomo ínfimo y sin embargo gigantesco, encarno el dinamismo organizador de la especie, así como la potencia creadora y consciente de la Vida universal.

En resumen, la Vida terrestre en su totalidad es un vasto organismo único que se autodevora permanentemente y, gracias a eso, prolifera más y más, diversificándose al extremo.

¿Grandes palabras? Tal vez... Grandes realidades sobre todo.

Pero, dirá el lector con razón, todo eso es filosofía, teoría, y no resuelve el problema de *mi* muerte, que vendrá fatalmente: ¿qué me propone el tantra y cómo puedo prepararme para ello conscientemente?

La respuesta tántrica frente a la muerte es de una serenidad total. En páginas anteriores, de pasada, cité las angustias de la decrepitud senil y de los males que, en nuestro espíritu, acompañan «fatalmente» la noche de la vida, pues en nuestros días morir de enfermedad se considera el fin «normal» de la vida humana. Ahora bien, nosotros sabemos por el tantra que esos sufrimientos, ausentes del proyecto de la naturaleza, son evitables. Por ello el tántrico, consciente de sus deberes hacia su república celular, especialmente de su deber de asegurarle la integridad, lleva una vida sana, yóguica, por tanto larga y feliz que prepara una muerte natural y dulce.

En cuanto a la muerte misma, el tántrico, cultivando la conciencia de su mortalidad, paradójicamente no se preocupa por ella. ¿Por qué? Porque el «comportamiento de muerte», programado en mis genes, se desencadenará en el momento apropiado sin que yo tenga necesidad de preocuparme. Mi cuerpo *sabe desde siempre cómo hay que morir*, aunque «yo mismo» lo ignore.

Es lo que hemos hecho, sin saberlo evidentemente, en el útero materno. Cuáles no serían las ansias de un bebé que se inquietara por su nacimiento, que se preguntara cómo podrá salir de su confortable «prisión» uterina. ¡La abertura vaginal le parecería un pasaje sumamente impracticable! ¡Pero, felizmente, él no se tortura sus meninges nuevecitas con ese tema! Siempre sin saberlo, confía en la Inteligencia del cuerpo, que *ya sabe*. Y en el momento oportuno, el «programa» se desencadena y el niño es informado de lo que debe hacer. Un nacimiento se hace entre dos: la

inteligencia superior del cuerpo de mamá le dicta su «comportamiento de parto», al que corresponde el «comportamiento de nacimiento» del bebé, programado y ejecutado en el curso de millones de años.

Del mismo modo, el «comportamiento de muerte» preexiste en mí como en todos y mi intelecto no tiene que preocuparse por él ni anticiparse: se hará todo naturalmente, sin que yo deba reflexionar. Me bastará con abandonarme al comportamiento instintivo que me será revelado a medida que el proceso de la muerte se desarrolle. No debo, pues, pensar en ello por adelantado. Me dirán que es la actitud de la mayoría de las personas: saben que morirán, pero se esfuerzan por olvidarlo., y si la idea se presenta, la rechazan. El tántrico no huye de la muerte, sino que la prepara tratando de vivir lo más cerca posible del término natural y previsto de su vida. Deja que la muerte ilumine su existencia y no que la ensombrezca, sin anticipar su proceso, que deja librado a la Sabiduría suprema del cuerpo, que es la de la Vida.

Prohibido morir

A la entrada de los hospitales modernos habría que poner un cartel que dijera: «Prohibido morir». En efecto, para la medicina, «perder» un paciente es sentido como un fracaso, casi como una afrenta hecha a la Facultad. De ahí la voluntad de conservar, cueste lo que cueste, al enfermo con vida el mayor tiempo posible: no se «deja» morir a nadie. Es verdad que la dulce muerte natural se ha convertido en una anomalía incongruente en una sociedad que considera que «hay que morir de algo», es decir que no se concibe que se pueda morir con buena salud... simplemente porque ha llegado el momento.

Además, el médico se esforzará, *si* no por suprimir, al menos por atenuar al máximo los sufrimientos del enfermo, lo cual nadie le reprochará. Pero con un corolario particular: cuando la batalla esté verdaderamente perdida, hará todo lo posible para que, con la ayuda de las potentes drogas de la farmacopea moderna, el enfermo se deslice hacia la muerte sin estar consciente. Esto —última caridad, según el médico— priva al enfermo sin embargo de su derecho «a entrar en la muerte con los ojos bien abiertos», para citar a Marguerite Yourcenar.

Así, en nuestros días es normal, incluso conveniente, morir en el hospital de una muerte anónima y casi clandestina. Sin embargo, la literatura moderna relativa a lo que se experimenta justo antes de morir confirma que el pasaje, la muerte, es una experiencia exultante, luminosa, confirmando así las afirmaciones de los orientales, especialmente de los yoguis.

Lo que escribo aquí —lo reconozco— comienza a ser admitido en los medios médicos. Un amigo médico me confiaba que en el momento del gran viaje pedirá que lo lleven a su casa, para morir rodeado de los suyos, como antaño. ¡Es lo que el tántrico desea también, sabiendo que la mejor preparación para la muerte es vivir el mayor tiempo posible y con buena salud!

Por último cierro este capítulo recordando lo que dije al principio: que sólo la lógica «biológica» de la muerte sería evocada. Si no trato la cuestión de después de la muerte es porque pertenece al campo de la religión y concierne a cada uno decidirse según sus creencias. Además, tratar este tema a fondo exigiría, como mínimo, otro libro...



La mujer, su culto y su misterio

*«La mujer crea el universo,
es el cuerpo mismo de este universo.
La Mujer es el soporte de los tres mundos,
es la esencia de nuestro cuerpo.
No existe otra felicidad
que la que procura la Mujer.
No existe otra vía
que la que la Mujer puede abrirnos.
Jamás ha habido ni habrá jamás,
ni ayer, ni ahora, ni mañana,
otra fortuna que la Mujer, ni otro reino,
ni peregrinación, ni yoga, ni oración,
ni fórmula mágica (mantra), ni asee sis,
ni otra plenitud,
que los prodigados por la Mujer.»*

Shaktisangama-Tantra 11.52

Toda mujer es Shakti

Diosa-madre, iniciadora, origen de toda vida, fuente de gozo, vía hacia la trascendencia: la mujer y su misterio están en el corazón del tantra, son la esencia de su mensaje milenario.

Sin duda esta enumeración enfática no parece tener relación con nuestras madres, hermanas, esposas o amantes eventuales, es decir, con todas las mujeres de carne y hueso que hemos conocido

en la vida. ¿Dónde se oculta en ellas el misterio de la Mujer?

Todo el tantrismo consiste de hecho en acceder a los aspectos abisales de la Mujer ocultos en la mujer real, del común. El *Kaulāvāti-Tantra* dice: «Hay que prosternarse ante toda mujer, sea joven en su esplendor juvenil o sea vieja, sea hermosa o fea, buena o mala, jamás hay que abusar de ella, maldecirla ni hacerle daño, jamás hay que golpearla. Tales actos hacen imposible todo *siddhi* (realización)».

El culto que el tantra dedica a la mujer supera -¡y de lejos!— todo lo que los movimientos de liberación femenina reclaman. Esto no es una crítica a esos movimientos, necesarios en nuestra sociedad patriarcal y que al menos quieren reconocer a la mujer como igual al hombre —«igual» no es sinónimo de «idéntica»—. Para el tantra, es esencial ante todo que la Mujer emerja de la mujer, que ésta comprenda lo que ella *es* verdaderamente, que lo transmita en su visión de sí misma y del mundo, que lo integre en su vida.

El tántrico, para quien toda mujer encarna a Shakti, tendrá hacia ella una actitud muy diferente a la del varón común. Para él, ella no es un objeto sexual que hay que cortejar para obtener sus favores, ni una presa de caza. El tántrico no es ni ligón ni Donjuán. Sola con él, la mujer no tiene nada que temer: estará segura, será libre de comportarse como quiera. Respetada, en ningún momento será importunada.

El mensaje del tantra concierne tanto a la mujer como al hombre. La Shakti tántrica es o trata de convertirse en una *verdadera* mujer que se atreve a explorar las profundidades de su ser para descubrir allí sus fundamentos últimos.

Ella es la diosa, es decir, la encarnación de una energía cósmica última, viviente y presente, aunque no lo sepa. No es, pues, sólo el hombre quien debe cambiar de actitud, sino también la mujer ante su propio misterio, que en general no percibe: «Yo no soy ni misteriosa, ni divina», piensa la mujer. Para el hombre, el misterio de la mujer es su naturaleza fantástica, irracional, imprevisible, que la hace incapturable. Ahora bien, *su verdadero misterio es el de la Vida*, pues, hombre o mujer, nuestra vida personal empezó en el vientre de la madre. Pero hoy, gracias a la genética y a la biología, ¿qué queda todavía de

Ese pretendido misterio de la vida? Si para los primitivos la concepción y el nacimiento estaban rodeados de misterio, ya no es así, y lo mismo pasa con los niños: ya se ha terminado lo de la cigüeña o la col. Desde que van a la escuela, se les explica cómo el espermatozoide fecunda al óvulo, luego cómo crece el embrión en el útero. La genética, pues, ha desmitificado —¿o desacralizado?— los secretos de la herencia, sobre todo desde que manipulamos los genes sin miramientos. Filmamos la vida del feto dentro del útero y, si se quiere, una simple inyección adelanta o retrasa el nacimiento: los bebés nacen cada vez menos por la noche, lo que resulta muy práctico para los ginecólogos.

Pero, a pesar de todo eso, el misterio de la vida, encarnado por y en la mujer, sigue siendo abisal. La madre es infinitamente más que una incubadora ambulante, aunque su pequeño yo consciente no piense en ello. Su misterio es la *fuerza creadora* que reside en ella. El tántrico (sea hombre o mujer) percibe que, en el vientre de la mujer «lo» que produce el óvulo *es* el poder creador último. Es allí, en la oscuridad cálida de su vientre, donde surgen las fuerzas cósmicas primordiales, sea o no fecundado el óvulo. Captar lo que actúa *verdaderamente* en el útero es comprender el misterio del universo. Ese fantástico dinamismo creador que suscita los átomos y las galaxias, que hace germinar el trigo y proliferar las bacterias, está presente y activo en todo momento, no sólo durante el embarazo, en toda mujer, en toda hembra. ¿Es lirismo evocar esta grandiosa realidad y adorarla? La mujer *hace* al niño: no se contenta con dejarlo crecer dentro de ella.

Por supuesto, el dinamismo inherente al óvulo fecundado y su código genético rigen la evolución del feto, que prosigue evidentemente después del nacimiento. Pero el óvulo es producido por la mujer, no por un mecanismo. En alguna parte, en ella, duerme, oculta, toda la experiencia de todas las generaciones pasadas, a través de toda la evolución de la humanidad, incluso de la vida

prehumana. Bajo la forma de un poder genésico, la mujer lleva la especie, la naturaleza creadora, anclada en ella. ¿Pero acaso el varón no aporta también la mitad del capital genético? ¿No actúan en él las mismas fuerzas que en la mujer? ¿No fabrica cada día millones de esos torpedos de la herencia que son los espermatozoides? Sí, pero el plano de base de toda especie, incluida la humana, es, biológicamente hablando, femenino. El hombre es fundamentalmente femenino, y el macho sólo ha sido «inventado» para diseminar los genes.

La Mujer ha sido la primera religión del hombre, y la primera divinidad fue la diosa-madre. ¿Fue o es? No decidamos: comprobemos solamente que ella se encuentra en todo el mundo prehistórico. Ya evocan las primeras esculturas desmañadas que representan a un ser humano. Diosa-madre, encarna también el principio del eros, la fuerza primordial engendradora. Es Shakti, la energía primordial, de donde emerge el universo manifiesto.

Quien dice religión de la Mujer dice también sacerdotisa y maga, es decir, intermediaria cósmica. El misterio de la mujer no está limitado a su sexo: impregna todo su ser, incluido (y tal vez sobre todo) su psiquismo. La mujer es intuitiva porque es sensitiva y sigue los ritmos cósmicos que capta. Conoce los secretos de la vida y de la salud, de las plantas y de las flores. En los pueblos arcaicos es en general la mujer quien se ocupa de la agricultura, especialmente porque se cree que su poder fecundante actúa sobre la fertilidad del suelo. Ella comprende las honduras del alma humana: mediante su inconsciente está en relación directa con las grandes corrientes psíquicas que nos llevan y nos traen. Ella seduce y aterroriza a la vez. Cada hombre lleva en sí un retrato-robot de la mujer absoluta, y si la encontrara en la realidad, ya no podría separarse de ella, sería el flechazo definitivo. Por lo demás, durante toda su vida, los hombres la buscan por doquier. Son poquísimos los que la encuentran, ¡y casi puede decirse: felizmente! Es ese sueño, ideal inaccesible, lo que el hombre proyecta, por ejemplo, en las estrellas de cine: Greta Garbo era la «divina» porque para millones de hombres era la mujer ideal, de la que todos tienen nostalgia. Ese culto oculto de la mujer está muy vivo: sus iconos son, por ejemplo, los pósters de estrellas —caricaturas modernas de la verdadera mujer—, creados por varones para uso de otros varones.

Las feministas rechazan el empleo de la mujer-objeto en la publicidad y en los pósters; sin embargo es un homenaje a la mujer, aunque sea torpe. Un día que tenía que enviar un paquete, en la oficina de correos sucia y llena de humos de una pequeña estación de provincias, entré en contacto con el encargado, que no era precisamente un Adonis. Sobre su mesa, papelotes. En el techo, una bombilla huérfana de pantalla iluminaba a duras penas las estanterías temblequeantes. En resumen, un decorado horrible. En la pared, que antaño había sido blanca, sujeto con chinchetas herrumbradas, un póster amarillento, deteriorado, con una muchacha regordeta y bastante desvestida: ¡la Shakti, en cuatricromía, estaba en la estación, aunque la modelo no era el parangón de la verdadera mujer!

Pero entonces, ¿qué y quién es la verdadera mujer? ¡Gran pregunta! Aunque cada una encarna el principio femenino último y el eros, la verdadera Shakti se vuelve cada vez más rara. ¿A quién culpar? ¿A la mujer o al patriarcado que la ahoga? Hoy en día nuestras mujeres son zombis. En el régimen matriarcal, la mujer puede expandirse... y el hombre también, pues no puede sino evolucionar en contacto con la verdadera mujer; ahogándola, se asfixia a sí mismo. Durante toda la prehistoria, la civilización matriarcal reinó en toda la cuenca mediterránea y en la India dravídica, donde todavía subsiste en algunas regiones, como Kerala.

Fuera de la India, los trobriandeses, que han sido bien estudiados, son uno de los pueblos más felices del mundo: a pesar —¿o a causa?— de su estructura matriarcal, los hombres no están agobiados de trabajo ni son explotados, y las mujeres son libres y desenvueltas.

En la naturaleza la madre es el hogar: a los gatitos que maman de su madre ronroneando les importa poco el gato que los ha engendrado. Y el gato viejo que mete el hocico en una manta o una piel que amasa con convicción y deleite, ¿qué hace sino repetir sus gestos de gatito acurrucado contra el vientre tibio de su madre, aún presente en él? En cuanto a su genitor...

Saber quién es la madre es fácil e indiscutible; en cuanto al padre, ¡es otra cosa! En el régimen patriarcal, el linaje va de padre a hijo, los bienes van al hijo mayor, como en nuestros países hasta la Reforma. Esto no sucede en el régimen matriarcal, y cito a Alain Daniélou: «El sistema matriarcal, donde toda la propiedad familiar pertenece a la mujer y donde la hija hereda de la madre, sigue siendo todavía hoy el sistema practicado en Kerala, al sur de la India. Incluso en las familias reales, el trono pasa de madre a hija, y el rey sólo es un consorte. Esta práctica es considerada la única manera eficaz de asegurar la transmisión de la sangre real. Según el antiguo refrán indio: "Cuando un padre dice 'éste es mi hijo', se trata de fe; cuando una madre dice 'éste es mi hijo', se trata de conocimiento"; ahora bien, las instituciones sociales deben basarse en certezas y no en creencias».

En el régimen patriarcal, donde el linaje va de padre a hijo y los bienes al hijo mayor, para que el *tal-vez-padre* sea una *padre -seguro*, ¿qué hay que hacer? Es lógico: el hombre *debe* apropiarse de la mujer y de su sexo, encerrarla físicamente, por ejemplo en un harén, y socialmente en una red de reglas y de obstáculos, unidos a castigos disuasorios en caso de adulterio, e imponer la virginidad hasta el matrimonio. Y cuando el hombre lleva esta lógica hasta sus últimas consecuencias, se llega a las mujeres cosidas (son millones en el África musulmana): se les corta el clítoris y los labios menores —sin anestesia ni asepsia—, se les cose la entrada de la vagina, dejando sólo un minúsculo orificio para evacuar las reglas, lo que garantiza mejor su virginidad que un cinturón de castidad. La noche de bodas el marido se abre paso gloriosamente con un puñal hacia la paternidad. A la mañana siguiente, exhibe con orgullo el arma y la sábana manchadas de sangre. El colmo del refinamiento masculino: son las mujeres (de edad) las que cosen a las jóvenes. ¡Aparte de la desfloración con el puñal el hombre no se ensucia las manos!

La misma lógica patriarcal conduce a rebajar a la mujer, a relegarla a la cocina, a darle como único objetivo en su vida servir a su marido y perpetuar la raza. En la India brahmánica, las leyes de Manú y de Satí describen los deberes de la esposa: su marido es su Señor, un Dios viviente a quien ella debe servir y adorar, incluso si es feo como un demonio, fiero y la maltrata. Siempre en la India brahmánica, quedar viuda es una desgracia: ella lleva la mala suerte, y la muerte de su marido es la prueba. Hace muy poco la viuda se inmolaba aún en las llamas de la hoguera que quemaba a su difunto marido, tal vez porque se le había inculcado esta actitud, pero también porque ella sabía lo que le esperaba. En la sociedad aria la viuda está privada de todo goce, debe vivir recluida, no llevar sino vestidos usados, comer restos. Fantasma viviente, toda coquetería le está prohibida. Pájaro de mal agüero, no asiste a ninguna fiesta. Le está prohibido mirar a un hombre, incluso a un animal macho. Es impensable que vuelva a casarse, aunque su marido haya muerto joven y en combate, por ejemplo. Su existencia se termina, pues, de todos modos con la de su esposo, de modo que su auto de fe le ahorra toda una vida de vejaciones y sufrimientos.

Se dirá que todo esto es cosa del pasado y que sólo concierne a la India. Es verdad, la *sati* está prohibida y las viudas ya no se inmolan en la hoguera de sus maridos, pero cada año miles de indias arden en sus cocinas porque los padres no pueden pagar el suplemento de dote exigido por los suegros: con esos infernillos de gas butano, un «accidente» se produce en cualquier momento, ¿no es verdad?...

Entre nosotros, por el contrario, las cosas están cambiando: las mujeres toman conciencia de su propio valor. Es verdad, pero no basta que la mujer sea la igual del hombre: debe convertirse en la verdadera mujer. Ahora bien, ésta ha desaparecido. ¿Cómo y por qué? Louis Pauwels —nos guste este autor o no— lo dice en su «conferencia imaginaria» titulada *La Mujer es rara*.

La mujer es rara

«El problema es que casi ya no hay mujeres. Sostengo que las mujeres han desaparecido, que ha habido una catástrofe, que la raza de las mujeres ha quedado dispersada, aniquilada, ante nuestros propios ojos que no veían. Señores, la mujer, la descendiente del paleolítico y del neolítico, nuestra madre, nuestra hembra y nuestra diosa, el ser que yo llamaría *la mujer del hombre* y de la que ya no

tenemos idea, ha sido perseguida, alcanzada en su cuerpo físico y en su cuerpo mental y enviada a la nada.

»Las entrañas de la Tierra están llenas de bosques hundidos, de restos de especies de animales desaparecidas, de cenizas de razas humanas y sobrehumanas cuya historia, si nos fuera revelada, desafiaría a la más loca imaginación. Nuestra verdadera hembra también está mezclada en el humus de los abismos subterráneos. ¿Por qué? ¡Ah, señores, reflexionen! Es ella la que ha pagado los gastos de la inmensa, la implacable lucha contra las religiones primitivas de Occidente. Esa lucha es toda la historia del mundo llamado civilizado. ¿Creen ustedes que allí donde las legiones romanas no aclimataron jamás su religión, en la Galia, por ejemplo, o en Gran Bretaña, los soldados de Cristo encontraron una tierra virgen de pensamiento y de dioses? En mil lugares de nuestra Europa, en las landas, en las llanuras con menhires, en el fondo de los matorrales y en las riberas donde cantaba Pan, subsistía la religión indígena proveniente de la noche de las edades, la verdadera religión del hombre occidental. Señores, considero seguro que Europa vivió durante milenios un elevado pensamiento místico, él mismo proveniente de otras épocas, consagrado al Dios Cornudo y a la exaltación del principio femenino. Considero evidente que esa espiritualidad original fue barrida con violencia, a sangre y fuego, por una religión extranjera venida de Oriente: el cristianismo. El Dios Cornudo, protector de la antigua humanidad del Oeste, fue llamado Diablo y maldecido.

»Los ídolos inmemorables fueron derribados y con ellos hubo que destruir también su sostén: la mujer madre, la mujer diosa, la mujer hembra, la verdadera mujer.

»Las almas virtuosas de hoy denuncian los excesos del colonialismo reciente: los indios eliminados, los magos de África extinguidos, las civilizaciones negras martirizadas. ¿Y quién habla de nuestros antiguos totens que fueron derribados, de nuestro Dios que fue envilecido y perseguido, de nuestras sacerdotisas que fueron exterminadas, de nuestra mujer que nos fue sustraída? La vieja Europa también ha sido colonizada y desfigurada. Sí, señores, me atrevo a decirlo. Desde el punto de vista puramente antropológico en el que me sitúo, la historia de la Iglesia cristiana es la historia de una guerra hecha por el extranjero contra un culto indígena muy antiguo, muy poderoso, muy profundamente arraigado, y de un crimen contra la raza humana femenina en su totalidad. Nosotros hemos perdido nuestra mitad, señores. Nos la han matado. Lo demostraré.

»No acuso. Ese crimen fabuloso era tal vez necesario. Y tal vez era fatal. La civilización no sería lo que es si la verdadera mujer existiera todavía. Seguiríamos creyendo en el Paraíso sobre la tierra. El espíritu humano no hubiera tomado nuevos caminos. No estaríamos hoy a punto de alcanzar las galaxias lejanas, no habiéramos abierto anchas puertas en el universo, por las cuales penetra ya la llamada del Dios último en el que se fundirán todos nuestros dioses, en quien el espíritu del mundo se reabsorberá un día, habiendo cumplido su misión. Pero veamos ese crimen. Exterminación física en las hogueras: evocaré los centenares de miles de verdaderas mujeres, llamadas hechiceras y quemadas como tales, y los millones de otras mujeres vencidas y cambiadas por el temor. Los remito a Michelet visionario de *La Sorcière*, libro admirable e incomprendido. Exterminio por la propaganda, arma más segura que todas las demás, lo sabemos ahora, y más eficaz entonces que el potro, los cepos y la camisa azufrada. Guerra revolucionaria de la Caballería contra la mujer verdadera en provecho de un nuevo ídolo. Y por último, en un plano más amplio, más misterioso y sin embargo concomitante, mutación descendente de la especie. De modo que, poco a poco, un ser diferente ha sustituido al ser femenino auténtico.

»Señores, el ser que nosotros llamamos mujer no es *la* mujer. Es una degeneración, una copia. La esencia ya no está, el principio ya no está, nuestro gozo y nuestra salvación ya no están.

»[...] Llamamos mujeres a seres que sólo tienen la apariencia de mujeres, tomamos en nuestros brazos imitaciones de una especie total o casi totalmente destruida.

»La mujer es rara, dice Giraudoux. La mayoría de los hombres se casan con una mediocre falsificación de hombre, un poco más marrullera, un poco más flexible, se casan consigo mismos.

Se ven a sí mismos pasar por la calle, con un poco más de pecho, un poco más de caderas, todo envuelto en un jersey de seda, entonces se persiguen a sí mismos, se abrazan, se casan. Es menos frío, después de todo, que casarse con un espejo. La mujer es rara, franquea las corrientes, derriba los tronos, detiene el paso de los años. Su piel es el mármol. Cuando hay una, es el atolladero del mundo... ¿A dónde van los ríos, las nubes, los pájaros aislados? Se arrojan a la Mujer... Pero ella es rara... Hay que huir cuando la vemos, pues cuando ella ama, cuando detesta, es implacable. Su compasión es implacable... Pero ella es rara.

»La verdadera mujer, la que nos viene del fondo de los tiempos, la mujer que nos fue dada, pertenece totalmente a un universo extraño al del hombre. Ella brilla en el otro extremo de la Creación, conoce los secretos de las aguas, las piedras, las plantas y los animales. Ella mira directamente al Sol y ve claro en la noche, posee las claves de la salud, del reposo, de las armonías de la materia. Es la hechicera blanca intuita por Michelet, el hada de anchos flancos húmedos, de ojos transparentes, que espera al hombre para recomenzar el paraíso terrestre. Si ella se entrega a él, es en un movimiento de pánico sagrado, abriéndole, en la cálida oscuridad de su vientre, la puerta de otro mundo. Es la fuente de la virtud: el deseo que inspira consume la excitación. Hundirse en ella devuelve la castidad. Es estéril, pues detiene la rueda del tiempo. O más bien, es ella quien insemina al hombre: lo vuelve a parir, reintroduce en él la infancia del mundo. Lo restituye a su trabajo de hombre, que es subir lo más alto posible en sí mismo. Se dice «superhombre», no se dice «super-mujer», pues la mujer, la verdadera, es la que hace al hombre más de lo que es. A ella le basta existir para ser con plenitud. El hombre debe pasar por ella para pasar al ser, a menos que elija otras ascesis, donde también la encontrará, bajo formas simbólicas...

»Señores, descubrir a la verdadera mujer es una gracia; no asustarse de ella es otra. Unirse a ella exige la benevolencia de Dios... ¡Qué extraño encuentro! Ella aparece bruscamente entre el rebaño de falsas hembras, y el hombre favorecido que la ve se pone a temblar de deseo y de temor.

Todo cambiará, basta ya de jugar consigo mismo:

*Veo tus pechos hincharse
y a veces tu vientre temblar
como un suelo tibio que se levanta.
Tú me apaciguas y no me asombro
de esos poderes que encierras...»*

Confieso que dudé antes de citar un trozo tan extenso, pero hubiera lamentado privar al lector de este texto admirable, uno de los mejores que conozco. En esos párrafos, profundamente tántricos, hay pasajes que pueden chocar a los cristianos, a quienes respeto; pero, ¿hay que censurar a Louis Pauwels?

Ante todo esto se imponen dos conclusiones. Primero: el hombre debe pasar por ella para llegar al ser. La mujer, toda mujer, es la verdadera iniciadora del hombre, su vía hacia el Ser. Segundo: el sistema patriarcal ha privado al hombre de las verdaderas mujeres, peligrosas para su supremacía. En respuesta a eso, la mujer debe hacerse consciente de la Mujer que duerme en ella: ¡ya es hora de que Ella salga del capullo!

Esta tarea esencial, el tantra puede realizarla y salvar a nuestro mundo moderno de la perdición. Que la mayoría de los adeptos del tantra en Occidente sean mujeres demuestra su intuición. Ellas *saben* que esta vía de evolución es fecunda y que las conduce a la Verdadera Mujer que se oculta en ellas, para volver a ser la Antigua, la Shakti eterna que no hubieran debido cesar de ser.

En cuanto al hombre, si quiere merecer a la verdadera Mujer, debe, en primer lugar, aceptar la idea, y luego reestructurar su vida en torno a los valores de la feminidad. Nuestra civilización patriarcal ha creado una civilización tecnocrática, sin alma, sin ideal, sin amor verdadero. Basada en falsos valores, lleva al cataclismo, a la guerra. Por lo demás, está en plena crisis en todos los planos,

incluso el social y el económico. Para salvarse, el hombre deberá aceptar redescubrir su femineidad oculta, reprimida. ¿Es utópico? No, pues el antiguo culto está en pleno renacimiento y el capítulo dedicado al «retorno de las hechiceras» muestra su amplitud...

La diosa-madre

La Diosa-Madre, la Gran Antepasada, fue la primera religión del hombre y objeto de un culto generalizado. Dan testimonio de ello las innumerables imágenes de la mujer paleolítica y neolítica descubiertas por todas partes, ya sea en el imperio del Indo o en Francia, en España, en todo el espacio mediterráneo, en Yugoslavia y hasta en Siberia.

Y es lógico. En efecto, cuando el hombre se pregunta de dónde viene, la respuesta evidente es «del vientre de su madre», ella misma salida del vientre de la suya, y así sucesivamente. Remontando la cadena ininterrumpida de las madres, se llega a la primera, a la Antepasada común, madre de todos los humanos. Es normal pues convertirla en una diosa, ¡la Diosa!

Pero, ¿por qué el escultor prehistórico le dio un aspecto caricaturesco, casi repugnante? Esas Venus deformes, embutidas, infladas, lejos de despertar nuestro sentido estético más bien lo contrarían. Ahora bien, una extraña fascinación emana de esas matronas cuya obesidad raya en lo grotesco. Evidentemente, fue más el simbolismo que la estética o el realismo lo que guió la mano curtida del artista anónimo. Incluso admitiendo que la técnica de los escultores del magdaleniense era bastante primitiva, a todas luces la deformidad de la Venus de Lespugne, por ejemplo, es deliberada. En efecto, ¿cómo simbolizar la inagotable fecundidad de la diosa-madre, madre de los hombres, de los animales y de las plantas, sino con un vientre enorme, capaz de acoger a todos sus hijos? Igualmente, ¿cómo expresar que ella alimenta, en todas partes y siempre, a su innumerable prole, sino con senos tan desproporcionados como su vientre? La gracia totalmente femenina del resto del cuerpo (la cabeza, el busto, los brazos, las piernas por debajo de las rodillas y los pies), que contrasta con la casi monstruosidad del vientre y de los senos, es igualmente deliberada: esculpir una simple obesa no hubiera simbolizado a la Madre Cósmica, la Gran Antepasada. Por el contrario, cuando el artista de la prehistoria ha querido esculpir a la mujer en cuanto tal, lo ha hecho con una sorprendente habilidad, como muestra esta ilustración.



Brassempuy, la «Cabeza con capucha», siempre joven después de 20.000 años

Señalemos de paso que en el tantrismo, como en el hinduismo, el aspecto maternal de la mujer está notablemente ausente: no hay diosas en cinta y se cuentan con los dedos de la mano las imágenes de la pareja madre-hijo.

Los valores de la Femeidad

Los dioses que yo he adorado exigían la Danza de la Muerte...

Tal vez debería confiarse a las mujeres la responsabilidad del mundo, porque ellas están guiadas por la emoción y no por el intelecto.

¿De quién son estas palabras? ¿De algún tántrico, nostálgico de la sociedad matriarcal de la civilización del Indo, antes de que los arios, bárbaros e incultos, se arrojaran sobre su territorio, arrasando el país a sangre y fuego y reduciendo a los supervivientes a la esclavitud? Pues bien, no. Son de un «ario», representante de un régimen patriarcal y totalitario dedicado al culto de esos dioses de la guerra que exigen la Danza de la Muerte. Y que están bien vivos: están presentes en los silos para misiles, preparados para soltar sus misiles a domicilio en todo el mundo, y en las hordas de carros blindados, listos para hundirnos en una nueva Danza de la Muerte. Entonces, ¿cómo evitar la caída total y la autodestrucción tanto de la civilización como de la humanidad? El autor lo indica: ¡confiar a las mujeres la responsabilidad del mundo! ¡Utópico! Tal vez...

Vayamos a los hechos: ¿de quién son estas palabras? Preste atención el lector: de Adolf Eichmann en persona, en su confesión escrita en la prisión, en Israel, cuando, condenado a muerte, esperaba la horca. ¡Y sí! Ante la muerte se reflexiona, sobre todo frente a la propia muerte, aun cuando uno se llame Adolf Eichmann... Su acusador, Gideon Hausner, prohibió su publicación, y David Ben Gurion, entonces primer ministro, ordenó que fuera conservada durante quince años en los archivos secretos de Israel. Es posible, por supuesto, poner en duda la sinceridad de esta confesión, donde dice que no fue nunca antisemita, lo cual es más bien humor negro: jamás manifestó el menor remordimiento, ni durante su proceso ni después de él.

Sin embargo, viniendo de semejante personaje, redactadas en tales circunstancias, esas palabras adquieren un relieve impresionante, tanto por esa comprobación de fracaso como por el carácter aparentemente insólito de la solución propuesta: confiar a las mujeres la responsabilidad del mundo.

De hecho es irrealizable y aunque el culto de la mujer, o mejor dicho de la femineidad, sea una de las bases del tantra, sería estúpido querer destituir a todos los jefes de Estado y a sus ministros y reemplazarlos por mujeres. Nadie lo piensa, por lo demás. Que algunas mujeres ocupen con éxito puestos eminentes no anuncia, sin embargo, el aura de una era neomatriarcal: ellas están «dentro» del sistema hasta el punto de que se las llama señora Presidenta o señora Ministro.

En realidad, se trata más bien de *valores* que de personas, y nuestra civilización no se salvará sino otorgando un lugar eminente a los valores de la femineidad. Sin embargo, es deseable que la mujer como tal intervenga más directamente en la gestión concreta de la sociedad.

Pero para poder reestructurar la vida y la sociedad en torno a valores femeninos, el hombre, el macho, deberá descubrir —o redescubrir— las dimensiones femeninas, ocultas, de *su* ser. Tarea difícil en nuestra sociedad, en la que la educación cultiva sistemáticamente los valores masculinos no sólo en el hombre sino también en la mujer. Tomar conciencia de los valores femeninos, aceptarlos, desarrollarlos, y luego centrar su vida en torno a ellos, eso es el culto de la femineidad.

De ahí la pregunta: ¿cuál es, biológicamente, el sexo dominante, dando por supuesto que «dominante» no es sinónimo de «superior»? Otra pregunta, ésta descabellada: ¿qué es exactamente el sexo?

Ingenuamente se lo identifica con los órganos genitales, se lo limita a ellos; la palabra «*cache-sexe*» (taparrabo) es sintomática. Pero lejos de limitarse al contenido del calzoncillo, el sexo marca cada célula y cada órgano e incluso nuestra sangre: en los juegos olímpicos el test hematológico

prueba sin discusión el sexo de los atletas. Desde antes del nacimiento, el cerebro está programado para que nos comportemos de acuerdo con nuestro sexo y, salvo error de orientación, se tiene un cerebro masculino o femenino y una mente correspondiente. De modo que «mi» sexo incluye todos los aspectos distintivos masculinos (o femeninos) tanto físicos como psíquicos.

El leguaje familiar distingue entre el sexo *bello* y el sexo *fuerte*, «por tanto» dominante. En el sistema patriarcal, gracias a sus bíceps, el varón se impone hasta el punto que designa a toda la especie: «el hombre», «*homo sapiens*», los «Derechos del hombre», etc. ¡Pero biológicamente, científicamente, el sexo dominante *no* es el varón sino la mujer!

Investigaciones recientes llevadas a cabo en los Estados Unidos desde 1950, especialmente en la Kansas University por Charles Phoenix, Robert Goy y William Young, demuestran que la estructura fundamental orgánica y cerebral de los mamíferos era en primer lugar femenina, y solamente después masculina. Tom Alexander concluye a partir de ahí que habría que invertir el mito adámico: científicamente Adán es una Eva modificada. Desde los primeros estadios de desarrollo del feto, el cerebro dispone del «plano» y de los circuitos neurológicos latentes que harán que el comportamiento sea masculino o femenino. Sin embargo, abandonado a sí mismo, es decir, sin ningún impulso hormonal especial, ¡el feto evolucionará *siempre* hacia la forma femenina! En el inicio del desarrollo embrionario, las gónadas masculinas y femeninas son muy semejantes. Es la inyección de una cantidad mínima de hormona andrógena —todavía se ignora qué la produce— lo que desencadena una reacción en cadena que lleva a la formación de un varón. Esto incluye la activación, en el cerebro del embrión, de los circuitos neurológicos que rigen el comportamiento masculino. Sólo más tarde, cuando estén bien diferenciadas, las gónadas producirán las hormonas específicamente masculinas.

Sin embargo —punto capital para el tantra— los circuitos femeninos no están totalmente desconectados. Durante toda la vida del varón normal, influirán sobre su comportamiento, lo que «pega» bien con la tesis del tantra según la cual la mujer es el ser humano primordial, y el hombre debe ser consciente de sus propios aspectos femeninos.

El tamaño y la fuerza bruta no demuestran una superioridad sino que permiten, en las civilizaciones patriarcales, imponer, con frecuencia duramente, la ley del varón. En la naturaleza, la hembra es sobre todo madre, y el hombre debe defenderla físicamente, así como a los pequeños, contra los animales salvajes y los eventuales enemigos humanos. Si la mujer fuera muscularmente más fuerte, tendría, además de cuidar a su progenie, que cuidar... ¡a los varones!

Incluso la potencia genética del hombre indica que puede ser sacrificado. Teóricamente, a menos que alumbre repetidamente gemelos, una mujer puede engendrar como máximo unos veinte hijos, lo cual no está tan mal, mientras que el hombre podría teóricamente fecundar doscientas o trescientas mujeres al año. Si se exterminaran todos los varones, salvo algunos supervivientes, en pocos años la tribu podría reconstituirse...

Desarrollar los aspectos femeninos en el hombre no implica desvirilizarlo, sino que, muy al contrario, desemboca en una visión nueva —a menos que sea el retorno a una visión arcaica fundamental— tanto en la mujer como en el hombre.

En la sociedad patriarcal la mujer debe estar sometida al hombre y su sexualidad reprimida, pues si ella pudiera afirmarse, cuestionaría el orden masculino. El tantrismo de la Vía de la Izquierda, otorgando la prioridad a los aspectos femeninos del ser humano, se opone al orden patriarcal ario en la India, y eso explica por qué siempre fue perseguido.

El sistema patriarcal fue traído por los nómadas que, en su trashumancia, se convierten en invasores, enemigos para los ocupantes de los territorios atravesados. El guerrero y los valores masculinos que representa son entonces un elemento esencial para la supervivencia de la tribu, pero esos valores masculinos son también del intelecto. En nuestro mundo moderno se expresan mediante la exploración y la conquista del mundo, mediante la ciencia, la tecnología, la organización, la industria, etc., en resumen actividades de tipo diurno, solar. Eichmann opone los valores femeninos

a los masculinos diciendo que «la mujer está guiada por la emoción, no por el intelecto», pero como no es filósofo, hay que interpretar su noción de emoción, así como también la de intelecto.

El intelecto es el entendimiento, el razonamiento discursivo, la lógica fría. No se debe confundir con la inteligencia, más intuitiva que discursiva, que comporta elementos irracionales, afectivos, de tipo femenino. Todo intelectual no es *de facto* inteligente, y viceversa. «Emoción» debe entenderse entonces en el sentido amplio de afectividad más que de emoción no razonada, incontrolada.

Cambiar nuestros valores

Estos valores femeninos son: el amor, el afecto, las relaciones humanas verdaderas, el contacto con la naturaleza y la vida. La mujer, por supuesto, es también la madre, por tanto los hijos. Si no cito de entrada ese aspecto fundamental de su ser es para evitar que la mujer, leyendo este texto, sospeche en él la intención camuflada de encerrarlas en las tres famosas «K» de los nazis, es decir, *Kinder, Küche, Kirche* (niños, cocina, iglesia).

Son femeninas la música, la danza, la poesía, la literatura. Femenina es también la dulzura del hogar, embellecido por el arte, vitalizado por las flores, los animales y los niños. Sin embargo, *los valores femeninos más verdaderos, los más profundos, son aquellos que trascienden lo racional, que se hunden en lo irracional*, palabra que asusta al cerebral, al cientista y al sistema patriarcal en general.

Lo irracional son las capas profundas del psiquismo, las que se denominan habitualmente «inconsciente», el mundo de instintos y de las pulsiones. La mujer es intuitiva, y hago mío lo que escribe J. Guenther, en *Yuganaddha, The Tantric View of Life*: «La conciencia de la mujer es diferente; ella ya ha percibido las cosas mientras que el hombre va a tientas por la oscuridad. La mujer percibe las circunstancias del entorno y las posibilidades que incluyen, y de eso el hombre por lo general es incapaz. Por eso le parece que el mundo de la mujer pertenece al infinito cósmico y a las edades sin límite. Pero, en realidad, esta expansión hacia y en el infinito, hacia lo sin tiempo y lo trascendente, puede darle las indicaciones y los impulsos más acertados. Esta trascendencia es la sabiduría que supera el saber intelectual. [...] La mujer y todo lo que le está asociado le parecen muy extraños al varón, y sin embargo eso forma parte de su universo más íntimo, que espera ser realizado por él» (p. 172).

Sí, esos valores existen en el hombre, pero como la educación patriarcal los ha reprimido, redescubrirlos es una dura tarea. El camino inicial comienza por comprender que no hay que comprender nada; hay que percibirlo, sentirlo todo. Por esta razón en la Vía de la Izquierda, que pasa por la mujer, ella es la Iniciadora. Abre al hombre las puertas secretas hacia los abismos del ser, hacia lo último, hacia lo cósmico. Si el tantra fuera una religión, las mujeres serían las sacerdotisas, y sus sacerdotes serían hombres que habrían desarrollado, gracias a la mujer, sus cualidades femeninas de intuición y trascendencia.

El tántrico accede a este universo femenino penetrando en el mundo secreto de la mujer concreta, viviente, su compañera en la vida, siempre que sea capaz de abrirse a ella. La mujer, por su parte, debe percibir sus propios aspectos masculinos. Siempre según Guenther: «Cada vez que el hombre entra en contacto con su contrapartida femenina, que representa un aspecto de la vida no vivido ni percibido por él, excluido de su actividad consciente, se abre a su femineidad latente y la mujer a su masculinidad latente. El carácter unilateral de su vida queda abandonado, su ser total enriquecido, lo cual es sumamente importante para la vida futura de ambos.

»La femineidad que el hombre experimenta a través de (y gracias a) una mujer objetiva y a través de las formas inconscientes de su psiquismo, está más profundamente arraigada en el campo de la realidad que las fuerzas masculinas, aunque ambas operan en conjunto. Cuando las fuerzas masculinas combaten a las femeninas, se corre el riesgo de perder el contacto con las capas profundas del ser» (p. 71).

El tantra en lo cotidiano

En el tantra la mujer —por lo tanto también la mía— es la iniciadora, sin que eso implique una subordinación del hombre. ¿Cómo funciona esto en la vida concreta de todos los días? Es muy bonito alinear frases «cósmicas», pero hay que poder traducirlas en la realidad. Permítame el lector que utilice un ejemplo vivido. Después de haber tenido nuestra casa durante largos, largos años, en la ciudad, por fin habíamos podido realizar un sueño: construir *nuestra* casa en el campo. Construir, qué aventura; si el lector la ha emprendido, me comprenderá. Fue sobre todo durante la concepción y la construcción de la casa cuando comprendí mejor hasta qué punto la mujer ve todo a través de sus «gafas» mentales femeninas, y el hombre a través de sus gafas masculinas. ¡Dos visiones del mundo bien diferentes, efectivamente! Discutiendo los planos, el arquitecto y yo hablábamos de volúmenes, de materiales, de tipo de calefacción. Shakti, en cambio, se interesaba sobre todo por los espacios habitables, imaginaba ya su arreglo, pensaba en la decoración... y en el jardín.

Después del bulldozer entraron los albañiles, levantaron los andamios y se alzaron los muros. El volumen de la casa quedó diseñado, simple, bien integrada en la naturaleza, con muchos ventanales y ventanas para captar cada rayo del parsimonioso sol nórdico.

Íbamos con frecuencia a visitar la obra... Ese día el arquitecto y yo admirábamos la hermosa pared de ladrillos, que daba un buen acabado al volumen de la casa. Shakti dijo: «Esta pared es horrible. Todas estas paredes son feas...» El arquitecto y yo nos miramos, desconcertados. Vistas a través de nuestras gafas mentales masculinas, encontrábamos que las paredes eran bellas, y lo eran. Pero mi mujer no cejaba: «Estas paredes desnudas son feas. Cuando vivamos en la casa la cubriré con plantas...» ¡Y las plantó! Los años han pasado, las plantas han crecido. Ahora las paredes le gustan porque han desaparecido, o casi, bajo un jardín vertical. En mayo, cuando las clemátides florecen, mi mujer está radiante, y confieso que eso no me desagrada. Desde mi escritorio, donde escribo este texto, veo la cascada inmóvil de flores pegada a la fachada. Los pájaros, que la obra había ahuyentado, han vuelto y hacen su nido en las clemátides. Los polluelos pían, y sus padres hacen un puente aéreo entre el ciruelo y el nido para alimentarlos. La pared está viva con abejas, mariquitas y muchos otros insectos: un microuniverso. Por la noche, en nuestra habitación, es bueno saber que, allí, muy cerca, en sus nidos, los pajarillos duermen bien abrigados bajo su madre. Ahora miro las paredes con los ojos de mi mujer y me gustan. Ella tenía razón: desnudas, esas paredes estaban muertas, por tanto eran feas...

Descubro también el jardín a través de sus ojos. El hombre ve el jardín globalmente, sintéticamente. La mujer lo ve analíticamente, macizo por macizo, flor por flor, pero sobre todo *vive* al ritmo del jardín, lo siente.

Para ella, el acontecimiento, al terminar el invierno, es el primer croco, que anuncia la primavera aunque el termómetro coquetee todavía con el cero. Para mí, si escucho mi mente masculina, es la cita de las 10.25. Después la de las 11.05. Pero si miro el croco con los ojos de Shakti, resulta importante...

Vivir con el jardín es compartir la vida. Frente a las plantas, sea la modesta nomeolvides o el poderoso cedro, Shakti se comporta como madre: ¡las conoce «personalmente»! Ella sabe, siente, si tal flor está a gusto en ese lugar, y si no lo está la trasplantará tantas veces como haga falta hasta que le encuentre el lugar favorable donde la flor será feliz y crecerá. Entonces Shakti estará contenta.

En la primavera ella descubre todos los nidos, me los muestra, observa a los pequeños y calcula cuándo podrán volar. Comprende el lenguaje de los pájaros que alborotan todos los matorrales cuando el gato muestra sus bigotes. Si me limito a comprobar que hay viento o no, ella sabe si viene del este o del norte, si ha cambiado de dirección, si es húmedo o seco. El jardín es también el huerto. Ella sabe si los rábanos tienen sed y los riega, no sólo utilitariamente para que crezcan, sino simplemente porque tienen sed, ¡lo cual no le impide cosecharlos! Las plantas no son objetos, cosas

que se comen, sino seres vivos con los cuales ella está en relación constante, en el sentido más amplio del término.

Primer gesto de la mañana: apartar las cortinas para ver cómo está el tiempo. ¿Cómo se presenta el cielo? ¿Está nublado, va a llover o tendremos sol? Todo eso no determina verdaderamente su humor, sino su ambiente físico y psíquico, su clima de vida. Poco a poco entro en ese universo femenino y ella se convierte así en la iniciadora.

Por supuesto, eso no se limita a las paredes y el jardín, pero si he escogido esos ejemplos tan «terrestres» es para concretar la idea de que el culto de la femineidad no está limitado a los aspectos últimos de la vida, que esta visión puede y debería impregnar por completo la vida cotidiana. A través de Shakti, descubro mi propio universo femenino secreto. Poco a poco los valores femeninos reprimidos emergen de las profundidades, lo que sucede en todos los terrenos, incluso en la vivencia femenina de la sexualidad.

También he comprendido (y admitido) que ella sea «cerrada» en el terreno que denomina, con desdén, «la mecánica», de la que no entiende ni jota, no porque le falte inteligencia, sino por desinterés total ante la técnica, la mecánica fría, por tanto muerta. ¡Sin embargo aprecia el lavavajillas, aunque me deja a mí la tarea de cargarlo!

La Inmaculada Concepción

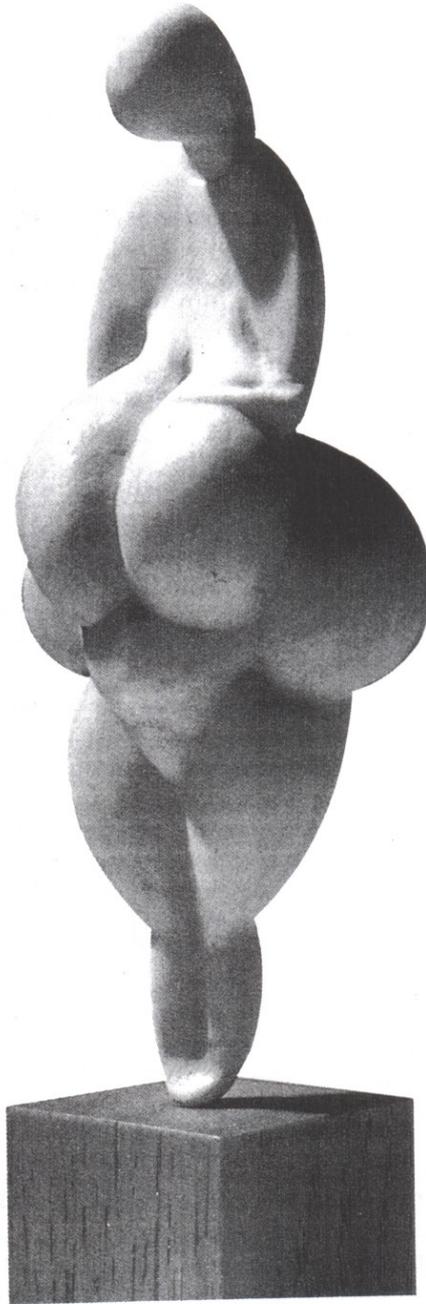
Bernard kart (*Religious Ceremonies and Customs*, 1933, vol. IV p. 472) escribe:

«En China, una de las principales diosas es la de la naturaleza, *Shing-Moo*, la Santa Madre, la madre de la Inteligencia Perfecta.

»Es homologa de la Isis egipcia, la Ganga india y la Deméter griega. Para los primeros misioneros cristianos fue una sorpresa llegar a China y descubrir semejanzas increíbles entre esta diosa y la Virgen María; todavía quedaron más asombrados y desconcertados al enterarse de que *Shing-Moo* también había concebido y dado a luz a un salvador permaneciendo virgen.»

En el célebre e insoluble dilema de la prioridad del huevo o la gallina, ¡nadie piensa en comenzar por el gallo! La misma lógica impide hacer nacer a la humanidad de un varón originario. Al principio está la gran Antepasada, la diosa-madre, pero como no hay ningún hombre para fecundarla, es necesariamente ella la que, virgen y misteriosamente encinta, dará a luz al primer hombre. Por supuesto que no siempre la biología y la mitología se llevan bien, pero el mito de la inmaculada concepción tiene, ai menos, una lógica. Por tanto no es asombroso encontrarlo en más de una religión. Entonces, proclamando el dogma de la Inmaculada Concepción, ¿no ha retomado por su cuenta y asimilado la Iglesia un mito fundamental de la humanidad?

*A pesar de las apariencias,
la «Venus de Lespugtie»
no es esteatopigia.
En efecto, la cabeza, el busto,
los brazos y las piernas son normales.
La cabeza es «anónima».
El artista quiso representar así
la fecundidad de la Mujer,
de la Gran Antepasada,
que nos engendra y nos alimenta a todos,
y no a una mujer obesa.*



Otra vez las hechiceras

En cuestión de hechiceras, es más bien de *witchcraft* de lo que se trata, expresión ésta que no corresponde realmente a «brujería», que entre nosotros implica prácticas mágicas maléficas de otra época. Mientras que en la Edad Media era un crimen punible con la hoguera, hoy confesarse «bruja» hace reír, o puede ser que moleste: se piensa en la imagen popular de la bruja, fea, vieja, mala, vestida de negro, que cabalga en el mango de una escoba, que se entrega a ritos obscenos con Satán, que echa la mala suerte clavando alfileres en imágenes de cera.

Por ello he optado por utilizar el término inglés *witch*, que no goza de mejor imagen entre los anglosajones, pero que implica algo muy distinto que la palabra «bruja», lo que se deducirá de este capítulo. Por eso me ahorro una definición previa.

Para Star Hawk, pseudónimo de una *witch* moderna norteamericana, la *witchcraft*, el arte de la hechicera, sin duda es la más antigua religión occidental. Sus orígenes se remontan a mucho antes del cristianismo, el judaísmo, el islamismo, el budismo y el hinduismo. Muy diferente de todas estas creencias, la Antigua Religión, como ella la llama, está muy cerca, por su espíritu, de las tradiciones de los indios de América o de los chamanes del Ártico. Como el tan-tra, no impone ningún dogma, ni credo codificado, ni libro sagrado. Su instrucción está en la naturaleza: el Sol, la Luna, las estrellas, el vuelo de los pájaros, el lento crecimiento de los árboles y el ciclo de las estaciones.

Según nuestras leyendas, dice Star Hawk, ese culto nació hace más de 35.000 años, cuando el clima de Europa se enfrió y poco a poco la capa de hielo avanzó hacia el Sur. Entonces nacieron los chamanes y el culto arcaico de la diosa-madre, que se expresaba a través de imágenes: la diosa-madre que engendra todo, y el dios cornudo, cazador y cazado, que franquea permanentemente la puerta de la muerte para que la vida se renueve.

Los chamanes varones se vestían con pieles de animales y cuernos para identificarse con el dios de los rebaños; las sacerdotisas encarnaban a la Diosa y presidían, desnudas, los ritos de la fertilidad. La vida y la muerte eran percibidas como un flujo continuo. Como los esqueletos hallados en el imperio del Indo, en nuestras regiones también los muertos eran enterrados en posición fetal con sus útiles y sus ornamentos, para que pudieran regresar a una nueva vida.

En Siberia y en Ucrania, la Diosa era la dama de los mamuts, la esculpían en piedra, y sus curvas opulentas simbolizaban sus dones de abundancia. En Europa, en las grandes cavernas-templos del sur de Francia y de España, sus ritos eran celebrados en el secreto de las entrañas de la Tierra. En las cavernas se pintaban las grandes fuerzas polares, como el bisonte y el caballo, que, a la luz vacilante de las antorchas, emergían de las paredes como en un sueño.

Luego, cuando se fundió el hielo, ciertos clanes siguieron al bisonte y al reno muy lejos hacia el Norte, otros pasaron el puente de tierra que, a través de Alaska, llevaba a las Américas. Los que se quedaron en Europa cazaban, pescaban, recolectaban plantas salvajes y moluscos. Los perros vigilaban sus campamentos, se fabricaban nuevas herramientas. Los campamentos aislados se convirtieron en poblados, y los chamanes y las sacerdotisas unieron sus fuerzas y compartieron su saber. Entonces, dice Star Hawk, se formaron las primeras «asambleas». Profundamente ligados a la vida animal y vegetal, los humanos domesticaron lo que habían cazado, criaron corderos, cabras, bueyes y cerdos a partir de sus parientes salvajes. Los granos ya no se cosechaban simplemente, se sembraban. El dios de la caza se convirtió en el dios del trigo; le hacían sacrificios en otoño, durante la cosecha, para enterrarlo en el útero de la diosa a fin de que renaciera en primavera. La dama de las cosas salvajes se convirtió en la madre de las cosechas; el ciclo lunar y el solar marcaron el tiempo de las siembras y las siegas. En las regiones que antaño habían estado bajo el hielo, fue descubierto un nuevo poder, una fuerza que corre como una fuente a través de la tierra misma.

Entonces los hombres de talla pequeña, en apariencia frágiles, de piel curtida, levantaron en círculo enormes bloques de piedra en cuyo interior las sacerdotisas podían atravesar el secreto del tiempo y la estructura oculta del cosmos. La matemática, la astronomía, la poesía, la música, la medicina y el conocimiento de los poderes de la mente humana se desarrollaron junto al misterio abisal de la vida. Y así se levantaron Stonehenge y los otros templos megalíticos.

¡Los megalitos están muy lejos! No, están muy cerca. Según Robert Wernick (*Les Hommes des Mégali-thés*, p. 44), al contrario de lo que se cree respecto de los hombres prehistóricos, «éstos no eran salvajes. Desde la Edad de Piedra, durante la cual sus ancestros escogieron ese sitio y construyeron el primer santuario de los que allí se sucedieron, la población se volvió rica y poderosa.

»[...] La población campesina de Europa, a pesar de la mezcla producida por las olas de inmigración y de conquistas sucesivas, conserva todavía un poco de sangre neolítica y sigue venerando las antiguas prácticas y supersticiones; tal vez incluso ha conservado algunas expresiones de lenguaje que datan de entonces».

¿Un poco de sangre neolítica? Yo creo que esa mezcla es más bien superficial. Los campesinos — nuestros abuelos o bisabuelos casi todos— se han mantenido estables hasta muy recientemente. Poco antes de la segunda guerra mundial todavía, es decir ayer, se nacía, se vivía y se moría en la granja: no se abandonaba el terruño. Era raro casarse con una chica de otro pueblo. En los bailes de las fiestas populares, los muchachos del lugar veían con malos ojos a los jóvenes «de afuera» que estrechaban demasiado a «sus» chicas. Esto limitaba los encuentros, por tanto los cortejos, por tanto los matrimonios con los «extranjeros»... ¡del pueblo vecino! Con ayuda de la cerveza, era con frecuencia el pretexto para las peleas... ¿Está tan lejos de esto el hombre de Cro-Magnon?

Evocando entonces los fuegos que ardían en cada altozano o en la llanura, como lo mandaba la costumbre desde tiempos inmemoriales, el mismo autor añade: «En los milenios futuros, los fuegos de San Juan conmemorarán todavía ese punto culminante de la actividad solar. Entonces, como en el pasado, los jóvenes y las muchachas danzarán toda la noche, saltando alrededor del fuego, corriendo y franqueando las llamas. Por la noche la multitud se desata: brincos y saltos, danzas, cantos, encuentros fugitivos y apasionados en la sombra. Todo da lugar a la bacanal y a la licencia. Pero al mismo tiempo, *todo sigue siendo tradicional y sagrado*.

»Las antiguas autoridades eclesiásticas no dejaron antaño de promulgar decretos prohibiendo los juramentos por el Sol y la Luna, las ofrendas a las piedras y a los árboles, los saltos y las danzas en torno al fuego. Es evidente que la Iglesia luchaba para desarraigar creencias milenarias y tenaces que se perpetuaron mucho tiempo después del reemplazo de una religión por otra».

¿Han desaparecido por completo? ¿No corre la Iglesia el riesgo de un retorno al pasado?

Cierro el paréntesis y prosigo. En la Edad del Bronce, en las estepas nórdicas, los hombres rudos, resistentes y valerosos que habían seguido a los rebaños, se habían convertido en cazadores y guerreros, y después en criadores. Para conquistar nuestros pastos descendieron, en oleadas sucesivas, hacia Europa, el Medio Oriente y la India, apoderándose de las tierras, destruyendo las civilizaciones sedentarias que ellos, por ser nómadas, despreciaban, esclavizando a los pueblos que adoraban a la diosa de las llanuras fértiles e imponiendo sus valores patriarcales. Y ese sistema ha sobrevivido hasta hoy.

Sin embargo, las «*fairies*» (hadas), las descendientes de las antiguas sacerdotisas, que criaban el ganado en las colinas rocosas y vivían en chozas redondas, preservaron la Antigua Religión. El pueblo celebraba las grandes festividades con procesiones, cantos y encantamientos, y encendían los fuegos rituales. Con frecuencia los invasores se les unían, y hubo casamientos mixtos.

Luego vino el cristianismo, y al comienzo no cambió gran cosa. Los campesinos veían en la historia de Cristo una variante de la antigua leyenda de la diosa-madre y su hijo divino. En los festivales de los pueblos, los mismos sacerdotes dirigían a veces la danza del Sabbat. Según Star Hawk, las «asambleas», que preservaban el conocimiento de las fuerzas sutiles, fueron llamadas *wicca* o *wicce* (raíz anglosajona que significa «plegado», «modelado»), de donde provienen *witch*. Esas asambleas sabían cómo «plegar» las fuerzas invisibles a su voluntad. Curadoras, maestras, poetisas, parteras, las mujeres que las formaban eran las figuras centrales de cada comunidad.

Con el tiempo vinieron las persecuciones. Los siglos XII y XIII conocieron un renacimiento de la Antigua Religión. Los poemas de los trovadores, supuestamente dedicados a las nobles damas, eran en realidad himnos de amor a la Diosa. Se construyeron catedrales en honor de María, que había retomado muchos aspectos de la antigua diosa.

De ese modo la Antigua Religión se convirtió en una competencia temible para la nueva. La *witch-craft*, la hechicería, fue declarada herética. En el siglo siguiente las guerras, las cruzadas, las epidemias y las revueltas campesinas arrasaron toda Europa. La estabilidad de la Iglesia se tambaleaba mientras se desmoronaba el sistema feudal. La Iglesia ya no podía permitirse el lujo de tolerar los cultos rivales sin reaccionar. En 1484 el papa Inocencio VIII lanzó la Inquisición contra la Antigua Religión. La publicación en 1486 del *Maleus Maleficarum*, el «Martillo de las Brujas», por los dominicanos Kramer y Sprenger, puso las bases de un reino del terror, sobre todo dirigido

contra las mujeres, ¡que duraría hasta mediados del siglo XVIII! Se estima en nueve millones —un holocausto anticipado— el número de «herejes» que fueron ejecutados, de los cuales el 80% eran mujeres, incluso niños o jovencitas de los que se decía que habían heredado el «mal» de sus madres. El ascetismo de la cristiandad primitiva, que había dado la espalda al mundo de la carne, había degenerado en un odio hacia aquella que trae la carne al mundo. La misoginia se convirtió en un elemento capital del cristianismo medieval. La mujer y su sexualidad eran el Mal encarnado.

Según el *Maleus Maleficarum*, «toda brujería viene de las pasiones carnales que, en las mujeres, son insaciables». Terror indescriptible: denunciada por un vecino envidioso, por ejemplo, la mujer acusada de brujería era brutalmente arrestada sin aviso previo y declarada culpable, salvo que «demostrara» su inocencia. Se practicaron las peores atrocidades, se aplicaron todas las torturas: eso formaba parte de los horrores de la Inquisición.

La acusada era torturada hasta que firmaba una confesión prefabricada por el Inquisidor, donde ella confesaba su trato con Satán y sus prácticas obscenas, que siempre fueron ajenas a la verdadera *witchcraft*. La «recompensa» por esta confesión era la muerte por simple estrangulación. La recalcitrante, la que persistía en afirmar su inocencia, era quemada viva. La *witchcraft*, como el tantra en la India, se convirtió entonces en la más clandestina y la más secreta de las religiones. La tradición sólo se transmitió a las personas en quienes se podía tener una confianza absoluta, en general los miembros de una misma familia. Se cortaron todos los lazos entre las asambleas. Se eliminaron los encuentros, como el gran Festival, que se celebraban para compartir el saber e intercambiar los resultados de los rituales. Trozos enteros de la tradición fueron irremediabilmente perdidos y olvidados. Sin embargo, en secreto, en silencio, detrás de los postigos cerrados, disfrazada en los cuentos de hadas y en los cantos populares, hundida en la memoria colectiva inconsciente, la semilla sobrevivió.

En el siglo XVIII, a las persecuciones siguió la época de la incredulidad. El recuerdo de la auténtica *witchcraft* se desdibujó, los estereotipos odiosos que subsistían resultaban ridículos o trágicos. Para Star Hawk, sólo en nuestro siglo las *witches* pueden salir a plena luz. La palabra «*witch?*», dice ella, lleva tantas connotaciones peyorativas que muchas personas se preguntan por qué la utilizamos todavía. Para nosotros, dice, proclamarse *witch* es reivindicar el derecho de la mujer a ser poderosa, y el derecho del hombre a reconocer la divinidad en la feminidad. ¡Puro tantra!

«Ser *witch* —sigue diciendo Star Hawk— es identificarse con los nueve millones de víctimas de la mojigatería y del odio, es querer construir un mundo donde los prejuicios no creen más víctimas. La *witch* es alguien que *forma*, es decir, una creadora que da forma a lo invisible. Su vida está impregnada de magia y de sabiduría. La *witchcraft* siempre ha sido una religión poética y no teológica. Los mitos, las leyendas y las enseñanzas son reconocidos como alegorías de lo indecible, de lo Absoluto, que nuestra mente limitada no conocerá nunca en su totalidad. Los símbolos y los rituales sirven para crear estados de conciencia modificados donde la visión va más allá de las palabras, donde lo último es revelado. [...] El símbolo primario de lo indecible es la Diosa. Bajo una infinidad de aspectos y de nombres, detrás de tantas metáforas, ella *es* realidad, divinidad manifiesta, omnipresente en toda vida, en cada uno de nosotros. La Diosa no está separada del mundo, ella *es* el mundo y lo incluye todo: la Luna, el Sol, la Tierra, las estrellas, la piedra, la simiente, el río, el viento, la ola, la hoja y la rama, el capullo y la flor, la garra y el colmillo, la mujer y el hombre. En la *wirchcraft* la carne y el espíritu son una sola cosa. La Religión de la Diosa es inimaginablemente antigua, pero la *witchcraft* de hoy podría también llamarse la Nueva religión. Más que un renacimiento, la *witchcraft* se recrea y la mujer es el motor de esta renovación despertando activamente a la Diosa, imagen de la «legitimidad» y de los beneficios del poder femenino.

»La decadencia del culto de la Diosa ha privado a la mujer del modelo religioso y del sistema espiritual correspondientes a sus necesidades y a su experiencia. El dios masculino caracteriza a las religiones occidentales y orientales. Avatares, predicadores, profetas, gurús y budas son casi todos

varones. La mujer no es alentada a explorar su propia fuerza y su realización. Sometida a la autoridad del varón, debe identificarse con las percepciones masculinas y sus ideales espirituales, renegar de su cuerpo, ahogar su sexualidad, vaciar su concepción del mundo en el molde masculino.»

A propósito de los cultos orientales, Star Hawk hubiera debido precisar oportunamente «salvo el tan-tra», pues lo que sigue se adapta cien por cien a los conceptos tántricos.

«El símbolo de la Diosa no es una estructura paralela a la del dios-padre. La diosa no *rige* el mundo, ella *es* el mundo. Manifestada en cada uno de nosotros, cada cual puede conocerla interiormente en su magnífica diversidad. No exige la dominación de un *SEXO* por el otro y no otorga ninguna autoridad a los jefes jerárquicos temporales. En la *witchcraft* cada cual debe revelar su propia verdad. La divinidad es vivida bajo el aspecto de nuestra propia forma, femenina o masculina, pues tiene también un aspecto masculino. El sexo se convierte en un sacramento y la religión consiste en unir el ser con el cosmos. [...] En tanto mujer, la Diosa nos incita a percibir nuestra divinidad, a sentir que nuestro cuerpo es sagrado...

»Pero la Diosa es también importante para el hombre. Aunque sea menos evidente, la opresión de los hombres en el sistema patriarcal, dominado por un dios paternalista, no es menos trágica que la de las mujeres... El hombre está interiormente dividido: por un lado está su parte espiritual, que debe dominar su emotividad, y por otro sus instintos animales. Debe luchar contra sí mismo, en Occidente para vencer el pecado, en Oriente para matar el ¿deseo o extinguir el ego. [...] Gracias al símbolo de la Diosa, *los* hombres pueden experimentar e integrar su propia femineidad, que es con frecuencia el aspecto más profundo y más sensible de su ser. La Diosa no excluye el varón: lo contiene como la mujer encinta contiene al niño»

Ningún tántrico rechazaría una sola palabra de lo que dice Star Hawk:

«Nuestra relación con la Tierra y las especies que la habitan está también condicionada por nuestros modelos religiosos. Concebir a Dios como ajeno a la naturaleza autoriza a la utilización y el saqueo de los recursos del planeta... Resultado: la contaminación y la destrucción ecológica masiva que amenazan incluso a la humanidad... La *witchcraft* es una religión ecológica, pues su objetivo es la armonía con la naturaleza a fin de que la vida pueda no sólo sobrevivir sino prosperar...»

Salvo las *witches* modernas, son pocos los que sospechan la importancia capital de esa corriente subterránea y de lo que prepara, es decir, una revolución pacífica de los valores sobre los cuales está construida nuestra civilización en crisis. La salvación vendrá de los valores femeninos, de ese movimiento invisible superficialmente que se extiende tanto en los Estados Unidos como en la Gran Bretaña. Los adeptos de la Antigua Religión forman «asambleas», pequeñas unidades autónomas de veinte a treinta personas solamente, en su mayoría mujeres, y que tienen entre sí una gran cohesión. Ningún poder central fija su liturgia o sus ritos. A la inversa del modelo masculino, esta corriente no se estructura como una pirámide jerarquizada. Esta aparente «debilidad» tranquilizadora para el *establishment* convierte a este movimiento en una fuerza invencible, pues no puede ser decapitado ni disuelto.

Algunas asambleas afirman perpetuar prácticas transmitidas sin interrupción desde los orígenes.

Para la *witchcraft*, así como para el tantra, «todo acto de amor y de placer es un ritual». La sexualidad, expresión directa de la fuerza vital, es sagrada. Puede expresarse libremente, en tanto esté guiada por el amor. El matrimonio es un compromiso profundo, un lazo mágico espiritual y psíquico, pero sólo es una posibilidad entre otras para expresar el amor y la sexualidad.

El sexo es magia, es decir, el arte de sentir y luego modelar las fuerzas invisibles y sutiles que se expresan en el mundo, es el despertar de los niveles profundos de la conciencia más allá de lo racional.

Todos los ritos de la *witchcraft* son mágicos y, como en el tantra, «todo ritual comienza con la

formación de un espacio sagrado circular que crea un templo en el corazón del bosque o en el centro de la morada donde se realiza. Entonces la Diosa y los dioses son evocados y despertados en cada participante. Los cantos y las danzas despiertan la fuerza sutil que modela la realidad y que puede ser dirigida por un símbolo o por una visualización. El despertar de este *cono de potencia* produce un éxtasis e induce a un estado de trance con visiones y percepción directa de la realidad última. Se comparten el alimento y la bebida.» (El *cono de potencia* explica la forma cónica del sombrero de la bruja de caricatura.)

Es tántrica también la visión —que el físico aceptaría sin vacilar— según la cual «todos los objetos son torbellinos de energía, remolinos de fuerza, corrientes en un mar que cambia sin cesar. Bajo el aspecto y la apariencia de la separación, o de objetos aislados en un sistema de espacio y tiempo lineal, la Realidad es un campo de energía que se congela temporalmente en formas. Cuando llega su momento, todas las cosas llamadas «fijas» se disuelven para reagruparse en nuevas formas y en nuevos vehículos».

Y esto también: «Cada mes, preferentemente en luna llena, reuníos en lugar secreto y adoradme a mí que soy la reina de la sabiduría. Seréis entonces liberados de toda esclavitud y, como símbolo de esa libertad, estaréis desnudos durante los ritos. Cantad, festejad, danzad, haced música y haced el amor, todo en Mi presencia, pues yo soy a la vez el éxtasis espiritual y el goce terrenal. Mi ley es la del amor entre todos los seres».

Una precisión: con todo lo que he dicho no pretendo hacer una «recuperación» de la *witchcraft* en provecho del tantra, que tampoco es una organización estructurada, jerárquica, ni una Iglesia. *Witchcraft* y tantra no «compiten» disputándose una supremacía. Sin embargo, al hacer este paralelo, alegría comprobar la concordancia casi total entre estas dos visiones del mundo que, sin duda, tienen el mismo origen. Todo tántrico se alegraría de leer: «El simbolismo de la Diosa electrifica a la mujer moderna. El redescubrimiento de las antiguas civilizaciones matriarcales nos da un profundo sentido de orgullo, en tanto mujeres, de nuestra capacidad como creadoras y portadoras de cultura. Denunciar los errores del patriarcado nos da un modelo de fuerza y de autoridad femeninas. La Diosa arcaica, la divinidad primordial, la patrona de los cazadores de la Edad de Piedra y de las primeras sembradoras de semillas, bajo cuya inspiración los animales fueron domesticados, a cuya imagen se crearon las primeras obras de arte, aquella para quien fueron erigidos los megalitos, la que ha inspirado la música y la poesía, es reconocida otra vez en el mundo de hoy».

Y lo que sigue coincide punto por punto con el culto *shakta* del tantra: «En la *witchcraft*, no creamos en la Diosa, nos *vinculamos* con ella por medio de la luna, las estrellas, el océano, la tierra, los árboles, los animales, los otros seres humanos, a través de nosotros mismos. Ella está aquí, en el centro de todos y de todo. Ella es el círculo completo: tierra, aire, fuego, agua y esencia; cuerpo, mente, espíritu, emoción, cambio. (Observemos: los mismo cinco elementos del tantra...) La Diosa existía antes que toda la Tierra, es la oscura, la madre nutricia que produce toda la vida. (¡Llamémosla Kālī y estaremos en pleno tantra!) Ella es el poder fecundador de la vida, el útero, pero también la tumba que nos recibe y el poder de la muerte. Todo proviene de ella, todo regresa a ella... Ella es el cuerpo y el cuerpo es sagrado. Útero, seno, vientre, boca, vagina, pene, huesos, sangre, ninguna parte del cuerpo es impura, ningún aspecto del proceso de la vida está manchado por el pecado. El nacimiento, la muerte y la disolución son las tres palabras sagradas del ciclo. Ya comamos, durmamos, hagamos el amor o eliminemos los desechos de nuestro cuerpo, siempre estamos manifestando a la Diosa.»

Reemplace el lector Diosa por Shakti y estas líneas podrían provenir de un texto tántrico, como el siguiente: «Su culto puede tomar cualquier forma, en cualquier lugar, no requiere ni liturgia, ni catedral, ni confesión. [...] El deseo es el cemento del universo, une el electrón con el núcleo, el planeta con el Sol, crea las formas, crea el mundo. Seguid el deseo hasta su término, uníos con el objeto deseado hasta convertirlos en ese objeto, hasta convertirlos en la Diosa.

»Para la mujer, la Diosa simboliza su ser más profundo, el poder liberador, nutritivo y benéfico.

El cosmos está modelado como el cuerpo de la mujer, que es sagrado. Todas las fases de la vida son sagradas. La edad es una bendición, no una maldición. La Diosa no restringe a la mujer a ser un cuerpo, sino que despierta en ella el espíritu, la mente, las emociones. A través de la Diosa, la mujer puede conocer la potencia de su cólera y de su agresividad, tanto como la fuerza de su amor».

Del hombre «viril», la *witchcraft* traza una imagen parecida a la del tantra: «En la *witchcraft*, la imagen del dios cornudo es radicalmente diferente a la de la virilidad en nuestra cultura [patriarcal]».

Difícil de captar: el dios cornudo, encarnación del hombre viril, no es el estereotipo del macho, ni su opuesto, el afeminado. Es tierno y gentil, pero también cazador. Si muere, siempre es al servicio de la vida. El es la sexualidad desatada tanto como la sensualidad profunda, santa, que es un poder de relación. Encarna lo que serían los hombres sin el patriarcado. La imagen del dios cornudo ha sido deliberadamente pervertida por la Iglesia medieval, que la convirtió en el diablo. La *witch* no adora a Satán, que es un concepto propio de la cristiandad. El dios de las *witches* es sensual, sí, pero su sexualidad es sagrada y no obscena o blasfema. Los cuernos de nuestro dios son la media luna de la diosa Luna, símbolo de la vitalidad animal. Bajo algunos aspectos, es negro, no porque sea terrible o temible, sino porque la noche es la hora de los poderes y forma parte del ciclo de los tiempos.

«El dios cornudo encarna las virtudes masculinas positivas, potentes, provenientes de fuentes profundas, y no el estereotipo violento y emocionalmente mutilante del hombre en nuestra sociedad. El hombre que correspondería a la imagen del dios cornudo sería salvaje sin ser cruel, colérico sin ser violento, sexual sin ser coercitivo, espiritual sin ser asexuado y capaz de amar verdaderamente. Entonces las sirenas, que son las diosas, cantarían para él.

»Nuestra cultura actual inculca al hombre que la virilidad exige una ausencia de emoción. Se le enseña a funcionar al modo militar, a reprimir toda emoción, a ignorar los mensajes del cuerpo. Se supone que debe soportar la incomodidad, el dolor y el temor para combatir y conquistar mejor, ya sea en el campo de batalla, en el dormitorio o en su trabajo. Debe ser agresivo y dominante, y la mujer pasiva y sumisa. En el patriarcado, hombres y mujeres funcionan en el seno de una jerarquía en la que los de arriba dominan y someten a sus subordinados.»

Un tántrico occidental, mi amigo John Mumford, de Melbourne, ha captado muy bien la importancia del fenómeno «Wicca». Escribe en su *Sexual Occultism*:

«La emergencia de la *witchcraft* moderna en Inglaterra y en Estados Unidos es un resurgimiento atávico de considerable importancia. Todo sistema que tiene éxito presupone una necesidad, y sugiero que la *witchcraft* moderna es un tantrismo occidental que emerge en el siglo XX para saciar la sed que tiene el hombre moderno de una vida interior vigorosa y llena de vitalidad.

»Las impresionantes semejanzas entre el tantra y la *witchcraft* moderna indican que las capas primarias del inconsciente, tanto en Occidente como en Oriente, buscan satisfacción en un culto de la Tierra, matriarcal y feminista...

»El tantra está centrado en torno a Shakti, polo femenino positivo, responsable de la manifestación dinámica. Es el equivalente directo de la Gran Diosa Madre que constituye el punto central del culto Wicca.

»La *chakra puja*, el círculo de los adoradores, donde alternan hombres y mujeres, es el equivalente a la «asamblea» y, en los dos casos, el acento cae sobre la desnudez ritual. El objetivo del círculo (él mismo símbolo femenino y uterino) es encerrar y captar las energías psíquicas (*prāna*) emitidas por la carne viviente de los participantes. A medida que la excitación sexual y emocional aumenta, se desprende más irradiación, más «vapor», disponible para los usos ocultos. Esta energía forma un cono de potencia por encima del grupo, similar al remolino vertiginoso de fuerza psíquica liberada en la cópula.

»A riesgo de parecer simplista, hay que mencionar la semejanza entre el Shiva-Lingam, símbolo

central del tantra, y el mango de escoba o la forma cónica del sombrero de bruja.»

Más adelante John Mumford resume los principios esenciales de la *witchcraft* moderna, publicados el mes de agosto de 1973 en la revista norteamericana *Gnosis*:

- reconocer que toda manifestación está polarizada, incluso la de la Divinidad en tanto Macho y Hembra.
- que la Divinidad se manifiesta en toda vida, por lo tanto en el hombre y la mujer;
- que la Femenidad es la flor de la Especie: la mujer encarna la belleza y la fecundidad, gracias a las cuales nos realizamos.

Gnosis añade los puntos siguientes (resumidos):

a)la mujer, en tanto flor, produce como frutos el amor, la magia y el esfuerzo humanos;

b)la mujer es el criterio de nuestra obra que tiende a la belleza, la fecundidad y la realización.

c)nuestra actitud ante ella debe ser la misma que hacia la Especie y la Vida.

d)la Divinidad es Femenidad, es nuestra Diosa, nuestra Reina; está por encima de nosotros, no como dominadora sino como adorada;

e)según nuestra regla, es privilegio de una mujer ser la Gran Sacerdotisa de nuestras asambleas y debe manifestar la feminidad en toda su plenitud.

f)lo que expresa la esencia de la femineidad, su ciclo menstrual, permite comprender simbólicamente la Potencia Femenina encarnada en la naturaleza; su símbolo es la Luna; la Tierra, nuestra Madre, es nuestra Diosa; su hija (que de hecho es ella misma) es la Diosa de la luna y, tras ella, está la Gran Madre, la Vida misma.

¿Qué puedo hacer, sino repetir que esta visión corresponde, punto por punto, a la esencia del tantra? Y repetir también que sería tan fácil como lamentable subestimar la importancia de la Wicca moderna porque es subterránea, pues aporta la esperanza de evitar, por el resurgimiento de los valores de la Femenidad, el derrumbamiento catastrófico de nuestra civilización. No importa la etiqueta bajo la cual estas ideas fundamentales se difunden —*wichtcraft*, tantra o cualquier otra—; lo esencial es que eso suceda.

Esta corriente es irresistible e irreversible porque es universal y eterna. Abuso de las citas, pero es difícil resistirse a ésta, proveniente de un horizonte tan diferente:

«En la mujer se revela la naturaleza del Eterno Femenino que trasciende todas sus encarnaciones terrestres —cada mujer y cada símbolo individual—. La emergencia del arquetipo de la Femenidad en todas las culturas, en todas las épocas y entre todos los hombres desde la prehistoria, constituye también la realidad viviente de la mujer moderna, sus sueños y sus visiones, sus fantasmas y sus impulsos, sus proyecciones y sus relaciones, sus fijaciones y sus mutaciones.

»La Gran Diosa encarna el Sí-mismo Femenino, que se despliega en la historia del género humano así como en cada mujer individual; su realidad determina la vida individual y colectiva. Este universo psíquico arquetípico está inmerso en el poder subyacente que, incluso hoy —en parte con los mismos símbolos y en el mismo orden de desarrollo, en parte con modalidades y variaciones dinámicas—, determina la historia psíquica del hombre y la mujer modernos.»

Estas líneas, llenas de sentido y de esperanza, merecen ser releídas y retenidas. Erich Neumann, psicoanalista junguiano, las escribió en Tel Aviv— que es considerado un bastión del patriarcado—, donde murió en 1960.

¿Bastión del patriarcado? Hoy sin duda. Pero, ¿y ayer? ¿Y mañana? En el capítulo 44 de las *Lamentaciones de Jeremías* leo que el profeta mismo narra cómo, llegado a Patros, en Egipto, después de la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, los refugiados israelitas, encolerizados, le reprochaban su lealtad a Yahvé, al que consideraban como un dios masculino usurpador del cielo,

y la causa, según ellos, de todos sus males. Desafiando al santo varón, le anunciaron que regresarían a las costumbres de antaño y quemarían incienso ante la reina del cielo, le dirigirían ofrendas y libaciones «como lo hemos hecho, nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestros príncipes, en las ciudades de Judá y las calles de Jerusalén; pues entonces teníamos alimentos en abundancia y no conocíamos la desdicha...»

Subrayo en este texto:

a) «nosotros y nuestros padres» y «costumbres de antaño», lo cual implica continuidad en el tiempo;

b) además de «nuestros padres», también «nuestros reyes y nuestros príncipes», lo cual indica una difusión tanto en el pueblo como en la aristocracia;

c) en cuanto a las «ciudades de Judá y las calles de Jerusalén», quiere decir que el culto de la «reina del cielo» no era un incidente fugaz y de alcance local sino que abarcaba todo el reino de Israel.

Se dirá que esto es el pasado. ¿Y si fuera también el futuro? Pienso en mis amigos judíos de la diáspora, con los que suelo encontrarme. Puede creerme el lector si digo que sus mujeres, lejos de ser incondicionales del patriarcado, son feministas decididas. Victor Hugo, en lugar de «Sire, el futuro es de Dios», debería haber escrito «de la Diosa». ¡Incluso en Israel! ¿Por qué no?

Tantra, Zohar y Cábala

Todos los días, los judíos varones agradecen a Dios no haber nacido mujeres. ¿Hay, pues, una incompatibilidad total entre el tantrismo y el judaísmo? La respuesta a esta pregunta es menos evidente de lo que parece, aunque sea cierto que los judíos integristas no se pondrán mañana a practicar ritos sexuales del tipo tántrico.

Y sin embargo... Un día, después de una charla consagrada al tantra, un amigo judío ortodoxo, director de un colegio hebreo, me dijo: «Un cabalista no hablaría de otro modo». Fue el comienzo de intercambios de perspectivas respecto de la Cábala, primero con él, luego con otros judíos «cabalistas». A propósito de la palabra Cábala, que por lo demás debería escribirse *Kabbalah*, significa «lo que es recibido», dicho de otra forma, la Tradición recibida del Uno y de los Maestros, como en el tantra. En Israel, *kabbala* es (también) la propina que se da al chófer del taxi...

Ahora bien, penetrando un poco en esta tradición, se descubren en ella mucho más que algunos puntos comunes con la tradición tántrica: de hecho, los temas esenciales del tantra están presentes en ella, incluso su visión de la sexualidad.

Primer punto común. La Cábala, lo mismo que el tantra, no es un libro sagrado como la Biblia, los Evangelios, el Corán o los Vedas, sino más bien un tesoro de enseñanzas secretas del antiguo Israel, transmitido oralmente de maestro a discípulo. Otro punto común: al igual que el tantra, cuyo nombre y cuyos conceptos emergieron hacia el siglo VI, mientras que su culto es milenario, el pensamiento de la Cábala se expresó en el siglo XII, pero su mística se remonta a las más antiguas corrientes judías.

En cuanto a lo esencial, el principio básico de la Cabala es: «Lo que está aquí abajo es como lo que está en el Cielo», lo cual equivale, *grosso modo*, al «Todo lo que está aquí está en otra parte» del tantra. Pero para avanzar un poco más hay que referirse al menos a un libro, el *Zohar*, o *Libro del Esplendor Radiante*, de Moshé (Moisés) de León (1250-1305), que seguía las enseñanzas de Simeón ben Yohai, el gran maestro del siglo II. Aunque esto ha sido discutido, sin embargo es cierto que Moshé de León se basaba en la antigua transmisión oral judía. En la época de su publicación, el *Zohar* no fue apreciado en su justo valor, aunque esta obra marcaría los quinientos años siguientes. El cabalismo ha influido también en los hasidistas («piadosos» en hebreo) hasta nuestra época. Entre las grandes figuras modernas del hasidismo, citemos a Martin Buber, Marc Chagall, Elie

Wiesel y los filósofos Heschel y Levinas. Sin olvidar a Gershom y su *Porgy and Bess*.

Para el hasidista como para el tántrico, «todo objeto creado, por humilde que sea, como una piedra o cosas más insignificantes todavía, da testimonio de Dios y *tiene un alma*». Esta idea de que el universo entero, hasta el núcleo del átomo, está impregnada de conciencia —no se concibe un alma inconsciente— es esencial en el tantra.

Más sorprendente aún por parte de la mística judía, y por tanto inserta en la dependencia de una religión patriarcal, es la importancia otorgada, tanto en la Cábala como en el Zohar, a la Shekinā, el aspecto femenino de la divinidad. Dios es a la vez varón y hembra, unidos indisolublemente: ¿Shiva y Shakti? La Shekinā es la «presencia divina», el «velo de lo desconocido», la «Madre de los orígenes», el «espacio materno». Para la Cábala, cada mujer representa la Shekinā y está directamente protegida por ella, tal como pasa con la Shakti del tantra.

Y cuando la Cábala dice que el hombre no está completo sino unido a su Shekinā, no se trata de una simple metáfora. El Zohar (I, 55b) dice: «El Santo —su nombre sea bendito— no elige domicilio allí donde el varón y la hembra no están unidos». Y en III, 81a: «Cuando el hombre en perfecta santidad realiza este Uno, está en ese Uno. ¿Y cuándo el hombre es Uno? Cuando el hombre y la mujer están unidos sexualmente (*siwurga*)... ¡Ven y ve! Desde el instante en que el ser humano, en tanto varón y hembra, está unido, cuidando que los pensamientos sean santos, es perfecto y sin mancha, y es llamado Uno. El hombre debe hacer de tal suerte que la mujer goce en el momento en que ella forma con él una voluntad única, y los dos deben conservar sus espíritus bajo esta unión». Se trata de una unión sexual concreta donde se encuentra lo esencial del *maithuna* tántrico: la sacralización del sexo en tanto medio de acceso a las realidades últimas del universo.

Louis Rebcke escribe: «Desde el momento en que se realiza la unión del creyente y de su amante, se restablece también la unidad del alma a partir de las dos mitades perdidas, es decir, el hombre y la mujer. Según la tradición judía, esta reunificación debe tener lugar para restablecer el orden divino original en la creación. Para el amante de la Shekinā, y para el que busca en general, esta plenitud es el consuelo en este mundo triste y violento... El cabalista encuentra así la clave para un nuevo comienzo, y aprende que el que busca siguiendo fielmente el camino de Dios encontrará al fin la morada de su amante adorada» (en *Prāna*, 1982/83, p. 89).

Siempre según Louis Rebcke, el verdadero cabalista es un amante que no abandona jamás a la Shekinā, tal como está representada en la creación por la mujer. «Sin dudar, se acerca a ella, escucha las palabras de amor y de sabiduría que ella le dirige detrás del velo. Estas palabras le confieren la visión interna y el saber interior, llamado *derash* en la Cábala.» ¿No es el velo la Shakti concreta que oculta a la Shakti cósmica? ¿No interpreta ella aquí, ante el varón, el papel de iniciadora, como en el rito tántrico? Esto significa también que el cabalista, como el tántrico, siempre está en relación con la mujer, exterior e interior.

En una traducción del Zohar hecha por Jean de N. Pauly, p. 55, está escrito: «Por eso la Escritura dice: "Él *los* bendijo y *les* dio el nombre de Adán". De modo que la Escritura no dice: "El *lo* bendijo y *le* dio el nombre de Adán", porque Dios solo bendice cuando el macho y la hembra están unidos. El macho solo no merece ni siquiera el nombre de hombre en tanto no esté unido a la hembra». El empleo mismo de las palabras «macho» y «hembra» indica bien que se trata de una relación basada en el sexo.

Julius Evola, en su *Métaphysique du sexe*, p. 311, después de haber citado el Zohar, evoca la existencia de una magia sexual secreta en el cabalismo. Habla de la secta de los sabatinos, en relación con las doctrinas de Jacob Franck, que va mucho más lejos y afirma que la fuerza mística del Mesías, que él considera como un símbolo, ha sido colocada en la mujer. Franck, citado por Evola, enseñaba así: «Os digo que todos los hebreos se encuentran en un gran infortunio porque esperan la venida del Salvador y no la de la Mujer». Y otro tanto se podría decir de la humanidad del siglo XX...

Mircea Eliade, en su *Historia de las Religiones*, (ed. orig. p. 354), observa que «varios

comentarios rabínicos dan a entender que el mismo Adán fue concebido como andrógino. El "nacimiento de Eva" sólo habría sido, en definitiva, la escisión del andrógino primordial en dos seres, macho y hembra. "Adán y Eva estaban de espaldas, unidos por los hombros; entonces Dios los separó con un golpe de hacha o cortándolos en dos." Otros son de la opinión de que el primer hombre (Adán) era hombre del lado derecho y mujer del lado izquierdo, pero que Dios lo dividió en dos mitades.» (*Bereshit rabba*. I, 1, fol. 6, col. 2, etc.)

Todo esto es evidentemente simbólico y se lo encuentra, además de en el viejo mito del andrógino —*Ardhanarī* en el tantra—, en la etimología latina de la palabra *sexo*, derivado de *sectus*, seccionar. Así el lado izquierdo es femenino y el lado derecho masculino.

Habría que establecer también un paralelo entre los *sefirot* del Zohar y las energías sutiles del tantra, pero eso nos llevaría mucho más allá del marco, forzosamente limitado, de este libro.

No es necesario decir —pero es mejor decirlo— que no se trata, al citar lo anterior, de «recuperar» la Cabala para incluirla en el tantra, sino más bien de demostrar que el judaísmo, aunque patriarcal en apariencia, lo es mucho menos cuando se echa una ojeada a su tradición esotérica oral, transmitida probablemente desde hace miles de años.

El esoterismo judío converge así con el tantra y la filosofía india del *samkhya* en la constitución del ser humano, hecho de un alma y varias «envolturas» (que es la traducción exacta del sánscrito *koshas*), y de cuatro «vientos» que le dan su forma. En el tantra, como en el esoterismo judío, esos «vientos» son las fuerzas sutiles (*vayu* en sánscrito) que reúnen y animan el cuerpo denso, formado por los mismos cuatro elementos que en el tantra: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Es verdad que el tantra y el *samkhya* añaden *ākasha* (el «vacío dinámico»), pero esto no es desconocido para el esoterismo judío, que dice: «Así, por un misterio de los más secretos, el Infinito golpeó, con el sonido del Verbo, el vacío...», donde también se encuentra el Sonido de los orígenes.

Otro elemento no ario en la India y que se encuentra en el esoterismo judío es la reencarnación, actualmente tema de moda en los Estados Unidos. Cito otra vez a Jean de Pauly: «Pues Judá, como las otras tribus, conoció ese misterio: sabía que, cuando el alma no ha cumplido su misión en la Tierra, es desarraigada y trasplantada de nuevo a la tierra, así como está escrito: "Y el hombre vuelve a la tierra" (*Job*, XXXIV, 15). Pero las almas que han cumplido su misión durante su morada en la Tierra tienen una mejor suerte, pues permanecen cerca del Santo, bendito sea. Tal es el sentido de las palabras de la Escritura: "Prefiero la suerte de los muertos a la de los hombres que viven todavía" (*Ecc.* IV, 2). ¡Feliz es el alma que no está obligada a regresar a este mundo para pagar las faltas cometidas por el hombre al que animaba!» (I. 187b, 188a).

No es esencial para el adepto occidental del tantra definirse ante la reencarnación, es decir, aceptarla o rechazarla. Para el tántrico, lo esencial es el instante presente, saberse parte integrante del proceso que es la emergencia permanente del mundo manifiesto, incluido él mismo. Reencarnación o no, lo que cuenta, para mí, es hacer lo que conviene, aquí y ahora, vivir lo más plenamente posible mi condición de ser humano y cumplir *mi* tarea. En lo que a mí concierne, por el momento es escribir este libro. ¡Luego veremos!.

Baño de Sol cósmico

Es verdad que muchos aspectos del tantrismo indio son inexportables. Sin embargo cada uno puede acceder a su esencia, que no es sinónimo de ritos sexuales extraños o perversos. Si bien el tantra incluye deliberadamente la energía sexual, muchas prácticas no tienen relación alguna con el eros. De hecho, el tantrismo es sobre todo la expansión del campo de la conciencia, la toma de conciencia de los aspectos cósmicos de la vida. Así, toda experiencia, por trivial que sea, puede llegar a ser tántrica. Ejemplo: el «baño de sol tántrico».

¿Cómo? Es muy sencillo. Mientras que mi vecino no tántrico estirado como yo al sol en la playa,

se broncea, yo en cambio recibo un máximo de sensaciones corporales: el calor, el contacto de la piel con la toalla, los dedos de los pies en la arena, el viento en el pelo, el aire marino, etc. Es la primera etapa. A continuación, se trata de «cosmizar» la experiencia tomando *realmente* conciencia del acontecimiento Sol.

Para mi experiencia ordinaria, el Sol es lo que era para los antiguos: una gran bola, allá arriba en el cielo. Cuando un pensador griego afirmó que el Sol podría ser tan grande como la Acrópolis, chocó con la incredulidad e incluso con la hostilidad de sus conciudadanos. Hoy todos sabemos que el Sol es un millón de veces más voluminoso que la Tierra; pero, ¿lo *comprendemos* verdaderamente? Lo dudo. Igualmente, saber que la energía solar todavía estaba *en* el Sol hace ocho minutos no me asombra, ni siquiera sabiendo que la luz recorre más de 300.000 km por segundo, casi ocho veces el diámetro del globo. Entonces, para concretar la enormidad de la distancia, imagino una autovía Tierra-Sol. Corriendo a cien por hora, las veinticuatro horas del día, sin detenerme nunca, necesitaría más de 16 (!) años para cubrir esos 150.000.000 kilómetros. En la playa, intento transformar esas cifras áridas en realidades concretas. Pienso en la inmensidad del vacío helado (-273° C) que me separa del Sol y percibo su luz como una catarata de fotones, de pequeños proyectiles que me golpean y me penetran.

Mejor todavía: la luz es realmente la sustancia solar que, hace ocho minutos apenas, estaba todavía en el astro. Es, pues, un flujo continuo de materia que me une a él: literalmente me baño *en* el Sol, absorbo su materia en mí. Trato también —en vano por lo demás, tan enorme es— de visualizar la masa en erupción, vomitando chorros de materia incandescente a centenares de miles de kilómetros de su superficie. Visto de cerca sería terrorífico, imposibilidad física aparte. Un volcán en erupción ya es impresionante, pero imaginemos todos nuestro planeta transformado en un volcán: espectáculo alucinante, a multiplicar por... ¡33.000 en el caso del Sol! Ningún psiquismo humano lo resistiría. Ya cuando un astronauta regresa de la Luna, después de su miserable salto de pulga de un segundo de luz, ese breve frente a frente con el cosmos transtorna su visión del mundo. Cada astronauta que ha hollado el polvo lunar lo sabe, y no son ni alfeñiques ni soñadores.

Tántrica o no, la más loca imaginación siempre se retiraría ante esta realidad.

Sobre la arena caliente, me impregno así lo mejor posible de la enormidad del «acontecimiento-Sol». Para tomar conciencia de las trombas de energía, de materia solar, que caen en todo momento sobre la superficie total de nuestra Tierra, pienso que la superficie de mi piel tiene menos de dos metros cuadrados, de los que sólo expongo, evidentemente, la mitad al Sol. Ahora bien, en verano, en pleno mediodía, ese metro cuadrado capta tanto calor que hay que refugiarse en la sombra. Para la Tierra entera, hay que multiplicar por los millones de kilómetros cuadrados que ofrece al Sol. Ahora bien, nuestro planeta, ínfima mota de polvo cósmico, sólo capta una parcela infinitesimal de la energía total vomitada en el vacío intersidereal por el Sol que «adelgaza» así unos cientos de toneladas por segundo desde hace miles de millones de años, y no está tan mal...

Más aún, ¡literalmente yo soy una parte del Sol enfriado! Cada átomo de mi cuerpo, de cada grano de arena, de cada objeto que me rodea, es Sol solidificado, pues la Tierra también ha sido plasma sideral incandescente: es un jirón de estrella enfriado. Yo SOY, pues, tanto en mi carne como en mis huesos, Sol condensado. Es la vida, es mi vida. Para mover el dedo meñique, pensar o dormir, degrado energía solar. Para vivir y actuar, extraigo mi energía ya sea de los vegetales, que son Sol en conserva, ya sea de la carne, que es hierba, ¡por tanto Sol convertido en buey! El combustible de mi coche es energía solar fósil, como el carbón: siga el lector su propia enumeración. En resumen, yo escribo este texto y el lector lo lee gracias al Sol.

Muy bien: *saber* intelectualmente que uno es Sol condensado es interesante, sin más. *Vivirlo*, aunque sea fugazmente, es fantástico, ¡es tántrico! Ingenuos, mis sentidos me ocultan el verdadero Sol que sólo mi intuición puede revelarme. Así, siempre tendido en la playa, sintiendo la inmensidad de la energía solar y de la distancia que ha recorrido, conectado directamente con la energía cósmica, la frontera entre el astro y yo se borra, se disuelve, y siento entonces a Shakti, la energía creadora última cuya manifestación es el universo. Eso es el tantra...

Durante todo este tiempo, mi vecino sin duda piensa en los amigos (¿o más bien en las amigas?) que admirarán su bronceado de pan de especias, a menos que simplemente esté durmiendo al sol. Mientras que mi baño de sol profano se hace cósmico, los rayos ultravioletas me queman la piel igual que a él, pero mi baño de sol será... ¡tántrico! De la misma manera, toda mi vida puede ser transmutada, «cosmizada», y eso no excluye el goce, al contrario. Y la consecuencia es una formidable expansión de mi visión del mundo y de mí mismo, especialmente de mi cuerpo, ese otro universo.

Otro ejemplo de «cosmización». Sumergirse en el mar o en un río puede no tener otro objetivo que la higiene y/o el deporte. Imaginemos que hago mis abluciones en el Ganges, en Benarés, a lo largo de las célebres *ghats*, entre la multitud hormigueante de los hindúes piadosos, secuencia clásica de los documentales sobre la India. El baño podría no superar el aquí-y-ahora, pero todo cambia si tomo conciencia de que, justamente, el río no está limitado al «aquí», y si percibo en bloque todo el Ganges, vínculo de unión de tres mil kilómetros de longitud entre el Himalaya y el océano, todo cambia. Todo cambia también si percibo que está unido a todos los mares del globo, y que el Ganges de hoy es semejante al de ayer aunque nunca sea dos veces el mismo, pues el agua que corre entre sus orillas nunca es la misma, como dijo un filósofo griego. Exteriormente, nada diferencia mis abluciones de las de mis vecinos no tántricos, pero mi experiencia interior gana en amplitud y en riqueza.

Así, el tantra es en primer lugar una manera diferente de ser y de sentir, antes de concretarse en determinadas técnicas o acciones rituales.

¡Pero cuidado con la trampa cerebral! El intelecto aporta —y es precioso— los elementos objetivos, científicos, de esta toma de conciencia, pero lo que importa es la percepción intuitiva global del acontecimiento. Pasar de lo sensorial al concepto intelectual del acontecimiento —sol, río o cualquier otro— y después a la vivencia directa de sus aspectos últimos es arduo. Sin embargo, de este modo un acto perfectamente anodino se convierte en un acontecimiento que trasciende al ego, y así se «destrivializa» la vida más sombría.

Conscientes de esta dificultad, el tantra responde a ella especialmente por medio del arte, el rito y el símbolo. Por otra parte, de todas las filosofías de la India, el tantra es la que utiliza más deliberadamente el arte como vía de acceso a lo cósmico, oculto en lo trivial.

3

La otra mirada sobre el sexo

Cuando el sexo es un problema

Reprimida desde hace uno o dos milenios, con períodos de relajación, la sexualidad se ha desenfrenado, vuelve a convertirse en una obsesión y, por la ley del péndulo, despertará tal vez un puritanismo tanto más estricto cuanto más profundo haya sido el libertinaje. Pero, cualquiera que sea la evolución futura, comprobamos el hecho de que nuestra sociedad se hipersexualiza. Es revelador que para vender café, jabón, jugos de fruta, lana para tejer, un coche, etc., la publicidad apele al sexo. No es un azar, es una consecuencia casi inevitable de la civilización industrial que amontona a los seres humanos en metrópolis desmesuradas.

Mientras hace todavía pocas generaciones el 80 % de la población vivía en el pueblo o en la granja, ahora es al revés; en los Estados Unidos un 6 ó 7 % de agricultores alimentan al resto de la población y hay enormes excedentes para la exportación. Ahora bien, para el campesino, el sexo existe pero no constituye un problema. Antes de la mecanización, los segadores de gestos lentos y rítmicos segaban el trigo maduro, las mujeres y los niños lo ataban en gavillas apretadas que,

apiladas en almiarés, prometían abundancia. Breughel ha pintado esta vida sencilla en un cuadro célebre; su reproducción adorna la pared que tengo delante. Aparte de la «pausa para el almuerzo», trabajaban hasta el crepúsculo antes de regresar, rendidos, a la granja. En 1940, después de la capitulación, compartí esa vida ruda. Fugitivo, me escondí en una granja y allí coseché, entrojé y trillé el trigo con el mayal. Trabajo duro, sobre todo para alguien de ciudad, pero así sé que después de la sopa vespertina y las patatas con tocino no se tiene más que un deseo: ¡Dormir! ¿El sexo? Ni se piensa en ello. En el campo, sirve para procrear y nada más.

Allí la escala de valores es otra: lo importante no es el sexo, sino el tiempo que hace o hará, que la cosecha se termine a tiempo, que los animales estén sanos y bien alimentados. Las tareas, concretas y variadas, impiden que el sexo invada la mente.

Ahora vayamos a la ciudad, a uno de esos hormigueros que son los edificios de oficinas, para ver en qué se convierte el sexo. Mientras el campesino vive en un entorno relativamente natural, el habitante de la ciudad sobrevive en un medio artificial: las edificaciones, los vidrios, los revestimientos murales, las alfombras, los muebles, las máquinas, el papel e incluso la luz, todo es fabricado, artificial. Su oficina, en el trigésimo piso, domina un mar de techos «adornados» con antenas de televisión, y las calles son otros tantos desfiladeros estrechos por los que se deslizan, como minúsculos insectos mecánicos, los coches. La naturaleza ha desaparecido, aunque se pueda entrever la fronda de algún parque.

En la granja el hombre vive cerca de los animales: el canto del gallo lo despierta, los polluelos pían bajo mamá gallina, el gato se despereza, los cerdos gruñen. En el prado las vacas rumian, los terneros retozan. A su alrededor viven cabras, corderos, a veces caballos de tiro, pájaros, insectos. El campesino comparte la vida de sus animales aunque los explote. Pero en las ciudades, ¿dónde están los animales?

En su oficina climatizada, el hombre de ciudad ha perdido el contacto con el aire puro, la lluvia, el viento, los árboles, los arroyos, los pájaros, los animales del bosque e incluso los animales domésticos. El hombre vive secuestrado en su oficina-prisión, que él mismo ha construido, donde no rigen los valores campestres. Allí el trabajo es raramente alegre y todavía más raramente elegido. Deliberadamente, la sociedad industrializada, para maximizar el rendimiento del productor-consumidor, vela para que nada lo distraiga de su tarea en ese decorado que hace apenas un siglo hubiera sido de ciencia ficción. Entonces, para el hombre así enclaustrado, ¿qué hay de interesante sino el otro sexo? Y, después del trabajo, se encuentra en el metro o en un embotellamiento, sumido en la masa, con la que tiene contactos agresivos y sexuales, raramente amistosos. En los espectáculos (cine, televisión, etc.) el sexo es omnipresente. La industria del ocio le propone la evasión, también en masa: entonces encuentra el sexo como medio de escaparse del aburrimiento — y de las penas— del trabajo cotidiano... Hipertrofiado, el sexo se convierte en un problema.

Esta presión derriba las barreras de un puritanismo hipócrita pero cae en el exceso contrario. Hecho notable y raramente evocado: el puritanismo acompaña siempre y en todas partes a toda dictadura, sea militar, política o espiritual. Mientras Franco y Salazar vivían, por citar sólo dos ejemplos, el puritanismo reinaba. Incluso para los turistas, nada de bikini en las playas, ¡y ni hablar del top-less! La dictadura religiosa, por ejemplo en Irán, no es una excepción, al contrario. Y es lógico; acumulada tras la barrera del puritanismo, la energía sexual así reprimida alimenta un fanatismo del que la ideología del momento tiene una necesidad absoluta para mantenerse y conquistar.

Aunque enemigo del puritanismo, el tantra de la Vía de la Izquierda considera que si bien la pudibundez no resuelve nada, la burdelización generalizada tampoco.

¿Las alternativas? La «sexualidad sana», desculpabilizada, es una alternativa aceptable y preferible al puritanismo o a la vulgaridad pornográfica. Por otra parte, la visita a un *sex-shop*, aunque de una desesperante monotonía, es instructiva: allí se despliega toda la miseria sexual. Las películas X destilan aburrimiento y son más bien antieróticas. La «sexualidad sana» debería ser la

norma, pero no lo es porque falta educación sexual. Lo que se propone bajo ese nombre merecería en el mejor de los casos llamarse «información genética».

La otra alternativa y verdadera solución del problema es la *espiritualización del sexo* propuesta por la Vía de la Izquierda, perfectamente adaptada a nuestro tiempo. Se dirige a aquellos que rechazan tanto la mojigatería como el pseudoerotismo pornográfico, a quienes quieran superar también la «sexualidad sana». La Vía de la Izquierda resuelve el problema sexual por medio de una liberación en el sentido noble del término y por un acceso a lo sagrado. El tantra afirma que en nuestra época decadente y destructiva (el *Kāly Yuga*) sólo la Vía de la Izquierda puede conducir a una verdadera espiritualidad.

Cito a Julius Evola: «La unión sexual comprendida de este modo suspende la ley de la dualidad, provoca una apertura extática. Suspendida la ley de la dualidad en la simultaneidad de la embriaguez, del orgasmo y del encanto que une a dos seres, se puede provocar el estado de identidad que prefigura la iluminación absoluta, lo incondicionado. El *Kūlārṇava Tantra* llega a decir que la unión suprema sólo puede obtenerse por medio de la unión sexual» (*Le Yoga Tantrique*, pp. 191-192).

Sin un retorno al respeto por la naturaleza y por la práctica de los ritos erótico-mágicos que permiten la expansión del ser humano y su armonización con las otras formas del ser, la destrucción del conjunto de la especie humana no se hará esperar.

Dejo terminar a René Guénon: «Sólo se trataría de una reconstitución de lo que existió antes de la desviación moderna, con las adaptaciones necesarias a las condiciones de otra época... Oriente puede venir en ayuda de Occidente, siempre que éste lo desee, no para imponerle concepciones que le son ajenas, como algunos parecen temer, sino más bien para ayudarlo a recuperar su propia tradición, cuyo sentido ha perdido» (*La Crise du monde moderne*, pp. 46 y 129). Y yo añado: sobre todo en lo que respecta a la sexualidad.

El sexo, ¿enemigo de lo espiritual?

Adivine el lector quién ha escrito: «Desde que las religiones (judeo-cristianas) existen, siempre han tendido a expresarse, en sus manifestaciones más elevadas, bajo la forma de la castidad. El budismo y el cristianismo coinciden, pues, en este punto. Para el "perfecto", vencer la atracción sexual aparece siempre, a fin de cuentas, como la expresión suprema del triunfo del espíritu.

»Un elemento precioso, significativo y operativo, se oculta, estoy seguro, en el fondo de la idea de virginidad. Pero esta idea, no estoy menos seguro de ello, todavía no ha encontrado su fórmula apropiada ni en la práctica ni en la teoría. Duda nacida de mi experiencia personal y acrecentada por un número creciente de espíritus elevados y sinceros que no ven ya nada moralmente bello en las restricciones de la ascesis.

»La castidad sólo se proyecta ya débilmente sobre nuestro universo físico y moral. Continúa, ya sea traduciéndose en palabras y sistemas envejecidos, ya sea justificándose por un complejo de razones dispares, la mayoría de las cuales ya no nos conmueve....

»En el cristianismo, esta doctrina (o más bien, como diremos más adelante, esta práctica) se expresa muy claramente mediante las dos ideas rectoras siguientes: a) la unión de los sexos es buena, e incluso santa, pero *exclusivamente* en vistas a la reproducción; b) fuera de ese caso el acercamiento de los sexos debe reducirse *al mínimo*...

»Ahora bien, ¿cuáles son los elementos, sentimentales o racionales, reconocibles en la base del culto rendido por el cristianismo a la castidad? En el fondo, en primer lugar, se descubre un *presupuesto fisiológico* que impregna, más de lo que se creería, todo el desarrollo del pensamiento cristiano concerniente a la Caída, la santificación y la Gracia. Me refiero a la idea (sería más exacto decir «la impresión») de que las relaciones sexuales están manchadas por cierta decadencia y cierta suciedad... Lo sexual es pecado. La concepción cristiana de la sexualidad se expresa en el "*Hi sunt*

qui cum mulieribus non sunt coinquinan" ("Son aquellos que no se han ensuciado con mujeres")...»

El gran asunto que se propone al alma es salvarse ella misma, y hacerlo por una ausencia de pecado.

«De ahí toda una ascesis restrictiva, en materia de sexualidad. Para no exponerse al vértigo, hay que mantenerse lo más alejados posible del precipicio: huir. Para no ceder a las tentaciones del goce, hay que suprimir los comienzos mismos del placer e infligirse la pena: privaciones y penitencia... Esta curiosa inversión de valores, a primera vista consagra el valor de la castidad como un eunuquismo moral, y ha abierto el camino a todos los virtuosismos de la gran penitencia...

»La consigna del cristiano será tomar más bien menos que más. Salvará su cuerpo perdiéndolo, lo sublimará extenuándolo. En torno de su alma espiritual, la carne forma no una atmósfera o una nebulosa, sino un *doble*. Por razones oscuras, ese satélite, misteriosamente asociado por el Creador al espíritu, es inconstante y peligroso. Por encima de todo, es lascivo. Hay que tenerlo esclavizado, y separado. Lógicamente el santo llegará al máximo de perfección mediante un uso mínimo de la Materia (el cuerpo) y muy especialmente de la Materia bajo su forma más virulenta: la Mujer.

»El cristianismo ha llevado más lejos que ninguna otra religión la práctica de la castidad. El valor moral (o al menos la significación y la disciplina tradicional) de la castidad está a punto de perder su evidencia para muchos de nosotros. Este fenómeno no debe considerarse simplemente un producto de la perversidad humana, y en consecuencia desdeñarse. Hay que mirarlo lealmente y de frente.»

El interés de la continencia (virginidad) o integridad material del cuerpo se nos ha vuelto tan ininteligible como la veneración de un tabú. Para nosotros el valor moral de los actos se mide de ahora en adelante por el impulso espiritual que imprimen.

«Hasta el siglo XVIII, más o menos, los conflictos de tema moral oponían dos clanes muy sencillamente delimitados: los espirituales y los materiales, pero tanto unos como otros admitían implícitamente que el Mundo nunca se había movido, o al menos que estaba definitivamente detenido. Entonces, por todas las hendiduras del pensamiento y de la experiencia, entró en nosotros la conciencia de que «el universo que nos rodea» funcionaba todavía como un enorme depósito de posibilidades vitales. Se creía que la Materia (el cuerpo) estaba fijaba o agotada. En cambio es manifiestamente inagotable, rica en energías psicológicas nuevas...

»La Mujer es, para el Hombre, el símbolo y la personificación de todas las complementariedades esperadas del Universo: al término de la potencia espiritual de la Materia, la potencia espiritual de la carne y de lo femenino.

»En este punto, si no me equivoco, llegamos al origen de la divergencia que parece alejar nuestras simpatías modernas .del culto tradicional de la castidad. En el fondo del código cristiano de la virtud parece existir el presupuesto de que, para el hombre, la mujer es esencialmente un instrumento de generación. La mujer para procrear o nada de mujer: ese es el dilema que plantean los moralistas. Pero contra esta simplificación se levantan nuestras más queridas y seguras experiencias. Por fundamental que sea, la maternidad de la mujer no es casi nada en comparación con su fecundidad espiritual. La Mujer expande, sensibiliza, y revela a aquel que la haya amado quién es él mismo.

»De hecho, teniendo en cuenta la parte correspondiente a los fenómenos de regresión moral y de licencia, parece que la "libertad" actual de las costumbres tiene su verdadera causa en la búsqueda de una forma de unión más rica y espiritual que la que se limita a los horizontes de una cuna... En realidad, en el estado actual del mundo, el Hombre todavía no ha sido revelado completamente a sí mismo por la Mujer, y viceversa...

»Después de todo, el Hombre, por "sublimado" que se lo imagine, *no es* un eunuco. La espiritualidad se posa no sobre una *mónada*, sino sobre la *diada* humana. Hay una cuestión general de lo Femenino que no ha quedado resuelta ni explicitada en la teoría cristiana de la santidad. De

ahí nuestra insatisfacción y nuestro malestar ante la disciplina antigua de la virtud... Hasta aquí la ascesis tendía a rechazarlo todo: para ser santo, era necesario sobre todo privarse. De ahora en adelante, en virtud del nuevo aspecto moral adquirido a nuestros ojos por la Materia, el despegue espiritual adquirirá la forma de una conquista. Sumergirse para ser levantado y para levantar, en el flujo de las energías creadas, *sin exceptuar* la primera y más ardiente de ellas (la energía sexual)...

»En la práctica, lo Femenino está alineado *entre* los productos naturales prohibidos, porque son demasiado peligrosos. Es un perfume que perturba, un licor que marea. Desde siempre (en las religiones judeo-cristianas) los hombres han mirado con sorpresa la potencia incontrolable de este elemento... Porque las llamas devoran y la electricidad fulmina, ¿dejaremos de utilizarlas? Lo Femenino es la más temible de las fuerzas de la Materia. Es verdad. "Por tanto hay que evitarlo", dicen los moralistas. "Por tanto hay que apropiárselo", respondería yo. En todos los terrenos de lo real (físico, afectivo, intelectual) el *peligro es un síntoma de potencia* [...] Sí, es verdad, el amor es el umbral de otro Universo.

»Este uso espiritual de la carne, en el fondo, ¿no es lo que, sin pedir permiso a los moralistas, han descubierto y adoptado instintivamente muchos de los genios verdaderamente creadores? ¿No es de esas fuentes llamadas impuras y que dan vida de donde se nutren en este mismo momento lo más conservadores de nosotros?...

»[...] El hombre irá en primer lugar a la Mujer. La tomará entera. Contacto de los dos elementos en el amor humano, luego ascensión de dos hacia el mayor centro divino. Por el amor físico, las potencias del hombre son magníficamente liberadas. Lo que siempre habría dormido en nuestras almas se despierta y avanza... El instante del don total coincidirá entonces con el encuentro divino. Tarde o temprano, a través de nuestra incredulidad, el mundo dará ese paso. Pues todo lo que es más verdadero se encuentra; y todo lo mejor termina por llegar.»

En este texto el lector habrá reconocido el aliento y el estilo de Teilhard de Chardin, porque él es su autor. Aunque parte sobre todo de un punto de vista masculino, se acerca mucho al tantra al reconocer a la Mujer su calidad de iniciadora y al borrar la oposición «sexo contra espíritu». Aunque no exprese necesariamente la visión de la Iglesia, no se le puede acusar de ignorar el problema...

La educación sexual necesaria

Bajo el régimen patriarcal, en el acto sexual el papel activo corresponde al hombre: el pene es el órgano esencial, y la vagina apenas un agradable receptáculo. El pene penetra, va y viene, impone su ritmo, goza, es decir eyacula, y el varón queda saciado, o al menos se satisface con ello. Siglos de dominación masculina hacen que, con mucha frecuencia, la mujer acepte el papel pasivo como obvio y se acomode a él. Incluso la etimología es elocuente: *vagina* viene del latín y quiere decir «vaina, forro», y el neerlandés *se he de* o el alemán *Scheide* designan indistintamente la vaina de una espada y la vagina. Con toda evidencia la espada es el objeto principal, y el forro sólo tiene una simple función protectora.

Incluso la posición amatoria más utilizada en Occidente, la llamada del misionero, expresa la dominación masculina y reduce el margen de participación activa de la mujer. Un horrible proverbio alemán dice: «*Nach dem Essen sollst du rauchen, oder eine Frau gebrauchen*». Literalmente: «Después de la comida, debes fumar, o utilizar una mujer». *Sic!* ¡La galantería llega hasta poner *rauchen* (fumar) antes que *gebrauchen*!

Además, en materia de sexo, se supone que todo hombre tiene la ciencia infusa, hasta el punto de que con frecuencia la mujer no se atreve a señalarle su ignorancia, su torpeza o ambas cosas...

Lo peor es que no se puede reprochar: en mi adolescencia se encerraba todavía a los jóvenes de uno y otro sexo en verdaderos guetos. El sexo era tabú, de ahí la ignorancia crasa de los jóvenes, e

incluso de los adultos.

La represión sistemática de toda sexualidad hacía que muchos muchachos, especialmente los educados en colegios religiosos, ignoraran todavía a los 18 o a los 20 años, y algunos incluso hasta el casamiento, cómo era el cuerpo de una mujer; ¡el curso de anatomía olvidaba ese «detalle»! Si hubieran podido, creo que nos hubieran ocultado hasta la existencia de nuestros propios órganos genitales.

El desnudo era tabú, hasta el punto de que cantidad de mujeres, hoy abuelas, vivieron una época en la que, en los monjas, las muchachas bien educadas se duchaban en camisa. Se podría objetar que las indias se bañan todavía en el Ganges sin quitarse su sari. Es verdad, pero eso proviene de un proceso idéntico, pues el puritanismo Victoriano contaminó a la India.

Se dirá, con una sonrisa burlona, que mientras tanto esas ex-pensionistas han llegado a ser madres y nada les ha impedido tener hijos. De acuerdo. ¿Pero en qué condiciones? Se trataba, oficialmente, de no tener relaciones sexuales antes del casamiento, y con ese fin se separaba a las chicas de los chicos. Por supuesto, a pesar de todas las precauciones que tomaban los adultos para evitar que se encontraran, ellos se burlaban de las vigilancias, se daban citas secretas y se «arreglaban» como podían en la naturaleza, en condiciones precarias. Así, a falta de iniciación sexual, los muchachos eran necesariamente torpes, por tanto decepcionantes, y las muchachas tampoco eran más despiertas ni hábiles. Y todo con frecuencia sazonado con un sentimiento de pecado y de culpabilidad más la amenaza de un embarazo inoportuno. En esas condiciones, ¿cómo esperar que una vez casados tendrían una vida sexual rica, feliz y podrían formar una pareja unida, sexualmente desarrollada?

Es verdad que hoy la educación sexual figura en el programa oficial, pero es un abuso de lenguaje: se trata en el mejor de los casos de instrucción genética y no de *educación* sexual. Está bien dar cursos de anatomía y de fisiología de los órganos sexuales e informar sobre los procesos genitales, pero eso no tiene nada que ver con la educación del *comportamiento* sexual. Reconocemos que eso sería inconcebible en nuestras escuelas, salvo que se transformaran las clases en dormitorios colectivos o más bien en «picaderos»... En este terreno, algunas tribus «salvajes» de la India podrían enseñarnos, especialmente aquellas donde se organiza una verdadera educación sexual socialmente en el *gothul*, es decir, en el dormitorio de los jóvenes. Incluso aunque el *gothul* no sea exportable a nuestros países, al menos es instructivo saber que existe para descubrir su sabiduría.

Erwin Verrier, que *vivió* durante mucho tiempo con las tribus indias e incluso se casó con una de sus muchachas, escribe: «Para el individuo que vive en el seno de la tribu, la sexualidad es más natural. El joven se inicia en la sexualidad desde la pubertad observando a los adultos y de oídas. Cuando crece, imita el juego sexual para abordar progresivamente las relaciones prematrimoniales. Los adolescentes consideran a las chicas en su conjunto, se forman una opinión, y viceversa.

»[...] Las relaciones prematrimoniales no están sometidas a objeciones en el marco de la vida tribal, siempre que sean respetadas las reglas de elección de pareja...

[...] El *gothul*, que tiende a desaparecer en nuestros días, aporta un marco socialmente seguro para las relaciones sexuales prematrimoniales. El encuentro de las parejas se hace allí. En las tribus prevalece una actitud simple, inocente y natural ante la sexualidad. En el *gothul* esta actitud se ve reforzada por la ausencia total de todo sentimiento de culpa y por la libertad resultante de la ausencia de interferencias e influencias externas. Están persuadidos de que la actividad sexual es buena, sana y estética cuando se realiza en el momento querido con la pareja adecuada, en el lugar propicio. Los más jóvenes de los muchachos y las chicas se inician imitando el amor y el comportamiento sexual. Hacer el amor comienza con risas, sonrisas, bailando en el dormitorio, lo que no les impide darse citas en los bosques más profundos o en lugares aislados. Es así como, desde su juventud, muchachos y chicas son iniciados en las técnicas sexuales, tanto por el ejemplo como por la experiencia personal. En otras tribus, como los santhals, que no tienen esas instituciones, los jóvenes disponen de numerosas ocasiones de encontrarse, en los festivales, en las bodas, en las

noches de baile, en ocasión de visitas entre pueblos e incluso en el trabajo en el campo. Todo eso les da amplias facilidades para trabar conocimiento, lo que desemboca en relaciones sexuales concretas. Estas relaciones prematrimoniales llevan con frecuencia a matrimonios felices.

»[...] En lo que se refiere a la sexualidad, incluso después del casamiento, algunos tienen relaciones extramatrimoniales, reliquias de su vida sexual libre anterior y de una actitud psicológica muy abierta formada durante su adolescencia.

»[...] En las tribus, algunos festivales son ocasión normal de relaciones sexuales extramatrimoniales. Aquí pueden citarse los festivales de los santhals, de los hos, de los mundas, etc., durante *los* cuales cada uno es libre de elegir a la pareja deseada para el acto sexual. La otra faceta de la vida sexual en las tribus es la multiplicidad de los casamientos. Cuando un individuo no está satisfecho sexualmente de su mujer y si sus deseos sexuales no están totalmente apaciguados, puede tener relaciones amorosas con otras mujeres, tanto fuera del matrimonio como casándose con ellas».

De acuerdo, no se trata de trasladar entre nosotros esas costumbres tribales, pero es bueno conocer su existencia y sus ventajas, aunque sólo fuera para evaluar nuestros condicionamientos sociales en este terreno. En esas tribus la posesividad, los celos, los dramas pasionales debidos a' la «infidelidad», los divorcios penosos tanto para los cónyuges como para los hijos, son evitados, sin hablar de la ausencia de frustraciones sexuales, lo que asegura un equilibrio psicológico cierto. Aunque no podamos trasladar este modo de vida, al menos deberíamos ser capaces de juzgarlo imparcialmente.

Es verdad que en nuestros días las cosas cambian: cada vez más se advierte una necesidad de información sexual para el hombre que desea adquirir las técnicas para llevar a la mujer al orgasmo, obra de arte del varón. Por ello éste compra libros sobre el arte de amar, con la esperanza de colmar a su mujer después de haber colmado sus lagunas...

Buen alumno, no ignora nada del prelude, de las zonas erógenas, de los besos; «*cunnilingus*», y «*fellatio*» forman parte de su vocabulario, conoce las 101 posiciones y sus variantes... En resumen, se convierte en el amante perfecto.

El problema es que esos libros están escritos por hombres, para otros hombres, ¡y por tanto reflejan el punto de vista del «macho»! El lector me dirá que este libro también lo firma un hombre: lo siento, no soy un transexual. Pero diablos, ¿qué esperan las señoras para escribir para nosotros? Incluso el *Informe Hite*, por lo demás poco halagador hacia nosotros los hombres, no es el libro esperado, aquel en que una mujer nos diría finalmente: «Señores, he aquí cómo somos nosotras, lo que experimentamos y qué hay que hacer para amarnos». Los tratados actuales olvidan tal vez lo esencial, es decir, cambiar radicalmente la actitud del varón hacia la mujer y hacia el sexo: es lo que aporta —entre tantas otras cosas— el tantra.

El hombre debe aceptar que la mujer pueda conducir el juego sexual y abordarla en el respeto total de su *femineidad* abriéndose a la sexualidad de ella. No se trata de una comprensión condescendiente, sino más bien de la percepción aguda del formidable potencial sexual femenino. Para ello es necesario un diálogo entre el hombre y la mujer, y es una pena que ella sea tan reticente a hablar con él de «sexo». ¿Por qué no puede decirle, con toda sencillez, lo que espera de él? ¿Por qué no informarle de sus pulsiones y sus deseos profundos? ¿Por qué no es su iniciadora? La ignorancia de algunos hombres, considerados «expertos» por haber conocido a muchas mujeres, es con frecuencia algo sorprendente.

De acuerdo, el tantra no es sexo trivial, pero sin embargo el adepto tántrico, Shiva o Shakti, debe poder satisfacer plenamente al otro, incluso en un encuentro «normal». Por otra parte, la unión tántrica sólo es posible entre personas capaces de tener entre sí relaciones sexuales «corrientes» desenvueltas.

En el índice de los tratados sexuales figura el inevitable capítulo que trata del «prelude» con sus

técnicas más o menos refinadas. En el tantra, el verdadero preludio no consiste en caricias o besos en determinados lugares. El *verdadero* preludio al *maithuna* consiste en crear una relación íntima, psíquica y física, en establecer una armonía profunda. Para ello, cada uno se impregna de la personalidad del otro, de su presencia, en el sentido más amplio del término, en tanto ser total, y se impregna de su sexo (que no es sinónimo de órganos genitales). Esta apertura al otro basta, con frecuencia sin el menor gesto erótico, para crear ese contacto sutil, para hacer pasar la corriente. Si la mujer toma conciencia del varón oculto en el hombre, su *rati* (pasión) se hará activa y, recíprocamente, en él se despertará la *virya* (virilidad). Las caricias y toda la panoplia erótica del clásico preludio no deben ser rechazados en bloque, pero no tiene realmente sentido si no se establece ese contacto y, a partir de entonces, se vuelven pacíficamente superfluas.

Cuando *rati* y *virya* despiertan, el *yoni* se abre, su corola húmeda y cálida invita al hombre a entrar. El *lingam* no debe *penetrar*; debe ser atraído y luego *absorbido* con lentitud por el *yoni* palpitante. ¡El *lingam* no es un bulldozer!

Alan Watts lo ha comprendido bien. En *Man, Woman and Nature*, p. 170, escribe: «Cuando la pareja está cerca del punto en que los sexos se tocan, basta con permanecer calmado y sin prisa para que en su momento la mujer pueda absorber el miembro sin ser activamente penetrada».

El control vaginal es entonces más que precioso. Las contracciones controladas del *yoni* absorben el *lingam* y Shakti siente entonces que el hombre desde ahora forma parte de ella misma, que forman una sola carne, un solo ser, que reconstituye al andrógino primitivo. ¿Cuánto tiempo es necesario para «realizar» esto? En realidad, no hay nada que realizar, basta con esperar para que se produzcan las cosas.

Nuestra doble sexualidad

Nuestra sexualidad es bipolar: una se sitúa en el polo de la especie, la otra en el polo del individuo. El primer polo está localizado en la parte baja del cuerpo, en los órganos genitales (*muladhara* y *svadisthana chakras*), que son literalmente el enclave inmortal de la especie en nosotros, cuya única finalidad es la procreación, la perennidad de la raza. El polo del individuo está en el otro extremo de la espina dorsal, en el cerebro, el Loto de los Mil Pétalos, el *sahasrara chakra*, la sede de la individualidad, *del «yo»*.

La sexualidad de la especie, cuyo soporte son los órganos genitales, es la irreprimible pulsión vital que hace proliferar toda la vida sobre el planeta, es la Kundalinī del tantra. Esta sexualidad profunda, animal —no es peyorativo—, suscita en la mujer un intenso deseo los «días-de-bebés», los días fecundos del ciclo. Innata, programada, es esta sexualidad la que guía el comportamiento sexual instintivo de la mujer unida al hombre, la que desencadena casi mecánicamente los movimientos rítmicos de la pelvis y las ondas contráctiles de la vagina para hacer saltar el esperma fecundante y cumplir el mandato de la Especie.

Esta pulsión compulsiva es evidente y bien conocida. La otra, más específicamente humana, la del polo del individuo, es con frecuencia insospechada o confundida con la primera, pero, para el *maithuna* tántrico es esencial distinguirlas. Por supuesto que el tantra no desconoce ni la potencia ni el carácter vital del polo de la especie, pero el objetivo del *maithuna* ritual no es la procreación. En efecto, la perennidad de la vida podría quedar asegurada con bien pocos coitos en el espacio de una vida. En teoría, veinte eyaculaciones repartidas en veinte años en el buen momento bastarían para dotarnos de una respetable tribu de veinte retoños, y más si hay gemelos. Es a partir de esta lógica procreativa que las sectas ultra mojigatas, como los Haré Krisna, prohíben el sexo, salvo entre esposos una vez por mes. Hasta Gandhi tenía esta visión antitántrica...

El tantra utiliza las dos formas de sexualidad, con una neta preferencia por la que no es puramente animal, reproductora. La localización y el carácter reflejo, casi mecánico, de la sexualidad de la especie está» bien ilustrados por la mantis religiosa. Se dice que, durante el

acoplamiento, secciona a veces la cabeza del macho que ella estima demasiado poco «activo»: ella elimina así el polo del individuo mientras que el polo de la especie continúa el coito con un vigor acrecentado y fecunda a la hembra... ¡que a continuación lo devora! Es verdad que ciertos entomólogos dicen que se trata de una leyenda. Sin embargo —y esto es un hecho experimental—, sí en ciertas mariposas se corta la cabeza del macho, el resto del cuerpo prosigue imperturbablemente el acoplamiento, demostrando así la autonomía del polo de la especie respecto del polo cerebral. En el ser humano es un hecho que los parapléjicos pueden tener erecciones y fecundar a su mujer: al estar la médula seccionada, sólo actúa el polo de la especie, y no llega al cerebro ninguna sensación.

El polo del individuo tiene, pues, su sexualidad propia, bien distinta de la pulsión animal del polo de la especie. Indirectamente genital, se basa también en la polaridad de los sexos. El erotismo, que es a la sexualidad genital pura lo que la gastronomía al hambre animal, es la expresión de la sexualidad del polo «individuo».

El paraíso y el infierno

¿Qué dice de esto la fisiología? Y bien, confirma la tesis tántrica: ¡el centro de la sexualidad cerebral, el polo sexual «individuo», existe, es localizable y está localizado! Es también el de la felicidad, el del éxtasis.

Olds, un investigador norteamericano, implantó un electrodo en el cerebro de un ratón, para estudiar el efecto en su comportamiento de la estimulación eléctrica en ciertas zonas. Eléctricamente, sabía ya provocar, a elección, el furor, el temor, la torpeza, la apatía, etc. Pero un día el ratón se comportó de una manera rara, inhabitual. Lejos de huir del hombre, volvía con obstinación al lugar donde Olds había desencadenado la estimulación: aparentemente, gozaba, estaba en el «paraíso», para retomar la palabra del doctor Lévy de Leningrado. Olds localizó así otros puntos de «paraíso», que formaban una cruz en el hi-potálamo, cerca de la base del cerebro, pero descubrió también, lamentablemente, un «infierno» cerebral, donde la excitación eléctrica aterrorizaba al animal, cuya mímica expresaba: «¡Esto jamás, a ningún precio!»

Sin embargo la naturaleza ha sido caritativa: en el cerebro del ratón el paraíso es siete veces más extenso que el infierno. Se localiza este paraíso y este infierno cerebrales en los peces, los pájaros, los gatos, los perros, los delfines, los conejos, etc.

Para el tantra estos descubrimientos son instructivos. Así, Olds ha comprobado que los animales hartos experimentan mucha menos felicidad cuando se estimula su «paraíso». Cuando tienen hambre, por el contrario, gozan más intensamente, lo que corrobora la afirmación tántrica de que la «gran comilona» ahoga las formas sutiles del eros. Esto no prohíbe gozar de un alimento sano e incluso refinado, siempre que sea frugal. La caricatura del monje gordito y rubicundo confirma que los placeres ordinarios de la mesa compensan el sexo y facilitan la continencia.

Después de Olds, muchos otros investigadores enseñaron a los animales a autoexcitarse presionando ellos mismo el pedal que desencadenaba la excitación eléctrica del cerebro. Este aprendizaje, los animales lo realizan rápidamente: basta con que se apoyen dos o tres veces en el pedal. Desde entonces, no lo abandonan y se autoestimulan cientos de veces seguidas, produciéndose rosarios de orgasmos hasta el agotamiento. Otra comprobación capital: estos orgasmos eléctricos dependen de las hormonas sexuales. Los castrados dejan de estimularse, pero si se les inyecta hormonas masculinas, vuelven a autoexcitarse con entusiasmo.

En el *maithuna* tántrico, la excitación potente y prolongada del polo de la especie estimula las gónadas e intensifica la producción de hormonas masculinas, indispensables para la activación máxima del paraíso, que está allá arriba en el cerebro.

El doctor Lévy, comentando las experiencias de Olds, reconocía: «Hagamos justicia a los ratones. Mientras les fue posible, permanecieron razonables, tratando tanto de comer como de deleitarse por

autoexcitación eléctrica, salvo si el electrodo se encontraba en puntos del cerebro en los que la excitación les hacía olvidar todos los demás placeres de la vida».

Además, Olds comprobó que los ratones que comían poco pero se autoexcitaban estaban más fuertes y dispuestos: la «electromanía» —yo diría la estimulación del polo «individuo»— los volvía más atentos, más enérgicos, como si ese nuevo placer les infundiera nuevas fuerzas: compare el lector esto con el hecho de que los tántricos de edad avanzada, de ambos sexos siguen siendo permanentemente juveniles, listos y dinámicos.

Se plantea una pregunta: ¿es posible extrapolar lo que antecede al ser humano? Nuestros «primos» tal vez puedan enseñarnos algo. El doctor Lévey, que ha estudiado a los primates, escribe: «Ese mono, sentado en su sillón especial, no sufre en absoluto y no trata de desatarse. Al contrario, a juzgar por su mímica, está viviendo los más bellos momentos de su vida. Exulta. Lleva un casco de donde salen electrodos implantados en su cerebro. No nos inquietamos sabiendo que el experimentador es John Lilly, conocido por su humanidad hacia los animales, gran conocedor del lenguaje de los delfines. El animal está en el colmo del placer porque la corriente atraviesa el electrodo hundido en su "paraíso". Durante veinte horas, con breves intervalos para comer de prisa o incluso mientras come, envía la corriente eléctrica al cerebro, luego se duerme agotado. Cuando se despierta, vuelve a apretar sin descanso. Está desconocido. Antes perezoso e irascible, ahora se ha vuelto dócil, alegre, acaricia la mano del experimentador en lugar de arañarla.

»[...] Si bien la autoexcitación cerebral de un animal corresponde a lo que nosotros consideramos como un goce grosero, es posible que, en otros casos, su estado interior sea comparable a las indecibles sensaciones de felicidad, entusiasmo o éxtasis que nosotros experimentamos por causas diferentes, más complejas.

Otra pregunta que podría plantearse: ¿Lo que precede prueba que ese paraíso es erótico, constituye nuestro segundo polo sexual y se aplica al ser humano? La respuesta es sí. Aquí tenemos al menos una prueba, siempre según el doctor Lévy: «El primer caso (fortuito) de electromanía humana fue observado por la neurocirujana Natalia Bekhtereva, de Leningrado. Una enferma, a la que se habían excitado varias veces los puntos del paraíso, se puso a hacer de todo para experimentar de nuevo esa sensación. Trataba de ir con la mayor frecuencia posible al laboratorio, iniciaba conversaciones con los médicos que la trataban, los acechaba. Recurría a maniobras diversas, manifestaba descontento e impaciencia, se conducía de manera provocativa. Más aún, la paciente se enamoró locamente del experimentador, y lo perseguía con sus asiduidades de manera particularmente inoportuna, testimoniándole un agradecimiento exagerado por sus cuidados... ¡Es una advertencia!». Creo que el lector estará de acuerdo en admitir que, aunque se trate de una enferma, esto confirma la naturaleza erótica y orgásmica del paraíso cerebral, por tanto del polo del individuo.

Entre paréntesis, si cito de buena gana al doctor Lévy, es porque la ciencia soviética no se carga con posiciones espiritualistas, lo que da pie a su observación: «A veces se tiene la impresión de que, en numerosos *casos*, la ciencia moderna, que tiene al cerebro y a la vida psíquica como objetos de estudio, no hace más que abordar fenómenos a los cuales uno se enfrenta constantemente en la vida, y que podría comprender fácilmente uno mismo por medio de la introspección y la observación más elemental. Parece, en efecto, que hace tiempo se podría haber descubierto la existencia de sistemas cerebrales sin necesidad de hincar electrodos en el cerebro».

El tantra, por supuesto, comparte esta opinión: hace miles de años que explora ese universo extraño y fascinante que es el psiquismo del ser humano pero sin implantar electrodos en el cerebro; de todos modos, ya que se han hecho las experiencias, tomémoslas en cuenta y señalemos que confirman la tesis tántrica.

Antes de examinar las implicaciones tántricas de nuestra doble sexualidad, pensemos en el consejo del doctor Lévy, que se aplica a ese aprendiz de brujo que es el doctor Delgado, de la Universidad de Yale, Estados Unidos. Ha llevado la experiencia un (¡enorme!) paso más adelante,

implantando de manera estable electrodos en el cerebro de monos a los que estimula mediante una señal de radio: el animal se convierte así en un zombi teleguiado que obedece ciegamente al experimentador. Ahora bien, existe un teleestimulador, no mayor que un guisante, perfeccionado por el Centro de Investigaciones de la Universidad de Atlanta (Estado de Georgia, Estados Unidos), que se implanta bajo el cuero cabelludo. Por el momento, estas experiencias se limitan a los monos, pero ya la NASA considera que la teleestimulación sería el medio ideal para controlar el comportamiento de los astronautas, directamente a partir de la Tierra. Se los podría hacer dormir, comer, volverlos indiferentes a la soledad, multiplicar su atención en los momentos peligrosos. Felizmente estos aparatos no están al alcance del común de los mortales, pero con ellos se podrían «fabricar» en cadena y por encargo intrépidos guerreros, superkamikazes o, al contrario, ciudadanos sumamente dóciles, y así sucesivamente. Por último, la electroestimulación cerebral podría convertirse en la droga absoluta del porvenir.

Este paréntesis se justifica como mínimo para precisar que el tantra, al contrario, apunta a *liberar al ser humano* dándole un acceso directo y un autocontrol de las inmensas energías psíquicas y de otras clases que guarda en sí mismo: el tántrico es la antípoda de un robot teleguiado.

El éxtasis integral

Hay otro hecho que permite diferenciar las dos sexualidades: los sueños eróticos. Sucede que en sueños vivimos éxtasis sexuales, orgasmos psíquicos mucho más intensos que los que se experimentan con una pareja real. Ahora bien, el éxtasis onírico es típico del polo del individuo: no pone en juego más que las imágenes mentales, por tanto es de naturaleza psíquica, aunque el orgasmo onírico desborda lo cerebral por sus ecos en el polo de la especie, en los órganos genitales... En los hombres jóvenes separados de las mujeres (soldados, prisioneros, marinos, etc.) esos sueños llegan con frecuencia a lo que se llama, en jerga confesional, una «polución nocturna».

De ese modo, las dos sexualidades, aunque bien distintas, están sin embargo vinculadas, pues la inversa también se produce: provocando una erección, una vejiga llena puede desencadenar un sueño erótico.

En resumen, *el tantra quiere hacer acceder a sus adeptos al éxtasis total*, el que fusiona la experiencia orgásmica del polo de la especie, nuestra gran central energética, con el éxtasis cerebral del polo del individuo, que se alimentan y se estimulan el uno al otro. Por eso el tantra excita la zona genital de manera consciente y controlada. Una vez despierta la Kundalini en el polo de la especie, es guiada por el pensamiento, a través del raquis, hasta el polo cerebral (*sahasrara chakra*), donde su encuentro con los centros «paradisíacos» desencadena el éxtasis último. En el lenguaje de imágenes del tantra, se trata de las nupcias secretas de Shakti, la energía, y Shiva, la conciencia, en el Loto de los Mil Pétalos.

¿Para estimular el polo del individuo y, a través de él, el polo de la especie, no se necesitan electrodos! Así, el espectador que va a ver una película porno en general está tranquilo cuando entra al cine, pero pronto las imágenes eróticas excitan el polo cerebral, con reacciones en el polo genital que es superfluo precisar... ¿Situación tántrica? No. Los tántricos no son mojigatos, ni mucho menos, pero la pornografía grosera no les atañe. Si lo menciono, es para demostrar cuán fácil es despertar la energía del polo de la especie con las imágenes mentales apropiadas. Ahora bien, el tantra se sirve con frecuencia de la imaginación erótica, en primer lugar para estimular el polo de la especie, luego para guiar la corriente sexual engendrada, vía espina dorsal, hacia el polo cerebral, especialmente gracias a los *kriyas*, que son procesos mentales destinados a canalizar las energías en el cuerpo, ya sean sexuales o no.

¿Con qué objetivo? ¿Para gozar? En cierto sentido sí, pues, según el tantra, la felicidad acerca al ser humano a lo último. Nuevamente, el doctor Lévy nos da una clave: «Dostoiewsky, justo antes de sus crisis de epilepsia, sentía un éxtasis inefable, un goce supremo, una sinceridad divina; durante un breve instante, *le parecía descubrir el sentido de todo lo que existe*. En ciertos individuos, ese

estado puede incluso ser engendrado por la música, hasta y sobre todo si es muy rítmica».

Vale la pena releer esta frase y meditar en lo que dice; justifica por sí sola los ritos sexuales del tantra como el medio más directo para acceder al éxtasis que ilumina y desvela, en un relámpago, los fundamentos del ser y del cosmos, ¡sin electrodos ni crisis de epilepsia! Retengamos también que la música puede provocar la emergencia de ese estado; de ahí su función en el rito tántrico, tanto más cuanto que la música india es muy erótica. Observemos además que en Dostoiéwsky esa visión extática y lúcida de la realidad última se producía justo antes de una crisis de epilepsia, que es una tormenta cerebral, por tanto un fenómeno dependiente del polo del individuo.

Así como la crisis de epilepsia oculta la conciencia empírica ordinaria, la emergencia de una visión cósmica tiene lugar en otro plano de conciencia que el ordinario. La felicidad y el paso a otro estado de conciencia figuran así entre las condiciones de acceso a las realidades últimas.

La expresión «otro plano de conciencia» puede parecer misteriosa, incluso suscitar una aprensión, como hundirse en lo desconocido, especialmente cuando se trata de epilepsia. Pero pasar de un plano de conciencia a otro es un Hecho trivial, cotidiano, que se produce cuando uno se duerme y sueña, por ejemplo. ¿Y quién —hablo de casos normales— tiene miedo de dormirse?

La experiencia cósmica unificadora

El tantra sabe desde siempre que el *acmé* de la experiencia sexual aporta una felicidad sin comparación con el simple goce y que produce una interrupción de la conciencia ordinaria donde se sitúa el «yo», el ego. *Cambiar de plano de conciencia es así un medio probado de trascender el ego y de acceder a la experiencia cósmica unitaria.* Superar el ego se hace así sin mortificaciones, sin ascesis restrictiva, que con frecuencia crea más problemas de los que resuelve.

El lector puede observar que, para designar esta experiencia límite, he evitado la palabra *orgasmo*, demasiado precisa y demasiado vaga a la vez, para utilizar *acmé*. He renunciado también a hablar de paroxismo, que supone una tensión extrema, ajena a la experiencia tántrica. El tantra, sin rechazar el orgasmo ordinario, considera que éste depende demasiado de los mecanismos reflejos genitales, lo que lo sustrae al control consciente. En resumen, en la mujer, el orgasmo es una especie de espasmo tan irreprimible como la eyaculación. En la misteriosa alquimia tántrica, Shakti no renuncia al orgasmo genital, siempre que no haga perder el control a Shiva; ella debe, poco a poco, trascender el orgasmo ordinario a fin de que la energía así despertada active la zona «paradisíaca» cerebral.

Igualmente, Shiva debe superar la eyaculación, lo que implica en primer lugar su control. En los dos casos se trata de este orgasmo psíquico, el *acmé*.

Así, nuestras dos sexualidades, la genital con su orgasmo, la cerebral con su acmé, se unen en la experiencia tántrica, pero la prioridad es del «paraíso», único capaz de abrir las puertas de lo cósmico.

Es posible que, incluso sin iniciación tántrica, la mujer tenga una experiencia que se le acerca mucho. Una mujer describe lo siguiente: »Mis primeras sensaciones están concentradas en la región genital, luego se extienden en grandes olas a todo mi cuerpo. Soy toda sensación. Toda sensibilidad. A veces tengo la sensación de que me gustaría cantar, como si las sensaciones alcanzaran las cuerdas vocales y las hicieran vibrar con una tonalidad aún no descubierta...

»Experimento una maravillosa sensación de plenitud. Es difícil de describir... tengo electricidad en todo el cuerpo y vivo intensamente la unión carnal y espiritual con el otro. A veces rezo a Dios, formo una unidad con él; y es la alegría del éxtasis!

»Esta especie de orgasmo es para mí una inmersión metafísica en otro mundo, un mundo religioso... Tengo la impresión de escalar una montaña. *Todo sucede esencialmente en mi cabeza, que desborda de sensaciones y me obliga a mantenerme emocionalmente muy cerca del hombre*

con el que me encuentro.

»El orgasmo es una sensación compulsiva de luz. Esta luz viene de su cabeza y pasa a la mía, y a mi vez yo también emito luz... quedo cegada por una luz brillante que surge detrás de mis ojos. Todo es luz en mi cuerpo y no veo otra cosa que esa iluminación, no oigo nada más, no siento nada preciso... pero cada parcela de mi sangre se pone a bailar, cada uno de mis poros irradia... y hasta las arañas en los armarios, las hormigas en el suelo, deben sentirse alegres de recibir tal desborde de amor» (*Informe Hite*, p. 178).

Este texto se descifra fácilmente sabiendo que existen dos sexualidades y dos tipos de experiencia. Manifiestamente, sin saberlo, esta Shakti ha despertado su kundalinī; su orgasmo genital era el primer estadio del cohete que la ha enviado hacia otro estado de ser, hacia la experiencia «paradisíaca» que ella sitúa explícitamente en su cerebro —en la cita, las cursivas son mías— más que su *yoni*. Además, su vivencia es espiritual, cósmica, incluso mística, pero es poco probable que acceda a ella en cada encuentro, y lo mismo sucede en el tantra. Shiva debe saber que si su Shakti llega a ello —y su rostro extático se lo indica— queda desconectada del polo de la especie, al que ha abandonado: en ese caso, la única conducta inteligente para Shiva es no moverse y participar psíquicamente de la vivencia de Shakti.

El tantra «democratiza» de algún modo la experiencia gracias a los procedimientos y los rituales tántricos que crean las condiciones corporales y mentales necesarias. Es verdad que este tipo de experiencia no está de entrada al alcance de toda mujer, incluso adepta del tantra, pero también es verdad que toda mujer es potencialmente capaz de experimentarla. Respecto de esto, dos observaciones. Primera, el *acmé* no es el billete de entrada obligatorio para acceder al estado de fusión cósmica (véase el capítulo «La vía del Valle».) Segunda, ejercitar los músculos antifrigidez y el *maithuna* con un Shiva capaz de controlarse, libera poco a poco la doble sexualidad de Shakti, que llegará progresivamente a esta experiencia y la compartirá con su compañero, tántrico o no.

¡Sólo me queda, a propósito de este último punto, remitir al lector a los capítulos de la parte «Práctica»!

La mujer, campeona erótica

Extraño: ¿por qué las hijas de Eva, nuestras compañeras, quieren considerarse *mujeres* en lugar de hembras, mientras que el hombre está más bien orgulloso de ser macho?

Sin duda, porque sexualmente la mujer es una excepción y, en este sentido, no es asimilable a las hembras animales, mientras que el hombre actúa, salvo algunos detalles, como todos los otros machos del planeta.

¿Por qué es única la mujer? En primer lugar, todas las hembras, sin excepción, tienen períodos de celo bien marcados. ¡Cuando una perra está en celo se nota! Aunque se la encierre, todos los machos del barrio están informados de ello y asedian la casa. Si la perra escapa, orgía en la acera... Es una suerte para la vida en sociedad que las mujeres ignoren el celo, *si* no, ¡qué espectáculo en el metro! Llamar «perra» a una mujer es un insulto grave. En los Estados Unidos el peor insulto es «*son of a bitch*», hijo de perra, lo que ultraja a la madre, persona sagrada por excelencia. Ahora bien, la biología justifica esta reacción: la mujer se distingue decididamente de *todas* las hembras, incluso de sus primas lejanas, las monas. Lo repito: el hecho de que la mujer ignore el frenesí del celo es único en la naturaleza. En ella, el estro, que marca la ovulación, casi ha desaparecido. Los escasos índices residuales son tan discretos que por lo general pasan inadvertidos: durante los «días-de-bebés», la vagina secreta un poco más de lubricante incoloro, la temperatura sube un grado, los senos son más sensibles, pero eso es todo. Es verdaderamente necesario que la mujer se observe, que siga día a día la curva I de su temperatura, para que se dé cuenta, mientras que la mona en celo despide un fuerte olor sexual que atrae y excita a los machos, sus órganos genitales están

inflamados y ella incita agresivamente al coito: nada de todo esto sucede en la mujer.

Siempre entre los primates hembras, y a pesar de ciertos puntos comunes con la mujer, como el clítoris y un ciclo menstrual muy similar, la ovulación las pone en celo durante una decena de días. En ese momento «la» babuina o «la» chimpancé sólo piensan en el sexo, se aparean promiscuamente con muchos machos, expresando en múltiples formas un intenso placer. Consecuencia ineluctable de su maratón coital, cuya única finalidad es la procreación, quedará encinta. A partir de entonces nada de sexo, ni durante ni después del embarazo, hasta que el retoño no haya sido destetado. Por lo tanto, ni pretendientes ni amor antes de dos o tres años, lo que reduce su vida sexual a unos cuantos interludios de una semana en toda su vida de simio.

En cuanto a los primates machos, privilegiados entre todos los demás mamíferos que sólo disponen de un período de copulación al año, se aparean cada mes como promedio. Un paréntesis: comparado con los primates, el hombre ostenta, y con mucho, el mayor miembro viril. El pipí de un gorila de 250 kg es ridículo comparado con el pene de Tarzán: ¡talla infantil, a lo más!

¿Entonces la mujer es campeona del sexo en la categoría superior? ¡Por supuesto! Por cierto que ya no estamos en los tiempos —no tan alejados— en que se suponía que carecía de deseos, donde era incongruo que una mujer «honesta» tuviese un orgasmo: eso estaba reservado a las prostitutas. Después se ha pasado a la obsesión del orgasmo-a-cualquier-precio-a-cada-momento. Y sin embargo, incluso en nuestra época autodenominada liberada, se sigue creyendo que la frigidez está reservada a las mujeres: ¿decimos de un impotente que es frígido? Ahora bien, la mujer frígida es una atleta sexual que lo ignora, a menudo aplastada por la moral patriarcal, tan represiva como hipócrita. Salvo rarísimos accidentes fisiológicos, la frigidez femenina siempre es adquirida.

En otro lugar de este libro digo que no hay mujeres frías sino hombres «enfriadores», especialmente los torpes y los eyaculadores precoces. Este «chiste» supera —felizmente— la verdad. En teoría, ninguna mujer es verdaderamente frígida y todas podrían ser sexualmente activas y acceder al orgasmo sin problemas. Sin embargo, existen mujeres inhibidas sin que su compañero sea realmente responsable de ello. Las causas, numerosas, van desde la educación puritana hasta la falta de educación sexual (véase el capítulo dedicado a este tema).

¿Entonces, la naturaleza ha creado a la mujer para el amor y el erotismo? Helen E. Fischer, en *The Sex Contract*, responde: «Nuestra especie está dedicada al sexo. Se habla del sexo, se ríe por el sexo, se lo canta, se hace el amor regularmente... ¿Por qué? Porque la mujer puede estar excitada permanentemente. Físicamente, puede hacer el amor todos los días durante toda su vida adulta, incluso cuando está encinta. Pocos días después del parto su vida sexual recomienza. Puede hacer el amor tan frecuentemente como quiera. Es extraordinaria. Ninguna hembra de ninguna especie sexual copula a este ritmo...» (p.3).

«Notable astucia de la evolución: la ausencia de estro hace que la mujer ignore cuándo es fecundable. Entonces una pareja que desea un hijo debe hacer el amor regularmente. Todo sucede como si la naturaleza quisiera que la mujer haga el amor todos los días, pues es particularmente apta para ello.

»Recién hacia 1950 los investigadores descubrieron un segundo privilegio femenino. Además de que la mujer puede hacer el amor con una impresionante regularidad (y está obligada a hacerlo si quiere un bebé), el sexo le procura una intensa voluptuosidad —mucho más que al hombre—, pues la naturaleza la ha provisto del clítoris, haz nervioso ultrasensible únicamente destinado al eros. Además, cuatro o cinco redes venosas muy densas convergen hacia sus músculos genitales y, en el amor, esos agregados sensibles llevan su realización erótica más lejos que la del hombre.

»Cuando la mujer está excitada, la sangre afluye a los órganos genitales y a toda la pelvis. Entonces los haces nerviosos se abren, y los músculos que rodean el clítoris, la entrada de la vagina y el ano se hinchan por el aflujo de sangre caliente.

»Los tejidos esponjosos que rodean la entrada de la vagina aumentan tres veces su tamaño

ordinario, los labios de la vulva duplican su volumen, todos los músculos de la región genital se llenan de sangre.»

(Un paréntesis: lo que Helen E. Fisher describe así, ¿no es el equivalente femenino de la erección masculina?... A menos que, por el contrario, la erección masculina copie la turgencia vaginal.)

Luego compara los orgasmos masculino y femenino: «Súbitamente, los tejidos distendidos protestan. Sumergidos en fluidos y sangre, la presión se vuelve demasiado fuerte y se contraen para expulsarla.

»En primer lugar, la pared del útero palpita, seguida inmediatamente por los músculos del primer tercio de la vagina, del esfínter anal, del orificio vaginal y del clítoris. Cada medio segundo una nueva contracción impulsa la sangre de la región pelviana hacia el resto del cuerpo. Esto es el orgasmo.

»El mismo esquema para el hombre. La excitación sexual comienza con pensamientos o caricias eróticas, y a continuación se produce la erección del pene. Cuando la presión sanguínea en los tejidos esponjosos de la verga se hace demasiado intensa, los músculos se contraen. Sin embargo, aquí el hombre y la mujer se separan desde el punto de vista del orgasmo, lo que significa un extraordinario viraje evolutivo. Durante el orgasmo, el hombre siente como mucho tres o cuatro contracciones mayores, seguidas de algunas otras, menos intensas, todas localizadas en la región genital. Inmediatamente después se desinteresa del sexo. La sangre abandona el pene, que queda blando, y todo se ha de recomenzar.

»Para la mujer el proceso es totalmente distinto. Normalmente, ella siente de cinco a ocho contracciones principales, luego de nueve a quince secundarias que irradian por toda la pelvis. Lejos de haber terminado, para ella el sexo apenas comienza. Al contrario del hombre, no hay desentumecimiento de los órganos genitales; si sabe cómo hacerlo, casi inmediatamente puede vivir un nuevo apogeo de placer, luego otro y todavía otro si quiere. En realidad cuanto más orgasmos tiene la mujer, más puede tener, más se intensifican...» (pp. 10-11).

Helen E. Fisher pretende que este no es el caso de las mujeres norteamericanas, que en su mayor parte ignoran su potencial sexual, pero sin embargo toda mujer es físicamente capaz de experimentar orgasmos múltiples. Simple cuestión de práctica, dice Fisher. Los orgasmos en ráfaga pueden sucederse a tanta velocidad que se funden en un orgasmo único, continuo. Ella observa que, desde el punto de vista de la procreación, el orgasmo femenino es inútil, incluso desfavorable, porque las pulsaciones del orgasmo están dirigidas hacia abajo.

En función de lo que precede, el título de este capítulo debería ser: «La mujer, genéticamente programa-dar campeona erótica de todas las categorías»... Más justo, pero demasiado largo.

Que el *sexo* obsesione a nuestra especie no es, pues, ni depravación ni lujuria, sino la marca del destino humano. Nuestra especie está destinada al erotismo, juego sutil donde el sexo, dissociado y liberado de la pulsión procreadora animal, abre a la pareja humana el acceso espiritual total a través de dos seres en el éxtasis amoroso. En el animal, la hembra se apodera del esperma para ser fecundada, nada más. Más allá del goce inmediato no busca ninguna fusión en otro plano, como, por ejemplo, el de la meditación entre dos que, en el ser humano, abre la vía a lo cósmico. Una vez que el macho ha eyaculado, la hembra animal rechaza al macho como un vulgar hueso de ciruela.

Si Helen E. Fisher describe bien lo que distingue el orgasmo masculino del femenino, por el contrario escamotea el problema nacido del hecho de que el primer orgasmo femenino es sólo un comienzo, mientras que la eyaculación termina con la erección masculina e interrumpe la experiencia: sólo el control eyaculatorio restablece el equilibrio, por lo demás benéfico para ambos.

Pero entonces, si ese control sexual masculino debe aprenderse, ¿no es artificial, antinatural? Responder que sí eliminaría todo lo que nos separa del animal, empezando por la palabra. El niño debe aprender a hablar desde la cuna; si se esperara hasta la adolescencia no hablaría nunca realmente, como por ejemplo los «niños-lobo». Igualmente, el perro que cae al agua sabe nadar

mientras que el hombre que no ha aprendido se ahoga. Pero, con el aprendizaje, el hombre se convierte en un nadador incomparable respecto del perro.

Hecho capital, raramente evocado en este contexto, es que ser *bípedos* nos obliga a *tener que*, pero también a *poder* aprender casi todo. En este sentido, ¿quién sabe por qué nuestros lejanos ancestros se levantaron sobre sus patas traseras, haciendo de nosotros los únicos verdaderos bípedos? El hecho es que, liberadas de la locomoción, nuestras patas delanteras se convirtieron en manos.

Esto permitió inventar la herramienta, luego el trabajo, y después... ¡las vacaciones! Por un lado el cerebro y la mano, su prolongación, se perfeccionan mutuamente. Por otro lado, la verticalidad favorece el incremento del volumen craneal, por tanto también el del cerebro.

Pero la posición erguida tiene consecuencias más cruciales todavía. Verticalizar el raquis exige reestructurar la pelvis y eso se paga: el pasaje se estrecha y la cabeza del bebé, demasiado grande, justifica el «darás a luz con dolor».

Mientras que los animales nacen «maduros» —la pequeña cebra, por ejemplo, trota apenas nace—, *el pasaje estrecho nos hace venir al mundo como prematuros*. ¿Handicap? Aparentemente, y al comienzo, por cierto que sí. Durante sus primeros meses, el chimpancé recién nacido es mucho más vivaz, precoz y astuto que un bebé humano, tan torpe incluso al año, a los dos. El niño aprende con dificultad a caminar; necesita varios años antes de poder desplazarse con seguridad. Recién nacido, el instinto suministra casi todo al animal, y el aprendizaje, cuando existe, tiene un papel limitado. Pero el niño, justamente porque nace prematuro, tiene un cuerpo y un cerebro de una plasticidad fantástica. Maleable, modelable a voluntad, o casi, debe —¡y puede!— aprenderlo todo, adquirirlo todo. Iguala bien pronto en inteligencia al pequeño mono. Adulto, el mono es la copia idéntica de sus ancestros de hace veinte mil años o más, pero un abismo separa al hombre moderno del de Neanderthal, al menos en cuanto al saber y las aptitudes. Es la plasticidad del prematuro lo que permite la educación, la cultura y todas las civilizaciones que el ser humano ha conocido, conoce y conocerá. Sin ella, el hombre no habría inventado el arte, no habría construido pirámides y catedrales. Así el hombre debe adquirir casi todo a partir de cero, ¡salvo la sonrisa, salvo la risa! El bebé normal ríe a carcajadas: el gato, el ternero, incluso el orangután... ¿hacen lo mismo?

De modo que, como todo el resto, *es completamente normal educar nuestra sexualidad específica*, tan distinta de la pulsión animal bruta. La intensidad sexual máxima permitida por la fisiología es *querida*, puesto que está inscrita en nuestros genes, y *legítima* siempre que sea sin drogas y artificios contra natura. Diría incluso que no alcanzarla es una frustración inconsciente pero real; ¡una «no realización» de sí mismo en un terreno capital!

Somos concebidos por el eros

El hecho de ser bípedos influye además de otra forma en nuestra sexualidad. En el cuadrúpedo el sexo está casi escondido: hay que mirar de cerca para distinguir un gato de una gata. Por el contrario, de pie, el hombre desnudo exhibe casi agresivamente su pene. La Venus de Milo muestra su sexo a pesar del prudente drapeado que le oculta la parte baja del cuerpo. En este sentido, la mujer tiene pechos cuya vocación erótica eclipsa su uso «nutritivo». ¿Una buena ubre de vaca excita al toro? En la mona, las tetas no tienen, en proporción, ni el volumen ni la curva de los pechos.

Por último, la posición de la pelvis favorece el amor frente a frente, prerrogativa humana y, parece ser, en ocasiones también del gorila y del orangután. El frente a frente, que permite intercambios mucho más personales e intensos que el coito posterior de los cuadrúpedos, está inscrito en el cuerpo femenino: la vagina tiene exactamente el ángulo requerido. El tantra lo evita al comienzo porque el reflejo eyaculatorio está demasiado asociado con la posición habitual. El descondicionamiento se facilita adoptando otra posición. Pero no hay reticencia hacia ella. Por otra

parte, las posiciones a horcajadas, así como las de Shakti cabalgando sobre Shiva, son también posiciones frente a frente.

A propósito de intercambio, es el momento de preguntarse *por qué* somos un mono desnudo, según Desmond Morris. ¿Dónde, cuándo, cómo, pero sobre todo *por qué* hemos perdido nuestra piel? ¿Y qué ventajas tiene para nuestra supervivencia? En un primer momento no vemos ninguna. Sólo comprobamos que eso no nos impide pulular por todo el planeta. ¿Pudo ser el clima tropical del África de los orígenes lo que incitó a nuestros ancestros al strip-tease piloso? Suposición plausible si no fuéramos los *únicos* en haberlo hecho. Nuestros parientes simios que viven todavía en los trópicos han conservado su pelaje. Si se tratara verdaderamente de una adaptación al clima, ¿por qué los esquimales no son peludos como los osos polares? ¿Son más peludos que nosotros? No. Por último, ¿por qué la evolución ha preservado islotes pilosos: los pelos púbicos, los cabellos, la barba, las cejas, las axilas...? ¿Por qué? ¿Dónde está la ventaja para nuestra supervivencia y nuestra evolución? Comprobamos aquí que nuestro apego a esos residuos pilosos es inversamente proporcional a su superficie; ¡El ser humano gasta miles de millones para lavar, teñir, ondular, cortar, conservar —o al menos *intentar* conservar— sus pelos reacios!

Entonces, a falta de una explicación convincente, citemos al menos una consecuencia. En el animal el contacto sexual está limitado a los órganos genitales: por otra parte, el pelaje aislante impide un contacto íntimo directo. En nosotros, toda la piel, antena cósmica de millones de receptores sensibles, se ofrece a las caricias y permite intercambios táctiles en la mayor parte del cuerpo. Imaginemos lo que sería el amor si hombres y mujeres tuviéramos piel de gorila...

Todas estas diferencias exclusivas confirman que nuestra especie, y sobre todo la mujer, está concebida para el sexo y el erotismo como ninguna otra sobre el planeta. El ser humano es fundamentalmente un ser sexual, el único capaz de dar al acto sexual otras dimensiones que la procreación pura y simple. Demos cifras. Al ritmo razonable de dos contactos por semana, en cuarenta años de vida conyugal media, obtenemos *grosso modo* 4.000 coitos. De modo que una madre de cuatro hijos, lo que no está mal en nuestra época, ha tenido 999 contactos «inútiles», procreativamente hablando, por cada contacto «útil», fecundo. Esto demuestra hasta qué punto nuestra sexualidad está disociada de su fin procreativo, única finalidad de la sexualidad animal. Y eso está programado en nuestros genes...

El tantra lo ha comprendido desde hace miles de años.

La hormona unisex del deseo

Sonreíd, machos, pues en el ser humano la hormona erótica es a) unisex, b) masculina: ¡es la testosterona! Es verdad, el hombre y la mujer fabrican ambos a la vez hormonas masculinas y femeninas, aunque «él» produzca diez veces más testosterona que «ella» y diez veces menos estrógenos. Para ella es a la inversa, pero recordemos, sólo la hormona *masculina* erotiza a la mujer.

Es significativo que la humanidad esté hormonal-mente programada para el eros. En todas las hembras animales es la hormona *femenina* —y sólo ella— la que desencadena el celo y su irreprimible pulsión coital. La prueba: inyéctese hormona femenina a una gata, e inmediatamente entrará en celo. En la mujer, por el contrario, la inyección de la hormona femenina no influye para nada en sus deseos sexuales.

En la naturaleza, la mujer es, pues, el único caso de *disociación hormonal casi total entre el eros y la procreación*: mientras que la reproducción corresponde a los ovarios, que secretan las hormonas femeninas, las glándulas *suprarrenales* son las que destilan la poca cantidad de hormona masculina necesaria para excitar el centro del deseo, en alguna parte del cerebro femenino.

Así, en la mujer, la naturaleza ha disociado genéticamente el deseo sexual y las funciones ováricas —por tanto la reproducción— y por eso, gracias a las hormonas masculinas producidas por sus glándulas suprarrenales, su potencia erótica queda intacta incluso mucho después de la

menopausia, de hecho hasta el fin de su vida.

Pero si la testosterona es la hormona unisex del deseo, ¿en qué se diferencia el hombre de la mujer? Sólo en la cantidad.

Hace falta diez veces menos hormona masculina para estimular el deseo en una mujer que en un hombre, en el cual los testículos son los principales proveedores. Por eso también la ducha escrotal matinal que aconsejo en mi libro *Perfecciono mi yoga*⁵ p. 58, mantiene la juventud de las glándulas genitales masculinas, y más de una vez ha despertado una sexualidad debilitada, para gran placer de la pareja.

El caso siguiente, relatado por el doctor J. Silber, ilustra bien la función de la hormona masculina en la sensualidad femenina y la disociación hormonal del eros y la procreación. Se trata de una pareja que quería a todo precio un segundo hijo, deseo por lo demás digno de alabanza. Durante la consulta, la mujer le dijo que había consultado ya a otro médico para que le levantara el tono, pues se sentía fatigada, y que él le había prescrito una dosis enorme de testosterona. Su semifrigidez se convirtió de golpe en insaciabilidad, y la fatiga cambió de campo: el marido, que seguramente no practicaba el tantra, estaba agotado. Pero de bebés nada. La testosterona había exacerbado el eros de la mujer, pero al mismo tiempo había inhibido la producción hormonal ovárica.

Siempre a propósito de la hormona unisex del deseo, si la inyección de hormona masculina sobreexcita la sexualidad femenina, lo contrario no es verdad: en el hombre la hormona femenina produce el efecto opuesto. Su inyección en un maníaco sexual inhibe la producción de testosterona, lo cual hace que pierda todo interés por el sexo, que en su mente haya una ausencia total de imágenes eróticas.

Para cerrar este capítulo, evoco una esperanza (decepcionada) y una pregunta: ¿es posible, como se ha esperado, si no curar, al menos ayudar a los impotentes prescribiéndoles hormona masculina para reanimar sus deseos desaparecidos? Es una falsa esperanza porque, incluso en el impotente, o en un hombre de mucha edad, salvo rarísimas excepciones, la tasa de testosterona es normal. Las causas de su impotencia están pues, en otra parte.

Esto no impide que grandes embaucadores, con hábiles publicidades dirigidas a los médicos, propongan preparados a base de testosterona. Ofrecen la hormona en forma de píldoras que dejan pingües beneficios y se cuidan bien de sugerir la testosterona inyectable, que deja pocas ganancias. Ahora bien, tomar la hormona por vía bucal es una herejía, pues es destruida por los jugos gástricos.

Además, como la testosterona es muy tóxica para el hígado, estos «fabricantes de píldoras» toman la precaución de incluir una dosis tan pequeña de hormona que el medicamento es tan ineficaz como inofensivo. ¡Y cuando funciona, es por el efecto placebo, imagen mental!

El (la) homosexual frente al tantra

Durante los casi treinta años de gestación de este libro, no he permanecido en silencio y he tenido la ocasión de hablar del tantra ante públicos muy variados. Y cada vez me han sorprendido diversas reacciones.

En primer lugar, al denunciar los males de una civilización machista y alabar valores femeninos, esperaba ser tachado de tráfuga por los hombres. En absoluto: cuando hay resistencia, proviene más bien de determinadas mujeres que tienen miedo de cambiar. Con frecuencia están a gusto en su confortable papel de mujer objeto o de esposa sometida...

Por otra parte, esperaba una reprobación de la Iglesia, sobre todo respecto de las prácticas sexuales tántricas. También en esto me equivocaba, y más de un sacerdote, después de haberme escuchado, vino a manifestarme su aprobación, aunque teñida de alguna reticencia.

⁵ Obra publicada por Ediciones Urano.

¡La tercera sorpresa fueron las preguntas! En efecto, contra todo lo esperado, una cuestión preocupa a muchos oyentes: ¿Qué piensa el tantra de la homosexualidad? ¿Es la epidemia gay lo que despierta este interrogante? He pensado, pues, que los lectores también se la plantearían. Ahora bien, la respuesta, no sólo no presenta ninguna dificultad, sino que se aplica también a muchos otros campos.

En primer lugar hay que invertir la pregunta: en lugar de pensar en la posición del tantra ante los homosexuales, hay que preguntarse más bien si los homosexuales pueden aceptar el tantra. Aquí hay que recordar que el tantra es amoral, arreligioso, ateo, apolítico, etc. Ese prefijo «a» que indica privación o negación, confirma que el tantra no aporta ni impone ninguna moral particular, que no es una religión ni una teología, etc. Uno no se «convierte» al tantris-mo, ni se compromete a nada. El tantra no juzga nada ni a nadie.

Así, por no rechazar nada, corresponde a cada adepto definir él mismo *su* moral en función de *su* religión, etc. Además, no siendo felizmente el tantra una estructura organizada, y dada la ausencia de autoridad dogmática o centralizada, nadie está habilitado para hablar en su nombre, ni siquiera un gurú, que sólo puede representar alguna *corriente* tántrica y no *el* tantra.

Pero, antes de responder a esta pregunta, me gustaría precisar que es importante que el heterosexual, comprenda al homosexual. Para ello hay que evocar los factores que hacen que alguien sea homosexual y distinguir la homosexualidad femenina de la masculina, pues la primera es con frecuencia más aceptada (o menos reprobada) que la segunda.

Primera comprobación: el bebé tiene una relación sexual con su madre, por tanto «homosensual» si se trata de una niña, mientras que para el bebé varón evidentemente no es así. Esta relación sensual (no digo «sexual») es muy importante, y muchas cosas se deciden inmediatamente después del nacimiento.

El recién nacido es un pequeño animal — esto no es peyorativo— fuera del tiempo; todavía no es de nuestro siglo. Salido del vientre de su madre, forma todavía parte de ella y, bruscamente proyectado a un mundo desconocido, por tanto potencialmente hostil, tiene necesidad del calor del contacto directo piel a piel con el cuerpo desnudo de mamá: lo necesita como un bebé de la prehistoria.

¡Cuando escribo «necesidad» pienso en «necesidad»! Es decir, una necesidad tan vital como el alimento. Además de tocarlo, debe descubrir el cuerpo de su madre: por tanto se trata de una relación sensorial y sensual. Con frecuencia, por no decir siempre, en nuestro mundo moderno «empaquetan» al bebé en telas llamadas vestimentas, y a quien toca el bebé es a una mamá igualmente «empaquetada»: primera frustración.

A continuación, en lugar de pasar mucho tiempo desnudo contra otro cuerpo desnudo, pasa muchas horas separado de su madre. Para él es un desgarró. En su cuna, oye su voz, que reconoce por haberla escuchado cuando todavía se encontraba en su seno; eso lo tranquiliza, pero no reemplaza ese contacto carnal. No está tan lejos el tiempo en que en las maternidades se separaba a los bebés de sus madres para hacerlos unirse, en otra habitación, al coro de otros recién nacidos que lloraban. Los bebés debían sentirse casi abandonados por su madre, y esa situación, incomprensible para ellos, debía traumatizarlos, estoy seguro, con consecuencias imprevisibles e insospechadas hasta la edad adulta. En el caso de un varoncito, eso puede llevarlo más tarde a una relación difícil con las mujeres y hacerlo dirigirse hacia su propio sexo.

Independientemente de eso, existe, como causa de la homosexualidad no fundamental, la segregación sexual. Es bien sabido que en los pensionados, en los cuarteles, en los barcos, en las prisiones, la ausencia de pareja heterosexual provoca una homosexualidad «de circunstancia», que desaparece con frecuencia una vez que son accesibles las parejas heterosexuales, pero que, a veces, es definitiva.

Otra causa de homosexualidad no fundamental es la inadecuación de las parejas heterosexuales.

Un ejemplo. Conocí el caso de una viuda joven y bonita que se había vuelto homosexual. Un día le pregunté por qué ella, que era madre de dos niños, se había pasado «al otro lado de la barrera». Simplemente me dijo: «Ya no tengo ganas de tener en la casa un hombre que fume, que tosa, que ronque y se masturbe en mi vagina de prisa los domingos a las ocho y cuarto de la mañana». Le hice notar que, si bien cualquier hombre puede roncar un poco, no todos fuman, ni tosen todo el tiempo. «Además —añadí—, siempre se puede tener un amigo en vez de un marido». Su respuesta: «Cuando mi amiga me visita, es menos notoria que un hombre, hay menos comentarios en el barrio y no corro el peligro de quedar encinta».

Es bien sabido que, en las cartas de mujeres, lo importante se encuentra con frecuencia en la posdata. De modo que al final me dio sin duda la verdadera razón: «¡Además, vosotros los hombres no sabéis hacerlo! Termináis antes de empezar y no os preocupáis más que de vuestro goce, no sabéis acariciar. Y un bonito cuerpo de mujer es indudablemente algo más hermoso que un hombre barrigudo, peludo, mal afeitado y a veces mal lavado...» ¡Qué podía yo responder a eso, sino con el tantra, que todavía no conocía!

Con frecuencia esas amistades femeninas colocadas bajo el signo de Lesbos desembocan en un afecto muy profundo y duradero. Me han citado el caso de dos mujeres que viven en pareja desde hace treinta años y que se prodigan un afecto y una felicidad que muchas parejas heterosexuales envidiarían.

No trato de hacer el panegírico de la homosexualidad, masculina o femenina, sino que quiero mostrar que puede provenir del hecho de haber tenido parejas heterosexuales «inadecuadas». Una mujer puede encontrar en su propio sexo *lo* que buscó en vano en el sexo opuesto. Esta inadecuación es debido a la ignorancia, producto de la ausencia de educación sexual que caracteriza a las sociedades machistas en general, al contrario de las matriarcales.

En el varón es un poco diferente, pues en él la homosexualidad es más «fundamental» con mayor frecuencia que en la mujer: hablaré de esto más adelante. Además de la homosexualidad masculina de origen circunstancial (prisioneros, marinos, etc.), la inadecuación existe también, pero es diferente.

Es así como Italia conoce una ola de homosexualidad masculina debida también a la civilización machista, que ha inculcado a los jóvenes, por tanto a los hombres, la imagen de la mujer objeto, mujer presa de caza, mujer sometida. Ahora bien, la italiana moderna corresponde cada vez menos a ese cliché, lo cual desorienta al hombre, que no comprende, que no sabe cómo comportarse, mientras que con otro hombre no hay misterio y sabe exactamente qué hacer.

Por último hay que hablar de la homosexualidad fundamental. Sabemos que el sexo de base es femenino y que el varón es una adaptación necesaria para la difusión horizontal de los genes. Pero sucede —infinitivamente más a menudo en el hombre que en la mujer— que un alma femenina se equivoca de cuerpo. Si algunos se limitan a vestirse como mujeres, a veces a tomarse por ellas, los transexuales van hasta el fin y aceptan tratamientos largos, penosos, ruinosos, hasta que su alma de mujer habite en un cuerpo correspondiente.

Otro caso, más específico del varón. En todo hombre duerme oculta una nostalgia latente inconfesada respecto de su estado de mujer, y por eso varones heterosexuales aceptan ocasionalmente «ser penetrados», lo cual puede desembocar en una bisexualidad.

¿Y dónde está el tantra en todo esto? Una pareja homosexual masculina es de hecho una pareja heterosexual que se ignora. Mientras que uno penetra, el otro interpreta el papel de la mujer. ¡Shiva, Shakti! Si experimentan el carácter sagrado de la pulsión sexual y la divinidad del compañero, esa relación puede ser tántrica. No juzgo: el tantra, lo hemos dicho, no aporta ninguna moral. Para las mujeres es un poco diferente, aunque con frecuencia una de ellas tiene un comportamiento más varonil, pero la mujer puede percibir muy bien a la «Diosa» en otra mujer, especialmente en su amiga.

En cuanto al tantra, en las escrituras y en los *pujas* sólo se habla de relaciones Shiva-Shakti, por tanto heterosexuales, lo que no quiere decir que la homosexualidad sea desconocida en la India, sino que, por lo que conozco, sólo atañe a los no tántricos.

Por último, siendo el tantra otra mirada sobre el mundo, no está limitado al sexo. No siendo una religión, ignora el «todo o nada». Uno no puede convertirse a una religión y no aceptar sino los dogmas que sirvan a sus conveniencias personales. ¡En el tantra cada uno se define en función de lo que es, aquí y ahora, sea homosexual o heterosexual!

Antes de concluir, hay que citar a los *gays* de los Ángeles y de San Francisco, que han sido los primeros blancos del sida, con frecuencia a causa de una sexualidad desenfadada: algunos sodomizaban o se dejaban sodomizar anualmente por cientos de compañeros diferentes en establecimientos «especializados». Incluso con mucha comprensión, es difícil ver ahí algo sagrado. Sin embargo, los testimonios de solidaridad y de calor humano que esa plaga ha despertado en la comunidad *gay*, son ejemplares y raramente alcanzados por los no *gays*. También hay que decirlo.

*Yoni sea quien piense macho*⁶

Tanto peor para nuestro orgullo masculino: debemos admitir, señores, que el varón es un accesorio, creado por razones prácticas, accesorio que la naturaleza, en muchos casos, deja de lado alegremente: sólo la hembra es verdaderamente indispensable para la supervivencia de los organismos pluricelulares.

En realidad el problema de la reproducción se planteó cuando, hace miles de millones de años, la vida «inventó» los organismos pluricelulares, lo que permitió la eclosión de una infinidad de especies. La partenogénesis hubiera sido la solución más simple, lógica y eficaz. Para el *Creced y multiplicaos* bíblico, una especie «partenogenética» tiene un potencial reproductor doble, pues cada hembra procrea ella sola tanto como una pareja. Ahora bien, hubiera sido fácil para la vida reproducirse sin el varón (el *molly*, pez de América Central, no más grueso que un dedo, debería llamarse *la molly*, pues la especie sólo tiene hembras, y cada hija es la copia idéntica de su madre).

V. Dröscher escribe: «En la historia de la evolución el macho es una invención bastante tardía. El ser que alumbró es, y será siempre, la hembra. Sin hembra no hay descendencia. Se puede perfectamente renunciar al macho... Con el macho se han aportado algunos perfeccionamientos al proceso de reproducción, al precio sin embargo de numerosos problemas... No es Adán el que precedió a Eva, y ésta de ningún modo fue creada de una de sus costillas, como dice la representación alegórica de la Biblia; lo que pasó fue lo contrario».

Biológicamente, la partenogénesis sería concebible incluso en el ser humano: bastaría con que el óvulo contuviera todo el capital genético en lugar de la mitad.

Por el contrario, en la ausencia de partenogénesis, el óvulo *debe* esperar a los gametos masculinos; de ahí el problema de su traslado, problema al que la naturaleza ha hallado una solución de innegables encantos...

¡En realidad actualmente se podría realizar una partenogénesis artificial! Si no me equivoco, Jean Rostand, estimulando huevos de rana con una gotita de ácido, obtuvo jóvenes ranitas sin padre perfectamente constituidas. Técnicamente se podría extraer un óvulo humano del útero, estimularlo, fecundarlo sin espermatozoide y luego reimplantarlo en el útero: mamá daría a luz a un bebé probeta sin padre... La naturaleza, pródiga en invenciones, hubiera podido ahorrarse la invención del macho.

Entonces, ¿por qué lo hizo? Para saberlo veamos lo que pasaría en la hipótesis unisex partenogenética. Cada mujer engendraría verticalmente descendientes rigurosamente idénticos a su

⁶ Juego de palabras imposible de traducir: **Yoni soit qui mâle y pense**, juega con la famosa divisa de la Orden de la Jarretera: «*Honni soit qui mal y pense*» («mal haya quien mal piense»). (N. de la T.)

madre, que evolucionarían cada uno por su lado, separadamente, paralelamente, sin ninguna posibilidad de intercambios genéticos entre sí. Si una de esas descendientes se beneficiara, en un momento dado, de una mutación favorable, le sería imposible transmitir la información benéfica a las otras.

Por el contrario, inventamos el macho y todo cambia. Por ejemplo, en los monos polígamos, cuando un macho fecunda a varias hembras, el resultado es una mezcla y una rápida difusión horizontal de los genes. La monogamia haría más lento el proceso, pero el resultado sería el mismo. Pero si los machos sólo fecundaran a sus madres o a sus hermanas, el linaje se cerraría sobre sí mismo; por eso las reglas del juego sexual previenen contra las relaciones demasiado cercanas: el tabú del incesto impide el tabicamiento de la especie en linajes verticales aislados, lo que tendría los mismos inconvenientes que la partenogénesis.

Si se produce en un macho una mutación favorable, la inyectará en varias hembras y pronto se beneficiará de ello toda la especie. Si la mutación favorable se produce en una hembra, tampoco hay problema: los descendientes machos se encargarán de diseminarla, sin hacerse rogar.

Para garantizar la difusión «horizontal» de los genes, la naturaleza ha provisto al varón de un potencial genético miles de veces superior al de la mujer, que en el caso más favorable sólo puede engendrar un hijo por año, mientras que el hombre podría fecundar ¡cien, doscientas, trescientas mujeres por año! Y más todavía con la inseminación artificial: en teoría, dado que en una eyaculación hay hasta quinientos millones de espermatozoides, un solo varón podría inseminar, por medio de un banco de esperma, a todas las indias fecundables durante al menos un año.

Por lo demás la naturaleza ha perfeccionado la transferencia de genes benéficos: en los elefantes de mar, el macho más fuerte fecunda él solo todas las hembras de su harén. Si se acerca un rival, se produce el combate por el territorio y por las hembras. De modo que pocos machos procrean. ¿Cruel? Sí, si se lo traslada al plano humano, donde es impensable excluir a un hombre de la paternidad por el mero derecho de la fuerza, pero para los elefantes marinos como especie es favorable, pues en cada generación cada hembra es fecundada por el macho más fuerte.

Esto me hace pensar: ¿el derecho de pernada, que autorizaba al señor a pasar la noche de bodas con cada recién casada de su feudo, no sería una aplicación limitada de este principio? El señor, considerado biológicamente superior, «enriquecía» así el capital genético del futuro niño por la gracia del esperma señorial. Tal vez ésta es la explicación de los privilegios del hijo mayor, que era el único que podía ser un bastardo del señor, cuyos «genes señoriales» se transmitirían así poco a poco a los «inferiores», los siervos. En la hipótesis de una verdadera superioridad biológica, poco a poco el nivel del pueblo se hubiera efectivamente elevado. ¡Visto desde este ángulo el derecho de pernada raya con la filantropía! Por el contrario, se negaba la reciprocidad a la dama del señor a fin de editar que el esperma «inferior» de un labrador, de un villano, «contaminara» el linaje del señor.

Así la mujer es la forma de vida originaria, y el hombre arcaico, adorando a la diosa-madre, haciendo del culto de la Mujer su primera religión, respetaba las leyes biológicas.

¿Es usted seXY o seXX?

La genética moderna confirma la intuición tántrica: el macho es, en realidad, una hembra modificada para permitir diseminar los genes, y por eso el hombre tiene, profundamente en su interior, una femineidad latente.

Así, la mujer, desde el punto de vista de los cromosomas, es *seXX*, y el hombre es *seXY*. En efecto, además de los 44 cromosomas portadores de su capital genético completo, el hombre tiene un cromosoma *X* y un cromosoma *Y*, mientras que la mujer tiene dos *X*. Ahora bien, son los cromosomas *X* o *Y* los que deciden el sexo.

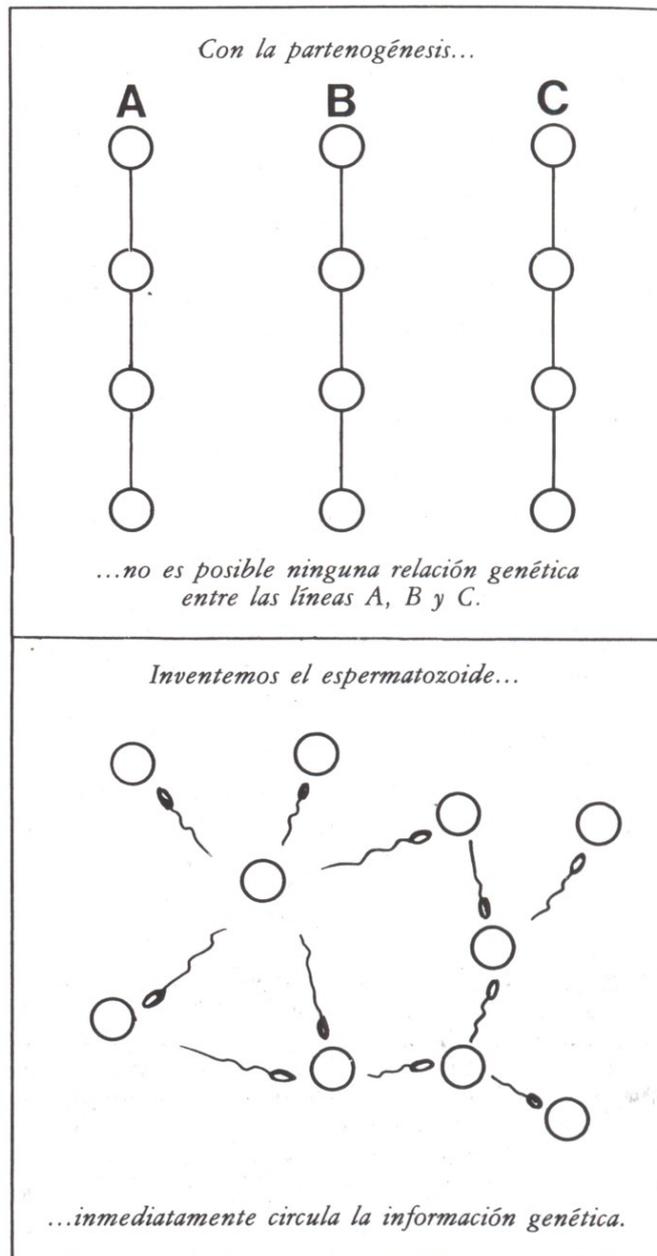
Todo esto parece confirmar la tesis bíblica de la fabricación de Eva a partir de Adán, lo que da la preeminencia al varón: aparentemente, los espermatozoides son lo que determina el sexo del

embrión. En efecto, mientras que el óvulo es siempre X , el espermatozoide es X o Y . El cromosoma X de papá más el X de mamá da una niña. Pero si el cromosoma Y de papá se añade al X de mamá eso da XY , un niño. De ahí aparentemente la dominación del espermatozoide: desde que es absorbido por el óvulo el sexo del bebé está fijado, aunque durante las seis primeras semanas permanece latente.

Pasadas esas seis semanas, la gónada indiferenciada se convierte en testículos o en ovarios y da el aparato genital femenino (útero, vagina, etc.). Por tanto, prioridad para el padre.

¿Pero es así? ¡No es seguro! Al contrario incluso, pues esta versión la contradicen los descubrimientos del profesor Alfred Jost, del Colegio de Francia, y del doctor Stephen S. Wachtel, biólogo de Nueva York.

Han observado que si a una coneja grávida se le saca la gónada del embrión antes de que se haya manifestado el sexo potencial, *todos* los embriones, sean XX o XY , serán *siempre* hembras. Por el contrario, si se sacan los testículos de un embrión macho, *jamás* producirá un macho. Ésta es la prueba de que el sexo primordial, animal o humano, es femenino, y que el macho también está construido sobre este «plano de base». Estos descubrimientos recientes han sido confirmados en otras especies de animales. Castrar, antes de la diferenciación, a un embrión XX (hembra potencial) no le impide convertirse en hembra, mientras que un embrión XY (macho potencial) castrado antes de la diferenciación *siempre* virará hacia la forma hembra. Resumen: privado de gónada embrionaria, un embrión hembra potencial siempre será hembra, mientras que un macho potencial se convertirá en hembra. Todavía más breve: un embrión castrado *se* convierte *siempre* en hembra.



Estos esquemas muestran la situación de una especie antes de la «invención» del macho. Consecuencias:

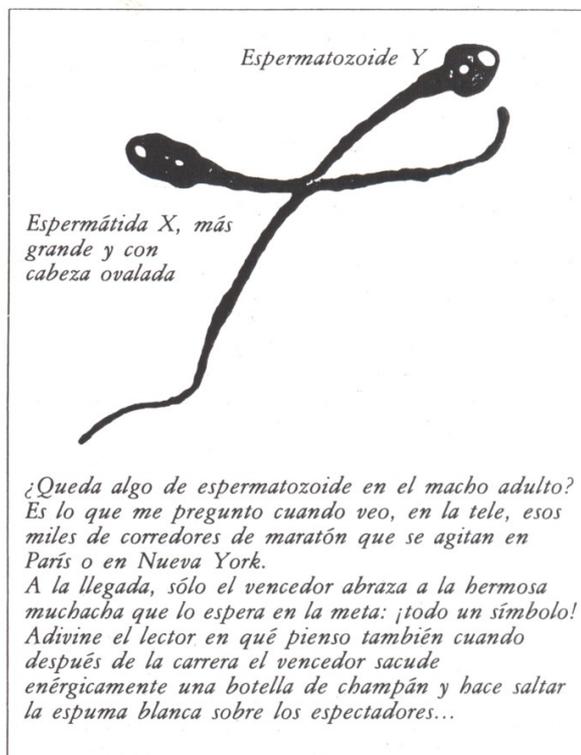
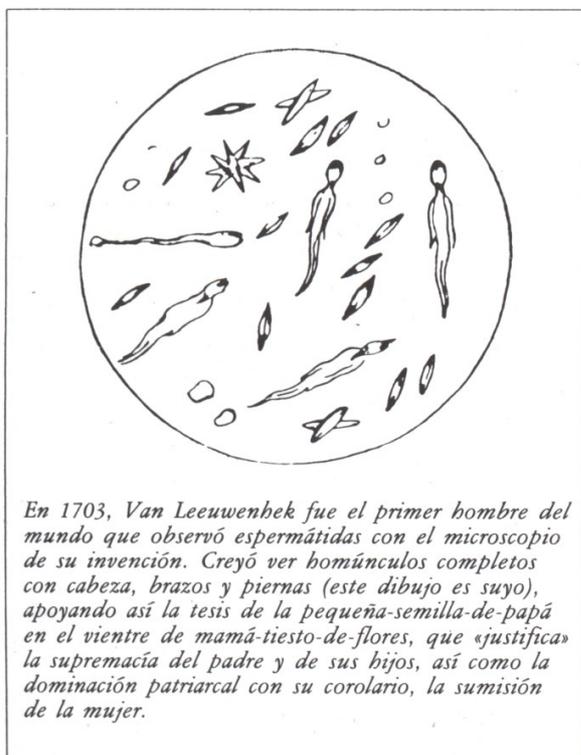
1. Sólo está compuesta por hembras.
2. Las hijas son todas rigurosamente idénticas a su madre, la descendencia es estereotipada
3. La especie está formada por líneas de descendencia aisladas, sin intercambio genético posible.
4. En consecuencia, una mutación favorable acaecida en una hembra sólo se trasmite a sus hijas, y no a las otras líneas de descendencia.

¡«Inventemos» al macho!

¡La vida inventa al macho! En lugar de poner huevos completos (u óvulos, si se prefiere) se divide el capital genético en dos. Para inyectar los genes del semihuevo macho, es decir, el espermatozoide, la vida inventa el pene. Examinemos esta nueva situación:

1. La especie inyecta en las hembras y los machos el deseo de unirse, de ahí la sexualidad.
2. Los genes se intercambian entre las líneas de descendencia, que desde ahora estarán genéticamente relacionadas.
3. Una mutación favorable para la supervivencia de la especie se difunde pronto a toda la especie, pues cada macho puede fecundar a varias hembras.
4. Cerrojo para evitar el retorno de las líneas de descendencia sobre sí -mismas, el tabú del incesto; los machos difunden sus genes a distancia, o al menos no demasiado cerca de su cepa de origen.
5. La mezcla genética produce individuos muy diferenciados y ya no estereotipados.
6. Si una mutación resulta desfavorable, la selección natural eliminará a sus portadores, con frecuencia incluso antes de su madurez sexual.

Conclusión: el macho es un invento utilitario muy benéfico, pero el plano de base de las especies es y sigue siendo «hembra». El macho es una hembra modificada. Algunos hombres, los transexuales, tienen la nostalgia del estado «hembra», pero la situación inversa es rarísima.



Mantra, la magia de la encantación

Aunque su nombre no lo indica, Erwin Verrier es inglés de pura sangre. Partió a la conquista de la India como pastor anglicano; pero fue conquistado por ella! No por la India brahmánica, sino por la de las tribus aborígenes, dravídicas y otras, olvidadas en la jungla. Conquistado hasta el punto de vivir treinta años entre *esos* «aborígenes primitivos», colgar los hábitos y casarse con Lila, la hermosa drávida «dulce como un rayo de luna» que le dio la felicidad y dos hijos. Este nombre, que conocía sin duda esas tribus mejor que ningún indio y ningún inglés, cuenta en su libro fascinante *Une vie tribale* que un día, viajando en un coche descubierto con su viejo amigo Baiga, en un camino en medio del bosque, de golpe se toparon con un tigre colosal. Erwin Verrier confiesa que tuvo mucho miedo, como es comprensible. «Sin embargo —escribe—, el viejo Baiga, sentado a mi

lado, permaneció imperturbable; murmuraba fórmulas mágicas, y dos minutos más tarde el tigre regresó tranquilamente a la jungla».

Este relato de un «testigo digno de fe» ilustra al menos la fe total de los indios en la potencia de las «fórmulas mágicas» o *mantras*, para llamarlas por su nombre. Seguramente que se podría explicar este resultado diciendo que no actuaron los mantras, sino que la confianza absoluta en su eficacia permitió al viejo Baiga permanecer tan sereno y libre de miedo que el tigre lo sintió: no se engaña ni a los bebés ni a los animales, sobre todo a los salvajes. De este modo, sería la ausencia de temor y de agresividad lo que habría inhibido el reflejo de ataque del tigre. Esta es una explicación racional que podría ser verdadera en parte, pues, de hecho, los animales «sienten» *si* uno tiene miedo o no (¡el canguelo tiene, parece, olor!) y esto influye en su comportamiento.

Sin embargo, el otro hecho es que los animales son muy receptivos a los sonidos. Así, en presencia de una francesa, cuyo nombre he olvidado, y desde el primer encuentro, los perros más feroces, que destrozarían al primer intruso, se vuelven inofensivos perritos que se tienden a sus pies y le lamen la mano. Su secreto: ella sabe hablarles, *sabe* qué sonidos los vuelven agresivos y cuáles los calman: es decir que conoce los *mantras* caninos. Los mantras son sonidos absolutos, desprovistos por lo tanto de significación convencional, que actúan por su cualidad vibratoria sobre el cuerpo y la mente. Los tántricos han impulsado esta ciencia de los sonidos, pues es una ciencia, hasta un nivel que no nos imaginamos.

Escribir un libro sobre el tantra sin hablar de los mantras sería como describir nuestra civilización sin mencionar la electricidad. Sin embargo, confieso cierto embarazo. Por una parte, no sólo debo hablar al lector de esto sino también indicarle cómo practicarlo. Un simple bla-bla-bla no tendría ningún valor. Ahora bien, la tradición tántrica unánimemente insiste en el hecho de que el mantra debe ser viviente, es decir, transmitido de boca en boca, pues su pronunciación debe ser rigurosamente correcta, so pena de ineficacia, o peor aún, de peligros. Es imposible, por lo tanto, transmitir esta ciencia en su totalidad —una biblioteca no bastaría—, pero sé que es posible dar al lector las indicaciones fonéticas precisas que le permitan, después de algunos tanteos, emitir correctamente un número suficiente de mantras eficaces y beneficios.

Antes de entrar en el universo mágico del mantra, leamos al célebre indianista Max Muller, en *Six Systems of Indian Philosophy*: «Hay que guardarse bien de rechazar por insensato algo que uno no comprende de entrada. Más de una práctica que me parecía carente de sentido, incluso absurda, demostró luego encerrar una sabiduría mucho más profunda de lo que yo jamás hubiera supuesto».

Por su parte, Sir John Woodroffe, alias Arthur Avalon, escribe en *La puissance du serpent*: «Ningún otro tema de las *Shastras* (escrituras indias) es menos comprendido que la ciencia del mantra. Fundada o no, no es de ningún modo el absurdo que algunos piensan que es [...]. El hecho de que el pensamiento sea una energía creadora es cada vez más ampliamente admitido en Occidente. En la India, esta doctrina es muy antigua y es la base de las prácticas del tantra, algunas de las cuales se mantienen en secreto para evitar su empleo abusivo. Lo que es incomprendido en Occidente es el aspecto particular que adquiere la ciencia del pensamiento-fuerza en el *Mantravidya*...

«Nada es necesariamente santo o sagrado en un mantra, cuya potencia (*manirashakti*) se presta indiferentemente a cualquier uso».

Así, desde hace milenios, el tantra conoce y utiliza los poderes curativos y revitalizantes para el cuerpo y el espíritu del *prānavā* (el *ōm*) y de las seis sílabas-gérmenes (*bīja manirās*) *bram*, *hrim*, *hrum*, *hram*, *hraum*, *hrah*, cada una de las cuales actúa sobre una parte del cuerpo o sobre un órgano preciso.

Pero como al occidental le gusta saber el «porqué» y el «cómo» de todo, la historia de Leser-Lasario, que estudió durante treinta años la acción de los sonidos sobre la mente y el cuerpo, merece ser narrada. Nacido en Viena, su salud fue muy delicada desde su más tierna edad. Era estudioso en exceso, y sus padres, para quienes eso era una virtud, pusieron a su disposición una gran cantidad de

libros, lo que terminó de arruinar su salud.

A los dieciocho años sus males empeoraron. Sufría, entre otras cosas, de reumatismo articular agudo y los médicos consideraban que su caso era desesperado. Pensó que ya no tenía nada que hacer, hasta que descubrió las virtudes del sonido regenerador y del soplo vital.

Nos cuenta: «Un día, nuestro vecino trajo a su bebé a nuestra casa para que mis padres lo cuidaran por unas horas. La presencia de un niño con buena salud me hizo olvidar por algún tiempo mis propios sufrimientos. Acostado de espaldas, el bebé miraba el techo balbuceando *lah...lah...lah...* Le pedí a la sirvienta que lo desvistiera y lo pusiera en mi lecho, cerca de mí, y ella lo hizo. Levantándome con dificultad, mis ojos hambrientos contemplaron con avidez el hermoso cuerpecito, como una criatura divina perfecta, y lo comparaba con el mío, feo, enfermo, que me causaba tanto desagrado.

»El bebé, después de haberme mirado un instante, retomó su muy seria ocupación y continuó cantando sus *lah...lah...lah...* Era delicioso; yo retenía mi aliento para escucharlo mejor. Observé entonces que cada *lah* hacía vibrar mis tres costillas superiores. Intrigado, hice la prueba yo mismo con el mismo resultado. ¡Era apasionante! Hice lo mismo con el *poh...poh...poh...* y cada vez sentía la vibración más abajo en el abdomen.»

Para Leser-Lasario varias cosas eran evidentes. Primero, cada sonido revelaba una disposición de ánimo, cierta actitud mental, y el niño era visiblemente feliz. Segundo, el efecto vibratorio era muy acentuado. Tercero, el bebé repetía *lah...lah...lah...* sin retomar aliento, hasta que sus pulmones estaban totalmente vacíos. Y cuarto, después de una gran inspiración, retenía su respiración con los pulmones llenos contrayendo de manera regular y prolongada sus músculos abdominales, con una breve retirada del diafragma hacia arriba, antes de retomar sus *lah...*

El joven Leser-Lasario imitó al niño: acostado de espaldas como el bebé, confiando en la naturaleza, se puso a vocalizar durante horas sonidos monótonos. «Al comienzo, no aguantaba mucho tiempo, tenía vértigos, pero poco a poco lo logré. Intentaba siempre hacer corresponder la actitud mental con el sonido emitido. El *iii* era luminoso y alegre, el *ooo* más grave y oscuro, sin ser triste.» Después de algunas semanas, todas sus funciones se armonizaron poco a poco y su reumatismo cedió. Los sonidos producían invariablemente efectos bien definidos, netos y localizados. Los *iii* liberaban mucho moco de la garganta y de los bronquios.

Leser-Lasario se preguntaba si era la respiración, combinada con la vibración, o la modificación del clima emocional interior lo que regularizaba la situación. Si al principio se interrogaba, treinta años más tarde, después de haberse curado completamente él mismo, así como a miles de otros, estaba convencido de que combinando la respiración y los sonidos se podía enviar a voluntad la sangre —los tántricos añadirían la energía vital— a cualquier parte del cuerpo. Sabía también que las vibraciones sonoras actúan sobre el sistema simpático y sobre las glándulas endocrinas. Leser-Lasario, coincidiendo sin saberlo con el tantra, decía: «Sería audaz quien osara fijar límites al poder de los sonidos y a su utilización».

También su método de emisión coincide con el tantra: «Primero hay que imaginar la vocal, imaginarla emocionalmente, luego cantarla. Cada una tiene su propio campo de acción:

»la I vibra hacia lo alto, hacia la laringe, la nariz y la cabeza, y disipa las migrañas;

»la E actúa sobre la garganta, las cuerdas vocales, la laringe, la tiroides (Leser-Lasario pretende haber curado así numerosos bocios);

»la A actúa sobre el esófago, las tres costillas superiores y los lóbulos pulmonares superiores (combate la tuberculosis);

»la O actúa sobre el centro del tórax y el diafragma (nutre y tonifica el corazón);

»la U actúa sobre todas las vísceras abdominales, el estómago, el hígado, el intestino y las gónadas».

Leser-Lasario utilizó así sonidos y combinaciones de sonidos, que adaptó a las necesidades de cada uno. Su método, muy simple, se corresponde punto por punto con el tantra: «Tened una actitud ferviente y recogida. Concentraos en la emoción que despierta la vocal elegida. Luego, sin cambiar ese estado de ánimo, inspirad por la nariz y retened sin esforzaros vuestra respiración concentrándoos en la vocal a emitir. El tiempo de retención importa poco, aunque se alarga con la práctica».

Luego se emite el sonido cantándolo y concentrándose en el lugar donde se sitúa la vibración, vaciando los pulmones tan lentamente y tan a fondo como sea posible, pero sin esfuerzo exagerado.

Ese masaje vibratorio pone en circulación toxinas acumuladas en los tejidos que a continuación son eliminadas, mientras que el flujo de sangre bien oxigenada alimenta y vitaliza las células.

En cuanto al libro de Leser-Lasario, no lo busque el lector en las librerías: a pesar de mis búsquedas, no he podido conseguirlo y no dispongo más que de lo que precede. Parece que sus herederos se oponen a toda reedición de ese libro: ¡Vaya uno a saber por qué! Sin embargo Leser-Lasario sólo descubrió el aspecto exterior del mantra, es decir, la emisión en voz alta, considerada por los tántricos importante, ciertamente, pero sólo como una primera etapa.

En el comienzo era... el sonido primordial

«Antes» había «*iodo*» y «*nada*» a la vez... Y ese «*Todo*» era la energía cósmica en reposo, en equilibrio.

«*Nada*» tampoco era el vacío, era el estado no manifestado, sin espacio ni tiempo.

Luego, sin que nadie, salvo el Eterno, sepa por qué, en el *akāsha*, en el «éter dinámico», explotó la vibración de los orígenes. «En el principio era...»: el Verbo (la Palabra), para San Juan, el big-bang para el físico, el *damaru*, el tambor de Shiva, para el tántrico. Y, al mismo tiempo que producía el espacio-tiempo caro a Einstein, el sonido original —cuyo eco vibrará en el universo hasta la disolución final, el *mahapralāya*— se diversificó en una cascada infinita de seres y de formas.

Pues, como la materia es energía y viceversa, todas las cosas, sea una galaxia o un grano de arena, son un campo de fuerzas en perpetuo estado vibratorio.

Para el tantra, «en el principio...» era la energía in-diferenciada, Shakti, el *ōm* que representa la energía cósmica en el estado puro, el sonido primordial que suscita las galaxias. *Ōm* es la sílaba mística gracias a la cual el hombre puede entrar en contacto intuitivo con la realidad última, con la raíz misma del Universo. *Ōm* es la sílaba-germen del Universo, la *bija*, de la que derivan todos los otros sonidos. En la India hay una unanimidad respecto del *ōm*: para el Vaishnavita, *ōm* es Vishnu; para el Vedanta es el Atman, y el brahmán lo incluye en todo ritual o sacrificio védico. Para el tántrico, Shakta es el principio femenino que, unido dinámicamente al principio masculino, engendra el universo. *Ōm* vibra en todos los *ashrams*, en todos los templos, en todos los hogares indios de todas las clases, de todas las castas.

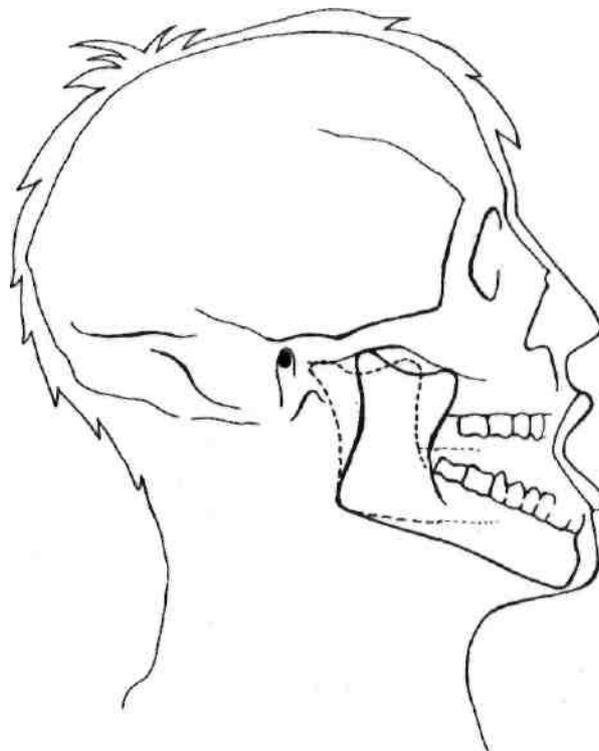
Pero detrás de esta universalidad se oculta una profunda diferencia en la emisión misma del sonido. Pues hay *om* y *ōm*... El *ōm* del sistema brahmánico, propagado por los swamis y los gurús no tántricos, tanto en la India como en Occidente, es el «*om-pezu-rojo*». En efecto, si pronuncio *ōm-ōm-ōm* sucesivamente en una sola espiración, abro la boca en cada *ōō* y la cierro en cada *mmm*, ¡como el pez rojo en su pecera!

Nada semejante ocurre con el *ōm* tántrico oculto: ya sea emitido solo, para él mismo, ya para introducir otro mantra, como *Om namah Shivaya*, o el célebre *Om mani padme Hūm* de los budistas, o repetido en cascada, la boca permanece abierta durante toda la emisión. En algunos casos ni siquiera se cierra en la inspiración...

Pero, ¿cómo encontrar ese *ōm* del tantra sin ser un iniciado? Así: abro la boca bien abierta,

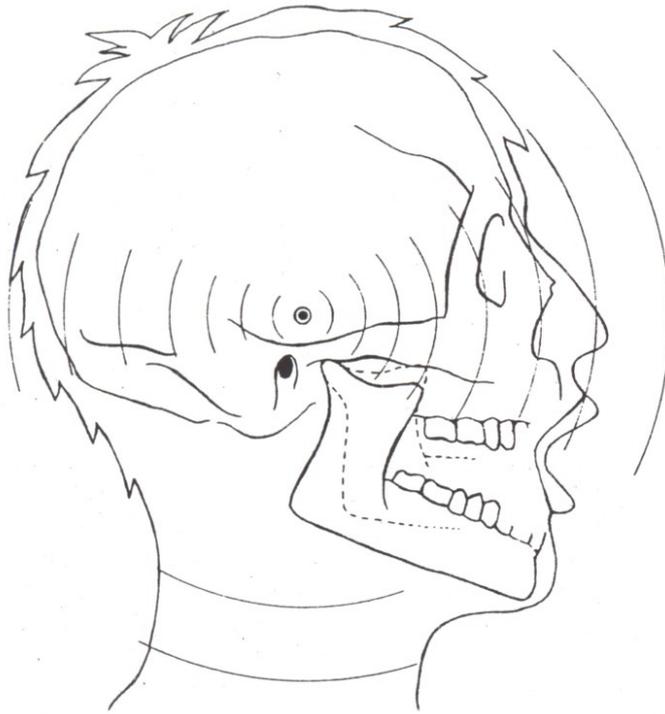
bostezo y luego ataco un *āāā* como si el doctor quisiera examinarme el fondo de la garganta, o como si hiciera gárgaras. Dejo que la lengua se aplaste en el fondo de la boca, que se cierra ligeramente para dibujar una O. El sonido se convierte entonces en una *āāā* grave teñida de *ō*, por tanto ni una verdadera «a» ni una verdadera «o». Nace en alguna parte entre las orejas y hace vibrar el paladar, el cráneo y el tórax: si pongo la mano plana sobre el esternón lo percibo muy bien. Cuanto más grave, más vibra el tórax. Luego, siempre con la boca abierta, llevo la lengua hacia atrás y hacia abajo para inmovilizar la glotis: la *ō* cesa y el sonido se convierte en un «mmm» sordo. ¡De modo que la *ō* del tantra no es una verdadera O y la M del tantra no es tampoco una verdadera M! En realidad se escribe «m» pero se pronuncia como el *ng* nasal de *long*. Ese *ng* hace vibrar las alas de la nariz, el paladar, la caja craneana y el tórax. Por lo demás hay que buscar al máximo la riqueza vibratoria.

Ahora sigo —siempre con la boca abierta— dejando vibrar el «ng» solo: el sonido es puramente nasalizado, «craneizado». Luego, con un ligero movimiento de la lengua hacia adelante, el *ao* vuelve a formarse y llena el espacio que me rodea. ¿Dónde está la diferencia? Si presto atención, escucharé el «ng» vibrar permanentemente. Es el ruido de fondo sobre el cual el «*āō*» se inscribe y se borra alternativamente: el «ng» es continuo, el «ao » alternativo. No es por tanto un «*āō*» seguido de un «ng...», sino los dos superpuestos.



Este dibujo muestra la manera errada de abrir la boca, es decir, llevando el mentón hacia adelante y hacia abajo. La línea de puntos indica el lugar del maxilar inferior al comienzo, y la línea continua la posición en el momento de emitir el sonido: se ha desplazado hacia adelante.

¿Complicado? Al leerlo, sí,. A propósito, de ahora en adelante y para facilitar la escritura, convengamos que escribiremos «*ōm*», como todo el mundo, pero lo leeremos «*ōng*».



En este esquema, por el contrario, la línea de puntos indica que la extremidad maxilar, al comienzo como al final, no se ha movido. Así, la boca se abre al máximo y permite emitir un sonido rico y pleno. La lengua permite modular el sonido a voluntad, incluso dejando inmóvil el maxilar inferior.

Sin embargo, eso no es todo! Probando un poco, encontraré el «*ngāōng...*» correcto, el que me guste más. Cuando lo haya encontrado, al mismo tiempo me llena interiormente y se escapa de todas partes. Sale del rostro y del tórax, de la parte posterior del cráneo, de la espalda, de las caderas. ¡Tengo la impresión de que lo invade todo a mi alrededor, de que toda la habitación vibra!

De acuerdo, hay que buscar un poco el verdadero *ōm*, pero lo merece, pues es el mantra tántrico de base, la raíz de todos los sonidos, el que acompaña a todos los otros mantras. El *ōm* es tan importante que se lo denomina *Prānava* el que lleva y modula *el prāna*, la energía, o también *ōmkar*. Para el tantra, cada sentimiento, cada ser, cada objeto, tiene su vibración de base: esa copa de cristal o esa simple cacerola. Y viceversa, cada sonido tiene su imagen: el *ōm* es trazado (y no escrito).

A propósito de este grafismo, que ejerce una fascinación particular, el occidental cree —fue mi caso durante mucho tiempo— que se trata de sánscrito y nadie lo saca del error. Para nosotros es sencillo: se dibuja ॐ , y se pronuncia *ōm*, ¡eso es todo!

Sin embargo, para captar el sentido secreto del ॐ , recordemos que *ōm* es la vibración que engendra los mundos, que el universo es suscitado por el *maithuna* cósmico de Shakti y Shiva y, por último, que el *maithuna* humano es su expresión concreta en el plano terrestre.

El *ōm* permite al tántrico concentrar toda su potencia mental en esta Realidad última y acceder a ella. En su mente, la vibración del *ōm* se superpone con el ॐ que es *su forma visible*. Sea que se lo imagine o se lo contemple dibujado, poco importa, lo esencial es captar su sentido oculto.

Como un jeroglífico, el ॐ es tanto un *yantra*, diagrama místico y mágico, como un *mándala*, trazado simbólico inscrito en un círculo y que representa el despliegue del dinamismo creador universal: el ॐ es sin duda el *mandala* más lleno, más denso y potente del tantra.

Antes del sánscrito, antes incluso de la escritura *devanāgari*, el *ōmkar* se dibujaba en la arcilla

maleable, o sobre hojas de palma.

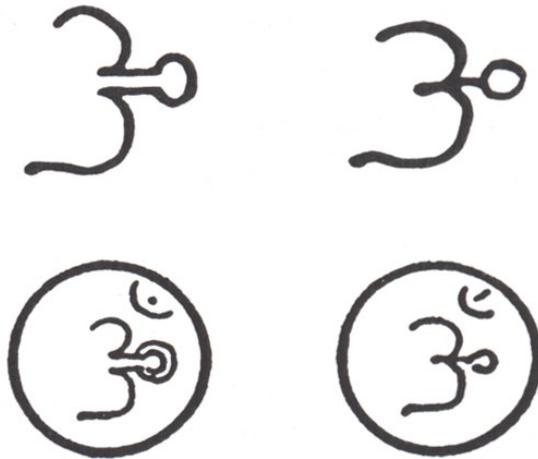
Todavía se lo traza así en nuestros días y no sólo en el esoterismo tántrico. Si alguien lo duda, que consulte *Tantra, the Erotic Cult*, de F. D. Colaabavala, o *The Soul of Symbols*, de Jaya Raja.



Este *yantra* reúne un máximo de elementos esenciales, comenzando por el círculo (ver la *chakra pūjā*), que protege aquello que incluye, simboliza la manifestación, crea un espacio sagrado y se desarrolla en torno al punto central. En cuanto al trazado mismo, todo comentario es superfluo, salvo para precisar que representa el *maithuna* ritual y concreto de Shiva y Shakti, tanto como la unión cósmica de los principios masculino y femenino. El ☾, es indudablemente la media luna, el principio lunar femenino, mientras que el punto es al mismo tiempo el *bindu* (el germen, el esperma) y el *anunāsika*, el signo de la nasalización.

Es divertido comparar ese ॐ con el  que los enamorados graban en la corteza de los árboles en el bosque de Chaville, en recuerdo de sus encuentros silvestres, así como esas imágenes ingenuas donde el angelito (el futuro bebé...) lanza la «flecha» fatídica. Reconozcámoslo: incluso con muy buena voluntad y mucha imaginación, es difícil reconocer el corazón-órgano en ese corazón-símbolo del amor, que nos sirven con todos los aliños y en todas partes. Si el yo consciente finge inocencia o ignorancia, el inconsciente no se engaña. Por supuesto nadie está obligado a seguirme en este terreno «escabroso» (?), y sin embargo...

El ॐ habitual representado en el esquema anterior es una estilización del grafismo original y



auténtico tal como se trazaba y se traza todavía en las hojas de palma (reproducido sin retocar).

Evidentemente los no tántricos rechazarán enérgicamente lo que precede. Pero nadie les impone esta perspectiva; si el *ōm* calmante y castrado les satisface están en su derecho, pero aunque no hacen daño a nadie dejan de lado lo esencial. Por el contrario el adepto que se impregna del sentido profundo del *ōm* esotérico accede a las raíces de su ser y a las del cosmos; yo soy el fruto de ॐ, de la unión del espermatozoide y el óvulo, así como el cosmos proviene del *maithuna* sagrado de Shakti y Shiva.

La mejor forma de probar que el ॐ usual no es un grafismo «sánscrito» es escribirlo en caracteres devanagari, como a continuación.

ओम्

A + M

Como en todo texto devanagari, los signos están «suspendidos» de un trazo horizontal.

Por último, el OM no ha sido importado por los arios: es ajeno al culto védico. El Monnier-Williams, diccionario sánscrito-inglés de referencia, confirma que es desconocido para los textos arios anteriores a los Upanishads, por lo tanto escrito muchos siglos después de la conquista de la India.

El ostracismo brahmánico hacia el simbolismo sexual del *ōm* es producto de un puritanismo

pasado de moda o de la ignorancia, o de ambas cosas...

El camuflaje deliberado del sentido real de un mantra se encuentra en el mantra budista archiconocido *Ōm mani padme Hūm*, que se traduce educadamente por «la joya en el loto», lo cual no significa estrictamente nada. La mojigatería budista, que iguala e incluso supera a la del neobrahmanismo, hace contorsiones para encontrarle una explicación alambicada.

¿Cuál es entonces ese sentido oculto? Para comprenderlo hay que remontarse, no al diluvio, pero sí al joven príncipe Siddharta, el futuro Buda. En su época, los rajás y los príncipes estaban en conflicto con los brahmanes, que multiplicaban a su gusto los dioses y las ceremonias propiciatorias. Como todos esos sacrificios requerían la intervención, debidamente retribuida, de brahmanes cada vez más numerosos, el asunto resultaba ruinoso, incluso para los príncipes opulentos. Añádase la arrogancia de estos mismos brahmanes que, en tanto «delegados divinos exclusivos», pretendían reglamentar la vida pública y privada, y se comprenderá la irritación de los rajás, que se negaban cada vez más a entregarles fortunas que hubieran preferido consagrar a su corte lujosa, a su harén, a su ejército...

El príncipe Siddharta cristalizó este antagonismo. Comenzó por rechazar en bloque todo el panteón hindú, lo que hacía superfluos todos los sacrificios, e incluso osó decir que no se nace brahmán, sino que hay que merecerlo, lo cual los volvió furiosos. (Ironía: él, que rechazaba a todos los dioses, fue deificado por sus discípulos.)

Tomó sus distancias frente a las castas, autorizó el nuevo casamiento de las viudas, pero sobre todo se opuso a los brahmanes. Más que el fundador de una religión, Siddharta fue un revolucionario, pacífico sin duda, pero un revolucionario. En su trabajo de zapa de la autoridad de los brahmanes, fue apoyado por sus pares, los príncipes y los guerreros. Por eso fueron los emperadores los que levantaron las decenas de miles de «stupas» budistas en toda la India. Pero los brahmanes comprendieron la lección y adoptaron maneras menos prepotentes, y poco a poco fueron recuperando su influencia. Terminaron por «cargarse» el budismo, que, desterrado de la India, su país de origen, terminó conquistando una gran parte de Asia.

¿Y cómo se relaciona esto con el tantra? En primer lugar, el Buda predicaba en *prākṛit*, la lengua del pueblo, y no en sánscrito, privilegio de los brahmanes y de los pandits letrados, lo cual complacía a los tantrios. Estos, también opuestos a los brahmanes y a su sistema, encontraron aliados entre algunos budistas, los iniciaron al tantra; de ahí el *Vajrāyana*, rama tántrica del budismo, que incluye ritos sexuales, incluso la *chakra puja*.

¡Y bien! Sabiendo esto, descifremos el *Ōm mani padme Hūm*. *Mani*, la joya, es el equivalente budista del *vajra* (diamante), es el órgano masculino; *padme* es la flor de loto, que simboliza el *yoni*, el principio femenino. De ahí la verdadera traducción: «*Ōm = lingam* en el *yoni*, *Hūm*». Es límpido y tantra puro. En su *Sexual Life in Ancient China* (p. 340) R. H. van Gulik, que vivió mucho tiempo en Oriente, especialmente en China, confirma: «El *vajra*, el órgano masculino, llamado '*mani*', la joya indestructible, penetra a *padma*, la flor de loto, que simboliza la vulva. Por tanto no puede haber dudas respecto del sentido real del *Ōm mani padme Hūm*. Siendo el misticismo sexual la esencia del *Vajrayānā*, no hay que asombrarse de que la fórmula designe a la vez la unión sexual mística y la carnal y que ocupe un lugar preponderante en la práctica religiosa tibetana».

A título de confirmación suplementaria observemos que en terminología tántrica *Vajra* es el órgano masculino y *Vajra-nādi* un conducto de energía sutil que llega hasta el pene. En tibetano, es el *rdo-rje*, especie de cetro ritual cuyo simbolismo sexual es evidente. Otro símbolo sexual del tantrismo tibetano: la campana (el *yoni*) con su badajo (el *lingam*).

Una vez claro todo esto, otro mantra del budismo tántrico, también ininteligible, se descifra fácilmente. Se trata del mantra «*Vajra* en *padma*, retener *bodhicitta*», cuya versión oficial es «El Diamante (o rayo) en lotus, controlar la mente iluminada». Incomprensible. Pero como, en el *Vajrāyanā*, *bodhi-citta* es el esperma, todo se aclara: *dizmantc-lingam* en *loto-yoni*, retener el

esperma...

Sin embargo, los budistas no tántricos (entre ellos Anagarika Govinda) han escrito imponentes volúmenes, muy eruditos, para tratar de explicar el *Ōm mani padme Hūm* sin revelar su verdadero sentido. ¿Por qué? ¿Para guardar el secreto para los verdaderos iniciados? ¿Por hipocresía? Muy probable.

La ciencia del mantra tiene un componente respiratorio, por tanto una relación evidente con el *Prāṇayamā*, *la dinámica de la respiración*, que es el título de mi libro sobre este tema, donde, sin embargo, no abordo el tema del mantra.

El mantra y la respiración

En efecto, su emisión se acompaña de una respiración prolongada y profunda, compensada por una *inspiración* más amplia. Su repetición instala espontáneamente un *ritmo* regular, otro elemento esencial de la ciencia del mantra y del pranayama.

Veamos en primer lugar la espiración. Además de ser prolongada, por tanto profunda, el tantra dice que debe «correr como el aceite»: durante toda la emisión del *ōm*, el sonido debe ser uniforme, lo que supone unos músculos espiradores relajados y controlados con precisión. ¡No se trata de un balido! Se emite el *ōm* economizando el aire, que se controla con la palma de la mano: incluso durante un *ōm* rico y sonoro se llega a acercar la palma hasta cinco o seis centímetros de la boca sin percibir la corriente de aire cálido de la espiración, que se siente, por el contrario, subir por encima de los labios hasta la nariz.

Hacia el final de la espiración lenta y prolongada, el vientre se contrae, a veces incluso vibra, y se instala un *mula bandha* espontáneo (contracción de los esfínteres y del elevador del ano), que a continuación se intensifica deliberadamente.

Pero, después de haber vaciado los pulmones, evidentemente hay que volver a inspirar. En el caso del *ōm* bien pleno, bien sonoro, cuando los pulmones están vacíos, cierro la boca e inspiro en silencio, por la nariz. Cuando tengo los pulmones llenos de aire otra vez, el *ōm* recomienza, ya sea un solo *ōm* en una inspiración, ya sea una cascada de *ōngōngōng* por cada espiración, ordenando los *ng* por medio del movimiento de la lengua. En el caso de *ōngōngōng* en cascada, en general lo que da la medida es el ritmo cardíaco.

Pero hay muchos niveles de emisión de los mantras, por tanto también del *ōm* y especialmente del *ōm* cuchicheado. En ese caso, inspirando con la boca apenas abierta y estrechando un poco la glotis, se forma una «á» apenas audible, mientras que en la espiración, siempre con la boca abierta, se oye «ham» (que habría que escribir *hang*). Si estas explicaciones no resultan claras, hay que imaginarse verdaderamente sin aliento y recuperarse respirando con la boca abierta: eso da más o menos «*ā-hang*»

Este *ā-hang* se escribe en general *aham* y se traduce abusivamente como «Yo soy Eso». Por supuesto cada uno es libre de darle el sentido que más le guste, pero esto contradice el principio mismo del mantra, que es un lenguaje mágico, no convencional, no racional, que produce sus efectos corporales por su frecuencia vibratoria, y mentales por el ambiente que crea. Un mantra no es una palabra, ni una frase, aunque los mantras védicos, a diferencia de los tántricos, sean con frecuencia frases cortas. Cuando yo no atribuyo ningún sentido preciso a un mantra, me impregno de su sonido puro, que actúa en tanto tal: darle una significación desvía la atención del sonido mismo. Sin ser un error absoluto, eso se sitúa fuera del *Mantrashastra*: es una elección...

Por último, se puede hacer *japa* (repetición de un mantra) sin abrir la boca del todo, inspirando y espirando por la nariz. Sentado, con los ojos cerrados, atento a la respiración, escucho el va y viene del aire en la nariz y en la garganta. Si estrecho *un poco* la glotis, un ligero rumor de aire da un «*ā-ham*» confidencial, donde el «ham» espiratorio dura casi el doble que el «*ā*» que se hace en la inspiración. Puedo así imaginar que esto da «*sss*» en la inspiración, «ham» en la espiración. El

conjunto se escribe entonces con frecuencia *Soham*, que se traduce por «Yo soy Él», traducción sujeta a las mismas reservas que la anterior.

El «*āham*» así repetido en silencio produce una profunda interiorización, tranquiliza la mente y puede constituir por sí mismo una meditación. Maharishi Mahesh ha explotado el *japa* después de rebautizarlo como «*Meditación Trascendental*», lo cual es una genial tautología: en efecto, ¿qué sería exactamente la meditación *no*-trascendental?

Haber rebautizado el *japa* (repetición continua de un mantra cualquiera) como *Meditación Trascendental* es genial, porque si a uno le proponen hacer *japa*, contestará: «¡Uf!». ¡Y si además es gratuito, doble Uf! Las personas son así: si se les aconseja que corran para mejorar la salud, se tiene poco éxito; pero si se les dice que hagan *jogging*, ¡todos galopan encantados! Del mismo modo *Meditación Trascendental*, queda más serio *que'apa*, sobre todo si es caro. Y todavía mejor si uno dice que es un mantra personal, *top secret*, sin pensar que ese famoso «secreto» permitiría distribuir lo mismo a todo el mundo...

Cuando la Meditación Trascendental, cuyo marketing es notable, exhibe encefalogramas que «prueban» sus efectos sobre el cerebro, no miente, pero: a) eso se sabe desde hace miles de años, b) no es una exclusiva de la Meditación Trascendental, y c) se produce con cualquier mantra repetido durante mucho tiempo, en estado de relajación. Pero a los que hacen Meditación Trascendental les digo que continúen.

Es verdad que en la India, en la iniciación, el gurú da al discípulo *su* mantra personal y secreto y, aunque no haya ningún testigo, se lo murmura al oído; luego el recién iniciado lo repite en voz baja, respetando la entonación exacta. Se trata entonces verdaderamente de un mantra personal. Y en ese sentido hay que recordar que gurú y discípulo, aunque no se vean a menudo, tienen una relación muy especial e íntima: son mucho más que amigos, incluso más que hermanos, y esta relación madura con el correr de los años. Así el gurú conoce muy bien a su discípulo y sabe evaluar sus posibilidades de evolución. Medita entonces largamente hasta que surja *el* mantra personal que desencadenará los ecos deseados en el psiquismo del adepto, al que además ha iniciado durante mucho tiempo en otras técnicas del tantra o del yoga. También por definición el gurú posee a fondo el *mantravidya*, que tampoco se adquiere de la noche a la mañana. Entonces se puede verdaderamente hablar de un mantra personal, incomunicable, que es rarísimo, incluso en la India.

Por otra parte, he dicho más arriba que, según la tradición, el mantra debe ser viviente, por tanto recibido directamente de un iniciado, lo que contradice mi posición actual, puesto que pretendo transmitirlo al lector mediante la letra impresa. Es verdad, pero con los mantras pasa como con los diplomas: el primer pergamino fue entregado por un no diplomado, e igualmente el mantra original evidentemente no fue recibido sino descubierto. Entonces redescubrir los mantras clave, que son sencillos, es perfectamente posible con mis indicaciones, si se busca un poco, y además no hay riesgos aunque la emisión no sea totalmente exacta.

Aclarado esto, volvamos al mantra asociado a la respiración y especialmente a la detención de la respiración. ¿De qué se trata? Es esto: se comprueba, hacia el fin de un «*ōm*» pleno y sonoro, a medida que los pulmones se vacían, que la banda abdominal se contrae poco a poco. Al final de la espiración palpita y los esfínteres anales se contraen, produciéndose un *mula bandha* espontáneo. Entonces, cuando los pulmones están totalmente vacíos, hay dos opciones: cerrar la boca y reinspirar inmediatamente por la nariz, o retener la respiración (*kumbhaka*).

Retención de la respiración

Decido, pues, retener mi respiración y, durante la retención, el «*ng*» (imaginado) continúa resonando en mi mente; entonces el poder del mantra se desarrolla plenamente en todos los planos: corporal, mental y espiritual.

¿Cuánto dura esta retención? No se puede adelantar ninguna cifra: una persona aguantará

confortablemente 5 segundos, otra 20 segundos, etc., pero la duración no tiene importancia.

Esta es la regla infalible para saber si uno ha superado o no *su propia* capacidad de retención: durante la retención, es normal y correcto que, espontáneamente, la banda abdominal se contraiga rítmicamente (véase más arriba), pero cuando la retención se vuelve verdaderamente molesta, debo reinspirar. Todo es correcto si puedo *reinspirar lentamente*, sin «correr» detrás de mi respiración. Si debe reinspirar como una catástrofe eso me indica que he superado mi límite, que por otra parte varía de un día para otro. Por eso no hay que hacerlo a ritmo de cronómetro; es el cuerpo, y sólo el cuerpo, el que debe guiarme. ¿Riesgos? Respetando esta regla, no los hay.

Cuando llega el momento de volver a inspirar, dejo que mis pulmones se llenen con una lentitud confortable, luego retengo la respiración antes de dejar salir el «*ōm*». Mi plena capacidad de retención es correcta si puedo emitir, sin esfuerzo, un *ōm* prolongado que «corra como el aceite». De hecho debo dosificar las espir-stop-inspir-stop sucesivas para poder seguir indefinidamente sin dificultad.

Después de todo esto, y para concluir, sepamos que el «*ōm*» es y seguirá siendo el mantra supremo, cuya repetición puede literalmente hechizar, «encantar» la mente. Del latín *incautare*, «pronunciar fórmulas mágicas», sólo hemos retenido el resultado: estar encantado, fascinado. La magia encantadora del «*ōm*» es producto de las vibraciones absolutas que incluye en cantidad máxima, así como de sonidos no convencionales. Un sonido absoluto es comprendido por todos. Por ejemplo, si se anuncia una fiesta inesperada en una clase de niños, éstos responderán con un «*ab*» de alegría. O bien, después de un largo invierno, al tendernos al sol, diremos «*aab*» (¡qué bueno!). Y cuando el último fuego de artificio estalla en la noche, lo que surge de la multitud es un «*oh*» de admiración y no un «*ih*» o un «*uh*». Por último, el *gourmet* que se relame con su plato favorito, expresa su placer con el famoso «*mmmm*». De modo que «*aaah...oooh...mmmm...*» despierta una gama de sentimientos modulables a voluntad según el día y la hora. A propósito de sonidos absolutos, *si* me pisan el dedo gordo del pie, mi «*ay*» lo entenderá todo el mundo, ¡hasta los animales!

Gracias a los mantras, así se puede modular, por tanto despertar a *voluntad*, el sentimiento deseado y crear el clima interior que se quiera, así como disolver una emoción indeseable. Como el sol al levantarse disipa la bruma, el «*ōm*» puede exorcizar la melancolía creando un ambiente de «sol».

Un dinamismo psíquico: el yantra

El *Yantra*, contrapartida visual del mantra, del que es inseparable, deriva de *ya* o *yam*, «soporte de energía», más *tra*, sufijo de instrumentalidad. En su acepción corriente, *yantra* designa todo aparato utilitario, aparato en un sentido amplio: un robot, en tanto aparato elaborado, es un yantra. En el tantra, *yantra* designa un diagrama mágico-simbólico en dos o tres dimensiones, que va de un simple punto o del triángulo hasta el templo hindú, gigantesco complejo yántrico con propiedades ocultas.

Con el correr de los siglos, el tantrismo ha hecho del yantra una ciencia y un arte. Una ciencia, pues cada yantra es el soporte de un dinamismo, de un Shakti, y su construcción obedece a leyes precisas. Un arte, pues la combinación de trazados y de colores simbólicos produce con frecuencia verdaderas obras de arte, lo que vale a los yantras figurar en todo libro de arte tántrico que se respete; pero, desgraciadamente, falta en general el código secreto que permita interpretarlos y utilizarlos. El tantra es por lo demás la única corriente yóguico-filosófica que haya dado nacimiento a obras de arte. Y sin que el arte haya sido su motivación...

Más allá de la estética, sin yantra, sin mantra, ningún ritual tántrico, por simple que sea, sería concebible. La India en general y el tantra en particular les atribuyen poderes extraordinarios, casi

milagrosos, lo cual nos parece increíble, incluso absurdo. En efecto, ¿cómo admitir que simples dibujos geométricos inertes puedan engendrar dinámica alguna?

La abstracción última

Una foto o un relato de mujer se sitúa en (por tanto se limita a) el nivel individual: es *mi* madre, *mi* mujer o *mi* hermana. Una estatuilla femenina prehistórica anónima, como las que han encontrado a millares los arqueólogos, representa a *la* mujer en general, y *si* hablo de ello es porque, con frecuencia, el artista desconocido ha acentuado fuertemente, ha «geometrizado», el triángulo pubiano, el polo genital.

Si yo extraigo este triángulo, si lo aílo, simbolizará el enclave de la especie en el cuerpo de la mujer y, más allá del *yoni*, el polo genital de toda hembra animal. En última instancia, representa la Femenidad, la Madre Cósmica: la abstracción trasciende así el nivel representativo individual, «anecdótico», y se abre a lo Universal. No es difícil, pues, adivinar que, en el tantra, un triángulo con la punta hacia abajo simboliza a la Madre Cósmica, a la Femenidad, a Shakti.

Ya se trate de un dibujo lineal o de una *superficie*, el triángulo determina un *espacio*, y una de las funciones del yantra es precisamente estructurar, organizar el espacio y, en el caso del triángulo, con la menor cantidad de trazos posibles. Pero ese triángulo con la punta hacia abajo se convierte verdaderamente en el yantra de la Femenidad cuando es *rojo*, y tampoco entonces nos cuesta mucho adivinar que es a causa de las menstruaciones. En la India, en los anuncios de planificación familiar que incitan a las parejas a limitarse a dos hijos por familia, figura este triángulo rojo, con la punta hacia abajo: todo el mundo comprende... Cuando pasa un cortejo fúnebre, todos saben que se trata de una mujer si el cadáver está envuelto en rojo, de un hombre si está envuelto en blanco.

¿Hay que ver en esto sólo una abstracción intelectual pura, una elucubración separada de lo real? Antes de responder, es inquietante comprobar que a una mujer a quien se administran regularmente dosis importantes de hormonas masculinas, la voz le cambia, pero además, el sistema piloso se desarrolla y aparece especialmente un triángulo piloso pubiano con la punta hacia arriba (!), como en el hombre: en el tantra, se representa a Shiva con un triángulo con la punta hacia arriba, blanco como el esperma.

La magia del yantra actúa, en gran medida, también sobre quien no conoce su simbolismo: el inconsciente *sabe*, el inconsciente descifra. Así asistí una noche en Amberes a un espectáculo inspirado en el tantra, creado y puesto en escena por Alain Louafi, formado por Maurice Béjart. Al final del espectáculo un triángulo rojo con la punta hacia abajo sobre fondo negro, de tres metros de altura, desciende en el fondo de la escena: la sala estaba fascinada. Ahora bien, una «simple» y trivial figura geométrica no hubiera justificado semejante efecto.

Desde el punto de vista simbólico, el triángulo representa evidentemente la tríada. Isósceles, evoca el equilibrio y la armonía. Siempre con la punta hacia abajo, simboliza también el agua; con la punta hacia arriba, el fuego, donde encontramos dos *tattwas*. Para las combinaciones de triángulos, véase más adelante.

El triángulo rojo, con la punta hacia abajo es, pues, un yantra muy potente que simboliza, que *materializa* a Shakti en tanto *potencia creadora* universal, en tanto *matriz cósmica*. Para el tántrico, Shakti, la Gran Diosa, es el eterno *principio dinámico* de donde surge, siempre y en todas partes, toda la creación. Por su parte, el triángulo blanco con la punta hacia arriba, más raramente utilizado, simboliza el *sustrato estático* del Universo, Shiva, el principio masculino, indisociable de Shakti.

Interesante: en la pirámide de Keops, la entrada de la cámara de la Reina está indicada con un triángulo invertido...

Un punto es Todo...

Aparentemente, ¿qué hay más insignificante que un simple punto? Sin embargo, en la tantra, un punto es, literalmente, Todo. En primer lugar, cada yantra se organiza y se estructura alrededor de un punto central, esté marcado o no. Evolutivo, el yantra se desarrolla a partir y en torno al punto; involutivo, retorna a él y en él se recondensa. Además, un yantra se «lee» a elección, sea a partir de su centro de gravedad, el punto central, hacia la periferia, sea desde ésta hacia el centro de gravedad, el punto final que lo absorbe, ganando sin embargo potencia.

En efecto, el punto, el yantra más simple que se pueda concebir, es, asombrosamente, el más denso. Es energía condensada al máximo y tanto más cuanto más pequeño sea. Se comprende con ayuda de una comparación. De niños todos hemos jugado con una lupa y los rayos del sol. Cuando la lupa está muy cerca del papel o de la madera, el círculo es grande, poco luminoso y no muy caliente. Pero, alejando la lupa, disminuye, y a medida que se empequeñece, gana en luminosidad y en calor hasta que la madera se ennegrece, se ahúma y por fin se inflama. Infinitesimal, sería infinitamente potente, teóricamente. Y es así como el tantra ve en el símbolo punto el yantra más potente, en especial el que no está dibujado sino que se percibe, invisible, en el centro de gravedad del dibujo, como el «punto oculto» de la Cábala...

El punto, como todo símbolo, es polivalente. Para el físico, el punto representa toda la energía cósmica reunida antes del *big bang* de los orígenes. El tantra lo llama *bindu*, o sea, literalmente, el «espermatozoide» unido al óvulo. Así, por sí solo, el simple punto es un tema de reflexión y de meditación muy profundo, pues todos hemos comenzado siendo un punto minúsculo, tan pequeño que habría que alinear diez, uno al lado del otro, para hacer un milímetro, por tanto mucho más pequeño que el que puntúa el final de esta frase.

En este punto, en este óvulo fecundado que era un «yo», estaban unidos el principio masculino y el femenino, indisolublemente. Para el tantra, el punto es Shiva y Shakti, y «todo» está allí presente, así como en el óvulo fecundado está presente todo el patrimonio hereditario de mis antepasados, de la especie humana e incluso de la Vida desde sus orígenes en el planeta (véase «La meditación sobre la vida»). A partir de ese óvulo, de ese punto minúsculo, mi ser físico y psíquico se ha desarrollado según el plan incluido en el *bindu* y así continuará desarrollándose hasta el fin de mi existencia individual. Paralela y simultáneamente, todo vuelve permanentemente al punto: en el secreto del polo de la especie, en las gónadas, en cada espermatozoide o en cada óvulo, «yo» vuelvo a ser el «*bindu*» del inicio, pero, de paso, misteriosamente, la especie y la Vida se han enriquecido con una experiencia suplementaria.

En cuanto al punto central del yantra, además de que incluye todo lo dicho, focaliza en primer lugar mi mirada y la mente la sigue. Si concentro mi atención, centuplica también mi potencia mental y psíquica, considerada como un campo de fuerzas materiales. Lo que es la lupa para los rayos del Sol lo es el yantra, y especialmente su punto central, para la energía psíquica. La lupa, instrumento pasivo, inerte, confiere a los rayos del Sol una potencia acrecentada, sin necesitar más energía. Y ése es uno de los secretos del yantra, así como también del mantra. Figura geométrica pasiva, el yantra concentra mi energía psíquica, que gana así en potencia. Ahora bien, ¿quién puede poner un límite a la potencia de la mente concentrada?

En resumen, sin la lupa-yantra, el Sol no tendría el poder de inflamar la madera seca; pero, recíprocamente, sin Sol la lupa sería impotente.

El cuadrado de base

El cuadrado es la base estática por excelencia. Estable y firme, representa el *substratum*, el elemento Tierra, las fuerzas de densificación, el plano de la manifestación. Incluye los cuatro puntos cardinales y las cuatro dimensiones del espacio-tiempo. Tétrada, su cuadrado da dieciséis, número sagrado del tantra.

En la ciencia del yantra, el cuadro es un recinto sagrado abierto al mundo «exterior» gracias a

cuatro portales en forma de T, que son otros tantos umbrales de iniciación. La mayoría de los yantras se estructuran en el interior de este cuadrado de cuatro puertas.

El círculo y el loto

El loto es la flor tántrica por excelencia, y la mayoría de los yantras llevan pétalos de loto alrededor de una circunferencia.

La semilla (*bindu*) y la flor, forman el ciclo eterno que va de la simiente a la flor y de la flor a la simiente. La flor es también el *yoni* que encarna el principio organizador cósmico, la potencia creadora femenina, fuente de toda forma, y el loto, flor acuática, se relaciona con el agua, otro símbolo femenino.

En toda flor el tántrico percibe un torbellino de energía sutil. En efecto, los átomos y las moléculas que componen una flor concreta son accesorios: plantada en otra aparte, hubiera formado otras moléculas, pero siempre sería una flor de loto.

La verdadera «flor» es su dinamismo organizador, misterioso e invisible, que se apodera de las partículas «materiales» del universo exterior para crear la rosa, el muguete o el loto que tengo entre mis manos.

El tántrico percibe esta dinámica sutil y sabe que opera en su cuerpo, donde cada célula, cada órgano, posee su dinamismo organizador propio, el *Arjé* de Van Helmont. Para materializar estas energías, más particularmente activas en los *chakras*, los lugares estratégicos del cuerpo donde se arremolinan, el tantra las representa mediante yantras, que comportan siempre cierto número de pétalos, más una «divinidad», es decir, una energía particular «antropomorfizada». El hecho de que sean siempre femeninas denota el origen tántrico de los métodos para despertar esos centros de fuerza en el *Kundalinī yoga*. Las técnicas sexuales descritas en la parte «Práctica» de este libro las activan automáticamente.

Un paréntesis interesante: la importancia de las flores en el rito tántrico se refleja en *Puja*, del dravídico *pū* («flor») y *gey* («hacer»). En sánscrito la raíz *pūj* indica una actitud reverencial. *Puja* significa «adoración ritual con flores», que es su sentido habitual.

En cuanto al círculo, símbolo central de la *chakra pūjā*, expresa la evolución cíclica de la manifestación, es la forma cósmica por excelencia. El hombre arcaico ve el círculo por todo el cielo: el disco del Sol naciente, el horizonte circular... incluso la Luna es redonda; a través de sus diversas fases regresa incansablemente al círculo perfecto.

Los indios de Norteamérica son muy conscientes de los símbolos, y el círculo es uno de sus símbolos principales. Citemos al respecto lo que dice una vieja india, mujer tranquila de 80 años, que perpetúa las más antiguas tradiciones religiosas de los indios. Conoce el secreto de las plantas que curan. Canta encantamientos contra los maleficios. Por último, Catherine conversa con el Gran Espíritu, pues es una *me dicine-woman*, una chamán.

En su moño recogido hacia atrás siempre desliza plumones de águila. En sus orejas lleva pendientes de turquesa. Alrededor del cuello y en cada mano, un sol. En su cinturón hay lunas de plata, y su vestido es de un azul brillante, como el del cielo, que por sus vibraciones permite escuchar al Gran Espíritu.

«Mira —dice—, mira estos dibujos. Son mi historia y la de mi pueblo. Este trazo negro es la montaña sagrada: Big Mountain, y aquí, nosotros los hombres. Al principio fuimos depositados sobre esta montaña. El Sol era nuestro padre y la Tierra nuestra madre. Tuvieron dos gemelos: el niño-nacido-del-agua y el monstruo-asesino. Sobrevivimos gracias al niño-nacido-del-agua. El monstruo-asesino trae tornados y tempestades... Aquí —prosigue inagotable—, hay un arco iris. Y este punto es la Tierra... Toda la naturaleza está presente en este zapato. En el interior he puesto los objetos del ritual: el bastón de plegarias, las velas y la arena coloreada. En conjunto forman un

círculo. Pues las potencias del Universo actúan siempre en círculo. El cielo es redondo, la Tierra es redonda, las estrellas son redondas, los vientos potentes soplan en remolino, el nido del pájaro es redondo, el corazón del árbol es un círculo y nuestros *hoogans* son redondos. Es el poder sagrado del círculo. Por eso, en nuestras danzas, formamos siempre el círculo. Mira nuestras seis montañas sagradas: ellas también forman un redondel. Y nosotros, Navajos de Big Mountain, estamos en el centro, en el lugar de la emergencia, es decir, allí donde apareció el hombre. Aquí, gracias a las vibraciones, podemos hablar al Gran Espíritu, que nos da las hierbas mágicas, el consuelo, la fe y el coraje. ¿Por qué habríamos de irnos? ¿Por dinero? ¡No! Jamás!» Catherine cierra los ojos y reza.

Nosotros, los hombres modernos, sabemos que los cuerpos celestes son esferas y no círculos, pero el yantra se visualiza también en relieve. Trazado en una hoja de papel, por tanto en dos dimensiones, el yantra posee sin embargo una dinámica tridimensional, flagrante en los pétalos de loto dibujados en torno de una circunferencia. El *bindu*, en tanto simiente, es evidentemente de tres dimensiones.

Una circunferencia con su punto central es la proyección de un cono que el triángulo genera girando en torno a su eje: compárese con el cono de potencia de las «hechiceras». El cuadrado engendra el cubo.

Cuando un *yantra* está incluido en un círculo y no en un cuadrado, se llama *mándala*. El círculo, girando, engendra la esfera.

Combinaciones hasta el infinito

Cada trazado elemental —el punto, el triángulo, el cuadrado, el círculo y la flor— es una yantra con pleno derecho, pero combinando esos «yantras-raíces» elementales, el tantra forma conjuntos frecuentemente muy complejos en los que cada figura conserva su simbolismo propio, pero cuya unión multiplica su potencia.

He aquí algunos ejemplos sencillos, accesibles para el occidental sin iniciación especial. El triángulo rojo invertido con el *bindu* en el centro de gravedad es el útero grávido tanto como la Matriz cósmica. El triángulo rojo, invertido, superpuesto al triángulo blanco con la punta hacia arriba, indica la unión del varón y la mujer o la unión cósmica de Shiva y Shakti (obsérvese: estos triángulos *superpuestos* son distintos a la estrella de David, pues esta última está formada por triángulos *entrelazados*).

Dos triángulos unidos por la punta: en dos dimensiones, es el comienzo o el fin de la unión de Shiva y Shakti, el comienzo o el fin del universo manifiesto; en relieve, es el tambor dravídico que tiene el Shiva danzante en una de sus manos, símbolo de la vibración de los orígenes, la misma que mantiene permanentemente la loca danza cósmica de las partículas en el seno de la materia.

En la India, un yantra o un mándala tántrico complejo encierra una cosmogonía completa: en cada punto crucial, en cada ángulo del triángulo o de cada triángulo, en cada pétalo, «reside» una «divinidad», aunque no esté representada. Meditando, el adepto parte del *bindu* central y reconstruye, redibuja mentalmente el yantra completo para penetrar en él y penetrarse de él. Además, a cada punto crucial corresponde una vibración de base, un mantra, representado por una letra sánscrita, que el adepto emite cuando su mirada y su mente se posan en él. Los tántricos utilizan las letras sánscritas porque cubren la *totalidad* de los sonidos «emitibles» por la voz humana y, en ese sentido, el alfabeto sánscrito es universal.

Se comprende que, en el caso de los yantras complejos, sea necesaria una iniciación, por tanto un maestro, por tanto... eso no es para nosotros los occidentales. Pero el yantra no es exclusivo de los tántricos, no es un invento de ellos, aunque hayan llevado esta ciencia hasta sus límites: consolémonos, pues también los yantras sencillos son instrumentos potentes de acción psíquica.

Así, por ejemplo, ese yantra occidental que es la cruz latina. Un místico cristiano, al contemplarla, puede impregnarse de su sentido, por tanto del Calvario de Cristo, y alcanzar así,

gracias a la cruz-yantra, un estado de conciencia superior en relación con su fe.

Si alguien dudara de la terrible potencia del yantra, que vaya a Beirut en pleno día y dibuje una estrella de David en la pared de una mezquita chuta..., o bien una cruz gamada en el muro de los Lamentos de Jerusalén, y mejor aún (perdón, peor), que le agregue el mantra *Heil Hitler!* En los dos casos quedaría informado inmediatamente de la potencia del par yantra-mantra, ¿verdad?

El yantra último

Para cerrar este capítulo, cito a S. R. Dasgupta, *Obscure Religious Cults*, p. 104: «Ningún símbolo externo, por complejo que sea, reemplaza al yantra-cuerpo. Con sus planos de existencia físicos y psíquicos, el cuerpo humano es considerado en el tantrismo como uno de los instrumentos más poderosos de transformación espiritual; representa el sustrato físico de lo divino, el lugar donde se produce el despliegue evolucionista, el depósito inagotable de poderes que pueden ser captados en su fuente. Sólo movilizándolo y despertándolo de su torpor se puede apreciar su gracia divina. Su esencia eterna es interior; entonces, ¿por qué buscar afuera los medios de liberación?

»El cuerpo es el centro sagrado de todo ritual, de todo mantra, de toda ofrenda, de toda meditación, de toda liturgia.» A lo cual el *Ghandarva Tantra* añade: «Aquí mismo (en este cuerpo) está el Ganges, Prayāga y Benarés, el Sol y la Luna (sobreentendido, lo masculino y lo femenino) y los lugares sagrados... No existe otro lugar de peregrinaje ni morada de felicidad semejante a mi cuerpo. En verdad, el yantra que es el propio cuerpo es el mejor de todos los yantras.»

Para volver a la cruz, todos los países han adoptado la Cruz Roja, excepto los países árabes, que la han reemplazado por la Media Luna Roja: ¿no podían aceptar un yantra cristiano! Ahora bien, pensándolo «friamente», una cruz no es otra cosa que dos líneas que se cruzan.

Así cada uno, tántrico o no, vive permanentemente en presencia de *su* o de *sus* yantras: un cristiano con la cruz, por ejemplo. La particularidad de los yantras tántricos, en primer lugar, es que son universales, luego que son neutros, es decir que no son símbolos religiosos, pues el tantra no es una religión en el sentido en que nosotros lo entendemos. Propongo, al final del volumen, un ritual tántrico para Occidente: todos, creyentes o no, pueden practicarlo, y cada individuo puede añadirle o quitarle elementos según le convenga.

Un conjunto bastante completo

Los grandes principios del simbolismo tántrico y de la ciencia del yantra han servido para la elaboración de la cubierta de este libro. Contiene los símbolos cósmicos esenciales: el cielo, el océano, el Sol, la Luna, más el yantra incluido en el círculo lunar. Ahora le resulta fácil al lector descifrar ese conjunto.

Sin embargo, sin que el intelecto sea informado, su inconsciente sin duda ya lo había descifrado y le había hecho distinguir esta cubierta de las de otros libros expuestos en la librería... ¡Y ahora nada impide al lector convertir la cubierta en un tema de meditación!

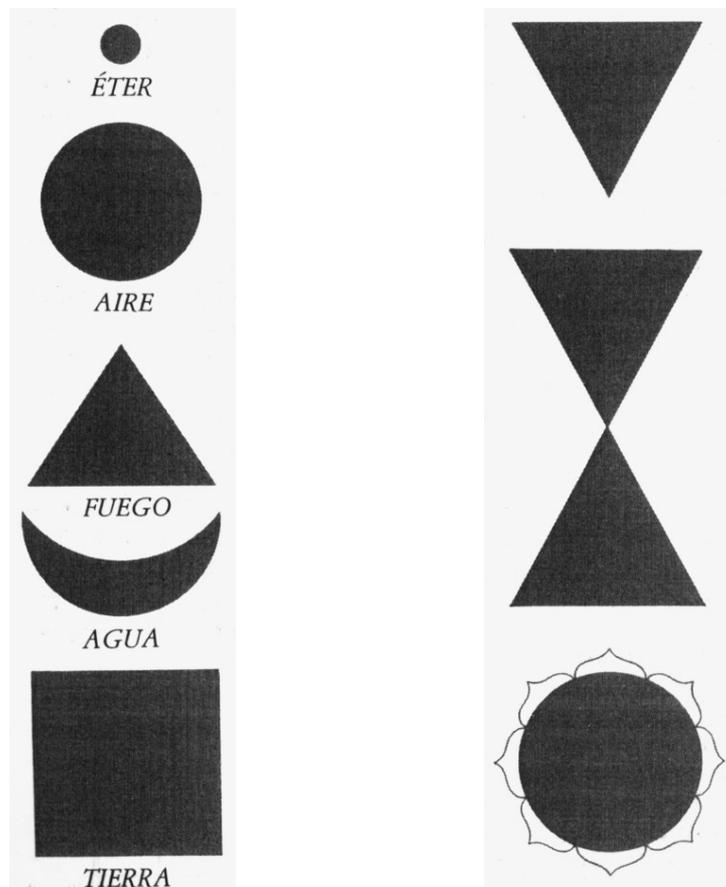
Cada dibujo geométrico elemental, tomado aisladamente, es ya portador de un simbolismo muy profundo. El punto, el círculo, el triángulo con la punta hacia arriba, la media luna y el cuadrado simbolizan también los 5 tattwas o elementos del tantra.

Los dos triángulos opuestos por el vértice representan el damaru, el tambor de Shiva, que es también el de los drávidas y que simboliza a la vez la vibración de los orígenes y la que mantiene permanentemente la existencia misma de la materia. Evoca también el comienzo de la manifestación por el encuentro de Shiva y Shakti.

El loto simboliza el yoni, así como el principio último de la manifestación. Se inscribe también en el simbolismo lunar por el círculo central y por los ocho pétalos. ¡A razón de un pétalo por

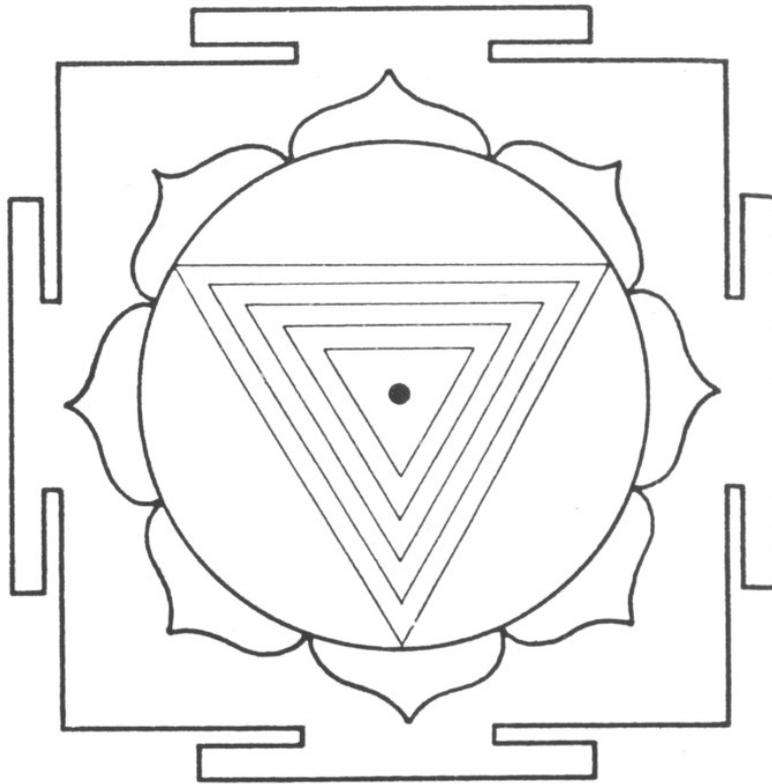
pareja, esto da la ascesis de dieciséis!

Estos dibujos, combinándose, engendran una infinidad de yantras y de mándalas, cada uno portador de su dinamismo psíquico propio. La vida no procede de otra forma: a partir de algunos «ladrillos» elementales, todas las formas de vida se construyen desde la eternidad...

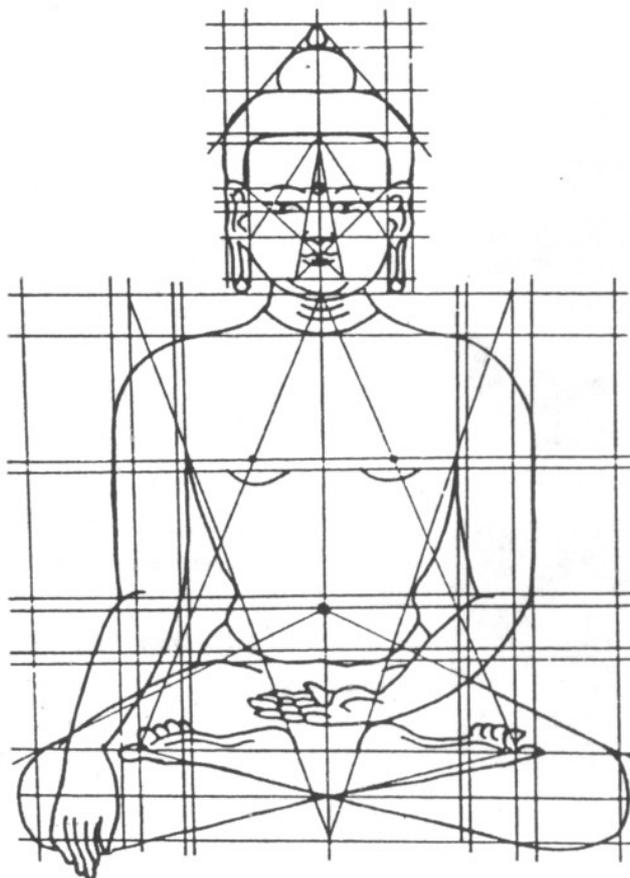


A partir de estos elementos, este yantra se descifra fácilmente: se descubre en él el cuadrado con sus cuatro «puertas», el círculo, el loto, los triángulos y el bindu central en torno al cual se articula todo el conjunto. Este yantra se ve en dos dimensiones, pero también en relieve: los triángulos forman una pirámide cuyo punto central es a la vez el centro de gravedad, la cima y el punto de origen.

La pirámide está colocada en el centro del loto, cuyos pétalos apuntan al cielo. El cuadrado forma un zócalo, una base sólida, una especie de podio, con sus cuatro puertas que se abren al mundo exterior. Para los tántricos, cada ángulo del cuadrado, cada puerta, cada pétalo, cada ángulo del triángulo encierran una energía propia simbolizada por Shakti, que el adepto visualiza en cada uno de sus puntos. Este tipo de visualización por lo general no está al alcance del occidental.



El budismo mismo está impregnado de yantras que se ocultan hasta detrás de las representaciones canónicas del Buda a las que todo escultor debe obedecer. Por lo demás, el cuerpo humano está considerado por los tántricos como el yantra supremo. Por otro lado, cada templo indio es un gigantesco yantra en relieve, al igual que el celeberrimo complejo budista de Bárábudur (o Borubodur, en la ortografía corriente), para citar sólo uno.



4

Los mitos y los símbolos

¿Hay que creer en los dioses hindúes?

A la pregunta: «¿Cree usted verdaderamente en los dioses hindúes?», yo respondería: «Tanto como en Papá Noel».

¿Se entiende la causa? No, porque yo *creo* en Papá Noel y en el Cuco, pero de una forma particular...

¿Y qué es exactamente un «dios» hindú? Antes de precisar, digamos que es una pena que el francés, tan rico en matices, limite la elección entre dios(es) y Dios. Con mayúscula, es el Ser Supremo, el Creador, forzosamente único en nuestro espíritu, ya seamos monoteístas o mono-atéistas y, en ambos casos, al diablo con los dioses, hindúes o de cualquier otro tipo.

Si soy creyente, cristiano, judío o musulmán, mi religión me impone un Dios único que excluye, *ipso facto*, la minúscula tanto como el plural, es decir «los» dioses. «Adorarás a un solo Dios.» A título académico, seguramente que se admitirá el estudio de la mitología hindú, pero no se trata de creer en ella, o peor todavía, de volverse politeísta. Adorar a esos dioses exóticos con múltiples brazos sería una herejía: ¡cuidado con la excomunión! Pero, tranquilícese el lector, no se trata de apostasía.

Si soy mono-atéista (pido perdón al diccionario) es todavía más sencillo: siendo ateo —¡gracias a Dios!—, ¿para qué he de cargar con una multitud de dioses? ¡Uno solo ya es demasiado para mí!

De modo que para el occidental, los dioses hindúes son (y seguirán siendo) tan extraños como extranjeros. Entonces, ¿por qué preocuparse? Buena pregunta, pero digamos enseguida que un «dios» o una «diosa» hindúes no tienen realmente ninguna relación, ni siquiera lejana, con Dios, y lamentemos una vez más que sólo se use «dios» para traducir, y traicionar, el sánscrito *deva*, que viene de *div*, «resplandecer» y, por extensión, «ser luminoso, divino, celeste». ¡Sería mejor conservar *deva* y olvidar «dios (es)»! Señalemos de paso que «diva», que designa a una cantante célebre, deriva de la misma raíz latina que «diosa».

Los arios de las castas llamadas superiores, los brahmanes y los kshatriyas, se autoproclaman *devas*, hijos de la Luz, en oposición a los demonios, a las fuerzas de las Tinieblas, es decir, a los autóctonos vencidos.

Así, el Rig-Veda, la más antigua composición indoaria, preservada con una asombrosa fidelidad desde hace treinta siglos, base de la religión brahmánica, relata y glorifica la lucha épica entre el Bien, los *de-vas*, y los *dāsas*, los demonios del Mal.

Pero, ¿se trata verdaderamente de un combate mítico? ¿No es más bien el relato «mitologizado», divinizado, de la implacable guerra de conquista de la India por los arios? Una mujer india, Malati J. Shend-ge, profesora en la Nehru University de Nueva Delhi, en su notable obra *The Civilized Demons: the Harappans in Kigveda*, restablece la verdad:

«¿Qué significan las referencias constantes del Rig-Veda a los combates que se libran entre los dioses y los demonios? ¿Se trata verdaderamente del Bien luchando contra el Mal, como se admite generalmente, o de una guerra real entre los arios y los antiguos ocupantes de la India? ¿No glorifica más bien el Rig-Veda la victoria de los arios sobre sus enemigos los asuras, rakshas, gandharvas, yanshas y pishakas? [...] Cuando los arios crearon una religión a partir de esos acontecimientos, después de haber divinizado a sus jefes, se arrogaron el título de Bien Cósmico, y naturalmente sus adversarios se convirtieron en «demonios», encarnaciones del Mal Cósmico.

»[...] El himno 11.20.7 canta las alabanzas de Indra, que "desmantela las murallas de las fortalezas donde se guarecen los *dāsas*, los pueblos de piel oscura (*krishnayoni*)".»

Como sólo con las armas no lograban vencer la resistencia de los harapeanos —que les daban realmente mucho trabajo—, los arios no dudaron en recurrir al agua y al fuego. La civilización de Mohenjo-Daro vivía de su agricultura, que a su vez dependía de su notable sistema de riego, alimentado por las aguas de los monzones, contenidas por diques. Mucho antes que los aliados, que durante la última guerra hicieron saltar un dique en Alemania para destruir las ciudades enemigas, Indra, el principal dios ario, mata a Vritra, el jefe guerrero de Harappa guardián de la presa, y «libera las aguas», matando dos pájaros de un tiro. Por una parte las aguas arrasaron todo a su paso, ahogando a los habitantes en sus pueblos y poblados, sembrando el desastre y la confusión. Por otra parte, después de la inundación de los campos y la destrucción de las cosechas, la falta de agua imposibilitó cualquier cultivo, lo cual hizo morir de hambre a los supervivientes.

Así deificado, transferido al cielo, glorificado en tanto destructor de fortalezas, Indra, «el que libera las aguas», es promovido a dios de la lluvia, y su arma es el relámpago.

Agni, dios del fuego, venerado casi tanto como Indra, no es ya la deificación de un héroe de la guerra, sino más bien la de un elemento, central en el culto del Rig-Veda. Para los arios nómadas, el fuego del campamento tenía un papel esencial: en torno a él el clan se reunía cuando acampaban, especialmente para escuchar a los bardos, que luego serían los brahmanes, los amos del fuego de los sacrificios. Convertido en arma de guerra, el fuego, divinizado bajo el nombre de Agni, se convirtió en un elemento central del culto. Agnihotra, el sacrificio del fuego, todavía se practica en nuestros tiempos, como en los tiempos védicos: he asistido a él más de una vez. Sin embargo, se cuidan muy bien de decirnos que para conmemorar la aniquilación de los enemigos, los *dasas*, se arrojan al fuego diversos ingredientes, entre ellos granos que simbolizan la destrucción de las cosechas, las ciudades y los fuertes, y trozos de carne que representan a los enemigos quemados...

Otro elemento mítico del Rig-Veda es el *soma*. En efecto, incluso divinizado, Indra, guerrero intrépido y turbulento, es demasiado humano. Debía beber como una cuba, pues sus batallas contra las «Tinieblas» eran precedidas por enormes borracheras. El Rig-Veda describe con admiración a Indra englutendo impresionantes tragos de *soma* —brebaje embriagador que se convirtió en «su» bebida— ¡y también las escenas conyugales que le hacía su mujer, como a un borracho cualquiera de aquí abajo, cuando él había bebido demasiado! ¡Tampoco los otros *devas* se privaban de *soma*, bien al contrario!

En ese paraíso, breugheliano por anticipado, uno no se aburría: para distraer y encantar a los dioses védicos estaban las ninfas y las bailarinas celestes, las *apsaras*, cuyo poético nombre significa «esencia de agua», y que son simbolizadas por las nubes del cielo. Durante las guerras terrestres —como sus primas teutónicas, las valquirias— bajan al campo de batalla para recuperar a los guerreros (¡arios, por supuesto!) que han muerto en el combate, acostarlos en carros adornados y floridos, y conducirlos directamente al paraíso de Indra. Bromistas, en períodos de «calma» los *devas* envían gustosos a las ninfas en misión terrestre para seducir y, mejor aún, corromper a los ascetas, rishis y otros precursores de San Antonio: ¡el paraíso ario no es sombrío y los *devas* se desternillan de risa!

Progresivamente, el panteón ario, ya bien surtido antes de entrar en la India, se puebla de una multitud de «dioses» nuevos: ¡se van agregando tomos a los registros civiles celestes! La guerra de conquista engendra numerosos héroes arios, que se hacen divinizar debidamente, como Vishnu, uno de los miembros de la trinidad hindú. Varuna, que gobierna el paraíso ario junto con Indra, a cuyas hazañas guerreras sin embargo no está asociado, es El-que-todo-lo-sabe, el ministro del Interior, el jefe de los servicios secretos, el guardián de la ley y del orden. En el Rig-Veda, Rudra, al que encontramos también en el mito de Shiva, es una divinidad muy secundaria: ¿quizás el *jefe* de una tribu local tráfuga? Sea como fuere, arrastra tras de sí al paraíso a sus hijos y a sus partidarios, la cohorte de los maruts, temibles peleones celestes.

Respiremos un poco. Este es un primer proceso de divinización. Jefes de clan que se distinguen en el combate son elevados a la categoría de héroes y emigran al Walhalla indoario como *devas*. Entre dos borracheras y las danzas de las *apsaras*, pueblan sus ocios celestes ocupándose de los fenómenos atmosféricos, como la tormenta y el viento (Vayu y Váta), que se antropomorfizan.

El Sol ario no es un fenómeno unitario. Savitur es el Sol «que se puede mirar», por tanto saliente o poniente; cegador, se convierte en Surya. Aislada entre esta supremacía masculina, está la encantadora Usha, el alba que tiñe el cielo de rojo; femenina porque mañana tras mañana da a luz: incluso en el paraíso, dar a luz es un privilegio que el hombre cede gustoso a la mujer... El Rig-Veda no escatima elogios para Usha y le dedica numerosos himnos muy poéticos. Las otras diosas arias desempeñan la función subalterna de esposas de los dioses, mientras que en el tantra las diosas son el eje del culto.

Los Ashvin, adorados casi tanto como Indra, rigen la pálida luz que precede al alba, cerrando así el ciclo solar: preceden a Usha, que engendra a Savitur, que se convierte en Surya, para volver a ser Savitur en el crepúsculo. ¡Complicado!

¿Pero no abuso de la paciencia del lector? Indra, Varuna y consortes, ¿le suscitan un entusiasmo delirante? Confidencia: tampoco el mío, pero no podemos ignorarlos completamente, para poder diferenciarlos de las divinidades tántricas.

La religión brahmánica, lejos de ser misionera y proselitista, es deliberadamente racista y cerrada. Reservada sólo para los «dos-veces-nacidos», los arios, excluye a los descendientes de los vencidos, *los sudras*, *a fortiori* a los intocables. Es lógico: ellos debían ignorarlo todo de una religión que glorificaba la derrota de sus antepasados, y era necesario borrar hasta incluso el recuerdo de su lucha armada.

Con el paso de los siglos se produce una curiosa osmosis. Si bien *los arios* impedían a los vencidos el acceso a la religión védica con tanto rigor como el acceso a la propiedad, por el contrario *les* daban libertad para que practicaran sus antiguos cultos y adoraran a sus dioses prearios. Poco a poco los dioses indígenas se infiltraron en el panteón brahmánico y, una vez arianizados, llegaron a veces a suplantar a los dioses védicos.

Ario o no, ningún dios indio es identificado con el Ser Supremo, y cada divinidad personifica un aspecto limitado del mismo. Hombres y mujeres idealizados, elevados al rango de *devas*, siguen siendo sin embargo muy humanos, con frecuencia celosos, vengativos, mezquinos, incluso no dudan en mentir cuando están «mitológicamente» arrinconados. Su mito alegórico muestra que los humanos pueden acceder a una perfección que el arte indio concreta en maravillosas esculturas y bronce.

Para simbolizar sus poderes sobrenaturales, se los gratifica, por ejemplo, con varios brazos y diversos accesorios. Bajo apariencias amenazantes, oscuras o monstruosas, revelan poco a poco su verdadero carácter. Para los hindúes se convierten casi en miembros de la familia, dignos de veneración. Aunque disponen de poderes sobrenaturales por ser seres «celestes» y viven en otro plano, sin embargo se los puede tocar según un culto propio para cada ídolo. Así otorgan sus gracias a los devotos, o, como mínimo, no les hacen ningún daño. En conclusión: estos dioses exóticos serán sin duda siempre para nosotros extranjeros e inaccesibles.

¿Pero no tenemos un equivalente? Nuestros santos son bastante parecidos. Como ellos, son seres humanos idealizados, que viven en el cielo, es verdad, pero son sensibles a las plegarias y a los peregrinajes de los devotos. El culto que se les brinda adorando su estatua, dirigiéndoles oraciones, ofreciéndoles flores y velas, es muy parecido, en todo caso. Las capillas de nuestros campos se diferencian muy poco, salvo por su arquitectura, de *los* pequeños templos de las aldeas indias. A cambio de ese culto, nuestros santos interceden por nosotros ante las instancias celestes o se sirven de su propio poder sobrenatural, por ejemplo para curar. Los devotos católicos viven en la intimidad de un santo como los hindúes en la de su *ishta-devata*, su divinidad favorita. Algunos —San Medardo, por ejemplo— gobiernan los fenómenos atmosféricos, como la lluvia. Otros son patronos

de las corporaciones, como San Eloy y Santa Bárbara, o protegen a los marinos, y así sucesivamente.

Papá Noel, un mito bien vivo

Sólo los dioses indios que encarnan mitos o arquetipos universales podrían ser «injertables» entre nosotros sin reacción de rechazo. Para encontrar un ejemplo de trasplante logrado vayamos al Japón: después de todo, la India está a mitad de camino. En efecto, los japoneses han importado y adoptado la fiesta de Navidad, que llaman *Karusumasu* (vaga onomatopeya de Christmas), y con ella nuestro Papá Noel. Así, los niños japoneses tienen también derecho a los juguetes —*made in Japan*, por supuesto— que él distribuye. ¿Y por qué no? En realidad Papá Noel es el arquetipo universal del Padre, del Patriarca tribal, grabado en la memoria colectiva de toda la humanidad. Pero, ¿podemos imaginarlo vestido de *cow-boy*? Su barba blanca, su túnica roja con capuchón, marcan su aspecto bondadoso, lo mismo que su saco lleno de juguetes destinados a los niños buenos. El gorro y la hopalanda forradas de piel gruesa indican que viene del corazón helado de la larga noche invernal. El sombrío *Pere* (padre) Fouettard (equivalente del Coco) es el aspecto represor complementario del Padre arcaico «que está en el cielo», es decir, en el plano psíquico sutil. Luego, cuando el niño «descubre la verdad», ¿qué gana? Nada. A menos que, llegado a adulto y disfrazado de Papá Noel, acceda nuevamente como padre al mito del Padre.

A propósito, yo creía que Papá Noel era muy antiguo, ¡y fue inventado en 1850! Sin embargo, no me equivocaba del todo, pues su linaje se remonta a las antiguas leyendas de los pueblos de Europa: Gargan, hijo del dios celta Bel, ya llevaba un saco y distribuía regalos, sobre todo a los niños. Divertido: en 1961 el cardenal Roques, arzobispo de Rennes, calificó esta costumbre de «increíble estupidez de un traperero imaginario llamado Papá Noel». En 1981, en la explanada frente a la catedral de Dijon —es muy simbólico—, 250 niños «teledirigidos» lo quemaron en efigie, pero... ¡al día siguiente resucitaba en el techo del Ayuntamiento! ¡Un arquetipo es tenaz!

Como por azar, las cenas-comilonas de Navidad y de Año Nuevo coinciden con las fiestas precristianas del solsticio de invierno que celebraban el renacimiento del Sol y de la luz. La Iglesia, más realista y hábil que el arzobispo de Rennes, sabiendo que era incapaz de reprimirlas, prefirió cristianizarlas. Así, desde el año de gracia de 354, «oficialmente» el salvador nació el 25 de diciembre (por orden del Papa Liberio), mientras que antes se festejaba su nacimiento el 6 de enero (Iglesia de Oriente), el 10 de abril o el 29 de mayo. ¡La solución elegida contentaba a todo el mundo!

Volvamos a Papá Noel. Cuanto más mítico es un personaje, y por tanto «no real», más ligado está a su estereotipo. Todo en Papá Noel y en su vestimenta es simbólico, por tanto intangible. De modo que está casi excluido ponerle una chaqueta verde. El rojo es muy simbólico y el inconsciente del niño no se equivoca. Y sería impensable... afeitarlo: imberbe, ya no encarnaría al Padre arcaico. Incluso importa su estatura. Grande y majestuoso sería temible; pequeño y regordete —por tanto, *bon-vivant*— tranquiliza y se convierte en el «pequeño Papá Noel».

El niño ignora nuestros raciocinios de adulto pero, frente a Papá Noel, su inconsciente descifra en él al Padre arcaico. El niño entra en el universo mágico del amor de los padres por sus hijos. Tengamos pena de los niños sin Papá Noel, que no es francés ni japonés, sino universal, aun cuando su papel lo ejerza San Nicolás, su variante nórdica.

Pues sí, Papá Noel es exportable, y así como «creo» en Papá Noel, «creo» en Shiva: su leyenda y su carácter son altamente simbólicos. El occidental se pregunta dónde y cómo podría iniciarse en el tantrismo auténtico. Esta iniciación depende ampliamente de un desciframiento inconsciente de los mitos simbólicos que propone el tantra. Así como Papá Noel coexiste en paz con nuestras religiones cristianas y con los cultos japoneses, los mitos tántricos son compatibles con toda religión auténtica, pues revelan, incluso activan, fuerzas cósmicas latentes en nuestro ser y en el universo.

Esta larga introducción era, en mi opinión, indispensable antes de abordar a Shiva y su simbolismo. Ignorarlo es ignorar la esencia del tantra.

Símbolos para la vida

*Los símbolos revelan velando
y velan revelando.*

G. Gurvitch

Mientras que la palabra informa, el símbolo revela. Modo de enfoque no verbal de las realidades últimas del ser y del cosmos, el símbolo es uno de los pilares del tantra, como por lo demás de cualquier Tradición. Ciertamente el discurso es un modo de comunicación esencial para el hombre y cuando alcanza la dimensión de la Palabra, lo cual ocurre raramente, también encuentra su lugar en toda tradición. Ciertamente que el lenguaje es un útil privilegiado para el intelecto, si no por qué diablos escribir —y leer— este texto, pero se queda en la superficie de las cosas y de los seres...

El hombre moderno, ahogado en un diluvio de palabras, ha perdido el acceso al lenguaje simbólico y es una pena. En este sentido es significativo que las palabras que mejor traducen el pensamiento tántrico sobre el símbolo sean las del vidente y curador sioux Tahca Ushte. Dirigiéndose a su amigo blanco Richard Erdoes, dice: «¿Qué ve usted aquí, amigo mío? Simplemente una vieja marmita, abollada y sucia de hollín. Esta marmita se coloca sobre una vieja estufa de leña encendida, y el agua hierve a borbotones. El vaho del vapor sube hasta el techo y la tapa de la marmita se levanta ligeramente. En la marmita, agua hirviendo, trozos de carne con grasa y muchas patatas.

»Esta marmita no tiene aspecto de traer un mensaje y le ruego que no le otorgue el menor interés, salvo que la sopa huele bien, lo cual le recuerda a usted que está hambriento. ¡Tal vez teme que sea un guiso de perro! No tema. Es sólo buey, no un animal doméstico bien gordo para los días de ceremonia. Se trata de una comida ordinaria.

»Pero yo soy un indio. Pienso en cosas tan comunes como la marmita. El agua que hierve proviene de una nube de lluvia. El fuego nos viene del Sol que a todos nos calienta, a los humanos, a los animales, a los árboles. La carne es símbolo de las criaturas de cuatro patas, nuestros hermanos los animales, que se sacrifican para que podamos vivir. El vapor es el hálito de la vida.

»Era agua, ahora gana nuevamente el cielo, se convierte en nube. Todo esto es sagrado. Mirando esta marmita, llena de buena sopa, me repito que de esta forma sencilla Wakan Tanka, el Gran Espíritu, cuida de mí. Nosotros los sioux pasamos mucho tiempo pensando en las cosas de cada día que, a nuestros ojos, están mezcladas con lo espiritual. Vemos en el mundo que nos rodea numerosos símbolos que nos enseñan el sentido de la vida. Tenemos un dicho según el cual si el hombre blanco ve tan poco es porque debe tener un solo ojo. Nosotros vemos muchas cosas que ustedes no advierten nunca. Las verían si tuvieran suficientes ganas, pero en general están demasiado apresurados. Nosotros los indios vivimos en un mundo de símbolos y de imágenes donde lo espiritual y lo cotidiano son una sola cosa.

»Para ustedes, los símbolos no son más que palabras que se dicen o se leen en los libros. Para nosotros, forman parte de la naturaleza, de nosotros mismos: la tierra, el sol, el viento y la lluvia, la piedra, los árboles, los animales, incluso los insectos como las hormigas y las langostas. Tratamos de comprenderlos, no con la cabeza sino con el corazón, y una simple indicación basta para revelarnos su sentido.

»Lo que ustedes les parece trivial a nosotros nos parece maravilloso gracias al simbolismo. Es raro, porque ni siquiera tenemos una palabra para designar lo que ustedes llaman "simbolismo", y

sin embargo el simbolismo nos impregna hasta en lo más íntimo de nuestro ser. Ustedes tienen la palabra, pero *qso* es todo.

»[...] Desde el nacimiento hasta la muerte, nosotros los indios quedamos presos en los pliegues de los símbolos como en una manta. Las tablas de la cuna del recién nacido están cubiertas de dibujos que deben velar por el niño, para que tenga una vida feliz y sana. Los mocasines de los muertos tienen las suelas adornadas de cierta forma para facilitarles el viaje al más allá. Por la misma razón, la mayoría de nosotros tenemos tatuajes en la muñeca —no tatuajes como los de sus marinos: puñales, corazones, muchachas desnudas—, sólo un nombre con letras o dibujos.

»[...] Cada día de mi vida veo símbolos en la forma de ciertas raíces o de ciertas ramas. Leo mensajes en las piedras. Les dedico una atención especial por que soy un vidente, un *yuwipi*, y las piedras son mi oficio. Pero no soy el único. Muchos indios hacen otro tanto.

»*Inyan*, las piedras, eso es sagrado. Cada hombre tiene necesidad de una piedra que lo ayude a vivir.»

Sí, cada uno tiene necesidad de una piedra que lo ayude a vivir, y nosotros vivimos, mi mujer y yo, en la intimidad de una piedra negra, ovoide, traída de la India, en una palabra, un *lingam*.

El lingam, símbolo absoluto

El *lingam* es el símbolo más común en la India, donde es aceptado tanto por los hindúes como por el tan-tra ya sea de Derecha o de Izquierda.

Katherine Mayo, en *Mother India*, escribió en 1927: «Shiva, una de las divinidades del panteón hindú, está representado en todas partes, a lo largo de los caminos, en pequeños altares, en los templos, en los oratorios de las casas indias o en los amuletos personales. Cada día, a través de la imagen del órgano de la generación, es adorado por sus devotos».

El *lingam* además es el único elemento común a prácticamente todos los templos hindúes, el único también que puede ser mirado y tocado por cualquiera, sin importar su religión, su secta o su casta. En todo rito tántrico tiene un papel central, tanto entre los shivaítas como entre los adeptos de Shakti.

Lo característico del símbolo es que revela aspectos diferentes según la persona que lo percibe y según las circunstancias: de ahí su riqueza, y el valor simbólico del *lingam* es extraordinario. Por ser universal es aceptable para todos, tanto creyentes como ateos.

¿Se trata de una imagen fálica o priápica? Es lo que creían los primeros occidentales que viajaron a la India. En 1670, un individuo llamado Stravorinus, capitán de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, se indignaba por ello: «Aquí y allí, hay representaciones de una divinidad que adoran bajo el nombre de *lingam*. Es el culto más escandaloso entre todas las abominaciones que la superstición humana ha multiplicado en la superficie de la Tierra...»

Sin comentarios...

El tantra es el modo de acercamiento a las realidades últimas más accesible al conjunto de la humanidad, cualesquiera que sean las diferencias, raciales u otras.

A primera vista, sin embargo, ¿qué hay más extraño que los conceptos, los ritos y las técnicas del tantra, especialmente el culto del *lingam*? En nuestro inconsciente, sin embargo, despierta ecos profundos desde que penetramos en su universo misterioso.

Para el tantra, el *lingam* es el conjunto formado por el órgano masculino engastado en el sexo femenino, y no sólo el falo, aunque éste sea ya un símbolo muy potente, universalmente extendido, incluso entre nosotros.

George Ryley Scott escribe: «Era natural que los antiguos bretones adoraran las piedras y los

pilares en cuanto emblemas del principio masculino, así como los antiguos hebreos, los griegos, los romanos, los egipcios, los japoneses y tantos otros. Huellas de este culto han sido descubiertas en numerosos lugares de Inglaterra, Escocia y el país de Gales, aunque sean notablemente escasas las estatuas fálicas realistas. Tales ejemplares han existido, pero probablemente han sido demolidos, y la mayor parte de las huellas escritas sobre los mismos han sido borradas con cuidado por el clero y las demás autoridades».

El mismo autor cita a B. Hannay en *Christianity: The Sources of its Teaching and Symbolism*: «Los pilares fálicos no eran raros en Bretaña. Tenemos una larga lista establecida según antiguos escritos. Buen número de ellos fueron destruidos o derribados, mutilados en la punta o erosionados por la intemperie; sin embargo, en las investigaciones, se descubren columnas fálicas tan perfectas que un indio shivaíta se prosternaría ante ellas y las adoraría todavía hoy. Otros sólo representan el glante, como las formas adoradas por los asirios».

En el emplazamiento prehistórico de Filitosa, en Córcega, se ven piedras erguidas, de un realismo tal que se trata indudablemente de *lingams*, aunque los arqueólogos los califican púdicamente de «guerreros». También en este caso podemos hacer una comparación entre el hombre viril sexualmente y el hombre viril combativamente.

No sé qué hubiera pensado, pues, nuestro amigo Burgess si hubiera asistido a la escena relatada por el Capitán Hamilton (*A New Account of East Indies*, Edimburgo, 1727, vol. 1, p. 152), que vio un «*sanctified rascal*» (literalmente, un miembro de la chusma santificado), un truhán de siete pies (más de dos metros), con los miembros bien proporcionados, de la secta de los *jougies* (*sic*) «sentado a la sombra de un árbol, prácticamente desnudo, con un *pudenda* (en latín en el texto) como un asno, con un anillo de oro pasado por el prepucio. Este gañán era muy reverenciado por un gran número de mujeres jóvenes casadas, que se prosternaban ante el priapo viviente, lo tomaban devotamente entre las manos, lo besaban, mientras que su propietario libertino les acariciaba las necias cabezas murmurando plegarias obscenas, que supuestamente les aseguraban una progenitura».

¡Se entiende, efectivamente, que este subdito de Su Muy Excelsa Majestad Británica haya sido escandalizado por ese espectáculo! No comprendió que esas mujeres no adoraban el miembro viril sino el *lingam*, signo de la potencia creadora de Shiva.

¡Estupefacción! ¡Escándalo! ¡Otro viajero vio a un asceta desnudo, sentado bajo un árbol, poniendo collares de flores y otras ofrendas rituales a su propio miembro en erección! Para el asceta, la erección manifestaba la fuerza creadora que hace surgir una nueva vida o las galaxias de la nada, y es ese principio cósmico lo que reverenciaba... Estaba en condiciones de disociar su polo-individuo (el yo consciente) de su polo-especie. Todo esto no puede trasladarse a Occidente, evidentemente: ¡imagínese el lector la cara de los peatones en los Campos Elíseos!

En la India, el origen del culto del *lingam* se remonta a la prehistoria, a los antiguos ritos sexuales de fecundidad, al culto de la Gran Diosa. Los hombres y las mujeres se unían cerca de los campos, y los acoplamientos colectivos se consideraban beneficiosos para aumentar, por contagio, la fecundidad de la tierra: seguramente era menos tóxico que nuestros pesticidas... Luego se levantaban piedras para invocar a las fuerzas creadoras, piedras que todavía están allí...

Este culto es muy anterior a la invasión aria: el Rig-Veda atestigua que el *lingam* era, si no el único, el principal símbolo preario, rechazado por los arios.

Los epítetos injuriosos dirigidos a los drávidas: *akarman*, sin ritos, *ayajvan*, que no hacen sacrificios, *shishna-devāh*, literalmente «cuyo dios es el pene» (VII.21.5 y X.99-3), prueban que el simbolismo profundo del *lingam* escapaba a los arios. Su culto, condenado, quedaba desterrado de los rituales védicos.

Sin embargo se produciría un viraje. Sólidamente implantados en el país conquistado, su pretendida integridad racial protegida por el estricto *apartheid* del sistema de las clases, los arios

podían darse el lujo de la tolerancia religiosa. Dejaban que sus siervos, los sudras, conservaran sus antiguos dioses y cultos.

Mientras que habitualmente el vencedor impone su religión a los vencidos, en la India los arios no sólo no deseaban en absoluto «brahmanizar» a sus siervos, sino que al contrario prohibían estrictamente a los no arios (y a algunos arios) incluso que escucharan los Vedas. En caso de transgresión, el Código de Manu castigaba ese «sacrilegio» con graves penas.

Sin embargo, poco a poco los «señores» se anexaron dioses, creencias, prácticas mágicas de los vencidos y las integraron, «arianizadas», a su propio culto y panteón: el resultado de esta osmosis es el hinduismo. Y es así como el *lingam*, al principio tan despreciado, se convirtió en el símbolo más difundido en toda la India. Sin embargo, si los arios patriarcales lo aceptaron bastante fácilmente, ¿fue porque veían en él sobre todo el miembro viril!

Todavía hoy el culto del *lingam* ha conservado su fervor original. Cito a Mircea Eliade (*L'épreuve du Labyrinthe*, p. 68): «La segunda enseñanza que me ha aportado la India es el sentido del símbolo. En Rumania no me atraía la vida religiosa, las iglesias me parecían atestadas de iconos. Y por supuesto que no consideraba esos iconos como ídolos, pero en fin... Pues bien, en la India, viví en un poblado de Bengala y vi mujeres y muchachas que tocaban y decoraban un *lingam*, un símbolo fálico, más exactamente un falo de piedra anatómicamente muy exacto; por supuesto que, al menos las mujeres casadas no podían ignorar su naturaleza, su función fisiológica. Comprendí, pues, la posibilidad de «ver» el símbolo en el *lingam*. El *lingam* era el misterio de la vida, de la creatividad, de la fertilidad que se manifiesta en todos los niveles cósmicos. Esta epifanía de vida era Shiva, no era el miembro que nosotros conocemos. Entonces, esa posibilidad de ser religiosamente conmovido por la imagen y por el símbolo, me reveló todo un mundo de valores espirituales».

A primera vista el *lingam* parece ser un símbolo falocrático; sin embargo, cuando el órgano masculino se pone erecto, ¿es a causa de la mujer! Según un dicho tántrico, «Shiva sin Shakti sólo es un *shava*, un cadáver». La erección demuestra el poder femenino. Discúlpeme, señora, si evoco el ejemplo bien conocido de los perros. Normalmente, no pasa nada, pero cuando una perra está en celo, ¡a la arrebatilla todos los perros! Por tanto es la hembra quien despierta a los machos, y no a la inversa.

El *lingam* pone así (¡aparentemente!) a todo el mundo de acuerdo: al falócrata que da la prioridad al órgano masculino erecto, al tántrico que detrás de la unión de los órganos masculino y femenino percibe los principios cósmicos así simbolizados. Si es fácil esculpir el órgano masculino, por el contrario es técnicamente imposible esculpir el sexo femenino en relieve. Eso es lo que hace que, en los *lingams* indios, el órgano femenino se limite a rodear la base del órgano masculino, y el resto debe ser imaginado.

Una pregunta: ¿por qué los *lingams* son siempre de piedra, excepto los modelados en arcilla y que se arrojan enseguida al Ganges, y por qué esta piedra en general es negra? La respuesta es simple: ¿es a causa del color de la piel de los drávidas, cuyo dios era Shiva!

¿Y como es en realidad una *linga-pūjā*, una adoración del *lingam*, en un medio puritano como, por ejemplo, el *ashram* de Rishikesh, al pie del Himalaya? El oficiante, a veces el *swami* Chidananda, el asceta, acaricia en primer lugar largamente, casi amorosamente, el *lingam* de piedra pulida, lo adorna con guirnaldas y traza en él con pasta de sándalo amarillo los signos rituales y simbólicos. Durante toda la celebración, el oficiante y los participantes cantan en coro, durante horas, «Om Namah Shivayah», arrojando al mismo tiempo flores y pétalos de flores sobre el *lingam*, que queda casi cubierto por ellos.

En el momento culminante, el oficiante vierte sobre el *lingam* un líquido blanco viscoso hecho de leche y miel (cuyo simbolismo es evidente), que corre lentamente por la piedra y se derrama en el *arghya*, para ser luego repartido entre los participantes, que lo beben con evidente devoción. Como en la consagración durante una misa católica, para ellos en ese instante Shiva está presente en el

lingam.

Cuando se les menciona el carácter sexual evidente de ese ritual, se ofuscan y, con buena fe, lo niegan absolutamente. He oído a una occidental, también ella de buena fe, seguir su ejemplo. Creía incluso que aportaba una prueba tan sutil como innegable: decía que si se tratara verdaderamente de un símbolo de unión sexual, el falo debería estar horizontal y no vertical. En la posición occidental corriente, la del misionero, sería así, pero no en el *maithuna* tántrico, donde Shakti está a horcajadas, o «cabalga» sobre Shiva y el órgano masculino está vertical. Los indios —¡que ciertamente saben!— no hablan: se contentan con negar...

Los tántricos sienten que la eyaculación es el momento procreador por excelencia, cuando la energía femenina se apodera del esperma para suscitar una nueva vida. Para ellos, todo acto creador va acompañado de goce y la creación resulta de una unión cósmica permanente y orgiástica, que proseguirá hasta el fin de los tiempos: cada galaxia es el fruto de un orgasmo cósmico. Toda experiencia cósmica es necesariamente extática, como el éxtasis de los místicos occidentales, y eso justifica los ritos sexuales de la Vía de la Izquierda, la vía más directa hacia el éxtasis. Para el tantra, la libido cósmica (¡que Freud se alegre en su tumba!) es el dinamismo fundamental de la creación: el universo nace del deseo, como todo ser viviente. Deseo y goce acompañan a todo acto verdaderamente creador.

En los ritos sexuales del tantra, todo se organiza para despertar el deseo, para crear situaciones eróticas intensas, para acceder así a la felicidad, al éxtasis, por una unión concreta ritualizada, sacralizada. Además, esta unión sólo llega a ser espiritual si se percibe su carácter divino, sagrado. Para el tantra todo goce puro es de orden espiritual. La unión sexual es el «signo» más concreto, más simbólico que existe, y va acompañado también por la felicidad última que puede experimentar el cuerpo humano. Todo esto supone una visión diferente de la ordinaria, que considera que el goce y lo espiritual son incompatibles. Los siguientes extractos de escrituras sagradas confirman el simbolismo del *lingam*: «La naturaleza manifiesta, la energía cósmica universal, está simbolizada por el *yoní*, el órgano femenino que rodea al *lingam*. El *yoní* representa la energía que engendra el mundo, matriz de todo lo que se ha manifestado» (Karapátri, *Lingopapasana rahasya*, Siddhanta, vol. 2, p. 154).

«El Universo proviene de la relación de un *yoní* con un *lingam*. En consecuencia, todo lleva la marca del *lingam* y del *yoní*. Es la divinidad que, bajo la forma de falos individuales, penetra en cada matriz y procrea así a todos los seres» (*id.*, p. 163).

La potencia física y mental se adquiere controlando el sexo, ritualizándolo y no reprimiéndolo. Los órganos que intervienen son la expresión visible del poder creador, cuyo símbolo más concreto son. Cuando los hindúes veneran el *lingam* no deifican un órgano físico, reconocen simplemente una forma eterna y divina manifestada en el microcosmos. Porque la potencia creadora humana reside en el sexo, éste es a la vez la sede y el emblema de lo divino, de la forma causal, eternamente presente en todas las cosas: «Aquellos que no quieren reconocer la naturaleza divina del falo, los que no comprenden la importancia del rito sexual, los que consideran el acto de amor como vil y despreciable o como una simple función física, seguramente fracasarán en sus intentos de realización material o espiritual. Ignorar el carácter sagrado del falo es peligroso, mientras que venerándolo se obtiene el placer (*bhukti*) y la liberación (*mukti*)» (*Lingpapāsana rahasya*).

O también: «El que deja pasar la vida sin haber honrado el falo es en verdad despreciable, culpable y condenado. Si se hace un balance, de un lado la adoración del falo y del otro la caridad, el ayuno, los peregrinajes, los sacrificios y la virtud, gana la adoración del falo, fuente de placer y de liberación, abrigo contra la adversidad» (*Shiva Purana*, 1, 21-23-24-26).

«El que venera el *lingam*, sabiendo que es la causa primera, la fuente, la conciencia, la sustancia del universo, está más cerca de mí que ningún ser» (*id.*).

Estas citas, provenientes de una escritura aria, requieren dos observaciones. En primer lugar, estamos lejos del Rig-Veda y de sus imprecaciones contra los «adoradores del dios-pene».

Segundo, un malabarismo «falocrático» hace del *lingam* un simple falo, mientras que, para el tantra, el *lingam* es el *yoni* indisolublemente unido al órgano viril: ¡es más que una cuestión de matiz!

Para cerrar este capítulo escuchemos todavía a nuestro amigo sioux Tahca Ushte, tántrico sin saberlo: «Para el hombre blanco, los símbolos son sólo una cosa agradable que permite dejarse llevar por las especulaciones, un juego del espíritu. Para nosotros, son más que eso, mucho más. Para nosotros se trata de *vivirlos*».

Por eso las especulaciones (¡por tanto mi texto...!) sólo son útiles y justificadas en la medida en que nos abren a la riqueza de los símbolos, de los que entonces nuestro espíritu acepta servirse. Para que lleguen a ser «más que eso», hay que olvidar las disertaciones y dejarlas actuar en las profundidades del inconsciente, allí donde tenemos nuestras raíces, donde se está en contacto con las fuerzas vivas del universo, donde «engendrar» adquiere todo su sentido.

Regresemos a Occidente: ¿es la cruz un *lingam* oculto? Esta pregunta corre el riesgo de disgustar —sin motivo, por supuesto— a los católicos, para quienes evoca el sacrificio supremo del Hijo de Dios para rescatar a la humanidad. Pero, ¿está prohibido ver también el símbolo de la unión de los principios creadores últimos? Y ver en ella un símbolo eventual-mente fálico, ¿es un sacrilegio? Aunque no soy ni padre de la Iglesia ni doctor en teología, sin embargo creo recordar que antes de la cruz el signo crístico era el pez, símbolo indudablemente fálico. Todavía hoy, en el sur de Italia, la misma palabra designa al pez y al órgano viril: quien lo dude que vaya a Nápoles e interroge a las vendedoras de pescado del puerto...

Lingam - Definición

Linga significa... ¡signo! «El signo distintivo que permite conocer la naturaleza última de las cosas se llama *linga*» (*Shiva Purāna*, 1, 16, 106). Así, *linga* designa los órganos masculino y femenino unidos, y su- unión es el «signo» visible del dinamismo creador universal.

Cualquiera que sea nuestra religión (o su ausencia) y nuestra filosofía, la existencia misma del universo implica también la de una energía cósmica —la Shakti del tantra— que engendra infinita variedad de formas, de la galaxia al átomo, del virus al elefante. Ahora bien, en el origen de todo ser vivo está la unión de los sexos, la unión de los principios masculino y femenino. En el acto sexual este dinamismo es *realmente* activo; simboliza el pasaje de lo no manifestado a lo manifestado. Para que el nuevo ser, potencialmente presente en los genes de los padres, sea real, manifiesto, es preciso necesariamente que se despierte el deseo sexual, seguido del *maithyuna* que, en el tantra, se concibe como el acto más «significativo», más sagrado que hay. Por eso se ha convertido en el símbolo supremo del tantra.

En cuanto a *lingam*, Gurú Nishtura Nanjanācharya, de la tendencia Vīrashaiva, lo identifica con Shiva, el Absoluto, que sólo puede ser percibido a través de su manifestación, es decir, la creación. Hace derivar *lingam* de la raíz *gam*, «producir, penetrar profundamente, comprender», y de *Un*, «absorber, disolver» (*Handbook of Vīrashaivism*, Nandimarth Motilal, p. 69). Radhakrishnan también hace derivar *lingam* de las raíces *li* (disolver) y *gam* (salir de, producir), con el significado: «la realidad última donde todas las criaturas se disuelven y de dónde vuelven a salir...». (De ahí las dos ortografías, *tinga* y *lingam*.)

Por extensión, y porque el órgano masculino excitado es el «signo» evidente de que el poder procreador se ha despertado en ese momento en el hombre, *lingam*- designa también el miembro viril en erección.



De simple estela de extremos redondeados, el lingam se convierte a veces en un símbolo muy elaborado, como éste. En los templos shivaitas del sur de la India, se superpone toda una figuración alegórico-simbólica al lingam puro y simple. Shiva emerge del lingam de piedra en tanto figura principal. Por encima de él otro miembro de la trilogía hindú, Brahma (no hay que confundirlo con Brahmán, con «n», que es el Absoluto), y debajo Vishnu, el tercer miembro.



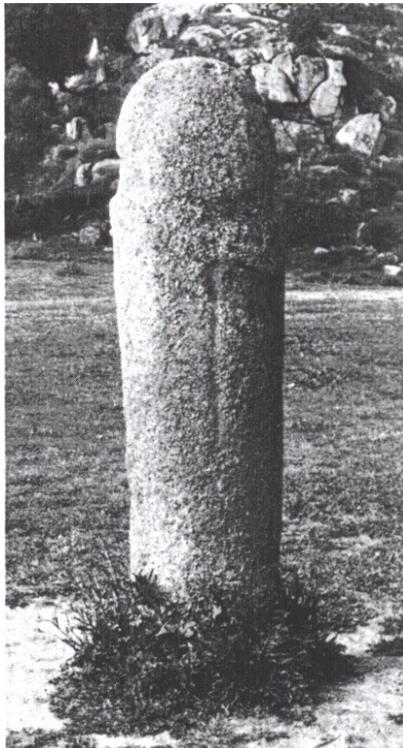
Una simple piedra ovoide erecta constituye la forma más elemental del lingam, engarzado en la tierra, que es el elemento femenino.



Una forma arcaica del «signo» del lingam, donde la piedra masculina está rodeada de un yoni bastante realista.



Aquí la piedra ovoide está colocada en un soporte bastante particular: la base es una campana, otro símbolo del órgano femenino.



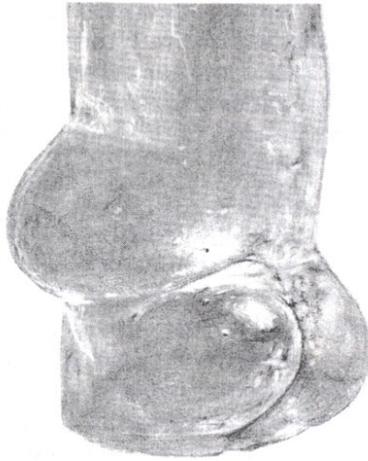
Uno de los monolitos que se levanta en el sitio prehistórico de Filitosa, en Córcega: todo tántrico indio reconocería en él un lingam. ¿Pero no es un puro símbolo masculino? ¿Dónde está el yoni, el órgano femenino? Es muy simple: ¡el yoni no es otro que la tierra misma!



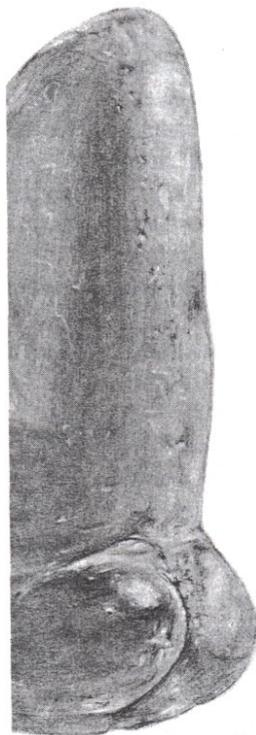
Denise Van Lysebeth contempla uno de los lingams del sitio prehistórico de Filitosa (Córcega) y al mismo tiempo da una idea de sus dimensiones.



Esta estatuilla del neolítico descubierta en Italia cerca del lago Trasimeno es muy original: sobriamente el artista ha logrado representar a la vez los principios masculino y femenino. Sin embargo sólo aparecen para quienes lo saben ver.



La mitad inferior simboliza la fecundidad femenina: se ve claramente un vientre de mujer encinta y unas nalgas bien formadas.



Por el contrario, si se mira la cara «posterior» se ve un órgano viril también bien formado. El conjunto, que agrupa a la vez Shiva y Shakti, merece ser llamado lingam, es decir, signo.

Shiva, la carrera de un dios

Parecería que la danza haya surgido en el origen de todo, así como Eros, y que esta danza primordial haya suscitado la coreografía de las constelaciones, de las estrellas y de los planetas, en su relación armoniosa y en su interdependencia...

Desconocido para los arios, incluso despreciado por ellos, Shiva se ha convertido, con el correr de los milenios, en una divinidad clave hindú y tántrica a la vez. Su ascensión a la jerarquía divina

hasta llegar a ser, junto con Brahma y Vishnu, miembro de la trinidad hindú, revela su dinámica profunda.

El ejemplo conocido de Papá Noel ha mostrado cómo el simbolismo sutil de un personaje ficticio permite un acceso intuitivo a estratos psíquicos profundos, poco accesibles sin él. Paradoja: despertando esos estratos arcaicos, ese personaje se vuelve más vivo, más verdadero que un personaje real.

A propósito de Shiva, un amplio consenso entre los indianistas occidentales y los indios hace remontar su culto a la civilización dravídica, más que a los autóctonos:

«Desde el Himalaya al cabo Comorin, se busca en vano entre las tribus salvajes aborígenes la más ínfima huella de una forma cualquiera de culto tántrico de Shiva o de Kālī, su esposa. Tampoco se ha hallado nunca el emblema fálico, símbolo de Shiva» (N. Bose & Halder: *Tantras, Their Philosophy and Occults Secrets*, p. 72).

Se ignora incluso su nombre, tan sagrado y secreto que se evita pronunciarlo. «Shiva», que lo designa por todas partes en la India, es un simple adjetivo que significa «el benévolo», «el favorable». Se vincula al culto solar: «El culto de Shiva deriva de un culto solar, muy difundido en la humanidad primitiva; el nombre *shivan* dado al Sol es similar a la palabra tamil *shivappu*, rojo; por ello *shivan*, el Rojo, es una palabra adecuada para designar al Sol naciente. *Shivan* se parece también a los términos tameses *schemam* y *shemmai*, que significan prosperidad, rectitud. Con el tiempo, además de «el Rojo», *shivan* se enriquece con sentidos como «de buen augurio», «próspero», etc.» (V. Parjoti, *Saiva Siddhanta*, p. 13).

Se lo llama también *Shambhu*, *Shamkara*, el benéfico, lleno de gracia. Si Alain Daniélou cree que su verdadero nombre es *An* o *Ann*, otros se inclinan por *Han*, es decir, Dios en sentido absoluto.

Shiva, dios enemigo, fue primero rechazado por los invasores arios. Sin embargo, después de haber vencido y sometido a los drávidas, impresionados por ese culto tan universalmente expandido entre sus siervos, poco a poco lo adoptaron y lo integraron a su cultura.

Es interesante, e incluso divertido, seguir el proceso de arianización de Shiva, a través de su asimilación progresiva a Rudra, un dios védico muy menor.

Es probable que los rudras, como los maruts, fueran aborígenes tráfugas, aliados a los arios durante la guerra de conquista, en función de lo cual su jefe, Rudra, fue divinizado, «a disgusto, en tanto dios de las lágrimas, el que causa el dolor. Lejos de ser adorado y respetado como Indra, Varuna, Vāyu, etc., Rudra («el que grita») no tiene parte alguna en el sacrificio del fuego. En su calidad de dios de las lágrimas, se aloja fuera del barrio residencial de los dioses, en o cerca de los campos de cremación» (Bhattacharya, *Saivism and the Phallic World*, p. 216).

En el Shatarudrīya, se envía a Shiva-Rudra a acampar en las montañas y en los bosques, donde se lo asocia a los cazadores, a los habitantes de los bosques, ¡pero también a los ladrones y a los bandidos! Una hermosa reputación...

Fueron sin duda los brahmanes quienes, irritados por verlo seducir a los arios, lo presentaron al principio tan poco simpático como les fue posible: incluso lo hicieron el dios de las enfermedades...



Sello de esteatita del proto-Shiva, Señor de los Animales, en posición yóguica y con atributos masculinos bien marcados.

El original, conservado en Debli, en el Museo Nacional, mide 3,5 x 3,5 cm aproximadamente. (Tomado de «Die Indus Zivilisation»)

Al crear a Shiva, la encarnación del principio creador masculino, los drávidas actuaron como dijo Voltaire: «Dios creó al hombre a su imagen, pero éste ha hecho lo mismo». Shiva, principio creador masculino, es uno de los símbolos más potentes y más antiguos del tantra: aparece ya, como *Pasupati* (padre y amo de los animales), en el sello del Indo que antecede, sentado y rodeado de animales salvajes: el tigre, el búfalo, el elefante, el rinoceronte...

Sus cuernos simbolizan las fuerzas lunares o el toro, su vehículo y parangón de la fuerza sexual: pensemos en los cuernos de los toros de los santuarios de Çatal Hüyük y en el dios cornudo de las hechiceras, convertido en el diablo en la iconografía de la Iglesia. Sus tres caras revelan que suscita, mantiene y disuelve el universo. Dios de los yoguis, su postura pone claramente en evidencia sus atributos masculinos...

Introducido por la puerta de servicio en el panteón védico, escala poco a poco los escalones de la jerarquía divina y se convierte en el igual de Vishnu y de Brahma, constituye con ellos la trilogía hindú dominante. Sin embargo, lo logra «por la presión de la calle», como se diría hoy.

Favorito de los drávidas, Shiva encarna su resistencia al ocupante ario, y las leyendas sobre él son innumerables. La siguiente expresa la enemistad entre las dos Indias, la de los ocupantes y la de los ocupados. Comienza con un idilio entre Shiva y Sati, la hija del rey ario Daksha. Enamorada de Shiva, Sati lo desposa contra la voluntad de su padre y se va a vivir con él en el monte Kailash, en el Himalaya. Después de pasar muchos años lejos de su familia, un día Sati se entera de que su padre organiza una fastuosa celebración. Aunque no haya sido invitada, quiere asistir, tan grande es su deseo de volver a ver a los suyos.

Su divino marido se lo desaconseja, pero por primera vez ella no lo escucha. Cuando llega a la ceremonia, la flor y nata aria está presente: los reyes, los príncipes, los nobles y sus esposas, todo el mundo en traje de gala. Cuando su padre ve llegar a la tráfuga por amor, vestida con harapos, se siente deshonrado y, lívido de cólera, lanza las peores injurias hacia Shiva. Es demasiado para la pobre Sati: se desvanece para no volver a despertar.

La triste noticia se difunde inmediatamente en la ciudad y Shiva, cuando se entera, se pone furioso. Como un solo hombre, todos sus partidarios, es decir, el pueblo llano, se levantan y se

rebelan. En la ciudad cunde la revuelta. El resentimiento generalizado hacia la tiranía brahmánica, que se incubaba desde hacía tiempo, estalla. El lugar de la ceremonia es profanado, saqueado, y Daksha, el padre de Sari, es humillado. La muchedumbre exige que Shiva sea proclamado el igual de los dioses arios. Para calmar su cólera, los brahmanes admiten a Shiva en el panteón hindú.

Esta leyenda, que expresa tan bien la revuelta, todavía es tan popular en la India que se han hecho historietas con ella. La India —pensemos que de cada cinco seres humanos uno es indio— es un volcán donde la presión sube bajo la cascara constituida por la estructura aria milenaria. Cuando la India explote, el mundo temblará...

En la iconografía de Shiva, su arma favorita es el tridente junto con el lazo. «Oficialmente» su tridente —que no es el de Neptuno— simboliza los tres *gunas* del *Samkhya* (*sattiva*, *raja*, *tama guna*) y también los tres *nadis* (conductos sutiles de energía) del yoga: *Ida*, *Píngala* y *Sushumna*.

Pero para los que *saben* es diferente, pues el tridente era el arma preferida de los drávidas, mientras que su homólogo ario tenía cuatro dientes. El Rig-Veda dice (152.7 y 8): «Con su arma de cuatro dientes (*Chaturashri*) Mitra y Varuna matan a los portadores del tridente». El indio Rajmohon Nath, en *Rig-veda Summary*, p. 83, comenta este versículo: «Esto da una indicación relativa al viejo conflicto entre los dos campos, que continúa todavía en la India (actual)». ¡Son pocos los que lo dicen! Sin embargo, como en materia de simbolismo cada uno es libre, nada impide ver ahí también la versión oficial...

Shiva, el danzarín divino

Interesante lo que precede, pero como occidentales, confesémoslo, no nos sentimos verdaderamente implicados en estas aventuras o desventuras de Shiva. Por el contrario, el mito de Shiva, el danzarín divino, nos interpela por su simbolismo universal.

Para captarlo, recordemos lo que, en todo tiempo, ha significado la danza para la humanidad. Para el hombre moderno, que ya sólo danza en las verbenas o en las discotecas, o para liberarse físicamente, la coreografía se ha convertido en un arte, un espectáculo, un asunto de profesionales.

Por el contrario, para el hombre arcaico o, en nuestros días, para los «salvajes», la danza es la actividad tribal espontánea más significativa. Todo incita al hombre tribal a bailar: las bodas, los nacimientos, los duelos. Baila para hacer llover, baila antes de la caza o antes del combate... Infatigable, danza durante noches enteras. La danza es así el medio privilegiado para despertar el psiquismo colectivo de la tribu. Por la danza, accede eventualmente al éxtasis: por ella el psiquismo de la tribu sigue el ritmo de lo cósmico y concuerda con las potencias misteriosas del cosmos.

El texto siguiente de Maurice Bégart expresa esta visión tántrica de la danza: «Danzar... es ante todo comunicar, unirse, reunirse, hablar al otro en las profundidades de su ser. La danza es unión, unión del hombre con el hombre, del hombre con el cosmos, del hombre con Dios.

»El lenguaje hablado permanece en el dominio de la ilusión; las palabras, cuando creemos comprenderlas, nos ocultan o nos revelan imágenes engañosas, nos arrastran en el laberinto siempre recommenzado de la semántica de Babel. Cuando los hombres se ponen a hablar mucho tiempo, pocas veces hay acuerdo. Discutir quiere decir disputar. La lengua divide.

»Y, además, bailar es también hablar el lenguaje de los animales, comunicarse con las piedras, comprender el canto del mar, el soplo del viento, discurrir con las estrellas, aproximarse al trono mismo de la existencia. Es trascender totalmente nuestra pobre condición humana para participar integralmente en la vida profunda del cosmos.

»Cuando tuve la revelación de la danza africana, sentí en mí la alegría, la certeza más pura y total, la más humana y la más próxima a la realidad.»

Leopold Sedar Senghor expresa esta misma visión: «Para expresar la más elevada espiritualidad, la danza africana recurre a las apariencias del mundo visible, pero para atravesarlas a fin de captar

las imágenes arquetípicas depositadas en el fondo de la memoria ancestral: las imágenes-símbolos que expresan las super-realidades espirituales. Para eso actúa como los artistas del África Negra, pues las imágenes analógicas no tendrían sentido, no serían símbolos, si no fueran melodiosas y rítmicas, si no fueran cantadas y bailadas».

Bailando, el hombre accede también a lo sagrado y, en esos santuarios impresionantes que eran las grutas de Lascaux, por citar sólo un ejemplo, el suelo conserva todavía huellas de los pasos de los danzarines de la prehistoria que lo golpearon, y es probable que allí se hayan desarrollado ritos sexuales.

Porque la danza también es erótica. La Iglesia, que lo sabe bien, prohibió el vals y el tango, por considerarlos incitadores al pecado de la lujuria. Pero la danza es también mágica. Los primeros cultivadores neolíticos, en todo el mundo, danzaban junto a los campos, en la siembra o en la cosecha, para promover, por contagio, la fertilidad de la tierra despertando la fuerza sexual femenina. Estos ritos de fertilidad incluían acoplamientos colectivos.

En la India la danza ha desempeñado un papel particular, bajo la forma de danzas de los templos. En el origen, esas danzas eróticas eran el preludio de uniones sexuales rituales, por tanto sagradas, en el templo mismo: las danzarinas eran todavía verdaderamente *devadāsīs*, servidoras del dios. Luego llegaron los brahmanes, que pronto comprendieron el beneficio que podían obtener explotándolas. Resultado: ¡el templo se convirtió en un prostíbulo! Véase el capítulo que dedico a este tema.

¿Qué relación tiene todo esto con Shiva, el danzarín divino? En primer lugar la danza es ritmo y el ritmo impregna todo el universo. A fin de cuentas, la esencia del cosmos es energía animada de ritmo y de conciencia: el día y la noche, los movimientos de los astros, lo atestiguan, pero el ritmo se oculta también en la intimidad del átomo. El ritmo de las vibraciones del cuarzo de nuestros relojes mide los ritmos del universo... La vida también es ritmo: en un simple huevo de gallina, pocas horas después de la fecundación, nace una pulsación allí donde latirá el futuro corazón: el ritmo se anticipa al órgano e incluso al embrión.

Incidentalmente, la danza da tal vez una respuesta intuitiva a una cuestión insoluble intelectualmente: ¿por qué Dios se tomó el trabajo de crear este gigantesco universo con sus miles de millones de soles? ¿No se bastaba Dios a Sí mismo? ¿Por qué se cargó con este mundo imperfecto? A esta pregunta, el tan-tra responde que la manifestación es Shiva-Lila, un juego, una danza. Porque ni el juego ni la danza tienen necesidad de justificación, se bastan a sí mismos.

Shiva danza rodeado de llamas, o más bien, en la visión tántrica, en medio del fuego cósmico que lo envuelve y que el escultor forzosamente ha reducido a un simple anillo inflamado. Además, el fuego es uno de los símbolos esenciales de la humanidad. Aparte de que es nuestro más antiguo compañero, está presente en todo el universo, incluso en mi cuerpo: la vida implica una combustión controlada y demorada. El cadáver es frío. En el nivel cósmico, pensemos en las innumerables galaxias, compuestas cada una de miles de millones de soles donde la temperatura alcanza millones de grados; puede decirse que, con excepción de los planetas, el fuego abraza todos los cuerpos celestes. ¡E incluso en nuestro planeta el fuego cósmico está oculto bajo nuestros pies, bajo la delgada corteza terrestre, comparativamente más delgada que una cascara de huevo!

Descifremos la danza de Shiva

Entre las variantes de la danza de Shiva, la más conocida en el sur de la India es la *Nadanta*, representada en el bronce de la página siguiente. Lo traje hace unos años de Tamil Nadu, donde su culto está siempre vivo. Para facilitar su desciframiento, las principales «claves» figuran sumariamente en el dibujo. Si bien para un indio estos símbolos son evidentes, nosotros necesitamos indicaciones suplementarias.

En este bronce lo más asombroso son los cuatro brazos de Shiva.

El *tambor* que tiene en su mano derecha confirma su origen preario. Los drávidas son formidables «tocadores» de tambor. Simbólicamente, el tambor, el *clamara*, es el sonido primordial. El *Unmai Villakam*, versículo 36, dice: «La creación viene del tambor...». ¿Es una sorprendente intuición del *big-bang* de la física moderna? La concordancia es, como mínimo, perturbadora.

Con su *mano derecha* levantada en *abhya mudra*, Shiva dice: «Yo protejo».

El *fuego*, que transforma y destruye, surge de la mano que toca el anillo inflamado. Afrenta para los brahmanes, Shiva reúne en sí mismo las tres funciones cósmicas: creación, protección, disolución. Para ellos Brahma crea, Vishnu protege, ¡y sólo dejan a Shiva el poder poco glorioso de destruir!

Por último, *la mano que señala* hacia el pie levantado libera a quien penetra en el mito revelándole la esencia del cosmos.

El *pie izquierdo* aplasta a un *enano maléfico*: para los tántricos, es su ex suegro ario, responsable de la muerte de la dulce Sati, pero «oficialmente» es el demonio Muyakala. El conjunto reposa sobre un pedestal en forma de loto.

Su *cabellera* reúne varios símbolos. *Joyas* adornan sus cabellos trenzados cuyas mechas inferiores giran indicando la impetuosidad de su danza, que mantiene al universo. Otra intuición fantástica: en el grano de arena, a mis ojos insignificante e inmóvil, los electrones giran sobre sí mismos «bailando un vals» alrededor del núcleo de los átomos a miles de km/seg. Si repentinamente en el cosmos todos los electrones, así como la energía cósmica, se pararan en seco, el universo se hundiría inmediatamente en la «nada dinámica» (*akasha*) de donde salió.

Una *cobra* se agarra a sus cabellos, sin hacerle daño.

¡El *cráneo* es el de Brahma! La *ninfa* dice que el Ganges surge de la cima de su cabeza. En fin, hay que añadir la *media Luna*. Su cabeza está coronada por una *guirnalda* de *Cassia*, una planta sagrada. En su oreja derecha un *pendiente para hombre*, en la izquierda un *pendiente para mujer* indican que reúne en él los dos sexos.

Sus *joyas* acentúan su divinidad: lleva ricos collares en torno al cuello, su cinturón está recubierto de piedras preciosas, sus muñecas adornadas con brazaletes, igual que sus tobillos y sus brazos, y lleva anillos en los dedos de las manos y de los pies. Por toda *vestimenta* lleva un calzón ajustado de piel de tigre y un echarpe. Para provocar a los brahmanes lleva también el cordón sagrado.

Todo el conjunto despide una impresión de graciosa impetuosidad, ligera y fácil: Shiva-Lila, es un «juego». A pesar de su danza desmelenada, el rostro de Shiva permanece sereno. En la frente se abre su *tercer ojo*, el de la intuición, que atraviesa las apariencias y trasciende lo sensorial.

A quien sabe ver y sobre todo percibir, la Danza de Shiva, en un resumen cautivador, revela al Último. Así Shiva es *Nataraja*, el Rey de la Danza, y es éste el nombre que llevaba Nataraja Gurú: ¡todo un símbolo!

Otra danza de Shiva, muy popular, es la *Tandava*, donde Shiva-Bhairava danza salvajemente, por la noche, en los lugares de cremación, acompañado por diablillos retozones. Esta danza, claramente prearia, se dirige a un Shiva semidiós, semidemonio. Es representada en lugares tan alejados uno del otro como Elephanta, Ellora y Bhubaneshwara.



El mito de Shiva y la ciencia moderna

El tantra supera —¡y de lejos!— el culto del sexo al que cierto público lo reduce con demasiada frecuencia. Ante todo es una tradición iniciática, lo cual es casi una tautología, puesto que toda tradición *es* iniciática, es decir, se transmite mediante un simbolismo y/o una mitología. Preciso: «iniciática» significa un enfoque intuitivo, no discursivo, no intelectual, no racional, de lo real y de los resortes ocultos para integrarse a él. Toda Tradición procede así, al contrario de la ciencia, que por definición constituye un conjunto organizado de conocimientos relativos a los hechos y a las leyes del universo manifiesto. La ciencia se sitúa deliberadamente en el nivel cerebral puro, y una de las cualidades esenciales que se atribuye es la objetividad. Sin embargo, y a pesar de las apariencias, la visión tántrica y la científica, lejos de excluirse, se completan.

No piensa lo mismo el científico, para quien nada es más anticuado, incluso primario, que el

simbolismo o el mito, y la única concesión que podría en rigor consentir sería convertirlos en tema de estudio... En cuanto a servirse de ellos para su evolución personal o para captar la esencia del cosmos, ¡ni hablar! ¿Sorprendente? No, pues nuestro tipo de civilización debe lo esencial de su desarrollo y de su originalidad a la ciencia y a su corolario, la tecnología; jamás la humanidad adquirió tanto saber en tan poco tiempo, jamás dispuso de semejante potencia material. Y de aquí a considerar que el enfoque técnico-científico es el único válido hay un pequeño paso, que se da rápidamente.

El precio pagado por esos logros innegables es una hipertrofia del intelecto, que mide, pesa, compara, deduce leyes, etc. Esta actividad, tan eficaz a nivel práctico, apenas araña la superficie de las cosas y cierra el acceso a las realidades últimas ocultas detrás de los fenómenos. La ciencia, incluso cuando descubre el núcleo del átomo o revela, los secretos de la célula, incluso cuando explora los vertiginosos abismos intergalácticos, se queda en la superficie: el observador debe permanecer neutro y no implicarse de ninguna otra forma.

Paradójicamente, cuanto más cree el intelecto acercarse a las realidades últimas, más se le escapan. Esta carrera sin fin me recuerda una experiencia de cuando tenía diez años. Era después de una tormenta, y veo todavía ese maravilloso arco iris, tan luminoso sobre un fondo de nubes de color antracita. Era tan definido que parecía colocado sobre la hierba del prado mojado por el chaparrón, justo delante de una hilera de sauces. Rápidamente me subí a mi nueva bicicleta y corrí a ver el prado más de cerca. Decepción: cuanto más avanzaba, más «reculaba» el arco iris, y cuando llegué a la altura de los sauces, me hacía burla delante del bosquecillo. La realidad última es ese arco iris que la ciencia persigue en vano...

Para la ciencia esto podría incluso ser estimulante *si* no desembocara en un callejón sin salida. De hecho la ciencia, hija del intelecto y madre de la tecnología, crea más problemas de los que resuelve.

Por definición el intelecto sólo puede razonar y calcular fríamente. Entonces, cuando la ciencia se auto-define como «objetiva» es verdad, pero en el sentido literal: lleva al universo al rango de simple «objeto», universo él mismo poblado de una infinidad de otros «objetos», y todo se convierte en «objeto», incluso lo viviente. Así es como el hombre moderno ha terminado por cavar un abismo entre su universo tecnológico artificial y la naturaleza, entre sus abstracciones intelectuales y la vivencia real. Bajo el pretexto de «desmistificar», el intelecto desmitifica, desacraliza.

Cuando ya nada es sagrado, ni siquiera la vida, todo es muy práctico: ya nada impide saquear los recursos naturales, sin vergüenza ni remordimientos, y el hombre no se frena hasta que él mismo se siente amenazado ¡y ni siquiera entonces! Los animales-objetos son sometidos a la «buena» voluntad del hombre, que fríamente fabrica en serie vacas, cerdos, terneros, aves, siempre que dé ganancias, y el insensible intelecto ignora sus sufrimientos: ¡eso no le concierne!

La crisis del mundo moderno, que ya nadie niega, salvo los que no quieren ver ni entender nada, ¿tiene otro origen? Habiéndose enajenado de la naturaleza, el hombre se ha enajenado de sí mismo; es un desarraigado, y como todo árbol desarraigado, desaparecerá, a menos que vuelva a encontrar sus raíces... Ya en mi *Aprendo yoga*⁷ planteé el problema: «¿Hay que cerrar los laboratorios y encarcelar a los científicos?» Y evidentemente respondí que no, porque estoy convencido de que la ciencia moderna es perfectamente conciliable con el tantra, incluso con su simbolismo y su mitología. Sería irreal querer renunciar al intelecto y su conquista, la ciencia, pero para evitar que esta herramienta incomparable se vuelva esterilizante, es urgente añadirle el aspecto simbólico, incluso mitológico. Creo que es posible conciliar Nataraja y la física moderna, punta de lanza de la ciencia.

Nataraja y el físico

⁷ Publicado en castellano por Ediciones Urano.

La física moderna y el pensamiento oriental son compatibles y complementarios. Para el físico, a medida que la física nuclear progresa, nuestro mundo visible, familiar, tranquilizador, compacto, da paso a un universo extraño, inaprensible, que se disuelve en fórmulas matemáticas. Los objetos, que nuestros sentidos nos presentan como sólidos e impenetrables, se convierten en vacío, en campos giratorios de fuerza. Desamparada, la mente renuncia a comprender y es probable que con el paso de los años el divorcio entre el intelecto y lo real se acentúe y con ello nuestro desasosiego. El tantra, por sus mitos y sus símbolos que trascienden el intelecto, puede disipar ese vértigo mental.

Fritjof Capra lo ha descrito en su libro *The Tao of Physics*: «Sentado en la playa, al borde del océano, en una hermosa tarde de verano, mirando romper las olas mientras seguía mi ritmo respiratorio, de repente supe que todo lo que me rodeaba era una gigantesca danza cósmica. Como físico, sabía que las rocas, la arena y el aire que me rodeaban estaban compuestos de moléculas vibrantes y de átomos hechos de partículas que perpetuamente crean y destruyen otras por interacción.

»Sabía que la atmósfera terrestre es continuamente bombardeada por huracanes de rayos cósmicos, partículas de alta energía que sufren numerosas colisiones a medida que penetran en la atmósfera. Todo eso me resultaba familiar, como investigador en física de alta energía, pero hasta entonces no lo conocía sino por medio de gráficos, de diagramas, de teorías matemáticas.

»Mi experiencia de la danza de Shiva fue seguida de muchas otras similares. Comprendí que poco a poco comienza a emerger de la física moderna una visión coherente del universo de acuerdo con la antigua sabiduría oriental...

»Espero encontrar entre mis lectores muchos científicos que se interesen por las repercusiones filosóficas de la física, incluso si ignoran el pensamiento oriental. Descubrirán que este pensamiento ofrece un marco filosófico coherente y armonioso, que integra muy bien las teorías físicas de vanguardia».

Así, en esa playa, Fritjof Capra vivió una experiencia tántrica espontánea. Su intelecto sabía desde hacía mucho tiempo que la materia es energía condensada, pero era un concepto abstracto, frío, y no una experiencia vivida. De golpe su «saber» se convirtió en «percepción unitiva» y la realidad viviente le reveló el sentido oculto del mito de Shiva, el Danzarín cósmico. Esa es la esencia del tantra: por sus símbolos y sus mitos, sus ritos y sus prácticas, superar el intelecto y captar la realidad última, sin depender del azar de una experiencia espontánea. Si ésta sobreviene, de repente se disuelven las fronteras artificiales entre el universo ilusorio creado por nuestros sentidos y el universo subyacente invisible pero real, entre lo «espiritual» y lo «material».

Fritjof Capra *percibió* verdaderamente la vibración rítmica del cosmos, *vio* la naturaleza energética del universo, *escuchó* su sonido universal, no con sus ojos ni con sus orejas de carne, sino con su órgano de percepción interna, con su intuición, con su «tercer ojo». Ha llegado, pues, el tiempo de conciliar y reconciliar la ciencia y el tantra. Para el físico, la percepción directa de la realidad es una experiencia nueva y que deja marca. Para el tantra, es natural que la ciencia moderna confirme la visión tántrica del cosmos.



Shiva y Parvati (Bronce, Museo de Madrás)

Shakti, la Naturaleza creadora

Si el tantrismo tuviera que acuñar monedas, el anverso sería Shakti, la potencia creadora femenina, y el reverso Shiva, su aspecto masculino, siendo ambos inseparables. Por supuesto, se puede preferir un lado u otro de la moneda, cara o cruz, pero unidos en la pieza es imposible disociarlos. En el tantra, el Shaivismo privilegia a Shiva, mientras que la corriente Shakta, o Shaktismo, da la prioridad a Shakti en función del dicho tántrico: «Sin Shakti, Shiva es un *shava*», es decir, un cadáver.

Traducido al lenguaje corriente, Shakti es *la* Naturaleza creadora: el artículo *el* sería incongruente. Pero «Naturaleza» es un concepto abstracto y la mente humana rechaza las abstracciones. Personificada, se convierte en una «diosa» tántrica, Shakti, la Energía creadora universal que el tántrico percibe, más allá de los mitos y los símbolos, como inmanente a todo lo que perciben los sentidos. El no tántrico que se pasea por el bosque puede sentirse en armonía con la naturaleza, y eso está muy bien. Pero, si me pongo mis cristales tántricos, en esa gran haya *veo* a Shakti como *dinamismo organizador y creador universal*: inmediatamente el bosque se convierte en un gigantesco hervidero de energía vital.

Un burbujeo en el cual cada árbol, cada brizna de hierba, cada ser vivo es un campo de fuerza extraordinario, un torbellino de energía pura e inteligente en el océano infinito de la vida, un océano donde se disuelven todas las fronteras. Y mi propio cuerpo es, él también, esta energía primordial. ¡Energía y Sabiduría! Energía e Inteligencia. En el capítulo «Mi cuerpo, un universo desconocido», evoco esta Inteligencia suprema que opera aquí mismo, de noche y de día, desde la concepción (e

incluso antes) hasta la disolución, llamada muerte (y sin duda más allá). Llevado, guiado por ella, estoy a salvo: ella me protege en todo momento contra las agresiones del mundo exterior, me conserva con vida, pues ella *es* la Vida universal que se expresa a través «mío».

A través de ella, el tantra me hace retroceder hasta el hombre arcaico que vivía en su universo mágico, mientras que el hombre moderno, obnubilado por su ciencia desacralizadora, no percibe ya la magia del universo, ni siquiera la de su propio ser, y especialmente la de su cuerpo. Nuestro planeta hubiera podido ser un gran guijarro, árido y polvoriento como la Luna, perdido en la inmensidad helada. En lugar de eso, por su magia, la Vida hizo surgir una infinita multiplicidad de seres, y la ciencia está lejos de haber comprendido la última fuente de esta magia.

El hombre arcaico se sentía rodeado de fuerzas invisibles, protectoras o, al contrario, hostiles. Entonces, viendo surgir todos los seres de la Tierra nutricia, comprendió su carácter sagrado, y cuando se convirtió en cultivador —o más bien en «cultivadora», pues la agricultura es una invención femenina— la Tierra se convirtió en la Gran Diosa, la Madre de todo lo que vive. Luego, el hombre amalgamó la fertilidad de la Mujer y la de la Tierra: ¡lo expresa, por ejemplo, un asombroso sello hallado en Mohenjo-Daro (¿o en Harappa?) que muestra a una mujer, cabeza abajo, dando a luz un árbol completo con el tronco y las ramas!

Las innumerables diosas dravídicas

A propósito, dando a luz este capítulo, me interrogo: ¿hay que abrumar al lector con estas innumerables divinidades indias que siempre nos resultarán ajenas? ¡No! Y sería imposible, pues cada pueblo del país dravídico tiene una *amma*, o una *mata*, una «pequeña madre» local que con frecuencia es el espíritu divinizado de una muerta, y observemos que se trata siempre de diosas y no de dioses como en el panteón védico.

Con frecuencia tienen un lado terrorífico, pues a veces la madre devora a sus propios hijos, al igual que la naturaleza puede ser catastrófica, sobre todo en la India de clima continental: calor aplastante, monzones devastadores, animales salvajes, epidemias mortíferas.

Para citar sólo una, entre esas divinidades temibles está Poleramma, la diosa de la viruela. Cuando está furiosa provoca la enfermedad, cuando se apacigua la cura. Tiene su templo fuera del pueblo, y para calmar su odio reclama sangre. Entonces le sacrifican una cabra, un buey o un ave. Antaño, en ocasión de los grandes cataclismos, los pobladores creían que sólo el sacrificio máximo podía alejar la catástrofe: el sacrificio humano. Estos sacrificados, con frecuencia voluntarios, eran muy honrados, porque, a modo de kamikazes, ofrecían su única vida para salvar muchas otras. ¿Superstición? ¡Sin duda, y si yo tuviera la viruela no me curaría matando un ave para calmar a Poleramma!

Como son muy supersticiosos, los indios, sobre todo los del sur, viven siempre en el temor. Como creen que la desgracia golpea sobre todo a los que son felices, a todo precio necesitan evitar llamar la atención de los espíritus maléficos. Si es invitado a casa de unos amigos indios, no diga, sobre todo, al anfitrión que tiene unos hermosos hijos o una casa preciosa: podría atraer el mal de ojo. Lo cortés es ver defectos por todas partes. Ignorando esto, a los occidentales les decepciona oír que un padre llama a su hijo «basura», «idiota» o «torpe». Por el contrario, se puede admirar sin temor el collar que usa el niño, o sus vestimentas: eso aparta la atención de los espíritus malignos. Del mismo modo los occidentales no advertidos se ofenden cuando sus amigos indios les critican su hermosa casa o el coche nuevo.

Sin embargo, detrás de estas innumerables diosas y a pesar de esas supersticiones, hasta el poblador más humilde sabe que cada diosa local es sólo una faceta de la Gran Diosa. Sin embargo, con el correr de los siglos, poco a poco, algunas diosas han sobresalido del montón y son las que por su carácter arquetípico, universal, nos afectan a todos.

Las diosas tántricas

Es el caso de las diosas tántricas, que son, en su mayor parte, esposas de Shiva, esposas de las que extrae su energía y, al contrario de las esposas insustanciales del panteón védico, son al menos iguales a Shiva y con frecuencia superiores a él. Sus leyendas comportan un fondo mitológico y simbólico importante, por lo demás igual que nuestros cuentos de hadas. Así, en el paraíso himalayo, Shiva y su esposa Parvati pasan su tiempo haciendo el amor o discutiendo sobre filosofía. Cuando Shiva enseña a su esposa, la escritura es una *agama*. Cuando es a la inversa, la escritura es una *nigama*. Otra esposa favorita de Shiva es la fiel Sati, de la que ya hemos hablado.

Pero hay dos diosas que son más específicamente tántricas y simbólicas: Kálí y Durga, que, a fin de cuentas, forman una sola y única diosa. Las dos nos afectan por su simbolismo y nos conducen al espacio alpino-mediterráneo ampliado, que es el de nuestros ancestros. En este sentido, W. C. Beane (*Myth, Cult and Symbols in Shakta Hinduism*, p. 67) queda asombrado por «las semejanzas simbólico-religiosas entre la aparentemente más antigua civilización india y las del neolítico medio y tardío de la zona mediterránea, así como del Asia central y oriental, semejanzas que han llevado a los eruditos indios y occidentales a deducir una difusión hacia el exterior de la India, hacia el Oeste, o un desarrollo religioso en dirección al Este», por tanto hacia la India.

Entre ellos, Laksmanashastri Joshi ha quedado muy impresionado: «En las primeras civilizaciones de Egipto, de Creta y de Mesopotamia, encontramos a los dioses Shiva y Vishnu, a la diosa Kālī, la adoración de reptiles (la Cobra) y de los órganos genitales, de la Luna y de los ancestros. Así, la India ha heredado tanto elementos provenientes de las civilizaciones nacidas al borde del Nilo, del Tigris y del Eufrates, como del Indo».

Lo que precede apoya la tesis según la cual los drávidas eran alpino-mediterráneos que se propagaron hacia la India, donde transplantaron sus mitos y símbolos, los mismos que se encuentran en el tantra y que despiertan un eco en nuestra memoria colectiva. Sea como fuere, es accesorio que esta propagación se haya hecho hacia el Este (es mi opinión) o a la inversa; lo esencial es esta relación continua entre la India y nuestra Europa primitiva. Por el contrario, es cierto que estas diosas y estos símbolos tántricos no provienen de los arios barbudos y bárbaros. En su forma específicamente dravídica y tántrica, admito al menos la hipótesis de una creación mixta, es decir, de los drávidas y de los autóctonos predravídicos.

Kālī, Kāla, Kalki...

El lector convendrá en que no abuso de sutilezas etimológicas, pero a propósito del nombre de *Kālī*, la ambigüedad etimológica es ya todo un símbolo. En efecto, a partir de la raíz dravídica *Kāl*, negro, *Kālī* se convierte en la diosa negra, la horrible destructora que siembra el espanto, y *Kāla* en el dios negro, a veces identificado con Shiva. Por su lado, los arios tomaron en préstamo estas raíces (*kāl*, *kal*, *khal*) a las lenguas dravídicas, y luego asociaron *negro* y *destrucción* para formar el Tiempo, *Kāla*, el gran Destructor (masculino). Sin embargo ni éste ni *Kālī-la-Negra* tienen un origen védico: el Rig-Veda los ignora.

Diosa negra, *Kālī* se inscribe en el simbolismo lunar. *Kāl* es el nombre dravídico de la «Luna negra», su último cuarto, su fase de no manifestación. Es también la Diosa-en-la-Luna, y en su iconografía, como diosa de la totalidad cósmica, se encuentra el dieciséis, el número sagrado de las dieciséis fases de la Luna, representadas por dieciséis brazos, mientras que adorna su frente con una media Luna. Se sitúa así en el tiempo cíclico.

Por otra parte, en tanto *Adyakālī*, es informe, por tanto inconcebible para la mente humana. Es la no manifestación, el no tiempo, sin comienzo ni fin, sin atributos. Convertida en *Kālī*, genera el Tiempo manifestado, en el que vivimos, que produce el universo, del cual es la cuarta dimensión. Pero como Cronos, que devora a sus hijos, al «final de los tiempos» ella reabsorbe todo lo que ha engendrado.

En cuanto a su simbolismo es también ambigua, como su etimología. En primer lugar, es normal

que como Gran Destructora, como Madre Terrible, siembre el espanto y el horror. A pesar de eso, es objeto de una iconografía muy rica: no hay obra de arte tan-trica de la que esté ausente, y cada artista quiere mostrarla tan horrorosa como sea posible.

La ambigüedad se manifiesta en su simbolismo «oficial», por una parte, y en su significación oculta, específicamente dravídica, por otra. La interpretación «oficial» la hace negra como la noche sin Luna, porque el negro borra todas las diferencias. Ella está desnuda, «vestida de espacio», porque ha rechazado los velos de la ilusión. Su rostro es horrible: para devorar a todas las criaturas, tiene colmillos como los de Drácula, el vampiro. Bebe sangre que le corre por la boca, de donde sale su lengua de fuego.

Cuando *sólo* tiene cuatro brazos, una mano izquierda blande un puñal (*khadga*), la otra coge por los cabellos la cabeza sanguinolenta que acaba de cortar, una mano derecha sostiene un nudo corredizo o lazo (*pāsha*), la otra una pica (*khatvānga*) coronada por un cráneo. Macabro. Pero eso no es todo: a guisa de collar y de cinturón lleva cabezas humanas enhebradas, de las orejas le cuelgan dos cadáveres palpitantes, sus muñecas están adornadas con brazaletes, siempre hechos de cráneos o de cabezas cortadas. Por último, pisa un cadáver. Oficialmente todo eso significa que nada ni nadie escapa de su poder, de la muerte, de la destrucción. El conjunto muestra con frecuencia cadáveres quemados, mientras otros son despedazados por los chacales.

A este simbolismo «oficial», los tántricos añaden el suyo... O más bien se produce lo inverso: en su origen había la Kālī tántrica dravídica, que fue sustituida por la «oficial». Para comprender la significación dravídica secreta, hay que señalar que todas esas cabezas, todos esos cadáveres, son *masculinos y blancos*, o como mucho ligeramente cetrinos: no hay mujeres ni pieles oscuras.

Es sorprendente que el brahmanismo ario no se interrogue ni se moleste por el hecho de que esos cadáveres sean exclusivamente blancos. Ahora bien, cuando se *sabe* por qué, la respuesta salta a la vista. En efecto, mientras que los alpino-mediterráneos, mestizados con autóctonos de piel negra y sometidos al clima tropical indio, tenían la tez oscura como los drávidas actuales, sus enemigos nórdicos eran «rostros pálidos».

Partiendo de aquí todo se aclara. Leemos, en la *Markandeya Puraha*, que Ambika, la Buena Madre protectora, la que asegura las buenas cosechas, «expresando su odio frente a los enemigos, de rabia su rostro se volvió negro como la tinta... Entonces, de su frente surcada por profundos surcos, surgió Kālī, la del aspecto terrible» (en España, cuando alguien se pone rabioso, se dice también que «se puso negro»). Kālī es, pues, una emanación de la Buena Madre, una manifestación de su cólera contra los enemigos. Ahora bien, ¿quiénes eran los enemigos de los drávidas, sino los temibles arios? Kālī encarna así el odio hacia ellos, y para combatirlos y aniquilarlos, está potentemente pertrechada con las armas favoritas de los drávidas, excepto el tridente, reservado a Shiva.

La guerra de conquista de la India fue feroz y los gerreros dravídicos resistieron paso a paso, pero el armamento superior de los arios y sobre todo sus carros de asalto fueron decisivos. El resumen siguiente de los *Puranānūru*, poemas tamiles traducidos por Von Glasenapp, rezuman odio y heroísmo:

*Sus venas sobresalían,
su carne colgaba fláccida del cuerpo,
pues le habían dicho a esta madre de cabellos blancos
que su hijo había dado media vuelta
¡y había huido del campo de batalla!
Entonces la madre montó en una violenta cólera,
juró que si semejante cosa era cierta*

*se cortaría los pechos
que antaño lo habían alimentado,
y los arrojaría lejos.
Con la espada en la mano,
ella explora el sangriento campo de batalla.
Y he aquí que bajo los cuerpos abatidos
ha descubierto sin embargo a su hijo,
¡cortado en dos!
Entonces, verdaderamente, su alegría
fue mayor que en la época
en que lo llevaba sobre su corazón.*

Si hubiera podido, esta madre se hubiera transformado en Kālī, la vengadora de su hijo y de todos los otros héroes dravídicos...

En ese contexto, es «normal» que todos los cadáveres masacrados por Kālī sean masculinos y blancos, puesto que se trata de guerreros enemigos. Esta versión secreta, tan lógica como no oficial, que he recogido de boca de Nataraja Gurú, ilumina con luz distinta la imagen de Kālī.

La época de Kali, la era apocalíptica...

Vivimos en plena *Kali yuga*, la época de Kali —no hay que confundir Kālī y Kali—, es decir, la edad de Hierro, la época crepuscular del fin de los tiempos profetizada en las escrituras indias.

Yuga (¡no yoga!) significa cuarto: la Luna tiene cuatro *yugas*. Según Mircea Eliade, *kali* significa aquí «discordia, conflictos, disputas». Es la época en que la sociedad humana alcanza su punto máximo de degeneración, de barbarie, de desintegración. Para los indios, que juegan mucho a los dados, *kali* designa la cara perdedora, la que vale un solo punto... Los cuatro *yugas* llevan el nombre de las caras de los dados:

Krita, o Krita Yuga, es la edad de Oro de la humanidad, la cara del dado con cuatro puntos.

Treta, o Treta Yuga, es la edad de Plata, la cara con tres puntos.

Dvāpara, o Dvāpara Yuga, es la edad de Cobre, la cara con dos puntos.

Kali, o Kali Yuga, es pues la cara perdedora, con un solo punto.

A propósito de estos *yugas*, ¿qué dicen y predicen las antiguas escrituras, las *Purānas*? Nada muy alegre: «Dotados de poco sentido, los seres humanos estarán sometidos a todo tipo de enfermedades del cuerpo y del espíritu, cometerán pecados todos los días, y todo lo que puede afligir a los vivientes, todo lo que es vicioso e impuro, será engendrado durante la era de Kali.

»Hacia el final de la era de Kali, los hombres formarán sectas heréticas y disputarán a causa de las mujeres. Esto está fuera de duda... En esta edad de Hierro, habrá epidemias, hambre, sequías, revoluciones. Los hombres no tendrán virtud, tendrán poderes maléficos, serán irascibles, rudos y deshonestos. Habrá muchos mendigos entre el pueblo, la vida será corta, y la pereza, la enfermedad y la miseria prevalecerán, causadas por la ignorancia y el pecado.

»En la edad de Hierro, incluso *Mahadeva* (el gran dios Shiva), el dios entre los dioses, no será divino para los hombres. Las personas se deteriorarán rápidamente y adoptarán un modo de vida contrario (a las reglas)».

Por su parte, el *Harivamsha* precisa: «Durante el último ciclo habrá grandes guerras, grandes

tumultos, grandes diluvios, grandes espantos». Tomo del libro de Alain Daniélou *Shiva et Dionisos*, pp. 277-277, los pasajes más significativos del *Linga Pūrana*: «Los hombres (de la era de Kali) están atormentados por la envidia, son irritables, indiferentes a las consecuencias de sus actos... Sus deseos están mal orientados, su saber es utilizado para fines maléficos... Los jefes de Estado son en su mayoría de extracción baja. Son dictadores y tiranos...

»Los ladrones se convierten en reyes y los reyes en ladrones. Las mujeres virtuosas son escasas. La promiscuidad se difunde... La tierra no produce casi nada en ciertos lugares y mucho en otros. Los poderosos se apoderan del bien público y dejan de proteger al pueblo... Personas sin moral predicán la virtud a los demás... Asociaciones criminales se forman en los pueblos y en los países».

Otras predicciones de las escrituras indias recuerdan a las del Apocalipsis... Un solo consuelo (?): la era de Kali debería durar 432.000 años. En el Mahānirvāna Tantra, Shri Sadashiva proclama: «Durante las tres primeras edades, ese rito (del tantra) era un gran secreto; los hombres lo practicaban en secreto y así alcanzaban la Liberación. Cuando venga la era de Kali, los adeptos del rito tántrico Kula deberán declararse como tales y tanto de día como de noche deberán ser iniciados abiertamente». W. C. Beane, *op. cit.*, p. 241, menciona también el *Rudramayāla*: «Yo proclamaré las prácticas de la Vía de la Izquierda, la *sadhana* suprema de Durgā. Siguiéndola, sus adeptos alcanzarán rápidamente la perfección en esa era de Kali».

El fin de los tiempos, el fin de la era de Kali, estará señalado por la venida de Kalki, el último avatar de Vishnu. A la vez vengador y redentor, vendrá bajo la forma de un guerrero montado en un caballo blanco alado. En una mano blandirá una espada, en la otra un disco, pues así como el tridente es la insignia de Shiva, el disco es la Vishnu, segundo miembro de la trilogía hindú. Luego, destruirá el mundo...

Para terminar este capítulo una pregunta: ¿Debe ser Kālī el tema de nuestra meditación favorita? Tal vez no, pero era impensable publicar este libro sin evocar a la terrible Kālī, pues también la realidad tiene aspectos terribles. En el rito tántrico, el aspecto más accesible de Shakti, de la Energía primordial cósmica, no es otro que la Mujer, porque toda mujer es una diosa...

Toda mujer es una Diosa

Para el tantra toda mujer, por vulgar que sea, encarna a la Diosa, *es* la Diosa, la Mujer absoluta, la Madre cósmica.

Ante estas palabras más de un hombre se alzarán de hombros, lo considerará una figura retórica. En efecto, ¿cómo puede verse, en *cada* mujer que encontramos, una Diosa, en el sentido total de la palabra? Y ese marido que acaba de discutir con su mujer se burlará: «¡No bromeemos! ¿Diosa? ¡Tigresa tal vez!»

Ahora bien, para el tantra, percibir concretamente el aspecto divino de cada mujer es un preámbulo necesario del *maithuna* y el ritual tántrico, de la unión sexual sagrada. Pero, ¿cómo es posible *ver* a la Diosa oculta en cada mujer?

Aquí el tantra nos propone un primer medio: a falta de volver a convertirnos en bebés, podemos al menos considerar la relación del recién nacido con su madre. Salido de su vientre, todavía forma parte de su carne y necesitará meses, incluso años, antes de ser mínimamente autónomo. En este universo encantado del niño, del que mamá es el centro, ella es la Mujer ideal. Seamos deliberadamente malvados: imaginémosla fea y tonta, desabrida. ¿La ve el niño así? ¡Claro que no! Para él su madre es la belleza, la bondad, y el amor encarnados, en una palabra, ella es la Diosa: perfecta, lo sabe todo, no puede mentir. Sólo más tarde el niño descubrirá a la mujer «real», trivial, anecdótica, que es su madre, con sus defectos, sus bigudías y a veces su mal carácter. Para nosotros, adultos, «razonables», sólo esta última es «real y verdadera», y el resto es literatura.

Entonces, la Madre divina del bebé, ¿es sólo una ilusión propia de la imaginación infantil? Para

el tantra no es el adulto el que tiene razón, sino el niño, porque más allá de las apariencias percibe la realidad última, la Madre divina, la Vida cósmica encarnada por su madre «real», concreta.

La otra vía de acceso a lo Absoluto oculto en la mujer (o en el hombre corriente) es muy agradable. ¡Basta con estar enamorado! Tengamos piedad del ser humano que nunca haya experimentado la maravillosa emoción que despierta el encuentro del ser (provisionalmente al menos) ideal. Los amantes encarnan, el uno para el otro, la belleza, la perfección; se mueven en un universo maravilloso donde todo es encantador. Una palabra, un gesto, el contacto más leve, los transportan. Luego la primera cita, el primer beso, las caricias, los abrazos: ¡qué maravilla! ¿Cantan otra cosa las novelas, el teatro, las películas?

¿Pero ven los enamorados la «realidad»? Todos conocemos a esas parejas en las que, por ejemplo, una joven muy bella e inteligente está perdidamente enamorada de un hombre que, a nuestros ojos, no es ni bueno ni malo, ni joven, ni siquiera... ¡rico! Todos pensamos: «¿Cómo puede gustarle a ella? ¿Qué le encuentra de formidable?» *Nosotros* que lo conocemos, *nosotros* sabemos que no es interesante, dados su carácter, su educación, etc. ¡Pero *ella* no se fija sólo en eso! Para ella *es* el hombre ideal. El tántrico diría: «Encarna a Shiva». Un día, casada, desilusionada, lo verá «tal cual es», y la pareja caerá en la monotonía, con, al final, la ruptura o la resignación. El divino Shiva se ha evaporado y nosotros diremos: «Por fin ella ve claro...». En realidad, según la óptica del tantra, la mujer enamorada percibía la realidad última más allá del personaje concreto, anecdótico. Y viceversa, para el hombre enamorado, la amada es Shakti, la Diosa.

De este modo, confundimos lo superficial, lo anecdótico, con lo profundo, lo verdadero, oculto bajo las apariencias. Incluso físicamente, el cuerpo real enmascara el verdadero cuerpo: nadie ha realizado su verdadero cuerpo, el que la naturaleza había previsto, que estaba programado en los genes. Pero ése es el verdadero y ése es el que se transmite a las generaciones futuras.

En efecto, si desde la concepción y hasta el día de hoy me hubiera beneficiado de un entorno ideal en todos los aspectos de la vida (corporal, mental y espiritual), hubiera manifestado mis genes a la perfección y sería casi un superhombre en comparación con lo que he llegado a ser en la realidad.

El mito de la Diosa, de Shakti, y también el de Shiva, incluyen todo esto, más el conjunto de las virtualidades cósmicas grabadas en la materia viviente. Por eso el tántrico adora a la Shakti cósmica en toda mujer. *Realizar* es uno de los fines del tantra y forma parte de la expansión del campo de la conciencia al que apunta.

Llegamos aquí al concepto de la Kundalinī, que es ese dinamismo evolutivo que hizo surgir al hombre actual de los prehomínidos y que lo hará, tal vez, en el futuro, convertirse en un superhombre en comparación con nosotros. ¿Por qué no? Pero la evolución no es lineal: durante sus alzas de fiebre evolutiva mezcla intensamente una o varias especies. En un período «tranquilo», es ese misterioso dinamismo que guía la evolución de un ser a partir del óvulo fecundado. El tantra considera que la Kundalinī, localizada en los órganos genitales, el polo de la especie, está ligada a nuestro dinamismo vital y a nuestra sexualidad. Con mucha frecuencia permanece latente, «dormida», simbolizada por la serpiente dormida y enrollada en torno al *lingam*. El tantra quiere «despertarla», quiere concretar hoy algunas de las virtualidades en reserva para la evolución futura de la humanidad.

Y he aquí hasta donde nos ha conducido la Diosa encarnada en cada mujer...

Después de este vuelo cósmico, es machismo terminar este capítulo con la anécdota en que ese señor, ya no muy joven, dice a su compañera: «Sé bien que yo encarno al Shiva absoluto, pero, a pesar de todo, no llego a comprender cómo una mujer tan joven y bella como tú puede enamorarse de un viejo millonario como yo.»



La vía «siniestra»

Un día una occidental que vivía en la India, donde su marido estaba destinado, me escribió, turbada y sorprendida, que un misionero católico le había formalmente desaconsejado el yoga porque, según él, «conduce siempre a prácticas sexuales». De hecho este buen cura reflejaba la aversión brahmánica hacia el tantra, al cual él asociaba el yoga, justamente por cierto. Para el brahmanismo, el tantra es un culto licencioso, bárbaro, odioso, que conduce a las peores perversiones sexuales; no hay abyección ni crimen del que los tántricos no hayan sido acusados, y eso no empezó ayer.

Así, W. J. Wilkins, un buen pastor misionero, anglicano, se interesó en la mitología hindú hasta el punto de publicar en Calcutta, en 1882, una obra tan bien hecha que un editor indio de Benarés la reimprimió en 1972 sin cambiarle nada. En el capítulo consagrado al culto de Shakti el autor revela la oposición irreductible entre el hinduismo y el tantra de la Vía de la Izquierda:

«Hay un culto de Shakti, reconocido y respetable, denominado la Vía de la Mano Derecha, pero existe otro, opuesto a él, llamado la Vía de la Mano Izquierda. En el primero, los ritos y las ceremonias son ejecutados en público y no difieren casi de los de las sectas hinduistas. Sin

embargo, los adeptos de la Mano Izquierda se toman el mayor cuidado en conservar en secreto para los no iniciados las doctrinas y las prácticas que constituyen su forma de adoración. Pero lo que se conoce basta para hacer enrojecer por haber mantenido relaciones con ese sistema. El consumo de carne —estrictamente prohibido para los hindúes ordinarios—, el de bebidas embriagadoras —también estrictamente prohibido—, así como actos groseramente obscenos, forman parte del culto de la diosa. Sin duda alguna en los tiempos antiguos hasta se ofrecían sacrificios humanos en la celebración de esos festivales.»

¡Esa es la reputación que tienen los tántricos! Los británicos, que creyendo esas afirmaciones prohibieron las manifestaciones públicas de lo que les parecían inenarrables desbordamientos de lubricidad, lograron reducirlos a la clandestinidad.

La Vía de la Izquierda, que perpetúa el culto ancestral de los prearios, implica el sexo porque éste es indisoluble de la vida: toda visión del mundo que desvalorice este aspecto esencial del ser y del cosmos, está desfasado con respecto a lo real.

El Rig-Veda reconoce implícitamente que la Vía de la Izquierda, Vama, Marga, es tántrica al llamar «*Vama*» (izquierda) al dios preario Shiva.

En cuanto a las acusaciones y los prejuicios, los autores D. N. Bose e Hiralal Haldar, en *Tantra, their Philosophy and Occult Secrets*, aclaran las cosas: «Sin embargo hay que admitir, aunque a disgusto, que existen prejuicios, incluso entre gente honesta, y prevenciones contra la visión tántrica, a causa de algunos ritos que, considerados superficialmente, parecen muy licenciosos, crueles, repugnantes en exceso. Sin embargo, si uno se toma el trabajo de penetrar en profundidad, se da cuenta de que no son ni licenciosos, ni crueles, ni repugnantes, sino que tienen un sentido místico (en algunos casos desviado y degradado por seres corruptos para servir a su egoísmo y satisfacer sus deseos bestiales), que ayuda al tántrico a progresar en la vía de la perfección moral esencial para su emancipación final».

La Vía de la Izquierda

Para los (numerosos) detractores del tantra llamado de la *Mano Izquierda*, los tántricos son personajes «siniestros», maníacos sexuales entregados a la magia negra, incluso a los sacrificios humanos. En este contexto, es instructivo recordar el latín *sinister*, «izquierdo». «Siniestro» se ha convertido en sinónimo de mal augurio, funesto, nefasto, pernicioso, lúgubre, amenazador, terrible. Un siniestro es una catástrofe, una desgracia, un accidente. En la India, la *mano izquierda* es indecente, por una razón muy prosaica: a falta de papel higiénico, prácticamente inhallable en la India, el hindú se lava el ano con agua, y como utiliza la mano izquierda, ésta no debe tocar jamás los alimentos. Se comprende, entonces, el disgusto que experimenta un indio que ve a un europeo no informado tocar su comida con la mano izquierda: ni siquiera muerto de hambre aceptaría el hindú un alimento ofrecido por una mano izquierda, aunque esté lavada y desinfectada. A propósito de las manos, el hindú, que tiene horror a los contactos corporales, encuentra repugnante la costumbre occidental del apretón de manos. Sólo una ínfima minoría occidentalizada condesciende, con reticencia, a estrecharnos la mano, aunque sea la derecha. Nosotros mismos, en Francia, decimos a los niños: «*Donne la belle main au Monsieur*» («¡Da la bella mano al señor!»). ¡La derecha, por supuesto! ¡Se llega hasta a educar a los perros para que presenten la pata derecha!

Entonces al brahmanismo le resulta fácil oponer al tantra de la *mano izquierda*, repugnante, el de la *mano derecha*, que es la única decente a sus ojos. Pero esta designación es voluntariamente tendenciosa, pues en el tantra *Vama Marga* (*Vama* = izquierda, *Marga* = vía) no tiene ninguna relación con la *mano izquierda*.

Comparto la opinión de Francis King: «Los ocultistas occidentales, que han retomado por su cuenta la interpretación errónea de H. P. Blavatsky, han dicho muchas insensateces al respecto de las palabras "mano izquierda, mano derecha", atribuyéndoles un sentido moral.

»La transición de *izquierda* a *siniestra* y luego a *mala* es a la vez fácil y abusiva para un europeo.

»De hecho esas palabras no implican ninguna connotación moral, expresan simplemente que, en el rito que culmina con la unión sexual concreta, la mujer se encuentra a la izquierda del hombre, mientras que en el rito sin unión concreta, la mujer está sentada a su derecha.»

Y yo añado que, en el símbolo del andrógino, la mitad femenina es siempre la izquierda. *Vama Marga* es por tanto la vía de la Femenidad, nada más, pero también nada menos.

Proclamarse de la Vía de la Izquierda es atraerse los rayos neobrahmánicos, por tanto los de los *swamis*, que están casi todos en el «sistema». Aghehananda Bharati escribe: «Algunos temas son tabú para los brahmanes y los pandits indios. Y el tantra es objeto de un tabú muy severo... En Occidente los aduladores actuales de todo lo que proviene de la India, aparte de algunos antropólogos y sanscritistas concienzudos, caen en la trampa de la cultura india oficial, impregnada de ese puritanismo ascético y anti-hedonista que caracteriza las escrituras canónicas indias».

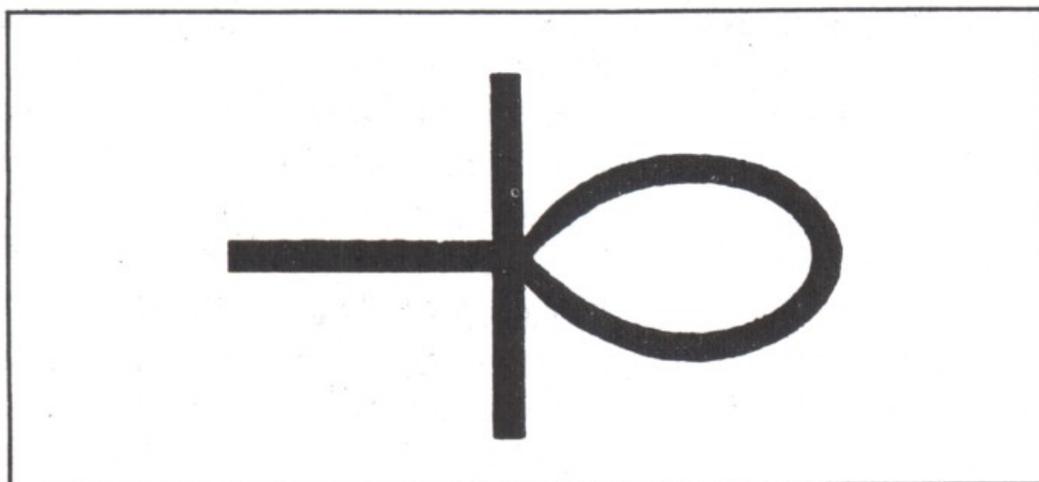
De modo que cuando el lector oiga maldecir al tantra, lo que no será raro, sabrá de donde viene el ataque y por qué. Personalmente he tomado posición desde hace tiempo y pienso en el proverbio árabe: «Los perros ladran... la caravana pasa y llega lejos.»

El mito del andrógino

El dibujo de la página siguiente, muy simbólico y tántrico, está tomado del libro *Ancient Faiths*, de Innmann, publicado en la India hace más de un siglo, en 1868 para ser exacto. Representa el *Ardhanari*, el andrógino indio, mitad Shiva, mitad Shakti.

Shiva ocupa la mitad derecha evidentemente, y reconocemos sus principales atributos: una cobra le sirve de collar y, después de haberse enrollado en su cuello, levanta su cabeza por encima de la del dios, cuyo peinado es típicamente masculino, así como su pendiente; otra serpiente, símbolo sexual en todas las tradiciones, que manifiestamente no es una cobra, se enrolla en torno al brazo de Shiva.

La mitad izquierda es con seguridad Shakti, reconocible no sólo por la curva de la cadera y por el pecho, sino también por su pendiente, del tipo llevado por las mujeres indias. Su medio collar y su medio cinturón son adornos femeninos, así como los brazaletes del tobillo. Diosa de la fertilidad, por tanto de las plantas y del agua, lleva un loto en la mano. Y la pareja está de pie sobre un enorme loto que flota en las aguas primordiales.



Para representar su unión sexual el artista ha colocado, bien a la vista en el lugar de los sexos, el *hank* egipcio, cuyo bucle representa evidentemente el *yoni*, pues está inscrito sobre la mitad Shakti, mientras que la cruz representa el órgano masculino. Así el *hank*, en su posición estratégica y

central, resume, en un esbozo cautivador, la unión sexual de Shiva y Shakti. Teniendo en cuenta la etimología de la palabra «*lingam*», que significa «signo» (de la unión de los principios masculino y femenino), el *hank* es por tanto un verdadero *lingam*.

Dadas las relaciones comerciales por tierra y por mar que existieron desde la más remota antigüedad entre la India y Egipto, esta correspondencia no debe sorprendernos. Por otra parte, sería ocioso querer determinar si los egipcios tomaron en préstamo el *hank* a la India o a la inversa; lo esencial es su simbolismo, y éste no puede ser más límpido.



Ardhānari, el andrógino, simboliza la unidad de los orígenes cósmicos.

El Adán primordial es también a la vez macho y hembra, y cada ser humano incluye los caracteres de ambos sexos. Aunque masculino en apariencia, Shiva es un dios andrógino. Por eso lleva un pendiente de mujer en la oreja izquierda y uno de hombre en la derecha.

Por último, ¿será porque el corazón está a la izquierda que ese es el lado de Shakti?



Ardhānari simboliza la unión cósmica original de Shiva y Shakti.

Su separación engendra literalmente el sexo (del latín sectus, «.cortar»).

En el maithuna tántrico, Shiva y Shakti quieren reencontrar la unidad de los orígenes.

¡Qué prueba para el artista esculpir una estatua medio mujer, medio hombre, sin que ese «monstruo» sea feo, sino todo lo contrario!

El ritual tántrico

La Vía del Valle

La vía tántrica llamada «del Valle» es la más fácil, especialmente para el control de la eyaculación, pues ese tipo de unión poco «movida» está basada en la relajación física y mental. Se la podría juzgar poco «excitante», lo cual es relativamente cierto. Sin embargo nos abre un mundo desconocido de sensaciones y de experiencias, engendra una plenitud prolongada, y logra la integración total de dos seres, en cuerpo, mente y espíritu, fuente de felicidad desconocida por las parejas ordinarias de nuestro Occidente apresurado.

La experiencia divergente

Gracias sobre todo a la Vía del Valle el tántrico llega a «feminizar» su experiencia de la sexualidad. Para el hombre «ordinario» el acto sexual, centrado en el polo de la especie, es decir, en los órganos genitales, es una experiencia *convergente* en el espacio y en el tiempo. En otros términos, su vivencia tiende a restringirse cada vez más. La mujer despierta su deseo, luego, desde que se produce la erección, su vivencia se instala en una zona cada vez más reducida, la zona genital. Una vez insertado en la vagina, su pene acapara toda su atención, que tiende, poco a poco, a focalizarse en las sensaciones percibidas en el glande. Paralelamente, su experiencia se estrecha también en el tiempo: converge hacia el breve instante de placer de la eyaculación, después de lo cual su deseo decae inmediatamente, y el hombre se retira y se aparta de la mujer.

Para el tántrico, por el contrario, incluso fuera del ritual, el *maithuna* es una experiencia *divergente*, de tipo femenino. En efecto, en la mujer, la vivencia sexual, lejos de limitarse a la vagina y al pene que allí encierra, desborda progresivamente la esfera genital, se difunde por todo su cuerpo y, cuando llega el orgasmo, implica cada fibra de su carne y luego invade su ser. El éxtasis tiende también a intensificarse, a prolongarse, por tanto a extenderse en el tiempo. Mucho después del fin del contacto sus ecos resuenan en ella todavía.

Esta experiencia difusa es también la del tántrico que no se acopla a una vagina, sino que se une al ser total, a la mujer física, psíquica y cósmica, es decir, a la encarnación de Shakti. Cuando el *lingam* ha establecido el contacto íntimo, cuando percibe el *yoni*, Shiva participa en el deseo y en la emoción erótica de Shakti. A partir del *lingam* su experiencia erótica es como una mancha de aceite, gana progresivamente todo su vientre, viaja a lo largo de su columna vertebral y por último hace vibrar cada célula de su cuerpo. Participa intensamente en la emoción sexual última de Shakti cuando ella vive un profundo orgasmo. Percibe así el ser secreto de la mujer, sin tratar de apropiarse de su cuerpo ni de su sexo. No piensa: «Es *mi* mujer, y su sexo y su sexualidad me pertenecen». Percibe, en el sexo, la expresión del poder creador cósmico suprapersonal. Unido a Shakti, todo su cuerpo se convierte en órgano sexual, no sólo el *lingam* como en la unión ordinaria.

En la práctica

Antes de abordar la práctica, veamos primero las posiciones apropiadas.

La posición occidental usual, es decir, la «del misionero», no conviene para nada: fatiga a Shakti, que debe soportar mucho tiempo el peso del hombre acostado sobre ella, sobre todo si él se relaja, como debería ser. Ahora bien, en la Vía del Valle, la unión puede durar hasta dos horas o más... La somnolencia, lejos de ser un inconveniente, hace aflorar el inconsciente y permite intercambios magnéticos y psíquicos intensos: en el sueño los intercambios se realizan en un plano psíquico sutil.

La posición a horcajadas, *Purusbayita*, es conveniente siempre que sea posible la relajación, que se logra colocando cojines en la espalda de cada integrante de la pareja.

En la óptica del tantra, se puede optar por la posición en oposición, llamada en x , horizontal o inclinada unos 45° (véase el capítulo relativo a las *asanas* de *maithuna*). Esta *asana* tradicional y específicamente tántrica favorece la circulación de las energías sutiles, permitiendo al mismo tiempo una relajación creciente con un contacto sexual correcto; los movimientos son limitados o inexistentes. Detalle práctico: en los climas fríos con frecuencia hay que taparse, porque la relajación hace descender la temperatura del cuerpo y la incomodidad compromete el logro de la experiencia. Ventaja no despreciable: en esta *āsana* el control de la eyaculación no plantea ningún problema.

Otra posición favorable es la lateral, *Paryankāsana*, llamada también «de von Urban». Aunque asimétrica, permite una relajación profunda y conviene a las circunstancias occidentales (cama, colchas, etc.).

La Vía del Valle implica una inmovilidad relativa. Los movimientos son limitados, poco amplios y controlados, tanto en Shiva como en Shakti: uno solo de ellos es activo, el otro permanece pasivo y distendido.

Con frecuencia es Shakti quien se mueve, por ejemplo para que se mantenga la erección, que no debe necesariamente ser del estilo triunfante durante todo el contacto. Incluso si el *lingam* está semirrígido, Shakti puede vivir una experiencia intensa, lo mismo que Shiva. Las fluctuaciones de la erección son normales y forman parte de las reglas del juego. Si espontáneamente una ondulación rítmica nace en el cuerpo de Shakti, puede abandonarse a ella, siempre que la reprima si los movimientos se amplifican y se aceleran. En efecto, estos movimientos podrían interrumpir la experiencia, ya sea por la expulsión del *lingam* si la erección es muy débil, ya sea por una eyaculación no deseada. En la Vía del Valle, Shakti puede así acceder a un orgasmo de "otro tipo, es decir, experimentado casi únicamente en el polo del individuo, el cerebro, más que en el polo de la especie, los órganos genitales, como es lo común.

También puede producirse a la inversa, que Shakti se relaje y Shiva realice movimientos limitados, espontáneos pero controlados, lo cual parece contradictorio. De hecho, se deja que el cuerpo mismo desencadene estos movimientos (por tanto son espontáneos), mientras que la mente los observa y los controla si la amplitud y el ritmo ponen su dominio en peligro.

Los papeles pueden alternarse: primero Shakti dirige el juego, luego Shiva, o a la inversa, alternando fases de inmovilidad y de lenguaje secreto, es decir, de contracciones vaginales a las que el *lingam* responde. Hay que evitar «pensar» los movimientos, intelectualizar el acto, que sin embargo debe ser todo el tiempo consciente. La pareja permanece así receptiva, disponible a todos los matices de la experiencia tanto a nivel genital como en el cuerpo entero. Una sensación inefable de fusión es, en principio, un logro normal en la Vía del Valle; en principio porque al comienzo parece menos satisfactoria que los contactos usuales no tántricos, pero pronto la exploración de este universo nuevo resulta fascinante.

Además uno no se propone «convertirse» de una vez por todas a este tipo de unión y hacer de él su menú exclusivo: una vía no excluye jamás la otra. La Vía del Valle permite a Shiva quedar indefinidamente en contacto y comprobar que inhibir la eyaculación no plantea ningún problema y no reduce, más bien al contrario, la voluptuosidad sexual.

El método Carezza

En Occidente ha sido «descubierto» y practicado un régimen de unión sexual muy similar a la Vía del Valle: el método Carezza. Sin ser tantrismo disfrazado —le falta el contacto ritualizado y sacralizado—, tiene muchos puntos en común con la Vía del Valle y refuta una objeción" al tantrismo que consiste en dudar de su aplicabilidad en Occidente.

Este método fue «inventado» en 1844 por el norteamericano John Humphrey Noyes, fundador de la comunidad Oneida, que lo llamó *Carezza*, palabra italiana que no necesita traducción. Lo llamó también «retención masculina». En los Estados Unidos se implantó y conoció un gran éxito antes de la primera guerra mundial, época en que Alice Stockham, ardiente propagandista del método, escribía: «El método Carezza es la forma más elevada y más perfecta del arte de amar, donde ni la mujer ni el hombre desean ni buscan el orgasmo». Otro ferviente partidario de este método en los Estados Unidos fue J. William Lloyd. Sobre todo a estos dos autores me refiero en las páginas siguientes.

Para el método Carezza, la regla es ultrasimple: todo está permitido salvo eyacular, y si eso se produce, jamás en la vagina, por tanto el hombre debe retirarse. El orgasmo femenino es aceptado, excepto si compromete la «retención masculina».

Para este método, «eyacuación» y «orgasmo masculino» son sinónimos. Para el tantra, la eyacuación sabotea el orgasmo masculino, pero si se produce, tiene que ser en la vagina. El método Carezza no ha llegado a descubrir que orgasmo y eyacuación son dos cosas bien diferentes. Así, Alice Stockham admite —la cito— «la posibilidad de que el hombre experimente el orgasmo sin eyacular, a la manera de la mujer, que no emite semen». Ahora veamos lo que el método Carezza, como el tantra, promete a sus adeptos.

En primer lugar supone en la pareja un amor profundo y el deseo de transponer la sexualidad a otro plano que el común. J. William Lloyd escribe: «La primera religión del hombre estuvo basada en la sexualidad y sólo por medio de ella podemos reencontrar nuestro verdadero origen», frase digna de un tántrico. Este método considera la unión sexual como una verdadera fiesta amorosa y, siempre de acuerdo con el tantra, la eyacuación como un incidente inoportuno y grosero, incluso antiestético, que mata por un tiempo todo deseo de acercamiento a la mujer. El hombre que hacía unos instantes estaba lleno de frenesí sexual, después de haber eyaculado se aparta de la mujer, a quien esta indiferencia hiere en su amor propio y en su amor a secas.

J. William Lloyd compara la unión sexual con eyacuación a un fuego de artificio interrumpido por la inhabilidad del artificiero que hace explotar de una sola vez todos los cohetes. Para él, eyacular mata con frecuencia el amor verdadero e impide su sublimación.

Según el método Carezza la unión de los sexos es un intercambio, basado en el contacto humano más íntimo, que sólo se realiza plenamente cuando es prolongado.

Este método no preconiza ninguna posición particular, pero aconseja evitar los movimientos rítmicos, prolongados y acelerados, que llevan a la eyacuación, y recomienda variar el ritmo, la amplitud y la duración de los movimientos y, en caso de alerta, inmovilizarse el tiempo necesario para que se aleje el peligro.

El método Carezza ha redescubierto un aspecto capital del *maithuna* tántrico, especialmente en la Vía del Valle: el de los intercambios «pránicos», magnéticos.

Albert Chavannes, otro entusiasta de este método, sin duda francés, llama «magnetización» a lo que el tantra denomina «intercambios pránicos». Afirma que los órganos sexuales femeninos y masculinos están magnéticamente polarizados.

J. William Lloyd escribe: «Con frecuencia es el hombre, artista del contacto, el que es activo, mientras la mujer es pasiva como el imán que atrae. Por eso el hombre que quiere tener éxito con el método Carezza debe ejercitarse en el arte de las caricias y los contactos magnéticos. Debe considerarse parecido a una pila eléctrica: su mano derecha es el polo negativo y su mano izquierda el positivo. Cuando sus manos entran en contacto con un ser humano receptivo, se engendra y se pone en circulación una corriente eléctrica. Debe sentir esa corriente eléctrica correr desde su lado izquierdo hasta el lado derecho de la mujer, y conseguir que obedezca a su voluntad para dirigirla. Si la toca con una sola mano, sentirá reaccionar esa parte del cuerpo de la mujer bajo la influencia de su magnetismo.

»Además, si adquiere el dominio de esa corriente, podrá enviarla a las partes del cuerpo o a los centros del ser amado que él desea cambiar, excitar o calmar magnéticamente. Debe perseverar hasta que esto se convierta para él en una certeza. Se puede practicar la percepción de estas corrientes magnéticas sobre uno mismo para calmar dolores con el contacto de la mano.

»Compréndaseme bien. El método Carezza puede perfectamente tener éxito aunque se ignore esto, simplemente porque ese magnetismo natural está presente y la intuición nos guía hacia las acciones correctas; sin embargo, también en este terreno, un saber consciente y la voluntad de dirigir por sí mismo estas fuerzas resultan beneficiosos.

»Este contacto magnético ha resultado eficaz para fortificar a los débiles y curar a los enfermos. Comprendemos así cómo y por qué el método Carezza, practicado correctamente, es beneficioso para la salud. Están totalmente excluidos los efectos nefastos. Harry Gaze afirma que este método mantiene el amor y confiere confianza gozosa, belleza y juventud hasta una edad muy avanzada.

»Por eso hay que aprender a tocar a la amada de tal modo que esa corriente de electricidad vital recorra su cuerpo con un estremecimiento extático, mientras que la libera de su propia energía acumulada. Del mismo modo la mujer engendra fuerzas magnéticas que podrá dejar desbordar en el hombre, satisfaciéndolo tan plenamente que todo sentimiento de pérdida será eliminado y se obtendrá la felicidad. El aflujo y el intercambio de estas energías conduce a un equilibrio total y a un reposo benéfico.

»En el experto en el arte de amar, ese magnetismo emana de la punta de los dedos, de las palmas de las manos, irradia por los ojos, surge de su voz y puede transmitirse a través de cualquier parte del cuerpo del uno o del otro, incluso mediante el aura, de una manera invisible y sin contacto físico.»

Este texto, que no he querido cortar, podría, salvo algunos detalles de vocabulario, haber pertenecido a un tratado tántrico.

J. William Lloyd dice todavía: «Cuando el método Carezza es practicado con éxito, los órganos genitales quedan tan apaciguados, tan desmagnetizados como después de una eyaculación. Mientras del cuerpo de los amantes emana una fuerza maravillosa y una alegría consciente, éstos reposan en una dulce satisfacción, como después de un juego feliz. Todo su ser irradia goce amoroso y romántico, está invadido por un sentimiento de salud, de pureza, de vitalidad. Quedamos colmados de bienestar y de gratitud, como después de un festín bendito.

«¿Qué sucede por el contrario después de la eyaculación? La comprobación general es que, pasados los primeros instantes de distensión agradable, acompañada de una sensación de liberación, sigue inmediatamente el sentimiento de haber sufrido una pérdida, de haberse debilitado: la maravillosa visión de sueño se ha disipado, el hombre se ha desilusionado. Por cierto que ha vivido su breve instante de pasión, pero muy fugaz, parecido a una crisis epiléptica, que no deja ningún recuerdo, ninguna huella. Las luces se extinguen, la música cesa, la fiesta termina antes de haber realmente comenzado. A veces la debilidad subsiguiente es tal que provoca palidez, vértigos, perturbaciones digestivas, irritación, decepción, incluso vergüenza, hasta rencor. Es verdad para el hombre, y también para la mujer, decepcionada por el fin abrupto de una maravillosa experiencia. En la mayoría de los casos, cansado, indiferente, el hombre se duerme. El ardor amoroso ha desaparecido.

»Con el método Carezza todo es diferente.

»Los amantes se separan gradualmente, con una dulce pena, intercambian besos, permanecen abrazados, se miman. Radiantes de amor y de admiración, dejan resonar en ellos el eco de esa felicidad que no se borrará jamás.»

¿Es este elogio demasiado ditirámico? En todo caso refleja el estilo que impregna toda su literatura. Sea como fuere, el método Carezza demuestra, como mínimo, que esta vía conviene a Occidente. Para él como para el tantra, la sexualidad trivial, localizada y limitada al contacto

genital, es una neurosis. ¿El remedio? *Maitbuna*, la unión tan trica.

Maithuna, la unión tántrica

En el *maithuna* el hombre con frecuencia permanece pasivo; evita todo lo que provocaría la eyaculación. Shakti está activa y conserva la iniciativa durante el desarrollo del rito. El hombre está receptivo, Shakti da el tono. Es indiferente que la erección se mantenga o no hasta el final: basta con poder permanecer unidos. En el tantra es más Shakti que Shiva quien capta y transmite los ritmos cósmicos de la Luna, del Sol y de la Tierra. Para conocer el éxtasis, el hombre debe permanecer mucho tiempo unido a Shakti, impregnarse de su energía magnética, hasta que la «divina vibración» lo invada. Basta para ello con atender distendidamente pero sin fallas a todo lo que pasa en el cuerpo, y a los intercambios que se efectúan.

Esta unión puede —y debería— durar hasta dos horas y más. Shiva debe abandonarse a la percepción sensual de la mujer, sentir latir su sangre, vibrar según su diapason, *respirar a su ritmo* (¡muy importante!): entonces surgirá la experiencia extática.

Rita Ashby, una tántrica californiana, dice: «La Shakti tántrica florece literalmente. Su piel brilla con el resplandor de Eros, su mirada abierta e inocente cautiva a todos aquellos a quienes se dirige. El tantra es una forma de adoración que da a Shakti confianza en sí misma. Cada mujer es la esposa de Shiva. ¡Shakti! ¡Shakta! Incluso el orgasmo de Shakti es una simple eventualidad sin verdadera importancia, pues la mujer no está tan orientada hacia lo genital. Al contrario de la eyaculación en el hombre, el orgasmo femenino atiza el fuego divino del goce, en lugar de extinguirlo».

Y Ted Ashby, su compañero, añade: «Después de haberse amado durante horas, uno está dispuesto a todo: a hacer música, a bailar como un dios, o incluso a hacer tantra con un grupo de adeptos, en el círculo mágico donde cada uno, tomándose de las manos, percibe las vibraciones y el magnetismo de los otros. El tántrico no intenta imponer su identidad aislada. Está plenamente "aquí" y "ahora", está vivo y se convierte en la Vida. Se es *uno* con la pareja y se está listo para convertirse en *uno* con todas las maravillas del Ser».

Sin embargo, el método Carezza, al igual que la Vía del Valle, no condena a sus adeptos a la inmovilidad perpetua. Además del lenguaje secreto, tan propicio para los intercambios recíprocos, todos los movimientos están permitidos siempre que no hagan eyacular. Al contrario, sus adeptos tienen la feliz sorpresa de descubrir que todo lo que en la unión ordinaria conduce a la eyaculación, resulta posible sin causar el «incidente» y sin la preocupación constante de tener que controlarse.

El tantra libera al hombre del reflejo eyaculatorio, sin dificultades mayores. Por supuesto que una pareja habituada desde hace años al amor «normal» no se descondiciona de un día para el otro. Al comienzo el hombre no logrará más que una vez sobre dos o tres evitar la eyaculación, a veces por falta de cooperación de su compañera, ella también acostumbrada a la forma habitual de contacto sexual y que puede, igual que el hombre, encontrar al comienzo que este tipo de unión es menos satisfactoria.

Basta simplemente con perseverar para ir de descubrimiento en descubrimiento, pues la Vía del Valle es la vía más fácil de la meditación entre dos.

Acerca de esta meditación, en sus comienzos Rajneesh escribió cosas bellas, como este trozo sacado de la revista *Sannyas* de febrero de 1971:

«Haced del sexo una meditación entre dos. No lo combatáis, no os opongáis a él. Sed amistosos frente al sexo. ¡Vosotros sois una parte de la naturaleza! En verdad el acto sexual no es un diálogo entre un hombre y una mujer, es un diálogo del hombre con la naturaleza a través de la mujer, y de la mujer con la naturaleza a través del hombre. Durante un instante os insertáis en la corriente cósmica, en la armonía celeste, estáis de acuerdo con el Todo. Así el hombre se realiza a través de la mujer y la mujer a través del hombre.

»Cuando seáis capaces de ser espectadores de vuestro acto sexual, lo trascenderéis, porque observándolo os liberáis de él.

»En cuanto al hombre, sólo a través del acto sexual es capaz de ser espectador de sus profundidades interiores.

»Este es el secreto de la apertura de una nueva puerta. Si entráis conscientemente en el sexo, no sois un instrumento ciego en manos de la evolución biológica. *Vosotros* no estáis verdaderamente allí. La evolución se abre su camino desconocido a través de vosotros y *vosotros* seréis rechazados. Si llegáis a ser capaces de conciencia en el acto sexual, éste se convertirá en una profunda meditación. La inmovilidad relativa de la Vía del Valle es muy propicia para esto.»

Ritmo maithuna

¡La vida es ritmo! Ahora bien, en la unión profana «occidental» es el hombre quien controla las operaciones y especialmente los movimientos del coito. Sin darse cuenta, porque cree que las cosas son así, el hombre impone por lo general *su* ritmo a su compañera y con frecuencia se mueve a un ritmo contrario al de ella. Algo así como si él impusiera un tango mientras ella escucha y desea un vals. Ciertamente en el baile el caballero dirige a la dama, pero es menos grave: la pareja sigue el ritmo de la orquesta y así sus movimientos se combinan.

El *maithuna* debería ser una danza donde Shiva sigue el ritmo de Shakti. Ese ritmo varía no sólo de una mujer a otra, sino de un día al otro, de un instante al otro. Entonces, señores, ¿qué hay que hacer? Justamente, debemos saber y aceptar que no hay nada que «hacer» sino «dejarse hacer». Con una Shakti experimentada será muy fácil: basta esperar que ella tome la iniciativa de los movimientos y seguirla.

Por el contrario, si ella ha sido condicionada a sufrir pasivamente el ritmo masculino, será un poco más delicado. El hombre deberá permanecer atento y totalmente receptivo a la experiencia de Shakti, observar el ritmo respiratorio de la mujer evitando moverse voluntariamente. *Si* nada se produce, con frecuencia basta esperar que, con ayuda de la emoción erótica, se desencadenen ligeros movimientos espontáneos en Shakti, y luego seguirlos. Shiva debe acompañar elásticamente, armoniosamente, el ritmo de Shakti, sea éste lento o rápido, amplio o superficial.

Shiva no tiene nada que perder si abandona su posición dominante, ¡todo lo contrario! En lugar de una mujer «saco de harina», encontrará una compañera desenvuelta y vivaz, una verdadera Shakti tántrica.



Este dibujo del Ledakant de Kembrandt (c. 1646) muestra que en esta época también la posición «del misionero» era la favorita. Aunque solos, los amantes se unen vestidos. Este tipo de coito, que

se puede calificar de utilitario, basta sin duda para satisfacer la pulsión sexual —del varón sobre todo— y para asegurar una descendencia, pero es la antípoda del ambiente tántrico.

Las āsanas de maithuma

Toda unión sexual, humana o animal, hasta vegetal, es sagrada: reproduce el acto creador último, la unión de los principios cósmicos Shakti-Shiva, causa del universo manifiesto.

Para el tantra, todo contacto sexual, por trivial que sea, es sagrado, cósmico, aun cuando los que lo llevan a cabo lo ignoren, como sucede casi siempre. Por lo demás es lo que distingue la unión tántrica del coito profano, y hay que recordarlo al abordar las *āsanas* del ritual tántrico.

El tantra, que pretende «divinizar» a la pareja y su sexualidad, no es erotismo; si lo fuera, el *Kama Sufra* y el *Koka Shastra* serían tántricos. El objetivo confesado —y legítimo— de esos tratados es aumentar la voluptuosidad sensual, para lo cual proponen una profusión de técnicas sexuales, especialmente posiciones amoratorias. Bastaría, a primera vista, con buscar allí las *āsanas* del *maithuna* tántrico.

En efecto, las *āsanas* tradicionales para la meditación entre dos, específicas del rito tántrico, son poco numerosas. ¿Sus criterios? Los gurús tántricos han escogido las confortables, para poder prolongar la unión sexual a veces hasta dos horas, sin tener que cambiar mucho de *āsana*, lo cual perturbaría la interiorización. A menudo su confort es tal que permite una relajación física y mental total que lleva a estados de conciencia diferentes, o al sueño, lo que no es en absoluto un defecto. El *āsana* debe también favorecer los intercambios magnéticos, «pránicos», y facilitar el control seminal. Por eso algunas son deliberadamente poco «excitantes».

A este respecto el tantrismo descarta, al menos al principio, la posición más usada. En Occidente se la llama con frecuencia «del misionero» (*Uttana bandha* en sánscrito), en la que el hombre está tendido sobre la mujer; este nombre seguramente se lo dieron los negros que espiaban, a través de las rendijas de la cabaña, los escauceos amorosos del pastor y su mujer. Esta posición, inusitada para ellos, sin duda los divertía mucho. En este sentido —la mojigatería no ha muerto— incluso hoy algunas mujeres rechazan obstinadamente todas las otras posiciones, que consideran «perversas».

La única razón por la cual el tantra desaconseja la posición más habitual es porque no facilita el control seminal. En efecto, si durante años una posición determinada es asociada a la eyaculación, ya se ha creado un reflejo condicionado (Pavlov) muy potente. Es más fácil —o... ¡menos difícil!— controlarse cambiando las reglas del juego, comenzando por la posición.

Rajneesh ha escrito: «Adopten muchas posiciones o no, el hombre y la mujer se relajarán. Esto depende de la fuerza vital, no de la mente. No hay que decidir nada por adelantado. La decisión, ése es el problema. Incluso para hacer el amor se decide, se consultan libros que indican cómo hay que hacerlo. Esto muestra qué tipo de mente humana se ha desarrollado. Si se consultan libros incluso para hacer el amor, éste se vuelve cerebral; se cerebraliza todo».

El neotantra de Rajneesh es sobre todo no-tantra en el sentido de que se aparta totalmente de la tradición tántrica, ¡cosa que no niega! Entonces, después de estas frases perentorias, ¿hay que descubrir las *asanas* tan tricas tradicionales?

¡Por supuesto que sí! Y este «sí» lo fundamento con un ejemplo. En las vacaciones, cuando nado en el Mediterráneo, al principio no preveo nada, dejo que mi cuerpo decida a medida que avanzo el tipo de estilo que voy a utilizar. Según el humor y las circunstancias, será braza, relajado, con la cabeza fuera del agua, la nariz al viento, para ver lo que pasa a mi alrededor, sintiendo cómo el «gran azul» envuelve mi cuerpo. Pero, según el estado del mar o para gastar un poco más de energía, mañana será sin duda crawl.

No «pienso» en mis movimientos, no cerebralizo nada, me abandono al mar.

Pero esta libertad, esta espontaneidad, viene de las lecciones de mi maestro de natación, ronco a fuerza de gritar: «¡Uno... cerrar... dos, tres!» Hoy ya han quedado en el olvido el maestro de natación, la piscina y su agua clorada: ¡hoy nado, eso es todo!

Lo mismo sucede con las *āsanas* y las técnicas propuestas por el tantra. ¿Por qué cada pareja ha de reinventar las posiciones tántricas, por lo demás mucho menos numerosas que las del amor profano, que no es condenado ni rechazado por los tántricos? ¿Por qué privarse de esta experiencia milenaria? Además, cuando una pareja, ayudada por el libro, haya tomado una *āsana* determinada, aunque sea una sola vez, en la próxima experiencia olvidará la descripción. El tántrico no es evidentemente el amante sabio, el alumno aplicado que ha empollado sus libros y que, en la cama, comienza por las caricias descritas para el preludio, y es raro que no tenga su libro abierto sobre la almohada. Eso desborda de buenas intenciones, e incluso es conmovedor; pero, ¿es suficiente para inflamar a la mujer, a menos que ella se inflame sola?

Purushāyita

Desbrozado el terreno, vayamos a las posiciones. Comencemos por invertir la «del misionero», por tanto por colocar a Shakti arriba. En la iconografía tántrica, Rati y Kāma se unen en esta posición bajo la diosa Chinnamastā.

Sus ventajas: Shakti tiene la iniciativa de los movimientos y controla la experiencia. En cuanto a Shiva, no puede casi moverse, pero sí puede relajarse, abandonarse mejor.

Para Shakti, la posición no es necesariamente muy confortable y podría querer cambiar, lo cual perturbaría la experiencia. Sin embargo, *este* inconveniente no es absoluto, pues durante el período de aprendizaje del control de la eyaculación, cambiar de *āsana* en el momento oportuno hace bajar la tensión erótica y facilita el control.

Esta posición permite también la unión invertida, en la cual Shiva se identifica con Shakti y adopta *exactamente* la pose usual de la mujer; estará, pues, acostado de espaldas, con las piernas separadas, mientras que Shakti ejercerá el papel del hombre en la unión usual y mantendrá sus piernas apretadas. Shiva y Shakti pueden así «invertir» la unión y, de algún modo, cambiar de sexo, impregnarse de la experiencia femenina imaginándose mujer y viceversa.

En el sur de la India esta posición es particularmente apreciada, pues intensifica al máximo la experiencia erótica, sobre todo para Shakti.

En efecto, esta posición da la iniciativa a Shakti, muy libre de movimientos. En Occidente, frecuentemente ella sube y baja ampliamente su pelvis, pues le gustan esos amplios movimientos de penetración cuyo ritmo ella marca a su manera. Shiva los aprecia también pero, ¡ay!, precisamente estos amplios vaivenes provocan pronto una eyaculación inoportuna.

Para esta *āsana* el tantra propone lo que la pareja tántrica india Kale llama *corkscrew*, tirabuzón, que ha dado su reputación a las mujeres tamiles: «Shakti está acostada sobre Shiva, que está de espaldas y con el *lingam* insertado; el hombre imprime entonces un movimiento de rotación a su pelvis, como hacían las chicas en los *strip-tease* de antaño. Para ello endurece y relaja sucesivamente las nalgas, lo que baja y levanta su pelvis; simultáneamente, con los músculos inferiores de la espalda, imprime al pubis un movimiento de rotación y de frotamiento. Este vaivén, aunque limitado, combinado con la rotación, da al *lingam* un movimiento espiralado, estimula intensamente el *yoni* y provoca un gran placer. La *yoguīni*, que sigue el movimiento con atención, lo amplifica coordinándolo con la rotación de sus propias caderas.

»Cuando el "tirabuzón" se practica en la posición del misionero, añade a los movimientos de rotación, de subida y de bajada de la pelvis una "contracción-succión" vaginal como para "aspirar" el *lingam*. El efecto conjugado de esas acciones: rotación, vaivén y contracción-succión, produce una estimulación sexual increíble».

Estoy seguro de que, igual que yo, el lector lo cree, pero todos pensarán sin duda que Shiva, sometido a este régimen, debe tener un gran control sobre sí mismo para no dejarse ir. En realidad, a pesar de las apariencias, este riesgo es más reducido que si Shakti realizara los movimientos habituales de la pelvis. Gracias al *corkscrew* Shakti logrará una estimulación máxima con un mínimo de movimientos, alcanzando orgasmos fulgurantes, prolongados y repetidos. Los movimientos rotativos de la pelvis masculina, con el pubis pegado al de Shakti, sobreexcitan el clítoris estimulando al mismo tiempo las paredes del *yoni*. Añadamos la succión efectuada por las contracciones vaginales, lo que da una mezcla explosiva para Shakti, muy voluptuosa para Shiva, aunque sin hiperexcitación del *lingam*, porque en caso contrario correría el riesgo de hacerlo eyacular.

La pareja Kale precisa que esto se aplica también a la posición del misionero, pero con arreglos. En efecto, en la posición invertida, cuando Shiva aprieta y afloja las nalgas, produce un movimiento de vaivén *porque sus nalgas son un apoyo firme*, lo cual no sucede cuando está tendido sobre Shakti. En este caso, es *ella* quien tiene un soporte para sus nalgas y por tanto debe apretarlas y soltarlas rítmicamente. Eventualmente puede amplificar un poco ese vaivén mediante discretos movimientos de la pelvis. La contracción de las nalgas facilita además sus contracciones vaginales para «aspirar» el *lingam*. Así, casi hay inversión de papeles al pasar de la posición de Shiva abajo a la de Shiva arriba. En los dos casos hay que mantener el contacto íntimo con el clítoris de Shakti, que no dejará que su pubis pierda el contacto con el de Shiva durante el frotamiento rotativo.

Upavishta, posición sentada

Upavishta, que significa «posición sentada», designa más una categoría de *āsanas* que una posición determinada. En todas las variantes de la posición sentada, Shakti está a horcajadas sobre Shiva. La más sencilla es *Sukhāsana*, la postura feliz; *sukha*, la felicidad, es lo opuesto de *dukhha*, el sufrimiento.

En esta postura el adepto, sentado sobre una alfombra o un colchón delgado, con las piernas cruzadas en la posición del sastre, recibe a Shakti, que se coloca así en posición superior; dándose la cara, ella lo abraza y le pone las manos sobre los hombros o alrededor del cuello.

Sí la mujer es liviana, esta posición es cómoda incluso durante una unión prolongada. Conviene tanto para la Vía del Valle como para la Vía Abrupta. Poco erótica, facilita el control seminal, porque los movimientos de vaivén son más limitados; favorece también el «lenguaje secreto».

Upavishta, variante asimétrica

En esta variante asimétrica de *Upavishta* —poco conocida— al principio Shakti está sentada en el suelo, sólo el cóccix y las nalgas tocan la alfombra. Está, pues, un poco inclinada hacia atrás y pone las manos en el suelo para conservar el equilibrio. Shiva está colocado en la misma posición. El *lingam* y el *yoni* quedan frente a frente.

Luego Shakti pone su muslo derecho sobre el muslo izquierdo de su compañero, que a su vez pone su muslo derecho sobre el izquierdo de Shakti. Cuando la unión *yoni-lingam* se ha realizado, como los cuerpos quedan un poco inclinados hacia atrás, los amantes se sostienen mutuamente por la parte alta de los brazos con las manos.

Esta variante es ideal para la «fusión por la mirada». La pareja se mira a los ojos —lo que engendra una intensa corriente psíquica— o entre los dos ojos, en la mitad de la frente, en Ajna Chakra. En los dos casos la mirada queda fija, los ojos están un poco desorbitados y, si es posible, no pestañean, como en el *tratak* (véase mi libro *Mi sesión de Yoga*, p. 404).

Esta posición favorece también el «lenguaje secreto» que requiere la inmovilidad corporal en beneficio del intercambio de contracciones rítmicas entre el *yoni* y el *lingam*, pero más

frecuentemente sirve para la unión «rítmica». En efecto, con los talones sobre el suelo para tomar apoyo, es posible dar ligeros impulsos que crean un balanceo que debe ir sincronizado con el ritmo respiratorio.

Este ritmo debe ser muy regular y hay que «polarizar» la respiración, es decir, inspirar al inclinarse hacia atrás, para espirar luego al volver hacia adelante. Resultado: cuando *él* inspira, *ella* espira.

Necesariamente también la respiración debe ser «igualada», lo que significa que la inspiración durará exactamente lo mismo que la espiración. El balanceo va acompañado del Om, repetido interiormente en la inspiración y la espiración, o de un mantra particular que les habrá sido dado por su gurú.

Poco erótica, *Sukhāsana* crea, por el contrario, un estado de fascinación recíproca y un cambio de estado de conciencia cercano a la hipnosis; establece una relación mutua intensa, sobre todo si la pareja, ejercitada en la práctica del *tratak*, se queda al menos dos minutos sin pestañear. Cuando ya no pueden tener los ojos abiertos sin pestañear y las lágrimas están a punto de salir, cierran los ojos y quedan psíquicamente conectados el uno con el otro. Así en poco tiempo pueden alcanzar estados de fusión, de interpenetración psíquica y física profunda, sobre todo si están enamorados el uno del otro. Señalemos que esta posición es practicable —y eficaz— incluso sin penetración, hasta sin contacto genital.

Upavishta, variante

Las posiciones precedentes no exigen ninguna preparación física particular. Sin embargo, esta variante de *Upavishta* en elevación requiere una buena movilidad de las rodillas y de las caderas, al menos por parte de Shiva. Sentado en la alfombra, éste pone primero las plantas de los pies una contra otra, luego acerca los talones al perineo, sin tocarlo: los pies así unidos forman un pequeño asiento para Shakti. Si Shiva no tiene elasticidad en las caderas, sus rodillas quedarán muy lejos del suelo y el asiento será incómodo para los dos; en ese caso es preferible renunciar a esta posición.

El interés tántrico de esta variante difiere poco del de *Sukhāsana* simple. La elección de una o de la otra es una simple cuestión de conveniencia y comodidad recíprocas. Una «variante de la variante» se llama *Padmāsana*, el Loto. Shiva, que debe estar muy cómodo en esta postura, se sienta en la alfombra en posición de Loto poco apretado, creando así un pequeño asiento para Shakti, que se sienta en su regazo y absorbe el *lingam*.

Uttana-Bandha

Mientras que al comienzo la postura del misionero, por ser habitual, es desaconsejada, su variante, *Uttana-Bandha*, se recomienda. En efecto, al estar Shiva en cuclillas y no acostado sobre Shakti, que está inmovilizada, él la inmoviliza. Sin movimientos inesperados que temer, él se controla fácilmente.

Tiryakāsana

Tiryak significa «de lado», «de través». Se trata de una posición asimétrica, poco usada en la India, pero muy útil en Occidente y veremos por qué. En primer lugar describámosla.

Al principio Shakti está acostada de espaldas, como en la posición del misionero, salvo que su pierna derecha está plegada y la izquierda estirada sobre la cama. Shiva está acostado sobre su lado izquierdo y a la derecha de Shakti, con respecto a la cual está más o menos perpendicular. Luego se coloca *bajo* la pierna derecha (plegada) de Shakti, cuyo muslo izquierdo aprisiona entre los suyos. La pierna derecha de Shakti reposa entonces sobre el lado derecho del yogui. Cuando el *lingam* está

en el *yoni*, el pubis masculino está perpendicular al de Shakti.

Esta postura puede parecer complicada: de hecho es más fácil hacerla que describirla. Pero la ilustración terminará de aclarar todo esto.

Existe una variante simplificada: Shakti siempre está de espaldas como en la posición del misionero, pero con los pies planos, es decir, con las rodillas dobladas. Shiva se tiende a su derecha, y acostado sobre el lado izquierdo, se coloca perpendicularmente a Shakti. Se desliza entonces bajo el «puente» formado por las piernas dobladas de Shakti, pone el *lingam* frente al *yoni* y lo inserta. ¡Eso es todo! Ahora las dos piernas de Shakti descansan sobre Shiva, la derecha hacia su flanco, la izquierda sobre su muslo, mientras que en la *āsana* clásica la pierna izquierda de Shakti está estirada y apresada entre los muslos de Shiva. En la postura clásica descrita anteriormente las piernas de la pareja están entrelazadas, pero no en la presente variante, más simple y cuyo único inconveniente es que el contacto genital es menos íntimo.

¿Cuáles son las virtudes de esta *āsana* para Occidente? En nuestras tierras, salvo en verano, la temperatura ambiente es a menudo demasiado fresca para poder practicar desnudos y sin taparse. No están prohibidas por la tradición tántrica, pero las ropas molestan. Además, en Occidente, el tantra sólo se practica sobre una cama, generalmente demasiado blanda para las *asanas* precedentes. Por el contrario, en la cama, la posición lateral es ideal y las mantas no molestan, al contrario; en una habitación fresca el confort térmico que aportan permite la desnudez ritual. Como los tántricos indios raramente disponen de una verdadera cama o de un colchón grueso, sin el cual la posición lateral es poco cómoda para el hombre, se comprende por qué la utilizan tan poco.

Otra ventaja: la pose lateral crea un contacto *lingam-yoni* muy íntimo que subsiste incluso si la erección se debilita, lo cual puede suceder durante una unión prolongada. A pesar de la asimetría de la postura, en *Tiryakāsana* la duración no es un problema; su comodidad es tal que uno puede abandonarse hasta el punto de llegar a dormirse, lo cual no es un gran inconveniente. En efecto, aunque el «yo» consciente está ausente, los dos cuerpos saben muy bien lo que pasa: la fusión y los intercambios magnéticos continúan aun en el sueño. Muchas parejas tántricas occidentales la adoptan frecuentemente para dormirse y pasan una buena parte de la noche así, incluso con un simple contacto sexual exterior, o sea sin penetración.



En el budismo tántrico tibetano, la unión es casi invariablemente representada en esta posición, es decir, a horcajadas, y el dios masculino tiene siempre una expresión terrible, mientras que la bhairavī es minúscula en comparación con él.

Esta postura, bastante poco erótica, conviene tanto para la Vía del Valle como para la Vía Abrupta. Los movimientos posibles son bastante limitados, por tanto es más fácil controlarse, pues el *lingam* recibe menos estimulación allí donde es más sensible, en el glande, por lo cual el riesgo de eyaculación es más reducido. Por último, las manos quedan libres y disponibles para las caricias, lo cual aumenta la tensión sexual de Shakti, sin demasiados riesgos de pérdida de control por parte de Shiva.

Finalmente, basta con que Shakti gire y se apoye sobre su flanco izquierdo para que se encuentre en el regazo de Shiva: véase la posición siguiente.

Parshva Pidítaka, la posición retrolateral

Esta posición, derivada de *Tiryakāsana*, se recomienda para la Vía del Valle o para el *tantra nīdra*, el sueño tántrico en el que la pareja duerme unida. *Tiryakāsana* conviene para un sueño breve, pero no para toda una noche, porque al cabo de un cierto tiempo uno se anquilosa, sobre todo Shakti.

En este caso, *Parshva Piditaka*, la posición retrolateral, conviene más porque puede mantenerse indefinidamente sin problemas.

Esta posición es retrolateral por el hecho de que Shakti está acostada de lado, acurrucada en el regazo de Shiva, él también sobre el costado y uniéndose a ella por detrás. Aunque sólo ofrece un contacto corporal reducido —el tórax de Shiva no toca la espalda de Shakti—, es muy voluptuosa porque las nalgas de Shakti están pegadas al vientre de Shiva.

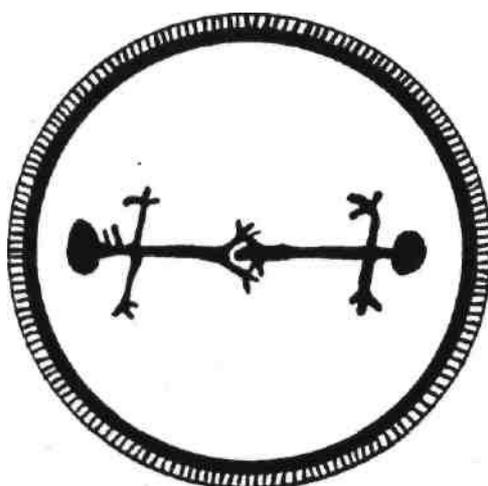
Partiendo de *Tiryakāsana* se pasa a la posición retrolateral sin necesidad de retirar el *lingam*: Shakti retira su pierna doblada, se apoya sobre el flanco y se encuentra así acurrucada en el regazo de Shiva. El objetivo no es dormirse así, pero *si* se produce, no hay problemas, al contrario. Seguramente e incluso sin despertarse, se separarán espontáneamente durante el sueño. La ventaja de esta postura es que, despiertos o no, el contacto puede prolongarse durante horas, porque, incluso flaccido, el *lingam* queda prisionero del *yoni*.

Muchas parejas tántricas la adoptan también para la Vía Abrupta. Entonces, aunque pueda moverse, Shakti a menudo permanece pasiva. Conservando una inmovilidad total y dejando que Shiva actúe a su manera, ella le entrega el control de la experiencia, lo cual permite a Shiva quedarse indefinidamente en el punto límite absoluto, sin temer que un movimiento intempestivo de Shakti desencadene irresistiblemente el espasmo.

En las otras posiciones, cuando Shiva roza y alcanza el punto límite, se inmoviliza y espera que la alerta haya pasado antes de retomar el movimiento. En la posición retrolateral, por el contrario, seguro de la inmovilidad de Shakti, puede *aprender a moverse hasta el punto límite*, lo cual es muy importante. Dicho de otra manera, quedándose en el «filo de la navaja», hará ligeros movimientos siempre muy concentrado, y comprobará que, incluso en el punto de no regreso, no está fatalmente condenado por ese hecho a la inmovilidad absoluta. Esta posición es tan sencilla que no necesita ilustración.

Janujgmāsana, la posición en X

Janujgmāsana, la postura en x, o «en oposición», es un *āsana* de *maithuna* específico del tantra. Es conmovedor saber que ya se practicaba en la India prehistórica, en el calcolítico. En efecto, en las excavaciones de Daimabad, en la actual Maharashtra, se desenterró una cerámica adornada con un dibujo que representa una pareja unida en esta *āsana*. Aparentemente, ni el erotismo ni la decoración pura parecen haber sido la preocupación fundamental del artista y todo hace suponer una intención cultural cercana al tantrismo.



Representación de la pose en X que decora un vaso prehistórico descubierto en Daimabad.

A pesar de su extrema estilización, el dibujo es explícito. Es interesante —y revelador— observar, por un lado, que las representaciones coitales prehistóricas son escasas, y por otro, que se trata de una postura insólita, hasta el punto que está ausente de las esculturas eróticas de los templos hindúes desde Khajuraho hasta Konarak, tan prolijos en este terreno. Está ausente también de las miniaturas eróticas indias, así como del *Kama Sutra* y otros *Kokka Shastra*, que no carecen sin embargo de imaginación. ¿Por qué esta ausencia? ¿Porque es poco excitante? Lo ignoro. En Occidente también es inusitada, incluso desconocida.

Por el contrario, reaparece en otra zona tántrica, el Nepal, en una pintura del siglo XVIII, reproducida en el *Tantra Āsana* de Ajit Mookerjee, p. 112.

El tantra la aprecia sobre todo porque permite un contacto prolongado, una relajación total, lo cual favorece los largos intercambios «pránicos», magnéticos, en el nivel de los sexos. Si el amor profano la descuida, es sin duda a causa de la débil penetración del *lingam*, hasta el punto que una erección potente sería incluso molesta. Para la Vía del Valle es más bien una ventaja, porque el contacto íntimo subsiste a pesar de una erección débil, incluso sin ninguna erección en absoluto.

Los movimientos coitales son limitados, ciertamente, pero posibles.

Aparentemente poco erótica, permite sin embargo vivir plenamente la experiencia tántrica y no impide ni el goce ni el orgasmo, especialmente por lo que respecta a Shakti.

La toma de posición es muy sencilla.—A menudo el contacto se establece y se experimenta primero, durante un tiempo más o menos largo, en la posición a horcajadas, *Sukhāsana*. Partiendo de ella, basta con inclinarse hacia atrás y estirar las piernas para encontrarse los dos de espaldas, en la posición en X.

Variante: en lugar de acostarse con la espalda plana, lo cual pone los cuerpos literalmente en oposición, con la ayuda de cojines se gradúa la inclinación del tronco, por ejemplo a 45°. Así, se conservan todas las ventajas de la *āsana*, pero el contacto es más íntimo, más profundo, y una erección bien formada no molesta.

Esta postura de *maithuna* muestra en qué medida el tantrismo hunde sus raíces en la prehistoria india, y es conmovedor, practicándola hoy, evocar a esas parejas de otras edades.

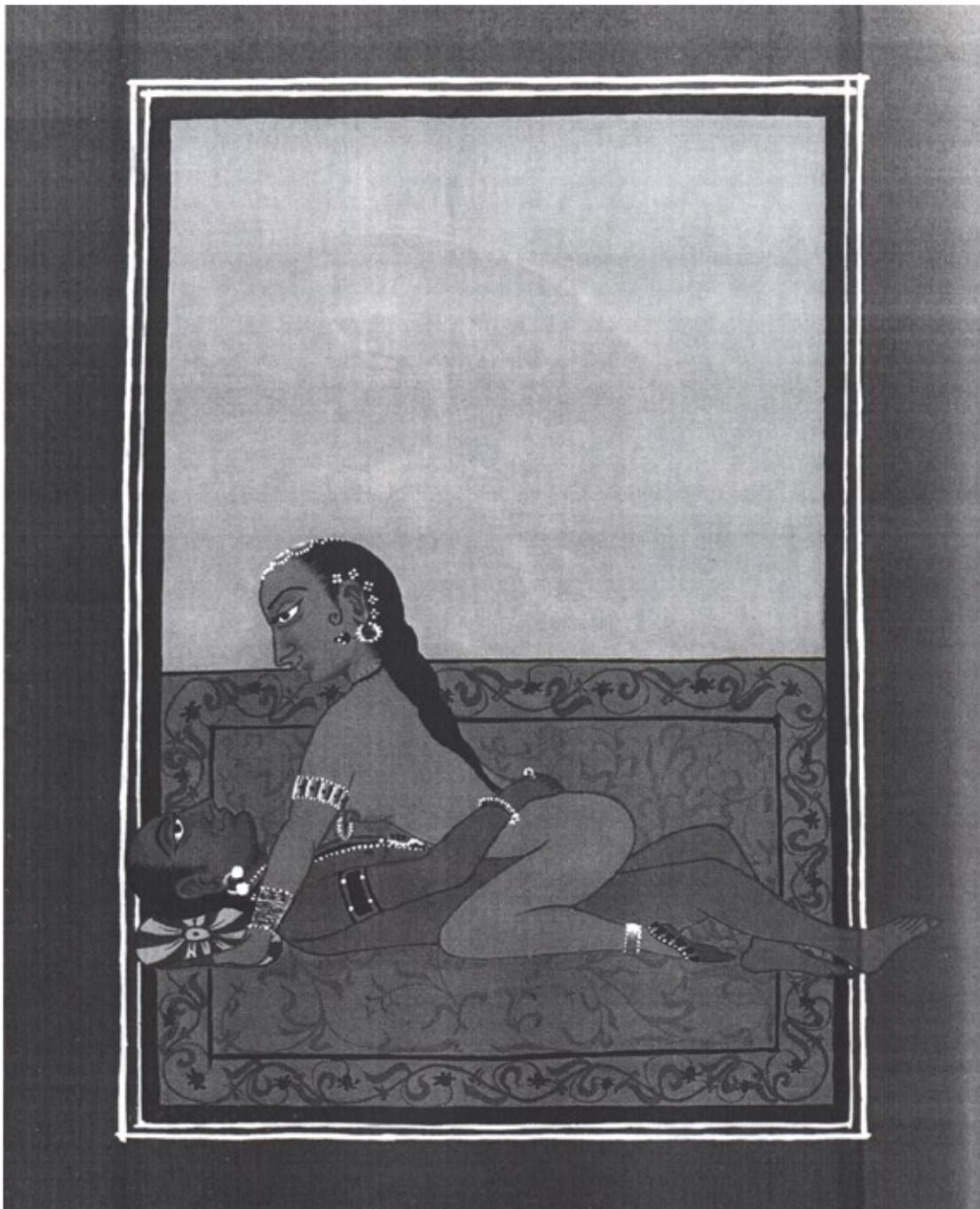
El carácter ritual, iniciático, de esta postura se revela en otra tradición más cercana a Occidente. Testigo, el mándala esotérico reproducido a continuación, sin tener en cuenta el cuadrado mágico «ROTAS», legible en todos los sentidos. Dicho sea de paso, este cuadrado, de base cabalística, se encuentra en una medalla descubierta en Pompeya, en una iglesia italiana, en una Biblia latina del año 822, en un manuscrito griego y en el muro de un castillo de Charente, ambos del siglo XII. ¡Cuatro siglos más tarde reaparece en una moneda austríaca! ¡Curioso!

Si desciframos el mándala según el simbolismo tántrico, se descubre en primer lugar a Shakti desnuda sobre su triángulo invertido, símbolo universal del *yoní*. Ella reina sobre las potencias de la noche, sobre el inconsciente, de ahí su piel negra y la media Luna, el astro de la mujer. Shiva se encuentra en un triángulo con la punta hacia arriba, como en el tantra. El blanco, el color masculino, simboliza las potencias del intelecto, la acción en el mundo concreto que se manifiestan de día, a la luz del Sol. Los dos triángulos imbricados representan la unión de los principios masculino y femenino. Ocultos bajo el cuadrado mágico, que oficia de hoja de parra, Shiva y Shakti están bien unidos en la pose en X. La «N» central del cuadrado, su centro de gravedad en suma, recubre sus sexos en contacto, si no unidos. ¿Dónde están y qué hacen las manos? La única diferencia con la posición en X reside en el hecho de que en el *āsana* tántrico las piernas de Shakti están colocadas sobre las de Shiva. El conjunto del mándala reproduce el acto creador original tanto como las fuerzas creadoras que actúan en el universo manifiesto. Además de los dos grandes triángulos, hay seis pequeños, un hexágono, dos círculos y, finalmente, en cada uno de los puntos cardinales, una figura mítica, simbólica. En el Sur, en la punta del triángulo «Shakti», encontramos el Toro (¡Nandi, la montura de Shiva!), símbolo de la fuerza sexual, aunque ni desenfrenada ni salvaje, que contribuye a mantener el movimiento del círculo. ¡El águila es Garuda! En cuanto al León alado, caro al esoterismo del Medio Oriente, no es desconocido para el tantra, aunque en el tantra no es alado. El último personaje es el Ángel, o más bien el hombre alado, que simboliza su dimensión espiritual.

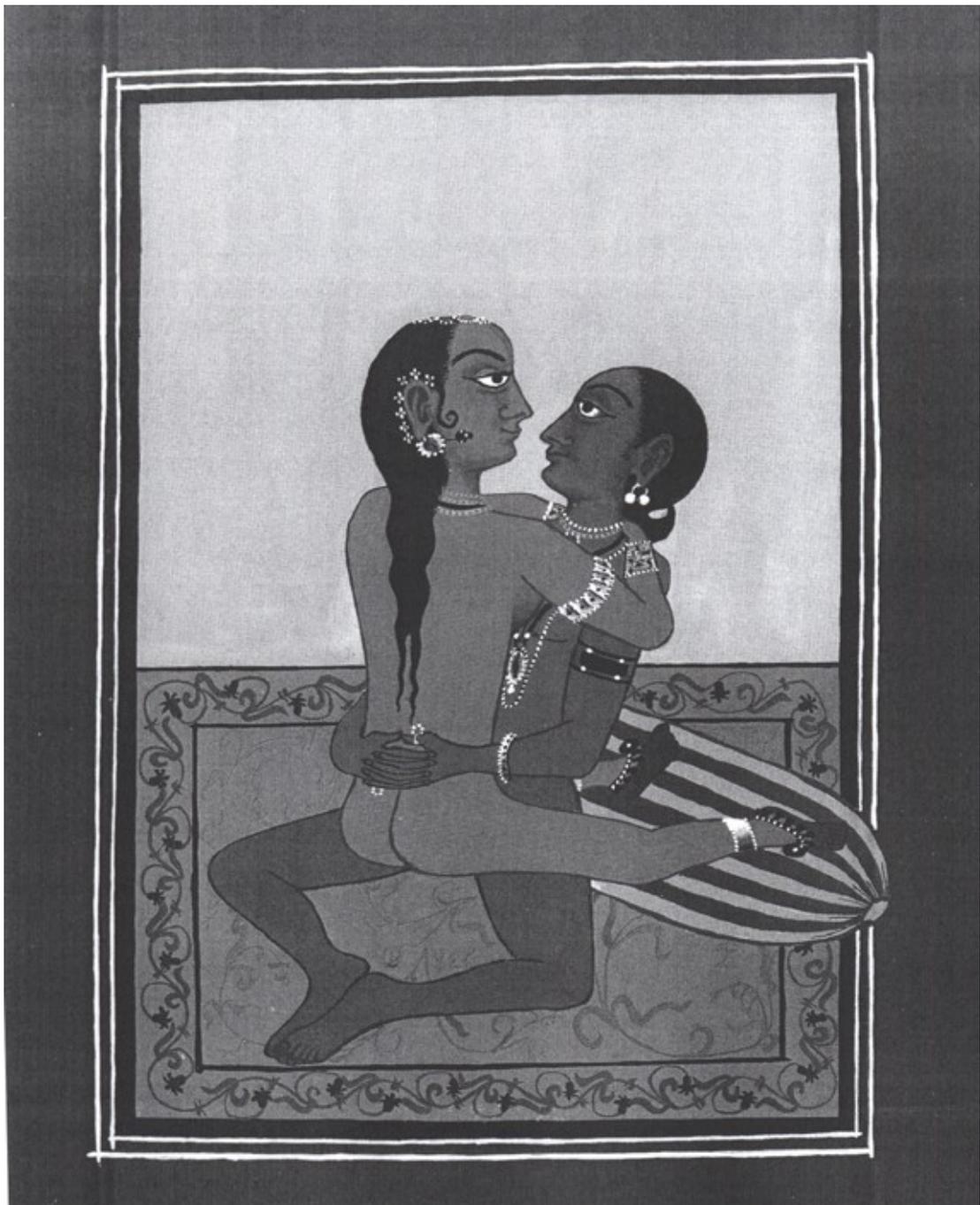
¿No es asombroso descubrir la esencia de la tradición tántrica en este mándala? Por supuesto, el simbolismo del conjunto está lejos de agotarse en estas pocas consideraciones. Es cosa de cada uno seguir explorándolo...



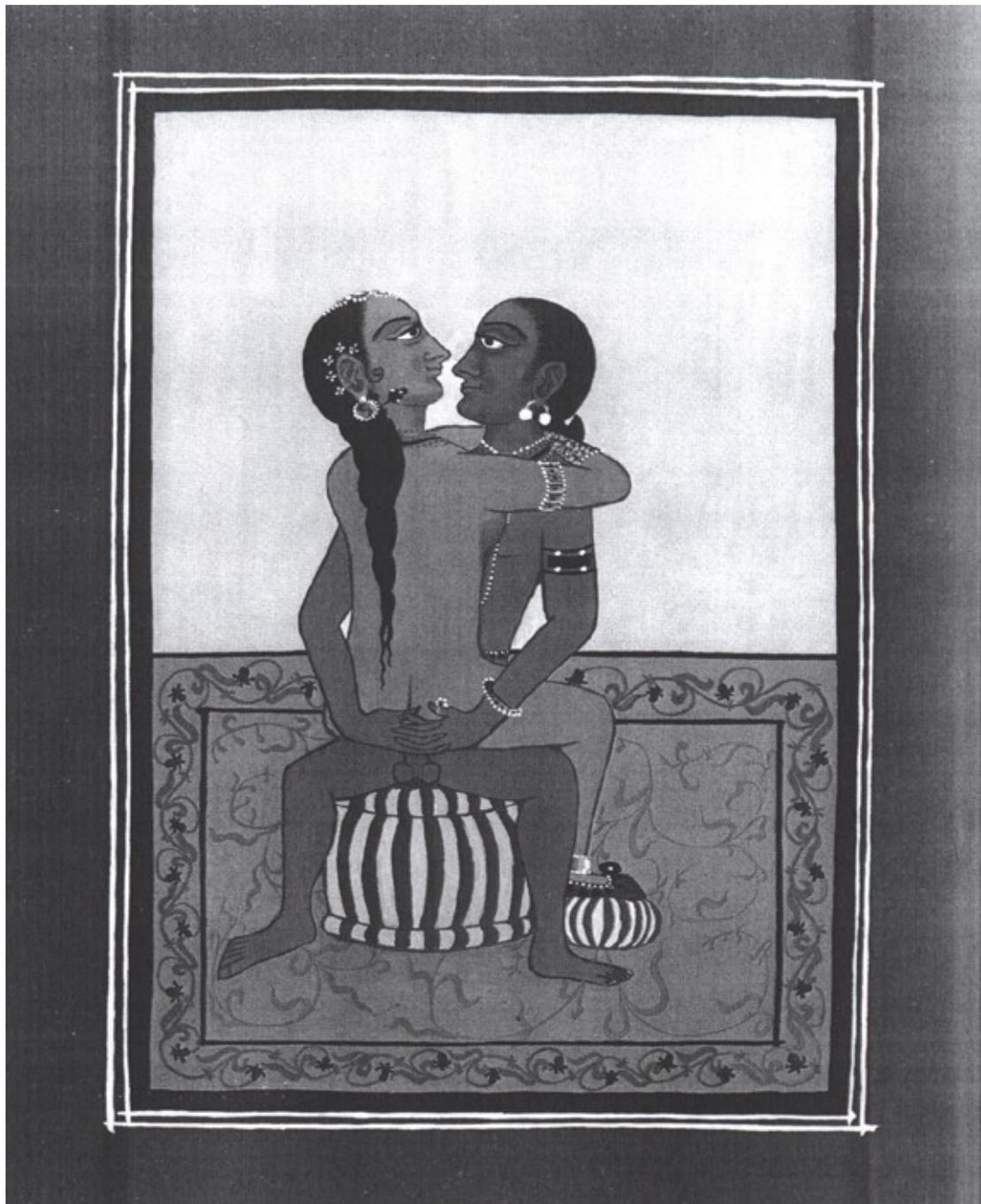




Purushāyita, la postura «del misionero» invertida



Upavishta o posición sentada

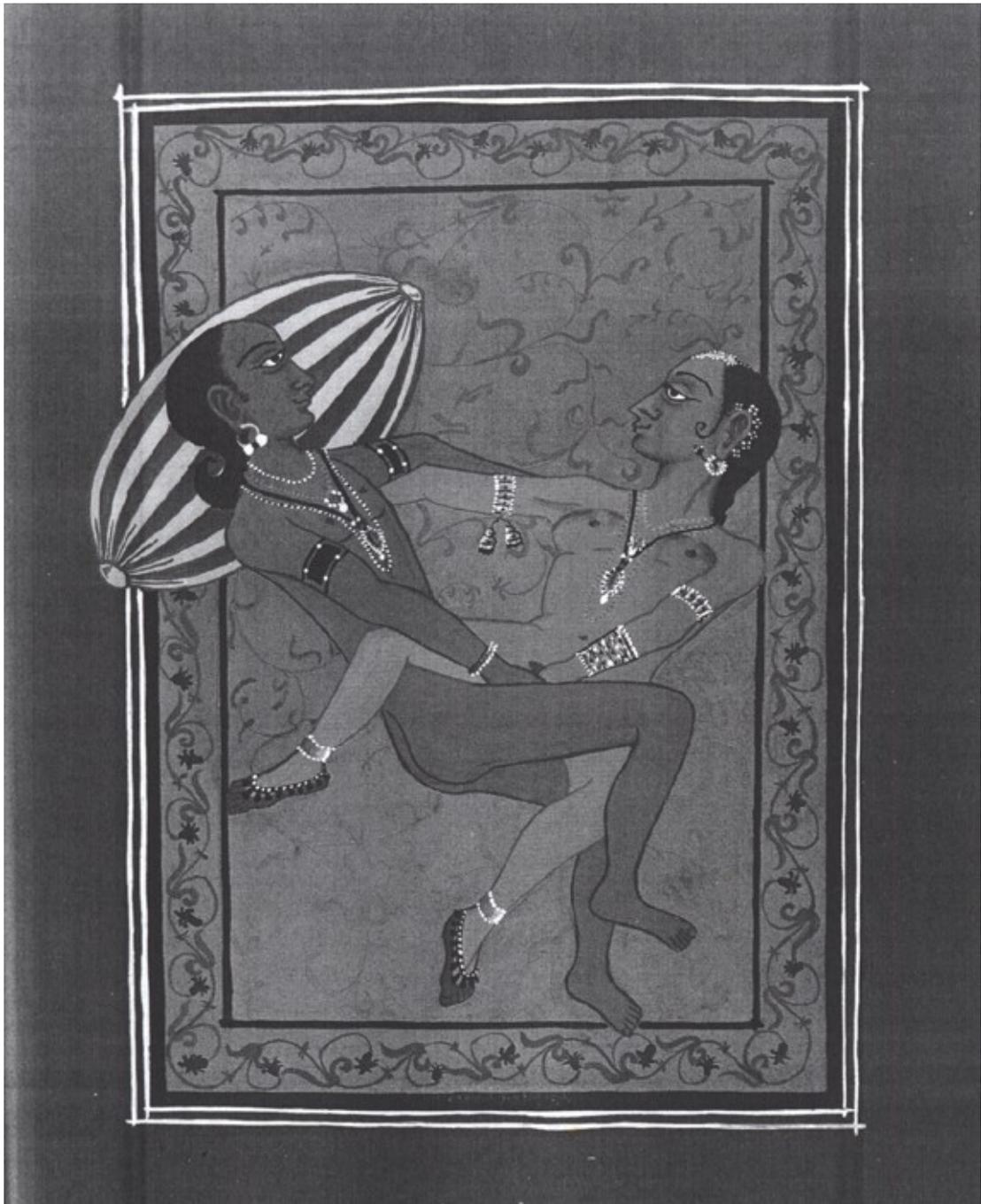


Upavishta (o Sukhâsana) en un puf

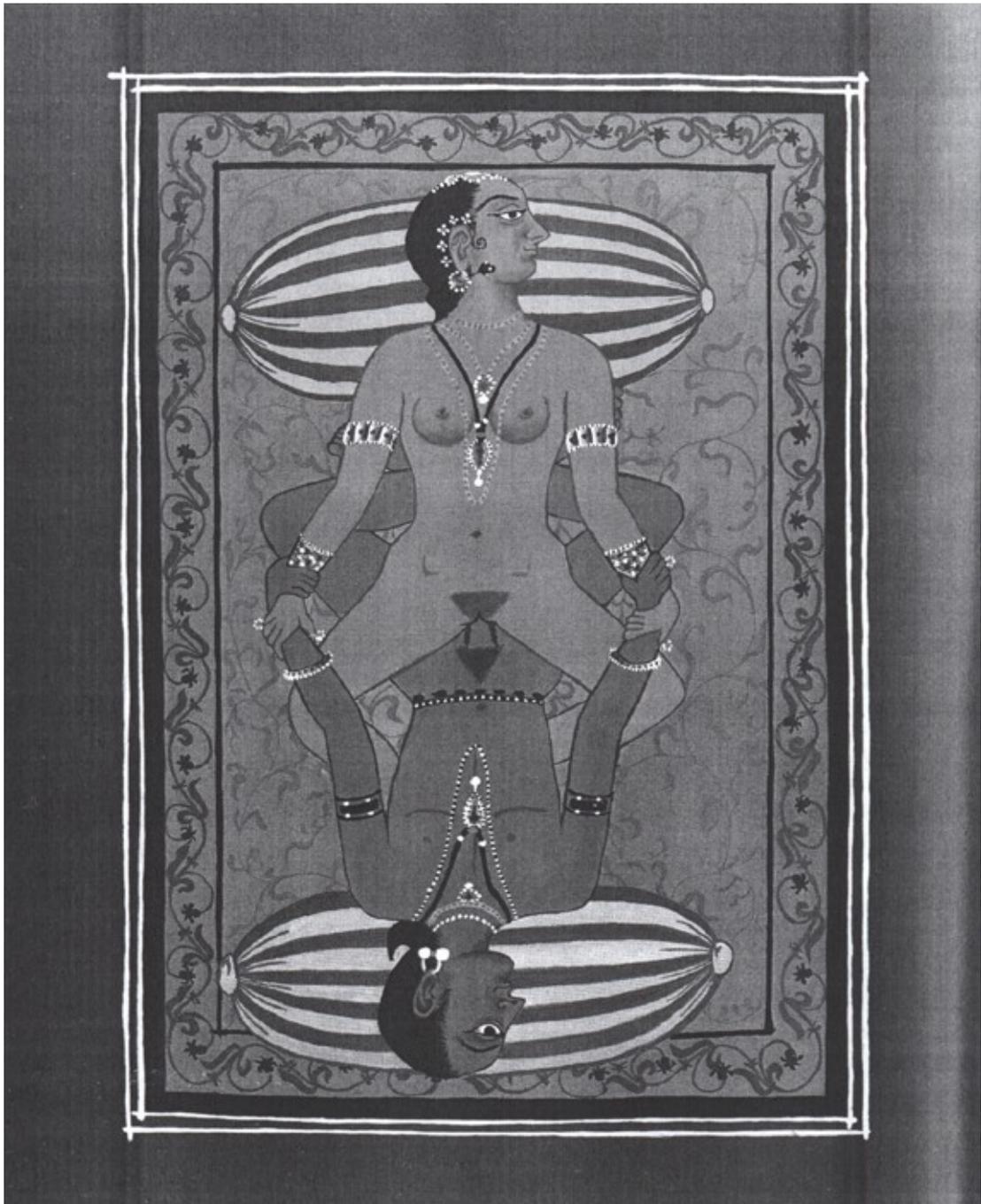




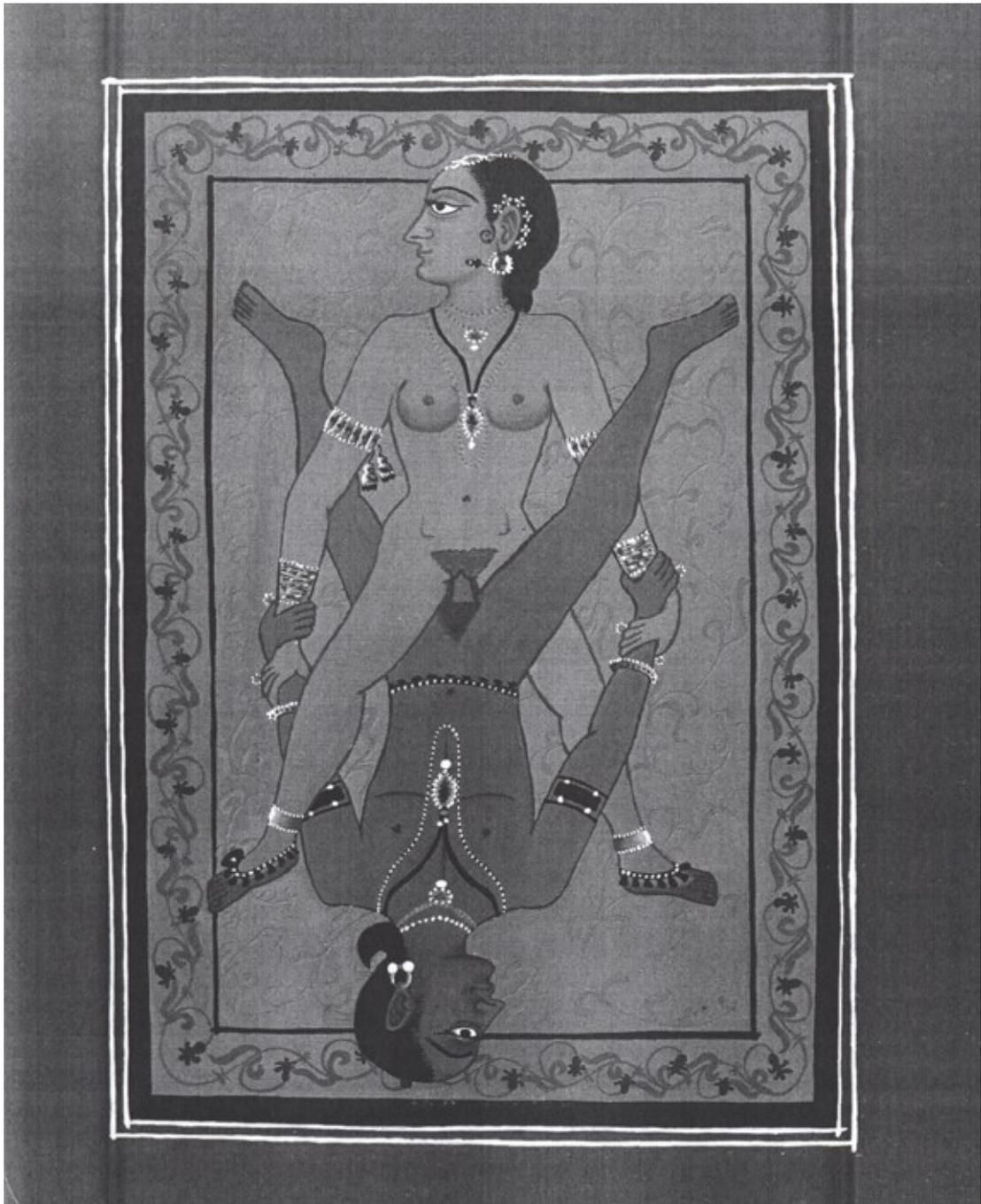
Uttana-Bandha, variante de la postura del misionero



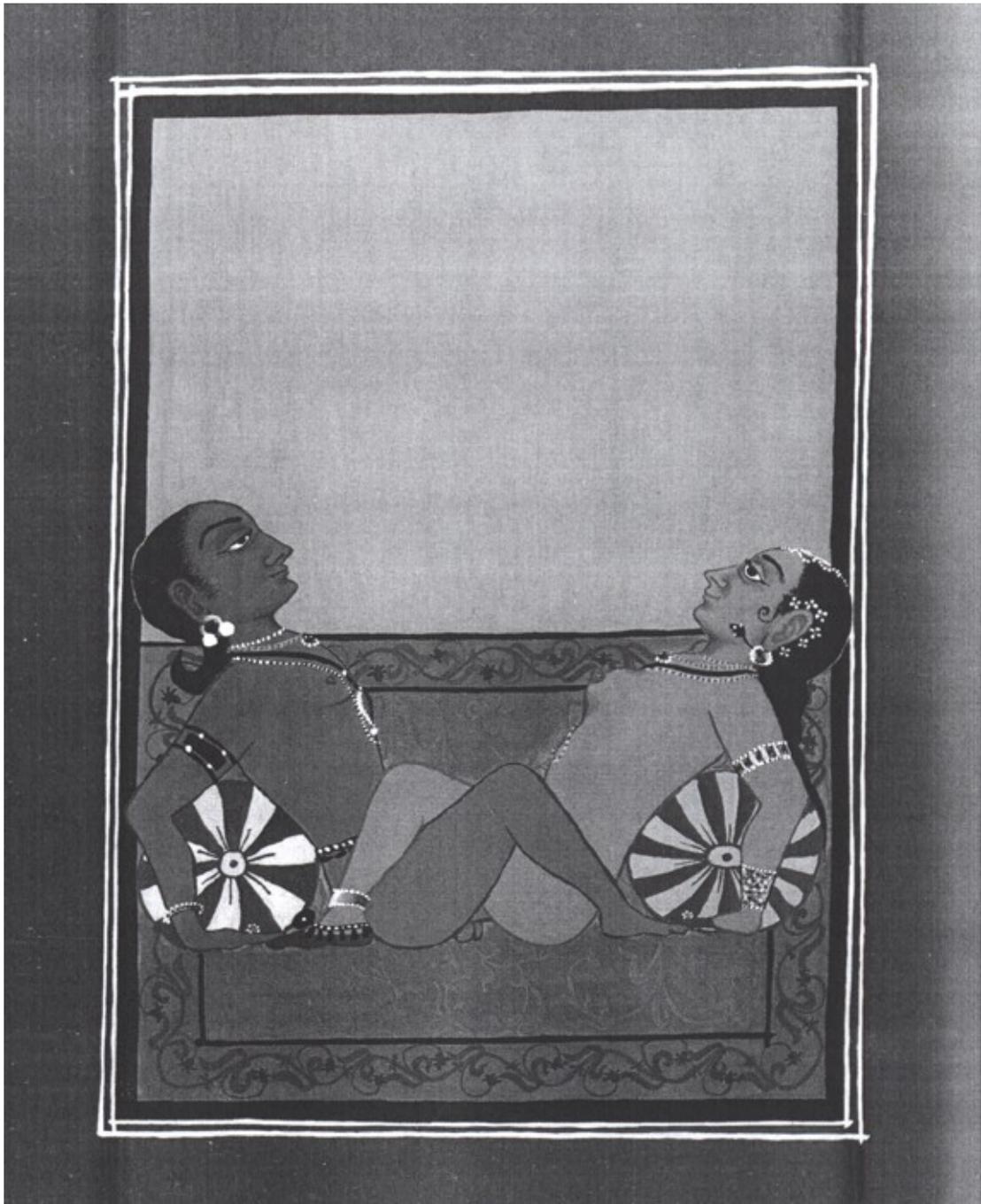
Tiryakāsana la postura lateral



Janujugmāsana, la posición en X



Janujugmāsana, variante cruzada



Variante de la postura en X

Los rituales de maithuna

La yonipūjā es la adoración «por excelencia». Ignorarla quitaría todo valor a las otras formas del culto.

(*Yonitantra*, I, 5b; VI, 24 cd y VIII, 13)

Esta cita sitúa la importancia de la *yonipūjā*, la adoración del *yonī* en el culto de Shakti, la potencia creadora encarnada en el sexo de la mujer.

Entre los escasos textos publicados que describen y autentifican este ritual, sólo conozco el *Yonitantra* (que no debe confundirse con el *Yoginītantra*) y el *Brihadyonitantra*, más completo pero del que no se conoce ninguna copia completa. Por tanto mi descripción de este rito esencial, accesible a los occidentales con pequeñas adaptaciones, se apoya sobre el *Yonitantra*. Sin embargo, como con tantos textos tántricos, se trata más de un resumen que de un tratado didáctico: es el *acharya*, el instructor en persona, quien transmite las técnicas. Además el *acharya* (que también puede ser una mujer) tiene un papel crucial durante la *yonipūjā*, que debe desarrollarse en su presencia, hasta el punto que están previstas leyes particulares para el caso en que estuviera ausente.

Como, salvo excepción, el occidental no tiene acceso a la iniciación directa, es indispensable completar los parsimoniosos datos prácticos del texto original. Una vez que el autor —desconocido— ha precisado qué mujeres son aptas para el rito, añade que la *yoginī* «debe ser lasciva, hasta libertina (*pramadā*), amada (*kāntā*) y haber superado todo (falso) pudor». Con frecuencia oficia la *shakti* del gurú, y si no, la compañera del adepto.

Al comienzo de la adoración, Shakti se coloca en el centro del *mandala*, en general un triángulo, símbolo del *yonī* cósmico, incluido en un círculo. Luego el *sādhaka* le ofrece una bebida afrodisíaca, llamada *vijayā*, cuya composición no se indica, sin duda porque en esa época se suponía que en la India todos la conocían. J. A. Schoterman, que ha traducido el texto, cree que se trata del *bhāṅg*, mezcla a base de cáñamo indio, aunque está estipulado que en ningún caso Shakti será drogada. En Occidente, se lo reemplazará por una copa de champán o una bebida ligeramente alcohólica.

La intención explícita es erotizar a Shakti al máximo, exacerbar su energía sexual para llevarla al éxtasis. Si el champán o alguna otra bebida alcohólica produce ese efecto sobre Shakti, el objetivo está cumplido.

Siempre según el texto, después de haber cumplido el ritual preparatorio, compuesto de *manirās* y de *bijas* (vocales sin contenido conceptual) que el autor no precisa, empieza la primera parte de la *Yonipujā*. La *yoginī* se sienta sobre el muslo izquierdo del adepto, que comienza a adorar su *yonī sakuntalā*, es decir, no afeitado, condición fácil de cumplir. El adepto entonces unta el *yonī* con una pasta de sándalo, de delicado perfume; así el *yonī* se asemeja a «una flor encantadora». Luego el adorador le ofrece una nueva copa de *vijayā* y le pinta la *ardhachandra* (la media Luna) con bermellón en medio de la frente. No se trata de una rutina mecanizada: el simbolismo de cada gesto es intensamente vivido por los participantes. Mientras el adepto traza la media Luna, la pareja toma conciencia de las fuerzas lunares presentes en Shakti.

Luego Shiva pone las manos sobre los pechos de Shakti, e impregnándose del aspecto maternal de la Shakti cósmica, pronuncia 108 veces la *bhagabīja* (el sonido-raíz de la vulva), sin otra precisión, pero en general será *Hrīm*. Al fin el adorador hace todos los gestos y contactos que puedan excitar a Shakti al máximo: le acaricia largamente los pechos, las nalgas, luego el *yonī*.

Los detractores del tantra se alzarán de hombros y dirán que se trata de una vulgar sesión de manoseo y que todo esto es ridículo. ¡Es como si cometieran el error de confundir la ducha con el bautismo porque en los dos casos uno se moja!

En la *yonipūjā*, la excitación de Shakti, que se propaga a Shiva, provoca una abundante secreción del fluido *tattva uttama*, la «esencia sublime», es decir, las secreciones vaginales, y además —y sobre todo— despierta las energías sutiles, «pránicas», que ejercen una función primordial en el desarrollo de la *pūjā*.

Aquí se sitúa la parte central de la *pūjā*. A su vez, Shakti unta el *lingam* con la pasta de sándalo, de perfume afrodisíaco y de color azafrán. El gurú, siempre presente, vela por el respeto estricto del ritual y recita los mantras apropiados. Sólo entonces el *lingam* es insertado en el *yoní*. El *maithuna* no debe convertirse en un simple coito profano sino ser controlado a pesar de la intensa excitación mutua y ser vivido con el sentido de lo sagrado inherente a toda unión tántrica. Las modalidades del *maithuna* tántrico (véase ese capítulo) son de rigor, especialmente las relativas a la *āsana* y al control de la eyaculación.

En este rito, una parte esencial depende de la absorción recíproca de la «esencia sublime». Añadiendo sus propias secreciones lubricantes a los líquidos vaginales, el *lingam* contribuye a mojar abundantemente el *yoní*. Los dos fluidos se mezclan y los tántricos creen que la *yoginī* y el *yogui* los absorben: Shakti por osmosis a través de la mucosa vaginal, Shiva gracias a *vajrolī* (véase ese capítulo). Según el tantra, ese intercambio vitaliza y dinamiza a los dos adeptos. Incluso sin esta reabsorción mutua, está establecido que la excitación sexual intensa y prolongada de las gónadas intensifica la secreción de las hormonas sexuales, que podrían constituir ellas también la «sublime esencia»; ¿por qué no?

Durante el *maithuna* la pareja medita sobre la potencia creadora así despertada en el vientre de la mujer y en el hombre y adoran la Energía Cósmica.

La duración de la unión *yoní-lingam* corresponde a lo que se dice en todo este libro: nunca se trata del «deprisa-y-corriendo». Después de la unión ritual, Shiva rinde un homenaje respetuoso al *yoní*, que la *yoginī*, acostada de espaldas, ofrece a su vista y a su adoración. El discípulo toma entonces con el dedo un poco de líquido vaginal y hace con él un *tilaka*, ese punto que las mujeres indias llevan en medio de la frente, a su compañera de rito, todavía sumida en el éxtasis, así como en su propia frente. El *acharya* hace lo mismo; luego la pareja le hace una reverencia y lo adora porque su presencia les ha ayudado a controlarse durante todo el ritual y a preservar su carácter sagrado. Esta práctica en presencia del gurú crea en el trío un lazo notable de intimidad y confianza.

El *Yonitantra* prescribe que la *yonipūjā* debe ejecutarse diariamente (II, 6ab; IV, 30a). Constituye en su forma india una preparación directa para la *chakrapūjā*.

Estoy de acuerdo en que el hecho de que el *acharya* y su Shakti practiquen ritos sexuales con sus adeptos puede, según *nuestros* criterios, parecer inaceptable; pero, ¿había que ocultarlo?

En cuanto a los adeptos occidentales, si bien no es pensable trasladar tal cual la *yonipūjā*, las indicaciones dadas permitirán sin embargo a las parejas tántricas practicar una forma atenuada o adaptada, siempre conservando su espíritu, que es lo esencial.

El triángulo ritual

En la unión ritual tántrica, no es el señor X que se encuentra con la señora X, sino Shiva que se une a Shakti. Para ello el hombre debe desidentificarse de su pequeño yo anecdótico para percibir en sí mismo el hombre absoluto, Shiva, y en su compañera a la mujer absoluta, Shakti.

Por ello antes del *maithuna* el adepto traza, allí donde la unión tendrá lugar, un triángulo rojo y, en su centro, el punto-simiente, el *bindu*. Después medita sobre el simbolismo del triángulo invertido y del *bindu*. Luego, siempre repitiendo su *mantra*, proyecta mentalmente la imagen de

Shakti en el triángulo, hasta sentir que la mujer concreta, su compañera en el rito, encarna *verdaderamente* a Shakti, la energía cósmica femenina.

Después, visualiza su yoni y se absorbe en su significación cósmica en tanto puerta de entrada de toda vida. Percibe así el dinamismo creador presente en el sexo de Shakti, en su polo de la especie. Siente su irresistible atractivo sexual capaz de despertar el *lingam*, de absorberlo, de apoderarse del esperma fecundante. Luego visualiza el triángulo blanco de Shiva, con la punta hacia arriba, y lo superpone imaginariamente al triángulo femenino rojo.

El *bindu*, punto central del triángulo de Shakti superpuesto al triángulo masculino, simboliza la fusión íntima de los principios cósmicos de Shakti y Shiva. El adepto percibe así el insondable misterio y el sentido profundo, sagrado, de la unión de los sexos, siempre repitiendo mentalmente el *mantra* que le ha dado su gurú. A falta de ello, el occidental utilizará el *Om* o el *Om Mani Padme Hum*.

Sólo cuando haya superpuesto perfectamente en su mente estos dos aspectos de su compañera, el individual y el cósmico, ella se le acercará y se unirán, después de haber cumplido otros actos rituales sobre ese triángulo que les recordará sin cesar su dimensión absoluta, que trasciende su aspecto individual, anecdótico.

La ascesis de dieciéis

*¿Por qué hablar tanto?
¡Oh, Kalikal Es verdad que ninguna voz
salvo la de Kula puede asegurar la felicidad
en este mundo y en los otros.
Un adepto de Kula merece el infierno
si guarda oculta esta vía en la era de Kālī,
en la que todas las religiones son abandonadas.*

Mahanirvana Tantra (VII, 202)

La ascesis de dieciséis, la *chakra pūjā*, la adoración en círculo, es, junto con los cinco *makaras*, el rito esencial del tantra, el menos comprendido y sin duda el menos «exportable», el menos practicable en Occidente. De una densidad simbólica extraordinaria y sin embargo muy concreto, reúne en un resumen cautivante lo esencial del culto y del pensamiento tántricos. Ignorar la *chakra pūjā* y los cinco *makaras* equivale a no comprender el tantra.

¿De qué se trata? En dos palabras, éste es el hecho «brutal», es decir, la práctica concreta en todo su «horror». En un lugar secreto, ocho hombres y ocho mujeres se reúnen. A la entrada, los adoradores toman al azar una vestimenta o una joya de una caja: su propietaria será su compañera en el rito. Luego, ritualmente dispuestos en círculo, beberán juntos vino (*madya*), comerán carne (*māmsa*), pescado (*matsya*) y cereales (*mudrā*). Hasta aquí nada que decir. Luego, cada uno se acoplará (*maithuna*) con su pareja de una noche. Bueno, una orgía. Al menos a nuestros ojos. Esto nos da los 5 *makaras* (letras sánscritas), las 5-M, pues la inicial de cada elemento es la letra «m».

Es sobre todo el *maithuna* lo que crea los malentendidos. Los pillos sonrían y piensan que allí uno no se lo pasa mal. Las gentes decentes ponen mala cara y lo consideran una depravación. Está claro que ambas cosas están lejos del asunto. Se trata de actos reales, pero mi objetivo consiste en hacer descubrir al lector el simbolismo profundo de este ritual.

En primer lugar consideremos los hechos concretos a partir de testimonios y comencemos por el de un personaje, bastante fuera de lo común, llamado Edward Sellon, inglés, nacido en 1818. Durante su breve existencia —menos de medio siglo— este aventurero fue sucesivamente soldado,

cochero de diligencia, maestro de esgrima y... ¡autor pornográfico! Su padre, «gentilhombre con poca fortuna», murió cuando Edward era todavía un niño. Con sólo 16 años ya se lo encuentra en la India, en pleno país dravídico, en Madrás, como abanderado en el 4º regimiento de la *Madras Native Infantry*. Durante sus diez años de estancia en la India tuvo innumerables aventuras, en ambos sentidos del término. Se interesó de cerca por la vida social india, por su religión y su vida sexual (¡aquí «de cerca» se entiende en el sentido literal!).

En su autobiografía *The Ups and Downs of Life* relata sus aventuras galantes, que dan una visión de primera mano, si así puede decirse, de la vida india de la época: «En esa época comencé un curso de fornicación (*sic*) intensivo y regular con las mujeres indígenas. El precio usual es de dos rupias. Por cinco, se pueden tener las jóvenes musulmanas más seductoras o cualquier cortesana de alto vuelo. Las mujeres de cinco rupias son de una clase totalmente diferente a la de sus pálidas hermanas europeas; no beben, son de una limpieza escrupulosa, llevan vestidos suntuosos, se adornan con una profusión de joyas valiosas, son bien educadas y cantan maravillosamente acompañadas de una viola de gamba; se adornan los cabellos con unos ramos de clemátides o de flores de *bil-wa* de delicado perfume, mezcladas con diamantes o perlas. Conocen a la perfección todas las artes y todas las seducciones del arte de amar, son capaces de satisfacer todos los gustos, y no las supera ninguna otra mujer en el mundo tanto por la raza como por la silueta... Es imposible describir los goces que he experimentado en brazos de estas sirenas. Luego he conocido inglesas, francesas, alemanas, polacas, mujeres de todas las clases sociales, pero ninguna de ellas puede soportar la comparación con esas succulentas y salaces huríes de Oriente».

Hasta aquí no hay mucha relación con nuestras 5-M o con la ascesis de dieciséis. En las líneas siguientes (*Memoirs of the Anthropological Society of London*, 1866, vol. II, p. 274) revela detalles del ritual tántrico válidos para el *chakra pūjā*, aunque habla de una sola pareja: «La gran fiesta, llamada Shiva Ratri, es el período del año durante el cual los hindúes celebran el culto de Venus. El que desea efectuar el rito, escoge una muchacha, que debe ser joven y bella, cualquiera que sea su casta: paria, esclava, cortesana, pero es preferible una bailarina. La llaman *duti*, el ángel mensajero, la conciliadora, porque sirve de intermediaria durante sus contactos con la diosa (Shakti). Es llamada *yoginī*, es decir, "la que ha vinculado". Después de un ayuno toma un baño, y luego, vestida con elegancia, se sienta sobre una alfombra. Los cinco actos (el vino, la carne, el pescado, la magia y la lujuria) son practicados en ese orden, después de que el adorador haya trazado un diagrama y repetido los encantamientos. El adepto medita a continuación acerca de ella en tanto Prakriti (la Naturaleza) y sobre sí mismo, identificándose con el dios. Luego ofrece plegarias y procede a la inspiración de cada miembro con la imagen de una diosa o de una multitud de divinidades. Adora en imaginación, individualmente, cada parte de su compañera, y, por medio de los encantamientos, aloja un hada en cada parte de su cuerpo y de sus miembros, incluido su *yonī*, centro de las delicias. Entonces le ofrece la carne, el pescado y el vino. La hace comer y beber; él come y bebe después lo que ella ha dejado. Luego la desviste y se quita sus propias vestiduras. Recomienza a adorar cada parte de su cuerpo. Finalmente adora el Agni Mandalam (*pudendum muliebre*), es decir, su *yonī*, con un lenguaje reverente pero con gestos impúdicos; luego se une a ella».

Antes de comentar este texto señalo que *agni mandalam* significa literalmente «círculo de fuego», lo cual es suficientemente elocuente...

La *chakra pūjā* se sigue celebrando en la India, como lo reconoce una india, Devangana Desai, en *Erotic Sculpture of India*: «Todavía en nuestros días, en Rajastán, el culto que practica los ritos secretos de la *chakra pūjā* se llama *lāja-dharma*; en el Himalaya se llama *cholīmārg*». Añado yo que cualquiera que vaya a la India con la esperanza de participar en este ritual tendrá tantas posibilidades de hacerlo como de encontrar un oso en los Pirineos. Es muy difícil conseguir informaciones precisas sobre este tema, dado el rechazo hindú por el tantra. Además, sólo los iniciados muy escogidos son invitados y el rito es largo, complejo, sólo accesible después de una larga preparación.

A pesar de las apariencias, la *chakra pūjā* presupone raras cualidades morales, tanto en su forma última como en los ritos atenuados.

En la práctica, la *pūjā* gravita en torno al gurú, que puede también ser una mujer (llamada entonces *bhairavi*), o en torno a la pareja formada por el gurú y su Shakti, cuya función va mucho más allá del círculo mágico mismo, especialmente en la selección y la formación tántrica de los participantes, ocho hombres y ocho mujeres, casados o no. Se conocen desde hace mucho tiempo, son experimentados y «compatibles» entre sí.

Cuando llega la noche propicia, los adeptos se encuentran en la cita secreta: una caverna en la montaña, un templo abandonado, un claro de bosque aislado o, más sencillamente, la casa de un adepto. Antaño se celebraba en los lugares de cremación, en primer lugar porque el sexo es el antídoto de la muerte, y luego para garantizar que ningún hindú de casta vendría a molestarles, dado el horror que sienten por esos lugares.

¿Cómo suceden las cosas? El velo del secreto es muy opaco y es necesaria mucha paciencia y a veces astucia para rebuscar, aquí y allí, una u otra pieza del rompecabezas. Con ayuda de los años, reuniendo estas piezas, se termina por tener un cuadro bastante completo.

A veces se niega la existencia misma de la *chakra pūjā*, como lo confirma Francis King: «De los dos lados de la barrera budista-hinduista se proclama que los miembros de su fe no se entregan jamás a prácticas sexuales que impliquen una unión sexual física efectiva. Algunos pandits hindúes, por ejemplo, afirman que todos los tantras que tratan de la unión sexual deben interpretarse simbólicamente y que todos los que piensan de otra forma son unos lúbricos, unos salaces. Es lamentable que estas insensateces hayan recibido el aval de eruditos occidentales que deberían estar mejor informados. Entre ellos, Evans-Wentz muestra una actitud puritana extrema ante el tantra — sin duda como recuerdo de sus comienzos en la Sociedad Teosófica— hasta el punto de abandonar la imparcialidad que debe prevalecer en todo erudito, cuando "denuncia a los hipócritas que siguen la vía de la mano izquierda, en Bengala o donde sea". Cuando el lama Anagarika Govinda proclama que la sexualidad física no interviene en el tantrismo tibetano, tomado al pie de la letra, es una mentira».

Antes de entregar al lector los testimonios serios y coherentes que he podido recoger, una observación. No existen en la abundante literatura tántrica sino muy pocos libros de referencia indiscutibles e indiscutidos. Entre ellos, el *Hevajra Tantra*, traducido por D. L. Snellgrove, que se sitúa en la corriente tántrica budista y, en el tantra indio, el *Mahanirvana Tantra* (respectivamente designados por HEV o MAH en mis citas), así como el *Sarada-Tilaka Tantra*, publicado pero todavía no traducido. Mis propias afirmaciones están basadas en las de otros autores, lo que las vuelve difícilmente refutables.

Horace Hayman Wilson (*Works*, Londres, 1862, vol. I, p. 263) evoca la *chakra pūjā*, practicada por los tántricos kanchulias: «Esta secta se distingue por un rito particular cuyo objeto es confundir y borrar todas las alianzas con la mujer y reforzar solamente la comunidad de las mujeres entre los espectadores, despreciando las tendencias naturales. En las ceremonias del culto, las adoradoras femeninas depositan una prenda en una caja confiada al gurú. Al final del ritual los adoradores varones toman cada uno una prenda de la caja, y la mujer a la que pertenece cualquiera que sea, se convierte en su pareja para su placer licencioso».

Monnier-Williams (*Religious Thought and Life in India*, 1833, p- 192) confirma que, a pesar de las prohibiciones del gobierno británico, la *chakra pūjā* sigue practicándose: «Es notorio que, aun en nuestros días y en ocasiones particulares, los adherentes de la secta Shakta llevan a cabo el ceremonial en su repugnante totalidad. Cuando esta ocasión se presenta, se forma un círculo, compuesto de hombres y mujeres, sentados lado a lado, sin ninguna consideración de casta. Los adeptos masculinos y femeninos se consideran en ese momento respectivamente como formas de Shiva y de su esposa Shakti, en conformidad con la doctrina proclamada por uno de los tantras en el que Shiva, dirigiéndose a su esposa, le dice: "Todos los hombres tienen mi forma y todas las

mujeres tu forma: cualquiera que haga una distinción de Gasta en el Círculo Mágico (*chakra*) es un alma loca".

Edward Sellon, ya citado como precursor del tantra en Occidente, fue también el primero en evocar los rituales secretos, especialmente las famosas cinco «M»:

«Aunque cualquier diosa puede ser objeto del culto Shakta, el término *Shakti* las designa a todas. Sin embargo, en Bengala los shaktas se limitan casi exclusivamente al culto de la esposa de Shiva.

»Según la intención particular al realizar el culto, existe un ritual apropiado, pero todas las formas del ritual engloban ciertos *makaras* o bien los cinco: *mamsa* (la carne), *matsya* (el pescado), *madya* (el vino), *maithuna* (el acto sexual) y *mudra*, es decir, ciertos gestos de las manos. Los «muntrus» (*sic*) o encantamientos, también indispensables, varían según el objetivo que se desea alcanzar; consisten en monosílabos sin significación alguna o en combinaciones de letras a las que se atribuye una gran eficacia.

»[...] Las principales ceremonias comprenden todas la adoración de Shakti, o Potencia, y requieren, para este efecto, la presencia de una hermosa joven, que representa a la diosa. Este culto se celebra en sociedad mixta; los hombres representan los Bhairavas o Viras; y las mujeres las Bhairavis o Nayakas. Shakti, representada por la joven mujer desnuda, recibe la ofrenda del vino y la carne, que reparte luego entre los asistentes, distribución seguida de la encantación por los «muntrus» (otra vez) y los textos sagrados, acompañados de *mudras*. Todo termina con una orgía de descripción muy licenciosa en la que participan todos los adeptos. Esta ceremonia se llama Sri Chakra, o Purnabisheka, el anillo de la Iniciación completa.

»Esta forma de adoración de Shakti es incontestablemente reconocida por los textos considerados como fiables por los vanis. Los miembros de la secta deben jurar que guardarán el secreto y no reconocerán jamás haber participado en una Shakta-Pūjā. Pero hace algunos años algunos abandonaron sus reservas, y hoy en día [siempre según Sellon] no les importa hablar de su iniciación y de sus misterios, sin divulgar, sin embargo, en qué consisten.»

Falsos iniciados

Leo en el *Kularnava Tantra*: «Numerosos son aquellos que se pretenden falsamente iniciados, y afirman practicar los ritos de los kaulas. Si la perfección se alcanzara bebiendo vino, entonces todos los borrachos serían santos; si la virtud consistiera en comer carne, todos los animales del mundo serían virtuosos; si la felicidad eterna se obtuviera por la unión de los sexos, todos los seres vivos la conocerían».

Enemigos (numerosos y feroces) del tantra se apoderaron de este texto y lo han interpretado a su provecho. Para ellos, este texto condena el uso del vino, la carne o la unión sexual en el rito tántrico, lo cual contradice todo el tantra; incluso el *Kularnava Tantra*. En realidad este texto significa: «Si la perfección se alcanzara *sólo* tomando vino, entonces, etc.», pues todo debe cumplirse según las prescripciones y el espíritu del tantra.

Aunque el ritual varía de una región a otra, los puntos esenciales son comunes: el círculo, el centro del círculo, el azar que forma las parejas, el *maithuna* ritual practicado en común, pero ante todo la identificación de cada adepto con la Shakti o el Shiva cósmicos.

El rito pretende suscitar un psiquismo colectivo, una *overmind*, palabra inglesa más adecuada que «supramente» (véase el capítulo correspondiente), para disolver temporalmente la identificación ilusoria con el ego, que nos impide el acceso a planos de conciencia superiores. Mientras yo permanezca encerrado en mi pequeño «yo», me será imposible trascender el estado de conciencia ordinario.

Por último, el rito hace vivir concretamente la fuerza sexual como potencia creadora universal, impulso vital último de donde surge el universo manifiesto.

En el círculo mágico las parejas existentes se disuelven durante la duración de la *pūjā*, y todos sabemos que es el azar lo que forma las parejas de una noche.

Antes de comenzar la ceremonia, las parejas así nacidas del azar son casadas: «El matrimonio Shaiva, ordenado según el rito Kula, es de dos tipos. Uno dura el tiempo de la *chakra pūjā*, el otro toda la vida.

»[...] El adepto pide a los otros participantes que autoricen ese matrimonio Shambu (Shambu es el otro nombre de Shiva).

«Entonces, oh Shiva, delante de todos los adeptos reunidos, dice a Shakti: "¿Con un corazón puro me escoges por esposo?" (por la duración del rito). Ella dice que sí presentándole flores y arroz sin descascarar, y según el rito de Kula, pone sus manos en las suyas. A continuación la pareja pronuncia el *mantra* secreto mientras es rociada con agua perfumada por el *acharya* (gurú) que dirige la *pūjā*; luego los tántricos reunidos los bendicen (MAH, VIII, 268-278).»

Este ritual se repite con todas las parejas que participan en la *chakra pūjā*. Tras estos «matrimonios» se esconde una profunda sabiduría. En efecto, la mayoría de los adoradores llegan en pareja, casados o no, a la *pūjā*, y cada uno tendrá una pareja diferente con la que vivirá una relación física intensa. Ciertamente el hecho mismo de presentarse a la *pūjā* indica que se lo acepta de entrada, pero ese «matrimonio» temporal debe ser ratificado por el *acharya* y por todos los participantes, que confirman también que la relación creada durante el rito no debe desembocar en un flirt o en una "relación amorosa: durante la *pūjā* sí, luego no.

Pero, ¿por qué dejar al azar y no al gurú, por ejemplo, formar las parejas de la *chakra pūjā*? El objetivo es cuestionar y superar la relación «hombre-mujer» corriente, la que se considera la más individual, para superar toda posesividad y vivir la sexualidad como una fuerza extrapersonal, incluso impersonal. Guenther, en *Tantric View of Life* (p. 58), escribe: «Es correcto hablar de una relación concreta entre el hombre y la mujer, pero esta relación no debe percibirse como un orden estrictamente personalizado. Sus raíces se hunden en las profundidades desconocidas y trascienden los límites del ego, del individuo. [...] Existen muchas pruebas de que la relación de lo femenino y lo masculino supera la simple relación amorosa entre dos individuos». La *chakra pūjā* pretende hacer que se la experimente *concretamente*, puesto que en el mismo círculo y en el instante en que ella se une a un Shiva que no es su marido, éste se une a otra Shakti, sabiendo ambos sin embargo que sólo es por la duración de la *pūjā*.

En una pareja ordinaria, ella y él creen que su encuentro es único, fatal, que semejante amor sólo es posible entre ellos. Sin negar el amor verdadero y profundo (ni renegar de él), el tantra relativiza esta relación, que considera mucho menos individual y personal; los amantes no saben que la relación misma los supera. El tantra sabe que, en y a través de la mujer individual, concreta, el hombre adora a la Shakti eterna, cuyo retrato robot ideal lleva en él. La amada es, aquí y ahora, la encarnación de ese retrato ideal. Los papeles evidentemente se invierten para la mujer, que en su amante adora de hecho a Shiva, el varón cósmico absoluto.

Los enamorados corrientes ignoran el carácter transcendental de su relación. El tantra sabe también que, más que ningún otro factor, es el azar lo que forma las parejas, que su sexualidad es una modalidad de la libido total que engloba, más allá de la especie humana, todo lo que vive, todo lo que es.

Escuche el lector a esta mujer diciendo a su marido: «Mi amor, eres el hombre de mi vida y jamás podría amar a otro...». Insisto, en ese juramente ella es sincera cien por cien. Entonces, ¿dónde está el azar? No está muy lejos: si ella no lo hubiera conocido o si él no hubiera nacido, sin duda haría el mismo juramento sincero ¡en otros brazos! Y si él desapareciera, ¿no haría como la joven viuda de la fábula de La Fontaine, al principio inconsolable, pero que le decía a su padre poco tiempo después: «¿Dónde está ese joven marido que me habéis prometido?». ¿Corazón inconstante? No, piensa el tantra, pues siempre toda mujer, toda Shakti, sólo puede estar enamorada del único Shiva cósmico que cada hombre encarna más o menos perfectamente. La intensidad

misma del amor depende de esta concordancia entre el hombre concreto y el Shiva ideal. Y recíprocamente, por supuesto.

Por eso se deja, deliberada y simbólicamente, que sólo el azar forme las parejas de la *pūjā*.

En Occidente se plantea una pregunta a propósito de la *chakra pūjā*: «¿Dónde está el amor en todo esto?». En efecto, entre nosotros, el amor se considera previo a la unión sexual; sin amor ésta es considerada vulgar, incluso bestial. Ahora bien, en la *chakra pūjā*, por el hecho mismo de que es el azar lo que forma los «matrimonios», este presupuesto falta. Los tántricos invierten la proposición aplicando la expresión «hacer el amor» literalmente: el *maithuna* tántrico engendra un amor sutil, que no tiene nada que ver con el amor-pasión romántico, sino que es un afecto nacido de la adoración del principio divino encarnado en la pareja. Ellos evocan el amor más puro, el más desinteresado que existe, el amor maternal que, frecuentemente, no aparece cuando nace el bebé, sobre todo el primero: sólo hace eclosión varios días más tarde, cuando la madre alimenta al niño. Ese amor, el más «personal» concebible, depende también del azar, pues si la concepción se hubiera producido cuatro semanas antes o después, hubiera sido fecundado otro óvulo, hubiera nacido otro niño. Ese «bebé potencial», siempre desconocido, mamá lo hubiera amado tan «personalmente» como a éste que acaba de dar a luz. Además, en la gran lotería de la vida, es también el azar lo que determina cuál, entre los millones de espermatozoides lanzados a la carrera por la supervivencia, fecundará al óvulo, y por tanto, qué niño nacerá.

A falta del amor romántico, los tántricos participantes en esos rituales llegan a estar increíblemente cerca unos de otros y forman verdaderamente un psiquismo colectivo donde todos se encuentran, lo que excluye todo egoísmo o posesividad, y esta experiencia, extraordinaria por su intensidad y su profundidad, supera al amor ordinario. Sin embargo, lo repito, devueltos a la vida cotidiana, los adeptos así «casados» por una noche no intentan encontrarse para una aventura aislada. Además, en cada nueva *pūjā* no se reúnen idénticamente los mismos Shivas y las mismas Shaktis; y tampoco se forman las mismas parejas.

Se plantea otra pregunta: «¿Y por qué comer y acoplarse en grupo? ¿No puede hacer lo mismo una pareja?». Por supuesto, sobre todo en Occidente, donde no estamos preparados para esta práctica colectiva. Por eso mi objetivo, al publicar este libro, no es incitar a practicar la *chakra pūjā* en nuestros países, en las actuales circunstancias.

Sin embargo, debemos *comprender*; y Ajit Mookerjee, en *Tantra Asana*, nos lo explica: «La práctica colectiva actúa poderosamente sobre los participantes. Las vibraciones del ritual los guían en la misma dirección, hacia el mismo objetivo. Esta participación en grupo suspende la identificación con el ego así como la afirmación de sí. Libera a los aspirantes de todo egocentrismo y apego, despierta sus energías latentes».

Observemos, de paso, que la *chakra pūjā* sólo «suspende» el ego. La práctica colectiva, lejos de anular el ego —es imposible—, lo integra a la *overmind* donde se realiza. El otro aspecto de la práctica colectiva es el lazo sutil que nace del *goce común*. Así, por ejemplo, es patente que el objetivo real de un banquete de bodas es *unir* a las familias más que *alimentarlas*. ¡Los padres de la novia evidentemente no consideran que la otra familia está famélica y que es una ocasión para saciarlos! Y cuanto más accesorio es el objetivo «nutritivo», más refinada debe ser la comida. Lo mismo sucede con el sexo: hasta el eyaculador precoz logra procrear, pero está descalificado para la meditación entre dos..., ¡a menos que aplique los procedimientos de la parte práctica de este libro! A propósito del alimento compartido, el lazo sutil así creado es tan real y profundo que en la justicia se rechaza un testigo si ha comido o bebido con el acusado. Para resumir, el colectivo amplifica el goce individual, también la sexualidad; compartido, el goce sexual común multiplica con creces el de los individuos.

El otro constituyente indispensable es el círculo, la *chakra*. Cuando las ocho parejas en círculo sean atravesadas por la intensa emoción sexual colectiva, formarán de cierto modo un ciclón psíquico. El ser humano instintivamente siente esa necesidad de formar un círculo viviente. Las

danzas tribales de la India y de otras partes del mundo se ejecutan casi siempre en círculo. Entre nosotros, sucede que antes de separarse, los hombres sienten la necesidad de cerrar el círculo teniéndose de las manos, y en esta cadena de amistad *pasa* algo: «Sólo es un "Hasta luego..."».

El círculo es una figura geométrica única, pues une a la vez a los individuos entre ellos y con el centro que, en el círculo mágico, con frecuencia es la *bhairavi*, o una hermosa mujer desnuda que encarna a la Shakti cósmica y a la que se unirá el gurú.

Diosa de los cultos prehistóricos que han engendrado el culto de Shakti, ella recibe la ofrenda del vino, del pescado, de la carne, de los granos afrodisíacos, de las flores también, que ella distribuye a continuación ritualmente entre los participantes después de su consagración por el *acharya*.

La joven mujer, símbolo viviente de la matriz cósmica, acostada de espaldas, con las piernas separadas, ofrece así su *yoní*, perfumado de sándalo, a la vista y a la meditación de todos: emperador o mendigo, santo o asesino, cada uno ha pasado por esa puerta estrecha al venir al mundo. El *acharya* tántrico, hombre o mujer, besa el *yoní* con respeto; luego con una pasta roja hace un punto justo encima del *yoní*, otro entre las cejas, y luego los une con una línea de puntos, marcando así el trayecto que seguirá la kundalinī despertada en la *pūjā*-

Los adeptos masculinos se inclinan ante sus Shaktis, y besan con respeto las diversas partes de su cuerpo murmurando: «Benditas sean tus rodillas, que se abren para este círculo mágico, bendito sea tu *yoní*, fuente de felicidad, bendito sea tu vientre, fuente de vida, benditos sean tus pechos, fuentes de leche, benditos sean tus labios, que profieren las palabras mágicas y sagradas, bendita sea tu frente, tras la cual reside la Kundalinī que ha despertado».

En las *pūjā* no edulcoradas el gurú y su Shakti se unen en medio del círculo, trasladando así al plano humano la unión cósmica de los principios femenino y masculino y dando así la señal de unión ritual para las otras parejas.

Al comienzo la unión se hace en la inmovilidad; sólo está autorizado el lenguaje secreto. Se exige de todos los Shivas el control absoluto de la eyaculación. En efecto, si se produce una eyaculación intempestiva fuera de una *chakra pūjā*, es simplemente un «incidente técnico». En una *pūjā*, por el contrario, todo desliz que interrumpa la experiencia en una o varias parejas produciría otros tantos «cortocircuitos» en el ciclotrón psíquico y pronto desaparecería la tensión colectiva. Por eso los *acharyas* filtran a los adeptos con rigor y sólo aceptan a los que ya han alcanzado el grado de dominio sexual y el nivel espiritual requeridos.

Luego se permiten los movimientos y se acepta sin restricción el orgasmo de las Shaktis pero a condición de no provocar la eyaculación en los Shivas. Esos orgasmos se sentirán cada vez más cerca en todo el círculo y llevarán progresivamente la tensión sexual a su paroxismo con extraordinarias reacciones en cadena en el grupo. Desde la India, la *chakra pūjā* fue «exportada» a la China, lo que atestigua una vez más el carácter concreto de este rito.

En *La vie sexuelle dans la Chine ancienne*, p. 324, Van Gulik informa: «Existe una descripción de los ritos tántricos celebrados en el palacio del Emperador que corrobora las observaciones de Tcheng Se-hsiao. Esto es lo que se dice:

«Ha-Ma, favorito del Emperador (Hoei-Tsong, 1333-1367), le presentó al monje tibetano Kalinchen, especialista en el ritual secreto (tántrico). Este monje dijo al Emperador: "Vuestra Majestad reina sobre todo el imperio y posee todas las riquezas de los cuatro mares. Pero vuestra Majestad haría mejor en no pensar sólo en esta vida. La vida de un hombre es breve, por eso hay que practicar el método secreto de la Alegría Suprema (que asegura la longevidad)". El Emperador se puso entonces a practicar este método, llamado *Disciplina en Parejas*. Se lo llama también *yen-t'ie eur*, es decir, *secreto*. Todas estas prácticas se vinculan al Arte del Dormitorio. Luego el Emperador hizo venir monjes indios para dirigir esas ceremonias y otorgó a un monje tibetano el título de Ta-Yuan-kuo-che, "Maestro del Gran Imperio Yuan".

»Para practicar esas disciplinas tomaron a las jóvenes de buena familia, uno cuatro, otro tres, y a eso lo llamaron "sacrificar" (*kong-yang*). Entonces el Emperador se entregó cotidianamente a esas prácticas, tomó para ello a mujeres y jovencitas en gran cantidad, y sólo halló alegría en ese placer disoluto.»

Si bien este texto confirma la autenticidad histórica de los ritos sexuales, nada prueba sin embargo que el Emperador haya superado el nivel del goce físico. En efecto, no basta con importar y practicar la *chakra pūjā*, aunque sea auténtica y dirigida por un gurú indio, para convertirse *ipso facto* en un tántrico acabado. En todo caso, si practicaba todos los días, se podría pensar que, al menos, había asimilado el control eyaculatorio...

Por medio del círculo, la *pūjā* se incluye en el simbolismo lunar, en el tiempo cíclico. Para el tantra, el 16 es el número sagrado por excelencia, pues incluye las cuatro fases de la Luna por las cuatro estaciones. Además el 16 comprende los números sagrados tradicionales: 3 y su cuadrado, más el 7. O sea $3 \times 3 + 7 = 16$. El 16 y el 8 se encuentran también en el tantra búdico y los extractos siguientes prueban, además, el carácter bien concreto de la unión sexual sagrada en este culto: «El ritual del *mándala* (círculo) debe cumplirse como describe el *Tattvasamgraha*: "Estrechando entre los brazos la *prajna* (*yoguinī*) de 16 años, uniendo el *vajra* (*lingam*) y la campana (*yoni*), él obtiene la bendición de maestro"» (HEV, II, 111, 13).

Y también: «En el círculo se invitará a ocho hechiceras felices, de doce a dieciséis años, adornadas con collares y brazaletes. Se las llamará respectivamente esposa, hermana, hija, sobrina, esposa del tío materno, tía materna, suegra y tía paterna. Que el yogui rinda homenaje a su compañera con besos y abrazos profundos. Que beba el alcanfor y con él rocíe el círculo. Que les ofrezca la bebida y obtendrá así la perfección. El vino se bebe y la carne se come, igual que las hierbas. Habiéndola desvestido, la abraza más y más. Ella lo honrará a su vez, cantando y danzando, y luego gozarán de la reunión del *vajra* y del loto» (HEV, II, v. 57-63).

Es evidente que 16 años no es la edad *real* de las *yoguinīs* sino su edad simbólica. Si esta edad debiera tomarse en el sentido literal, las mujeres sólo podrían participar en el rito cuando tuvieran 16 años. Subrayo también, en este extracto, que hay que llamarlas, madre, hermana, etc.; eso significa que él debe ver a Shakti en su madre, en su hermana, etc. ¡Los enemigos del tantra no han dejado de afirmar que el tántrico debe unirse a su hermana, a su madre, a toda la familia!

Con frecuencia, si no siempre, ocupa el centro un diagrama místico, un *yantra* —por ejemplo un triángulo rojo— o un *lingam* de' piedra negra, símbolo del abrazo cósmico. El gurú y los adeptos salmodian largamente *manirás* como *Om Namō Shivaya*, o *kirtans*, mientras el *lingam* de piedra es rociado con una mezcla de leche y miel... A medida que se derrama por el *lingam* hasta el *arguya*, que representa la vulva, la Shakti oficiante lo recoge y lo reparte entre los adeptos. Esta parte del ritual, que ha sido adoptada también por la Vía de la Derecha, dura con frecuencia buena parte de la noche y se celebra incluso en *ashrams* hindúes ultrapuritanos (véase el capítulo «símbolos para vivir»).

En este estadio la tensión erótica ya es intensa, pero todavía se rechaza toda caricia o contacto directo con el sexo. La túnica ligera tiene por objetivo otorgar la prioridad a las sensaciones táctiles, al contacto, y evitar el contagio visual, que se reserva para más tarde. Los bustos están desnudos, pero la tela cubre las piernas y los sexos. A pesar de ser de noche, la oscuridad no es total. La iluminación, reducida a la débil luz de las lámparas de aceite, deja adivinar más que distinguir a las parejas, incluidos el gurú y su Shakti.

Cuando la emoción sexual colectiva alcanza el grado deseado, a una señal del oficiante, o bien imitando su ejemplo si él se une a su Shakti en el centro del círculo, las Shaktis se acuestan de espaldas, con la cabeza hacia el centro y las piernas dobladas. Cada Shiva mete sus piernas estiradas bajo las rodillas de su Shakti, tomando así la posición en «X», salvo que Shakti está acostada y Shiva sentado, mirando hacia el centro del círculo. Nuestra joven Shakti ha puesto sus manos sobre las piernas de su Shiva, que pone las suyas sobre las de ella, creando así un punto de intercambio.

Todavía no hay contacto genital, pero pronto Shakti se desliza progresivamente hacia Shiva hasta que el asta del *lingam* erecto se coloca en sentido longitudinal contra la vulva.

En este momento las manos entran en actividad y participan del juego erótico, pero siempre sin inserción del *lingan*. Los sexos todavía están ocultos por la túnica.

La *chakra pūjā* suprime la prisión del ego, borra la conciencia empírica de la vigilia en provecho de niveles más profundos, y esa vivencia, amplificada por el psiquismo colectivo del grupo, abre el acceso a la *overmind*, a la supramente.

La *chakra pūjā* hunde sus raíces en los ritos sexuales prearios, de donde nace el culto de Shakti, él mismo una prolongación de los ritos arcaicos de fecundidad, acompañados de acoplamientos colectivos en la naturaleza, que promoverían, por mimetismo, la fertilidad del suelo y la de las mujeres.

Esos ritos orgiásticos están tan arraigados en el *overmind* de la humanidad que sobreviven todavía hoy, aunque de manera esporádica, incluso en nuestros países, a pesar de dos mil años de represión. La *chakra pūjā*, lo sabemos, no es una reunión de libertinos, pero tal vez las orgías más depravadas son, a pesar de todo, resurgimientos de ritos orgiásticos prehistóricos...

Si evoco la *chakra pūjā* es para mostrar su alcance y no para alentar su práctica en nuestros países, al menos en un porvenir previsible, aunque no está excluido que adeptos serios puedan un día acceder a esta experiencia.

Ciertamente, incluso en la India, bajo el nombre de *chakra pūjā* se han cometido y se seguirán cometiendo abusos, pero no es posible ser tántrico e ignorar o condenar ese aspecto del culto de Shakti.

Si los relatos auténticos y de primera mano relativos a la *chakra pūjā* son escasos, son escasísimos los de testigos dignos de fe que hayan observado ese rito sin participar en él. Sin embargo es lo que Alexandra David-Neel pudo hacer, gracias a la complicidad (bien remunerada) de un jardinero. Este es, pues, su relato de «voyeur»: «Vi al jardinero. Me confirmó que en efecto sus patronos adoraban a la Diosa en ciertas noches sin luna. Pertenece a una secta vaishnavita y reprobaba intensamente el sacrificio de una cabra que había tenido lugar en el culto que sus amos y sus invitados celebraban en un pabellón aislado en su jardín.

»El jardinero me aseguró que le resultaría fácil dejarme entrar por la noche por una puerta de servicio que había cerca de la choza donde se alojaba... En un rincón de la veranda una escalera subía al terrado y desde esta escalera me sería posible ver, por el espacio vacío por encima de las puertas, lo que sucedería en el interior del pabellón».

Alexandra, el día indicado, se vistió con un sari común azul bien oscuro, como el que llevan las mujeres de baja casta. Desde su escalera, podía ver el *yantra*, trazado en un marco lleno de tierra. Vio también los platos que contenían los elementos comestibles en forma de albóndigas, y una jarra de vino de grandes dimensiones. Desde su observatorio podía observar la sucesión de los ritos: «La fatiga me vencía. Mi posición incómoda en los escalones, con la cabeza girada hacia la abertura más próxima para no perder nada de vista, me resultaba penosa. En la noche negra como la tinta, bandas de chacales, esos limpiadores nocturnos de las aglomeraciones indias, merodeaban y aullaban...

»Se produjo un movimiento entre los fieles. Traían a la víctima, una pobre cabrita que balaba. Derramaron libaciones sobre ella y el oficiante le murmuró un *mantra* en la oreja; después, de un solo golpe de cuchillo de hoja curva, el sacrificador cortó la cabeza del animal y la depositó, chorreando sangre, sobre el *yantra*, con una pequeña lámpara entre los cuernos. El espectáculo era lamentable.

»Se reanudaron los recitados, luego vino la comunión, que me pareció bastante copiosa, sobre todo en cuanto al elemento líquido. Cada bocado de alimento sólido era seguido de un generoso trago. Sin embargo, ninguno de los fieles que el campo limitado de mi visión me permitía ver

manifestaba signos de embriaguez.

»Mucho tiempo pasó todavía; luego cada hombre atrajo a su Shakti. En esa asamblea no vi una *pūjā shakti* destinada a ser adorada como encarnación de la Diosa. Los fieles iban acompañados de una sola Shakti, su esposa legítima u otra *esposa en religión*. Evidentemente no podía adivinar el tipo de vínculo que unía a las parejas presentes.

»¿Me atreveré a decir que el quinto elemento, la unión sexual ritual, se presentó con una perfecta decencia? Las ideas de los orientales respecto de lo que es decente y *lo* que es indecente son muy diferentes de las nuestras y nada de lo relativo al sexo les parece apto para dar lugar a la hilaridad o al escándalo.

»Los sadhakas, absolutamente silenciosos y recogidos, sentados con el busto recto en la postura de algunos ídolos tántricos de dioses unidos a sus esposas, cumplían un verdadero acto religioso exento de toda lubricidad.

»Se sabe que otros shaktas, en otras reuniones, se revuelcan borrachos en la orgía, y yo he visto algo así en Nepal, pero no era lo que sucedió en esta casa desconocida donde me había introducido por medio del engaño» (*L'Inde où j'ai vécu*, pp. 190, 191).

Verdadero acto religioso, exento de toda lubricidad, para retomar la palabra de Alexandra David-Neel, es lo que debe *necesariamente* caracterizar una auténtica *chakra pūjā*. Por eso también, necesariamente, debe ser ritualizada. Nos encontramos muy lejos del libertinaje...

Es verdad que el sacrificio de la cabra puede chocar, pero, en las *chakra pūjā*, están así concretamente presentes los dos poderes últimos, opuestos aunque complementarios: el poder de quitar la vida y el de darla. La muerte y el sexo. El occidental de corazón sensible, que come su bistec con salsa bearnesa, mata por procuración. Gomo no ha *visto* matar al buey y, *a fortiori*, como él mismo no lo ha matado, no piensa en ello. Entre paréntesis, la cabra a la que se le corta la cabeza de un solo golpe no sufre; su suerte es mucho menos «lamentable» que la que correría en nuestros mataderos.

Un día un *baúl* (en Bengala los *bauls* son los tántricos ambulantes) respondió a un europeo que le preguntó por qué mataba ritualmente una cabra: «Para comer...». Esta respuesta cándida oculta una verdad esencial: en el planeta, desde siempre, la vida prolifera autodevorándose. Es la regla del juego: yo sobrevivo sacrificando otras vidas, animales o vegetales. De niño, para incitarme a comer, mi padre me decía, sin pensamientos filosóficos ocultos: «¡Come! ¡No sabes quién te comerá!». Y cuando yo le preguntaba *quién*, respondía: «Los gusanitos...».

La *chakra pūjā* no siempre va acompañada del sacrificio inmediato de un animal, pero comiendo la carne, el pescado y los cereales cada adepto piensa en esta regla del juego y se une conscientemente así al «elemento» representado.

La orgía y nosotros

Si la ascesis de dieciséis nos impresiona, es justamente porque se practica entre... ¡dieciséis! Según nuestras estructuras mentales es un libertinaje, una orgía, *por tanto* es obscena, *por tanto* inmoral, *por tanto* mala. Lejos de mí la idea de querer que usted y yo nos convirtamos a un culto orgiástico, pero sepamos al menos que la sexualidad innata es muy diferente de su expresión actual, condicionada por la religión y las leyes. Artificialmente se nos han impuesto restricciones, y yo insisto una vez más que no se trata de desatar todos los frenos, lo cual perturbaría el orden social. Sin rechazar nuestra educación, más o menos puritana, sepamos que conceptos tan «evidentes» como el pudor o la decencia son muy relativos, y que lo indecente aquí y ahora puede resultar mañana perfectamente normal: nadie se escandaliza ahora de ver a las mujeres tomar sol con los pechos al descubierto en las playas, ¡pero qué escándalo se habría armado en la «Belle Époque»! De modo que algunos decenios han bastado para poner patas arriba esas nociones de decencia, de conveniente y obsceno, tan subjetivas que una Conferencia Internacional de Publicaciones

Obscenas, reunida en Ginebra en 1923, no pudo *definir* la palabra *obsceno*: «Después de examinar cuidadosamente la cuestión de sobre si es posible o no incluir una definición de la palabra "obsce-no" aceptable para todos los Estados, la Conferencia ha llegado a una conclusión negativa y ha reconocido, igual que en la Convención de 1910, que incumbe a cada Estado adjudicarle la significación que le parezca conveniente».

Así, la idea de pecado para todo lo que concierne al sexo es adquirida y no innata. El hombre arcaico no tenía vergüenza de sus órganos genitales y el acto sexual era una actividad natural que le producía placer y garantizaba supervivencia y la prosperidad de la tribu. La fertilidad de la mujer y de la naturaleza estaban asociadas: todos los pueblos del mundo, en un momento de su evolución, han practicado ritos de fecundidad orgiásticos. Por ejemplo, en la época de la siembra o de las cosechas, toda la tribu en fiesta se entregaba a danzas eróticas, y cuando la excitación sexual general llegaba al paroxismo, se liberaba en acoplamientos colectivos.

Mircea Eliade escribe en su *Histoire des religions*, p. 301: «Generalmente la orgía corresponde a la hierogamia. A la unión de la pareja divina debe corresponder, sobre la tierra, el frenesí genésico ilimitado, junto a las jóvenes parejas que repetían la hierogamia en los surcos, debía producirse el incremento máximo de todas las fuerzas de la colectividad. Estos excesos cumplían una función precisa y saludable en la economía de lo sagrado. Rompían los diques entre el hombre, la sociedad, la naturaleza y los dioses: ayudaban a hacer circular la fuerza, la vida, los gérmenes... de un nivel a otro, de una zona de la realidad a todas las demás. Lo que estaba vacío de sustancia se hartaba, lo que estaba fragmentado se reintegraba en la unidad, lo que estaba aislado se fundía en la gran matriz universal. La orgía hacía circular la energía vital y sagrada.

»[...] *Holi*, la principal fiesta india de la vegetación, donde todo estaba permitido, ha conservado hasta una época reciente todos los atributos de una orgía colectiva, desencadenada para exacerbar y llevar al máximo las fuerzas de reproducción y de creación de toda la naturaleza. Toda decencia es olvidada, porque se trata de algo mucho más serio que el respeto de las normas y de las costumbres: se trata de asegurar la vida y su continuidad.

»Los hindúes se permiten también una gran libertad sexual durante las fiestas de Bah, donde todo está permitido salvo el incesto. Los hoses del noroeste de la India practican formidables orgías durante la cosecha...

»El desenfreno habitual en las fiestas de la cosecha, en Europa Central y Septentrional, ha sido estigmatizado por muchos concilios, por ejemplo el de Auxerre del año 590, y por numerosos autores de la Edad Media, pero en ciertas regiones ha continuado hasta nuestros días.

»La orgía es una modalidad de vida colectiva. Los hombres allí pierden su individualidad, se funden en una sola unidad viviente. Se experimenta otra vez el estado primordial. El hombre se reintegra a una unidad biocósmica, incluso si esta unidad significa una regresión de la modalidad de *persona* a la de *simiente*.

»En las tradiciones populares europeas se han conservado huellas o fragmentos de ritos arcaicos, como la costumbre según la cual, al comienzo del verano, por San Juan, se corta un árbol del bosque y se lo coloca en medio del pueblo... En los Vosgos, la ceremonia se celebra el primer domingo de mayo. En Suecia se ponen «mástiles de mayo» en las casas, sobre todo en el solsticio de verano. En todas partes donde se encuentra este ceremonial, desde Escocia y Suecia hasta los Pirineos y entre los eslavos, el «mástil de mayo» es una ocasión de diversiones colectivas que terminan con una danza alrededor del mástil y, como toda manifestación de este género, tiene que ver con la orgía.

»Un autor puritano inglés, Phillip Stubbes, en su *Anatomy of Abuses* (Londres, 1583), condena con indignación estas supervivencias paganas, pues según él los jóvenes de ambos sexos pasan la noche en el bosque con Satán, y cuando traen al pueblo el «mástil de mayo», "*this stynking ydol*" (ese ídolo apestoso), todos danzan en torno a él una ronda pagana. Dice también que sólo un tercio de las muchachas vuelven a su casa "*undefiled*", "no mancilladas" (!).

»A pesar de toda la resistencia de la Iglesia, la "fiesta de mayo" se ha seguido celebrando. Las profundas transformaciones sociales no han logrado eliminarla, sólo le han cambiado el nombre. En Périgord y en muchos otros lugares, el "árbol de mayo" se convirtió en un símbolo de la revolución francesa; se lo llama "árbol de la libertad", pero a su alrededor los campesinos danzan esas mismas rondas arcaicas que les han transmitido sus antepasados. El día del 1 de mayo, fiesta del trabajo y de la libertad, conserva en parte este mito».

Los trabajadores que desfilan durante las manifestaciones del 1 de mayo no sospechan seguramente el origen de esta fiesta. Entonces, ¿qué elegir? ¿Árbol de mayo o lingam? Los tántricos no dudarían en asimilarlos.

Siempre en Europa y en nuestros días, además de La fiesta escandinava de San Juan, anteriormente mencionada, el carnaval perpetúa esos ritos de fecundidad. Antiguamente la estimulación sexual intensa hacía que todas las mujeres fecundables quedaran encintas, lo cual en la época de la espiral y de la píldora parece lamentable, pero que era muy deseable en otras épocas de la humanidad.

Hasta los semitas han adorado, en cierto momento de su historia, a la pareja divina formada por el dios del huracán y de la fecundidad, Ba'al, y la diosa de la fertilidad (sobre todo agraria), Belit. Este culto paleosemítico que revelaba —hasta la exacerbación y lo monstruoso— el carácter sagrado de la vida orgánica, de las fuerzas elementales de la sangre, de la fecundidad y de la sexualidad, ha conservado su valor si no durante milenios, al menos durante muchos siglos. La reacción en el sentido opuesto ha sido sin duda la medida de los excesos cometidos.

Lo que precede aclara la ascesis de dieciséis desde otra perspectiva. El tantra canaliza esos cultos orgiásticos «normales y espontáneos», los ritualiza, los sacraliza: ¡el desenfreno está muy lejos!

Tantrismo y promiscuidad

Si más de uno identifica el tantra con la promiscuidad, repito que al describir la *chakra pūjā* mi objetivo no era incitar a su práctica en Occidente, sino más bien mostrar que, en las condiciones requeridas y con el estado de ánimo correcto, adeptos seleccionados, largamente preparados y dirigidos por un gurú verdadero, podrían hacer una experiencia colectiva espiritual de alto nivel.

Aunque la *chakra pūjā* no sea un artículo de exportación, me ha servido de cañamazo para exponer, a través de su simbolismo, el pensamiento tántrico profundo. De hecho, la promiscuidad pura, el libertinaje, es *ipso facto* antitántrico, pues excluye el ambiente espiritual indispensable.

Sin embargo, si alguien ha contribuido a implantar este prejuicio de promiscuidad asociado al tantra, es Rajneesh —el hombre de los 92 Rolls Royce— que, con toda modestia, se autoproclama Bhagwan Shree Rajneesh, es decir, Nuestro Divino Señor. Un hindú traduciría Nuestro Señor Jesucristo por Bhagwan Shree Christus. Personaje fuera de lo común, orador carismático, pensador original pero utópico, ha dicho muchas cosas hermosas que a veces cito. La esencia de su mensaje es (¿o era?): «Sois todos unos neuróticos. Entonces, follad, follad, para disolver vuestras inhibiciones sexuales y liberaros de vuestra neurosis», doctrina que hacía aplicar en su centro de Poona, donde había un libertinaje sin freno.

A plena luz, sin ocultarse y alentadas por sus discursos, las parejas se abrazaban, se manoseaban y más... En cuanto a lo que sucedía en sus «grupos de encuentro», en los subsuelos, mejor no hablar. Este desenfreno sexual escandalizó a los habitantes de Poona hasta el punto de expulsar a Rajneesh de la India y arrasar su centro con un bulldozer.

No juzgo a Rajneesh, ni a sus discípulos, casi todos occidentales; por lo demás, ha dado un amplio viraje: después de haber sido expulsado de los Estados Unidos donde se había refugiado, volvió a instalarse en Poona, donde se comporta discretamente y ya, al parecer, no da motivos para que se hable de él.

Lo que es molesto es que llama a su doctrina «neo-tantra», cuando bastaría con quitar la letra «e» para que estemos de acuerdo, pues no ha retomado nada de la auténtica tradición tántrica: ni rituales, ni *mandalas*, ni *yantras*, ni símbolos tántricos ni la sacralización de la sexualidad. Como sí se bautizara «neocatólica» a una secta que omitiera a Cristo, los Evangelios, la misa y los sacerdotes. Porque follar, no importa con quién o dónde, eso no es tantra.

Resumo: su doctrina es asunto *suyo*, como de sus discípulos, pero que busque otro nombre. Es lamentable para el verdadero tantra que su *staff* de marketing, de una temible eficacia, haya hecho tanto ruido y que la palabra «tantra» se haya convertido, para muchos, en sinónimo de promiscuidad. No es el único culpable: cuando un libro sobre el tantra menciona la *chakra pūjā* — salvo rarísimas excepciones, que por otra parte no conozco —, se limita a citar el hecho material de ocho parejas que se reúnen, se intercambian y se acoplan. ¡Cómo distinguirla entonces de una bacanal!

Otra causa de malentendidos: el tantra, por no ser una religión, ni una organización social, no posee ningún dogma, ningún credo, ninguna moral preestablecida. Para el tantra toda moral es relativa y depende de la época y del lugar. Una comparación. En teoría, no hay razones para privilegiar la conducir por la izquierda sobre la conducción por la derecha. Como se trata de una convención, el tantra no toma posición. Sin embargo, en Inglaterra, es «moral» conducir por la izquierda, pero criminal hacerlo en el continente europeo. Entonces, según conduzca en Francia o en Gran Bretaña, el tántrico va respectivamente por la derecha o por la izquierda, sabiendo que se trata de una convención, sin valor absoluto. Sin embargo, no poseer una moral prefabricada no equivale a rechazar toda regla.

Igualmente, disociar «relación sexual» y «matrimonio» colocándose en el plano Shiva-Shakti, no implica el rechazo de la institución matrimonial: cada adepto se adecuará a su contexto socio-religioso. Ciertamente, el tantra ignora nuestras nociones de pecado a propósito del sexo, en el que ve la comunicación humana última, y no se preocupa de saber si la pareja tántrica ha firmado un contrato o no. Sin embargo, en toda sociedad humana se ha de regular la sexualidad, así como la relación hombre-mujer: depende de cada tántrico determinarse en *este* sentido. En nuestros países el casamiento parece inevitable y no se perfila ninguna otra solución en el horizonte, y, por tanto, «matrimonio» y «pareja» no son sinónimos.

¿Amenaza el tantra a las parejas? Comprobamos en primer lugar que, en nuestros países, la proporción de matrimonios que desembocan en el divorcio es enorme y no imputable al tantra. Además, conozco más de una pareja casada que iba a la deriva y a quienes la visión y la práctica tántricas han unido y les han dado una nueva juventud. Más aún, la práctica del *maithuna* tántrico exige un «entrenamiento» y un acuerdo entre el hombre y la mujer que, afinándose con el tiempo, hace más difícil un cambio de pareja. Sucede lo mismo que con esas parejas de patinadores campeones que, a fuerza de haberse entrenado juntos, se hacen inseparables. A veces, en una pareja tántrica madura y segura, sucede que se aceptan relaciones tántricas «externas» que no perturban a la pareja sino que la enriquecen. Según he podido comprobar, las parejas tántricas, casadas o no, no son menos estables que las parejas «ordinarias», ¡más bien diría lo contrario!

El simbolismo de los cinco makaras

En el ritual tántrico, la *chakra pūjā* y los cinco malearas están tan imbricados que es impensable disociarlos. Por eso, a falta de mejor solución, me pareció que lo mejor era explicar primero el desarrollo de la *pūjā* con los cinco *makaras*, sin detenerme en su simbolismo, para volver luego sobre ello, es decir ahora.

Una observación: aunque la *chakra pūjā* no se concibe sin los cinco *makaras*, que le dan todo su sentido, sí es posible lo contrario, afortunadamente para la práctica en Occidente. Profundamente

simbólicos, aunque muy concretos, los cinco *makaras* hacen percibir la emergencia, aquí y ahora, de fuerzas cósmicas últimas y acceder a lo sagrado, a lo «significante» oculto tras lo «insignificante», detrás de lo que parece trivial y profano.

Ahora bien, los cinco *makaras*, compuestos de actos tan triviales en apariencia como comer, beber y acoplarse, implican sin embargo dos poderes últimos: **quitar** la vida y perpetuarla, ambos inextricablemente unidos.

Escuchemos una vez más a Mircea Eliade: «Una de las principales diferencias que separan al hombre de las culturas arcaicas del hombre moderno, reside en la incapacidad de este último para vivir su vida orgánica, en primer lugar la sexualidad y la nutrición, como un sacramento...

»Para el hombre moderno sólo son actos fisiológicos, mientras que para el hombre arcaico son sacramentos, ceremonias que sirven para comunicarse con la *fuera* que representa la *Vida* misma.

»La *fuera* y la *Vida* son manifestaciones de la *realidad última*; estos actos elementales, en el «primitivo», se convierten en ritos que ayudan al hombre a acercarse a la realidad [...] El rito consiste siempre en la repetición de un gesto arquetípico realizado *in illo tempore* (al comienzo de la "Historia") por los antepasados o por los dioses, para dar significado así a los actos más comunes y más insignificantes. El rito *coincide*, por la repetición, con su arquetipo, aboliendo de este modo el tiempo profano. Se asiste, por así decir, al *mismo acto* realizado *in illo tempore*, en el momento auroral cosmogónico. Transformando todos los actos fisiológicos en ceremonias, el hombre arcaico se esfuerza por «pasar más allá», proyectarse más allá del tiempo (del devenir) en la eternidad...

«Alimentándose o haciendo el amor, el primitivo se inserta en un plano que, en todo caso, no es simplemente el de la nutrición o el de la sexualidad» (*Histoire des religions*, p. 40).

Igualmente, con los 5 M y la *chakrapūjā*, el tantra promueve la expansión de la conciencia, la superación del ego, la supresión de las fronteras ilusorias entre «tú», «yo», «los otros», entre el mundo «interior» y el «exterior». Para el tantra el universo es un gigantesco tejido, del cual cada ser, cada objeto, cada átomo, es una fibra. Como individuo, tengo la ilusión (casi) de bastarme a mí mismo, de ser un ego, una entidad autónoma, lo cual es una trágica ilusión, pues a menos que trascienda mi ego, éste se convierte en mi prisión y en la causa oculta de todo sufrimiento. Atención: «trascender» no quiere decir negar o destruir. Mi ego tiene una existencia real pero limitada, es una estructura indispensable, pero no es el Sí mismo real y último.

Aquí hay que recordar que, para el tántrico y para el físico, la infinita multiplicidad de las formas percibidas por nuestros sentidos oculta la unidad fundamental de la materia y su esencia, la energía cósmica pura, ¡la Shakti! Igualmente, la multitud de las especies y de los individuos oculta la unidad de la vida, la otra modalidad de la energía cósmica creadora.

Sin embargo, en lugar de dar la espalda a la vida y perseguir un absoluto metafísico al precio de una ascesis mortificante, el tántrico se integra al mundo, a la vida, y goza de ella. Para él el goce, (*bhoga*, *ānanda*) es esencial en la vida: siempre y en todas partes, cada ser va tras el goce o huye del sufrimiento, el reverso de la medalla.

Lo quiera o no, el individuo más atrincherado en su ego debe, para vivir y sobrevivir, unirse a otras formas de vida, acoplándose y comiendo. Comer es un acto de fusión incluso más íntimo que el de acoplarse: lo que como se convierte en mi propia sustancia. Para perpetuarse, el hombre *debe* abandonar su ego, con el cual se identifica; *debe* confundir su herencia, sus genes, con los de un «extranjero» o una «extranjera».

Sin cesar, la materia viviente se recicla: lo que hoy es el cuerpo de un ser mañana será el de otro, y así hasta el infinito. Para comer, hay que matar un vegetal o un animal, de ahí el sacrificio al que asistió Alexandra David-Neel. Comiendo su bistec en un restaurante en alegre compañía, el hombre moderno olvida al buey al que se le quitó la vida; es casi una abstracción. Pero después de haber **visto** el sacrificio de la cabra antes de la *chakra pūjā*, y de comer su carne, cada adepto sabrá que sólo sobrevive al precio de la muerte de otras formas de vida, animales o vegetales: hasta comer un

inocente trozo de queso implica la muerte de millones de bacterias, seres vivos y conscientes...

Pero si comer, por tanto matar, es la necesidad ineluctable de todos, desde la bacteria hasta la ballena, la misma ley implica también que uno ha de ser devorado por otros, y de este destino el hombre intenta escapar encerrando su cadáver en un féretro o incinerándolo.

Más allá de este drama permanente, la Vida es **una** y el sexo es la pulsión vital y universal, la respuesta a la muerte, la trama misteriosa de las especies, cuyos genes mezcla hasta el infinito. Comer y procrear son también los goces últimos: lejos de culpabilizarlos, en la *chakra pūjā* y en los 5 *makaras*, el tantra los exalta.

Si todos los seres vivos matan, comen y procrean, ¿son pues todos tántricos? No, porque en el tantra la pulsión biológica bruta está sacralizada, ritualizada. Mircea Eliade escribe (*L'Épreuve du labyrinthe*): «En el tantrismo, la vida humana es transfigurada por los rituales, efectuados después de una larga preparación yóguica [...] En la unión ritual, el amor es más que un acto erótico o simplemente sexual, es una especie de sacramento; beber vino, en la experiencia tántrica, no es beber una bebida alcohólica, es compartir un sacramento...»

Ritualización, transfiguración, son la esencia y el sentido de los cinco *makaras*.

Los elementos, su sentido oculto

«Oh, querida, has de saber que el fuego (la energía) es el primer *tattwa*; el aire el segundo, el agua el tercero, la tierra el cuarto. Por la ciencia de los cinco *tattwas* y de los ritos de Kula el hombre se emancipa ya en esta vida.

»El primer *tattwa* es la panacea que da la energía vital a las criaturas y borra su tristeza. El segundo vendrá de un poblado, del aire, del bosque; debe ser nutritivo, aumentar la inteligencia, la energía y la fuerza. El tercero, oh, dama de buen augurio, nace en el agua, es bueno, delicioso, y dispensa el poder de engendrar. El cuarto, poco costoso, es producido por la tierra, da la vida a las criaturas y es la base de la vida en los tres reinos. El último *tattwa*, oh diosa, procura grandes goces; en el origen de todas las criaturas, sin comienzo ni fin, es la raíz del universo. Así habló Sadashiva de Buen Augurio» (Dutt, *Mahanirvana Tantram*, p. 111).

M.N. Dutt precisa, a propósito del segundo *tattwa* o ingrediente, que se trata de la carne de cabra o de cordero criados en el poblado, o de perdiz y otras aves que viven en el aire, o también de ciervos y otra caza del bosque. El tercero designa claramente el pescado que, según el texto original, es «lo que aumenta la progenitura», dicho de otra forma, aumenta el potencial genésico. El cuarto son los cereales, y el quinto es el *maithuna*, «en tanto soporte de la creación» (*ib.*, p. 111).

Una comprobación: los cinco elementos del tantra, la Tierra, el Aire, el Agua, el Fuego y el Éter, son los de la alquimia, cuyo fin último es regenerar al hombre común, profano, y revelarles su realidad superior, así como los poderes que se ocultan detrás de su naturaleza aparente. Si bien en este camino coinciden en parte el tantra y la alquimia, el tantrismo se distingue sobre todo por los medios empleados.

Estos elementos han prevalecido en Occidente hasta el advenimiento de la química moderna, que no los necesita, así como tampoco la física. Entonces, ¿por qué detenernos en ellos? ¿Por simple curiosidad? Si se tratara de eso, resolvería el tema en algunas líneas, pero no es así.

Definir los tattwas

Es difícil definir los *tattwas*, o elementos, que son a la vez concretos e imponderables, sutiles y materiales. En general, el elemento no es un objeto tangible, es un conjunto de leyes y de fuerzas que condicionan un estado particular de la materia y le confieren sus propiedades específicas.

El elemento **Tierra** (*Ksiti*). Basta con levantar la cabeza hacia el cielo estrellado para darse

cuenta de que el universo es sobre todo vacío. Sin embargo, aquí y allí, la materia cósmica se densifica en lugar de repartirse uniformemente en ese vacío intergaláctico que asustaba a Pascal.

Partiendo de la definición de un elemento, todas las leyes y todas las prodigiosas energías cósmicas que intervienen en esta densificación constituyen el elemento Tierra, con mayúscula. Así, nuestra tierra, sin mayúscula, es sólo una simple manifestación local del elemento Tierra. El Sol y todos los cuerpos celestes son también manifestaciones del elemento Tierra, el más elemental que hay (evidentemente), ¡pues nos sentamos encima! En realidad cada átomo de cada objeto percibido es materia cósmica densificada y ha formado parte de un cuerpo celeste incandescente. Mi cuerpo es, literalmente, 'sol enfriado, condensado.

El elemento Agua (*Apa*). Es, por supuesto, lo que mantiene la materia en estado líquido, y el agua, el fluido más común en nuestro planeta, es su prototipo. Evidente, pero, ¿cuál es su interés? Su interés es enorme, pues los fluidos son los *captadores de los ritmos cósmicos*, que a su vez dirigen todos nuestros biorritmos. El más evidente de esos ritmos es el de las mareas que noche y día mueven los océanos en respuesta a la atracción lunar, pero también a la del Sol: cuando los dos se juntan se producen las grandes mareas. En el límite, cada una de las innumerables galaxias actúa sobre todos los líquidos del universo, no sólo los de nuestro planeta.

Pero estos ritmos cósmicos no implican sólo los océanos; hay pequeñas mareas en un vaso de agua, ¡hasta en una gota de agua! Y mi cuerpo, que está compuesto en un 85 % de agua, le somete todos mis biorritmos. Léase sobre este tema el capítulo «Contemplemos a nuestra Madre, la mar».

La Luna incluso influye en los árboles; las maderas tienen propiedades y cualidades variables según la fase lunar en que fueron cortadas. La madera que mejor se conserva es la que se tala en invierno, en luna nueva, cuando el reposo invernal de la vegetación, que implica la detención casi total de la circulación de la savia, reduce la influencia de la Luna casi a cero. Theodor Schwenk en *Das sensibel Chaos*, observa que las maderas nobles de América del Sur siempre están marcadas con un sello que indica la fase de la Luna en la tala, lo cual determina su valor.

Así, por intermedio de los fluidos corporales, en la tibia intimidad de mis tejidos, en cada célula, la Luna y todos los cuerpos celestes regulan la imperceptible danza de mis ritmos vitales.

El elemento Aire (*Vayu*). Se trata de la materia en estado gaseoso. Para el tantra, los gases son el vehículo de energías cósmicas sutiles. Desde hace miles de años, los yoguis tántricos saben que el aire no es un gas inerte, sino que capta y transporta una energía impalpable, el *prāna*, variable según la estación y el lugar. Saben que nuestra vitalidad depende de esa energía y que «su naturaleza es la del relámpago», lo cual es una intuición extraordinaria, pues es literalmente justa.

Ahora bien, hasta hace muy poco la ciencia (la biología en particular) se preocupaba sobre todo por la composición molecular del aire: nitrógeno, oxígeno, gases raros, y dejaba de lado su ionización. Actualmente se sabe que el átomo de oxígeno del aire puede estar ionizado, es decir, tener un minúsculo «paquete» de energía excedente, por tanto disponible. Según la proporción de átomos de oxígeno así ionizados, el aire tiene propiedades vitales bien diferentes y, sabiendo esto, los yoguis han inventado técnicas específicas que permiten captar, acumular y controlar el *prāna* y con ello aumentar nuestra vitalidad: sobre este tema puede consultarse mi libro *Pranayama*.

El lado más práctico de este elemento, ligado a las fuentes mismas de nuestra vitalidad, aparece, por ejemplo, bajo la forma del *office sickness*, la «enfermedad de las oficinas», que ataca a quienes viven en un ambiente cerrado, en esos edificios donde hace estragos el aire acondicionado. Según la teoría yóguica, la «enfermedad de las oficinas» se explica fácilmente: este aire, carente de *prāna*, debe necesariamente socavar la vitalidad y provocar desórdenes diversos. Después de haberlo ignorado o desconocido durante mucho tiempo, ahora poco a poco comienzan a darse cuenta, pero los orgullosos edificios de oficinas de ventanas selladas están ahí, y todavía por mucho tiempo... A quienes se ven obligados a vivir en ellos, les queda el recurso de compensar ese déficit consagrándose unos minutos por día a los ejercicios de *pranayama* descritos en el libro que acabo de citar.

El elemento «Fuego» (*Tejas*). Es la materia en estado «radiante», por ejemplo los rayos del Sol y de las estrellas, pero también el fuego corriente. Sin el elemento Fuego nuestro planeta estaría helado, pues el Sol no podría irradiar su calor hasta nosotros a través de la inmensidad espacial, y hasta ignoraríamos su existencia y la de las estrellas.

En realidad el problema no se podría plantear, porque sin la radiación solar que anima toda la vida terrestre no estaríamos aquí para hablar de ello (véase también el capítulo dedicado a Shiva, el bailarín cósmico que danza en el seno del «fuego» universal).

El elemento «Éter» (*Akāsha*). Es el elemento alquímico que ha resistido más ante el asalto de la ciencia. En efecto, era axiomático considerar que el vacío universal estaba lleno de una sustancia sumamente tenue sin resistencia alguna a la propagación de ondas y ζ le partículas de alta energía: parecía impensable que algo pudiera propagarse en el vacío. Todo cambió en 1880 porque fracasaron las experiencias de Michelson, que quería poner en evidencia el éter gracias a la interferencia ultrasensible que había inventado. Luego la física abandonó este último elemento, al menos provisionalmente, porque con timidez, de puntillas prepara un regreso sigiloso...

Para el tantra, el elemento Éter, *Akāsha*, es a la vez «nuestro» éter, es decir, la materia en el estado más sutil que pueda concebirse, y *algo* indefinible científicamente (ζ me atreveré a decir que «provisionalmente»?) que yo llamaría, a falta de una denominación mejor, el *espacio dinámico*. En la concepción habitual, ingenua, el espacio es un gran agujero inerte, en el cual el Buen Dios ha metido el universo. Por supuesto que no es ésta la visión de la ciencia, que sin embargo tampoco está mejor pertrechada, pues ignora totalmente la *naturaleza* del espacio, así como la del tiempo...

Para el tantra, *Akāsha*, el espacio dinámico, es el punto de emergencia permanente de la creación, la frontera imprecisa donde lo manifiesto surge de lo no manifiesto, siempre y en todas partes. Es el soporte onnipresente del universo manifiesto y por eso el *maithuna*, la unión ritual, lo simboliza, pues es el acto más (pro)creador que existe, la réplica del acto creador cósmico último.

Acepto que todo esto es muy esquemático, como tantas otras cosas en este libro de intención panorámica más que académica. Dicho esto, me queda integrar este simbolismo a los cinco *makaras*.

Comencemos por *Mudra*, el grano. Comiéndolo con respeto, el tántrico sabe que este ingrediente «poco costoso producido por la tierra da vida a las criaturas y está en la base de la vida en los tres reinos». A través de él, el hombre arcaico retorna a la Tierra Madre, en cuyo homenaje se celebraban los ritos orgiásticos de la fertilidad. Comer cereales es unirse a la tierra nutricia, absorber el mundo material con el que estoy en constante intercambio.

Comiendo pescado (*Matsya*), que «nace en el agua, es bello, delicioso, y dispensa el poder de engendrar» —el simbolismo sexual del pez es conocido—, el tántrico se une simbólicamente con el elemento Agua, fuente de toda vida, sin el cual la Tierra sería un astro muerto, y con todas las criaturas que viven en los mares, los lagos y los ríos. Recuerdo (véase «Contemplemos a nuestra Madre, la mar») una frase del comandante Cousteau: «Somos agua de mar organizada». Es literalmente cierto: yo soy un acuario ambulante. Esa es la razón por la cual entre los accesorios rituales se encuentra la *ghata* (ánfora, símbolo del útero) llena de agua perfumada que representa el líquido amniótico, adornada con *tilakas*, marcas rituales trazadas con polvo bermellón o pasta de sándalo. En el útero, durante mi desarrollo fetal, he pasado por el estadio «pez», y misteriosamente, en alguna parte, algo de mí lo recuerda.

Consumiendo carne (*Mamsa*) el adepto se une a todo lo que vive en el aire, a toda la vida animal, desde los mamíferos hasta los pájaros. Sobre todo al comer la cabra sacrificada el adepto sabe que, para comer, se ha debido matarla, y con veneración acepta ese sacrificio.

Antes de cortarle la cabeza de un solo golpe, lo cual le ahorra sufrimientos, la cabra ha sido largamente «iniciada» y consagrada ritualmente. El gurú le ha murmurado a la oreja el *mantra* salvador que la hará reencarnarse en una forma más evolucionada. Durante todo ese tiempo, la calma de la

cabra es notable; incluso cuando le fijan la cabeza a la estaca sacrificial, en forma de Y, y la estiran, no se debate, como si comprendiera y aceptara su sacrificio. Sorprendente.

La *Mārkaṇḍeya Purāna*, XCI, 32, dice:

*OM, bendito sea el animal
con sus cuernos y sus miembros.
OM, fija el animal al oscuro pilar
que separa la vida de la muerte.
OM, ata bien al animal
que simboliza en parte al Universo.*

Justo antes de asestar el golpe fatal:

*OM, Hrim, Kālī,
de los dientes terribles
devora, traga, corta,
mata...*

... luego el brillo del metal: la cimitarra se abate.

Esto les parece cruel a aquellos que matan... por procuración. En nuestros mataderos no se juega: ¿respetan a los animales antes de matarlos? Plantear la pregunta es ya responder a ella...

Para que su sacrificio permanezca presente en el espíritu, recuerdo que la cabeza de la cabra es colocada sobre una fuente, con una lámpara encendida sobre el cráneo, símbolo de su Sí mismo inmortal y consciente.

El vino (*Madya*) es el elemento Fuego, y el *Mahanirvana Tantra* (VI, 185-187) precisa: «Con su Shakti sentada a su derecha, el adorador le presentará una hermosa copa (*pānā pātra*) de oro, de plata o de cristal, o una cascara de coco. A su derecha, colocará el plato de carne (*Shuddi Pātrā*). Luego el preceptor inteligente distribuirá o hará distribuir el vino en las copas, la carne en los platos, según el orden de precedencia. Beberá y comerá con sus adeptos, primero el mejor plato de carne, y luego, con el corazón alegre, los tántricos levantarán todos su copa de vino. Después, meditando sobre la kundalinī, sede de la conciencia y de la energía en espiral que circula desde la lengua hasta la base del cuerpo, recitarán el *mantra* principal; por último, autorizándose mutuamente, se llevarán la copa a los labios».

Hablemos en primer lugar de la copa, que simboliza el *yonī* al mismo tiempo que evoca una caja craneana: en la *pūjā* la imagen de la muerte debe estar muy presente para dar relieve a sus antídotos, comer y procrear.

Antigua y tradicionalmente, el vino se bebía en una verdadera caja craneana, el vino que evoca la sangre, símbolo de vida y, para este uso, era muy buscado un cráneo- de brahmán. Más tarde esos cráneos escasearon y se los sustituyó por una cascara de coco. Sabiendo esto, se ve con otros ojos esta costumbre india todavía en vigor: antes de que el hijo mayor de un hindú de casta alta, sobre todo de un brahmán, encienda la pira funeraria del padre, le rompe el cráneo. Oficialmente, para que el alma pueda abandonar el cuerpo; oficiosamente, para prevenir toda «recuperación» intempestiva...

En el Tibet, esos cráneos-copa estaban tapizados interiormente con una capa de plata tallada con motivos rituales: un día vi uno magnífico en la vitrina de un anticuario de Ginebra, pero me eché atrás por el precio. Algunos días más tarde reflexioné y regresé: demasiado tarde, ya lo habían vendido. Pero, en virtud del principio de que de todos los sentimientos desagradables, el

arrepentimiento es el más inútil, no lo tengo...

El vino debe atizar el deseo y estimular el fuego de la kundalinī, el polo de la especie, en la parte baja de la columna vertebral, en conexión con la lengua. Junto con el *acharya*, cada Shiva toma la copa con las dos manos y la presenta a su Shakti a la altura de sus labios, fijando su mirada en la suya. Ella lo acepta con las dos manos también, saborea lentamente el primer trago, luego le vuelve a pasar la copa para que él beba a su vez. Shakti y Shiva se irán pasando la copa, y se mirarán siempre a los ojos, todo lo cual engendra un gran deseo de intercambio. Es un momento muy intenso del ritual, pues cada uno *sabe* que el punto culminante de la *pūjā* está cerca. (No olvidemos que es el azar lo que los ha unido esta noche...)

Viene entonces la unión ritual (*Maithuna*): «El último *tattwa*, oh diosa, procura grandes goces; en el origen de todas las criaturas, sin comienzo ni fin, es la raíz del universo». Releamos esta frase y meditemos: lapidaria, incluye la esencia de la *pūjā*.

Todo el ritual tiende hacia el *maithuna* para hacer esta experiencia lo más intensa posible, pero sobre todo espiritual. Cito a Colaabavala: «En el tantra, después de haber despertado la energía sexual, hay que hacerla operar. Para convertirse en energía vital pura, debe abandonar su sitio habitual, los órganos genitales. Así la intimidad física, nacida del contacto sexual, desemboca en una fusión psíquica: nada se hace, por el contrario, para desencadenar el orgasmo por fricciones genitales, sino que todo apunta a crear una corriente poderosa de intercambio espiritual... El orgasmo no es rechazado, pero debe producirse a nivel cerebral y no genital, como sucede en la unión profana...

»La disposición de las parejas tántricas no es idéntica en todos los rituales. Así, a veces las Shaktis, acostadas de espaldas, con los brazos y las piernas separadas, dibujan cada una un pentáculo, la estrella flamígera simbólica. La cabeza, la quinta rama del dibujo, está muy frecuentemente orientada hacia el interior del círculo, aunque también se practica la posición inversa».

Por último, la *chakrapūjā* va acompañada en todo momento y en todo nivel de la magia encantadora de los *mantras* y de su concreción visual, los *yantras*, objeto de capítulos especiales.

Si bien la *chakra pūjā* no es importable a Occidente, los cinco *makaras*, por el contrario, pueden muy bien integrarse en la práctica occidental.

6

El dominio Sexual

Orgasmo en masculino

Si hemos de creer a los sexólogos y a los psicólogos, la mayoría de las mujeres ignoran el orgasmo, o bien la literatura sexológica hace del orgasmo «a toda costa» un problema diciendo que un contacto sin orgasmo es un fracaso. Si bien el tantra ignora la obsesión del orgasmo obligatorio, propuesto como ideal a la pareja «moderna», sin embargo el problema del orgasmo femenino existe. Rajneesh, referencia tántrica dudosa, ha escrito sin embargo en su *Book of Secrets*, vol. I, p. 397: «Por eso las mujeres están enfadadas e irritadas y así seguirán. Ninguna meditación puede aportarles la paz; ninguna filosofía, ni religión, ni ética, puede hacerles sentir cómodas con los hombres con quienes conviven. Ellas viven frustradas, porque el tantra, como la ciencia moderna, afirma que si la mujer no es verdaderamente colmada por el orgasmo, creará problemas en la familia. Esta privación mantendrá su irritabilidad y siempre estará de humor querellante.

»Si su mujer es gruñona, debe usted reconsiderar la situación, pues la causa puede que no esté simplemente en ella, puede estar en usted. Cuando las mujeres no llegan al orgasmo, se vuelven anti-sexo y no están disponibles para la sexualidad, ¿Por qué habrían de estar dispuestas si jamás experimentan la felicidad profunda? "Después" tienen la sensación de haber sido utilizadas.

»La casi totalidad de las mujeres no alcanzan jamás ese punto culminante, esa convulsión del cuerpo durante la cual cada fibra de su ser vibra, cada célula se hace viviente. Y no lo alcanzan a causa de la actitud antisexual de la sociedad. Su mente se vuelve contestataria y la mujer así reprimida se vuelve frígida».

Para completar el cuadro cito esta frase terrible, tomada del *informe Hite*: «Sí, las mujeres deben con frecuencia aprender a gozar *a pesar* de sus compañeros, y no gracias a ellos» (pág. 275).

En general se admite que el problema del orgasmo existe, pero sólo en la mujer: el hombre eyacula, *por tanto* tiene un orgasmo. Ese «por tanto» está de más.

La eyaculación es una cosa y el orgasmo otra totalmente distinta. Si bien algunos sexólogos modernos lo saben, el público lo ignora y el hombre «normal» desorbita los ojos cuando le dicen que al menos el 90 % de los hombres desconoce el orgasmo. Como la eyaculación y los pocos segundos que la preceden son el punto culminante de su experiencia sexual, el hombre está convencido de que el orgasmo masculino es eso. Al contrario, el tantra sabe desde hace milenios que es precisamente la eyaculación lo que aparta al hombre del orgasmo verdadero, del éxtasis sexual que lleva a los niveles de conciencia superiores, cósmicos. La eyaculación para en seco la experiencia, tanto para él como para ella. Digámoslo claramente: si el 90 % de las mujeres no experimentan el orgasmo es porque el 85 % de los hombres son eyaculadores precoces...

Definición: un eyaculador precoz es un hombre incapaz de retrasar la eyaculación al menos hasta que su mujer esté colmada, después de uno o varios orgasmos. El solo hecho de retrasar la eyaculación no implica sin embargo que llegue al verdadero orgasmo, aunque su experiencia sexual sea intensa y satisfactoria, pero ya es un progreso.

La eyaculación corta en seco la ascensión hacia el orgasmo masculino y mata el deseo, ese magnetismo encantado que, en la pareja, debería ser una música ambiental permanente, incluso fuera de los contactos sexuales concretos. Con la destumescencia del *lingam*, ese magnetismo y el hechizo de la unión Shiva-Shakti se desvanecen: la pareja se separa para reencontrarse en la vulgaridad de lo cotidiano, lo que es más que lamentable.

El tantra promete al hombre una potencia sexual ilimitada, erecciones tan prolongadas como su compañera y él mismo lo deseen, la capacidad de tener dos o tres contactos sexuales diarios —¡o más, según el tao—, sin cesar jamás de desear a su Shakti. Este programa lo seduce... al igual que a su compañera, pero ante el precio —renunciar a la eyaculación— la sonrisa se borra y la cara se alarga.

En efecto, el guión clásico (besos, caricias más o menos sabias, penetración, vaivén, eyaculación y destumescencia) nos parece natural, intocable e ineluctable, y el reflejo eyaculatorio venido del fondo de las edades es tenaz. El impulso sexual se arraiga en la irresistible pulsión de la especie, que quiere sobrevivir, por tanto procrear, por tanto eyacular. Este comportamiento, implantado en nuestros genes, se ve reforzado por nuestra educación. Para el tantra, salvo evidentemente cuando se trata de procrear, la eyaculación es superflua. Sin embargo, se comprenden las reticencias del varón a quien se le propone dejar ese condicionamiento y evitar la eyaculación, proclamada aguafiestas. Ahora bien, desde el punto de vista de la vida en pareja, incluso sin apuntar a la espiritualización del sexo buscada por el tantra, el asunto vale la pena.

El tao, que es una especie de tantra chino, comparte ese punto de vista: Jolang Chang en su *Tao de l'Art d'aimer* escribe:

«Los antiguos taoístas enseñaban que el orgasmo masculino y la eyaculación no era una única y misma cosa. Eyaculaciones más espaciadas no significaban en ningún caso que un hombre fuese

sexualmente disminuido ni que experimentase menos placer físico. Es por costumbre que se llama a la eyaculación «punto culminante del placer». Y es una costumbre nefasta.

»Me preguntan con frecuencia qué placer puede experimentar si sólo eyaculo una vez de cada cien. En general respondo esto: «No cambiaría ciertamente el placer intenso que yo experimento por el vuestro. Los doce años durante los cuales me dediqué a ese placer vinculado al instante de la eyaculación son para mí largos años perdidos». Si mi interlocutor es un hombre, no puede poner en duda mi sinceridad; me verá apacible, feliz, con buena salud y siempre con ganas de hacer el amor. Si se trata de una mujer, y si ella lamenta —por mí— al comienzo de nuestras relaciones mi actitud, pronto mi ardor le disipa la menor duda en cuanto a la intensidad del placer que siento con ella. Le bastarán unas pocas horas para comprobar que experimenta una forma de amar totalmente nueva, y se dará probablemente cuenta de que nunca los contactos amorosos le habían procurado tanto goce. De hecho, muchas mujeres han tenido la generosidad de reconocer que habían ignorado hasta entonces que el acto sexual podía aportarles un placer tan profundo» (pág. 29).

«Así, durante doce años me contenté con eyacular, o con masturbarme dentro de una vagina (pues así veo las cosas hoy) [...] Ahora puedo decir que el acto sexual sin eyaculación representa también la eliminación de una tensión, pero sin explosión. Es un placer que se traduce por un apaciguamiento y no por violencia, una fusión voluptuosa, sensual, y prolongada en algo más amplio y más trascendente que uno mismo. Es un sentimiento de comunión en un todo, no una separación; de unión estrecha y de participación, y no un espasmo individual y solitario que excluye a la pareja. No hay palabras para describirlo» (pp. 31-32).

Sin embargo, antes de abordar la práctica, precisemos que de ningún modo se trata de una renuncia, total y definitiva a la eyaculación. Esto se hace por etapas progresivas.

El razonamiento siguiente ha persuadido a buen número de parejas a intentar una prueba leal.

En primer lugar, el potencial sexual masculino es muy variable, y va de un contacto por semana (¿el domingo por la mañana a las 8.15?) a contactos cotidianos, pero es forzosamente limitado. La mujer, por el contrario, tiene un potencial sexual ilimitado.

Segundo: en el hombre, si hay deseo, la fisiología no limita ni el número ni la duración de las erecciones. No eyacular preserva el esperma y conserva el deseo, mantiene el poder de erección intacto y permite contactos sexuales ilimitados por su número y su duración.

O sea: todo contacto sexual sin eyaculación es una «ganancia erótica neta» para la pareja. Cuanto más economiza el hombre sus «municiones» eyaculatorias, más se incrementan su potencial de deseo y su potencia sexual, hasta llegar al nivel femenino, y este equilibrio es un factor de armonía para la pareja.

Entonces, ¿por qué no intentarlo?

Por supuesto, sé que volamos a ras del suelo, en el nivel del «simple» goce sexual, pero antes de querer superarlo hay que alcanzarlo.

En la experiencia ordinaria, los *últimos segundos* antes del único movimiento «de más» que desencadena el espasmo eyaculatorio constituyen la zona de máxima felicidad masculina. Luego sobreviene el espasmo que termina con todo, para decepción de la pareja. Ahora bien, el breve goce eyaculatorio es ya menor que el del punto límite. La solución tántrica es de una gran sencillez: prolongar la franja última, la más intensa y la más interesante, y para eso, inhibir el espasmo.

El arte supremo, para un Shiva tántrico, consiste en permanecer indefinidamente en el punto límite, el que da acceso al «paraíso sexual cerebral» y el verdadero orgasmo masculino. La experiencia de la pareja ya no está limitada ni es interrumpida por el desfallecimiento del varón. El tantra ofrece esta experiencia a todas las parejas, pues no se trata de una acrobacia sexual. Esto permite pasar de lo puramente genital a lo sexual, y luego a lo espiritual.

En el punto límite, el Shiva principiante debe todavía inmovilizarse —al igual que Shakti— para

evitar la eyaculación, pues esta franja es tan delgada como el «filo de la navaja». Sólo un tántrico experimentado, después de una larga práctica, puede seguir totalmente activo en el punto límite, sin eyacular. Pero ¡ay! hasta en la India son pocos. Sin embargo, todo hombre puede, con muy poca práctica y la complicidad de su Shakti, permanecer cada vez más tiempo en equilibrio en el «filo de la navaja». En el punto límite, su inmovilidad del comienzo pronto es relativa: progresivamente se hacen posibles unos movimientos suaves que se harán cada vez más amplios sin llegar al espasmo. Es cuestión de estar relajados, de respiración, de interiorización, pero también de práctica, y por eso remito al lector a los capítulos sobre el control de la eyaculación.

La erección, sus secretos, sus problemas

La supervivencia de la humanidad depende... ¡de la erección! Si el pene quedara blando, el óvulo esperaría en vano al gameto masculino fecundante. Así, desde Adán, nos guste o no la idea, nuestra vida depende de un pene erecto...

Esta preciosa erección, de la que el hombre no se preocupa salvo cuando lo abandona, parece tan simple y trivial como inflar un globo. Ahora bien, en el hombre —¡y en el mono!— la «hidráulica» de la erección es sumamente compleja. Para otros mamíferos, la naturaleza con frecuencia ha escogido la sencillez y la seguridad. El hueso peneano, con que ha provisto a determinados machos, es una garantía contra los azares de la erección: ¡dureza asegurada! Inconveniente: un hueso se quiebra, un pene erecto jamás. El macho de la nutria (¿por qué no decir «el» nutria?) es un amante tan fogoso que se lo rompe varias veces en la vida. Pero ese hueso se repara solo. El hueso del minipene «del» ardilla es puntiagudo como un clavo. El campeón es «el» ballena: dos metros. «El» morsa, ochenta centímetros «solamente». El perro, el oso y el lobo también tienen hueso peneano.

Paradoja: el hombre, que con frecuencia preferiría que le corten un miembro antes que *el* miembro, ignora absolutamente su estructura. En cuanto a la erección, sólo recientemente se ha elucidado el mecanismo en toda su complejidad. A propósito, ¿por qué la literatura de vulgarización sexual, tan prolija respecto del aparato genital femenino, es tan poco locuaz respecto del masculino? ¿Se cree que no tiene misterios porque se lo puede examinar y tocar sin problemas?

Ignorar la estructura de la verga es un lujo que sólo puede permitirse el que no tiene ningún problema de erección ni la ambición de dominar la eyaculación: el tántrico debe saber como funciona «eso». Cuando escribo *tántrico* pienso también en la *yoguiní*: ¿Cómo podría colaborar inteligentemente en el proceso si ignora las reglas del juego?

Sin estudiar muy detalladamente la fisiología del *lingam*, tengamos al menos una visión esquemática pero correcta. Muchos hombres ignoran que su miembro se parece a una colchoneta inflable formada por tres rollos separados. Pero, mientras en la colchoneta están dispuestos uno junto al otro, en el *lingam* están agrupados en haces.

El cilindro central, el «cuerpo esponjoso», atravesado por la uretra, tiene un papel esencial en la eyaculación. Se termina en el glande, la parte más sensible del pene. El cuerpo esponjoso está flanqueado por dos cilindros inflables, los cuerpos cavernosos responsables de la erección. En el bulbo la raíz del pene se apoya sobre una base huesosa, justo delante del ano, sin lo cual la verga endurecida se balancearía blandamente.

¡Además el pene tiene músculos! Los músculos que envuelven su base son potentes (véase el capítulo dedicado al control de la eyaculación) y sus contracciones espasmódicas son las que producen la demasiado breve voluptuosidad de la eyaculación. Envolvamos todo en un manguito de piel elástico, coriáceo, ¡y tenemos el pene!

Expuesto, bien visible, parece tan vulnerable y frágil, y sin embargo resiste las peores crueldades y raramente resulta herido. Como nadie querrá comprobarlo en la práctica, se habrá de creer en la palabra del cirujano que nos dice que incluso con un cuchillo se lo secciona con dificultad: esquiva

la hoja como una anguila. Si ha sido amputado en parte, se vuelve a poner en su lugar, se dan algunos puntos de sutura en la piel, luego se deja que el caballero se repare solo, ¡y lo hace muy bien!

Tres cilindros inflables, luego músculos, y todo en una envoltura de piel: ¡no es tan complicado! ¿Y la erección? En apariencia, tampoco es muy compleja: se inflan los cilindros y ya está, el órgano queda levantado, listo para la acción. ¡Simple! Pero la naturaleza se divierte en complicarlo todo, hasta que, a fuerza de complicarlo, todo vuelve a ser simple.

En efecto, la hidráulica eréctil implica millones (!) de válvulas para regular el flujo y la presión de la sangre en la verga. La orquestación nerviosa de este fenómeno es una maravilla de programación que ningún sistema de riego construido por el hombre alcanzará jamás.

A propósito de presión sanguínea, podría creerse que en el estado flácido la presión sanguínea es igual a la del resto del cuerpo y que la erección proviene de un exceso de presión local, como en un neumático inflado. ¡En absoluto! Sólo durante la erección la presión en la verga iguala a la del cuerpo. ¿Detalle? Tal vez, pero por haberlo ignorado, todos los que han creído curar la impotencia estrangulando la raíz del pene con anillos, por ejemplo, para retener la sangre, resultaron decepcionados: el pene se infla poco, se pone azul, incluso negro, pero queda lastimosamente blando.

En reposo, la entrada de sangre en el pene está frenada, pero para levantarlo, esos millones de válvulas deben abrirse al máximo. Muy importante: puesto que la erección viene de una distensión de las válvulas que regulan el flujo de sangre *al lingam*, el estrés y las tensiones nerviosas —el temor al fracaso, por ejemplo— la inhibirán. Sólo la *relajación* permite el flujo de sangre que endurece la verga, y por ello debe subsistir durante toda la erección. Los impotentes, o los supuestamente impotentes (felizmente la inmensa mayoría), son todos más o menos ansiosos. Para curarse, deben relajarse y practicar la respiración lenta, profunda.

Pero provocar la erección es una cosa, y conservarla otra, porque eso depende de una doble regulación que lo complica todo.

Para el neumático basta una válvula: cuando se alcanza la sobrepresión, se encierra el aire. Pero imaginemos un neumático con dos válvulas: una que permite la entrada de aire comprimido, mientras que la otra lo deja escapar. La presión constante dependerá del juego preciso de las dos válvulas; en caso contrario el neumático se *desinflaría* o bien se *sobreinflaría*. Esta regulación sumamente precisa es asegurada por la Inteligencia superior del cuerpo por medio de millones de válvulas, y sin que se entere el feliz propietario del pene levantado. En el neumático, es normal que el aire permanezca dentro durante varios meses, pero en el *lingam*, y sobre todo durante la erección, la sangre arterial nutricia debe entrar en todos los meandros de la esponja peneana, mientras que la sangre venosa, cargada de desechos, debe ser evacuada. Así, cuando se alcanza la presión deseada, conservar la erección exige un equilibrio exacto entre el volumen que entra en el miembro y el que sale.

En el maithuna tántrico

La unión tántrica requiere dos condiciones, aparentemente contradictorias:

- Por una parte, una erección potente y prolongada a voluntad, lo que supone una fuerte estimulación erótica.
- por otra parte, evitar que esa misma intensidad haga eyacular.

Para aprender a conciliar estas dos condiciones, recordemos que el juego sexual depende de tres grupos nerviosos muy distintos:

- uno mantiene la relación sensorio-motriz entre el sexo y el cerebro, es decir, la mente, nuestro principal órgano sexual;

- otro, el *parasimpático*, provoca y mantiene la erección;
- finalmente, el *simpático* es el responsable de la eyaculación.

Antes de las conclusiones tántricas distinguimos: a) las erecciones nocturnas (o matinales, comprobadas al despertar), de origen puramente reflejo, o sea, sin excitación erótica ni siquiera onírica.

b) las erecciones de origen erótico: por la noche, un sueño sexual; de día, una situación sensual concreta o imaginada, con o sin estimulación directa del *lingam*.

Las erecciones del tipo a), muy apreciadas por las viejas parejas en que el marido no está en forma, interesan también a los falsos impotentes que, equivocados en la mayoría de los casos, atribuyen su baja forma a algún oscuro defecto *fisiológico*. Ahora bien, salvo rarísimas excepciones, cada noche, cada hombre, incluso los supuestamente «impotentes», tienen al menos cinco erecciones en «plena forma», de media hora cada una, ¡y esto ocurre prácticamente desde la cuna hasta la tumba!

Investigadores alemanes, citados por el doctor Sherman J. Silber en *The Male*, han observado a numerosos hombres dormidos y han establecido que su pene (el de los durmientes, no el de los doctores), se levantaba durante 25 minutos cada 84 minutos (*sic*) y siempre durante una fase REM (*Rapid Eye Movement*), por tanto durante un sueño. Si entonces se despierta al sujeto, éste recuerda muy bien el sueño; se sabe así que estas erecciones nocturnas no tienen relación con el contenido del sueño, que muy frecuentemente no es erótico. Así, si hacemos el cálculo aritmético, a los 75 años cada pene habrá levantado las sábanas en la cama durante unas 33.000 horas, es decir, 4 años, 4 meses y 4 semanas, sin contar los años bisiestos...

Sabiendo que la erección depende del sistema *parasimpático*, el mismo que hace más lentos los latidos del corazón y la respiración, dilata los vasos, etc. (mientras que la eyaculación depende del sistema *simpático*), se ve que la impotencia y la eyaculación precoz tienen un punto en común: la *sobreexcitación del simpático* debida a la ansiedad.

Veamos una situación clásica. El hombre encuentra una nueva pareja muy deseable. Piensa, con aprensión: «Siempre que esté en forma...». Temer un fracaso humillante sobreexcita el sistema *simpático*; resultado: su corazón se emociona y su respiración se hace más corta y rápida, lo cual inhibe la acción del sistema *parasimpático*, que debería asegurar la erección. Entonces, «a pesar» de todos los esfuerzos del seductor confuso, ¡no conseguirá que el pene se levante! ¡O bien, al contrario, sobreexcitado, eyaculará incluso antes de la penetración!

La mujer experimentada puede salvar la situación calmando el juego, tranquilizando, relajando a su compañero humillado y despechado. Una vez apaciguado el sistema *simpático*, especialmente mediante una respiración abdominal lenta y profunda, el *parasimpático* tomará el relevo, y con las compuertas de la erección abrirá las puertas del paraíso sensual. Si no, ¡lástima!, un fracaso, al menos por esta noche. Al igual que este fallo accidental, sin consecuencias, la mayoría de las impotencias son de origen psíquico, y cuando la ansiedad se hace crónica, cada fallo agrava el círculo vicioso.

Pasemos ahora a la eyaculación. Precoz o no, depende del sistema *simpático*, que, en el punto límite, advierte a las glándulas seminales situadas justo detrás de la próstata que se preparen para expulsar el esperma acumulado durante la excitación sexual. Un movimiento más (de más, dirían los tántricos) y el sistema *simpático* hará que se contraigan fuertemente los músculos de la base del pene, desencadenando así la eyaculación, proceso irreversible que nada puede detener y que es otra maravilla de sincronización nerviosa.

Conclusión tántrica: para corregir la impotencia, hay que *apaciguar* el sistema *simpático*; para controlar la erección, así como para impedir la eyaculación, precoz o no, hay que *estimular* el *parasimpático*.

¿Cómo hacerlo en la práctica? Para activar el sistema *parasimpático* hay que controlar la

respiración, ser consciente de ella, respirar lentamente, profundamente, «en el vientre». La espiración será a su vez un suspiro lento, confidencial, que mantenga un ambiente relajado. Este régimen respiratorio se establece desde el principio y se mantiene durante todo el contacto. Shiva se observa, permanece calmado, sereno, no deja que su motor sexual se embale. Su recompensa: una erección inoxidable, una eyaculación retardada, una Shakti colmada. Para evitar eyacular, véanse las técnicas descritas en el capítulo correspondiente.

Además, siempre para evitar que el sistema simpático tome la delantera, es fundamental que los movimientos coitales del hombre sean armoniosos, que sigan el ritmo de su compañera, como danzando; es necesario que él conserve el cuerpo elástico y distendido. Nada de movimientos de sacudida, o peor aún, semihistóricos. Sonreír también: ¿por qué hacer muecas o crisparse en la unión, incluso la ordinaria?

Por último, lejos de perder su eficacia con la edad, el Shiva tántrico gana, al contrario, en potencia y en duración: economizar el esperma alimenta el deseo. El Shiva tántrico ignora la erosión progresiva de la potencia sexual que inquieta al no tántrico ya a los cuarenta años, cuando comprueba que sus erecciones relámpago de los verdes años pertenecen al pasado. El varón joven compensa sus eyaculaciones rápidas «empezando» otra vez. A esa edad, el tiempo de espera entre dos contactos, con frecuencia sólo es de unos minutos; más tarde serán necesarias algunas horas.

Pero, en compensación, los años aportan, incluso al no tántrico, una madurez sexual que lo convierte en un compañero apreciado. La erección relámpago del pasado, ¿es tan deseable? El amante de cabellos grises, que tarda en conseguir la erección, la conserva por el contrario mucho más tiempo, incluso sin técnica tántrica específica. Más de una joven, llena de ardor y de deseo, lo preferirá al joven gallito sobreexcitado y torpe que ha terminado... antes de haber comenzado.

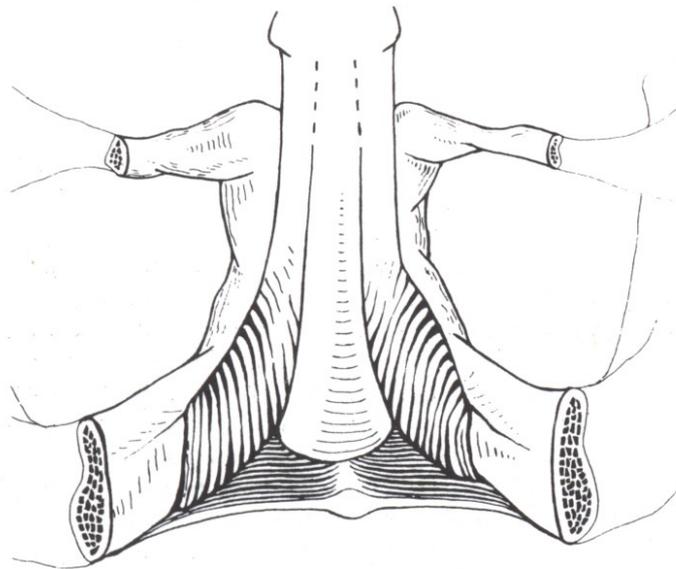
Volvamos un instante a esta erosión de la sexualidad que se instala insidiosamente con la edad. ¿La causa? El despilfarro desconsiderado de esperma, que produce fatalmente, con el correr del tiempo, una mengua del deseo. Al contrario, eyacular escasamente preserva la virilidad. Las eyaculaciones demasiado frecuentes del hombre común abrevian sus «orgasmos» y hacen que su chorro de esperma se vuelva parco y débil, mientras que a los 20 años, al aire libre, hubiera podido salpicar a medio metro. ¡Ahora, inmediatamente después de haber eyaculado, el resultado es la flaccidez acelerada!

Para evitarlo no hay cien soluciones. El remedio no es recortar la actividad sexual, sino economizar el esperma. En efecto, la naturaleza no ha previsto esta prodigalidad espermática. Por supuesto, el hombre como animal sexual es una excepción y no es posible compararlo con los otros mamíferos. Comprobamos, sin embargo, que los animales salvajes sólo se acoplan durante la breve estación de los amores, prevista por la naturaleza en el momento más favorable para la supervivencia de los pequeños que nacerán. Fuera de los períodos de celo, los machos pasan meses sin copular ni eyacular, mientras que el hombre común eyacula varias veces por semana, a veces incluso todos los días.

Es demasiado, y esto explica el decaimiento progresivo del tono sexual. El tantra y el tao afirman que el despilfarro de esperma drena la vitalidad y causa la senilidad prematura. La retención seminal, por el contrario, permite una vida sexual muy rica, hasta varios contactos por día, y preserva además la asombrosa juventud biológica de sus adeptos. Por otra parte, basta con que el hombre que «está perdiendo velocidad» evite eyacular durante una semana o dos para que experimente una mejoría espectacular de su tono sexual.

A veces se objeta que los testículos producen espermatozoides continuamente, cualquiera que sea el número de las eyaculaciones. Es verdad. Sin embargo, cuando éstas son muy frecuentes, contienen muchos menos espermatozoides, y sobre todo se encuentran en el esperma muchos gametos inmaduros, signo de que los testículos, sometidos a una producción anormal, están agotados. Por lo demás, el sólido empirismo milenario del tantra y del tao demuestra el interés, desde todo punto de vista, de eyacular lo menos frecuentemente posible.

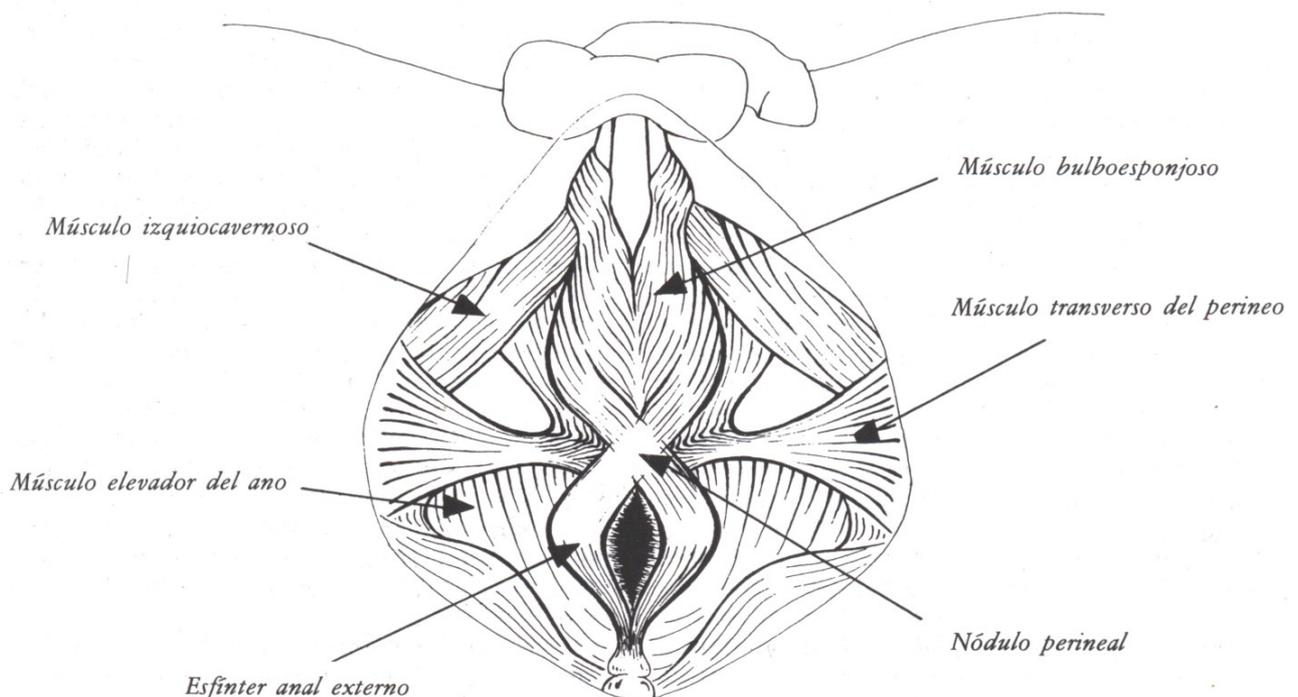
Por último, para tranquilizar a todo el mundo, sepamos que la retención seminal, incluso total, carece de riesgos, pues el cuerpo siempre encuentra el medio de evacuar un eventual exceso de esperma, si es necesario durante un sueño erótico. Es lo que hace algún tiempo se llamaba una «polución nocturna»...



Esta ilustración muestra los potentes músculos que rodean la base del pene y que pueden, como cualquier otro músculo, ser fortalecidos por el ejercicio.

Son ellos los que permiten el «.lenguaje secreto-» del tantra, donde las contracciones rítmicas del yoni y del lingam se responden mutuamente en la inmovilidad.

Por otra parte, como la musculatura pélvica y genital de la mujer y la del hombre son, anatómicamente, muy semejantes, los ejercicios de práctica del control vaginal, descritos en el capítulo «Fortalecer la musculatura del yoni», se aplican también a los adeptos varones, que deberán consultarlo.



Como estos nombres lo indican, la estructura muscular y ligamentosa de la región genital es idéntica en los dos sexos, lo cual hace que los diversos ejercicios de control muscular y de eficacia

genital conciernan tanto al hombre como a la mujer.

La erección, pilar del Tantra

La potencia y la duración de las erecciones son la medida de la virilidad: el hombre sin erección es declarado impotente, cualquiera que sea su perímetro torácico y el tamaño de sus bíceps. En cuanto al aguante, el tantra califica de eyaculador precoz a todo hombre incapaz de contenerse al menos hasta el éxtasis de su compañera. Si un hombre sabe controlarse será proclamado viril, pero sin más, porque el tantra requiere el dominio total de la eyaculación, que detiene abruptamente la experiencia tántrica poniendo a cero las baterías sexuales masculinas. Eso impide a Shiva acceder al orgasmo total de tipo femenino y deja a Shakti en la estacada.

Ahora bien, la práctica de determinados ejercicios asegura erecciones mucho más potentes que en el no iniciado, incluso el normalmente viril, y además, el *lingam* puede estar erecto durante horas sin debilitarse. Así, la potencia sexual masculina ya no está limitada, y lejos de agotar la energía física o psíquica del varón, la erección las exalta.

La erección es, pues, el pilar que soporta toda experiencia sexual masculina y femenina, profana o tántrica: ni el impotente ni el eyaculador precoz pueden pretender transmutar la unión sexual en experiencia espiritual. Felizmente, ambas cosas tienen remedio y los ejercicios descritos en este capítulo gratificarán al adepto con un potencial eréctil ilimitado, eliminando tanto la impotencia como la eyaculación precoz.

Como hemos visto, la erección es una maravilla de ingeniería biológica. Pero, cuando el hombre tiene otras preocupaciones que el éxtasis y, más aún, cuando la erección no viene... Antes de ver los ejercicios prácticos anunciados y para comprenderlos mejor, dediquemos dos minutos a resumir lo esencial de la fisiología de la erección, descrita detalladamente en las páginas precedentes.

Recordemos: durante la excitación sexual, los nervios genitales *relajan* las válvulas en los tejidos esponjosos del cuerpo cavernoso, permitiendo así el aflujo de sangre: el pene flácido levanta la cabeza. ¡Debemos retener que la erección comienza por una *relajación*. Incluso sin excitación erótica, factores puramente fisiológicos pueden producirla: es el caso clásico de la erección matinal debido a la vejiga llena. Sin embargo, la mayoría de las erecciones provienen de una estimulación cerebral, y por tanto dependen del psiquismo. Conclusión: la casi totalidad de las impotencias tienen una causa psíquica y no fisiológica, aunque los excesos sexuales con eyaculaciones frecuentes pueden acarrear una impotencia pasajera; un ayuno sexual más o menos prolongado normaliza la situación. En el hombre que no eyacula, o lo hace pocas veces, los contactos sexuales frecuentes no afectan a su potencia sexual ni su vitalidad, sino todo lo contrario.

Cuando el *lingam* se levanta porque está lleno de sangre, ésta es retenida en el órgano por la contracción de los músculos compresores y eyaculadores, que mantienen así la erección. Después de la eyaculación esos músculos se relajan, la sangre corre y el *lingam* se ablanda.

Y ahora hablemos de músculos, ¡porque el *lingam* tiene músculos! Los músculos bulboesponjosos acercan el pene endurecido al cuerpo tirando de él hacia adelante y hacia arriba. Cuanto más potentes sean, más enérgicamente se levantará el *lingam*, pero también, hecho capital, como lo envuelven por la base, contribuyen a retener la sangre en el órgano, lo cual mantiene la erección.

El tantra quiere fortalecer estos tres tipos de músculos erectores: el compresor de la uretra, los transversos del perineo y los bulboesponjosos, y sugiero echar una ojeada a las ilustraciones. En cuanto a los músculos, no hay ni milagro, ni misterio: el (¡único!) medio infalible para fortalecerlos es el ejercicio. Y los contactos sexuales tántricos frecuentes y prolongados los tonifican notablemente, hasta sin ejercicios especiales.

Este hecho, por sí solo, explica por qué en el tántrico los años, lejos de debilitar su vigor sexual

—y su vigor a secas—, lo aumentan; su virilidad permanece intacta incluso a una edad avanzada, y debe su asombroso estado juvenil especialmente a las hormonas secretadas por sus gónadas.

Otro resultado, inesperado e increíble: el desarrollo del *lingam*. Desde que el hombre es hombre, en todas las latitudes, se las ingenia para inventar todo tipo de chismes para aumentar el tamaño de su miembro viril, la mayoría decididamente ineficaces o, como mucho, de efecto pasajero. Entre estos últimos citemos un aparato controvertido, basado en el principio de la ventosa, compuesto de un cilindro donde se introduce el pene, y una pera de caucho que hace un vacío de aire relativo, lo que atrae la sangre al órgano, cuyos capilares se dilatan más de lo habitual. El miembro se alarga y se hincha más allá de su tamaño normal, pero lamentablemente este beneficio no permanece. En la controversia se encuentran de un lado los vendedores de estos aparatos, cuyo uso no es anodino, que aseguran que, perseverando, el efecto se hace perdurable, y por otro lado la fisiología, que sostiene que el pene no puede superar el tamaño adquirido en la edad adulta. ¿A quién creer? Acepto la opinión del fisiólogo sobre la inmutabilidad del tamaño del pene, con una corrección, sin embargo.. En efecto, incluso con una erección intensa, la brevedad de los contactos sexuales ordinarios no deja *el tiempo necesario* a los capilares del pene para que alcancen su distensión fisiológica máxima. El aparato citado los dilata mecánicamente, con el riesgo de superar los límites y provocar lesiones. Por el contrario, las erecciones fuertes, prolongadas y frecuentes hacen más elásticos los capilares y los abren, gracias a lo cual el *lingam* adquiere su verdadero tamaño. Conclusión: ¡en la mayoría de los hombres el pene en erección permanece por debajo del tamaño real posible! Los tántricos obtienen el resultado máximo sin succión mecánica externa, sólo por la presión interna y fisiológica de la sangre en los capilares, y por tanto sin peligro.

Ningún método procura un desarrollo real y duradero salvo fortalecer por medio del ejercicio los músculos que envuelven la base del *lingam*.

Pero volvamos un instante al tamaño del pene. Hay textos tántricos que citan longitudes de 25 a 30 cm, ¡para asustar... o hacer soñar a las Shaktis! El fisiólogo, levantando los hombros, dirá que la norma para un pene en erección es de 15 a 18 cm y que 30 cm es jactancia. ¿Entonces los tántricos son «superdotados» o mentirosos? Ninguna de las dos cosas: ¡basta con definir *dónde* comienza el *lingam*! Mientras que nosotros lo medimos a partir del pubis, los tántricos parten de su *raíz* (el *muladhara chakra*, el chakra-raíz), en el bulbo perineal, justo delante del ano. ¿Distinción fútil? No. Durante la unión sexual, tomar conciencia del *lingam* en toda su longitud, desde su raíz hasta el extremo del glande, cambia muchas cosas, créame: ¡compruébelo en su próximo contacto!

Los ejercicios

Objetivos: a) tomar conciencia del complejo muscular genital en su conjunto, b) fortalecerlo, c) aislar y contraer separadamente estos músculos. Comparando los músculos genitales de ambos sexos, se ve que a pesar de las apariencias son muy semejantes; de hecho, son homólogos: ¡están los mismos músculos con los mismos nombres! Por tanto es normal y lógico aconsejar prácticamente lo mismos ejercicios tanto a Shiva como a Chakti.

Mula Bandha

La práctica de base es *mula bandha*. Como los músculos del ano (esfínter externo e interno, más el elevador del ano) son solidarios, gracias a *mula bandha*, durante las contracciones se ve que se traspasa la zona anal y se implican todos los músculos del *lingam*: ¡hasta se siente mover el cóccix! En semierección puede *verse* el efecto de esta contracción: los elevadores levantan el *lingam* tirando de él. En erección completa, es parecido pero menos visible. Gracias a esos músculos el *lingam* puede responder a las contracciones rítmicas del *yoní*, y ese «lenguaje secreto» aporta a la pareja sensaciones voluptuosas nuevas que intensifican la erección sin riesgo de eyaculación intempestiva.

Mula bandha se practica en cualquier parte, en cualquier momento, en cualquier posición:

sentado, acostado, de pie, incluso en *shirsāsana*, es decir, cabeza abajo. Muchos yoguis aprovechan su sesión de *asānas* cotidiana para practicar *mula bandha*. Al comienzo, y lo mismo pasa en la mujer, todo el complejo muscular reacciona en bloque. Luego, mediante la interiorización y la práctica perseverante, se logra —objetivo importante— disociar los músculos del *lingam* de los del ano y el recto.

Se aislará y se contraerá separadamente cada uno de esos músculos, luego se los *relajará* a voluntad. Aquí, la práctica del Shiva difiere de la de Shakti, porque ésta no tiene que inhibir ninguna eyaculación: se conforma con desarrollar y controlar su musculatura vaginal.

Shiva debe practicar los mismos ejercicios que los destinados al control vaginal (lo remito al capítulo correspondiente) incluido el *hoola hoop*, pues también el hombre necesita una pelvis muy móvil.

Shiva, pues, debe ser capaz de distender esos mismo músculos *con rapidez y afondo*. En efecto, si uno se observa durante una eyaculación, uno siente que el espasmo se propaga a los músculos eyaculadores, lo cual ayuda a situarlos. Uno de los procedimientos para inhibir la eyaculación consiste en relajar inmediatamente estos músculos cuando se acerca el punto límite.

Práctica: Hay que efectuar primero los ejercicios destinados a fortalecer y aislar los músculos del ano, del perineo y del pene (descritos en las pp. 292 y ss.); luego habrá que aprender a relajarlos en todas las posiciones: sentado, de pie, acostado o en una *asāna* yó-guica.

Para ello hay que dirigir el pensamiento calmado y distendido hacia la zona genital; después, respirando lenta y profundamente, relajar a fondo los esfínteres y el elevador del ano, luego el transverso del perineo y por último los isquiocavernosos y el bulbo. Hay que darse todo el tiempo necesario para relajarse *completamente*. Más tarde, hay que ejercitarse en distender los músculos cada vez más rápido para poder, en el *maithuna*, relajarlos casi instantáneamente cuando se acerca el punto límite y así evitar una eyaculación importuna.

Existe otro procedimiento para controlar la musculatura del ano y del pene. Es muy sencillo: se puede aprender, en el cuarto de baño, a disociar las dos operaciones, es decir, no orinar al mismo tiempo que se evacúan las heces. Al comienzo es difícil, pero pronto se logra con facilidad. Esto hace tomar conciencia de los músculos que regulan la uretra y los que rigen la eyaculación, en parte comunes, para llegar luego a controlarlos.

Estos procedimientos están al alcance de todos y toman poco tiempo, puesto que pueden practicarse en los ratos libres, con toda discreción, incluso en público.

Otro ejercicio de control

He aquí un procedimiento suplementario para inhibir la eyaculación. El capítulo dedicado a los músculos del escroto describe especialmente el dartos y el cremáster, nuestro suspensor natural. Estos músculos son poco conocidos: la mayoría de los hombres ve sus testículos como simples sacos de piel. Ahora bien, el cremáster —del griego *kremastêr*; suspensor— envuelve los testículos, pero su función supera de lejos el papel de soporte que la etimología le adjudica. En efecto, al contraerse, levanta los testículos y los acerca al cuerpo, especialmente para calentarlos, contribuyendo así a su termorregulación, capital para la espermatogénesis, por tanto para la supervivencia de la especie.

Cuando se acerca el punto límite, lleva los testículos hacia arriba, los pega al *lingam* y pone así los conductos espermáticos en posición de eyaculación. ¡En cierto sentido «arma» al *lingam* como una pistola lista para disparar! Estos músculos trabajan generalmente sin intervención consciente; pero no es difícil percibirlos y controlarlos. El proceso es clásico: primero hay que interiorizarlos; luego, cuando están bien situados, se puede alternativamente contraerlos y relajarlos. Se aprovecharán los momentos libres del día (ante un semáforo en rojo, por ejemplo) para pensar en esta zona, y poco a poco se descubrirán en ella sensaciones; luego se *imaginará* esos músculos

contrayéndose o distendiéndose. Al comienzo pasará poca cosa, pero pronto aparecerán las señales alentadoras. ¡Con un poco de práctica se pueden levantar o bajar los testículos a voluntad!

Y hasta si, por falta de tiempo, uno no se ejercita, nada impide utilizar esta técnica de control en el *maithuna*.

Apliquemos esto a la meditación entre dos, y especialmente a la Vía Abrupta, en la cual Shiva flirtea permanentemente con el punto de no retorno, y los testículos permanecen mucho tiempo en posición «armada» para la eyaculación. En caso de peligro de eyaculación, mediante las técnicas de control respiratorio y muscular indicadas hay que interiorizar los testículos y relajar el cremáster: una vez que los testículos dejan, aunque sea ligeramente, la posición de eyaculación, ésta se hace mucho más improbable. Al comienzo sólo se puede hacer esto inmóvil, pero con un poco de práctica resulta posible incluso durante el vaivén rítmico. Este procedimiento, muy eficaz, es totalmente desconocido.

Una observación. Al comienzo de la práctica del tantra, después de un *maithuna* de una o dos horas sin eyaculación, es normal que los testículos queden congestionados, pesados y casi dolorosos durante una hora, por ejemplo. Es un poco desagradable, nada más, y debido especialmente al hecho de que los músculos de los testículos pueden también fatigarse, incluso... tener agujetas: ¡inesperado pero verdadero! Si no están prevenidos, los hombres piensan en una anomalía y se inquietan. Tranquilícense es anodino al 100 %, e incluso un signo de progreso en la buena vía. Es un derecho de entrada que hay que pagar. Pronto los músculos se fortalecen y la congestión se atenúa y luego desaparece; es cosa de algunos días. Pero *si* molesta, el remedio es simple: basta con lavarse los testículos con agua moderadamente caliente.

¡Las bolsas y la vida!

Además de la potencia de las erecciones y de su duración, otro indicio caracteriza la vitalidad masculina: el aspecto y el porte del escroto; con una mirada a las bolsas se sabe. Si la piel es lisa y floja, si los testículos están hinchados y cuelgan como sacos laxos, no hay duda: el sujeto es débil o senil, o las dos cosas. Por el contrario, si la piel es rugosa como una corteza de árbol, si los testículos están bien pegados a la base del *lingam*, el propietario de tales atributos es joven, robusto y viril, cualquiera que sea su edad.

¿Conoce el lector el dartos? Nada que ver con el quinto mosquetero. Este músculo viril es poco conocido. En efecto, incluso en un hombre joven y robusto, las bolsas pueden estar relajadas a causa del calor ambiental. Ahora bien, el dartos, músculo muy delgado situado justo bajo la piel de los testículos es, en gran parte, responsable del porte y el estado de estos atributos tan esenciales para el hombre: la Iglesia no otorga el sacerdocio a los eunucos. Si hace demasiado calor, el dartos se relaja y las bolsas bajan. Nuestros testículos, señores, se conservan mejor al fresco, incluso al frío. No se confunda el lector por el tono jocosos de este texto; esto es algo muy serio.

¿Pero entonces por qué estos órganos vitales están colocados en una posición tan vulnerable, fuera del vientre, expuestos a los choques y a la intemperie, en lugar de estar guardados bien calentitos y seguros en el interior del cuerpo? Se trata de una simple cuestión de temperatura: no funcionan bien y la espermatogénesis no se realiza correctamente si no están a una temperatura inferior en 3°C a la del cuerpo, que lleva su refinamiento hasta enfriar previamente la sangre que riega los testículos. Conclusión —y no bromeo—: el nombre, más que la mujer, debería usar faldas, como los escoceses y los soldados griegos: esas son vestimentas masculinas racionales y no los tejanos ceñidos. En efecto, si bien los testículos deben estar bien envueltos por el dartos, no hay que comprimirlos con vestimentas demasiado estrechas.

¿Me pregunta el lector si yo me paseo en *kilt* (falda escocesa)? No, tampoco en mi casa, pero si esa moda llegara al continente, la adoptaría sin dudarla. En el fondo, ¿quién nos impediría lanzarla? Hay cosas más extravagantes.

La termorregulación del escroto es un fenómeno complejo sobre el cual no haré más comentarios. Veamos más bien la práctica. A falta del *kilt*, o del antiguo calzón de cuero bávaro que terminaba a medio muslo y dejaba pasar generosamente las corrientes de aire —nunca lavado, pasado de padre a hijo—, hay que encontrar el medio de tonificar el dartos y los otros músculos de los testículos. Entonces, el estricto mínimo cotidiano sería el lavado del escroto) con agua tan fría como sea posible, precedida de una fricción con guante de crin: esta piel no es ni sensible ni frágil. (Respecto de sus efectos benéficos, véase mi obra *Perfecciono mi yoga*⁸, pp. 58 y sig.). La ducha de mano en la bañera basta y no dudemos de ponerla a presión. El baño de asiento también es eficaz, por ejemplo en el bidet lleno de agua fría, que contrae el dartos y encoge los testículos; las bolsas, bien firmes, se acercan al cuerpo. Cuando hace demasiado frío el cremáster se encarga de llevar los testículos bien cerca del cuerpo para calentarlos. Viva, pues, el frío, que estimula la producción hormonal de las gónadas, fundamental para la salud y el aspecto juvenil del cuerpo.

El control de la eyaculación

En el Tíbet se contaba una extraña historia sobre el quinto dalai-lama, que murió hacia el 1680 y que se había diferenciado de sus predecesores por ser libertino, juerguista y mujeriego notorio.

Hasta una época reciente los cantos de amor que compuso eran populares entre el pueblo tibetano. En Lhasa, algunas casas —lugares de citas galantes con una u otra amante— estaban marcadas con un misterioso signo rojo y eran objeto de una veneración furtiva, señal de que el pueblo no lo desaprobaba.

Cuenta la historia que un día, en la terraza más alta de su palacio, el célebre Pótala, el dalai-lama estaba recibiendo los reproches de sus consejeros, que criticaban sus costumbres sexuales. Les dijo: «Es verdad, tengo mujeres, pero los que me critican también las tienen. Además, para mí la unión sexual no es lo mismo que para vosotros». Y para ilustrar sus palabras, desde el borde de la terraza, como el Manneken-Pis⁹, orinó por encima del parapeto. El chorro de orina cayó en cascada de terraza en terraza hasta el pie del palacio y luego, milagrosamente, el dalai-lama la reaspiró y la hizo entrar por donde había salido! Triunfante, dijo a sus detractores, asombrados: «Cuando hayáis hecho otro tanto, sabréis también que mi sexualidad es muy diferente a la del vulgo».

Este cuento, anticipación del gag clásico del cine mudo donde se pasa el film al revés para volver a colocar al nadador sobre el trampolín, caracteriza la mentalidad de los tántricos. En efecto, su aspecto fabuloso, increíble, oculta al no iniciado el verdadero sentido, que es describir una práctica tántrica secreta.

La afirmación «Para mí la unión sexual no es lo mismo que para vosotros» significa que el hombre común —aunque sea consejero del dalai-lama— se acopla por placer, para obedecer a la pulsión primaria que trata de perpetuar la especie, mientras que el tántrico trasciende la unión sexual y la traslada al plano cósmico.

¿Y en qué nos concierne esta abracadabrante historia del pipí-que-sube? ¿Qué procedimiento secreto, común a los tántricos tibetanos y a los indios, oculta?

Veamos. El budismo tántrico y el taoísmo exigen el control absoluto de la eyaculación, que en principio no debería suceder *jamás*, mientras que los maestros indios la aceptan a veces.

Sabemos que la retención del esperma permite al hombre prolongar indefinidamente el acto, intensificarlo hasta el paroxismo, para llegar así al verdadero orgasmo y acceder a niveles de conciencia superiores, que la eyaculación impide. Esta proeza requiere un control génito-urinario absoluto, especialmente de los esfínteres. Para lograrlo, un procedimiento muy bueno consiste precisamente en orinar por «escalones» sucesivos, más que en un solo chorro, como todo el mundo.

⁸ Publicada por Ediciones Urano.

⁹ «El niño que orina», famosa estatua de Bruselas...

¿Cómo? Es fácil, siempre que se respeten las reglas. Se suelta un poco de orina durante uno o dos segundos, luego se para, se retiene durante unos segundos (cinco, más o menos), luego se deja salir otro chorrito parsimonioso, y así hasta que la vejiga esté vacía.

Durante la retención, uno imagina que reabsorbe la orina en la vejiga, haciendo un enérgico *mula bandha*, es decir, contrayendo fuerte y simultáneamente los dos esfínteres así como el músculo elevador del ano, lo cual produce una sensación particular, difícil de describir, con frecuencia acompañada de estremecimientos a lo largo del espinazo. En suma, basta con intensificar lo que se hace espontáneamente cuando no se puede satisfacer una necesidad imperiosa de orinar. En cuanto al número de chorros, variará de una micción a otra; en principio se trata de intercalar un máximo de «escalones», en general de cinco a diez. Practicada regularmente (como una simple costumbre), esta técnica, al alcance de todos, facilita mucho el control de la eyaculación.

Cuando el lector vuelva a ver el Manneken-Pis, piense en el quinto dalai-lama...

Ejercicio

Hasta aquí hemos puesto el acento en la *contracción* de estos músculos, cuya acción se puede verificar fácilmente: al contraerlos voluntariamente durante una erección, el *lingam* se mueve y se acerca al cuerpo. Estos músculos sirven también para el «lenguaje secreto»: gracias a ellos el *lingam* insertado en el *yoni* puede responder a las contracciones vaginales.

Sin embargo, para controlar la eyaculación y hay que pensar en *distenderlos voluntariamente* cuando se acerca al punto límite.

Para ejercitarse, preferentemente durante una erección, hay que contraer al máximo estos músculos con un *mula bandha* lo más apretado posible, hasta que eventualmente un temblor recorra el espinazo. Luego —y aquí está lo esencial del ejercicio— hay que distenderlos: inmediatamente disminuye la tensión en el *lingam*, que se aleja un poco del cuerpo. Después hay que *volver a contraerlos* durante algunos segundos y *distenderlos* seguidamente, insistiendo sobre todo en la distensión. Acentuando la fase de distensión y prolongándola, la erección se debilita y termina incluso por desaparecer.

Este procedimiento puede ser utilizado ya en el próximo contacto sexual. Al principio, este control, que se adquiere fácilmente, se hace permaneciendo inmóvil; luego esta relajación muscular se hará incluso durante los movimientos coitales. Es muy eficaz para alejarse de la zona límite, y evitar así la eyaculación.

Si Shiva observa sus propios comportamientos reflejos cuando se acerca la eyaculación, además de la alteración del ritmo y de la amplitud de la respiración, observará una fuerte tensión en los músculos de las nalgas, del vientre, de la parte inferior de la espalda y del *lingam*. Si se deja ir, como es lo usual, se desencadenará el irreflexivo reflejo eyaculatorio, en el que participan todos esos músculos.

Entonces, para retrasar o impedir la eyaculación, hay que controlar, cuando se acerca el punto límite, la respiración, como ya se ha indicado, y —sin inmovilizarse necesariamente— hay que pensar en todos esos músculos y relajarlos. Gracias a esa relajación, sus movimientos se vuelven más flexibles, más armoniosos, y su ritmo resulta más agradable para Shakti. Pero es la relajación de los músculos del *lingam* lo que más ayuda a dominarse: la erección se debilita un poco y, después de abandonar la zona «peligrosa», la experiencia puede continuar.

Con la práctica, el tántrico podrá dejar libre curso a Shakti hasta su éxtasis último, evitando acercarse demasiado al punto límite, sobre todo al comienzo. Identificándose con ella, participará en su goce, y su propia felicidad superará de lejos el demasiado breve placer eyaculatorio. Este estadio ya es muy superior a lo que experimenta el hombre corriente, aunque todavía no constituye el *acmé* absoluto.

Del placer a la felicidad

Bhagwan Shree Rajneesh, personaje discutido (y discutible), ha escrito: «Cuando hay angustia, la eyaculación se produce rápido. Pero cuando no la hay, la eyaculación puede postergarse durante horas, incluso varios días, pues no es necesaria. Cuando el amor es profundo, los amantes pueden fortalecerse el uno al otro. Entonces la eyaculación cesa completamente y ellos pueden así unirse durante años sin ninguna eyaculación, sin ningún despilfarro de energía. Se relajan el uno en el otro. Los cuerpos se encuentran y se destienden. Tarde o temprano, el sexo dejará de estar basado en la excitación, como ahora; se convertirá en una distensión, en un profundo "soltar la presa". »Pero eso sólo puede producirse si el lector se abandona a la energía vital que hay en él, a la potencia de la Vida. Sólo entonces podrá entregarse a su amante o a su amada. El tantra afirma que eso sucede; nos enseña, además, *cómo* realizarlo» (*The Book of Secrets*, p. 398).

Aquí Rajneesh tiene razón: la ansiedad y las tensiones son los principales obstáculos en el campo de la sexualidad en general, pues frecuentemente se encuentran en el origen de la impotencia y de la eyaculación precoz. Además, es cierto que la ansiedad impide el control de la eyaculación, pero eso no basta. Ciertamente, en la Vía del Valle, la inmovilidad asociada a la simple ausencia de ansiedad permite inhibir la eyaculación, pero no en la Vía Abrupta (el equivalente del «filo de la navaja»). En este caso hay que recurrir a procedimientos tántricos apropiados: el hecho de que existan y de que se enseñen demuestra su necesidad.

Antes de abordar este tema, leamos a S. B. Dasgupta, en su obra *Introduction to Tantric Buddhism* (p. 142): «Según los adeptos del *Vajra-yāna* y del *Sahaja-yāna*, el placer que procura la eyaculación es muy inferior, en intensidad y en cualidad, a la felicidad que se alcanza controlando (el esperma), deteniendo su flujo descendente, gracias a los sutiles procedimientos yóguicos, e imprimiéndole un movimiento ascendente que lo hace refluir hacia el loto situado en el cerebro para fijarlo allí. La felicidad obtenida por esta inmovilización del esperma se llama *Mahāsukha*». (Etimología: *maha* = grande, *sukha* = felicidad.)

¿Qué hay en realidad detrás de este texto un poco sibilino? Veámoslo más de cerca. Para comprender este método tántrico, hay que recordar que, según la fisiología sutil yóguica y tántrica, la energía vital global se diversifica en cinco *vayus* principales, es decir, especializaciones de la energía vital que regula las diversas funciones orgánicas. Desde el punto de vista del control de la eyaculación nos limitaremos a las dos principales, *prāna vayu* y *apāna vayu*. La primera se encarga de absorber energía y materia, mientras que la segunda es la energía excretora. En suma, en el conjunto vital del cuerpo, si *prāna vayu* se ocupa de las «entradas», *apāna vayu* es responsable de las «salidas», y la salud es el resultado de su estricto equilibrio. Una falta de *prāna vayu* significa una falta de vitalidad, pero si *apāna vayu* no evacua todo lo que debe salir del cuerpo, y especialmente de los desechos del metabolismo, el cuerpo se ensucia y la salud se ve amenazada. Es ella, la energía de excreción, la que evacúa las heces, la orina, el sudor, las reglas, etc. Además *apāna* rige el parto y la eyaculación, puesto que el esperma sale del cuerpo. Por último, *apāna* actúa hacia abajo, hacia las diversas puertas de «salida». (Para más detalles consultar mi libro *Prānayāma*, págs. 247 y sigs.)

La táctica tántrica sutil para inhibir la eyaculación es lógica. Consiste en *invertir* el curso de la energía excretora, la que lleva a la eyaculación. Esto aclara el texto sibilino de Dasgupta: «Hay que detener el flujo hacia abajo, hacia la salida (*apāna*), luego dirigirlo hacia lo alto, hacia el cerebro». No es evidentemente el esperma lo que «sube al cerebro», sino la energía sutil (*apāna*) que controla la eyaculación.

De ahí la importancia de *vajrotī* y del procedimiento yóguico camuflado en la anécdota del dalai-lama reaspirando su orina, gracias a lo cual en la meditación tántrica entre dos, incluso en el «filo de la navaja», el adepto inhibe indefinidamente la eyaculación.

Esto nos permite a los hombres añadir un arma antieyaculación suplementaria a nuestra panoplia.

En efecto, hay una omisión importante y premeditada en la enumeración de las funciones de excreción; me refiero a la *espiración*.

La espiración también es competencia de *apaña*: las toxinas gaseosas espiradas son tan nocivas como la orina, por ejemplo. Ahora bien, ese hecho capital no ha escapado a los yoguis: la respiración es la *única* función doble, porque depende de *prāna vayu* durante la inspiración y de *apāna vayu* durante la espiración. Luminoso: para actuar sobre *apāna*, por tanto sobre la eyaculación, *dominemos la espiración*, pues la energía vital es unitaria. Además, la respiración, función bisagra entre la vida vegetativa involuntaria (y por tanto inconsciente) y la vida voluntaria (y por tanto consciente), tiene otra particularidad. En efecto, normalmente mi respiración es automática y no tengo que ocuparme de ella, pero en cualquier momento —basta con quererlo— puedo ser consciente de mi respiración y actuar sobre ella, por tanto controlar *prāna* y *apāna*. Esto permite, sin técnicas complicadas, inhibir en gran medida la eyaculación: ¡interesante!

¿Cómo? En primer lugar durante toda la duración de la unión pero sobre todo hacia el punto límite, hay que permanecer muy calmado y concentrarse en la experiencia en curso, siempre muy *consciente de la respiración*. En la unión corriente, el ritmo respiratorio y los movimientos coitales se sincronizan espontáneamente como sigue: empuje = espiración, retirada = inspiración. Mientras se navegue en aguas tranquilas, lejos del punto límite, esta secuencia puede mantenerse.

Dos opciones se ofrecen a Shiva:

1. cerca del punto límite, *invertir* ese ritmo espontáneo durante los vaivenes, por tanto *espirar* en la *retirada* del *lingam* y, por supuesto, *inspirar* a cada entrada;
2. o bien, durante toda la duración del contacto, adoptar una respiración lenta, profunda, *repartiendo* cada larga inspiración o espiración en varios vaivenes sucesivos.

Estas opciones pueden alternarse: respiración lenta y profunda desde la entrada del *lingam* y durante todo el contacto, hasta acercarse al punto límite, donde se invierte ese ritmo como he indicado anteriormente. Si la pareja debe inmovilizarse durante un tiempo para evitar la eyaculación, se pasa a la fórmula 2. Después de la alerta, puede retomarse el vaivén con una respiración profunda y lenta. De hecho cada pareja debe experimentar y aprender a conocerse recíprocamente.

Otra técnica, muy eficaz: inspirar por tramos (por la nariz) y *espirar de una sola vez* (por la boca). Dicho de otra forma: entrada con inspiración parcial — retirada en retención — nueva entrada con inspiración parcial — nueva retirada en retención, y así sucesivamente hasta que los pulmones estén llenos (de cinco a nueve tramos como media). Cuando están llenos, después de una breve retención, y durante una *retirada* del *lingam*, se espira de insolo golpe por la boca con un «ha». Todo ello siguiendo el ritmo del vaivén. Al leerlo parece complejo, pero en realidad es tan sencillo como inflar un neumático de bicicleta.

Finalmente —y sobre todo cuando se llega al punto límite, donde un solo movimiento de más desencadenaría irresistiblemente la eyaculación—, sin moverse, respirando lenta y profundamente (véase más arriba), hay que *imaginar que uno se aguanta la orina, o incluso que la reaspira* como en el ejercicio, del dalai-lama. La respiración debe ser profunda hasta el punto de tener la impresión de enviar el aire hasta el bajo vientre. Y al mismo tiempo hay que relajar la cintura abdominal y las nalgas, pues si, en el punto límite, se retiene la respiración apretando las nalgas y endureciendo la banda abdominal —como se hace habitualmente—, se corre el riesgo de eyacular.

A todos estos procedimientos se puede añadir *jiva bandha*, que consiste en primer lugar en doblar la lengua al máximo y colocarla lo más lejos posible hacia atrás. La parte inferior de la lengua se encuentra así en contacto con el velo del paladar. Cuando se hace, se contrae la lengua para crear una presión contra el paladar.

Jiva bandha se utiliza en el punto límite y reemplaza a *khechhari mudra*, procedimiento último prácticamente inaccesible a los occidentales. Consiste en hacer cada día en el frenillo de la lengua

un corte del espesor de un cabello; luego el adepto se «ordeña» la lengua como una ubre de vaca, para estirla hasta el punto en que puede «tragarla». Insertada detrás de la campanilla la lengua impide totalmente la respiración. ¡Mi primer maestro tenía la lengua tan larga que su extremo podía tocar un punto entre sus cejas! Inútil precisar que este corte sólo puede hacerse bajo la dirección de un gurú. Después de cada incisión se frota la herida con sal para impedir la cicatrización, y así sucesivamente hasta que se alcanza la longitud conveniente, lo cual lleva semanas. Si se fuera demasiado lejos en el corte del frenillo de la lengua, habría problemas de elocución.

Khechari mudra, que he citado para ser completo, contradice la regla de *no* retener la respiración en el punto límite: es la excepción que, como todos saben, confirma la regla...

Un truco taoísta: en el punto límite, y durante toda la alerta, hacer rechinar los dientes apretándolos al máximo, y apretar tan fuerte los párpados uno contra otro que se sienta una vibración en las orejas.

Estos procedimientos reducen mucho los riesgos de «correrse». Poco a poco, Shiva se quedará más tiempo, cada vez más cerca del punto límite, centrado en su respiración y en el abdomen, pues, según el tantra «hay que detener el esperma en el vientre». ¿Qué quiere decir? Al eyacular el hombre tiene la impresión de que el esperma sale de los testículos, cuando en realidad es propulsado desde la próstata, por tanto cerca de la vejiga, a través de la uretra. Hay que actuar sobre este trayecto, y ese es el objetivo del ejercicio del dalai-lama. En el punto límite, Shiva apartará su atención del *lingam*, y particularmente del glande, para interiorizarse en el vientre, siempre haciendo *mula bandha*. Sin embargo, a pesar de estas técnicas, habrá eyaculaciones —precio del aprendizaje—, pero los progresos serán igualmente bastante rápidos.

El tantra dice también: «Quien controla la mente, controla asimismo la respiración y el esperma». Es verdad, pero Shiva no está solo y Shakti debe, ella también, jugar el juego. La Shakti experimentada siente y sabe bien cuando Shiva está en el punto límite; ello lo ayuda no moviéndose y concentrando toda su atención en la experiencia. De hecho mucho depende de ella, pues pocos hombres pueden resistir al «asalto» de una mujer apasionada que quiere su esperma. Ciertamente, al comienzo la unión reservada parece menos satisfactoria, pero pronto la pareja descubre que resulta beneficiosa en todos los sentidos. Sólo la Shakti que tiene la oportunidad excepcional de unirse a un Shiva tántrico experto en *khechari mudra* puede dejarse ir sin restricción y sin provocar una eyaculación intempestiva...

Sin embargo, el *maithuna* tántrico no nos condena a una inmovilidad perpetua; hay que tener en cuenta los músculos que entran en juego durante los movimientos coitales. Como con la respiración, hay que descondicionar el juego muscular reflejo del acto, por tanto primero hay que conocerlo. Para ello, durante el coito y sobre todo cerca del punto límite, el hombre observará qué músculos participan en el juego instintivo y rítmico de la pelvis. Se observará también durante una eyaculación, simple incidente técnico. Sentirá actuar entonces los músculos lumbares, responsables de los movimientos de los riñones, así como las nalgas y la banda abdominal, y en la fase última usual, los sentirá crisparse si no es un tántrico. Si no quiere «correrse», deberá relajarlos, eliminar todos los movimientos de sacudida, espásticos, poco armoniosos: el vaivén debe ser el resultado de una ondulación elástica de toda la columna vertebral y no algo provocado a golpes de riñones. Uno se controla tanto mejor cuando se relajan los músculos reflejos de la eyaculación. Por el contrario, hay que apretar a fondo el anillo muscular de la base del *lingam* que intensifica la erección. Cuanto más apretado, menos riesgo se corre de eyacular, salvo en el último segundo, sobre el «filo de la navaja», donde hay que relajarlo también para inhibir la eyaculación.

Siempre a propósito de movimientos, al comienzo, el tao recomienda «tres golpes superficiales, un golpe profundo» durante 81 golpes. (Para ellos 81 es el número perfecto: es el cuadrado de 9, que es el cuadrado de 3, número sagrado por excelencia...) Progresivamente, se dan 9 golpes superficiales y 1 profundo. En el límite, si el taoísta teme eyacular, retira su *Pico de Jade* dejando sólo el glande introducido. Después de 20 o 30 segundos sin moverse, calmado, retomará los golpes. En el punto límite, el taoísta retiene la respiración con los pulmones llenos, levanta el dia-

fragma abriendo el tórax y contrae el bajo vientre. El tantra, por su parte, aconseja *uddiyana bandha*, la retracción abdominal, que corresponde *grosso modo* a las prescripciones del tao, salvo que los pulmones están vacíos. ¡Para el tao, el hombre no debería expulsar su *king* (esperma) antes de 5.000 golpes! Jolan Chang, en su *Tao de l'art d'aimer*, señala que con el tiempo la retirada se hace cada vez menos necesaria y que se termina por no recurrir a ella sino muy raramente.

En la China antigua, justo antes de la eyaculación, se apretaba fuertemente con los dedos gordo e índice de la mano izquierda, durante tres o cuatro segundos, la zona entre el escroto y el ano (el bulbo), siempre con una profunda inspiración. Este procedimiento puede impedir la eyaculación, pero si a pesar de todo se produce, el esperma no sale del *lingam*, sino que vuelve hacia el interior. ¿A dónde va? Fisiológicamente sólo puede ir a la vejiga y será evacuado con la primera micción, pues parece imposible que pueda regresar al sitio de donde viene, es decir, a la próstata.

A diferencia del taoísta, cuando el tántrico no ha podido inhibir la eyaculación, acepta que se produzca en el *yoní*. Lo único que lamenta es que interrumpa la meditación entre dos antes de su término y que apague el deseo... por un tiempo más o menos largo.

Eyaculación precoz

Para evitar la eyaculación precoz, Shakti cabalga sobre Shiva, que está acostado de espaldas; luego, con ayuda de los dedos, aparta los labios de su vulva, que aplica contra el asta del *lingam*, sin tocar el glande, creando así un simple contacto genital sin introducción. Mientras Shiva se relaja (sobre todo el vientre y las nalgas) y respira profundamente, Shakti, con discretos movimientos de vaivén, hace deslizar delicadamente su vulva (clítoris incluido) a lo largo del *lingam*, a veces hasta llegar al orgasmo. Si la «prueba» es demasiado intensa para Shiva, sin cambiar de posición, ella se inmoviliza de cinco a diez minutos —¡una deliciosa eternidad!— para que el riesgo de contracciones vaginales reflejas se atenúe.

Viene entonces el instante, tan deseado, de la unión. En el coito ordinario, el hombre «le hace cosas» a la mujer: es él quien penetra. En *maithuna*, es Shakti quien absorbe el *lingam*, sin prisas. Al principio sólo el glande es aspirado por el *yoní*, apretado entre los músculos de la entrada de la vagina. Con los sentidos despiertos, los amantes, inmóviles, permanecen atentos a lo que pasa entre ellos. Nada de caricias, nada que pueda exacerbar la tensión sexual: se abren a la fusión íntima amorosa. Nada de vaivén, nada de progresión del *lingam* hacia el interior: sólo el lenguaje secreto de las contracciones íntimas está permitido.

Cerca del punto límite, pueden recurrir a los procedimientos de control descrito anteriormente, sobre todo a la relajación del cremáster. Una vez que la tensión erótica se ha establecido, los movimientos rítmicos, armoniosos como una danza, pueden recomenzar. Shakti permanece atenta a sus propias reacciones para no dejar que se instalen los amplios movimientos instintivos de la pelvis, dirigidos por el polo genital. Ella puede —¡y debería!— llegar al orgasmo sólo con movimientos imperceptibles, a *su* ritmo.

En una unión ordinaria, los golpes de cintura se suceden, se amplifican, se aceleran; en cada entrada, los pubis se encuentran para apartarse a cada retirada. El resultado fatal es bien conocido: salvo excepciones, después de dos o tres docenas de golpes largos y profundos, el esperma surge, «vaciano» al hombre y dejando a la mujer insatisfecha.

Como el buen caballero acompaña el trote de su montura, sin golpear contra la silla, igualmente, con gracia y elasticidad, Shiva acompaña el ritmo de Shakti, en sus matices y variaciones sutiles, *conservando el contacto pubis contra pubis* para reducir los movimientos relativos *yoní-lingam* y, al mismo tiempo, el riesgo de «correrse».

Los *acharyas* tántricos aconsejan la penetración por tramos: después de haber aspirado el glande, Shakti absorbe el *lingam* en un tercio de su longitud, luego en dos tercios y después todo, repitiendo en cada nivel el proceso descrito anteriormente. O bien aconsejan cambiar de posición después de la

penetración y escoger el *āsana* lateral, *Paryankāsana*, que permite movimientos bastante amplios de la pelvis femenina, pero, como Shiva aprieta un muslo de Shakti entre los suyos, el vaivén del *lingam* es muy limitado. Además, el pubis masculino, perpendicular al de Shakti, estimula su clítoris, lo cual intensifica su goce, sin demasiados riesgos de eyaculación para Shiva.

Calmadamente, distendidos, sin prisa, los adeptos permanecerán sin dificultad unidos de una a dos horas.

Vajrolī, el arma absoluta

En la panoplia antieyaculatoria, *vajrolī* es una especie de arma absoluta que ha transformado a muchos eyaculadores precoces en expertos en retención seminal.

Entre los procedimientos esotéricos del tantra, *vajrolī* es un secreto bien guardado desde hace milenios: se busca en vano, en la copiosa literatura disponible, indicaciones detalladas y precisas a este respecto. Como máximo, se tiene derecho a una descripción sumaria del procedimiento que prácticamente jamás se enseña en Occidente, y raras veces en la India moderna.

Sin ser absolutamente indispensable a *bindhusiddhi* —el control perfecto de la eyaculación—, *vajrolī* es sin embargo un procedimiento sensacional: simple y eficaz. Sólo concierne a Shiva, aunque es accesible a la mujer, pero no le servirá puesto que no eyacula.

En resumen, *vajrolī* consiste en insertar un catéter en la uretra hasta la vejiga; luego el adepto se ejercita en aspirar líquidos cada vez más densos, primero con la sonda colocada, luego sin ella.

Vajrolī siempre se transmite de maestro a discípulo, porque, practicado sin guía, presenta riesgos que se evitan sin problemas observando las precauciones elementales de asepsia que doy a continuación. Antes de entrar en los detalles técnicos, preciso que la segunda parte de *Vajrolī*, es decir, la aspiración de líquidos, no es indispensable para dominar la eyaculación y que por tanto el occidental puede dejarla de lado.

Pasemos a las técnicas concretas. Primera condición: ¡tener un catéter! Los yoguis modernos utilizan una sonda uretral de caucho o de material plástico que se puede adquirir en la farmacia o en las tiendas de accesorios médicos. Una sonda nasal también puede servir y se obtiene más fácilmente que una sonda uretral, que al parecer puede servir para efectuar abortos; de ahí las reticencias de los vendedores. El diámetro será el de la ilustración, pero, ya que está, compre dos o tres, de diámetro creciente. En la India, antes de la aparición de las sondas de goma, los tántricos utilizaban un catéter de metal, por tanto rígido, frecuentemente de plata, que no debía añadir nada a los encantos de la operación, y en cambio presentaba los peligros que evitan las sondas blandas.



Heme aquí, pues, en posesión de la sonda uretral que acabo de comprar. La saco de su envoltura

hermética y por tanto, esterilizada. Dispongo también de un tubo de pomada ginecológica que servirá al mismo tiempo de lubricante y de desinfectante. Unto la sonda en una longitud de tres o cuatro centímetros; luego, sosteniendo el *lingam* con una mano (jamás en erección, ni siquiera en semierección), con la otra introduzco delicadamente la sonda en la uretra.

Primer centímetro: todo va bien, no siento prácticamente nada. Más adelante, la sonda toca las mucosas —muy sensibles— de la uretra y avanzo, pues, con ligeros movimientos de vaivén que hacen progresar la sonda. No hace daño, pero se siente. El primer día me contento con un centímetro. ¡Es poco pero tengo tiempo! Retiro la sonda; luego, como tuve la precaución de no vaciar completamente la vejiga antes de la operación, inmediatamente después la vacio. La micción es casi dolorosa, pero es estéril y limpia la uretra. Lavo la sonda con agua y la conservo en agua mezclada con un antiséptico corriente que se vende en agua en todas las farmacias, para que esté esterilizada la próxima vez.

Al día siguiente —no antes: es inútil apresurarse— recomienzo y voy un poco más lejos. Cada día iré progresando y cada vez, antes de retirar la sonda, haré algunos movimientos de vaivén y limpiaré la uretra con orina. El objetivo es *desensibilizar* la mucosa uretral. Luego extraeré la sonda y la volveré a meter en el líquido aséptico.

Así, poco a poco, gano terreno: 5 cm, 10 cm, 20 cm... Luego, un buen día, topo con un pasaje angosto. Como siempre, actúo con delicadeza, sin movimientos bruscos, no tengo nada que temer, y veo algunas gotas de orina que se escapan por la extremidad de la sonda, lo cual me informa de que acabo de entrar en la vejiga (otra razón para no vaciar completamente la vejiga antes de hacer vajrolī). Retrocedo algunos milímetros, justo para detener la salida de orina. Estoy, pues, en la encrucijada estratégica, allí donde el conducto prostático desemboca en la uretra, por tanto muy cerca del lugar donde se desencadena el reflejo eyaculatorio.

Perseverando, la sonda pasará por la uretra con la facilidad con que pasa una carta por el orificio del buzón; habré logrado, entonces, el objetivo esencial.

Esta manera de proceder es muy suave comparada con la clínica, en la que el catéter sirve justamente para ayudar a los pacientes que sufren de retención de orina. Las enfermeras, vista la urgencia, no tienen tiempo para andarse con rodeos: ¡introducen la sonda de una sola vez!

A título de información, y para ser exhaustivo, añado que en la India esto sólo es el comienzo. Una vez insertada la sonda hasta la vejiga, ellos hacen *uddyana bandha*, la retracción abdominal, o mejor aún *nauli* central, que consiste en aislar y hacer sobresalir los grandes músculos rectos del abdomen: véase *Aprendo yoga*, p. 247, y *Mi sesión de yoga*, p. 363. La depresión intraabdominal resultante, aspira el aire a través del catéter hasta la vejiga. Luego, con la práctica, el adepto aspira líquidos cada vez más densos: luego leche con miel, por último mercurio «matado», es decir, tratado según los procedimientos ayurvédicos que lo vuelven no tóxico.

En Occidente, la aspiración de líquidos, cuando se practica —lo que es totalmente facultativo—, se limita, a lo sumo, a leche que se habrá tenido la precaución de hervir para volverla aséptica. Sin ser indispensable, la aspiración de líquidos asegura un control todavía más absoluto de la eyaculación.

¿Cómo consigue vajrolī sus objetivos? Recordemos que, durante la eyaculación, recorren la uretra contracciones espasmódicas, reflejas e irreprimibles que expulsan el esperma. Vajrolī reduce el riesgo de eyaculación *de sensibilizando* las terminaciones nerviosas de la uretra, lo que embota el reflejo eyaculatorio sin disminuir la voluptuosidad sexual. En este estado ya no es necesario practicar vajrolī todos los días: se pueden espaciar las sesiones progresivamente. Por último, la «dosis de mantenimiento» de una vez por semana es suficiente.

Además de esta desensibilización, el otro objetivo es tomar conciencia del trayecto de la uretra hasta la próstata, lo que favorece el control de la eyaculación.

Pero el objetivo *top-secret* de los tántricos, que utilizan sondas de diámetros crecientes para

ensanchar considerablemente la uretra, es el siguiente: cuando el meato está suficientemente distendido, puede atrapar y aspirar rítmicamente el clítoris, lo que constituye la forma última de unión invertida, de la que se habla con frecuencia en la literatura tántrica, sin que se precise en qué consiste (la explicación habitual según la cual la unión invertida significa que Shakti está sobre Shiva, no se sostiene). En la unión invertida el clítoris (homólogo del pene) penetra en el *lingam*, convertido así en una pequeña vagina. Un gurú tántrico, Shri Prabhujī, me confió que estimulando así el nervio secreto de Shakti, el adepto le procura la beatitud suprema, divina, sin temor a eyacular.

Por último, *vajrolī* afirma los testículos y tonifica las gónadas, lo que aumenta el vigor y la virilidad mientras la producción incrementada de hormonas masculinas rejuvenece el organismo. ¿Por qué dudar entonces en practicarlos? No es tan terrible y los resultados están garantizados.

Para terminar, demos una ojeada a la literatura tántrica publicada. Sólo el *Hatharatnavali*, manuscrito muy antiguo traducido y publicado en 1982 por M. Venkata Reddy, de Secunderabad, da informaciones un poco más precisas sobre *vajrolī*, aunque insuficientes para practicarlos. A propósito del tubo, precisa que debe ser «de oro, de plata, de cobre o de hierro» (II, 78).

La descripción técnica se limita a esto: «Hay que insertar sin temor el tubo en la uretra durante un momento. Esto dará estabilidad (erecciones potentes y prolongadas) y fuerza al pene, aumentando al mismo tiempo la producción de esperma» (II, 84).

En II, 85 añade que se trata de «ensanchar el orificio del *lingam* para fortalecerlo» sin precisar nada más, pero nosotros sabemos ahora por qué se hace... El texto se vuelve concreto en los sutras siguientes: «En un lugar secreto, que esté con una hermosa mujer desnuda acostada de espaldas; desnudo él también, se acostará sobre ella y hará un poco de *kumbakha* (retención de la respiración).

»Estando así profundamente enlazados, el pene será insertado en la vagina. Luego se beberán los labios haciendo pequeños ruidos.

»Se arañarán uno a otro con las uñas y se activarán hasta transpirar. El *bindu* (fluido, simiente) secretado por la vagina será aspirado por el pene gracias a una práctica constante.

»Entonces, si el órgano masculino emite el *bindu*, será reaspirado (por el pene, gracias a *vajrolī*); así, ahorrando su simiente (*hindú*), el yogui vencerá a la muerte» (II, 87-90).

Después de este texto, explícito a más no poder, que no nos digan que el yogui es una especie de eunuco que ha ahogado toda su sexualidad y que hace voto de abstinencia. Estas mismas precisiones se encuentran en *Hathayogapradipika*, pero están censuradas en las ediciones modernas. En efecto, el neo-brahmanismo mojigato expurga desvergonzadamente los textos yóguicos originales de todo contenido sexual, ¡«censura justificada», según los traductores, por motivos de obscenidad!

Así, en la *Siva Samhiā*, traducida por Rai Bahadur Shri Chandra Vasu, se lee al pie de la página 51 esta nota del traductor: «*Vajronḍi(sic) Mudra*, descrito en ese capítulo del original, es omitido pues se trata de una práctica obscena a la que se entregan los tantristas de clase baja».

La misma censura y supresión se encuentran en el *Hatba Yoga Pradipika*, publicado por Adyar en Madrás.

Conclusión, si en principio, *Vajrolī* no le tienta de un modo irresistible, recuerde que esta técnica no es indispensable para la práctica tántrica y pasemos a otra cosa. La mayoría de los ejercicios destinados a fortalecer los músculos o el *yoni* se aplican también a los adeptos masculinos, con algunas adaptaciones menores. Véase (¡y practíquese!) especialmente el *muīa bandha* descrito en el capítulo siguiente: «Fortalecer los músculos del yoni».

Fortaleces los músculos del yoni

Un día le toqué el amor propio a una amiga diciéndole que, salvo excepciones, las occidentales tienen una vagina tan musculosa como una chancleta, comparación cuya falta de poesía, si no de pertinencia, confieso.

Entendámonos: no estoy acusando a nuestras mujeres. Pues, ¿quién les habla, quién les informa, quién les enseña a desarrollar los músculos de su *yoni*. Un ejemplo. Para preparar este libro, además de las fuentes tántricas, me suscribí incluso a una revista sexológica pretendidamente de vanguardia. Leí en ella (sección *Cartas de los lectores*) la confidencia de un Don Juan jactancioso que evocaba complacido sus numerosas conquistas y recordaba a una mujer que controlaba a las mil maravillas sus músculos vaginales: ¡Todavía estaba embobado! Pero, en lugar de dedicar unas pocas líneas a este tema, esta revista hubiera hecho bien en realizar un estudio completo de esas técnicas de las que nunca se habla, o casi nunca, entre nosotros. ¿Hay que asombrarse entonces de que el control vaginal sea rarísimo en Occidente?

Ahora bien, para lograr contactos armónicos en la pareja, para un acuerdo sexual total —sin siquiera evocar el *maithuna* tántrico—, el control vaginal confiere a la mujer una importante baza de seducción, de la que haría mal en privarse. Brigitte o Raquel son estrellas, pero el hombre preferirá una mujer menos bella que tenga ese control a una *star* cuyo *yoni* sea del tipo chancleta. (No insinúo nada a propósito de Brigitte ni de Raquel, pues no soy su confidente.)

Por otra parte, cuando la mujer se toma el trabajo de ejercitar esos músculos, ¿no es justo que se beneficie de ellos lo mismo que su o sus compañeros? Con más razón si se tiene en cuenta que tal musculatura, elástica y fuerte, presenta ventajas en muchos otros planos: una musculatura elástica y relajada facilita el parto.

Este control vaginal permite también el «lenguaje secreto» que se establece durante el *maithuna* y, además, Shakti puede ayudar a Shiva a controlarse.

Toda mujer puede —y debiera— fortalecer y controlar su musculatura vaginal, cualquiera que sea su edad. Seguramente una mujer joven iniciada desde la pubertad, como se hace en ciertas regiones de la India en que las madres lo enseñan a sus hijas, tendrá ventaja respecto de una mujer europea que comienza a la edad adulta, pero el control que ésta adquirirá le será beneficioso en todos los aspectos.

Sahajolī, el control vaginal

Richard Burton escribió, como buen conocedor: «Este control vaginal es la respuesta femenina más buscada. Ella (la mujer)... debe cerrar el *yoni* hasta que éste apriete el *lingam* como una mano, abriéndolo y cerrándolo a su gusto, como la mano de una *gopi* que ordeña la vaca. Esto sólo se adquiere después de una larga práctica y especialmente proyectando toda la voluntad en la parte del cuerpo implicada, del mismo modo que los hombres intentan afinar el oído. [...] Su marido la apreciará más que a cualquier otra mujer y no querrá cambiarla por la más bella reina de los Tres Mundos».

El sexólogo Alex Comfort, en *The Joy of Sex*, p. 219, añade: «Toda mujer puede aprender a utilizar sus músculos vaginales y pelvianos dirigiendo a ellos su atención. Esta "destreza" (*knack* en el texto) puede aprenderse, puesto que las muchachas del sur de la India lo hacen. No tiene ninguna relación con la raza, es una simple cuestión de práctica. Lamentablemente nunca se ha descrito exactamente cómo se realiza...»

Ignoro entonces si soy realmente el primero en describirlas, pero, en todo caso, las siguientes técnicas tántricas, comprobadas, pueden ser dominadas por cualquier mujer.

En la India, las jóvenes Shaktis dravídicas son iniciadas muy pronto en estas técnicas, llamadas

sahajolī, frecuentemente antes de la pubertad. Es costumbre que la madre eduque a las hijas. Si no, lo hará el gurú tántrico. Por supuesto, cuanto más precoz sea la iniciación, más fuertes serán los músculos, más total será su control.

Sahajolī formaba parte también de la educación secreta de las *devadāsis* —las bailarinas secretas de los templos hindúes— y de las hetairas griegas. Estas últimas debían pasar una prueba, una especie de «examen de ingreso», que consistía en seccionar con los músculos del *yoni* un falo de pasta de modelar...

Las occidentales modernas que no se han beneficiado con esta educación precoz no las igualarán, sin duda, pero cualquier mujer, a cualquier edad, con un poco de perseverancia obtendrá un resultado muy satisfactorio. Después de todo la vagina es un músculo que se puede fortalecer y controlar, como todos los demás. Con *sahajolī* sucede lo mismo que con las *āsanas*: los yoguis indios que practican estas posiciones desde la infancia tienen una elasticidad y un control corporal impresionante, que ningún adepto que comience a la edad adulta alcanzará. Pero la experiencia demuestra que incluso a una edad avanzada se puede lograr una buena elasticidad, sobre todo comparada con la media de nuestras conciudadanas, incluso jóvenes. Cualquiera que sea su edad, gracias a *sahajolī* puede adquirir un control apreciable —y apreciado— de los músculos del *yoni*.

¡Como la mayoría de las occidentales ignoran estas técnicas, en el país de los ciegos las tántricas serán reinas!

¿Cómo proceder? Este método, en resumen muy sencillo, se basa en *muīa bandha* (véase mi libro *Pranayama*, pág. 271), que consiste en contraer los esfínteres anales —son dos— y el elevador del ano. Sin embargo, la práctica tántrica exige el *mula bandha*, más elaborado que describo continuación:

Cómo practicar mula bandha

Sentada o acostada, tome conciencia de la región anal, respirando con calma. Después de aproximadamente un minuto, cuando esté bien interiorizada, contraiga débilmente primero el primer esfínter anal, el externo. Luego, apretando un poco más, la contracción alcanzará el segundo anillo muscular; por último, contraiga el elevador del ano, atrayendo así los dos esfínteres anales hacia el interior y hacia arriba. Procediendo lenta y gradualmente, se distinguen bien estos tres niveles, incluso desde la primera prueba. Luego, apriete tan fuerte como pueda, hasta hacer vibrar toda la zona anal. Es posible que sienta un estremecimiento que le recorre la columna vertebral. Mantenga esta contracción al máximo sin respirar, durante al menos *seis* segundos. Luego, relaje el *bandha*, siempre interiorizada en estos músculos. Se produce entonces la distensión de toda la zona y la percepción de la sensación de calor resultante. También se puede, facultativamente, seguir respirando durante el *bandha*. Repita el proceso a voluntad, cinco veces seguidas como mínimo.

Gracias a este *mula bandha* enérgico, sentirá que las reacciones desbordan el ano, ganan el perineo, la vulva, el clítoris, la vagina e incluso el útero. Es normal, puesto que los esfínteres de la entrada de la vagina y los del ano forman algo parecido a los dos anillos de un «8»; contraer uno es actuar sobre el otro.

Haga la prueba: contraiga uno de los dos anillos del 8 y esté atenta a las sensaciones percibidas en su unión (el perineo), así como en el ano y en la entrada de la vagina.

Cuando lo sienta usted bien y pueda contraerlos a voluntad, deberá dirigir la atención más en profundidad hasta la vagina, donde se desarrollarán sensaciones nuevas. Gracias a *muīa bandha*, estas contracciones, débiles al comienzo, pronto ganarán en potencia, sobre todo si realiza el ejercicio siguiente.

Como con todos los esfínteres y órganos huecos, la función de los muscos de la vagina consiste en la *constricción*. Durante el orgasmo, la constricción ondulante y rítmica que recorre el *yoni*

produce allí sensaciones voluptuosas que se propagan al *lingam*.

Fortalecer los músculos vaginales

El tantra quiere fortalecer estos músculos por medio del ejercicio siguiente, que se hace normalmente «en frío», es decir, fuera del contacto sexual y sin excitación erótica. Para permitir una constricción eficaz se reemplaza el *lingam* por un objeto cilíndrico apropiado: cuanto más se parezca al *lingam*, mejor podrá apretarlo el *yoni*. En rigor, el ejercicio puede hacerse con... ¡un verdadero *lingam*, en la Vía del Valle, por ejemplo!

En cuanto al «objeto», puede ser de un diámetro inferior al de un verdadero *lingam*; eventualmente, la cánula de un irrigador vaginal, previsto para entrar en la vagina sin irritarla ni hierla, puede servir. Peo es demasiado delgado y distendería poco la vagina. Muchas mujeres utilizan un vibrador de los que se venden en los *sex shops*. Si el *yoni* está demasiado seco, humedezca el «sucedáneo» de *lingam* con un gel ginecológico de venta en farmacias, pero *jamás* con una grasa. Con el cilindro insertado en la vagina es fácil sentir los músculos y concentrarse en ellos.

Evidentemente el ejercicio debe hacerlo acostada de espaldas. Con el objeto colocado en la vagina, contraiga al máximo los dos esfínteres anales para apretar fuertemente el «*lingam*». Mantenga esta contracción, que implicará cada vez más músculos de la región del ano y genital, durante seis segundos (al menos), sin respirar y con los pulmones vacíos; luego reinspire y relaje esos músculos. Después de tres o cuatro respiraciones normales, haga otra vez *muía bandha*, reteniendo la respiración, pero esta vez con los pulmones llenos. El conjunto forma un ciclo que se repite a voluntad.

Variante: inspire, luego haga *muía bandha* durante tres segundos, espire relajando los músculos durante tres segundos, reinspire, vuelva a hacer *muía bandha* durante tres segundos, y así sucesivamente.

La duración total es aproximadamente de tres minutos, salvo que se fatigue antes. Lo importante es la regularidad: una pequeña dosis cotidiana vale más que largas sesiones esporádicas.

Pronto, con los músculos así fortalecidos, en ocasión de un contacto concreto podrá inaugurar su facultad nueva, haciendo, si así lo desea, que sea una sorpresa para su compañero.

Algunas mujeres —desgraciadamente sólo una minoría— tienen un control vaginal espontáneo. Tanto mejor para ellas, pero eso no las dispensa de fortalecer sus músculos vaginales, que nunca son demasiado potentes.

Lo ideal es la práctica cotidiana: la cantante vocaliza todos los días. ¡Es una sencilla costumbre que hay que adquirir!

Manipular el objeto

Después de haber fortalecido los músculos de la vagina, aprenda a manipular el objeto para adquirir el control total del *yoni*. Escribo «manipular» porque efectivamente el *yoni* debe llegar a ser fuerte y hábil como una mano de *gopi* (vaquera) ordeñando... una ubre de vaca: ¡comparación explícita que hace Alex Comfort, citado anteriormente!

Para adquirir esta facultad está indicado un control visual. Aquí la cánula es útil: en el extremo libre que sale de la vagina, introduzca una varilla de unos veinte centímetros cuyos movimientos le permitirán *ver* el efecto de las contracciones vaginales. Al comienzo las contracciones rítmicas del primer ejercicio harán mover la varilla de adelante hacia atrás y luego, con más ejercicio, lateralmente. Por último, el gran arte consiste en hacer girar la varilla en el sentido de las agujas de un reloj y luego en sentido inverso. Si bien no es indispensable llegar a esto, indica hasta dónde

pueden llevar los ejercicios.

En Occidente, toda mujer que les dedique al menos cinco minutos diarios, adquirirá pronto una potencia y un control vaginal inesperados.

El asunto vale la pena, porque, además de\que estos ejercicios pueden transformar la vida de la pareja, conservan o recuperan para la mujer, incluso meno-páusica, una vagina de joven Shakti, elástica, musculosa, bien lubricada, algo muy apreciable y apreciado.

Pregunta: ¿No se puede practicar *sin* accesorio?

Respuesta: En cierta medida sí, pero *con* un objeto es mucho más eficaz. En efecto, el objeto cumple la función de las pesas en cultura física: fortalece los músculos. Lo mismo pasa con el anillo vaginal. Para fortalecerlo es necesario: a) distenderlo, b) ofrecerle una resistencia. Es el doble papel del accesorio.

Las contracciones, junto con la concentración mental, producen un buen flujo de sangre y de energías sutiles (*prāna*) a los órganos genitales: excelente para el equilibrio hormonal del sistema genital del que se beneficia todo el organismo.

Estos ejercicios producen con frecuencia sensaciones agradables; no es el objetivo buscado, pero ¿qué tiene de malo?

Discretos, pueden practicarse en cualquier momento y lugar; ¡incluso... en el metro! ¡Sin accesorio, por cierto! Sin embargo, hay dos momentos privilegiados: por la noche, en la cama, antes de dormirse, y por la mañana, al despertar, también en la cama.

Perfeccionar el control vaginal

Los ejercicios precedentes dotan ya a cualquier mujer un poco perseverante de un *yoní* elástico, musculoso, controlado. Los siguientes le permitirán perfeccionarse en este «arte», que no debe seguir siendo el privilegio exclusivo de las Shaktis tántricas o de otras orientales.

Según el *Ananga-Ranga*: «En algunas razas, los músculos constrictores de la vagina están bien ejercitados. En Abisinia, por ejemplo, la mujer es capaz de contraerlos tan fuerte que puede hacer daño al hombre. A horcajadas sobre los muslos de su compañero, puede provocar la eyaculación sin mover las otras partes del cuerpo. Estas artistas son llamadas *Kabbazah* por los árabes, que significa literalmente «lo que aprieta», y es lógico que los mercaderes de esclavas paguen sumas importantes por esas mujeres.

»Toda mujer dispone, en grado variable, de ese poder, pero frecuentemente lo descuida por completo; en efecto, numerosas razas ni siquiera lo conocen.

»[...] Para dar placer a su marido, ella debe siempre esforzarse en apretar su *yoní* hasta que envuelva firmemente el *lingam*, como con una mano, abriéndolo y cerrándolo a su gusto. Esto se adquiere por medio de una larga práctica, más especialmente proyectando la voluntad y el pensamiento a esa parte del cuerpo, a modo de quien escucha un ruido muy débil».

Gracias a los ejercicios anteriores, Shakti adquiere el poder de contraer o relajar los músculos del complejo ano-vaginal, pero en bloque. Los ejercicios siguientes le permitirán disociar músculo por músculo todo el trabajo vaginal, perineal y abdominal.

Ya en los ejercicios anteriores, *muía bandha* implica los músculos elevadores de la vagina, fijos al pubis, cuyas fibras bordean la vulva hasta el clítoris, que así puede entrar en erección, como el *lingam*, su homólogo. El trabajo selectivo de los músculos vaginales que vamos a describir completa el del transversal del perineo, ese pequeño punto de carne entre el ano y la vulva. Es allí, más que en el ano, donde se sitúa *muladhara chakra*, el chakra-raíz, uno de los grandes nudos vitales del cuerpo.

De paso observaremos que los músculos del bajo vientre sostienen también la acción de los músculos vaginales, lo que constituye una razón suplementaria para fortalecer la banda abdominal.

Como una mano de gopī

Ahora Shakti aprenderá a aislar, por tanto a contraer *separadamente*, cada músculo de ese complejo, lo que tampoco es nada del otro mundo.

Su primer objetivo será disociar recto y vagina para llegar a contraer sólo esta última. Con un poco de perseverancia se logra sin demasiada dificultad. A continuación se ejercitará en contraer y relajar sucesivamente el constrictor de la entrada de la vagina y el músculo elevador.

Para controlar este trabajo introducirá un dedo en la vagina: el constrictor lo aprieta mientras que el elevador lo lleva hacia adentro.

En cuanto a los músculos de la vagina propiamente dichos, el objetivo último consiste en hacer propagar la contracción, nivel por nivel, como una ola, de abajo arriba, de arriba abajo. Entonces la comparación con la mano de la vaquera adquiere todo su sentido. Incluso sin haber ordeñado uno mismo una vaca, se sabe que los dedos se cierran uno tras otro sobre la ubre, lo que hace caer la leche caliente en el cubo: ¡el trabajo de los músculos de la vagina debe actuar de modo semejante!

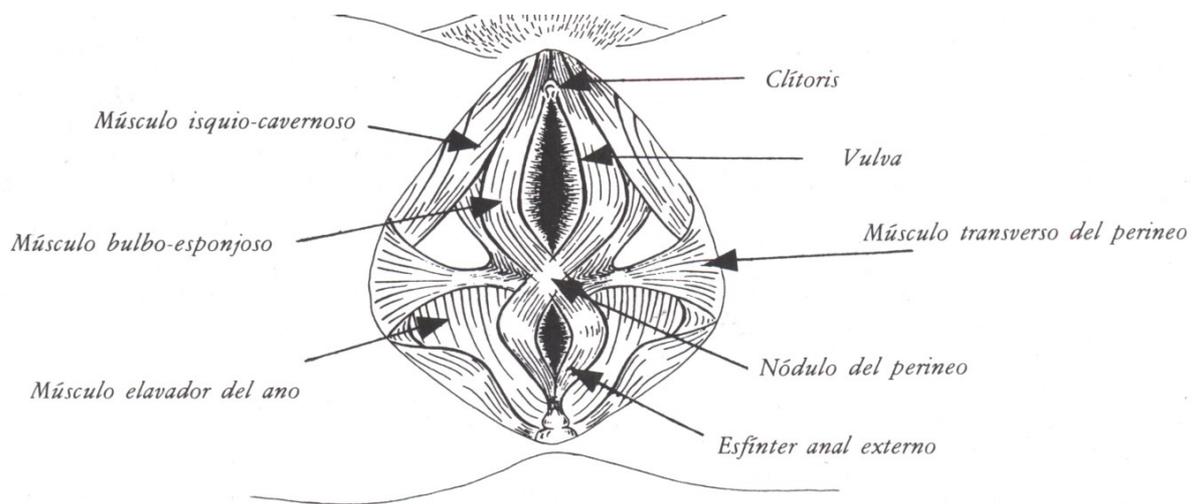
Para ello se contrae primero y a fondo el elevador de la vagina (preferentemente después de haber introducido el objeto cilíndrico), luego *se relaja tramo a tramo* a partir del cuello del útero. Después se invierte el movimiento: a partir de la entrada de la vagina se lo contrae, segmento por segmento, de abajo arriba.

Esto se hace primero lentamente, por supuesto; luego, cuando ya se está familiarizada con este trabajo, se propaga armoniosamente, como una onda o como el trigo maduro ondulando al viento.

Durante el aprendizaje «en frío», por tanto fuera del *maithuna*, tocar así el teclado muscular vaginal supone un control consciente y delicado que, con el ejercicio, se vuelve casi espontáneo. Cuando, unida a Shiva en el *maithuna* tántrico, Shakti hace esas contracciones ondulantes, ya no necesita dirigirlas voluntariamente, tramo por tramo: prácticamente surgen solas. En realidad, se reproduce voluntariamente lo que sucedería espontáneamente en el curso de un orgasmo.

Además, siempre descubriendo voluptuosidades nuevas, la Shakti ya experta ayuda a Shiva a controlarse. Es sabido hasta qué punto el movimiento amplio y rítmico de la pelvis femenina conduce al espasmo eyaculador: es muy raro el hombre que se le resiste... Por el contrario, gracias a ese «lenguaje secreto» perfeccionado, por tanto sin movimiento de vaivén del *lingam* y sin balanceo de la pelvis, el control resulta mucho más fácil y no es necesario reducir las sensaciones recíprocas.

Ayudando así a evitar la explosión eyaculadora, ella le abre la vía hacia el orgasmo masculino. Si la onda contráctil, «ordeñando» así el *lingam*, llevara al punto límite a Shiva, éste deberá respirar profunda y lentamente con el abdomen, relajando el vientre y las nalgas. La inmovilidad permite además a Shakti seguir mejor la experiencia masculina, algo crucial en la vía del «filo de la navaja», cuando se trata de evitar «el» movimiento de más.



Este dibujo muestra claramente la forma en 8 de los esfínteres del ano y de la entrada de la vagina, y que el nódulo perineal es una encrucijada estratégica para el control vaginal.

Mula bandha de pie

Este ejercicio se hace de pie (con o sin objeto cilíndrico), con el peso del cuerpo descansando sobre los talones, separados unos 20 centímetros, y no sobre los dedos de los pies, para relajar mejor el tronco y las piernas. Los brazos cuelgan a los lados del cuerpo, pero también se pueden poner las manos a la espalda, con los dedos entrelazados tocando las nalgas, cuyas contracciones se perciben así mejor.

Ahora, piense en las rótulas que «miran», si así puede decirse, hacia adelante. Luego, sin mover los pies, contrayendo las nalgas, oriente las rótulas al máximo hacia el exterior, y después hágalas «bizquear», sin endurecer la parte superior del cuerpo. La contracción de las nalgas y del bajo vientre engendra un *mula bandha* espontáneo, que es posible mantener mucho tiempo respirando normalmente.

Luego, contrayendo la entrada del *yoni*, sienta cómo el clítoris es atraído hacia abajo. Es posible que entre en erección; en ese caso, tome conciencia de su musculatura. En el clítoris el tantra sitúa el *chakra svadisthana*, el centro vital que activa la *kundalinī*, mientras que *muladhara*, el chakra raíz, está situado en el perineo. *Mula bandha* estimula toda esta zona.

La toma de conciencia de los músculos del clítoris permite aislarlos, controlarlos separadamente e intensificar sus contracciones. Continúe así aproximadamente durante un minuto, luego relájese y, siempre de pie, observe el eco del ejercicio en la zona genital, sobre todo en el clítoris.

Este ejercicio, que tonifica todo el suelo pelviano y el bajo vientre, puede repetirse a voluntad, varias veces al día. Discreto, podría hasta practicarse en público, lo que no es el caso del siguiente...

...el hoola hoop

Se realiza de pie y consiste en hacer describir movimientos circulares a la pelvis, o sea que es una especie de «danza del vientre».

Separe los pies al menos 30 centímetros y gírelos hacia afuera, a la manera de Charlot; luego doble las rodillas para bajar la pelvis unos 20 centímetros, no más. Coloque las manos en las caderas.

En esta posición, ni sentada ni de pie, con el bajo vientre contraído, haga describir a la pelvis un círculo tan amplio como sea posible, como con un aro de *hoola hoop*. Durante todo el ejercicio, el busto y la cabeza deben permanecer inmóviles: todo sucede de cintura para abajo.

Al principio se descompone el movimiento en cuatro tiempos separados:

1. llevar el pubis hacia adelante y hacia arriba, haciendo rotar la pelvis;
2. llevar la cadera a la izquierda;
3. impulsar el trasero hacia atrás;
4. llevar la cadera hacia la derecha.

Encadenados, estos cuatro movimientos constituyen una rotación completa de la pelvis. Haga así tres giros completos en un sentido, luego tres en el otro, y vuelva a la posición de pie, con los pies siempre separados.

Descanse un poco, respire lentamente y observe sus reacciones, sobre todo en el suelo pelviano; luego vuelva a hacer un ciclo de dos veces tres rotaciones, y así sucesivamente, a voluntad.

Este ejercicio moviliza bien la pelvis y aumenta la eficiencia sexual. Los nervios que salen de la columna lumbar son estimulados y tonificados, lo que beneficia todo el aparato genital femenino.

A razón de tres minutos diarios, fortalece y afina las nalgas y contribuye a borrar las placas celulíticas, especialmente los famosos «calzones de grasa». En Madhya Pradesh particularmente, las indias de las tribus tienen una pelvis muy móvil porque sus danzas eróticas incluyen este movimiento de rotación. Más prosaicamente, el *hoola hoop*, efectuado con elasticidad, combate el estreñimiento, ese azote moderno.

El músculo antifrigidez

Mary Cool (nombre inventado, pero el caso es real), ciudadana de los Estados Unidos, de 42 años, se consideraba totalmente «frígida». Evidencia: veinte años de matrimonio, jamás un orgasmo, una sexualidad limitada a algunos breves contactos por año —sí, por *año*— y decepcionantes; en el «mejor» de los casos, no experimentaba gran cosa; en los otros casos su vagina, de una sequedad sahariana, hacía el contacto desagradable para la pareja. En resumen, un verdadero caso de frigidez, aparentemente irremediable.

Otra desventura que, de hecho, ocultaba su ventura, es que sufría de incontinencia de orina. Cuando la presión en el vientre subía bruscamente, por ejemplo estornudando o tosiendo, ¡mojaba más sus bragas que su pañuelo! Lo mismo pasaba si levantaba un peso o corría. No es raro. Triste consuelo para ella enterarse de que una de cada dos mujeres conoce este problema en algún momento de la vida, sobre todo al aumentar la edad.

Después de siete años se hartó y pensó en hacerse operar, cuando una amiga le informó que el doctor Arnold Kegel, ginecólogo, evitaba la cirugía reeducando el músculo púbico. Arnold Kegel es también el inventor del «perineómetro», aparato compuesto de un cilindro de caucho acoplado a un manómetro. Si se coloca el cilindro en el *yoní*, cuando la mujer contrae su vagina tan fuerte como puede, el manómetro indica cortésmente la presión obtenida, y más tarde los progresos.

La primera consulta reveló una atrofia de los músculos vaginales, muy distendidos: la aguja del manómetro se quedaba obstinadamente en el cero absoluto. Mary Cool ignoraba que se podían fortalecer esos músculos, pero después de sólo seis semanas de entrenamiento, la aguja del «perineómetro», subía ya a 12 mm Hg. Después de tres meses, la enuresis desapareció. En la última visita, midió 22 mm Hg en el manómetro y su musculatura vaginal estaba espesa y fuerte.

Ruborizada pero sonriente, Mary comentó al doctor cuanto lamentaba no haber sabido esto cuando tenía veinte años menos para poder controlar y fortalecer ese músculo. Le dijo también que ella y su marido tenían ahora más contactos por semana que antes en un año, es decir, varios. Y le confesó incluso haber experimentado —gran estreno— un orgasmo. ¡Imagínese!

Conclusión: a) *nunca* es demasiado tarde, y b) una mujer considerada frígida es de hecho una mujer sensual que se ignora. Es una lástima que tantas Mary Cool permanezcan de hielo por no enterarse...

En cuanto el doctor Kegel, con la seguridad que le otorgaban los resultados imprevistos y feliz de su tratamiento antienurético, publicó en 1951 un artículo dedicado a la función sexual, donde aconseja, ante todo, examinar los músculos vaginales de las supuestas frías, sobre todo el púbcico. En algunos casos, estableció una relación directa entre la ausencia de sensaciones sexuales y la atrofia más o menos pronunciada de ese músculo. Y viceversa, comprobó que las mujeres sexualmente desarrolladas tienen, en general, una vagina musculosa, firme, elástica, que ignoran prácticamente la enuresis y que tienen muy pocos problemas ginecológicos.

Es lógico: la mucosa vaginal está *muy poco inervada* y es, por tanto muy poco sensible, al contrario que los músculos vaginales. Si éstos están atrofiados y laxos, la percepción que se tenga de ellos será mínima y las sensaciones sexuales quedarán igualmente reducidas. Además, en la menopausia, muchas mujeres carecen de estrógenos y la mucosa vaginal se vuelve escasa y seca. El tantra, gracias a los contactos frecuentes y prolongados, ha despertado la lubricación vaginal en mujeres menopáusicas desde hacía tiempo, lo cual hace suponer que han secretado hormonas en cantidad suficiente; esto puede también evitarles la osteoporosis, sin tener que tomar hormonas artificiales. Todo lo que antecede tiene como objetivo «vender» a las Shaktis las prácticas tántricas destinadas a fortificar su músculo púbcico, ¡sin necesidad del «perineómetro»!

Si los ejercicios precedentes se ocupaban de los *esfínteres* y los *elevadores del ano y la vagina*, los siguientes apuntan a fortalecer el músculo púbcico, que es el que forma la parte esencial del suelo pélvico. Uniendo el pubis al cóccix, se parece a una hamaca con tres orificios: el ano, la vagina y la uretra.

Primer ejercicio

Ponga en el suelo una alfombra o una manta bien enrollada y siéntese a horcajadas sobre ese gran cilindro, arrodillada. Cuide que la vulva y el cóccix estén en estrecho contacto con el cilindro; esto facilita la toma de conciencia del músculo púbcico, lo cual hace que se sientan los efectos del ejercicio.

Las manos servirán de «perineómetro». La izquierda se desliza entre el cilindro y la vulva, a la que cubre. Si está desnuda, inserte el dedo gordo solo o con el anular en la vagina.

A continuación la mano derecha se desliza detrás de la espalda: el dedo oprime el espacio comprendido entre el cóccix (que hay que tocar) y el ano. Dicho de otra forma, el dedo gordo izquierdo en la vulva, el derecho en el cóccix.

Ahora está lista para practicar. Cierre los ojos para concentrarse mejor. Inspire profundamente, luego vacíe los pulmones a fondo, retenga la respiración y contraiga al máximo el músculo-hamaca hasta hacer vibrar todo el suelo pelviano. Bajo el dedo gordo de la mano derecha hay que sentir moverse el cóccix impulsado hacia adelante. La mano izquierda sentirá reaccionar la vulva, y el dedo gordo, insertado en la vagina, quedará apretado. En este estadio es normal contraer simultáneamente el músculo púbcico, las nalgas y los esfínteres del ano: la disociación vendrá más tarde. Por el momento, lo esencial es fortalecer.

Cuando la retención del aliento deje de ser agradable, reinspire, luego relaje el suelo pelviano. Descanse durante dos o tres respiraciones normales, y después recomience (dosis media: cinco veces).

Este ejercicio puede hacerse también sentada en una silla, preferentemente tapizada para que haya un buen contacto entre la vulva y el asiento. Si no hay testigos molestos, coloque las manos como he indicado... En caso contrario, puede hacerse dicretamente, pero sin las manos no se sigue tan bien el desarrollo de la práctica.

Nalgas firmes y musculosas

Además del músculo púbico, unas nalgas firmes y musculosas son una baza sexual importante para Shakti.

El ejercicio es sencillo: sentada en el suelo en posición del sastre —o eventualmente en loto— o sobre una silla, vacíe los pulmones a fondo, retenga el aliento y endurezca las nalgas al máximo. Cuando la retención de la respiración resulte desagradable, reinspire y distienda las nalgas. Después de algunas respiraciones normales, repita lo mismo tres o cuatro veces. Más tarde, ejercítese en contraer *separadamente* el músculo púbico y las nalgas. Luego también hará el ejercicio continuando con una respiración *normal*, lo que permite aumentar la duración y la potencia de las contracciones.

Regla: el descanso durará el doble del tiempo de la contracción.

La etapa siguiente consiste en contraer y relajar esos mismos músculos *varias veces seguidas y muy rápido*. Además de su uso tántrico, estos ejercicios evitan muchos problemas ginecológicos, sobre todo después de un parto y en la menopausia.

Las nalgas, muy importantes para la eficiencia sexual, tanto masculina como femenina, contribuyen mucho al *sex-appeal* femenino. Entre los procedimientos comprobados, puedo citar a las bailarinas de antaño que se ponían entre las nalgas un disco de medio centímetro de espesor y de cinco centímetros de diámetro. A falta de ello, servirá una goma de borrar.

El ejercicio se practica de pie. Una vez colocado el disco (o la goma) entre las nalgas, inspire a fondo, retenga el aliento y con las nalgas apriételo con fuerza; luego mueva la pelvis llevando el pubis hacia adelante y hacia arriba. Manténgase así todo el tiempo posible; después vacíe los pulmones. Relájese. Repítalo cinco veces. También se puede hacer sin accesorio.

Muslos delgados

Unos muslos delgados y musculosos son un atractivo sexual importante para los tántricos de ambos sexos.

De pie, con los pies separados unos 30 centímetros, deje caer el peso del cuerpo sobre los talones. Inspire, luego retenga el aliento; después de la retención, gire sobre los talones para orientar los dedos de los pies lo más posible hacia afuera, a la manera de Charlot. Al mismo tiempo, mueva el pubis hacia adelante y hacia arriba y contraiga los músculos elevadores de la base del *lingam* o de la vagina. Manténgase así el mayor tiempo posible y luego vacíe los pulmones y relaje todos los músculos. Repítalo de tres a cinco veces.

El mismo ejercicio se hace apoyando el peso del cuerpo sobre los dedos de los pies y girando los talones (levantados del suelo) hacia el exterior para fortalecer los otros músculos de los muslos.

Ejercicio en pareja

La pareja tántrica india formada por Arvind y Shanta Kale proponen el ejercicio siguiente: «La pareja se instala frente a frente, cada uno sobre un taburete, a una distancia que les permita apretarse mutuamente las rodillas. Teniéndose por los hombros, quien tiene las rodillas aprisionadas quiere apartarlas; el otro, al contrario, quiere impedirselo. Hay que apretar al máximo, contar hasta seis y luego relajarse e invertir los papeles. Aumentar progresivamente la duración del ejercicio hasta cinco minutos en total. Una vez por semana es suficiente».

El perineo, encrucijada estratégica

Los detalles anatómicos, aunque un poco áridos, son necesarios para comprender y ejecutar bien los ejercicios, sobre todo los que conciernen al perineo:

«Oficialmente» el perineo engloba todos los tejidos blandos que cierran la abertura inferior de la pelvis, por tanto se trata de una zona bastante extensa, que prefiero llamar *suelo pélvico*, para evitar toda confusión. Entre nosotros, convengamos «oficiosamente» que perineo = *cuerpo perineal*. Su nombre latino, *centrum tendineum*, da una idea inexacta del mismo, pues, constituido por tejido fibroso y por músculos, no es un tendón. Para localizarlo mejor, véanse las figuras de las páginas 286 y 305.

Su situación entre el ano y el *yoní* o entre el ano y el bulbo, en la raíz del *lingam*, hace de él un verdadero Gibraltar tántrico: todos los músculos genitales mayores (¡ocho!) y las fibras musculares del recto y del ano convergen y se imbrican allí. Es verdaderamente un *nódulo*, compacto como un nudo bien apretado. El parto lo maltrata y las lesiones son frecuentes: si no es reparado por el cirujano, el elevador del ano puede quedar abierto en el suelo pélvico.

Este accidente, pues eso es, se llama *cistocele* —hernia de la vejiga que sobresale en la vagina— y con frecuencia va acompañado por el prolapso del útero, incluso de los ovarios y del recto. El ejercicio siguiente fortalece los músculos genitales y reduce mucho este riesgo, al mismo tiempo que hace grandes aportaciones en el plano tántrico.

Se debe proceder del modo siguiente. Póngase de rodillas sobre o entre los talones, o simplemente sobre una silla. Cierre los ojos y olvide temporalmente los esfínteres del ano y su elevador, así como los músculos del *yoní*, y limite su concentración al nódulo, al perineo. Cuando esté bien interiorizada, sin prisa, contraiga sucesiva y *concéntricamente* todos los músculos unidos al perineo como otros tantos radios. Apriete a fondo el suelo pelviano hasta que vibre, luego endurezca los músculos del bajo vientre, pero *no* las nalgas, ni los muslos, ni la parte inferior de la espalda. Respire normalmente y permanezca en contracción el mayor tiempo posible. Al principio sólo serán algunos segundos, pero con un poco de práctica aguantará fácilmente un minuto o más.

Observe que en este ejercicio la contracción se propaga, a partir del nódulo perineal, *concéntrica* y *progresivamente* a todo el suelo pelviano.

La segunda parte del ejercicio comienza... cuando usted ya no puede mantener gradualmente la contracción. No se deje ir de golpe: la tensión debe disolverse en sentido inverso, es decir, desde la periferia hasta el punto de partida, el perineo.

Luego relaje esos músculos y siga dirigiendo el pensamiento hacia toda la zona permaneciendo atenta a las sensaciones percibidas (calor, pulsaciones, vibraciones sutiles, etc.), gracias a lo cual el *prāna*, la energía vital, afluye al lugar. Esta fase de relajación y de interiorización es al menos tan importante como la fase contráctil, pues es entonces cuando la energía vital, activada por los ejercicios, se redistribuye por toda la zona genital.

Una contracción seguida de una relajación larga constituyen un ciclo. El ejercicio completo comprende al menos tres ciclos. Se practica en cualquier parte, en cualquier lugar, y concierne tanto a Shiva como a Shakti.

Estos ejercicios, que apuntan directamente al *maithuna*, cuya plenitud aseguran, tienen sin embargo un valor absoluto: son útiles para todo el mundo, incluso fuera de todo contacto sexual, pues atraen la energía vital hacia las gónadas; así tonificadas, éstas producen un excedente de hormonas de rejuvenecimiento. Los efectos son acumulativos, es decir que se suman y se intensifican con el tiempo, lo que debería estimular su práctica cotidiana.

Iniciación tántrica en Occidente

La iniciación tántrica en Occidente plantea un problema, expresado en la carta siguiente: «Muy interesada en el tantra, he leído una abundante literatura sobre el tema y considero que este modo de ser y de pensar es el más audaz que conozco. Sin embargo, no he intentado nunca una iniciación, por temor a la imagen de marca difundida en Occidente del tantra como «yoga sexual», que lo identifica con una serie de acrobacias lúbricas y que da origen a muchos charlatanes.

»De modo que me permito preguntarle donde podría abordar esta práctica con serenidad, o encontrar personas dignas de confianza».

Le respondí que no estaba en condiciones de darle una dirección. En realidad el problema existe, y aumentará en la medida en que el tantra vaya ganando terreno. A causa de la reputación de lubricidad que atribuyen a los tántricos sus enemigos, a causa también de la discreción de los verdaderos tántricos, hay individuos turbios que, bajo la cubierta del tantra, se entregan —y se entregarán— a prácticas más que dudosas. Y esto también en la India, pues los auténticos gurús tántricos allí son escasos y además la hostilidad ambiental los hace esconderse. Desconocidos por el público, es muy difícil encontrarlos.

¿Es una situación sin salida? No, pues creo que es posible transmitir por escrito lo esencial del pensamiento y de las prácticas del tantra; si no, ¿cuál es el sentido de este libro? Una obra sería me parece —¡y con mucho!— preferible a una pseudoiniciación por pseudotántricos. Existen buenos libros sobre el tantra, pero lamentablemente, en cuanto se trata de la práctica concreta enmudecen, lo cual, dentro de todo, es mejor que publicar tonterías.

Comprendo la reserva de estos autores y he dudado mucho tiempo antes de publicar lo que he podido rebuscar y reunir durante años. Al final, pensé que de continuar callando hacía el juego a los pseudotántricos. Una información correcta es en mi opinión la mejor defensa contra los falsos gurús actuales y futuros y permite ir muy lejos en la vía tántrica sin otra ayuda.

Sin embargo, cuando un número suficiente de adeptos estén preparados, será posible la iniciación *completa* y concreta en silencio y con discreción. En este sentido, algunas reglas inmutables acompañan a toda iniciación auténtica: siempre es individual y sólo se produce después de una minuciosa preparación física y psíquica frecuentemente de varios años de duración. Y todo en un contexto espiritual auténtico.

En resumen, se plantea el problema del gurú, que en el tantra tiene una función más crucial aún que en el yoga.

Gurú y discípulo

Desde siempre el gurú ha sido el pilar del tantra, sobre todo en la Vía de Izquierda, en la que su relación con el discípulo alcanza una intensidad y una intimidad que sólo pueden comprender los que la han vivido. Como con las fresas, para qué hablar: comiendo una sola se aprende más sobre su sabor que con todos los tratados del mundo. Sin embargo, si bien es imposible transmitir la experiencia misma, describirla ayuda a distinguir al verdadero gurú tántrico de los pseudogurus.

La afirmación «cuando el discípulo está preparado, el gurú aparece» es literalmente cierta. Pero el adagio opuesto también es verdad: «Cuando el maestro está preparado, el discípulo aparece». Su encuentro, imprevisible, es un acontecimiento que marca sus vidas de forma tan indeleble como un tatuaje. Señalemos que, en el tantra, gurú y chela son con frecuencia de sexo opuesto y que «el» gurú puede también ser «una» gurú.

Ni el discípulo ni el gurú salen a la búsqueda uno del otro: esperan que «eso» se produzca. Este improgramable «eso» escapa al azar que rige la mayoría de los encuentros humanos. En muchos sentidos, se parece al flechazo amoroso, porque se reconocen de entrada. ¿En qué? Pregunta sin

respuesta: es así, y eso basta. *Ellos* saben. Su encuentro, misterioso, se parece más a un hallazgo que a un descubrimiento. Crea de entrada entre ellos un lazo ineluctable, definitivo y cargado de emoción: «después» nada es como «antes».

El gurú tántrico es al mismo tiempo un instructor, un maestro, un depositario de la tradición y un guía que disipa las dudas, que transmite una enseñanza y técnicas, que dirige la práctica. El discípulo muy frecuentemente —pero no necesariamente— se ha preparado durante largo tiempo para este encuentro gracias a la práctica de técnicas yóguico-tántricas, bajo la dirección de diversos instructores.

La reciprocidad de su relación produce una catálisis psíquica. Lo que ni uno ni otro podría realizar aislado, separado, se produce en su presencia recíproca. En ningún caso se trata de una relación de subordinación, ni siquiera la que existe entre un maestro que sabe, enseña, domina, y un alumno aplicado, sumiso. El gurú no explota jamás a sus discípulos; la explotación es una característica de los pseudogurus. Esta relación tampoco va en un sentido único, dando uno, recibiendo el otro. El gurú recibe al menos tanto como da, hasta el punto que a veces es difícil distinguir cuál de los dos es el gurú, porque serio no tiene nada que ver con el sexo, la competencia, la edad o los años de práctica.

Esta relación depende de una condición esencial: *practicar juntos*, y su relación guruchela se les revela frecuentemente por el hecho de que desde las primeras prácticas se desencadenan reacciones espectaculares, por ejemplo un despertar de energías nuevas (kundalinī). En Shakti esto puede ser lo que a falta de un término más adecuado se denominaría «orgasmo». Por la magia de esta catálisis recíproca, en poco tiempo pueden alcanzarse niveles de experiencia y estados de conciencia a los cuales otros intentan acceder en vano, incluso al precio de una larga y rigurosa as-cesis. Además, su relación es definitiva: no existe un «divorcio».

La relación guru-chela implica con mucha frecuencia, si son del sexo opuesto, relaciones sexuales concretas, de una intensidad extraordinaria comparada con las experiencias ordinarias. Frecuentemente también viven separados y sólo pueden encontrarse físicamente en raras ocasiones. Mientras tanto cada uno prosigue independientemente una vida sexual rica con su compañero habitual, tántrico o no, sin que se sientan celos. La relación guru-chela, lejos de destruir una pareja eventual, puede por el contrario enriquecerla y fortalecerla. ¿Paradójico? ¿Inadmisible? Según nuestros conceptos tal vez; pero, ¿hasta dónde son válidos? ¿Son absolutos y universales? Cualquiera que sea la respuesta, nadie está obligado a compartir esta visión de las cosas.

Todo lo que caracteriza la relación amorosa habitual (posesividad, celos, etc.) no existe entre ellos, y forman una entidad que se parece mucho a la relación entre gemelos. Y creo que lo que hace que esa relación sea indisoluble es ese «gemelismo» espiritual. Incluso los largos períodos de separación física carecen de tristeza. Su relación trasciende el tiempo y el espacio. En su meditación cotidiana, se unen en el plano sutil, pero incluso sin meditación y sin tomar conciencia de ello, sus psiquismos permanecen en contacto constante, tal vez incluso más allá de la muerte. ¿Quién sabe?

Este encuentro es excepcional, pero existe. A veces gurú y chela viven en la proximidad durante muchos años, la evolución de uno resonando sobre la del otro, gracias a la misteriosa catálisis a que me he referido antes.

Todo lo que precede implica que el gurú tántrico no tiene y no puede tener sino pocos chelas; su relación con cada uno de ellos será muy diferente. En consecuencia, el gurú tántrico no tiene ni un gran *ashram* ni una cohorte de discípulos. Con frecuencia hasta es desconocido como gurú. A veces, numerosos adeptos lo siguen, lo escuchan, pero entre ellos hay pocos chelas.

La conclusión es simple y, aparentemente, poco alentadora: pocos de los que buscan tienen la posibilidad de encontrar un gurú, perdón, *su* gurú, no sólo en Occidente sino en la India. Entonces, ¿no tienen esperanzas? El buscador sincero encuentra siempre bastantes indicaciones y ayuda para poder seguir su vía con éxito. Un gurú es una ayuda preciosa, irremplazable, pero para el que tiene

un verdadero deseo, hay siempre el gurú supremo, el Sí mismo, que es su esencia sutil...

¿Equivocarse de gurú?

Cuidado con los embaucadores: nuestra ingenuidad es su fuerza y, créame, ya están haciendo estragos en Occidente, prometiendo todo tipo de maravillas. Se les cree porque son indios y se adornan con nombres rimbombantes. Pero, habrán observado que se guardan bien de prometer que en el espacio de un breve fin de semana volverán a cualquiera, de cualquier edad, elástico como una liana. Sencillamente porque todos saben que una columna rígida no se ablanda en un abrir y cerrar de ojos.

Por el contrario, tienen la cara dura de prometer, en algunas horas, el despertar de la *kundalinī*, la apertura de los *chakras*, el *samadhi*, todas estas cosas mucho más arduas que las acrobacias corporales: para acceder a ellas los adeptos indios se dedican a una larga práctica guiados por un verdadero gurú. Y a estos embaucadores se les cree. Y funcionan. Y se les paga elevados precios. Esta es la receta infalible: un poco de decorado en las ropas, añada una pincelada de carisma, incorpore uno o dos pequeños trucos —conocidos por todos los hipnotizadores de feria— y sírvalo con un poco de publicidad; así pueden obtenerse efectivamente en poco tiempo efectos que sorprenden a una mente no advertida.

Sin valor ni significación tántrica, esos trucos pueden sin embargo desequilibrar una mente frágil, y en caso de desperfectos (que sólo se descubren tardíamente) no hay que contar con ellos para el servicio postventa; les trae sin cuidado. Además, el gran maestro ya ha partido hacia otros horizontes, bajo otros cielos, a desplumar a otros pájaros, que con frecuencia son pájaras. Conclusión: el escepticismo y la desconfianza total son de rigor frente a estos «gurús» viajeros.

A propósito, en la India, un gurú se hizo célebre «materializando» todo tipo de objetos: anillos, monedas, joyas y otras cosas. Ahora pasa por ser un gran maestro espiritual y tiene innumerables adeptos. Ninguno de ellos parece darse cuenta de que esto se ve en cualquier *music-hall*. Pero, bajo el cielo indio, impresiona... Por mi parte, tendré fe en esos poderes «sobrenaturales» cuando, en lugar de *pequeños* objetos, materialicen ante mí una hermosa locomotora a vapor, por ejemplo... O un barco. Pero tampoco eso bastaría para que fuera mi gurú. Un verdadero gurú no tiene necesidad de hacer espectáculos para sus adeptos.

Que estos pseudogurus se tranquilicen: a pesar de todas las advertencias, siempre dispondrán de una reserva inagotable de ingenuos, tanto entre nosotros como en la India. Pero, al menos, yo dormiré en paz por no haber sido su cómplice callando.

¿Les he revelado ya el nombre de mi gurú favorito? Se llama Su Santidad Mahārishi Yogirāja Bonsensanandadji. Lo consulto con frecuencia, pues da buenos consejos, pero lamentablemente pocos se dirigen a él, lo cual es algo característico de los verdaderos gurús. ¿Será porque sus consejos son raramente románticos, o —¡lo que es mucho peor!— porque son gratuitos?

Un ritual para Occidente

Me encuentro ahora ante la delicada tarea de proponer un ritual tántrico a los occidentales que somos, un ritual que sea auténtico, se adapte a nuestro modo de vida y respete nuestras convicciones, especialmente las religiosas. Para este último punto, no hay problema, pues si bien el tantra es un culto, no es una religión, y un ritual no es una «misa» pagana, sino más bien la repetición de actos *significativos* destinados a liberarnos de la rutina cotidiana para acceder a las realidades supremas ocultas en nosotros mismos.

Para fijar las ideas, precisemos en primer lugar los objetivos del culto. Recuerdo que mi cuerpo es a la vez sujeto y objeto del culto tántrico, el cuerpo como templo, es decir, lugar privilegiado del espacio donde operan las fuerzas cósmicas. En *Sakti and Sakta*, Arthur Avalon escribe: «En el

cuerpo están presentes las energías supremas de Shiva y Shakti que penetran todo lo que existe. En realidad, el cuerpo es un gran depósito de poderes (Shakti). El objetivo del ritual tántrico es despertar esas energías a fin de que alcancen su expresión más lograda». A fin de cuentas, el tantra me propone despertar mis potencialidades latentes, por tanto expandir mi personalidad, lo que no entra en conflicto con ninguna religión. A propósito del cuerpo y de sus poderes, pensemos en el capítulo «Mi cuerpo, un universo desconocido».

En cuanto al ritual, apuntará al principio a hacer tomar conciencia de las fuerzas cósmicas reales y vivientes, presentes en mí como en mi compañera o compañero, si practico en pareja, lo cual es muy deseable. Después de haber tomado conciencia de esta energía, habrá que despertar por medio de eventuales prácticas yóguicas, como el *prānāyāma*, por ejemplo (véase mi libro *Pranayama*), pero *sobre todo* mediante el *maithuna* tántrico, que será el punto culminante.

A primera vista, la solución más fácil sería describir uno u otro ritual tántrico indio, pero sería muy difícil trasladarlo con validez a Occidente. Complicados y complejos, esos rituales requieren primero una disciplina cotidiana, un entorno favorable, mucho tiempo, algo raro en Occidente, pero sobre todo una iniciación seria por el gurú, lo que ya no es usual en la India, mucho menos en Occidente. La otra opción consiste en adoptar un ritual muy «desnudo», lo que no es sinónimo de amputado ni de rebajado. Es factible si nos remontamos a las fuentes para encontrar allí la simplicidad de los orígenes.

Para demostrarlo, propongo una comparación. La misa católica es una ceremonia compleja y, cuando se trata de una misa cantada, es muy complicada. Pero ni la complejidad ni la complicación estaban presentes en el origen, en la última Cena, cuando Cristo compartió el pan y el vino con sus apóstoles y al final les dijo: «Haced esto en memoria mía». Partiendo de este núcleo esencial, con el paso de los siglos, la Iglesia ha desarrollado la ceremonia, que se ha convertido en la misa actual: una misa solemne en la catedral de San Pedro en Roma está muy lejos de la última Cena, sin la cual, sin embargo, perdería todo su sentido.

El tantrismo hace algo parecido: en torno a las cosas simples del comienzo, poco a poco, con el correr de los milenios, se han injertado prácticas, importantes ciertamente, para llegar a los complicados rituales actuales, incluida la *chakra pūjā*, que se deriva de los acoplamientos colectivos de los ritos de la fertilidad. Ahora bien, sin documentos ni testimonios, ¿cómo puede esperarse encontrar la sencillez de los orígenes; Creo que el camino está trazado: hay que atenerse a los elementos esenciales, con un mínimo de florituras.

Lo esencial se encuentra en ese extracto del *Lukārnarva Tantra*, VI, 56: «El adorador entra en el ritual cuando accede al estado de conciencia en que percibe la divinidad, en que está verdaderamente en relación con lo divino, en que se ofrece a lo divino. Para ello, hay que tomar conciencia de la propia divinidad». Ahora bien, el cuerpo es «divino», es decir, permanentemente producido por la Inteligencia suprema que lo mantiene con vida. Esta Inteligencia es mi Sí mismo profundo, distinto del «yo». Eso *es* lo esencial.

Ahora bien, tengo pocas o incluso ninguna esperanza de lograrlo en tanto el «yo» permanezca en el plano de conciencia empírica de vigilia, y es aquí donde interviene el ritual, que no será algo rígido, fijo: cada uno, por medio de reglas simples, puede crearse el suyo propio.

En teoría, no tendría necesidad de nada, sino de instalarme en una posición adecuada para la interiorización, sentado, con la columna vertebral recta, observando mi respiración, entrar yo en mi cuerpo y hacer allí, por ejemplo, la meditación sobre la Vida que les he propuesto, hasta que experimente que la Vida, presente aquí y ahora en mi cuerpo, se transmite sin interrupción desde el origen hasta mí, que de hecho «yo» *soy* esta Vida que supera mi individualidad y que la Vida «me» vive.

Sin embargo, esta experiencia se hace mejor en unión con adeptos favorables. Y en primer lugar el «dónde» es importante. Así hay que prever un refugio, un lugar en la casa en la que puedan aislarse, si fuera posible reservado sólo para el ritual tántrico. Entonces, ¿por qué no el dormitorio;

En esta habitación se trata de preservar un rincón para preparar un pequeño «altar», palabra que podría asustar al creyente que temería preparar un culto herético, mientras que el ateo podría ver en eso un «truco» religioso. En realidad hubiera podido escribir «mesita», lo que no hubiera chocado a nadie, pero prefiero «altar», palabra en la que se sobreentiende lo sagrado. Y *nosotros* sabemos que lo sagrado existe también fuera de todo contexto religioso: la vida es sagrada, la tierra es sagrada, la patria también, etc.

Este altar será secreto; no debe ser «profanado» por miradas indiscretas. Basta con una pequeña mesa baja, cubierta de una tela preciosa, seda por ejemplo. Encima se pondrán los objetos simbólicos adecuados. Enumero algunos: un *yantra*, un triángulo rojo, con una vela en el centro que represente a Shiva o el *lingam*. Si el lector ha traído de la India un *lingam* verdadero, puede colocarlo en medio del triángulo rojo. A falta de *lingam* o de estatuilla de Shiva danzando, una imagen que los represente puede bastar, y no me extenderé sobre su simbolismo, que ya es conocido.

Es indispensable que algún objeto represente para el lector el *maithuna* cósmico para tomar conciencia de que el universo ha sido engendrado por un acto de amor, por la unión de los principios cósmicos masculino y femenino. Si le gusta alguna otra imagen simbólica, no dude en ponerla. Si no tiene nada de todo eso, imite a los pobladores del sur de la India, para quienes una simple piedra erguida simboliza la unión de Shiva y Shakti. Entonces, en un recipiente, preferentemente hemisférico, ponga un poco de arena (elemento Tierra) y plante allí una piedra, por ejemplo un hermoso guijarro ovoide, que simbolizará el Agua y el *lingam*.

Un jarro en forma de ánfora (símbolo del útero materno y del útero cósmico) lleno de agua coloreada simboliza tanto el agua de los- orígenes donde nació la vida como el líquido amniótico. Una concha evocaría también a nuestra Madre, la mar. Pero sobre todo hacen falta flores, por humildes que sean, pues ninguna *pūjā* se concibe sin flores, expresiones vivientes del dinamismo creado universal, también símbolos de la belleza del universo.

En la India los mismos participantes preparan el altar antes del ritual, es decir que tocan y disponen ellos mismos los objetos simbólicos: esto contribuye a introducirlos en el ambiente. Simbólicamente también se han purificado, es decir, duchado y perfumado.

Todo está en su sitio; ahora se trata de crear el ambiente adecuado. Necesariamente el ritual se desenvolverá en la penumbra: sólo la vela, que reemplaza a la lámpara de aceite tradicional, lo ilumina débilmente. Si ha podido conseguir algunos bastoncitos de incienso indio, encienda tres o cuatro: crean un ambiente propicio. A falta de ello servirá algún perfume. También hay que prever un fondo musical, erótico preferentemente, que no debe ser necesariamente música india, aunque ésta sea perfecta. Todo debe disponerse para crear un clima de belleza, de «lujo, calma y voluptuosidad», un lujo bastante relativo, por supuesto.

Los adoradores, vestidos si fuera posible con peinadores livianos de seda preciosa, se sientan, lado a lado, sobre la alfombra mullida, frente al altar. Las rodillas pueden tocarse, lo mismo que las manos, para establecer un primer contacto físico discreto. Luego, mirando fijamente la llama, que debe ser estable y corta, observan su respiración y se impregnan de los objetos simbólicos presentes y de su significado. Esto no se expresará con palabras, no hay que «intelectualizar»: se trata simplemente de abrirse a los símbolos, de dejarlos penetrar en el inconsciente, que los descifrará.

Cuando la mente esté en calma, ella y él se pondrán frente a frente, sentados en la posición del sastre, por ejemplo, con las rodillas tocándose, igual que las manos. Se mirarán a los ojos, penetrándose de su presencia recíproca, y sentirán tal vez el deseo que surge. Ninguna prisa. Después de algún tiempo, él pondrá entre los dos la fuente con lo que se habrá previsto comer: galletas, frutas... No es necesario reunir las cuatro M de la *chakra pūjā*, pero tampoco está prohibido. Ella repartirá el alimento, luego comerán en silencio pensando que el alimento pasará a formar parte de sus propios cuerpos y que dependemos del mundo exterior para sobrevivir.

Ahora viene un momento de gran intensidad. En un bol hemisférico, ella echará vino tinto,

beberá lentamente un trago o dos, mirando a su compañero a los ojos, luego ella se lo ofrecerá, y él beberá también: el bol pasará del uno al otro. Cuando esté vacío, volverán a su actitud de meditación profunda durante algún tiempo. La iniciativa de las primeras caricias debería recaer en la Shakti. En la India se procede "primer al *nyasa*, es decir, se tocan diversas partes del cuerpo en un orden bien definido, para percibir las, pero sobre todo para despertar las energías. En todo caso es el momento en que ella se quitará el peinador: desnuda, será el símbolo viviente de la diosa de los orígenes, no, ella *es* la diosa encarnada, la Shakti cósmica.

La continuación depende de la pareja, pero nada debe ser fijado rutinariamente; lo que importa es un acercamiento lento y respetuoso, una escucha recíproca: nada debe hacerse con prisa. El *maithuna*, lo sabemos, será el momento culminante y más significativo del ritual, y la parte práctica del libro aporta las enseñanzas necesarias para convertirlo en una experiencia lograda. La unión sexual será una fiesta en la que participarán todas las fibras, todas las células del cuerpo, la fiesta de la unidad reencontrada, el retorno al andrógino primitivo, la repetición, en tiempo real, del acto creador cósmico, la inmersión en el *ānanda*, la felicidad.

Aquí se detiene todo comentario, sólo permanece lo vivido.

El mensaje de Nataraja Guru



Según mi madre, nací con cofia.¹⁰ Parece que es un signo de buena suerte, y, sin ser supersticioso, comienzo a creerlo.

Sin embargo el comienzo no fue bueno. En efecto, apenas eliminada la famosa «cofia de la suerte», fui gratificado con una enteritis terrible, hasta el punto que a los seis meses pesaba lo mismo que al nacer, lo que perturbó mi salud y mi crecimiento hasta mi adolescencia, e incluso después. Endeble, de salud delicada, siempre era el flacucho de la clase a quien «los grandes» empujaban. ¿La mala suerte? Aparentemente sí. Reflexionando, no. Luego no faltaron los problemas, como le sucede a todo el mundo.

Mi primera suerte evidente fue pasar dos años de estudios cruciales con un profesor notable que conocía a las mil maravillas la lengua y la literatura francesas, y sabía enseñarlas y hacerlas apreciar. Sin él no hubiera podido escribir este libro ni los anteriores.

Creo que también a la suerte le gusta disfrazarse. Así, la guerra fue una oportunidad camuflada de prueba, de la que salí enfermo y debilitado, pero fue precisamente eso lo que me llevó indirectamente a la oportunidad de mi vida, la de descubrir el yoga, recuperar la salud y más tarde descubrir el tantra.

Todo esto lo debo a tres encuentros «fortuitos». El primer sabio que marcó un verdadero giro en

¹⁰ Con la cabeza y parte del rostro cubiertos por la placenta. (N. de la T.)

mi vida fue un yogui anónimo de Chidambaram, al que debo el hecho de haber aprendido a meditar. Después vino *swami* Sivananda, de Rishikesh, que me inició en el yoga físico y mental, y luego me incitó a editar la revista YOGA, que escribo desde hace 25 años.

Sin embargo, mi oportunidad decisiva fue conocer a Nataraja Gurú, un ser excepcional que me reveló y me hizo conocer la otra India, «su» India, la de los drávidas, oprimida por el brahmanismo. Coincidencia: los tres hombres son del sur de la India, o más bien «eran», pues ya no están en este mundo.

Nataraja Gurú era uno de los espíritus más penetrantes de nuestra época. Desde su juventud había sido el discípulo favorito de Narayana Gurú, fundador de un movimiento espiritual en su Kerala natal que agrupaba a más de dos millones de adeptos, y que veía en él a su delfín. Por ello lo hizo educar. Nataraja Gurú tenía una cultura y una memoria prodigiosas. Hablaba varias lenguas dravídicas, además del sánscrito, el inglés y el francés. Sabía de memoria las escrituras y los tratados de filosofía de la India.

Su maestro, que quería completar su cultura india con una educación al modo occidental, lo envió a estudiar a Inglaterra. Incluso vivió en París y obtuvo un título en la Sorbona, en francés, por supuesto. Luego regresó a la India, donde creó su propio centro en los Nilgiris, las montañas azules.

Lo conocí hacia el fin de su vida. El pensamiento tántrico no tenía ningún secreto para él y nos vimos con frecuencia, frente a frente, durante largas horas. Era inagotable. Espíritu tan universal como es posible en nuestra época, citaba de memoria y textualmente tanto a Teilhard de Chardin como a Karl Marx, a Shakespeare o a Einstein, y abordaba los temas más diversos, desde las matemáticas modernas más avanzadas a la Saundarahary.

Tenía una posición crítica respecto de nuestra civilización moderna, y reproduzco lo que escribió en 1967 en su revista *Valúes*, casi confidencial, que publicaba en la India. Es un mensaje que nos confía más allá de la muerte.

Nataraja Gurú comienza su editorial citando a su propio Maestro, Narayana Gurú.

«El hombre recorre el planeta como un demonio destructor. A su paso siembra la devastación. Elimina los árboles, destruye la belleza de la naturaleza para reemplazarla por plantaciones uniformes o por ciudades y fábricas malolientes con el fin de saciar sus deseos sin límite. No contento con destruir en superficie, ataca la corteza terrestre misma, a la que debilita con sus extracciones desconsideradas.

»Acumula detritus, y su ambición sólo estará satisfecha cuando haya destruido toda vida. Esto no tendría importancia si los hechos del hombre le concernieran sólo a él. Pero los animales inocentes, los pájaros del bosque, ya no viven en paz a causa del hombre. El resto de la naturaleza le estaría agradecida si, en su proceso de autodestrucción, tuviera el buen sentido de destruirse nada más que a sí mismo y dejar el resto de la creación en paz, lo cual es su derecho de nacimiento.»

Salvar la civilización

Luego Nataraja Gurú sigue evocando nuestro planeta, convertido en un cubo de basura, el cemento que cubre millones de hectáreas más cada año, la deforestación que desertiza, la contaminación de la tierra por los productos químicos y sobre todo por los pesticidas, la contaminación del aire y los mares, que se han convertido en vertederos a cielo abierto, donde el plancton, generador microscópico de toda vida marina, está amenazado, etc.

Cita al doctor James Oliver, biólogo del *American Museum of Natural History*: «Estamos en vísperas de una gran catástrofe ecológica». Si todavía viviera, Nataraja Gurú hablaría de la destrucción progresiva de la capa de ozono de la estratosfera, que amenaza toda vida. Estos temas son demasiado conocidos y ahorro el detalle.

Esta destrucción y esta contaminación no perdonan a la India. Nataraja Gurú prosigue: «La

contaminación no está reservada solamente a los llamados países desarrollados. En Monghyr, el año pasado, la gente tuvo que abstenerse de beber agua del Ganges, contaminada por los desechos vertidos en el río por las fábricas. La ignorancia de la nocividad de los pesticidas y de los residuos químicos lleva a abusos. En los Nilgiris, la alta meseta del sur de la India, gracias al uso masivo de pesticidas, se obtienen cosechas copiosas de patatas enormes que dan fama a esta región. Pero, llevados por las lluvias, estos venenos penetran en las patatas e intoxican a los humanos. (Nataraja Gurú no hubiera dejado de citar Bophal y la catástrofe de la Union Carbide, cuyas víctimas esperarán, durante largo tiempo todavía, una indemnización, aunque sea parcial.)

»¿Recuerdan cuando los sabios eran optimistas, antes de la época de los desfoliantes, de los insecticidas y de los desechos nucleares? Predecían el advenimiento de la edad de oro y el retorno al paraíso terrenal. Pero el optimismo ha desaparecido, salvo en los países en vías de desarrollo, en Asia, en África, en América Latina, donde los políticos se dejan corromper por los fabricantes de veneno. Las grandes multinacionales son totalmente indiferentes al hecho de que millones de seres humanos de color se intoxiquen, lenta pero seguramente. Poco les importa: hay que hacer dólares o cerrar el negocio.

»Sólo en las partes del mundo donde no se desarrollan todavía grandes ciudades, sobre todo en los trópicos, donde los campesinos viven desde hace miles de años en armonía con la naturaleza, se jactan todavía de los méritos falaces de la ciencia y el progreso, se mantiene el mito de la civilización y de sus maravillas.

»Pero Occidente comienza a darse cuenta del porvenir trágico que nos espera. Porque los mismos sabios, los responsables, los aprendices de brujo, también han sido afectados. Sus inventos han escapado a su control. Ahora se unen a los que protestan contra la devastación, el afeamiento y la contaminación de un mundo que antaño fuera tan bello.

»Por primera vez se evoca la interdependencia de toda la vida en el planeta, la identidad fundamental de todas las cosas, la unidad originaria de nuestro universo visible, lo que los yoguis proclaman desde hace milenios. Comprendiendo esto, sabemos también que si una parte del conjunto se desestructura y se desboca, todo el conjunto está amenazado.

»La naturaleza, desafiada por el DDT, producirá especies resistentes inmunes a este tóxico. Jugando con la química y el átomo, el hombre perturba la naturaleza. Y todo en nombre de una civilización basada en abusos de todo tipo, en el poder, la codicia, el dinero, el lujo, la violencia, las rivalidades, la envidia, las decepciones, las leyes injustas, las restricciones, la intoxicación de las mentes por los medios de comunicación desde la escuela, el abandono de los viejos, los minusválidos y los enfermos, a quienes se recluye en las instituciones para sustraerlos a la vista.

»Con sus muchedumbres y su fetidez, sus chabolas, sus oficinas y sus fábricas, la civilización engendra el malestar físico tanto como las enfermedades mentales. La droga corroe a la juventud y a las *élites*, engendra individuos degenerados, desequilibrados, que rechazan y agreden a todos los que no se les parecen. Sin hablar de la carrera demencial de armamentos, ni de los conflictos incesantes, cada vez más mortíferos.

»No existe peor enemigo del hombre, enemigo de la vida, enemigo de la contemplación, enemigo de la felicidad, enemigo de la sabiduría, que ese monstruo llamado "civilización moderna". Ahora, cuando ya es tarde, después de haber puesto fuego a la morada de la humanidad, los sabios se lavan las manos y quieren salvar al menos su pellejo. Sería bueno, sin duda, salvar a la humanidad, pero la mayoría de los civilizados incluso ignoran que están amenazados. Se niegan a ser salvados, cuando el barco hace agua por todas partes; es el Arca de Noé en versión moderna.

»Sí, sería bueno salvar a la humanidad y, todavía más, salvar todo lo que vive. Pase lo que pase, la naturaleza se encargará ella misma de poner orden. Sólo un demente soñaría con salvar semejante civilización.»

Desde que Nataraja Gurú publicó estos párrafos, la situación no ha mejorado, al contrario. ¿Hay

que cruzarse de brazos? ¿Podemos hacer algo? ¿Puede salvarse todavía esta civilización? Nadie lo sabe, pero es cierto que la causa profunda del fracaso total de esta civilización es su estructura patriarcal y sus valores puramente masculinos.

Entonces, ¿qué hacer?

Para salir del apuro hay que volver a los valores de la Femenidad. Si el mundo se gobernara por estos valores, la humanidad no despilfarraría esfuerzos titánicos y sumas astronómicas para fabricar todos esos cohetes, carros blindados, bombarderos, submarinos atómicos, portaaviones, esos millares de ojivas nucleares y no sé cuántas cosas más; lo mejor que se puede esperar es que ese exceso de armamento dispendioso no se utilice jamás. Cada una de esas máquinas, que cuesta fortunas, encarna el expansionismo patriarcal, y éste lleva ineluctablemente a la guerra, como en el tiempo de los robos de ganado por los pastores nómadas. Ninguna madre quiere ver a sus hijos y nietos servir de carne de cañón.

Primero hay que liberar de mitos y engaños a la ciencia y su hermana gemela, la tecnología, que se prostituyen al servicio de los estados mayores y los grandes trusts, los únicos que pueden permitirse esos costosos lujos.

Nuestra civilización, que consideramos gustosamente como el prototipo por excelencia de «la» civilización, se caracteriza respecto de todas las anteriores por el desarrollo, tan fulgurante como anárquico, de la ciencia. Perdón, la Ciencia, con mayúscula, pues la idolatramos hasta el punto que sólo lo que es científico es respetable, y el resto tiene poco valor. Muy bien, pero veamos primero los hechos. Primero, nadie niega que en algunos decenios la humanidad ha acumulado más saber que durante los milenios precedentes. Segundo, sin hacer a la Ciencia la única responsable del fracaso total de la civilización patriarcal, comprobamos que en todo caso no lo ha previsto y, sobre todo, no lo ha impedido.

Que no se malinterprete mi actitud frente a la ciencia, en cuanto tántrico. No digo que la ciencia carezca de valor, sino que sólo concierne a una parte restringida de la humanidad y que, en su forma actual, no alcanza lo esencial, pues sólo explora un aspecto limitado de lo real. Una comparación aclarará este punto.

Imagine el lector a un joven enamorado a quien el cartero entrega la carta, tan esperada, de su amada. Ante la carta son posibles dos enfoques: el científico, intelectual y preciso, y el intuitivo. En el primero, la ciencia analiza el papel; si está hecho con o sin madera, de qué naturaleza y de qué longitud son las fibras, de dónde provienen, si es estucado o satinado, de qué naturaleza es la pasta, y así sucesivamente. Luego se pasa al texto: si ha sido escrito con una pluma o con un bolígrafo, cuál es la fórmula química de la tinta... y ahorro al lector el resto, pues se puede disecar hasta el infinito. A fin de cuentas, la ciencia lo sabrá *todo* sobre la carta, pero *nada* del mensaje de amor que hay en ella. ¡Y eso es precisamente lo único que interesa al enamorado!

Igualmente, ante lo real, es decir, su propio ser y el mundo que lo rodea, el tántrico sabe también que son posibles dos enfoques y privilegia el intuitivo: intentará *percibir* el mensaje oculto detrás de lo «real», para integrarse a él, y no disecará hasta el infinito las páginas del gran libro de la Naturaleza.

Esto no excluye saber que sin la ciencia y la tecnología no habría papel, ni estilográfica, ni tinta... Sin embargo, lo que relativiza el interés de la ciencia es saber que, con o sin papel, los enamorados siempre han encontrado el medio de decirse: «¡Te amo!», y de saber también si es o no verdad, sin exigir un cardiograma ni un encefalograma, lo cual no impide que, en ciertos casos, éstos sean muy útiles. Al final los dos caminos no se excluyen, pues abordan lo real desde dos ángulos diferentes, sin implicar necesariamente sumergirse en la metafísica.

Pero en el fondo, ¿qué se puede reprochar a esta buena Ciencia? ¿Está mal explorar sistemáticamente el universo para descubrir sus leyes y sus secretos? *A priori* no hay nada que

objetar. Por lo demás, más de una vez he evocado nuestra ciencia para aclarar ciertos aspectos del tantra, pero sólo para satisfacer nuestro espíritu cartesiano. El problema es que, como quien no quiere la cosa, la investigación nunca es inocente: si el hombre moderno se prosterna delante de la Ciencia, es porque *saber* es *poder* y conduce a *tener*. Por el contrario, el tantra quiere *conocer* para *ser*.

La ciencia hipertrofia el intelecto árido y frío, solar y masculino, en detrimento de la intuición y la emoción, valores lunares y femeninos. El científico reduce todo al patrón de la conciencia vigil y sólo se deja dominar por lo racional. Así, ignora, incluso aplasta, las dimensiones profundas, espirituales, del ser.

La Ciencia amenaza la Vida porque se ha separado de la Tradición, o de las tradiciones, si se prefiere. (Son demasiadas mayúsculas, pero están justificadas.) Mientras «la» civilización moderna disocia, fracciona, la Tradición en cambio asocia, unifica, sintetiza. En nuestros días la religión, la ciencia, el arte, se han convertido en entidades autónomas, distintas, sin vínculo entre ellas, y cada una estalla en subentidades: la ciencia se ramifica en varias disciplinas, en especialidades, las artes se convierten en bellas artes, etcétera.

Lo más insidioso, lo más peligroso es que, sin pestañear, otorgamos a cualquiera el derecho al saber, sin discriminación, sin tener en cuenta su nivel moral.

En las grandes Tradiciones el saber se merecía, no en función del coeficiente intelectual o de la fortuna de los padres, sino según el nivel espiritual del iniciado: el grado de Saber debe corresponder a un grado de sabiduría, pues todo saber, mal utilizado, es peligroso.

Así, entre las ciencias *a priori* menos peligrosas, uno pondría sin dudar las matemáticas. Ahora bien, Einstein, hombre bueno, justo e incluso místico, al ofrecer sus fórmulas abiertamente colaboró en gran forma a la evolución de la física nuclear. Entonces, ¿deseaba Einstein realmente Hiroshima, Nagasaki o Chernobil? Seguro que no: recordemos sus numerosos llamamientos por la Paz en el mundo. Pero ya era demasiado tarde: es imposible retroceder; al contrario, ya nada puede impedir la proliferación incontrolada del arma nuclear, que está al alcance, por ejemplo, del Pakistán o del coronel Gadaffi, a menos que no las tengan ya. ¿Y qué garantiza que no las utilizarán? De todas maneras ese riesgo mortal existe.

Por supuesto que esta disociación de la ciencia y la religión se debe, entre otras cosas, a la Inquisición, que condenó al pobre Galileo por haber pretendido que la Tierra giraba. Su «y sin embargo, se mueve» es célebre y revelador. Es normal que, desde que pudo hacerlo, la ciencia se haya proclamado autónoma. Nadie propone, de ningún modo, volver a la Inquisición...

Para el tantra, el saber puramente intelectual no sólo es incapaz de asegurar nuestra expansión y nuestra felicidad, sino que también es fútil, porque solamente puede arañar la superficie de las cosas. Los descubrimientos genéticos son maravillas del ingenio humano, pero disecar los genes y observarlos en el microscopio electrónico no revela la *naturaleza* de la Vida. Determinar la fecha de aparición de la Vida en nuestro planeta no es *verdaderamente* importante. Pero, cuando el tántrico percibe que él es la expresión de esta Vida desde los orígenes, trasciende su yo limitado y desemboca en lo cósmico.

Evidentemente no todo es negativo en el balance de la Ciencia y no se trata de rechazarla en bloque, pero hay que ser consciente de sus límites, que son mucho más estrechos de lo que se cree, porque la ciencia se basa sólo en las percepciones exteriores. Alain Daniélou, en *Yoga, Méthode de reintégration*, p. 12, escribe: «Una percepción exterior no constituye por sí sola un verdadero conocimiento, y el único medio para el hombre de obtener el conocimiento verdadero de un objeto es identificarse con él; sólo cuando es uno con él puede conocerlo tal cual es y no sólo como parece». La Ciencia hace al hombre orgulloso, presuntuoso, y le hace subestimar la Vida. El problema no es saber si hay que rechazar la Ciencia, sino más bien que es esencial reintegrarla en una visión cósmica total y devolverle el sentido de lo sagrado.

Sin embargo, no se trata de renunciar a la ciencia ni a la tecnología, pues, por medio de *otros valores y prioridades*, pueden, no, **deben** servir para descontaminar, reforestar, regar los desiertos, eliminar los desechos y restaurar el entorno natural. Nuestra civilización, que cree poder saquear y luego despilfarrar impunemente, está obligada a volver al verdadero sentido de la palabra «economía», tanto en el nivel mundial como en el individual, pues todos somos colectivamente responsables. A propósito, saqueemos primero las riquezas naturales del Tercer Mundo y luego, cada vez que podemos, les devolvemos nuestros desechos tóxicos en cajas herrumbradas, porque aceptan almacenarlos a bajo precio...

¿Queremos el pleno empleo? Es legítimo, pero no hay bastantes brazos ni bastantes cerebros para esta tarea inmensa, mucho más urgente que irse a pasear por el planeta Marte.

Por supuesto —para citar sólo un ejemplo—, a corto plazo una industria no contaminante costaría mucho más que la que vomita miles de toneladas de humos tóxicos en la atmósfera y otros miles de desechos en nuestros ríos convertidos en desagües —como el Rin—, que van a parar a la mar, nuestra Madre. Estúpida, la civilización prefiere consagrar su energía a armarse en exceso más que a eliminar la contaminación del aire y del agua. Todo es cuestión de elección. ¿Elección? Tal vez más: es ahora o nunca, pues en muchos dominios estamos rozando o hemos alcanzado el punto de no retorno.

Luego hay que denunciar otra mentira, el mito del «progreso continuo», que consiste en creer que el avance tecnológico condiciona la felicidad. Los aparatos tecnológicos pueden, como mucho, dar mayor comodidad, pero no felicidad: ¿es el ser humano realmente más feliz desde que ha hollado la Luna con sus pasos? ¿Será *verdaderamente* más feliz cuando desembarque en Marte? Si quiere *por encima de todo* ir, que lo haga, pero que primero resuelva los problemas terrestres.

Más prosaico: ¿seremos *verdaderamente* más felices cuando, por ejemplo dentro de poco, la televisión de alta definición nos muestre, con una claridad inigualable, folletines cada vez más calamitosos? Además, que el público quiera verlos demuestra que la acumulación de saber científico y el progreso tecnológico no engendran el correspondiente aumento del nivel cultural de las masas. En cuanto al nivel espiritual... En fin, ¿seremos más felices cuando, dentro de diez años, se lave más blanco que hoy, pero menos blanco que dentro de quince años...?

Saber que esos aparatos sólo pueden darnos, en el mejor de los casos, comodidad, no implica dejar de utilizar el lavavajillas, ni romper el televisor, sino saber lo que son, es decir, quincalla utilitaria. Por mi parte, no vivo en una caverna y no rechazo la tecnología —es ella la que ha impreso este libro—, pero no veo en ella el *summum* de la civilización ni la condición del verdadero progreso humano...

Tampoco se trata de querer el «triumfo» de lo femenino sobre lo masculino, ni de buscar una especie de «revolución suave» organizada, sino más bien de confiar en una mutación, en una evolución progresiva hacia adentro. Cuando, en todos los niveles de la sociedad, incluido el de los que «deciden», cada vez más hombres y mujeres se adhieran a estos valores y los integren a su nivel personal, sin proselitismo misionero, estos valores influirán forzosamente en el conjunto de la sociedad: la mancha de aceite es una táctica eficaz... Hay que saber que todos somos corresponsales.

El primer objetivo: respetar en todas partes y ante todo la Vida, comenzando por la de mi propio cuerpo, ese universo desconocido de cuya salud «yo» soy responsable; también la de mis semejantes y la de todo animal, vegetal o incluso microbio, pues sin bacterias desapareceríamos. Pero, lo repito, para cambiar el mundo y hacer revivir, los antiguos valores de la Femenidad, primero hay que ver, pensar y actuar de otra forma en el nivel individual.

¿Es más tarde de lo que creemos? Tan sólo en mi pequeño universo, en este jardín que no es inmenso, se acumulan presagios sombríos. Estamos en mayo. Por fin, el cielo del Norte está azul y la primavera estalla en la naturaleza. ¿Pero puedo estar *verdaderamente* alegre cuando la rápida golondrina abandona la región, cuando ya no se encuentra ni un abejorro, cuando las ranas ya no

croan en el estanque? No olvido que hace tres años murió el viejo olmo del fondo del jardín, igual que todos los del vecindario.

Ayer, caminando por ese bosque que veo desde mi ventana, vi con tristeza hayas centenarias que viven su última primavera; destruido por la contaminación, el bosque perece, poco a poco, sin ruido. Tal vez sea también la última vez que florecen nuestros rododendros; en Inglaterra los arrancan por todas partes, y ya los del jardín tienen negras las yemas. Me pregunto qué es lo que va a morir a continuación. Y pienso que todo esto se ha producido ante mi vista en menos de diez años, y sobre todo que sucede a escala planetaria, especialmente con la desaparición acelerada de la selva amazónica.

A menos que se produzca un viraje drástico e inmediato, el hombre, nacido en un Edén, reventará pronto, podrido desde dentro, sobre los montones de desechos con que cubre su ex planeta azul, asolado por la «civilización» moderna.

En cuanto a la pregunta de Nataraja Gurú, ya no hay tiempo para preguntarse si hay que salvar o no una civilización tan deletérea; más bien ha llegado el momento de ver si todavía es posible salvar a la humanidad —y la naturaleza— de un desastre inminente.

¿Podemos esperar ese cambio? Tal vez. Signos precursores, discretos pero reales, muestran que una nueva era podría surgir todavía a tiempo. Para ello, es necesario que la mujer tome conciencia de *su* valor tanto como de *sus* valores, de *su* genio como de *su* peso en la sociedad, y cambiará el mundo. Si no, ya podremos preguntarnos si quedará alguien para escupir sobre nuestras tumbas.

Creí que si denunciaba los perjuicios del patriarcado, algunos hombres me tratarían de tráfuga, pero no ha sido así, y hago más estas palabras de Ernest Borneman: «Si, como hombre, escribo este libro que dará a las mujeres un instrumento que les permita invertir la dominación de mi propio sexo sobre el suyo, es porque no veo otro medio de liberar al hombre». Mientras tanto, y suceda lo que suceda en esta edad del Hierro, la visión, *pero sobre todo la práctica tántrica*, permitirá a las mujeres y a los hombres clarividentes integrar este culto de la Femenidad en sus vidas cotidianas y, esperando un eventual porvenir mejor, sobrevivir en la confortable decadencia de nuestro mundo moderno.

El porvenir del tantra en Occidente

Si yo le dijera que el tantra es conveniente para nuestro Occidente moderno, apostaría a que a usted no le parecería tan sorprendente. Así, a punto de concluir este libro, citaré a Wendell Charles Beane, que concluye su obra *Myth, Cult and Symbols in Shakta Hinduism* (¡excelente!) con estas líneas:

«Una de las significaciones finales de nuestro estudio reside en sus implicaciones teóricas y prácticas para otros, *fuera* de la India, en tanto *nueva posibilidad* de reevaluación de la simbolización teológica de la Realidad última y del papel de las capacidades reproductivas humanas (es decir, de la sexualidad).

»No hay que ver necesariamente en esto un llamamiento romántico o un estímulo hacia la perspectiva antinómica de la libertad sexual, aunque sea posible que, incluso en la India, los aspectos más radicales de la Vía de la Izquierda hayan desaparecido completamente. Lo importante es que la adoración de la diosa permite la integración de aspectos de la vida humana en una entidad que incluye la realización de un tipo de *equilibrio*, teniendo en Cuenta la generalización, con frecuencia evocada, de que las estructuras «panteónicas» tienden a reflejarse en las estructuras socio-políticas de las civilizaciones. En otra civilización que en la India, esta posibilidad puede, sin embargo, tener consecuencias saludables.

»Además, los movimientos modernos de liberalización de las prácticas sexuales tienen cierta

importancia en tanto ejercen una influencia liberadora sobre las mujeres, consideradas como *objetos sexuales* y no como personas valiosas.

»Los individuos pueden aprender el testimonio de los adoradores de la diosa (*es decir, de los tántricos*) que, aun cuando algunas ideas y formas del sistema tántrico resulten inadaptables en ciertos medios modernos, lo que verdaderamente cuenta es esencialmente la visión de que tanto el hombre como la mujer pueden llegar a ser el uno para el otro, en el respeto mutuo de su identidad, de su influencia y de su acción *en* el mundo.»

Si bien el estilo, que corresponde al academicismo de la obra, es un poco árido, su conclusión no deja de ser muy importante. W. C. Beane expresa así mi propia convicción de que la visión tántrica no sólo es adaptable al Occidente moderno sino que, progresivamente, y sin necesidad de crear asociaciones ni movimientos específicos, tendrá ecos sociopolíticos, sin provocar alborotos, por medio de una toma de conciencia y de una mutación progresiva de los valores.

Así, sin renunciar a las religiones, creencias y cultos de nuestro propio medio, el tantra puede remozarlos, especialmente «despatriarcalizándolos».

Un punto, ¿es todo?

La vida es extraña. Es un tejido de circunstancias fortuitas, de imprevistos, de acontecimientos debidos al azar, que uno ha padecido o, al menos, no ha querido, y todo se mueve sin orden o lógica aparente.

Es la impresión que se tiene viviendo día a día.

Luego, extrañamente, casi bruscamente, ese farrago heterogéneo converge hacia un punto central, se estructura, toma un sentido.

Ese punto de convergencia, en lo que me concierne, es este libro: visto hoy, es como si desde la infancia todo hubiera sido planificado para llegar a la visión tántrica y a este volumen.

Este libro me habita, por no decir «me obsesiona», desde hace tanto tiempo que ya no sé siquiera cuándo comencé a pensarlo, a vivirlo, a redactarlo.

Y sin embargo, es su mensaje lo que da un sentido a todo ese pasado, incluidos los inevitables errores de la juventud, incluidas las pruebas que no han faltado en el programa.

Y lo que me permite no desesperar de nuestra civilización.

Extrañamente también, en el momento de poner el punto final, estoy dividido entre el ¡uf! y la pena de dejar todavía tantos aspectos del tantra apenas rozados: la *Kundalini*, por ejemplo. Pero hay que detenerse algún día,

porque si no todos esos amigos y amigas a los que he prometido el libro y que esperan desde hace tantos años no lo leerían jamás...

Me sugirieron que hiciera dos volúmenes, para salir antes... o menos tarde.

He resistido a esta tentación, pues no quise decidirme a publicar primero un libro sobre la teoría y luego uno sobre la práctica:

la teoría sin la práctica tiene poco valor, y viceversa.

Ahora pongamos, por fin, ese punto final.

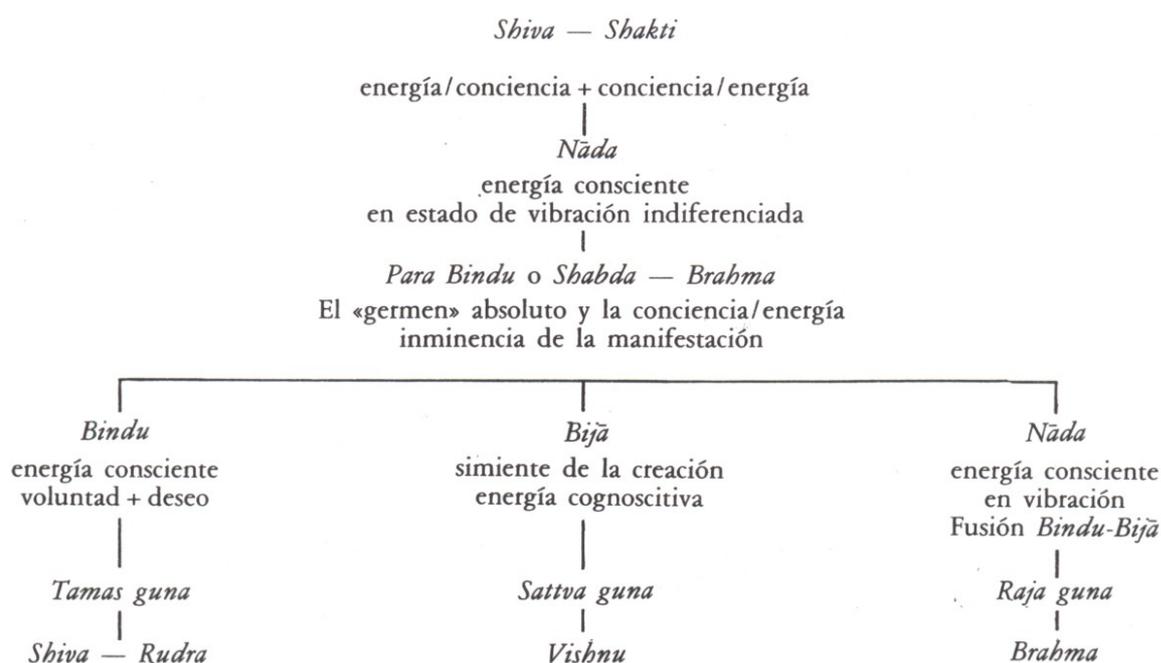
Junio, 1988

Anexos

La filosofía tántrica, vista panorámica

Los tántricos son ante todo personas prácticas, poco inclinadas a especulaciones estériles, de modo que esta obra ha querido sobre todo exponer las ideas centrales del tantra, para hacer adquirir al lector una percepción intuitiva de su visión del mundo. Por tanto, no ha ambicionado el honor de ser un tratado de filosofía.

Sin embargo, en el curso de milenios, el tantra se ha cristalizado en un sistema de pensamiento coherente. Entonces, para quienes se interesen por la filosofía tántrica, ahí va el siguiente esquema, basado en el *Sārdā Tilaka Tantram*.



En el Ser absoluto, indiferenciado, se despierta primero la energía consciente, que es también la Madre del mundo. Esta Shakti última, indisociable de Shiva, se convierte en la vibración cósmica creativa llamada *Nāda*. («En el comienzo era el verbo», ¿más el *big-bang*?) Esta vibración indiferenciada se consolida y alcanza el estado inminente de manifestación, llamado *Para Bindu*, el germen supremo.

Convertida en vibración universal consciente, engendra la diversificación infinita de formas. En el individuo, *Para Bindu*, a veces llamado *Shabda Brahma*, se convierte en la energía vital suprema (Kundalinī).

A partir del Sonido Primordial Consciente, *Shabda Brahma*, cuando la energía cósmica consciente es agitada hasta el punto de volverse potencialmente creativa, emerge primero *Mahat*, la inteligencia cósmica manifiesta, de donde surge *Ahangkāra*, el Sí mismo cósmico manifiesto, de donde surgen a continuación todos los objetos y los seres del universo.

Sucede que, en el pensamiento tántrico, como en el pensamiento indio en general, todos los objetos y los seres tienen el mismo origen y la misma naturaleza, y sólo se diferencian entre sí por el grado de cohesión, de densidad y de organización. Todas las manifestaciones sutiles de la energía se ramifican en 5 Elementos, o *Tanmātras*, que tienen un papel esencial en el rito de las 5 M de la

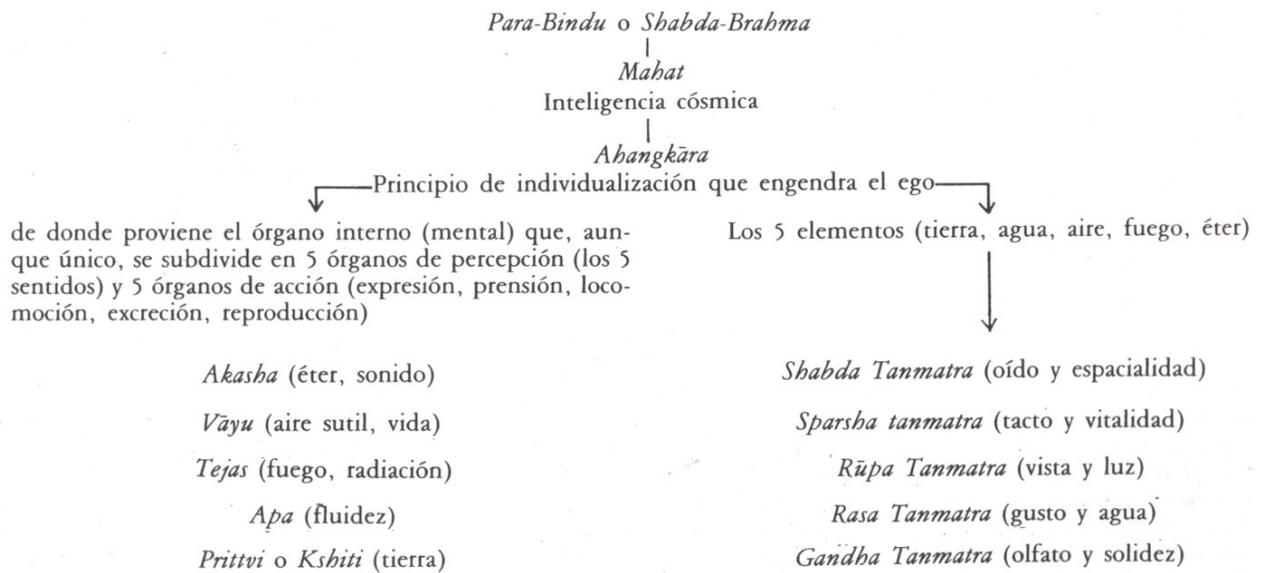
Chakra Pūjā.

Entre estos elementos, el sonido es considerado como el más sutil, no siendo sino una pulsación de energía, la que engendra el Espacio, *Akāśka*, sede de toda vibración, mientras que nosotros creemos que el espacio es anterior a toda la creación. Por orden de sutileza decreciente vienen luego el tacto, fuente de toda percepción sensorial, y el aire sutil, *Vāyu*, el principio vital que, en el cuerpo denso, mantiene la vida.

Después se manifiesta el principio de luminosidad, *Tejas*, o energía radiante que, en el plano de la densificación, engendra el fuego, el calor, la luz. A continuación está el principio de la Fluidéz, el elemento Agua, *Apa*, y por último el elemento más denso, la Tierra, *Prittvi*, o *Kshiti*. A cada uno de estos cinco elementos corresponde un poder de percepción sensorial en relación con su o sus órganos de percepción especializada.

Lo que nosotros entendemos como «fin del mundo» el pensamiento tántrico lo considera como lo inverso de la manifestación, la gran disolución, *Mahapralaya*. Se produce entonces una reabsorción progresiva del universo manifiesto, en sentido inverso a su despliegue, hasta que sólo subsiste la Causa primera, el Shiva y la shakti cósmicos, esperando el próximo ciclo de manifestación. En el plano humano, mientras que para nosotros la muerte marca el fin de la vida, o designa su ausencia, para el tantra es un proceso que se desarrolla en sentido inverso al del nacimiento y la concepción.

Señalemos que la mayoría de estos conceptos tántricos son prearios y están en el origen de la filosofía del Samkhya y del Vedanta.



Este cuadro sinóptico también está simplificado para permitir su comprensión. Los lectores que se interesen por el pensamiento indio encontrarán pocos libros suficientemente explícitos y accesibles a los occidentales, aunque sean auténticos y razonablemente completos. Entre éstos, figura *Les Philosophies de l'Inde*, del profesor Zimmer.

Bibliografía

ABHEDANANDA, Swami: *The Yoga Psychology*; Calcuta, 1967.

AGEHANANDA (Bharati): *The Tantric Tradition*, Londres, 1969. *The Light at the Centre*, Santa Barbara, 1976.

- AGUILAR, Enric: *Vers una sexologia de la religió*, Barcelona, Ed. 62, 1982.
- ALBARN, Keith: *Diagram*, Londres, 1977.
- AMIET, Pierre: *L'Art antique du Proche-Orient*, París, 1977.
- ANKALIA, H.D.: *Prehistoric Art in India*, Delhi, 1978.
- ANSHAN, Sinh: *Hatha-Yoga Pradipiká*, Delhi, 1975.
- ARGUELLES, Miriam & José: *The Feminine*, Londres, 1977.
- AVALON (Arthur): *Garland of Letters: Shakti and Sakia*, Madras, 1969; *The Serpent Power*, Madras, 1965; *Tantrarája Tantra*, Madras, 1971; *The World as Power*, Madras, 1966.
- BANERJEA, J.N.: *Pauranic and Taniric Religión*, Calcuta, 1966.
- BANERJEE, P.: *Early Indian Religions*, Delhi, 1973.
- BASHAM, Arthur L.: *La Civilisation de l'Inde ancienne*, París, 1976.
- BEANE, Wendel Charles: *Myth, Culi and Symbols in Shakta Hinduism*, Leyden, 1977.
- BEYER, Stephan: *The Cult of Tárá, Magic and Ritual in Tibet*, Berkeley, 1973.
- BHATTACHARYA, Benyotosh: *Guhyasamája Tantra*, Baroda, 1967; *Saivism and the Phallic World*; Nueva Delhi, 1975; *An Introduction to Buddhist Esoterism*, Delhi, 1980.
- BHATTACHARYA, D.K.: *Prehistoric Archeology*, Delhi, 1972.
- BHATTACHARYA, Dr. Hari Satya: *An Introduction to Buddhist Esoterism*.
- BHATTACHARYA, Narendra Nath: *Andent Indian Rituals*, Delhi, 1970; *History of the Tantric Religión*, Delhi, 1982.
- BHAVNANI, Enakshi: *The Dance in India*, Bombay, 1979.
- BITTEL, Kurt: *Les Hittites*, París, 1976; trad.: *Los hititas*, Aguilar, 1976.
- BLOFELD, John: *The Way of Power*, Londres, 1970; *The Tantric Mysticism of Tibet*, Nueva York, 1970; *Le Bouddhisme Tantrique du Tibet*, París, 1976; *Taoist Mysteries and Magic*, Londres, 1973; véase *Taoísmo*, Martínez Roca, 1981. *Man tras, Secret Words of Power*, Londres, 1976; trad. *Mantras*, Edaf. 1982.
- BORD, Janet & Colin: *Mysterious Britain*, Londres, 1978.
- BOSE, D.N.: *Tantras, their Philosophy and Occult Secrets*, Calcuta, 1956.
- BRIGGS, George Weston: *Goraknath and the Kánpatha Yogis*, Delhi, 1973.
- BUDHANANDA, Chela: *Moola Bandha, The Master Key*, Monghyr, 1978.
- BURTON, Richard F.: *Sindh and the Races that inhabit the Valley of the Indus*, Karachi, 1973.
- CAPRA, Fritjof: *The Tao of Physics*, Berkeley, 1975; trad.: *El Tao de la física*, L. Cárcamo, 2da ed., 1.987.
- CARDIN, Alberto: *Guerreros, Chamanes y Travestís*, Barcelona, Tusquets, 1985.
- CASAL, Jean-Marie: *La Civilisation de l'Indus et ses énigmes*, París, 1969.
- CHAKRAVARTI, Chintarahan: *Tantras, Síudies on their Religión and Literature*, Calcuta, 1972.
- CHANDA, Ramaprasad: *The Indo-Aryan Races*, Rajsahi, 1916.
- CHANDER, Ramesh: *Tantrik Yoga*, Nueva Delhi, 1979.
- CHANDRA, Vasu: *The Gheranda Samhita*, Allahabad, 1975.
- CHANG, Jolan: *Le Tao de l'art d'aimer*, París, 1977; trad.: *El Tao del amor y del sexo*, Plaza &

Janes, 6ª ed., 1989.

CHANSON, Paul: *L'accordcharnel*, París, 1963.

CHATTERJI, J.C: *La philosophie ésotérique de l'Inde*, París, 1917.

CHATTOPADHYAYA, Sudhakar: *Reflections on the Tantras*, Delhi, 1978.

CHINTARAN, Chakravarti: *Tantras, Studies on Religion and Literature*, Calcuta, 1972.

CHUNDER, Pratap Chandra: *Kaúilya on Love and Moráis*, Calcuta, 1970.

CHUNG-YUAN, Chang: *Le monde du Tao*, París, 1971.

COLABALVA, Cpt. F.D.: *Tantra, The Erotic Cult*, Delhi, 1976.

COMFORT, Dr. Alex: *Das Koka Shasira*, Stuttgart, 1968; *Joy of Sex*, Nueva York, 1974; trad.: *La alegría del sexo, guía ilustrada del amor*, Grijalbo, 7.ª ed., 1989; *More Joy of Sex*, Nueva York, 1974; véase *El placer de amar*, Blume, 1981.

COOMARASWAMY, Ananda: *La Danse de Civa*, Rennes, 1979.

COOPER, J.C: *La philosophie du Tao*, París, 1977.

COWELL, E.B. & GOUGH, A.B.: *Sarvá-Darsana-Samgraha*, Varanasi, 1968.

Cox, Sir George W.: *The Mythology of the Aryans*, Varanasi, 1973.

DALLAPICCOLA, A.L.: *Princesses et courtisanes*, París, 1978.

DANIÉLOU, Alain: *Le polythéisme hindou*, París, 1960; *L'histoire de l'Inde*, París, 1971; *Le temple hindou, centre magique du monde*, París, s.d.; *Les quatre sens de la vie*, París, 1976; *Shiva et Dionisos*; París, 1979; trad.: *Shiva y Dionisos*, Kairos, 1987; *La sculpture érotique hindoue*; París, 1973.

DASGUPTA, Kalyan Kumar: *A Tribal History of Ancient India*, Calcuta, 1977.

DASGUPTA, Shashi Bushan: *An Introduction to Tantric Buddhism*, Calcuta, 1974. *Obscure Religious Cults*, Calcuta, 1969.

DASGUPTA S.N.: *Yoga Philosophy*, Delhi, 1976; *Yoga as Philosophy and Religion*, Delhi, 1978.

DAVID-NÉEL, Alexandra: *L'Inde où j'ai vécu*, París, 1951.

DE SMEDT, Marc: *L'Europepaïenne*, París, 1980; *L'Érotisme chinois*, Fribourg-Ginebra, 1981.

DESAL, Devangana: *Erotic Sculpture of India*, Delhi, 1975.

DESHPANDE, Mahdev M.: *Aryan and Non-Aryan in India*; Ann Arbor, 1979.

DOUGLAS, Nik: *Tantra Yoga*, Nueva Delhi, 1971.

DOUGLAS, Nik & SÜNGER, Penny: *Sexual Secrets*; Nueva York, 1979; trad. *Secretos sexuales*, Martínez Roca, 1987.

DRÓSCHER, Vitus B.: *Ils se déchirent et ils s'aiment*, París, 1975; *Les sens mystérieux des animaux*, París, 1965.

Véase sus obras edit. por Planeta: *Los animales son también humanos*; *La magia de los sentidos en el reino animal*; *El sexto sentido de los animales*.

DUPÉ, Gilbert: *La sexualité et l'érotisme dans les religions*, París, 1980.

DUTT, Manmatha Nath: *Mahanirvana Tantram*, Varanasi, 1979.

DUTT, N. Kumar.: *Origin and Growth of Caste*, Calcuta, 1969.

DUVAL, Paul-Marie: *Les Celtes*, París, 1977; trad. *Los celtas*, Aguilar, 1977.

- EDWARDS, Alien: *The Jewel in the Lotus*, N. York, 1976.
- ELIADE, Mircea: *Le Yoga, immortalité et liberté*, París, 1954; *Le chamanisme et les techniques archaïques de l'extase*, París, 1968. *L'épreuve du labyrinthe*, París, 1978; trad.: *La prueba del laberinto*. Cristiandad, 1980. *Histoire des Religions*, París, 1960; trad.: *Tratado de historia de las religiones*; Cristiandad, 1981.
- ELMORE, W.T.: *Dravidian Gods in Modern Hinduism*, Nueva Delhi, 1984.
- ESNOUL, Anne Marie: *L'Hindouisme*, París, 1972.
- EVOLA, J.: *Métaphysique du sexe*, París, 1959; trad. *Metafísica del sexo*, Heliodoro, 1981; *Le Yoga tan trique*, París, 1961.
- FELDENKRAIS, Moshe: *Body and Mature Behaviour*, Londres, 1949.
- FEUERSTEIN, Georg: *The Essence of Yoga*, Londres, 1974.
- FISHER, Helen F.: *The Sex Contract*, Londres, 1983; trad. *El contrato sexual*, Salvat, 1987.
- FOOTE, Bruce Robert: *Pre historie Antiquities of India*, Delhi, 1916.
- FOUCHET, Max-Paul: *L art amoureux des Indes*, Lausanne, 1957.
- FREMANTLE, Fr., & Ch. TRUNGPA: *The Tibe tan Book of the Dead*, Berkeley, 1975.
- FURER-HAÍMENHOF, Christoph von: *The Gonds of Central India*, Londres, 1973.
- GANGADHARAN, N.: *A Study on Lingapurána*, Delhi, 1980.
- GAUDIO, A., & PELLETIER, R.:
Pemmes d'Islam, le sexe interdit, París, 1980.
- GLASENAPP, Helmuth von: *Les littératures de l'Inde*, París, 1963.
- GODVED, Helle: *Beckenboden Sexualitat*, Stuttgart, 1983. GONDA,).: *Les religions de l'Inde*, París, 1962.
- GOPAL, Ram: *Classical Dances of India*, Londres, 1965.
- GOSWAMI, Prof. Shyam Sundar: *Hatha Yoga*, Londres, 1963. *Laya Yoga, a Method of Concentration*, Londres, 1980.
- GOUDRIAAN, Teun (traducción): *The Vináshikhatantra*, Delhi, 1985.
- GOVINDA, Lama Anagarika: *Poundations of Tibetan Mysticism, Mándala, der Heilige Kreis*, Zürich, 1973.
- GREER, Germaine: *The Female Eunuch*, Londres, 1970.
- GREGERSEN, Edgar: *Sexual Practices*, Londres, 1982; trad.: *Costumbres sexuales*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1988.
- GUENON, Rene: *Les états multiples de l'être*, París, 1957; trad.: *Los estados múltiples del ser*. Obelisco, 1987;
Orient et Occident, París, 1948; *Etudes sur l'hindouisme*, París, 1968.
- GUENTHER, Herbert, & TRUNGPA: *The Dawn of Tantra*, Berkeley, 1975.
- GUENTHER, Herbert V.: *Yuganaddha, The Tantric View of Life*, Varanasi, 1979.
- GULIK, Robert van: *La vie sexuelle en Chine ancienne*, Leiden, 1961.
- GUPTA, Beni: *Magical Beliefs and Superstitions*, Delhi, 1979.
- HERBERT, Jean.: *Introduction a l'Asie*, París, 1960; *Spiritualité hindoue*, París, 1947.

- HESNARD, Dr. A.: *La sexologie*, París, 1959; trad.: *Sexología*, L. Caralt, Barcelona, 1970.
- HINZE, Osear Marcel: *Symbolon*, Basilea, 1968; *Tantra Vidya*, Delhi, 1979.
- HITE, Shere: *Le rapport Hite*, París, 1977; trad.: *El Informe Hite*, Plaza & Janes, 5ta. ed., 1988.
- HOPKINS, Edward W.: *The Mutual Relations of the Four Castes*, Delhi, 1976.
- HOYLE, Fred: *The Intelligent Universe*, Londres, 1983; trad.: *El Universo inteligente* Grijalbo, 1985.
- HUTTON, J.H.: *Les castes de l'Inde*, París, 1949.
- IDRIES, Sayed (Shah): *La magie orientale*, París, 1957.
- IJIMA, Rev. Kanjitsu: *Buddhist Yoga*, Tokio, 1975.
- ION, Verónica: *Mythologie Indienne*, París, 1970; *Mythologies du monde entier*, París, 1984.
- IYENGAR, T.H. Sessa: *Dravidian India*, Nueva Delhi, 1982.
- JADUNATH, Sinha: *Shakti Sadhana*, Calcuta, 1977.
- JAGGI, Dr. O.P.: *Scientists of Ancient India*, Delhi, 1966, *Yogic and Tantrik Medecine*, Delhi, 1973.
- JAIDEVA, Singh: *Vijnánabhairava*, Delhi, 1979; *Siva Sufras*, Delhi, 1979.
- JANSEN, Michael: *Die Indus-Zivilisation*, Colonia, 1986.
- JAYADEVA: *Gita Govinda, Les amours de Krishna*; París, 1957.
- JELINEK, Dr. Jan: *L'homme préhistorique*, París, 1975.
- JHA, Akhileshwar: *Sexual Designs in Indian Culture*, Delhi, 1981.
- JNÁNAPRAKÁSHA (trad. T. Michael): *Shivayogaratna*, Pondichery, 1975.
- JOHN, Bubba Free: *Love of the Two-Armed Form*, Middletown, 1978.
- JOSHI, Ramchandra Vinayak: *Stone Age Cultures of Central India*, Poona, 1978.
- JUNG, C.G.: *Mándala Symbolism*, Princeton, 1973. *L'inconscient collectif*, textos publicados en los *Cahiers de psychologie Jungienne*, París, 1978, reunidos por Use Fourniol y Jean Clause.
- KALE, Arvind & Shanta: *Tantra, The Secret Power of Sex*, Bombay, 1976.
- KALYANARAMAN, A.: *Aryatarangini, The Saga of the Indo-Aryans*, Madras, 1961.
- KAPUR, Teg Bahadur: *Dhyána Mándala*, Delhi, 1978.
- KARANJIA, R.K.: *Kundalini Yoga*, Delhi, 1977.
- KELLMAN, Stanley: *Living your Dying*, Nueva York, 1975.
- KESSLER, Herbert: *Das offenbare Geheimnis*, Freiburg, 1977.
- KHANNA, Madha: *Yantra, The Tantric Symbol of Cosmic Unity*, Londres, 1979.
- KHOKAR, Mohán: *Traditions of Indian Classical Dance*, Delhi, 1979.
- KING, Francis: *Sexuality, Magic and Perversión*, Londres, 1971.
- KLEEN, Tyra de. *Mudras, Ritual Hand-Poses of the Shiva Priest of Bali*, Nueva York, 1970; trad.: *Mudras*, A. Hancock de Noguera, Gerona, 1987.
- KOTHARI, Sunil: *Bharata Natyam*, Bombay, 1979.
- KRAMRICH, Stella: *Drávida and Kerala in the Art of Travancore*, Ascona, 1961.
- KUMARA, Swami: *The Mirror of Gesture*, N. Delhi, 1970.

- LAL, Kanwar: *Kanya and the Yogi*, Delhi, 1970; *The Religion of Love*, Delhi, 1971.
- LANDRY, Dr. M.: *Les déficiences sexuelles masculines et la frigidity*, París, 1966.
- LANNOY, Richard: *The Eye of Love, Temple Sculpture of India*, Londres, 1963.
- LE BON, Gustave: *Psychologie des foules*, París, 1895 y 1947; trad.: *Psicología de las masas*, Morata, 2da ed., 1986.
- L'HEUREUX, Christiane: *L'orgasme au féminin*, Montreal, 1979; *Linga Purana*, Delhi, 1973.
- LLOYD, J. William: *Karezza Praxis*, Zielbrücke-Thielle, 1966.
- LOMMEL, Hermann: *Les anciens Aryens*, París, 1943.
- Lu K'UANYÜ: *Taoist Yoga, Alchemy and Immortality*, Londres, 1970.
- MACDONNELL, Arthur A.: *A History of Sanscrit Literature*, Delhi, 1961.
- MacKELLAR, J.: *Le viol*, París, 1975.
- MADANJEET, Singh: *L'art de l'Himalaya*, Unesco, 1968.
- MAETERLINCK, Maurice: *La vie des abeilles*, Bruselas, 1943; trad.: *La vida de las abejas*, Espasa-Calpe, 4ta. ed., 1980.
- MAILLANT, Dr. Charles:
Les aphrodisiaques, París, 1969.
- MAIR, Lucy: *Le mariage*, París, 1971; trad.: *Matrimonio*, Barral, 1974.
- MANORANJAN, Basu: *Tantras, a General Study*, Calcuta, 1976.
- MANOU, Lois de: *Manava-Dharma-Shastra* (traducción de A. Loiseleur).
- MARCADÉ, Jean: *Etrurie et Rome - L'art et l'amour*, Ginebra, 1975.
- MARIEL, JPierre: *Sedes et Sexe*, París, 1978.
- MARKALE, Jean: *La femme celte*, París, 1972.
- MARQUÉS-RIVIÉRE: *Rituel de magie tantrique hindoue. Le yoga tantrique hindou et tibétain*, París, 1939.
- MASPÉRO, Henri: *Le Taoisme et les religions chinoises*, París, 1971.
- MASTERS, W.H. & JOHNSON V.E.: *Les réactions sexuelles*, París, 1966; véase *La sexualidad humana*, Grijalbo, 3ra. ed., 1988.
- MAUPERTUIS, Alexandre: *Le sexe et le plaisir avant le christianisme*, París, 1977.
- MEHTA, Dr. RustamJ.: *Scientific Curiosities of Love-Life and Marriage*, Bombay, 1950; *Masterpieces of the Female Form in Indian Art*, Bombay, 1972.
- MERTON, Thomas: *Zen, Tao et Nirvana*, París, 1970; véase *El Zen y los pájaros del deseo*, Kairos, 1984.
- MESSING, Marcel: *Symboliek, Sleutel tot zelfkennis*, Amsterdam, 1977.
- MiCHAÉL, Tara: *Hatha-Yoga Pradipiká*, París, 1974.
- MILES, Arthur: *Le Cuite de Civa*, París, 1935.
- MILLER, David L.: *Le nouveau polythéisme*, París, 1979-
- MOOKERJEE, Ajit & ANAND, M.R.: *Tantra Magic*, Delhi, 1977.
- MOOKERJEE, Ajit: *Tantra Art*, Nueva Delhi, 1966; *Tantra Asana*, Nueva Delhi, Basilea, 1971; *Kundalini, The Arousal of the Inner Energy*, Delhi, 1982.

- MOOKERJEE, A. & KHANNA, M.: *La voie du Tantra*, París, 1978.
- MOOR, Fr. S.: *The Hindú Pantheon*, Varanasi, 1964.
- MUKERJI, P.N.: *Yoga Philosophy of Patanjali*, Calcuta, 1963.
- MUKHERJEE, Prof. S.K.: *The Science of Manirá Japa*, Puri, 1974.
- MUKTÁNANDA: *L'Epouse idéale, la Satí Gítá*, París, 1973.
- MUKTÁNANDA, Swami: *Chistshakti Vilas*, Pondichéry, 1974.
- MUKTÁNANDA, Swami Saraswati: *Nawa Yogini Tantra*, Monghyr, 1975.
- MÜLLER, Prof. Max: *The Six Systems of Indian Philosophy*, Londres, 1928.
- MUMFORD, John: *Sexual Occultism*, St. Paul, U.S.A., 1975.
- NAGASWAMI, R.: *Art & Culture of Tamil Nadu*, Delhi, 1980; *Tantrie Cult of South India*, Delhi, 1982.
- NAGLOWSKA, Maria de: *Le rite sacre de l'amour magique*, París, 1932.
- NANDIMATH, S.C.: *A Handbook of Viraisaivism*, Delhi, 1979.
- NARASIMHAIAH, B.: *Neolithic and Megalithic Cultures in Tamil Nadu*, Delhi, 1980.
- NATARAJA, Gurú: *The Word of the Gurú*, Cochin, 1968.
- NAVJIVAN, Rastogi: *The Krama Tantricism of Kashmir*, Delhi, 1979.
- NEUMANN, Erich: *The Great Mother*, Nueva York, 1965.
- O'FLAHERTY, Wendy D.: *Siva, The Ero tic Asee tic*, Londres, 1973.
- PADOUX, André: *Recherches sur la symbolique et l'énergie de la parole*, París, 1967.
- PANNIKAR, Raimundo: *The Vedic Experiencie*, Londres, 1977.
- PARAMJYOTI, V.: *Saiva Siddhanta*, Londres, 1954.
- PASTORI, Jean-Pierre: *L'homme et la danse*, Fribourg, 1980.
- PATHAR, S. Veeraswamy: *Temple and its Significame*, Tiruchirapalli, 1974.
- PILAY, A.P.: *The Art of Love and Sane Sex Living*, Bombay, 1964.
- PIOTROVSKI, Boris: *Avant les Scythes, préhistoire de l'art en URSS*, París, 1979.
- POSSEHL, Gregory, L.: *Indus Civilisation in Saurashtra*, Delhi, 1980.
- PRASAD, Lalan (Singh): *Tantra, Its Mystic and Scientific Basis*, Delhi, 1985.
- PRASAD, Rama: *Nature's Finer Forces*, Madras, 1946.
- PRASARD, Ramchandra: *The Mystic of Feeling*, Delhi, 1970.
- PRATAPADITYA: *The Sensual Immortals*, Los Angeles, 1977.
- PROJESH, Banerjee: *Erótica in Indian Dance*, Delhi, 1983
- RADHAKRISHNAN, Sarvepalli: *History of Philosophy Eastern and Western*; Londres, 1967.
- RAÍ, Ram Kumar: *Mantra-Yoga-Samhita*, Varanasi, 1976; *Encyclopedia of Yoga*, Varanasi, 1975.
- RAJAN, K.V. Soundara: *Indian Culture, Architecture, Art & Religión*, Nueva Delhi, 1981.
- RAJMOHON, Nath: *Rig-Veda Summary*, Shillong, 1966.
- RAJNEESH, Bhagwan-Shree: *Returning to the Source*, Poona, 1976; *The Book of Secrets*, Poona, 1976.

- RAM KUMAR, Rai: *Mantra-Yoga Samhita*, Varanasi, 1976.
- RAMBACH, Pierre: *Le bouddha secret du tantrisme japonais*, Ginebra, 1978.
- RANDOLPH, P.B.: *Magia Sexualis*, París, 1931; trad.: *Magia sexual*, EDAF, Madrid, 1988.
- RAO, S.K. Ramachandra: *Tantra, Manirá, Yantra*, Delhi, 1979; *Tibe tan Tantrik Tradition*, Delhi, 1977.
- RAO, S.R.: *Lothal and the Indus Civilization*, Bombay, 1973.
- RASTOGI, Marjivan: *The Krama Tantricism of Kashmir*, Delhi, 1978.
- RAWSON, Philip: *Tantra le cuite indien de l'extase*, París, 1973; *Tao, la philosophie chinoise du temps et du changement*, París, 1965; *L'art érotique de l'Inde*, París, 1978; *Tantra Art*, Londres, 1978.
- REICH, Wilhelm: *La fonction de l'orgasme*, París, 1952; trad.: *La función del orgasmo*, Paidós, 1987.
- RENOU, Louis: *Hymnes spéculatifs du Veda*, París, 1956; *L'Inde fondamentale* París, 1978.
- ROME, Lucienne y Jesús: *L'érotisme primitif* Fribourg, 1982.
- ROSTAND, Jean: *Ce que je crois*, París, 1953.
- SALOMÓN, Paule: *Les nouveaux aventuriers de l'esprit*, París, 1979.
- SASTRI, Nilakanta: *A History of South India*, Calcuta, 1976.
- SATYANANDA, Paramahansa: *Tantra Yoga Panorama*, Rajanandgaon, 1970; *Prána Vidya*, Sydney, 1976.
- SAYAN, Lus de: *Magie des Sexus, Pan-Amrita- Yoga*, Freiburg, 1966.
- SCHOTERMAN, J.A. Von: *The Yonitantra*, Delhi, 1980.
- SCOTT, George Ryley: *Phallic Worship*, Nueva Delhi, 1975.
- SERBRANESCO, Gérard: *Les Celtes et les Druides*, París, 1968.
- SHANKARANARAYAN: *Shri Chakra*, Pondichéry, 1970.
- SHARMA, Chandradhar: *A Critical Survey of Indian Philosophy*, Delhi, 1964.
- SHARMA, R.S.: *Súdras in Ancient India*, Delhi, 1980.
- SHENDGE, Malati J.: *The Civilized Demons: The Harappans in Rigveda*; Delhi, 1977.
- SILBER, Dr. Sherman J.: *Understanding Male Sexuality*, Londres, 1983.
- SILBURN, Lilian: *Le Vijnana Bhairava*, París, 1976; *Hymnes aux Káli*, París, 1975.
- SINHA, A.K.: *Science and Tantra Yoga*, Kurukshetra, 1981.
- SIVARA, Mamurti: *L'Art en Inde*, París, 1974; trad.: *El arte de la India*, G. Gili, 1975.
- SLATER, Gilbert: *The Dravidian Element in Indian Culture*, Delhi, Rep. 1982.
- SNELLGROVE, D.L.: *The Hevajra Tantra*, Londres, 1959.
- SPARKS, John: *La vie amoureuse et érotique des animaux*, París, 1979; véase *Fauna erótica*, Altalena, 1978.
- SRINIVASA, BHATTA: *Hatharatnavali*, Secunderabad, 1982.
- STARHAWK: *The Spiral Dance*, Nueva York, 1979.
- STORY, Francis: *Rebirth as Doctrine and Experience*, Kandy, 1975; véase *Volver a nacer*, ed. Sirio, 1988.

- STUTLEY, Margaret James: *A Dictionary of Hinduism*, Londres, 1977; *Ancient Indian Magic and Folklore*, Delhi, 1980.
- Su ARES, Cario: *Le cantique des cantiques selon la Cabbale*, Ginebra, 1969.
- SUBRAMANIAN, V.K.: *Saundaryalahari*, Delhi, 1977.
- SUNDARA, Dr. A.: *The Early Chamber Tombs of South India*, Delhi, 1975.
- SVATMÁRÁMA, Swámi: *Hatha-Yoga-Pradipika*, Madras, 1933.
- TART, Charles T.: *Aitered States of Conseiousness*, Nueva York, 1969; véase *Psicologías transpersonales*, 2 vols., Paidós, 1984.
- TAYLOR, Gordon R.: *The Great Evolution Mystery*, Londres, 1983.
- TAYLOR, Isaac: *The Origin of the Aryans*, Nueva Delhi, 1980.
- THEULOY, Jack: *L'Inde des grands chemins*, París, 1971.
- THIRLEBY, Ashley: *Das Tantra der Liebe*, Scherz, 1979.
- THOMAS, Louis-Vincent: *Mort et Pouvoir*, París, 1978.
- THOMAS, P.: *Epics, Myths and Legends of India*, Bombay, 1973; *Hindú Religión, Customs and Manners*, Bombay, 1975.
- TSONG-KA-PA: *Tantra in Tibet*, Londres, 1977.
- TUCCI, Giuseppe: *The Theory and Practice of the Mándala*, Londres, 1961; trad.: *Teoría y práctica del Mandala*, Barral, 1974.
- UPADHYAYA, S.C.: *Kama Sutra of Vatsayana*, Bombay, 1965.
- URBAN, Dr. Rudolf von: *La perfection sexuelle*, París, 1960.
- USHTE, Tahca, y Richard ERDOES: *De mémoire indienne*, París, 1977.
- VAJPEYI, Kailash: *The Science of Mantras*, Delhi, 1979.
- VAN DER VEER & MOERMAN: *Nieuwe sporen naar het verleden*, Deventer, 1972.
- VAN GULIK Roben: *Sexual Life in Ancient China*, Leiden, 1961.
- VARENNE, Jean: *Le Tantrisme*, París, 1977; trad.: *El tantrismo*, Kairós, 1985.
- VELDE, Dr. Th. van de: *Le Mariage parfait*, Bruselas, 1930.
- VENKATA, Reddy (trad. del...) *Hatharatnavali*, Arthamuru, 1982.
- VERRIER, Erwin: *Une vie tribale*, París, 1973.
- VIDYARTÍ, L.P. & B.K. RAÍ: *The Tribal Culture of India*, Nueva Delhi, 1976.
- WAKANKAR, Vishnu S. & BROOKS, Roben R.R.: *Stone Age Painting in India*, Bombay, 1976.
- WATTS, Allan: *Tao, The Watercourse Way*, Nueva York, 1975; trad.: *El camino del Tao*, Kairós, 4.ª ed., 1988. *Amour et connaissance*, París, 1966; *The Temple of Konarak*, Delhi, 1957.
- WAYMAN, Alex: *Yoga of the Guhyastánjatantra*, Delhi, 1977; *The Buddhist Tantras*, Nueva York, 1973; *Yoga of the Guhyasamālatantra*, Delhi, 1977.
- WERNER, Karl: *Yoga and Indian Philosophy*, Delhi, 1977.
- WHEELER, Sir Mortimer: *The Indus Civilization*, Cambridge, 1968.
- WILKINS, W.J.: *Hindú Mythology, Vedic and Puranic*, Varanasi, 1972; trad.: *Mitología hindú, védica y puránica*, Edicomunicación, 1987.
- WINDENGREN, G.: *Les religions de l'han*, París, 1968.

- WOSIEN, Maria-Gabriele: *La danse sacrée*, París, 1974.
- YOCUM, Glenn E.: *Hymns to the Dancing Shiva*, Nueva Delhi, 1982.
- ZABERN, Philippe von: *Vergessene Stadte am Indus, Mainz am Rhein*, 1987.
- ZAHNER, R.C.: *Hindú Scriptures*, Londres, 1968.
- ZIMMER, Prof. H.: *Les philosophies de l'Inde*, París, 1953; *Myths and Symbols in Indian Art and Civilization*, Princeton, 1946.

Glosario

- Abhayamudrā: Gesto protector.
- Abhichāra: Magia, encantamientos, ritos (sobre todo magia negra).
- Abhinavagupta: Tāntrico *shakta* (s. Vil) notable. Escribió especialmente los Shaivāgamas.
- Abhissheka: Ritos de consagración brahamánicos.
- Achāryā: Guía, preceptor. Sinónimo de gurú.
- Adhikāra: Calificación para la iniciación y la práctica tantricas.
- Adya-shakti: Energía primordial divinizada.
- Agama: «*Lo que ha descendido*»; escrituras tradicionales no védicas, sobre todo de las sectas shaivitas.
- Shāktāgamas: textos tátricos.
- Aghora: Shiva en su forma aterrorizadora, venerado sobre todo en el Sur.
- Agni: Dios védico del fuego.
- Agnihotra: El sacrificio védico del fuego.
- Ahamkāra: En el *samkhya*, principio del ego.
- Akāsha: «*que penetra todo*»; el espacio; el principal de los cinco elementos (Tattwa).
- Akula: El aspecto Shiva en Shakti.
- Ambā: «*Madre*»; uno de los nombres de Durgs
- Ambikā: Una diosa-madre del panteón hindú.
- Ananda: Felicidad suprema.
- Anjali mudrā: Gesto de veneración, con las dos manos juntas, palma contra palma.
- Apāna: Modalidad de la energía vital (*prona*) que efectúa la excreción.
- Amrīta: Inmortalidad (de «*a*», privativo, y «*mrita*», muerte).
- Apsara: Ninfa celeste, espíritu de las aguas. En la mitología hindú corresponden a las valquirias germánicas.
- Āsana: Literalmente «*asiento, trono*»; postura yóguica; en el tantra, postura de *maitbuna*.
- Ashrama: Lugar retirados; etapas de la vida.
- Asura: Demonio, enemigo de los devas (arios).

Ashvamedha: El sacrificio del caballo.

Atharvaveda: El veda de las fórmulas mágicas.

Atman: «*Esencia o principio de vida*»; por extensión, alma del hombre, en este caso con minúscula y asociado con «*fiva-atman*» o «*pvattnan*».

Ayurveda: De «*āyus*», vida, y «*ved*», ciencia. Medicina tradicional india de origen tántrico.

Bhaga: Vulva.

Bahirava: «*Aterrorizador*», una de las formas de Rudra-Shiva.

Bhairavl: «*Terror*», aspecto terrorífico de Shakti. Es el poder oculto de la muerte que actúa en los vivos, desde su nacimiento.

Bhakti'; De «*bhaj*», devoción, adoración, afecto; una de las vías del yoga.

Bhang(ā): Nombre indio del haschisch, sea fumado, sea en infusión.

Bhāvini: Otro nombre para las *devadañ*.

Bhoga: Gozo.

Bhuta: Los elementos materiales.

Bija: Mantra-germen, formado por una sola sílaba. Esperma.

Bindu: Energía sutil, situada en Mūlādāra Chakra, que el yogui guía hacia lo alto a través de Sushumna. Percibida bajo la forma de luz en Ajna. Significa también un punto.

Brahmā: El Creador en la trinidad hindú.

Brahmān: La Causa no causada, lo Absoluto.

Brahmān: sacerdote hindú.

Brahmachāri: en el sistema brahmánico, joven estudiante célibe. Uno de los «*ashramas*» o etapas de la vida.

Buda: «*Despierto*», *aluminado*», título honorífico que se da a un sabio. Nombre dado a Camama, «*el*» Buda.

Buddhi: En el Samkhya, la razón humana.

Chitshakti: El principio de la conciencia.

Chakra: «*Rueda*», «*disco*», «*círculo*». Centro de energía sutil psico-fisiológica.

Chakrapūjā: Rito tántrico en el cual los participantes se instalan en círculo.

Chandala: Sin casta. Intocables. No son considerados como seres humanos por los arios de casta.

Chandra: La Luna, personificada en diosa.

Chandrakāia: Media Luna en la corona de la diosa.

Chinnamastā: Diosa tántrica con la cabeza cortada. Una de las formas de Durgā.

Dākinl: Entidades femeninas demoníacas que se alimentan de carne cruda. Muy populares en el tantrismo búdico, en Nepal especialmente.

Dakshi namarga: Vía tántrica de la Derecha, védica, sin unión sexual concreta.

Damaru: Tambor en forma de reloj de arena o de dos conos opuestos. Emblema del *lingam-yoni* y de la fuerza creadora de Shiva.

Dāsha: Nombre dado por los invasores arios a las tribus aborígenes que les ofrecían resistencia.

Dashyu: Sinónimo de *dasha*.

Dayana: Meditación sobre una divinidad escogida que controla los órganos de los sentidos.

Deva: «*Ser luminoso*»; divinidad védica, personificación de fenómenos o de fuerzas naturales.

Devadāsl: *te «clavas servidoras del dios»*; bailarinas prostituidas en los templos, especialmente en el sur de la India. Además de otorgar sus «favores» a los brahmanes del templo, llenaban sus arcas (!).

Devī: Forma femenina de *deva*.

Dharma: Deber, ley, costumbre.

Dhyānyoga: En el tantrismo, proceso de concentración sobre el ascenso de la Kundalini.

Dikshā: Iniciación ritual védica.

Drāvīda: Grupo étnico de piel oscura, de cráneo alargado, que habitaba en grandes zonas de la India al menos un milenio antes de la invasión aria. Los drāvīdas fueron los creadores de la cultura de Harappa, en el valle del Indo.

Durgā: Diosa tántrica compuesta, sobre todo, del culto Shakta, con aspecto de diosa-madre, asimilada luego por los arios. Diosa guerrera temible.

Dūti: Compañera femenina del rito tántrico.

Ganapati: Véase *Ganeshā*.

Ganeshā: Dios de la sabiduría con cabeza de elefante

Garuda: Águila mítica.

Gopī: Literalmente «*vaqueras*», pastoras que «*flirteaban*» con Krishna.

Gribavadhuta: adepto tántrico que lleva una vida de familia normal y corriente.

Gurú: Instructor, preceptor. El que inicia.

Hamsa: Mantra que combina *bam* en la inspiración y *sa* en la espiración.

Ida: *Naefi* lunar que parte del orificio izquierdo de la nariz. Por extensión, este mismo orificio.

Indra: Dios tutelar de los arios, jefe de los dioses, destruyó las fortalezas enemigas y masacró a los dasuy. Su arma es el fuego.

Jāti: Estatuto social basado en la raza, en el linaje.

Jīvashakti: Otro nombre de la Kundalini, energía vital que anima el cuerpo.

Jnāna-yoga o Juana-marga: Yoga especulativo, filosófico.

Kāla: El tiempo.

Kalānyāsa: Percepción de la divinidad en las diversas partes del cuerpo de la compañera tántrica.

Kalasha: Urna, anfora. Elemento indispensable de la *pūjā* tántrica. Símbolo de la matriz universal. Arquetipo de la femineidad.

Kālī: Una de las esposas de Shiva, horrorosa, con cuatro brazos y colmillos en lugar de dientes; lo destruye todo, incluido Kāla, el Tiempo.

Kāma: Dios del amor, el Cupido indio.

Kāmakalā: Acto sexual. En el tantra, *maithuna* donde se equilibra el aspecto estático y dinámico de la energía de Shiva.

Kanda: Punto de partida (ovoide) de todas las *nadis*, situado en el perineo.

Karman: todo acto.

Karma-yoga: Yoga operativo.

Khecharí: técnica yóguica consistente en seleccionar el frenillo de la lengua para inmovilizar la glotis tragándose la lengua. En el tantra sirve para dominar la eyaculación.

Krishna: Dios de color oscuro. Amante de todas las *gopt* y también de Radha. Objeto de un culto erótico-religioso.

Kula: «*familia, clan*»; el gurú tántrico y sus discípulos forman un *gurukula*, la familia del gurú.

Kumāripūjā: Rito en que es venerada una joven virgen que representa a la diosa.

Kumbha: Vaso ritual. Cuando un yogui encierra el aire en sus pulmones como en un vaso, esta práctica se llama *Kumbbaka*.

Kundalini: Energía misteriosa latente (dormida) situada en el *Mūladara Chakra*. Simbolizada por una serpiente hembra, enrollada tres veces y media en torno al *lingam* su surgimiento es uno de los objetivos del yoga tántrico.

Lata: Una compañera del rito tántrico.

Lingam: «*Signo*»; todo signo que indica la energía creadora de Shiva unido a Shakti, siendo el más concreto el órgano masculino (necesariamente en erección) insertado en el *yoni*.

Lingam: Por extensión, órgano masculino en erección.

Madya: Variedad de vino utilizada en el rito de las 5 M.

Mahādēva: De «Mahā», grande. El gran dios, Shiva.

Mahādevī: La gran diosa, Shakti.

Mahat: En el *samkōya*, categoría que representa la inteligencia cósmica, derivada de Prakriti.

Maithuna: Acoplamiento, acto sexual.

Makārā: Una diosa. La letra sánscrita «m», pronunciada «nía». Designa también los cinco *makāras*, las 5-M del ritual tántrico.

Māmsa: Carne, una de las 5-M.

Manas: La mente (percepción, intelecto, comprensión, etc.).

Māndala: Círculo formado por los adeptos de una *chakra pūjā* y en el centro la pareja que dirige el rito. Simboliza el despliegue del cosmos. Diagramas circulares complejos.

Mantra: Sonido, fórmula mágica, encantamiento con un poder.

Manu: Es el Adán de los arios. También el legislador y codificador de las «*Leyes de Manu*», las *Mānava Dharma-Shasira*.

Marga: Vía, Camino. Ej.: *Bhakti-Marga*, la vía de la devoción.

Mata: «*Madre*», «*Luna*».

Matsya: «*Pescado*»; uno de los 5-M.

Maya: Poder cósmico de proyección de formas, causa material de la creación. Poder de velar la realidad; por extensión, ilusión.

Mithuna: Pareja humana o animal.

Mleccha: Extranjero, bárbaro. Sobrenombre despectivo que dan los arios a todos los no arios.

Mudnā: Mano, gesto ritual. Compañero del rito tántrico; a veces en las 5-M, cereales o plantas afrodisíacas.

Mukhalinga: *Lingam* asociado a una o varias cabezas de Shiva.

Mūla: Raíz de una planta.

Mūladhara: Chakra-raíz, situado en el perineo.

Nābhi: Ombligo, centro.

Nada: «*Sonido o vibración sonora*»; aspecto esencial del tantra, en correlación con la ciencia de los mantras.

Nadi: «*río*», «*corriente*». En la anatomía yóguica sutil, conducto de energía «pránica».

Naga: Serpiente. Símbolo fálico.

Nandi: «*El que es feliz*»; el toro, símbolo de potencia, virilidad y fertilidad; montura de Shiva. Guarda los santuarios y templos shivaítas.

Natarāja: «*El Rey de la Danza*», Shiva.

Nati: Bailarina.

Natya: La danza.

Nirvana: Significa «*extinción*», en el budismo, extinción de todos los deseos.

Nyāsa: Un aspecto del ritual tántrico en el cual, por el tacto o proyección mental, se sitúan energías o «*diosas*» en las distintas partes del cuerpo.

OM: Sílabas sagrada que representa la vibración original.

Padma: Loto.

Padmāsana: Postura del loto. *Asana* de *maithuna*.

Panchamakāra: «*pancha*» =5. Las 5-M, véase *mākārā*.

Panchashakti: Una de las cinco grandes

Shaktis: la madre, la hermana, la nuera, la hija, la mujer del gurú.

Parakīyā: Compañera del rito, distinta de la propia mujer del adepto.

Pārvātī: Esposa de Shiva.

Pashupati: «*señor de los animales*», uno de los títulos de Shiva.

Patanjali: Autor de los *Yogasutra*.

Pīngala: *Nadi* solar que comienza en el orificio derecho de la nariz.

Prakshā: Aspecto estático de la realidad última.

Prakṛiti: Principio creador femenino, la naturaleza.

Pralaya: Disolución, fusión. *Mahāpralaya* = *disolución*, reabsorción última al final del tiempo.

Prāna: Energía vital, cósmica.

Pranava: Otra denominación del *OM*.

Prānāyāma: Técnicas yóguicas de control de las energías vitales, sobre todo con ayuda de técnicas respiratorias muy complejas.

Pūjā: *Homenaje, culto*», con ayuda de flores. Esta palabra, ausente en las lenguas indoeuropeas, es de origen dravídico y tántrico.

Purāna: Recopilación de relatos antiguos, postvédicos.

Purusha: *Hombre*» o «*humanidad*».

Purushamedha: Sacrificio humano.

Rhādhā: Bella esposa de Krishna, símbolo tántrico del amor sensual infinito.

Raga: Modo musical en la música india.

Rājā Yoga: Yoga psíquico, según los sutras de Patanjali.

Rājayoga: Según el tantrismo, unión de *retas* (energía masculina, esperma), con *rajas* (energía femenina, fluido vaginal).

Rasa: Elixir, sentimiento. Intenso apego emocional entre Shiva y Shakti.

Rati: Diosa tántrica. Nombre dado a la energía (excitación sexual) femenina. Cuando Shakti ve a Shiva, su *rati* se activa.

Retas: Flujo, corriente, esperma. Se mezcla a *rajas* (fluido femenino) en la unión sexual.

Rig-Veda: El más antiguo de los cuatro Vedas.

Rishi: «*El que ve*», sabio.

Rudra: «*El que grita*», dios védico de la tempestad, asimilado a Shiva después de la «anexión» de este último al panteón védico.

Sādhana: Disciplina, práctica yóguica. En el tantrismo, unión sexual ritual.

Sadhak(a): Adepto que practica una disciplina yóguica o tántrica.

Samarasa: Gozo compartido. Unión tántrica con retención de respiración y de eyaculación.

Sahajoli: Equivalente femenino de Vajroll. Control de la musculatura vaginal.

Samādhi: Etapa final (enstasis) del Raja Yoga.

Shaiva: Referente a Shiva.

Shākta: Culto de la energía femenina. «*Shaktismo*» - culto de Shakti.

Shakti: Energía creadora femenina en su aspecto cósmico. Es la que hace «vivir» a Shiva, que sin ella sólo es un *shava* (cadáver).

Shakti: La mujer, particularmente la adepta femenina del rito tántrico.

Sāmkhya o Sāṅkhya: Sistema filosófico hindú ortodoxo derivado del tantrismo.

Samsāra: La ronda de los nacimientos y las reencarnaciones.

Samskara: Gérmenes-residuos en acción.

Sannyāsin: Asceta que ha renunciado al mundo. Uno de los *ashramas*.

Satī: «*Mujer virtuosa, esposa ideal y fiel*», según los cánones ideales del brahmanismo; viuda, se arroja a las llamas de la hoguera donde se incinera a su marido. No tiene equivalente masculino...

Siddhi: «*Logro, perfección*»; por extensión, poder extraordinario obtenido por la disciplina yóguica.

Shavasādhana: Ritual tántrico en presencia de un cadáver humano.

Shishna: Literalmente, pene. «*Shisnadeva*» falo, pene divinizado. Los arios designaban con desprecio a los di ávidas como «*adoradores del pene*».

Shishya: Discípulo de un gurú.

Shiva: «*El rojo*», «*el que es de buen augurio*». El verdadero nombre de Shiva es tan sagrado que jamás debe ser pronunciado. Shiva no es más que un epíteto.

Soma: Planta mítica de donde se saca una bebida embriagadora que los dioses arios consumen en abundancia.

Shri Chakra: El principal *yantra* del tantrismo. Representa el *yoni*.

Shruti: «*Lo que ha sido oído*» y transmitido oralmente.

Shūdra o Sudra: Siervo, descendiente de los pueblos conquistados por los arios.

Shukra: Esperma.

Sukhā: Placer.

Sukhāsana: Posición de *maithuna*.

Sutra: Literalmente «*hilo*». Por extensión, «*aforismo*».

Tamas: Ignorancia, inercia.

Tāndava: Danza cósmica de Shiva.

Tara: Diosa-Madre aborigen de la India, cuyo nombre significa literalmente «estrella». Diosa tántrica, homologa de Shakti.

Tattwa: «*elemento sutil*», ingrediente del rito tántrico.

Trika: Sistema saivita de Cachemira.

Tríkona: *Triángulo, yoni*.

Trishūla: Tridente de Shiva. Simboliza la tríada Ida-Pingala-Sushumna.

Upanishads: Tratados de sabiduría esotérica, generalmente en forma de parábola o de relato.

Vajra: «*rayo, relámpago*», órgano masculino.

Vajroli: Técnica tántrica que permite aspirar fluidos por el *vajra*, prolongar la unión o reabsorber *retas* mezclados con *rajas*.

Vaishnava: Culto de Vishnu.

Vamachāri: Tántrico que sigue la Vía de la Izquierda, que implica la unión sexual ritual, efectuada concretamente.

Varna: «color». Clases nacidas de la discriminación racial según el color de la piel.

Veda: «saber», designa los textos sagrados de los arios. Rig-Veda: cantos sagrados; Sama-Veda: cantos sagrados para los sacrificios; Yajur-Veda: fórmulas mágicas y sacrificiales, con elementos tomados de la magia indígena, de inspiración tántrica.

Vedanta: «*Fin de los Vedas*»; sistema filosófico no dualista.

Vira: «*héroe*»; designa a algunos dioses arios y también a Shiva. En el tantrismo, el *vira* es un adepto que ha superado el estadio de *pashu* (animal), que ya no forma parte del «rebano».

Virya: Energía, excitación sexual masculina, esperma. Homólogo de *rati* en la mujer.

Vishnu: Segundo término de la trinidad hindú. Preserva lo que ha creado Brahma.

Vritra: Jefe militar drívida que protegía una importante presa. Después de matarlo, Indra *tliberó fas aguas*», por tanto abrió la presa, destruyendo ciudades y pueblos. Los arios han «demonizado» a Vritra como personificación de la obstrucción, del caos.

Yogui: Adepto masculino del yoga.

Yogui ni: Una clase de diosas. Adepta femenina del yoga.

Yoni: órgano de generación femenina, asociado al *lingam*.

Yuga: Las cuatro eras o edades. Vivimos en la edad del Hierro, la edad de Kali, que terminará con la destrucción o la gran disolución.

Yaganaddha: El principio masculino unido al principio femenino, tema frecuente en el arte tántrico budista. En tibetano, *yabyum*.

Índice

1 De la India a Europa

Viaje imaginario

Lothal, puerto internacional

La religión en Lothal y en el Imperio

Una Atlántida olvidada

El cadáver en el armario

La segunda agonía de una Atlántida

La fábula del «buen ario»

Los asesinos se convierten en señores

La impostura aria

Cráneos redondos contra cráneos alargados

¿Son los drávidas alpino-mediterráneos?

La continuidad de los alpino-mediterráneos

¡Pizarro! ¿Ha dicho usted «Pizarro»?

De la India a Europa

Çatal Hüyük, ¿primera ciudad tántrica?

¿Un culto tántrico?

Un culto simbólico

El fin de Çatal Hüyük

Las castas, una mezcla explosiva

Una confusión mantenida cuidadosamente

¡Ay de los vencidos!

El pulgar que esclaviza

La suerte de los sudras

Nayar y nambudiri

Los defensores inesperados del sistema

La explotación total

He aquí el botín
Los tesoros de Golconda
Los brahmanes
La sexta casta: la mujer aria

La India brahmánica, obsesionada por el sexo

2 La visión tántrica

Definir el tantra

Todo lo que está aquí, está en otra parte; lo que no está aquí no está en ninguna parte
Todo mi cuerpo es consciente
No es un dogma
¿Es consciente el árbol?
Giordano Bruno
Una meditación tántrica: contemplemos a nuestra madre, la mar
Una contemplación neutra

Una gran riqueza evocadora
A la luz de la Luna
El Sol se cita con la Luna
Meditación sobre la vida

Tiempo profano, tiempo sagrado

El tiempo lineal
El tiempo cíclico
El tiempo sagrado

El «Overmind»

De lo uno a lo múltiple
El espíritu de la colmena
La psicología de las masas
¡Una familia extraña!
El impacto de Oriente

Mi cuerpo, un universo desconocido

La sabiduría del cuerpo

El cuerpo-universo es sagrado
Un extraño universo viviente
El río sagrado

La muerte es la vida

La muerte, motor de la vida
El aburrimiento nació un día de inmortalidad
La dulce muerte natural
La muerte accidental
La *shava sadhana*
La muerte es una abstracción
El comportamiento del tránsito
Prohibido morir

La mujer, su culto y su misterio

Toda mujer es Shakti
La mujer es rara
La diosa-madre
Los valores de la Femenidad
Cambiar nuestros valores
El tantra en lo cotidiano
La Inmaculada Concepción

Otra vez las hechiceras

Tantra, Zohar y Cabala

Baño de Sol cósmico

3 La otra mirada sobre el sexo

Cuando el sexo es un problema

El sexo, ¿enemigo de lo espiritual?

La educación sexual necesaria

Nuestra doble sexualidad

El paraíso y el infierno
El éxtasis integral
La experiencia cósmica unificadora

La mujer, campeona erótica

Somos concebidos por el eros
La hormona unisex del deseo

El (la) homosexual frente al tantra

Yoni sea quien piense macho

¿Es usted seXY o seXX?
¿Y si no hubiera machos?
¡«Inventemos» al macho!

Mantra, la magia de encantación

En el comienzo era... el sonido primordial
El mantra y la respiración
Retención de la respiración

Una dinámica psíquica: el yantra

La abstracción último
Un punto es Todo
El cuadrado de base
El círculo y el loto
Combinaciones hasta el infinito
El yantra último
Un conjunto bastante completo

4 Los mitos y los símbolos

¿Hay que creer en los dioses hindúes?

Papá Noel, un mito bien vivo

Símbolos para la vida

El *lingam*, símbolo absoluto
Lingam - Definición

Shiva, la carrera de un dios

Shiva, el danzarín divino

Descifremos la danza de Shiva

El mito de Shiva y la ciencia moderna

Nataraja y el físico

Shakti, la naturaleza creadora

Las innumerables diosas dravídicas

Las diosas tántricas

Kali, Kála, Kalki

La época de Kali, la era apocalíptica

Toda mujer es una Diosa

La vía «siniestra»

La Vía de la izquierda

El mito del andrógino

5 El ritual tántrico

La Vía del Valle

La experiencia divergente

En la práctica

El método Carezza

Maithuna, la unión tántrica

Ritmo *maithuna*

Las asanas de maithuna

Purushayita

Upavishta, posición sentada

Upavishta, variante asimétrica

Upavisbta, variante

Uttana-Bandha

Tiryakasana

Parshva Piditaka, la posición retrolateral

Janujugniyasana, la posición en X

Los rituales de maithuna

El triángulo ritual

La ascesis de dieciséis

Falsos iniciados

La orgía y nosotros

Tantrismo y promiscuidad

El simbolismo de los cinco *makaras*

Los elementos, su sentido oculto

Definir los *tattwas*

6 El dominio sexual

Orgasmo en masculino

La erección, sus secretos, sus problemas

En el *maithuna* tántrico

La erección, pilar del Tantra

Los ejercicios

Mula Bandha

Otro ejercicio de control

¡Las bolsas y la vida!

El control de la eyaculación

Ejercicio

Del placer a la felicidad

Eyaculación precoz

Vajrolí, el arma absoluta

Fortalecer los músculos del yoni

Sahalolī, el control vaginal
Cómo practicar *muía bandha*
Fortalecer los músculos vaginales
Manipular el objeto
Perfeccionar el control vaginal
Como una mano de *gopt*
Muía Bandha de pie
El *hoola hoop*
El músculo antifrigez
Primer ejercicio
Nalgas firmes y musculosas
Muslos delgados
Ejercicio en pareja
El perineo, encrucijada estratégica

7 El tantra en nuestro mundo

Iniciación tántrica en Occidente

Gurú y discípulo
¿Equivocarse de gurú?

Un ritual para Occidente

El mensaje de Nataraja Gurú

Salvar la civilización
Entonces, ¿qué hacer?
El porvenir del tantra en Occidente

Un punto, ¿es todo?

8 Anexos

La filosofía tántrica, vista panorámica

Bibliografía

Glosario

